This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

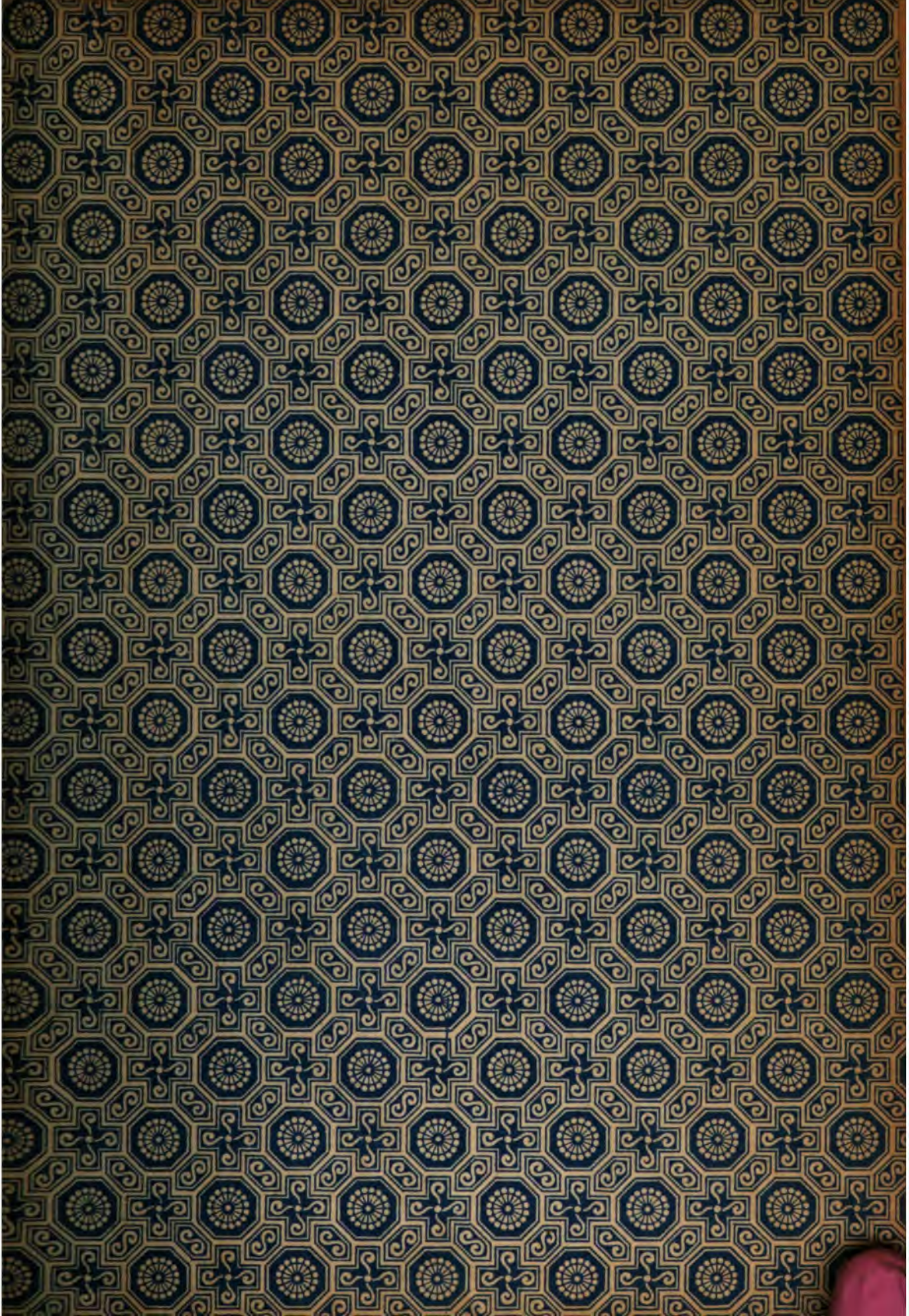
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

723
11

Harvard College
Library

THE GIFT OF
Archibald Cary Coolidge, Ph.D.
Class of 1887
PROFESSOR OF HISTORY



NARRACIÓN MILITAR DE LA GUERRA CARLISTA

NARRACIÓN MILITAR

DE LA

GUERRA CARLISTA

DE 1869 Á 1876

POR

EL CUERPO DE ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO

PUBLICADA POR EL DEPÓSITO DE LA GUERRA

TOMO XIV

MADRID
RENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

1889

Span 723.11

Harvard College Library
In June, 1922
Gift of
Prof. A. C. Coolidge

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO.—Año 1869.—Temores de trastornos.—Guarnición del distrito de Castilla la Nueva.—Varias columnas recorren las provincias del mismo.—Aparecen en la de Ciudad Real algunas partidas.—Tropas que salieron á operar.—Encuentro con Sabariegos en Piedrabuena.—Persecución de las facciones.—Es batido en El Hoyo el cabecilla Tercero.—Encuentros con Rapa, Castells y Bruno.—Las partidas se guarecen en los montes de Toledo.—Derrota del cura de Alcabón en La Iglesuela.—Decrece la insurrección.—Movimientos de fuerzas.—Partidas de Polo y Sabariegos, encuentros y captura del primero de dichos cabecillas.—Disposiciones de las autoridades en las provincias de Madrid, Cuenca, Guadalajara y Segovia.—Sólo quedan en armas Sabariegos y algunos grupos de dispersos que son sucesivamente batidos.—Desaparición de la partida de Sabariegos.—Regreso de las tropas á sus guarniciones.—Indulto concedido por el Regente del Reino.—Batida á los bandoleros.—Año 1870.—Reaparece la agitación en sentido carlista.—Las columnas recorren el distrito.—Vuelve á restablecerse la tranquilidad en el país.—Decreto de amnistía del Regente del Reino.

Narrada ya la insurrección carlista en los teatros del Norte, Centro y Cataluña, pasaremos á relatar las operaciones verificadas en otras comarcas. Y como en las provincias de Castilla la Nueva fué donde mayor importancia alcanzaron, á este distrito tendremos que dedicar la mayor parte del resto de la obra.

La agitación carlista, que después de los sucesos de Septiembre de 1868 se dejó sentir en el territorio navarro y vascongado y en la parte oriental de la Península, tuvo también sus manifestaciones en la región central de ella. Los agentes del absolutismo, extendiéndose por diferentes puntos, hacían propaganda activa de sus ideas, utilizando á los antiguos partidarios de D. Carlos para levantar en favor de la causa el espíritu de los pueblos, organizar núcleos de resistencia y provocar un alzamiento general. El Gobierno provisional, presi- o entonces por el Duque de la Torre, no ignoraba estos ma- os; y, sin poder tomar medidas coercitivas á causa de sus ncipios liberales, daba al movimiento la importancia que

realmente tenía y estaba á la expectativa, dispuesto á atacarlo con energía, tan pronto como se manifestase de un modo ostensible.

Á principios de 1869, que fué cuando los síntomas de la insurrección tomaron más incremento, era Capitán general de Castilla la Nueva el teniente general D. Rafael Izquierdo, y guarnecían el distrito los regimientos de infantería de Zaragoza, Aragón, Gerona y Cantabria; los batallones de cazadores de Madrid, Barcelona, Béjar y Alcántara; los regimientos 1.° y 2.° de ingenieros; los de artillería 3.° á pie, 1.° y cuarto montado y 2.° de montaña; los seis de caballería del Rey (1.° de coraceros), Calatrava (1.° de carabineros), Villaviciosa (2.° de lanceros), Pavía (1.° de húsares), Tetuan y Castillejos (5.° y 6.° de cazadores, respectivamente); los tercios 1.°, 2.° y 14.° de la guardia civil, distribuidos en las provincias y ocupados en el servicio peculiar de su instituto; y en Madrid, un batallón de Escribientes y Ordenanzas, una sección de Sanidad y otra de Obreros de Administración Militar.

Durante el mes de Abril del citado año, hubo en algunos pueblos de la provincia de Ciudad Real y de la parte meridional de la de Toledo pequeños motines y desórdenes, que lograron reprimir las autoridades locales con el auxilio de la Guardia civil ó de los voluntarios de la libertad. Á fin de combatir la influencia que tenía el elemento reaccionario, alentar á los liberales, y también para poder destruir con rapidez cualquier partida carlista que se lanzase á la lucha, se ordenó en 8 de Abril que marchase á Ciudad Real el regimiento infantería de Zaragoza y un escuadrón de Calatrava, y se dispuso que dicho regimiento destacase, alternativamente, columnas de medio batallón que recorrieran la sierra de Toledo. La primera de ellas, mandada por el teniente coronel D. Manuel Alcega, salió el día 12 del indicado mes, pasó por los pueblos de Fernáncaballero, Malagón, Yébenes, Ventas con Peña-Aguilera,

Horcajo y Piedrabuena, y regresó á Ciudad Real, después de 24 días de operaciones, para ser relevada por otra, que anduvo por la zona occidental de los montes de Toledo durante el mes de Mayo.

Mientras tanto, los trabajos carlistas continuaban con gran actividad y ardor en el campo de Calatrava; y, con objeto de destruirlos, se organizó otra pequeña columna, compuesta de una compañía de Zaragoza y algunos caballos de Calatrava, que operó en los meses de Mayo y Junio en aquella demarcación, evitando, seguramente, que estallase en Puertollano la insurrección anunciada para mediados del primero de dichos meses.

En el límite entre las provincias de Cuenca y Guadalajara la situación era semejante. Tanto las autoridades militares de ambas, como las locales de algunos pueblos, indicaron: primeramente, sus temores de que se alterase el orden; y después, que el 18 de Abril debían los carlistas ponerse en armas en Alcocer y puntos inmediatos. El día 12, algunos grupos de paisanos con boinas dieron gritos subversivos en Huete, y esto obligó á que se reconcentrara la guardia civil y se tomaran algunas disposiciones preventivas, particularmente con los trabajadores, que, en número de seiscientos, se ocupaban en la construcción de la carretera de Huete á Sacedón, quienes se trató de comprometer en favor del anunciado movimiento.

Con objeto de investigar el verdadero espíritu de los pueblos y la exactitud de las noticias que recibía, la autoridad militar del distrito organizó una columna compuesta del 2.° batallón del 2.° regimiento de Ingenieros y un escuadrón de [illegible]ares de Pavía, mandada por el brigadier D. Manuel Blanco, cual salió de Madrid el 17 de Abril, llegó el 19 á Huete, sin haber encontrado novedad en la zona reconocida, marchó desde por Buendía, Alcocer y Sacedón á situarse en Cifuentes

(Guadalajara), donde quedó á la expectativa de los sucesos que pudieran ocurrir, enviando constantemente parte de su fuerza para que visitara los pueblos limítrofes con Aragón. De este modo continuó hasta mediados de Mayo, que regresó á Madrid en vista de la tranquilidad que, aparentemente, reinaba en las provincias de Cuenca y Guadalajara.

No duró mucho esta situación: el descubrimiento de un vasto complot en Sigüenza, dependiente del foco principal de conspiración, que radicaba en Madrid, obligó á mediados de Junio á ocupar militarmente aquel punto; y á este fin salieron de Aragón dos compañías del regimiento de Cádiz, pasando en cambio á dicho distrito el batallón cazadores de Alcántara.

Los sectarios del carlismo encargados de provocar un alzamiento general, no se limitaron á ganar prosélitos entre los paisanos, y la conspiración tuvo pequeñas ramificaciones en el ejército; pero fueron descubiertas oportunamente, y no llegaron á producir ningún resultado. Doce sargentos del regimiento infantería de Cantabria, de guarnición en Madrid; algunos oficiales y sargentos del de caballería cazadores de Tetuán, acantonado en Alcalá de Henares, y varios sargentos y cabos de la Escuela de tiro de Toledo, sobre los que recayeron sospechas, se vieron sujetos á sumarias, y confirmada su complicidad en la conjura, sufrieron las penas corespondientes á su falta de lealtad.

La primera manifestación francamente hostil del carlismo contra el Gobierno constituído ocurrió en los baños de los Hervideros de Fuensanta, provincia de Ciudad Real, el día 18 de Julio, en los que una cuadrilla de paisanos armados sorprendió á los moradores de aquel establecimiento, no sin encontrar la resistencia de la pareja de la guardia civil allí establecida y de algunos bañistas; muriendo en el encuentro uno de éstos y un guardia, y quedando gravemente herido el otro. Tres días después, acaeció el robo de dos sillas de posta, en las inmediacio-

nes del pueblo de Valmojados, de la provincia de Toledo, junto al pontón del arroyo del Monte, distante 42 kilómetros de la capital; desmán cometido por ocho ó diez individuos armados, que se decían carlistas, quienes, no sólo detuvieron dichos carruajes, quitando á los pasajeros bastantes efectos, sino que sorprendieron en el mismo sitio á una pareja de la guardia civil y á varios transeuntes.

Estos hechos fueron precursores del alzamiento general que estaba señalado para los días 24, 25 y 26 del referido mes de Julio, durante los cuales se recibieron en la capital de la provincia de Ciudad Real alarmantes noticias de algunos pueblos, como Almagro, Manzanares, Daimiel y Valdepeñas, focos importantes de la insurrección, y lugares de cita de las pequeñas partidas que en otras comarcas se formaban. El Alcalde de Manzanares notificó, el primero de dichos días, que una facción de 60 individuos armados y montados, destacada de otra de unos 300 hombres, había detenido un tren de viajeros entre Miguelturra y Almagro, dejándole marchar una vez reconocido, y que los rebeldes continuaron durante todo el día reunidos á la vista de este último punto. Por entonces se levantó en armas en las inmediaciones de la capital otra partida de facciosos, capitaneada por el titulado brigadier Sabariegos, antiguo jefe carlista que, el mismo día de salir al campo sorprendió é hizo prisioneros á los guardias civiles del puesto de Picón, compuesto de un sargento, un cabo y cuatro guardias, y prosiguió después su marcha hacia Piedrabuena. En Bolaños, y en los mismos días, el cabecilla Juan Menchero organizó otra facción, de 16 á 20 voluntarios, que se dirigió á unirse con las formadas en Moral, Granátula, Valenzuela y Calzada de Calatrava. También en Fuente el Fresno Bajo, Horcajo de Santiago y Taran-
, pueblos estos dos últimos pertenecientes á la provincia de
nca, hubo señales manifiestas de secundar el movimiento
sta; pero la guardia civil y los voluntarios de la libertad

sofocaron las demostraciones, haciendo uso de sus armas y resultando algunos muertos y heridos.

La insurrección fué cundiendo con rapidez en diversas zonas de la provincia de Ciudad Real, á la cual debían acudir también los comprometidos en el movimiento que tenían su residencia en las de Toledo y Cuenca; y aparecieron otras varias facciones por diferentes puntos, siendo las más dignas de mención: la de D. Julian Díaz, de 40 hombres, que vagaba entre Pozuelos y Abenójar; la de Rapilla, cuyo terreno de operaciones era el campo de Calatrava; las de Orejita, el Rué y Acuña, que se movían por el valle de Alcudia y sus inmediaciones; la de Tercero, por Cabezarados; y finalmente, la capitaneada por el antiguo cabecilla carlista y entonces brigadier de cuartel, con residencia en el distrito, D. Juan Polo y Muñoz, que operaba en el territorio de las anteriores. Estas partidas y las mencionadas primeramente, constituían un total de 800 hombres, con mediano armamento, y montados la mayor parte.

Veamos ahora los medios de represión empleados. Guarnecían la capital de la provincia, además de dos compañías de la guardia civil, el 2.° batallón del regimiento infantería de Aragón y una sección de húsares de Pavía; y á la primera señal del alzamiento se ordenó la reconcentración de aquélla en las cabezas de línea, y el gobernador militar, brigadier D. José María Vidal, organizó una columna de operaciones compuesta de tres compañías del batallón mencionado y la sección de húsares, bajo el mando del comandante Tomaseti, quedando las otras tres compañías de Aragón ocupando la capital, por el fundado temor de que tratasen las facciones de inaugurar la campaña intentando apoderarse de la población.

Contra la partida Sabariegos, que era la que se hallaba m próxima á Ciudad Real, se dirigió el día 24 la columna Tom seti, y después de una marcha forzada, la avistó en las inm

diaciones de Piedrabuena. Desconfiando dicho jefe dar alcance á los carlistas con la infantería al ver que se retiraban precipitadamente, ordenó á la sección de caballería que los persiguiese, la cual los cargó con tan buen éxito, que reanimado el espíritu de los guardias civiles del puesto de Picón que, según se sabe, eran prisioneros de la partida, volviéronse éstos contra ella en aquel momento de confusión. Del encuentro resultaron tres ó cuatro carlistas heridos, y un muerto, que era el titulado coronel, 2.° jefe de la facción, D. Agapito Crespo, no pudiendo Sabariegos ser seguido mucho tiempo en su rápida huída, por la muerte del oficial de húsares que mandaba la sección, única baja que tuvieron las tropas.

Siendo escasas las fuerzas que guarnecían la provincia, para exterminar en breve las partidas y sofocar la insurrección, dispuso el Ministro de la Guerra, que en 24 de Julio el batallón cazadores de Barcelona marchase en tren expreso de Madrid á Ciudad Real, y que de Aranjuez salieran del mismo modo dos escuadrones de caballería de Calatrava, uno para Alcázar de San Juan, y otro para la referida capital. De Toledo, al tener noticia del movimiento carlista y de que Sabariegos trataba de internarse en las sierras del límite Sur de la provincia, acudieron al Horcajo de los Montes y sierra de Guadalupe dos compañías del 1.er batallón del regimiento de Aragón, y á Retuerta y El Molinillo marchó el personal de la Escuela de tiro; columnas que debían obrar en combinación y perseguir á los facciosos, cualquiera que fuese el punto donde se presentaran. También se movieron tropas que no eran del distrito; pues con objeto de evitar que los carlistas se corrieran á la provincia de Badajoz, fueron al confín de élla los dos batallones del regimiento de infantería de la Princesa y guardias civiles, formando una brigada á las órdenes del mandante general de Extremadura, brigadier D. Juan Carro, que ocupó los pueblos de Cabeza de Buey, Siruela,

Herrera del Duque y Guadalupe; y el regimiento de Asturias, que guarnecía á Córdoba, marchó por la vía férrea, situándose el 2.° batallón en Despeñaperros, para vigilar el paso y contrarrestar el levantamiento probable de nuevas partidas, continuando el 1.er batallón hasta Alcázar de San Juan, donde debía ponerse á las órdenes del Gobernador militar de Ciudad Real.

La provincia quedó declarada en estado de sitio por medio del bando prevenido en el artículo 4.° de la ley de orden público de 17 de Abril de 1821, entonces vigente, y se concedieron doce horas de término para que se restituyeran á sus casas los que habían tomado las armas. Se publicaron alocuciones patrióticas que tendían á fortalecer el ánimo de los liberales, en las cuales se abogaba por su unión para combatir el carlismo. Por otra parte, comprendiendo el Gobierno que la energía en reprimir la incipiente rebelión daría resultados excelentes é inmediatos, ordenó que se procediera con el mayor rigor contra los perturbadores encubiertos del orden, y que los cogidos con las armas en la mano fuesen en el acto fusilados. Estas medidas y el envío de tropas, produjeron las consecuencias esperadas: el espíritu de los pueblos se reanimó, disminuyeron los alistamientos en las partidas, se presentaron á las autoridades algunos desengañados, y decayó bastante el entusiasmo de los absolutistas.

Con el nuevo contingente de fuerzas que llegó á la provincia de Ciudad Real, se formaron otras columnas para que operasen contra las partidas de Julián Díaz, el Rapa, Orejita, Acuña y el Rué, que vagaban por el valle de Alcudia y sus inmediaciones. La del coronel Villaoz, formada del 1.er batallón de Asturias y una sección del regimiento de Calatrava, marchó á la capital desde Alcázar de San Juan, obedeciendo órdenes del Gobernador militar; y al llegar á ella se dividió la fuerza en dos partes, una de las cuales recorrió los pueblos de

Alcudia, Hortezuela, Solana, Cabezas Rubias é Hinojosos, á fin de cortar el paso de los facciosos hacia Sierra Morena, y la otra, los accesos de los puertos de la sierra de Calatrava. Los montes de Mestanza los debía batir el teniente coronel Del Amo, jefe del batallón cazadores de Barcelona, con cuatro compañías del mismo; pues las cuatro restantes, las dejó en la capital á disposición del brigadier Vidal. Dicha columna, que salió de Ciudad Real, por ferrocarril, el mencionado día 24 de Julio, encontró que había sido cortada la vía en el apeadero de La Cañada por una partida de 100 hombres, que se hallaba en aquel momento en una casa de labor próxima; y desembarcando rápidamente, emprendió su persecución, sin lograr alcanzarla, consiguiendo sólo rescatar dos soldados de Aragón que llevaban prisioneros los carlistas, después de lo cual se replegó al apeadero, continuando á Puertollano, donde abandonó el tren para entrar en operaciones con el fin indicado.

El brigadier Vidal formó una columna al mando del comandante D. Juan Pastor, con las cuatro compañías de cazadores de Barcelona que quedaron en Ciudad Real y 35 caballos del 2.° tercio de la guardia civil, que fué á ocupar Cabezarados, Abenójar y el Corral de Calatrava, puntos indicados para impedir el paso de los sediciosos hacia Puertollano.

Estas columnas, y la mencionada, anteriormente, del comandante Tomaseti, que perseguía á la partida Tercero en la cuenca del río Abenójar, casi dejaban limitado el campo del movimiento carlista al valle y sierras de la Alcudia; pues fuera de esta zona sólo quedaba el cabecilla Sabariegos con los escasos restos de su batida facción, quien después del encuentro de Piedrabuena trataba de ganar los montes de Toledo por Malagón y Fuente el Fresno, á lo que se deberían oponer, ín ya se sabe, las fuerzas de la provincia de Toledo situa- en el Horcajo, sierra de Guadalupe, Retuerta y El Moli-. Sin embargo de esto, salieron de Ciudad Real á perse-

guir al último cabecilla, tres compañías del 2.° batallón de Aragón y 25 caballos de Calatrava, á las órdenes del teniente coronel D. Federico Guerra.

La distribución de las tropas dejaba la capital desamparada; y por más que no era de temer á la sazón ninguna sorpresa de las facciones, porque para ello tenían que romper el cerco en que se las había encerrado, con objeto de asegurarla contra cualquier eventualidad, se ordenó al 2.° batallón de Asturias, acantonado en Despeñaperros, que marchase á Ciudad Real, para que con 100 caballos del regimiento de Calatrava constituyese su guarnición, quedando encomendada la vigilancia de aquel puerto, al capitán de la guardia civil de Santa Cruz de Mudela con su compañía, fuerza bastante para este propósito, por el papel secundario que entonces correspondía jugar al importante paso de Sierra Morena, en vista de la imposibilidad en que estaban las partidas de dirigirse á él, sin encontrarse antes con fuerzas que las contrarrestaran.

Ya la moral de las partidas había cambiado mucho: entusiastas y con buen espíritu al principio, marchaban en esta época desalentadas, diseminándose frecuentemente, y mostrándose cada día menos dispuestas á aceptar combate y más decididas á substraerse á la acción de las tropas. En 28 de Julio, se hallaban por los alrededores de Cabezarados las facciones de Tercero y Julián Díaz, perseguidas de cerca por el comandante Pastor. La de Sabariegos había desistido de ganar los montes de Toledo, por temor á las fuerzas de la provincia de este nombre, y retrocedido á Malagón, en donde la columna del teniente coronel Guerra le cogió dos prisioneros y 10 caballos, persiguiéndola después hasta Porzuna.

El teniente coronel Del Amo dispersó el mismo día 28 á una de las facciones del valle de Alcudia, llegando á Puerto llano con las cuatro compañías á sus órdenes, y una sección de Calatrava que se le agregó. Esta caballería y la de la co

lumna de Villaoz continuaron batiendo en combinación aquella zona, con orden de fraccionarse, cuando las circunstancias lo aconsejaran; y de Ciudad Real salió el coronel Bastos con tres compañías del 2.° batallón de Asturias y 50 caballos en dirección á la Calzada de Calatrava, á fin de evitar que los dispersados por Del Amo permanecieran ocultos en la sierra de Granátula.

Escobar, desde el valle de Alcudia, tomó la dirección de Saceruela con el propósito de internarse en Extremadura; mas cambió de itinerario, marchando hacia la Puebla de Don Rodrigo para no encontrarse en las inmediaciones de aquel punto con las fuerzas del Comandante general de Extremadura que guardaban los confines de aquel territorio. A sus alcances iba Tomaseti, á quien en poco tiempo tomó gran delantera la facción, cuya gente estaba montada la mayor parte.

La brigada de Extremadura ocupaba una línea estratégica paralela á la raya de Ciudad Real con Badajoz, y tenía la misión de observar todas las avenidas de la Mancha, impedir que los carlistas se corriesen por aquel lado, adquirir noticias de sus planes, batirlos, si se presentaban en la inmediación de los pueblos que servían de acantonamiento á las tropas, y perseguirlos después aun cuando tuviera que salir de los límites de su territorio. No tardó en utilizarse la situación de estas fuerzas; pues los facciosos, rechazados por las columnas de Ciudad Real, huían por Saceruela y Almadenejos hacia la zona que custodiaba el regimiento de la Princesa, cuyo coronel, D. Angel Santos Sagasta, cumpliendo las instrucciones que tenía, y viendo seriamente amenazadas la vía férrea y las minas de Almadén, destacó á este pueblo y á Almadenejos un batallón de su regimiento, al mando del te-
te coronel D. Manuel Galán; y al tener noticia de que los
hombres que constituían la facción Escobar iban de Sace-
la á Agudo, se dirigió con el otro batallón á este punto,

impidió la entrada de los carlistas en el pueblo y les obligó á diseminarse en varios grupos, el más numeroso de los cuales marchó por la Puebla de D. Rodrigo á Villarta de los Montes, eludiendo la persecución de las dos compañías de la Princesa que salieron en su seguimiento. En los montes que rodean á Villarta, los de Escobar se diseminaron más todavía, al enterarse de que tenían cortada la retirada por el Horcajo, á causa de estar ocupado dicho pueblo de la sierra por fuerzas de la brigada de Extremadura; pero la facción se reunió otra vez, pasado que fué el peligro de verse copada, y unida á los restos de otras, apareció nuevamente en las cercanías de Navalpino y Alcoba, lo cual motivó que las tropas que estaban en Horcajo y las dos mencionadas compañías de la Princesa se reunieran para batirla si se decidía á aceptar el combate, ó para empujarla hacia la parte más árida y menos poblada de los montes de Toledo, si persistía en la huída.

No tardó en producir resultados la activa persecución hecha á las partidas. El teniente coronel García Reina, jefe de una columna formada con dos compañías de Asturias y 25 caballos de Calatrava, tuvo noticia, en San Lorenzo, de que vagaba por aquel término Tercero (que tenía á la sazón 120 hombres de infantería y algunos caballos), y salió el día 30 á las cinco de la mañana, dividiendo su fuerza en tres partes, dos de las cuales debían dirigirse, por distintos caminos, á Solanilla del Tamaral, y la tercera, que era la principal, á Solana del Pino, donde se sospechaba que estaría el cabecilla. Sin duda alguna éste recibió con oportunidad el aviso de que las tropas salían en su persecución, pues abandonó rápidamente á Solana, fugándose con su gente hacia El Hoyo, lugar muy adecuado para ocultarse por la fragosidad de las sierras en que está enclavado, pasando por Solanilla pocas horas antes de que llegaran las dos columnas que se dirigieron hacia allí, las que continuaron tras el enemi

go, una por el camino de herradura de El Hoyo y la otra flanqueando por las alturas, con mil penalidades, sin avistarle hasta llegar al pueblo. A pesar de tener fuerza bastante para ello, no se decidieron los carlistas á resistir el ataque, y á los primeros disparos de la columna que les perseguía por el camino, se reunieron con el mayor orden, contestaron al fuego, y trasponiendo el pueblo, trataron de subir á las alturas; mas la otra columna, advertida en los montes por los tiros, acudió presurosa al combate; dirigió un vivo fuego sobre los fugitivos, que les causó algunos muertos y heridos; les obligó á diseminarse; les hizo trece prisioneros, y les cogió un caballo y algunos cajones de municiones, sin que por parte de las fuerzas leales hubiese más baja que un soldado muerto.

Deshecha la facción por esta derrota, sus restos se unieron con las partidas de Rapa y Castells, las cuales trataron de ir en busca de otras de la Alcudia y Campo de Calatrava, lo que no pudieron realizar por la situación de las tropas del comandante Pastor, que cubrían los puertos de La Coja, de Sueltas y el término de Aldea del Rey; punto donde sufrieron un ataque en el que tuvieron dos muertos y se les cogieron algunos prisioneros.

El citado día 30 de Julio, la columna Bastos, que, según dijimos, había salido de Ciudad Real para la Calzada de Calatrava, recibió la confidencia de que en la proximidad de Villanueva de San Carlos se hallaba el cabecilla Bruno (a) *Orejita*, con su facción de 100 individuos armados, procedentes de los pueblos inmediatos al últimamente expresado; y marchando á su encuentro, la avistó en la casa de la Gallega, á mitad de distancia de Puertollano á Hortezuela de Sierra Morena, en el camino que los une, originándose un pequeño combate, que ocasionó baja alguna á las tropas, y cuyo resultado fué poner en precipitada fuga los enemigos, dejando dos hombres muertos en el campo.

Estos encuentros, aunque insignificantes en sí, fueron de suma transcendencia. A éllos y á las frecuentes batidas que continuaron dando las columnas, se debió que el ya abatido ánimo de los carlistas fuese decayendo más cada día. Algunos de éstos se presentaban á indulto, á pesar de haber espirado el tiempo concedido, y otros, abandonando su actitud hostil, recorrían pacíficamente el campo, esperando la ampliación del plazo. En este caso hallábase un numeroso grupo que el 31 de Julio estaba en las orillas del Guadiana, no lejos de la capital; y á capturarle se dirigió una pequeña fuerza de la guardia civil; pues el Gobierno, firme en su propósito de atacar con energía la naciente rebelión, no accedió á las varias instancias que se le hicieron pidiendo que otorgase una prórroga, y sujetó á los presentados, en número de 50, á los fallos de un consejo de guerra que funcionaba permanentemente en Ciudad Real, no siendo posible evitar que algunos otros se sustrajeran á su acción, porque deponiendo las armas voluntariamente ante los alcaldes de los pueblos, regresaban á sus hogares, sin que de ello tuvieran conocimiento las autoridades de la provincia.

A causa de las operaciones que en ella ejecutaban las tropas, los restos de las partidas de la misma ganaron los montes de Toledo, yendo á engrosar las de Sabariegos y Polo, que ya anteriormente habían dirigido sus pasos á las fragosidades de aquellas sierras; apareciendo la primera el día 31 con fuerza de unos 100 hombres en el término de Urda, y recorriendo los montes inmediatos á Arroba la de Polo, que con algunos dispersos de la de Escobar reunía sobre 200 combatientes.

La provincia de Toledo, á la que se había dado indudablemente la orden de alzamiento al mismo tiempo que á la de Ciudad Real, no había hecho hasta aquella fecha ninguna manifestación ostensible, tal vez por falta de elementos; mas ver los carlistas de ella la excitación que producía en el p

la noticia de que se aproximaban los de Ciudad Real, aprovecharon esta coyuntura para alzarse en armas, lanzándose á la lucha el 1.° de Agosto D Lucio Dueñas, cura de Alcabón, seguido de 40 hombres, en las inmediaciones de Maqueda, donde cometió algunos desmanes y tropelías, y Moreno Barragán, con 20, en las proximidades de Urda, no llegando á organizarse otra partida á cuyo frente debía ponerse un sargento primero del batallón de voluntarios cazadores de Prim, por la oportuna prisión del futuro cabecilla.

Sin fuerzas bastantes á sus órdenes el Gobernador militar de Toledo para destruir al enemigo, dispuso el general Izquierdo, Capitán general del distrito, que en tren expreso marchasen á dicha ciudad cuatro compañías del batallón cazadores de Madrid, que debían constituir dos columnas á fin de obrar en combinación con otras dos que estaban en operaciones, compuesta una del contingente de la Escuela de Tiro, y la otra de dos compañías de Aragón; quedando además para nuevas atenciones el resto del batallón de Aragón y la sección de caballería que guarnecían la capital, y la guardia civil de la provincia. Aquellas tropas dieron una batida general en los montes de Toledo, donde, para ocultar su desaliento y huir de la activa persecución que les hacían, se habían internado más las facciones de Ciudad Real, bien fuera para permanecer en ellos ocultándose en sus espesuras, ó bien para alcanzar la frontera de Portugal.

No duraron mucho tiempo las correrías del cura de Alcabón y sus partidarios; pues habiendo tenido noticia el teniente de la guardia civil D. Cristóbal Sales Carsi, en Talavera de la Reina, de que por los términos de Pelahustán, Fresnedilla y La Iglesuela vagaba la indicada partida, salió en su persecución,

1 de Julio, con una pequeña columna compuesta de guardias civiles de los puestos inmediatos, algunos voluntarios de la libertad, dos oficiales de caballería que al conducir

potros á Extremadura se hallaban casualmente en aquella villa, y los pocos soldados que éstos tenían á sus órdenes. El teniente Carsi, al día siguiente de su salida de Talavera, yendo á Fresnedilla, tuvo la suerte de encontrar al guía que la víspera había conducido á los facciosos, quien le dió la noticia de que éstos se hallaban en La Iglesuela; y variando entonces de dirección hacia dicho pueblo, pudo cerciorarse, en la proximidad del mismo, de la exactitud del aviso. A fin de sorprender al cabecilla, dispuso el teniente Carsi que los dos oficiales de caballería con su tropa y seis voluntarios montados penetrasen en el lugar, lo atravesaran rápidamente y se situasen á la salida por el lado opuesto, con objeto de cortar la retirada á los carlistas, mientras él con la guardia civil y el resto de los voluntarios atacaba á la carrera el pueblo, tratando de estrechar al enemigo contra la otra fuerza; pero prevenido éste de la aproximación de sus perseguidores, emprendió la fuga precipitadamente, perdiendo dos individuos, que fueron hechos prisioneros, varios caballos, monturas, armas y otros efectos, y sin tratar siquiera de utilizar las excelentes posiciones defensivas que había en su camino, á la salida del pueblo. La persecución continuó durante todo el día; mas favorecidos por el conocimiento del país los pequeños grupos en que se dividió la partida, lograron escaparse, á pesar de haberse subdividido también la tropa, que únicamente consiguió apoderarse de algunos otros caballos y pertrechos de guerra, en los reconocimientos que hizo en los montes de Gabilanes y Mijares.

El cabecilla, acompañado de unos 12 hombres, haciendo marchas y contramarchas, eludió durante algunos días la persecución de los voluntarios de la libertad, que en esta provincia se mostraron desde el primer momento celosos y diligentes para combatir el carlismo, hasta que el día 4 de Agos fué aprehendido con algunos de los suyos por el alcalde Casar de Escalona. Conducidos los presos á la capital de

provincia, el consejo de guerra sentenció á ser pasados por las armas al cura Dueñas, á su secretario y á un individuo de los que le acompañaban. Con alguna presentación y otras varias aprehensiones verificadas en los siguientes días, quedó deshecha la partida y no se volvió á saber de los escasos restos de ella que no cayeron en poder de las autoridades.

A consecuencia de la captura del cura de Alcabón, á quien indultó el Gobierno, se vió libre de facciosos la zona de la provincia de Toledo situada en la orilla derecha del Tajo, que quedó bajo la custodia de la guardia civil, reconcentrada en los puntos más convenientes; de una compañía de ingenieros y 12 coraceros del regimiento del Rey, que, procedentes de Madrid, se situaron en Maqueda á la aparición de la indicada partida; y de una compañía de cazadores de Madrid que, con algunos soldados de húsares de Pavía, se acantonó en Talavera de la Reina.

El Comandante general de la provincia, brigadier Izquierdo, después de recibir los refuerzos que se le enviaron hizo un reconocimiento con una columna por los límites del territorio de su demarcación con Ciudad Real, y llegó el día 4 de Agosto á Navas de Estena, sin encontrar ningún carlista durante su excursión, aunque marcharon por distintos caminos las diversas fracciones en que iba dividida la columna. Esto no significaba que se había restablecido por completo la tranquilidad en el país; pues en el mismo día 4, respondiendo á la orden de alzamiento general, apareció en la dehesa de Castañar, jurisdicción de Mazarambroz, una partida de 10 hombres, capitaneada por el vecino de Orgaz Manuel Briones, quien cometió bastantes desmanes y depredaciones en aquel ...mino, y pasó al día siguiente al de Marjaliza, con un total 50 partidarios, montados la mayor parte, que pronto ha... de sumarse con los que llevaba el exbrigadier Polo.

Mientras que estos acontecimientos tenían lugar en la

provincia de Toledo, en la de Ciudad Real seguían las columnas la persecución sin dejar descanso á los sediciosos, de los cuales se presentaron muchos con tal motivo á las autoridades locales de los pueblos y á los jefes de tropas de operaciones, dando pruebas evidentes del desaliento que entre ellos existía y de la poca confianza que tenían en el triunfo de su causa. El espíritu del país continuaba mejorando; en varios pueblos se negaban á los trastornadores del orden los recursos que al principio del alzamiento les ofrecían gustosos; llegando en alguno hasta el extremo de armarse los vecinos para batirlos, como sucedió en Villarrubia de los Ojos, donde persiguieron y desorganizaron una partida, cogiéndole algunos caballos y efectos.

La columna Tomaseti, en una de sus excursiones, tuvo noticia de que la facción Polo, la más importante de las que quedaban, unida á restos de la de Tercero, se hallaba en Fontanarejo, y haciendo una marcha forzada desde Arroba, en 1.° de Agosto, logró llegar al pueblo sin ser vista de los carlistas, á quienes atacó rápidamente, á la vez por ambos flancos y el centro, bastando un corto tiroteo, que causó algunas bajas á la partida, para derrotarla y ponerla en fuga hacia los montes de Toledo. Este nuevo descalabro, cuya noticia circuló con rapidez, aumentó el desaliento de los cabecillas; y convencidos casi todos de lo inútil de sus esfuerzos, disolvieron sus partidas, buscando ellos su salvación en la huída.

Como era de temer que los carlistas dispersos trataran de internarse en Sierra Morena y de entrar en la provincia de Córdoba, se mandó concentrar en Pozoblanco una compañía de la guardia civil. Con esta disposición se guardó el paso de los Pedroches, y algunos grupos facciosos que vagaban por s cercanías con el expresado intento, tuvieron también que d gregarse.

Pocos partidarios del carlismo quedaban en armas á prir

cipios del mes de Agosto en el primitivo teatro de sus operaciones, y los que existían, sin formar partidas, se hubieran acogido seguramente á indulto, si se les hubiese concedido. Las autoridades militares continuaron con actividad la persecución y organizaron una batida general para el día 7 de dicho mes, que debían ejecutar las fuerzas de Del Amo, Reina, Bastos y las de Extremadura, por la Alcudia y los montes situados entre los pueblos de Agudo, Puebla de Don Rodrigo, Herrera del Duque y Villarta. El resultado fué hacer algunos prisioneros, y adquirir el convencimiento de que para restablecer la tranquilidad en el territorio bastaba la guardia civil apoyada por pequeñas columnas que, bien situadas y haciendo frecuentes marchas, llevasen la confianza á los pueblos reanimando el espíritu público.

Pacificado ya casi enteramente el confín de Extremadura con Ciudad Real, y existiendo temores de trastornos en sentido republicano en aquella Comandancia general, principalmente en Badajoz, marchó el brigadier Carnicero el día 13 de Agosto á su residencia habitual, llevándose parte de las fuerzas que le acompañaron en su expedición, y dejando las siguientes: en Guadalupe, provincia de Cáceres, al mando del teniente coronel Iglesias, 100 guardias civiles y un destacamento del regimiento de la Princesa; en Herrera del Duque un puesto de 30 individuos de la guardia civil, en sustitución de tres compañías de la Princesa que marcharon á Badajoz; y en Cabeza de Buey, otro puesto de aquel instituto. Estas tropas dependían de Extremadura y custodiaban sus avenidas; pero además, á las órdenes del Gobernador militar de Ciudad Real, dejó el brigadier Carnicero en Agudo al coronel Sagasta con tres compañías del regimiento de la Princesa, y en Allenejos, Veredas y Brazatortas, cubriendo la vía férrea, el mer batallón del citado regimiento, mandado por su tenien- ronel, D. Manuel Galán.

Existía todavía en los montes de Toledo la partida de Polo con restos de la de Sabariegos; mas no siendo ya de esperar en la Alcudia y campo de Calatrava nuevos trastornos, bastaban para la persecución las columnas formadas con tropas de Castilla la Nueva; de modo que á mediados de Agosto pudo regresar al distrito de Andalucía el coronel Villaoz con el regimiento de Asturias, quedando por lo tanto en Ciudad Real, á más de las compañías de la Princesa, todo el batallón de cazadores de Barcelona, uno del regimiento de Aragón, los dos escuadrones de Calatrava y la guardia civil de la provincia. Las fuerzas de Toledo recibieron el aumento de la sección de húsares de Pavía que había operado en Ciudad Real y otra del mismo cuerpo, las cuales fueron á ponerse á las órdenes del brigadier Izquierdo, que no tenía caballería.

Con estos elementos, y queriendo el Ministro de la Guerra exterminar en breve á la facción Polo, y devolver la tranquilidad al país, dispuso que en la provincia de Ciudad Real se formaran tres columnas que operasen en el límite con la de Toledo y persiguieran activamente á dicha partida, para que estrechada entre estas fuerzas y las del brigadier Izquierdo, cayesen pronto bajo la acción de alguna de ellas. Las columnas encargadas de tal cometido fueron: la de Tomaseti, de tres compañías de Aragón y algunos caballos de Calatrava, que operó en los alrededores de Malagón; y otros dos, que batieron el límite de la provincia hacia Fuente el Fresno y Arroba, mandada la primera por el teniente coronel Guerra y compuesta también de tres compañías de Aragón y una sección de Calatrava, y la segunda, á las órdenes del teniente coronel Andrade, de dos de cazadores de Barcelona y 35 caballos de la guardia civil. Todas ellas siguieron á Polo en su marcha por las sierras de Toledo, se internaron en esta provincia yendo á sus alcances, y volvieron á la de Ciudad Real, donde, custodiando los pasos de una á otra, continuaron operando en las proximi-

dades de Porzuna, Arroba, Alcoba y Fuente el Fresno. El brigadier Vidal, con dos compañías de cazadores de Barcelona y una sección de Calatrava, marchó á Piedrabuena para dirigir é impulsar las operaciones, y acudir con su pequeña columna adonde la necesidad le llamase. Del Amo y Bastos, con las cuatro compañías restantes del mismo batallón, ocupaban militarmente la provincia, haciendo frecuentemente prisioneros que, unidos á los presentados, enviaban á Ciudad Real, punto en que llegaron á reunirse á mediados de mes unos 200, sujetos todos á las resultas de los procedimientos que se les seguían.

El Gobernador militar de Toledo supo oportunamente la entrada de Polo en su provincia, y el día 7 llegó á su noticia que en persecución del cabecilla iba el teniente coronel jefe de cazadores de Madrid, con tres compañías de su cuerpo, hacia El Molinillo, por el puerto del Milagro. En vista de esto, el brigadier Izquierdo marchó desde Navalucillos, con la columna de infantería de Aragón que tenía á sus órdenes, á reunirse con aquella fuerza en San Pablo, donde trató de averiguar la ruta y planes de la facción, para operar con arreglo á las investigaciones que hiciera. Huyendo de sus perseguidores, Polo se dirigió á Las Ventas con Peña Aguilera; y desconociendo el Gobernador militar interino si otra fuerza del ejército iba en seguimiento de aquél, dispuso que una compañía de cazadores de Madrid, con algunos guardias civiles y 12 húsares de los que guarnecían á Toledo, saliera inmediatamente al encuentro de los carlistas, los cuales fueron á pernoctar á la casa del Castañar, donde se racionaron y exigieron algunos fondos, continuando desde aquí, por Casas Rojas, á Pulgar, pueblo distante tres leguas de la capital. Además del gran conocimiento práctico

terreno en que se hallaban, Polo y sus partidarios conta-

todavía en aquella zona con cierto apoyo moral y material

los habitantes; de modo, que por más que el brigadier Iz-

quierdo, después de concentrar en San Pablo la mayor parte de sus fuerzas, imprimió gran actividad á las operaciones, moviendo rápidamente las columnas, entre ellas las de los tenientes coroneles Guerra y Andrade, que del confín con Ciudad Real volvieron nuevamente hacia el Molinillo y Pulgar, la partida logró escapar de la persecución de las tropas.

Con los pequeños restos de otras facciones hubo varios encuentros: Moreno Barragán y los latrofacciosos que le seguían, fueron batidos en las inmediaciones de Consuegra, el 9 de Agosto, por los voluntarios de esta villa, que los dispersaron y les cogieron varios efectos; el comandante Pastor, al hacer con su columna un reconocimiento en término de Horcajo de los Montes, sorprendió á algunos carlistas, los ahuyentó después de un corto tiroteo y les cogió un prisionero; y, finalmente, fuerza del coronel Bastos, estando en marcha hacia Argamasilla para recorrer la provincia de Ciudad Real, según se le había prevenido, encontró á otro grupo de dispersos, que haciendo fuego á la columna, mató á dos carlistas presentados, que desempeñaban voluntariamente el servicio de exploradores, y desapareció inmediatamente.

Polo continuaba el 11 en las proximidades de Toledo con su partida, compuesta entonces de más de 100 hombres, la mayor parte montados; y el Gobierno, deseoso de restablecer cuanto antes la tranquilidad en la comarca, dispuso que todo el batallón cazadores de Barcelona se trasladara de Ciudad Real al terreno que recorrían los rebeldes. El temor de que Polo se aproximara más á la ciudad de Toledo y que, aprovechando la oportunidad de estar desguarnecida, intentara algo contra ella, motivó que cinco de las ocho compañías del citado batallón, mandadas por Del Amo, en lugar de entrar directamente en operaciones, marcharan por la vía férrea á aquella capital, para defenderla é impedir además las correrías que la facción pudiera intentar hacia el Norte de la provincia. La

otras tres compañías, á las órdenes del comandante Camino, fueron á Navas de Estena, donde estaba Izquierdo con su brigada.

Entonces se encomendó la vigilancia de las avenidas del llano de Ciudad Real al coronel Bastos, con un escuadrón de Calatrava y compañía y media de la guardia civil, distribuida entre Malagón, Fuente el Fresno y Piedrabuena. Estas fuerzas, las del regimiento de la Princesa y el comandante Tomaseti, que fué á la capital con sus dos compañías de Aragón, siguieron ocupando militarmente la provincia de Ciudad Real, estando á la expectativa de los acontecimientos que se desarrollaran en ella y en la vecina de Toledo.

Para batir á los rebeldes no bastaba con la infantería que había en aquel territorio, cuya gran extensión dificultaba las comunicaciones entre las tropas; eran precisas columnas de caballería que por su mayor movilidad pudieran seguirlos y alcanzarlos rápidamente. Esto originó la salida de Aranjuez para Toledo del teniente coronel Rodríguez, de cazadores de Calatrava, con un escuadrón de su cuerpo, dos secciones de Castillejos y otra de Tetuán; fuerza que, organizada en dos columnas de 70 caballos próximamente, una al mando del mencionado jefe y otra al del comandante Ventero, empezó las operaciones el 13 de Agosto, con orden de no dejar reposar ni un momento á las partidas, hasta batirlas, si se presentaba ocasión propicia, ó empujarlas hacia los puntos que ocupaban las tropas.

Polo, comprendiendo, sin duda, el peligro que corría de seguir en el terreno descubierto y llano que se extiende entre Pulgar y la capital, buscó nuevamente su salvación en los mon-
de Toledo; así, que cuando Rodríguez y Ventero llegaban
'ébenes y Sonseca, ya estaba el cabecilla por los cortijos que
entre Malagón y Urda, con ánimo seguramente de pasar
vez á Ciudad Real; pero advertido á tiempo de ello el co-

ronel Bastos, hizo un reconocimiento, sin alejarse mucho de Malagón y Fuente el Fresno, de cuya defensa estaba encargado, y obligó á internarse más en los referidos montes á la facción, previniendo después á las columnas que tenía inmediatas, los movimientos probables de aquélla, á fin de que estuvieran sobre aviso.

Aprovechándose Sabariegos de la coyuntura de estar Polo próximo al lugar donde él se hallaba oculto, que era en las cercanías de Piedrabuena, quiso probar fortuna nuevamente, y consiguiendo reunir unos 15 hombres montados y con buen armamento, se lanzó al campo con el propósito de ir á engrosar la partida del citado exbrigadier, sin poderlo lograr por la oposición que le hicieron las tropas acantonadas en el confín de ambas provincias. Como estas fuerzas no podían seguir á Sabariegos, pues no debían moverse por entonces más allá de los límites de su respectiva demarcación, el brigadier Vidal organizó dos columnas con las cuatro compañías de la Princesa que había en Almadenejos y la sección de caballería que estaba en Piedrabuena, una para la capital, y otra para buscar á Sabariegos y cubrir los pueblos, que por las marchas de Guerra, Andrade y Pastor á Marjaliza, El Molinillo y Horcajo, respectivamente, habían quedado sin el apoyo de fuerza armada.

Difícil era á los rebeldes eludir la persecución, estando casi ocupado militarmente el país, aunque contaban con las ventajas de lo escabroso del territorio en que se guarecían y las simpatías de parte de los habitantes; porque al huir las partidas de unas columnas, tenían que caer necesariamente bajo la acción de otras. Así sucedió el día 14 de Agosto, en el que el teniente coronel Andrade, estando en Sonseca, tuvo noticias que le hicieron comprender que la facción Polo pasaría en su huída por los puertos del Milagro y Sierra de San Martín; y saliendo á su encuentro, forzando la marcha, logró avistarla en las faldas de la sierra que hay entre el puerto de Albaida y el

de Naciente. Según indicaba el jefe de la columna en su parte oficial, los carlistas se dispusieron á esperar el ataque, tomando posiciones defensivas; pero al avanzar la infantería de frente, y por un costado los pocos caballos que llevaba Andrade, amagando cortar la retirada, no sólo desistieron de su propósito, sino que emprendieron una fuga precipitada hacia la sierra de San Salvador.

Huyendo Polo de las tropas que en Toledo le cerraban el paso á Extremadura, trató nuevamente de entrar en Ciudad Real; mas el 15 fué otra vez alcanzado por una compañía del regimiento de Aragón, que estaba recorriendo la sierra desde Fuente el Fresno á Porzuna y que, al tener aviso en Fuencaliente de la proximidad de la partida, marchó en su busca aceleradamente y la encontró situada en una fuerte posición de la sierra del Témpano. Después de una hora de fuego, del que resultaron varios heridos de las dos fuerzas combatientes, la facción escapó á la desbandada por el camino de Alcoba, en cuanto las tropas iniciaron el ataque á la bayoneta.

A Sabariegos se le dió también alcance en los días 14, 15 y 16, haciéndole varios prisioneros, entre otros importantes, á un hijo del cabecilla Rapa. Sus correrías fueron bastante audaces, pues se atrevió á entrar y exigir contribuciones en pueblos como el de Piedrabuena, aprovechando que las fuerzas en ellos acantonadas estaban batiendo las zonas de su demarcación.

En su huída, Polo entró en Alcoba, donde pidió al Ayuntamiento 10.000 reales, caballos y armas, y á no ser por el comandante Ventero, que con su columna de caballería marchó á aquel punto, hubiera hecho efectivas sus exigencias; pero vióse obligado á evacuar el pueblo, y continuó su rápida marcha con rumbo á Villar y Ballesteros, llegando después hasta Gamasilla de Calatrava, perseguido siempre por Ventero. En esta expedición no pudo la partida guarecerse en los montes de Toledo, porque á ello se opusieron con gran oportunidad, en

primer lugar, la columna de caballería del teniente coronel Rodríguez, que desde Sonseca, donde la dejamos, había avanzado, recorriendo el confín de las dos provincias, hasta Picón, y además, las dos compañías de la Princesa con su jefe Galán, que ocuparon á Priedrabuena; de manera, que la facción no tenía más camino para llegar á los lugares de su anterior refugio, que el de Valenzuela y Daimiel, y éste fué el que tomó, encontrando en la marcha su derrota definitiva, causada por una columna de dos compañías de la Princesa que, á las órdenes del capitán D. Manuel de la Canal, organizó el comandante general de la provincia.

Esta fuerza, embarcándose el 17 de Agosto, por la noche, en un tren ascendente de mercancías, salió al encuentro de los fugitivos, y al llegar al monte de Torroba, entre Almagro y Daimiel, abandonó la vía férrea y se encaminó á la casa de los Palacios, donde según confidencias estaba alojada la partida. A las tres de la madrugada llegó la tropa cerca del edificio y fué en seguida distribuida convenientemente para cercarlo, dirigiéndose el comandante á reconocer el interior del mismo. Estando inquiriendo noticias de los propietarios del caserío, hicieron los rebeldes un nutrido fuego desde fuera, pues lo habían evacuado antes de que lo rodearan los soldados. En vista de esto, se dirigió toda la fuerza hacia el enemigo, que logró ocultarse en la espesura del monte, no sin haber sufrido las bajas de un muerto y varios heridos y perdido cuatro caballos, armas y pertrechos de guerra. Los resultados de esta jornada, á la cual coadyuvó el comandante Ventero con su caballería, que siguiendo durante cuatro días con gran actividad á los facciosos, los obligó á hacer jornadas hasta de 15 leguas, fueron eficaces para la pacificación de la Mancha, porque al día siguiente las autoridades populares de Almagro y Daimiel capturaron con los voluntarios de la libertad al titulado general Polo y á varios de los suyos, en una batida que dieron en los

términos de sus demarcaciones, y el resto de la facción se diseminó en pequeños grupos que, desconcertados, vagaron sin rumbo fijo algunos días, siendo sus individuos muertos unos y cogidos otros por los destacamentos de caballería en que se fraccionó la del teniente coronel Rodríguez, quien llegó á Almagro el 19.

Con este hecho casi terminó la insurrección, pues las partidas que, según veremos más adelante, merodearon corto tiempo, las constituían escaso número de rebeldes, cada vez con menos ánimos y en peor estado. El número de presos reunidos en Ciudad Real ascendía ya á 229, de los cuales 161 eran presentados, 41 aprehendidos, 15 prisioneros de guerra y 12 sospechosos.

Precisa ahora, para la claridad y buen orden del relato, suspender, siquiera sea por breve tiempo, la narración en la parte relativa á Toledo y Ciudad Real, á fin de referir los acontecimientos que habían tenido lugar en el resto del distrito, que si no tenían la importancia de los ocurridos en las provincias citadas, no eran tan insignificantes que se deba prescindir de mencionarlos.

La agitación que á mediados de Abril se inició en las provincias de Guadalajara y Cuenca, calmándose en breve, volvió á reaparecer á fines de Julio, extendiéndose á parte de las de Madrid y Segovia.

De Sigüenza, Mondéjar, Maqueda, Las Navas del Marqués, Robledo y San Clemente se recibían en Madrid noticias de que iban á aparecer partidas en los primeros días de Agosto, lo que obligó por el momento al Capitán general del distrito á organizar varias columnas con objeto de que recorrieran los lugares indicados, levantasen el espíritu de sus habitantes, fa-
·cieran la cobranza de contribuciones y estuviesen en dis-
·ción de acudir con prontitud al punto en que su presencia
·a necesaria para ahogar en su principio la rebelión anun-

ciada. Los voluntarios de la libertad, dos compañías de cazadores de Madrid, tres del regimiento de infantería de Cantabria y una sección de lanceros de Villaviciosa, en Guadalajara; otras tres compañías de Cantabria, en Madrid; una de Ingenieros y otra de cazadores de Madrid con algunos coraceros del Rey, en Segovia; dos compañías del batallón de Madrid más una sección de caballería de Villaviciosa, en Cuenca; y la fuerza de guardia civil reconcentrada por compañías en las cuatro provincias, vigilaron el territorio, con arreglo á las instruccciones expresadas, haciendo frecuentes batidas, dirigidas especialmente hacia los puntos en que había más efervescencia, sin que en sus excursiones encontrasen ninguna partida que combatir, pues las que llegaron á formarse se disolvieron inmediatamente.

De éstas, la única que tuvo relativa importancia fué la que se presentó el día 9 de Agosto en Chillarón del Rey, provincia de Guadalajara, mandada por D. Vitoriano Puertas, jefe carlista en las filas del anterior Pretendiente, y organizada con unos 40 hombres medianamente armados y equipados, la cual, desde el indicado punto, marchó al límite de la provincia con ánimo de internarse en Cuenca por Beteta, para aumentar su fuerza, ya que en los pueblos de Guadalajara no lo había podido conseguir. Al anuncio de su aparición, salieron á perseguirla, en la última provincia citada, las compañías de Cantabria y una columna de guardia civil; y el Gobernador militar de Cuenca situó fuerzas, convenientemente distribuidas, en el confín de su territorio. Con estas disposiciones, se consiguió la disolución completa de la facción, á los cinco días de haberse formado, y que se presentaran al alcalde de La Puerta, queriendo acogerse á indulto, el cabecilla y seis de los suyos, haciéndolo los restantes en diversos pueblos en los días sucesivos; indulto que, concedido á algunos, fué denegado á Puertas y á los más significados.

Otro alzamiento de consideración, en el que se hacía ascendender el número de comprometidos á 400, estaba anunciado para el día 8 en los términos de Pastrana y Mondéjar, llegando las autoridades militares á recibir telegramas en que se hacía notar la desaparición de bastantes individuos señalados por sus ideas carlistas, y hasta se decía que la partida estaba ya en el campo. El complot existió realmente con extensas ramificaciones; pero los afiliados se atemorizaron sin duda por la enérgica actitud de las autoridades militares y civiles y de los voluntarios de la libertad, y desistieron de sus propositos, calmándose en breve la agitación y efervescencia que reinó en los días próximos al indicado para el movimiento.

Las columnas de operaciones de Segovia y Cuenca tuvieron que acudir: las de la primera provincia, á los partidos de Riaza y Cuéllar, para oponerse á la entrada de una partida de 30 hombres organizada en el Burgo de Osma; y las de la otra, á Cañete, Salvacañete y Moya, á consecuencia de un telegrama del Capitán general de Valencia, en el que se anunciaba que 200 facciosos de los que pululaban por el Maestrazgo se dirigían á aquellos pueblos, esencialmente carlistas, donde había gente dispuesta á unirse á las facciones del Centro.

Por lo expuesto vemos que el movimiento no dió en las provincias de Madrid, Segovia, Guadalajara y Cuenca el resultado que se prometían sus promovedores. Varias fueron las conspiraciones tramadas; mas, descubiertas á tiempo, pudieron ser reprimidas, sin que en todo el resto del año ningún nuevo trastorno volviese á turbar la tranquilidad y el orden público en las indicadas provincias.

En la de Ciudad Real, después de la derrota de Polo en la dehesa de Torroba, solamente quedaba el cabecilla Sabariegos, , acompañado de unos 40 dispersos, recorría las riberas del diana y del Jabalón, donde, gracias á lo conocedor que era llas, se sustraía de la activa persecución que le hacía el

teniente coronel Galán con sus compañías de la Princesa; y, además, algunos pequeños grupos insurgentes que vagaban, unos por Fuente el Fresno y Piedrabuena, perseguidos por Ventero, y otros por Almagro y Daimiel, seguidos de cerca por Rodríguez. Estos jefes, que guardaban las avenidas de los montes, limpiaron el territorio de fugitivos, la mayor parte de los cuales se presentaban espontáneamente, como el cabecilla Acuña y dos hijos suyos; se entregaban á las columnas, ó eran estrechados hacia los pueblos, donde los voluntarios de la libertad se encargaban de batirlos. Los de Bolaños, en una de sus salidas, sorprendieron á un grupo, mandado por Calero, y le dispersaron, matando á un faccioso y apoderándose de armas y efectos de guerra. Los de Valdepeñas sostuvieron un pequeño combate con una docena de carlistas, obligándoles á guarecerse en la sierra de Siles. Estos hechos aislados, y otros de la misma índole que ocurrieron en diversos puntos, dan la medida de la reacción operada en gran parte del país, donde muchos favorecedores decididos del carlismo se habían trocado en adversarios, ansiando reconquistar la paz y tranquilidad perdidas.

Algunos de los fugitivos de Ciudad Real, al ver que su situación era insostenible, pasaron á Extremadura, con ánimo de ganar la frontera portuguesa; apareciendo el día 21 de Agosto en Castilblanco una partida de 16 hombres á caballo, quienes, desde el Lomo de Santiago, marcharon al portillo de Cijara; pero la acertada colocación en Herrera del Duque y Guadalupe de las columnas de guardia civil, que se pusieron al punto en movimiento, contrarrestó el proyecto de los rebeldes, que, desbandados en la batida que aquellas fuerzas dieron en los montes de la dehesa de Cijara, regresaron nuevamente á su provincia, donde, sin duda, no se volvieron á concentı pues no hubo noticias de que reaparecieran en ningún pur

Vagaba Sabariegos, el 23 de Agosto, por los términos

Fernancaballero y Picón seguido de los suyos; y no pudiendo internarse en los montes de Toledo en busca de sus más seguras guaridas, porque para ello tenía que vencer la resistencia que le harían la columna Bastos, que, teniendo por centro á Porzuna, defendía las entradas de la sierra, y la del comandante Ventero, que había llegado en sus reconocimientos á Piedrabuena, retrocedió otra vez y se dirigió al Campo de Calatrava, eludiendo el seguimiento del teniente coronel Rodríguez Bravo, que, para batirle más fácilmente, llevaba su columna de caballería dividida en tres fracciones. En estas marchas y contramarchas pasó Sabariegos el resto del mes, huyendo siempre, hasta que, convencido en los primeros días de Septiembre de lo inútil de sus esfuerzos en favor de la causa que defendía, abandonó á sus secuaces y fué á buscar su salvación en Portugal, no sin verse amenazado, según se dijo, por sus partidarios, que quisieron hacerle pagar con la vida las infructuosas penalidades que les acarreó esta pequeña campaña.

Las tropas continuaron, durante los indicados días, recorriendo la zona de operaciones para capturar los pequeños grupos de fugitivos que aun existían, consiguiendo casi por completo su objeto, y apoderándose, además, de algunos caballos, armas y pertrechos militares de los sediciosos.

Tranquilizada ya la provincia de Ciudad Real, regresó á Extremadura, el día 27 de Agosto, el batallón de la Princesa; á Madrid, el 31, el de cazadores de Barcelona, recogiendo, á su paso por Madridejos, las compañías que tenía en Toledo, y á Aranjuez la caballería de Calatrava, dejando un escuadrón en la provincia, en la cual quedó el 2.° batallón de infantería de Aragón y dos columnas de caballería de Tetuán y de Casejos, encargadas de apoyar á la guardia civil, que, distrida en pequeñas fracciones de 20 hombres, hizo batidas generales, que concluyeron de exterminar los escasos restos ar-

mados del carlismo. De Toledo, donde había terminado antes la sedición, regresaron también á Madrid, el día 1.° de Septiembre, el batallón cazadores del mismo nombre y las dos secciones de húsares de Pavía, quedando en la provincia el primer batallón del regimiento de Aragón, una compañía del cual recorrió los montes de Toledo, cubriendo sus puertos y auxiliando á la guardia civil en su servicio. Las demás provincias del distrito, donde ya nada era de temer á primeros de Septiembre, fueron vigiladas únicamente por la guarnición de sus capitales, la guardia civil y los destacamentos enviados á los establecimientos balnearios para que amparasen á los bañistas contra cualquier desmán que, con bandera carlista, pudiera intentar alguna cuadrilla de bandoleros.

El Gobierno, queriendo dar una prueba de clemencia y legalizar la situación de los mal aconsejados que abandonaron sus hogares para seguir á los cabecillas, concedió indulto, en los primeros días de Septiembre, á todos aquellos que, habiendo pertenecido á las filas carlistas, sin que se les pudiera imputar más delito que el de rebelión, permanecían ocultos por temor á la ley. Publicado el decreto en los *Boletines oficiales*, su resultado fué eficaz é inmediato, llegando á 178 el número de los que se acogieron á sus beneficios á los pocos días. Mas, no por esto se descuidaron los reconocimientos generales en Toledo y Ciudad Real, á fin de destruir el bandolerismo, herencia de los pasados acontecimientos. El núcleo mayor de malhechores, que era el de Moreno Barragán, aunque se ocultaba en las escabrosidades de los montes de Toledo, próximas á Urda y Orgaz, se vió varias veces alcanzado por la guardia civil, que en diversos encuentros le hizo algunos muertos y heridos y le cogió varios prisioneros, los cuales fueron entregados á las autoridades.

El 13 de Septiembre, no siendo ya necesarios en Ciuda Real los destacamentos de Tetuán y de Castillejos que había

tomado parte en las últimas operaciones, regresaron á su cantón de Aranjuez.

A consecuencia de la nueva ley de orden público, dejaron de funcionar los consejos de guerra ordinarios, establecidos en las provincias donde tuvo lugar el alzamiento, y las sumarias empezadas á instruir por los fiscales militares pasaron á los tribunales ordinarios, por los cuales fueron condenados á muerte, en Noviembre, el exbrigadier Polo y algún otro, sentencia que el Regente del Reino comutó por la de destierro de la Península.

Algunas partidas de merodeadores, continuaron cometiendo, durante el mes de Octubre, frecuentes robos y desmanes, y para que las combatieran en unión de la guardia civil, las autoridades organizaron, en 10 del indicado mes, una fuerza de 50 voluntarios, vecinos de los pueblos de Villarrubia de los Ojos, Malagón, Fuente del Fresno y otros inmediatos. Muy conocedores del terreno estos paisanos, contribuyeron á que los malhechores evacuaran los montes de Toledo, y desaparecieran del país en poco tiempo, con lo cual terminaron los sucesos que originó el levantamiento carlista en 1869, en el distrito de Castilla la Nueva.

A fin deaño, aparecieron varias partidas republicanas en diversos puntos de la Península, siendo preciso, por lo que se refiere á la Capitanía general de que tratamos, que marchara una brigada al puerto de Despeñaperros en Sierra Morena, á fin de pacificar aquella zona, y evitar que se propagase al distrito la nueva insurrección, á cuya sombra podía retoñar la carlista.

***

En Febrero de 1870, notóse otra vez en Castilla la Nueva la agitación precursora de un nuevo movimiento en sentido absolutista, que el Gobierno de la Nación trató de atajar con rapidez y energía. Los pequeños motines que hubo en Torrelaguna, Sigüenza y algunos puntos de las provincias de Toledo y Ciudad Real, obligaron á las autoridades militares á destacar columnas que recorrieran el país, conforme se había hecho en el año anterior; medida cuya conveniencia y utilidad quedó bien pronto demostrada; pues en un mes escaso (fines de Febrero á últimos días de Marzo), que operó la guardia civil en la provincia de Madrid; una compañía del regimiento de Cantabria con algunos caballos de Pavía, en la de Toledo; otra de aquel mismo cuerpo, en la de Ciudad Real, y dos del 1.er regimiento de ingenieros en los pueblos inmediatos á Sigüenza, quedó robustecida la autoridad de los alcaldes, á merced antes de las juntas carlistas, que, organizadas al amparo de la ley, se extralimitaban frecuentemente.

En Segovia, se hacía también activa propaganda, y en el mes de Abril, funcionaban algunas juntas, delegadas de la central de Santa María de Nieva, que preparaban el nuevo levantamiento. Para contrarrestar estos trabajos, salió de la capital, á recorrer la provincia, una compañía de cazadores de Béjar, que no tardó en devolver la calma á los pueblos.

El descubrimiento en la provincia de Cuenca de una conspiración que abarcaba todo el partido de Motilla del Palomar, produjo gran alarma en la opinión, é hizo que se establecieran en los pueblos retenes de paisanos armados, dispuestos voluntariamente á cooperar con la guardia civil á la destrucción de las partidas, en el momento que se presentaran.

Favorecidos por la agitación en que estaba el distrito, los latrofacciosos se presentaron otra vez en Toledo y Ciud Real, cometiendo frecuentes tropelías, para impedir las cuale fué preciso que en el mes de Julio la guardia civil se r

uniera en fracciones de 15 á 20 hombres, y ocupase á Urda, Guadalerzas, Yébenes, Ventas con Peña Aguilera, San Pablo y Orgaz, lugares preferidos por los malhechores para sus depredaciones.

Los agitadores carlistas movíanse mucho durante los meses de Agosto y Septiembre, y propalaban rumores absurdos sobre el alzamiento que había tenido efecto en las provincias del Norte, para decidir á sus correligionarios de Castilla la Nueva á lanzarse también al campo. En previsión de ello, y no disponiendo el Capitán general del distrito de fuerza suficiente para establecer destacamentos, por haber tenido que enviar tropas á varios puntos de la Península, dispuso que las compañías de la guardia civil se concentraran en sus respectivas capitalidades, á la vez que pequeñas columnas volantes del mismo instituto y alguna fuerza del ejército, recorrían los pueblos.

Esta continua vigilancia, y el recuerdo del mal éxito que la rebelión tuvo el año anterior en las provincias de Castilla la Nueva, influyeron poderosamente en los partidarios de D. Carlos, para no exponerse de nuevo á los azares de una campaña, en la que contaban por entonces con pocas probabilidades de triunfo, y para que se decidieran á esperar tiempos mejores en que poder aprovechar el entusiasmo de los suyos, el cual trataron de sostener siempre latente, por medio de continuas predicaciones.

El Gobierno publicó, en 9 de Agosto, un decreto, concediendo amnistía á los encausados, penados y desterrados por sucesos puramente políticos, que hubiesen acontecido desde el 29 de Septiembre de 1868; y en los comienzos de Octubre del año de que tratamos, quedó restablecida la tranquilidad en el distrito.

Por lo expuesto, vemos que la insurrección de 1869 y 1870 en Castilla la Nueva careció de importancia. Hasta el título

de guerra de partidas sería excesivo para las operaciones á que dió origen; pues los 1.000 hombres que á lo sumo hubo alzados en armas, huyeron siempre de la persecución de las columnas, limitándose á mantener la alarma y el malestar en el país, y á vejar los pueblos con peticiones de víveres y dinero; pero la rebelión puso de manifiesto que el carlismo contaba con valiosos elementos en varias provincias, principalmente en las de Toledo y Ciudad Real.

CAPITULO II

SUMARIO.—Año 1872.—Temores de trastornos.—Guarnición del distrito.—Principio de la insurrección en las seis provincias.—Fuerzas destacadas á las mismas.—Partidas en Guadalajara.—Encuentros en la Venta de Selas y en el Escalerón del Valls.—Madrazo y Pinchas entran en Guadalajara procedentes de Aragón.—Son batidos por Rodríguez y Catalá.—Decrece la rebelión en esta provincia.—Encuentros con Somolinos —Presentaciones á indulto.—Regreso de las columnas á sus guarniciones.—Provincia de Segovia.—Idem de Madrid.—Idem de Cuenca.—Partidas en Toledo y Ciudad Real.—Columnas de operaciones.—Encuentros con las facciones de Mulita, cura de Alcabón y otra.—Aumenta algo la insurrección en ambas provincias.—Plan de operaciones del Gobernador militar de Toledo.—Encuentro en el puerto de Albarda.—El cura de Alcabón pasa á Ciudad Real.—Ocúltanse las partidas.—Nueva conspiración de Marconell.—Dos encuentros con Bermúdez y Mulita.—Partidas de la ribera del Guadiana.—Trillo en Sierra Morena.—Es nombrado para dirigir las operaciones el brigadier Soria Santa Cruz.—Situación de las columnas.—Excursión de Bermúdez por la orilla derecha del Tajo.—Partida del titulado general Marconell.—Es batida por Lafuente.—Decadencia de la insurrección.—Alcanza Cortijo á Bermúdez en el valle de Calancha.—Regresa á Madrid el brigadier Soria Santa Cruz.—Distribución de tropas.—Presentaciones á indulto.—Término de la insurrección en Toledo y Ciudad Real.—Reaparece la agitación en el distrito.—Intentona para salvar al cura de Alcabón.—Síntomas de un nuevo alzamiento en la provincia de Guadalajara.

A pesar del fracaso de la insurrección de 1869 y 1870, los partidarios de D. Carlos no cejaron en su empeño, y continuaron en el año siguiente sosteniendo el espíritu reaccionario, con la propaganda de sus ideas, y organizándose para la nueva lucha que proyectaban; trabajos contra los cuales nada podían hacer las autoridades militares ni civiles, porque ningún hecho de los que caen bajo la acción de las leyes llegó á su noticia, limitándose, por lo tanto, á prevenirse para los sucesos que se esperaban. En el mes de Abril de 1872 se presentía ya que estaba inmediato el alzamiento en varios puntos de la Penín-, y con la mira de contrarrestarlo en Castilla la Nueva, se rizó en 11 del mismo mes al Capitán general del distrito, oaquín Bassols, para reconcentrar la guardia civil y cara-

bineros en las cabezas de sus líneas, á fin de que vigilasen los ferrocarriles y telégrafos, asegurasen los depósitos de municiones que habían sido establecidos, y estuviesen prontas á acudir inmediatamente á los pueblos de sus respectivas demarcaciones en que se alterase el orden.

La guarnición del distrito estaba formada y distribuida, á principios del indicado mes, según expresa el siguiente cuadro:

Provincias	Infantería	Caballería	Artillería	Ingenieros
Madrid	Regimiento del Rey. Idem del Príncipe. Idem de la Princesa. Cazadores de Madrid. Idem de Ciudad Rodrigo. Idem de Cuba. Idem de la Habana. Dos compañías de Cazadores de Barcelona. Batallón de Escribientes y Ordenanzas.	Regimiento del Rey. Idem de la Reina. Idem de Calatrava. Idem de Lusitania. Tres escuadrones del regimiento de Talavera.	2.º batallón del 3.er regimiento á pie. 2.º regimiento de Montaña, menos una batería. 1.er regimiento montado, menos una batería. 2.º regimiento montado.	1.er regimiento, menos tres compañías. 2.º batallón del 2.º regimiento.
Toledo	Dos compañías de Cazadores de Barcelona. Escuela de Tiro.	Un escuadrón de Talavera.	»	»
Ciudad Real	La plana mayor y cuatro compañía de Cazadores de Barcelona. La plana mayor y tres compañías de Cazadores de Béjar.	Regimiento de Santiago.	»	»
Cuenca	Dos compañías de Cazadores de Béjar.	»	»	»
Guadalajara	»	»	»	1.er batallón del 2.º regimiento.
Segovia	Una compañía de Cazadores de Béjar.	»	»	»

NOTA.—Tres tercios de la guardia civil estaban repartidos en sus puestos de las seis provincias.

Igualmente que en los años referidos, fueron las provincias de Toledo y Ciudad Real las que iniciaron el movimiento de insurrección. Algunos grupos armados aparecieron en la primera el día 15 de Abril por San Pablo y Segurilla; y en las inmediaciones de Moral y Valdepeñas, pueblos pertenecientes á la segunda, se presentó una partida formada por unos 20 hombres, quienes, después de haber cortado las líneas férrea y telegráfica entre Manzanares y la última población citada, se internaron en los montes de Toledo para incorporarse á otra facción de idéntica fuerza que por entonces se presentó en Retuerta, y que fué perseguida por una columna de guardia civil y un destacamento de las tropas del distrito de Andalucía situadas en Despeñaperros.

En la provincia de Cuenca, la agitación llegó á tomar tal incremento y fué sostenida de un modo tan visible por los ayuntamientos de algunos pueblos y las juntas carlistas, que el Gobernador civil ordenó la suspensión de aquéllos y la disolución de éstas. La capital fué teatro de manifestaciones subersivas; y no existiendo fuerza que la guarneciera, se utilizaron para garantir el orden 80 peones camineros, á los que se dió armamento, formando con éllos una compañía mandada por oficiales del cuadro de reserva Las escasas tropas que había en la provincia estaban diseminadas en Cañete, Huete, Belmonte, Tarancón, Valverde y Beteta, todas á la expectativa de los sucesos anunciados, y algunas cubriendo las avenidas de Guadalajara y Madrid, donde ya habían aparecido enemigos.

En la primera de estas dos provincias, en la que las ideas carlistas llegaron á arraigar un tanto y se contaba con el apoyo de las cercanas facciones de Aragón, el 22 de Abril salió al campo por las inmediaciones de Negredo un grupo medianamente armado, que marchó á reunirse con otro más numeroso en Hiendelaencina. La efervescencia que en el partido de Sigüenza produjo el levantamiento en Alhama de Aragón de una part

da, decidió á varios á tomar las armas, sin que el entusiasmo de los voluntarios de la libertad y los esfuerzos de las autoridades bastaran á contrarrestar el movimiento. Los jefes de la guardia civil de Sacedón y Pastrana comunicaban al Gobernador militar, con fecha 30, que iban en busca de 200 facciosos, quienes, encaminándose á Beteta, intentaban atravesar el Tajo por San Pedro.

Por tal causa, se adoptaron algunas precauciones en Cuenca, entre otras el envío de media compañía á Priego, para que obrase en combinación con la guardia civil y evitase la entrada de la partida en esta provincia.

Muchos creían que en la de Segovia estallaría un levantamiento general en el momento que lo apoyara cualquier facción de otra zona; pero no hubo más que algunos trastornos aislados en diversos lugares, y la salida al campo de individuos que, formando grupos de 15 á 20 hombres, se pusieron desde luego en actitud hostil, entrando en los pueblos para exigir dinero, armas y caballos. Uno apareció en Frumales, partido de Cuéllar, otro en el Espinar, y otro en Sepúlveda, y todos tuvieron en continuo jaque á los pueblos y á la guardia civil, única fuerza que en esta época se puso en movimiento.

También en el monte de Drieves, término de Fuentidueña, ó sea en el confín de la provincia de Madrid con la de Cuenca, se presentó y fué perseguida por la guardia civil de Tarancón y Huete, una gruesa partida, organizada por la conspiración que existía en Torrejón de Ardoz, descubierta y deshecha inmediatamente.

Por lo expuesto se ve que la sublevación tenía extensas ramificaciones que abarcaban casi todo el distrito, en el que contaba sin duda con más elementos de los conocidos hasta fin de [illegible]. A consecuencia del envío de tropas á Vascongadas y Na[illegible], donde el movimiento carlista había aparecido imponente, ó la capital de la Monarquía con escasas fuerzas, y siendo

éstas necesarias para sostener el orden en ella, no se pudieron destacar á las provincias todas las que hubieran sido precisas, para ahogar fácilmente la rebelión en su nacimiento. Sin embargo, á principios de Mayo se situaron en diversos puntos de la de Ciudad Real cuatro compañías de cazadores de Barcelona y el regimiento de caballería de Santiago; á la de Toledo fué un escuadrón de Talavera y una compañía de Barcelona; de Madrid marcharon á Segovia dos compañías de cazadores de Ciudad Rodrigo; en Guadalajara se relevó al batallón de ingenieros por tres compañías del regimiento de Asturias, recién llegado al distrito, y un escuadrón de Talavera; y, finalmente, la guarnición de Cuenca se reforzó con una compañía de cazadores de Béjar.

Al referir los sucesos que acontecieron en los siguientes meses, es conveniente narrar los de cada provincia aisladamente, menos los de Toledo y Ciudad Real; pues en las restantes hubo partidas de más ó menos importancia, que se movieron con independencia las unas de las otras, como fueron independientes también las operaciones ordenadas por los respectivos Gobernadores militares.

***

En Guadalajara, provincia próxima al territorio de Aragón, donde ya pululaban numerosas facciones, aumentaron á principios de Mayo los alzados en armas, formándose nuevas partidas, de cuya composición daban noticias más ó menos exactas las autoridades locales de los pueblos. El cabecilla Palacios, con 250 hombres, por Huerta Pelayo y Huerta Hernando; Fernández Somolinos, por Alcolea del Pinar, con 110; el cura de Villaviciosa, con 80 en Luzaga, más otras fracciones menos importancia, total unos 500 hombres, recorrían el c fín con Cuenca, sembrando la desconfianza y alarma en

país. Contra ellos operaron, desde el primer momento, tres pequeñas columnas de guardia civil, y después, las tres compañías del regimiento de Asturias y parte del escuadrón de Talavera; fuerza que salió de la capital, y que, según instrucciones del Capitán general, se distribuyó en dos columnas: una mandada por el teniente coronel Catalá, que por Sigüenza emprendió la marcha hacia Molina; y la otra á las órdenes del comandante Montant, que marchó á Cifuentes. De la provincia de Teruel avanzó por el camino de Griegos el cabecilla Madrazo, y apareció en Checa el 4 de Mayo; pero tuvo que volver sobre sus pasos, obligado por las tropas de Molina.

La insurrección contaba con algún apoyo en la comarca, estrellándose en él la actividad y el buen deseo de los jefes de columna, que recibían noticias erróneas respecto á la marcha de las facciones, cuya verdadera situación era la siguiente el día 7: las de Palacios y Madrazo en Campillo de Dueñas; la de Somolinos que volvió de la provincia de Soria, donde se había internado, en Condemios; y la de Arteaga, compuesta de unos 50 hombres, hacia Cantalojas. En dicho día el teniente coronel Catalá estaba en marcha para batir á los dos primeros cabecillas, en combinación con los capitanes de la guardia civil Planchuelo y Rodríguez; el capitán de Asturias, Blanco, con su compañía, tras Somolinos; y en pos de Arteaga iba en dirección á Hiendelaencina el capitán de Talavera, Senén, con cuarenta infantes y diez caballos.

Esta disposición de tropas dió bien pronto el resultado que se deseaba; pues la columna Catalá, compuesta de 60 soldados de infantería y 25 de caballería, al salir de Maranchón por la carretera de Molina, tuvo noticia, en la venta de Selas, de que cerca de allí, en los pinares de Casares y Ranlles, se ıllaba el cabecilla Palacios con 250 hombres, y marchó á su cuentro, adelantándose con su sección de caballería, en cuan- divisó las huellas de la facción. Al cabo de una hora de

marcha, avistó al enemigo, y aproximándose á él hasta cien pasos sin ser advertido, la sección le hizo fuego, que fué contestado por los carlistas, quienes se desbandaron con la mayor confusión y desorden al cargarlos la caballería y al ver á la infantería, que llegó oportunamente.

En poder de las tropas quedaron 30 fusiles, muchas municiones, bagajes y varios efectos. Las pérdidas de los carlistas fueron doce muertos encontrados en el campo de la acción, bastantes heridos y dos prisioneros; y las de los liberales, un oficial gravemente herido y dos soldados contusos. Catalá, desplegando su gente en guerrilla, continuó el seguimiento por los mencionados pinares hasta el pueblo de Cobeta.

El grupo más numeroso de los dispersos se había dirigido á Ablanque para ir después á pasar el Tajo; pero el comandante Montant le cortó la retirada, porque habiéndolo sabido en Buenafuente, salió á su encuentro con su columna, formada de una compañía de Asturias, una sección de caballería de Talavera y alguna guardia civil, avistándole en el Escalerón del Valls, término de Ablanque, donde lo cargó y puso en completa dispersión, ocasionándole dos muertos, varios heridos y cogiéndole abundante botín.

La consecuencia inmediata de estos dos hechos de armas fué que el desaliento cundió rápidamente entre los facciosos, hasta tal punto, que el Gobernador militar de la provincia manifestaba el día 10 al Capitán general, que todas las partidas se hallaban fraccionadas, y que había ordenado, por tal causa, que se dividieran las columnas para recorrer el país y aprehender dispersos; disposición que dejó en suspenso el general Bassols, por el temor de que sorprendiera á los destacamentos alguna nueva facción ó las anteriores reunidas, cuyos individuos estaban ocultos la mayor parte en las fragosidades de las sierras, esperando para reaparecer á que pasase la impresión de la derrota de Palacios.

Las noticias que recibían de Aragón las autoridades de Castilla la Nueva, seguían indicando la probabilidad de que las partidas de aquel distrito, al verse perseguidas activamente, hicieran alguna correría por Guadalajara; y así sucedió, en efecto, pues el 12 de Mayo se presentaron reunidas en Alustante las de Madrazo y Pinchas, en las que iban algunos individuos procedentes de la acaudillada por Gamundi, que había sido dispersada en Teruel. En aquella dirección salió de Molina la columna Catalá; de Cifuentes el comandante Montant con su compañía, y de El Pobo el teniente Rodríguez con 50 guardias, quien al poco rato de haber emprendido la marcha avistó á los carlistas, los cuales envalentonados por la superioridad numérica con que contaban, se aprestaron á la ofensiva; pero se les anticipó Rodríguez, que cargando resueltamente con toda su tropa, los arrolló dando muerte al cabecilla Asensio y á otro faccioso, y haciéndoles varios heridos. El grupo más numeroso, de unos 100 hombres, huyó por el camino de Hombrados, perseguido por Rodríguez, tomando después la dirección de la provincia de Zaragoza, hacia Torralva, donde otra vez fué alcanzado por Catalá, el cual, al frente de 24 caballos, logró su completa dispersión y le causó varios muertos, heridos y prisioneros. Con estos dos encuentros consecutivos, la facción quedó disuelta y diseminada su gente, huyendo el cabecilla Madrazo á refugiarse en la sierra de Pardón, y Pinchas, con ocho caballos, á pasar el río Cella.

Algunos grupos dirigidos por los cabecillas Madrazo, Palacios, Montañés, Pinchas, Somolinos y algún otro, volvieron á recorrer los pueblos, pasando y repasando el límite de Teruel, con el deseo de fomentar la insurrección; pero ninguno consiguió su objeto, gracias á la actividad de las columnas ra acudir á los puntos en que la necesidad del momento reımaba su presencia.

El indulto concedido por el Gobierno de la Nación, en me-

diados de Mayo, á los que voluntariamente depusieran las armas, y las continuas batidas que sufrían los carlistas, hicieron que muchos abandonaran la vida de aventuras y se restituyesen á sus hogares, acogiéndose á los beneficios de aquella gracia, hasta el extremo de que los 500 ó 600 hombres con que contaba al principio la insurrección, quedaban reducidos el 20 de dicho mes á un centenar escasamente, diseminados, ó formando reducidos grupos que, muy desmoralizados, huían rápidamente de la guardia civil.

Una pequeña columna, compuesta de infantería del regimiento de Asturias y un corto destacamento de caballería de Talavera, alcanzó y batió en el monte de Trillo, el día 20 de Mayo, á la partida Somolinos, que con los dispersos recogidos ascendía á 40 hombres, cogiéndole algunos prisioneros y persiguiéndola hasta que pasó á la provincia de Cuenca, en la que, á pesar de haber tenido algun aumento de fuerza, fué derrotada por las tropas.

Varios cabecillas de los que vagaban solos, por haber sido abandonados de su gente, cayeron entonces prisioneros en poder de las columnas de guardia civil, y alguno que se resistió, pagó cara su tenacidad, como el alcalde de Morillejo, que fué muerto, y el titulado alférez D. Pedro Villalain, que fué herido en el barranco de la Sayona.

Aunque la insurrección estaba tan en decadencia, aun había quien tomaba las armas en defensa de la causa carlista. Así lo hizo el 26 Cipriano Hernández, que levantó una partida en Alcalá, y pasando con ella el Henares, por la barca de los Santos, se internó por Pozo en Guadalajara, teniendo á los tres días en el barranco de Valdosancho, término de Armuña, un encuentro con la guardia civil, en el cual, después de una hora de fuego, que causó algunas bajas en ambas partes, se capturó á toda la partida, compuesta de 18 hombres perfectamente armados y equipados.

En el mes de Junio las columnas de operaciones siguieron ocupando militarmente la provincia, en expectativa de los sucesos que pudieran acontecer, y á la vez, para dar confianza al país y calmar la excitación que el levantamiento había producido. A Catalá en Molina, á Montant en Cifuentes y á los demás comandantes de columna en otros puntos, siguieron presentándose carlistas durante algún tiempo.

La provincia de Guadalajara no volvió á ser teatro de correrias de los carlistas en el resto del año 1872, permitiendo ya este estado de tranquilidad que á principios de Agosto se concentrasen en la capital las tropas que estuvieron en operaciones, y que la guardia civil, volviendo á sus puestos habituales, se dedicase á su peculiar servicio.

***

En varios sitios de la provincia de Segovia se notaba, al comenzar el año, cierta efervescencia, particularmente en las inmediaciones de Sepúlveda y Riaza; y hasta hubo individuos que pretendieron levantar partidas, siendo capturados por la guardia civil sin conseguir su objeto. El movimiento de importancia estaba preparado para los primeros días del mes de Mayo; pero lo hicieron abortar las medidas adoptadas por el brigadier Prat, gobernador militar, merced á las cuales, fué disuelto en breve por la tropa algún pequeño núcleo que llegó á salir al campo, y se impidió la entrada de los que existían en las provincias vecinas.

Este fracaso no impidió que los trabajos revolucionarios continuasen. El día 2 de Junio debían reunirse 18 individuos en el monte de Maluque; y habiéndolo sabido oportunamente capitán que mandaba la compañía de cazadores de Béjar, ·onoció el citado monte, donde encontró ocultas armas en mero bastante para la futura facción, cuyos alistados fueron

presos y entregados á la autoridad judicial de Riaza. Por consecuencia de estas aprehensiones, del indulto concedido por el Gobierno y de las noticias que circulaban de los otros teatros de operaciones, donde los carlistas habían alcanzado tan poca ventura, se fué calmando la agitación que se notaba en los pueblos, y no llegó á perturbarse más el orden público.

***

En la provincia de Madrid todavía fué de menor importancia que en la de Segovia el movimiento carlista de 1872, y así era de esperar, pues contaba con suficientes tropas para sofocar cualquier intentona. Sin embargo, al mismo tiempo que aparecieron enemigos en otras comarcas del distrito, se presentó una partida reclutada en la corte, mandada por el titulado general D. Angel Moreno, que fué batida y disuelta al día siguiente de lanzarse al campo, por la fuerza de guardia civil reconcentrada en Colmenar Viejo. En las cercanías de Pozuelo, otros mal aconsejados, quisieron el día 8 de Mayo probar fortuna, obteniendo el mismo éxito; puesto que, seguidos por la guardia civil de Navalcarnero, se desbandaron en breve y se presentaron á los alcaldes de los pueblos inmediatos.

Diversas columnas, formadas con escasa fuerza de dicho instituto, recorrieron el territorio, sin enemigo á quien combatir. Los habitantes de la provincia eran refractarios á la guerra civil, y fueron inútiles los esfuerzos de la junta carlista para conseguir el levantamiento. En el mes de Septiembre, cuando los trastornos habían termindo por completo, la guardia civil dejó de estar concentrada en las capitalidades de compañía, y se diseminó en los puestos de su residencia.

***

Más próxima la provincia de Cuenca, que las anteriores, al teatro de operaciones de Valencia, donde las partidas carlistas habían aumentado bastante, los temores de alteración de orden público fueron en ella mucho mayores. Además, las versiones que circulaban de haber recibido fondos los agitadores, los trastornos ocurridos en los pueblos de la raya de Albacete, las predicaciones en favor de la causa y las opiniones absolutistas de muchos de sus habitantes; todo contribuía á hacer esperar un alzamiento, y esto obligó á las autoridades á redoblar la vigilancia y á circular órdenes para que las columnas de guardia civil y de cazadores de Béjar estuvieran prontas á acudir con rapidez hacia las zonas donde se perturbara la tranquilidad.

En la primera quincena de Mayo, varios grupos de sediciosos iniciaron abiertamente la rebelión: Valdeganga, Tragacete y Pedroñeras fueron los pueblos donde hicieron sus primeras armas, capitaneados por jefes de escasa significación. Perseguidos activamente, sólo pudieron sostenerse algunos días, á pesar de contar con apoyo en el país, y se vieron precisados á evacuar la provincia por el límite con Teruel, reuniéndose después en Javaloyas con el cabecilla D. Antonio Cojo, que recorría el partido de Albarracín.

Las tropas estacionadas en Cañete, Priego y Beteta, con el objeto de cubrir las avenidas de Guadalajara, tuvieron que abandonar sus cantones al emprender la persecusión de los grupos que aparecieron en la provincia, y por esta causa, la partida Somolinos al pasar á Cuenca, huyendo de sus perseguidores de Guadalajara, encontró expedito el paso. No duraron mucho tiempo las correrías de esta facción, que llegó á reunir 60 hombres. Alcanzada en Poyatos por una columna de guardia civil y cazadores de Béjar, á las órdenes del capitán Villalonga, fué batida, sufriendo algunas bajas. Varios individuos de ella se presentaron á indulto en Frontera, y el

resto pasó á Teruel y se entregó en Griegos con armas y caballos. El 26 participaba la autoridad militar de la provincia al general Bassols, que extinguidas por completo las partidas, la guardia civil volvía á sus puestos y una compañía de Béjar á la capital, continuando la demás fuerza del ejército ocupando las proximidades de Huete y Tarancón, para vigilar las entradas de las provincias limítrofes, donde todavía existían partidas armadas.

***

Las de Toledo y Ciudad Real no permanecieron indiferentes al levantamiento carlista. En el año 1869 fueron las primeras en iniciarle, y también dieron su contingente á D. Carlos en 1872. La narración de los sucesos de estas dos provincias, tendrá que hacerse á la par, porque los movimientos de las facciones de una y otra y los de las columnas que las perseguían estuvieron íntimamente ligados, hasta el punto que, según veremos más adelante, las tropas de ambas dependieron, durante algún tiempo, de un solo General nombrado para dirigirlos.

En los primeros días de Mayo se lanzó al campo, en el partido de Navahermosa, cerca de Noez, el cabecilla Félix Alonso, conocido también con el sobrenombre de Mulita, al frente de corto número de hombres. De Pulgar, de Castañar de Ibor, de Polan, de Escalonilla, de San Martín de Pusa, recibía noticias el Gobernador militar de Toledo de la aparición de partidas, que si se atrevieron á vejar los pueblos, fué por el desamparo en que quedaron al reconcentrarse la guardia civil; bastando un ligero obstáculo para hacerlas desistir de sus propósitos, como sucedió en Escalonilla, donde algunos voluntarios se aprestaron á la defensa y con solo una descarga dispersaron á 30 insurgentes que se proponían entrar en el pueblo.

Los destacamentos de la guardia civil de Ventas con Peña

Aguilera, de San Pablo y otro de unos 20 guardias que salió de la capital de la provincia, fueron los primeros que acudieron á perseguir á la facción de Mulita, teniendo un encuentro el día 6, en el término de Villarejo de Montalbán, del que resultó el fraccionamiento del enemigo y su huída á guarecerse en las fragosidades de la sierra inmediata al pueblo.

Notose también en Ciudad Real, por aquellos días, que la propaganda pacífica sei ba trocando en armada. Cerca de Villanueva de los Infantes se presentaron 20 ó 30 hombres montados, que luego se corrieron al confín de Extremadura, los cuales iban animando á los indecisos é invitando á todos los paisanos á que les siguieran, apoyando sus exhortaciones con las exageradas noticias que daban del estado de toda la Península, y con la seguridad del triunfo. Para batirlos salió de Valdepeñas una columna de guardia civil de 50 infantes y 30 caballos, á las órdenes del comandante Peñalosa, quien los encontró el día 4 en la casa del Becerril, situada en una estribación del cerro de Cabeza de Buey, cogiendo prisioneros á diez, haciendo que se desbandaran los restantes, y apoderándose de varias armas y municiones.

Los alcaldes de Santa Cruz de Mudela, de Castellar de Santiago y de Fernáncaballero, notificaban que salían al campo nuevas partidas, alguna constituída con 100 individuos; y aunque la mayor parte de éllas no tenían organización ni armamento, y no podían hacer recia oposición, bastaba su existencia para que la alarma cundiese y la desconfianza se propagase por los pueblos, abrumados por sus exigencias de todo género. Por consecuencia de tal estado de cosas, salió de la capital el teniente coronel Cortijo con dos compañías de cazadores de Barcelona y un escuadrón del regimiento de Santiago, y de

nta Cruz de Mudela una compañía de Béjar de las allí acan-

ıadas, que estaban formando parte de las fuerzas en observa-

ɔn de Despeñaperros. Ambas columnas y la del comandante

Peñalosa recorrieron el campo por los puntos que aparecieron los sediciosos, siendo infructuosas cuantas pesquisas y movimientos hicieron para encontrarlos; pues los carlistas, en cuanto se veían amenazados, se diseminaban para volverse á reunir en lugar seguro.

Don Lucio Dueñas, cura de Alcabón, preso y condenado á muerte en 1869, á quien le fué conmutada esta pena por la de destierro en el mismo año, volvió á la patria acogiéndose á la amnistía de 1870, y el 7 de Mayo se lanzó al campo entrando en Albarreal de Tajo, seguido de un tal Moya y de 50 hombres, armados y montados, desde donde se dirigió á Hormigos, siendo perseguido por una columna de 44 guardias civiles que salió de Santa Olalla, á las órdenes del capitán García, y por otra del mismo instituto que, procedente de San Pablo, estaba en persecución de Mulita.

A fin de dar unidad á los movimientos de las tropas, se nombró al teniente coronel Pastor para que se encargara de la dirección de las columnas. La actividad que desplegó dicho jefe de la Guardia Civil impidió continuar recorriendo los pueblos de la orilla derecha del Tajo al cura de Alcabón, que pasó á la margen izquierda por el puente de la Puebla de Montalván. Siguióle Pastor con el alférez Delchos y 17 guardias de caballería únicamente, por San Martín de Montalbán, los caseríos de Valdemarías, Villarejo y San Martín de Pusa, adonde llegó el día 12. Allí recibió confidencias ciertas de los proyectos del cabecilla, y partiendo en el mismo día por San Bartolomé de las Abiertas, avistó á la facción en la orilla izquierda del río Sangrera, la desalojó á viva fuerza de la posición en que esperaba y de otra que tomó después á retaguardia, y la persiguió durante algún tiempo, causándole tres muertos y dos heridos, y cogiéndole ocho prisioneros, 14 caballos y otras tantas armas, sin que la tropa sufriese el menor accidente, á pesar del nutrido fuego á que se vió expuesta durante algún rato.

Uno de los muertos era un cabecilla que acompañaba al cura Dueñas.

La decidida protección que las autoridades locales de varios pueblos, especialmente de los situados en la orilla izquierda del Alberche, daban á los carlistas, y la resistencia que oponían á suministrar noticias á las tropas, así como á obedecer las órdenes que recibían, dificultaban el pronto exterminio de las partidas, llegando á tal extremo en los alcaldes el desconocimiento de sus deberes, que fué preciso que se les circularan disposiciones enérgicas conminándoles, bajo severas penas, al cumplimiento de sus obligaciones.

Era evidente que la insurrección prosperaba por entonces en la provincia de Toledo. El día 13 del expresado mes apareció por la sierra del Castañar un núcleo de cerca de 100 hombres, formado por las partidas de Mulita, el Sastre y algún otro, y capitaneadas todas por D. Francisco Bermúdez, carlista de prestigio y autoridad en el país. Por las inmediaciones de Tembleque vagaban dos grupos de 60 hombres cada uno, acaudillados por Moya, que se había separado del cura de Alcabón, antes de que fuese batido en la orilla de Sangrera. Y este cabecilla, sin embargo del desastre sufrido, continuaba haciendo prosélitos por la ribera del Tajo. Las noticias que recibían las autoridades de que nuevos alistados engrosarían en breve las partidas que existían, lo casi infructuosas que durante 15 días habían sido las batidas de las columnas de guardia civil, y el deseo de terminar cuanto antes esta situación, que amenazaba prolongarse, fué causa de que se aumentaran las tropas en operaciones, llegando á Toledo el día 15 un escuadrón de Talavera, á las órdenes del coronel del regimiento, y tres compañías del de Asturias, cuerpo que había ido á la corte procedente de Badajoz.

En Ciudad Real el movimiento seguía también aumentando. Recorriendo algunos pueblos cercanos á la capital andaba

el cabecilla Vázquez con una partida, contra la cual salió un capitán del regimiento lanceros de Santiago con 30 infantes y 25 caballos; por la sierra de Alhambra y las inmediaciones de Villahermosa é Infantes vagaban 20 insurrectos, hostilizados por la columna Peñalosa que les empujaba hacia Despeñaperros, donde se encontrarían con la guardia civil; y hacia Alcoba había unos 30 carlistas, huyendo de un escuadrón de Santiago que había salido á sus alcances. Las facciones se separaban ó reunían, según la inminencia del peligro que les amenazaba, y esto hacía infructuosas las batidas. Sin embargo, un pequeño grupo mandado por Gregorio Gómez (a) *el Negro*, fué alcanzado, el 10 de Mayo, en la alameda de Fuentillejo y hecho prisionero el cabecilla con algún otro. El coronel Teruel con una compañía de Béjar alcanzó también el día 14 en sierra Prieta á otra facción organizada por el cura Quintanilla, copándola casi enteramente; pues entregó en Valdepeñas 19 prisioneros, hechos durante el combate, del que solo resultó un muerto.

Aprovechando los refuerzos que dijimos habían llegado á Toledo, el brigadier gobernador militar D. Antonio F. Morales se propuso pacificar su provincia. A continuación copiamos el oficio de fecha 15 en que dió conocimiento al Ministro de la Guerra del plan que había formado y de las disposiciones que adoptaba:

«Para que el éxito de las operaciones militares que en esta provincia verifican las distintas columnas del Ejército y guardia civil contra las facciones acaudilladas por Bermúdez y Mulita, en los montes, y por Moya y el cura de Alcabón, en las riberas del Tajo, sea tan rápido y eficaz como exige el buen servicio y la tranquilidadde l país, he dispuesto, en el día de ayer, que la columna de 300 hombres del regimiento infantería de Asturi se dirija hacia los montes por la parte de Menasalvas, simulado el movimiento en dirección á Sonseca y Orgaz, para d

orientar al enemigo y lograr así acercarse á San Pablo y Retuerta, donde deben encontrarse los carlistas, al propio tiempo que por Orgaz y la sierra del Castañar cae sobre los mismos puntos, según órdenes que he dado, el escuadrón de Talavera procedente de Consuegra y una compañía de Béjar que destaqué de esta capital. Al comandante de la columna de Asturias le he entregado instrucciones, relación de las columnas que en dicha zona operan, lista de las personas con quienes puede conferenciar y de cuyas noticias debe fiarse, y croquis expresivo de todos aquellos puntos, para facilitar sus operaciones. A la vez he circulado órdenes á todos los jefes de columna para que arreglen combinadamente sus movimientos con la de Asturias, indicándoles el camino que ésta lleva. Hoy ha llegagado á esta capital el coronel del regimiento caballería de Talavera, con 110 caballos, y mañana saldrá de madrugada con 50 á situarse y operar en las faldas de los montes ó donde sea necesario, y además para tomar el mando de las referidas columnas, á las que comunico instrucciones con dicho fin, habiendo facilitado al indicado jefe otro croquis y análogos datos. He telegrafiado al Gobernador militar de Ciudad Real manifestándole haberse dirigido á Retuerta las partidas de que me ocupo, y la conveniencia de que destaque hacia allí alguna fuerza, para impedir se internen más en aquellos montes, y tengo ya contestación de dicha autoridad de haberlo así dispuesto. Respecto á la facción que recorre las riberas del Tajo, mandada por Moya y el cura de Alcabón, dispongo que se encargue de dirigir las columnas que contra ella operan, el teniente coronel de la guardia civil D. Juan Pastor Martínez, á las órdenes del cual irán mañana otros 44 caballos del expre-
› regimiento de Talavera, al mando de un capitán. Esta
'za debe recorrer la margen derecha del Tajo, mientras
.aballos procedentes de Ocaña y la guardia civil lo verifi-
'n la parte opuesta, sin perjuicio de alterarse tal coloca-

ción cuando el expresado teniente coronel así lo disponga, por considerarlo necesario. También prevengo al coronel jefe de operaciones en los montes y al teniente coronel que las dirigirá en la ribera del Tajo que se comuniquen entre sí con la frecuencia posible, para que recíprocamente tengan conocimiento de los movimientos y puedan en casos dados combinarlos provechosamente. Dispongo que queden aquí 16 caballos de Talavera, porque los considero necesarios para recorrer el término, asegurar las comunicaciones con esta capital, acudir á la fábrica de armas en caso necesario, y poder salir con ellos al punto de la provincia donde mi presencia llegue acaso á ser útil. Con este plan, que deseo merezca la superior aprobación de V. E., creo dar á las operaciones la unidad y concierto que recomiendan los buenos principios militares y obtener el favorable resultado que tanto anhelo.»

Y, en efecto, á consecuencia de estas disposiciones, el coronel del regimiento de Talavera D. Manuel Sánchez Lafuente, después de recorrer con 40 caballos varios puntos, sorprendió el día 16 en las inmediaciones del puerto de Albarda, al titulado brigadier Bermúdez con su partida de 100 hombres, de los que 70 iban montados; sostuvo con ella fuego durante algún tiempo, y dispersó á los carlistas que la formaban, los cuales se guarecieron en los montes. En este encuentro fueron muertos tres facciosos, y heridos y prisioneros varios, sin baja alguna en la tropa. Esta se retiró á Sonseca, donde entregó los prisioneros, incorporándosele allí la compañía de Béjar, que formaba parte de la columna. La del regimiento de Asturias había marchado por Menasalvas al Molinillo, punto en que estuvo Bermudez el día 15.

Las batidas de Pastor por los términos de Robledo, Los Navalucillos y sus inmediatos, estrecharon á los carlistas hacia la cura de Alcabón y de Moya hacia la provincia de Ciudad Real entrando al fin en ella por Retuerta, antes de que pudie

impedirlo dos columnas, á las órdenes del teniente coronel Cortijo y del coronel Albornoz, respectivamente, que pasaron el día 16 por Malagón y Alcoba. El cabecilla Dueñas con sus adictos apareció el día 19 en el primero de los mencionados pueblos, donde exigió contribuciones, armas y caballos y se le agregaron algunos individuos. Otro grupo de 20 hombres, disgregado de la partida del cura de Alcabón, que vagaba por la sierra de Cabrahigos, inmediata á Retuerta, fué alcanzado en ella por un pequeño destacamento de la columna del coronel Albornoz, mandado por el comandante Bonel. Aunque los sediciosos trataron de oponerse con sus fuegos al avance de la tropa, ésta los desbandó, causándoles antes algunas bajas y cogiéndoles varios prisioneros y caballos.

A causa de la activa persecución de las tropas en estos días, no se presentaron los carlistas en los territorios de sus habituales excursiones, buscando amparo en los montes y sierras que separan á Ciudad Real de Toledo, y esto hizo creer que dejarían su actitud hostil restituyéndose á sus casas. Pero en seguida se volvió á alarmar la opinión pública con los anuncios de que existía una nueva conspiración. Las confidencias que á las autoridades llegaban, suponían que el titulado general Marconell se pondría al frente de otro alzamiento que debía estallar en breve plazo, al que responderían 500 alistados, cuyos centros de reunión eran Talavera, Navahermosa y Puente del Arzobispo, poblaciones en las cuales se habían recibido fondos para los trabajos de organización. Tales noticias obligaron á los jefes de columna á no alejarse mucho de los focos de insurrección señalados, á fin de poder castigar rápidamente la intentona.

La detención del correo de Navahermosa en la Alcantari-
ıe Guajaraz, por una partida de 30 hombres; la entrada en
a, el 25, de la facción Mulita con sus 100 partidarios; y la
ntación de 15 facciosos armados en la dehesa de Sielma,

próxima á Cobisa, indicaban que la esperanza de apoyo alentaba á los carlistas. Quizás contribuía á ello la vuelta á la corte de las tres compañías de Asturias, ordenada por real orden de 22 de Mayo, con lo que quedó desguarnecido gran parte del territorio de donde las partidas sacaban mayores recursos; desventaja que se trató de subsanar con la entrada en campaña de una compañía de Barcelona, de las dos que había en Toledo, y la marcha á esta capital de otra de cazadores de Béjar.

Las Guadalerzas era el lugar más seguro para los facciosos, y allí se reunieron las partidas de Bermúdez y Mulita, siendo perseguidas por las tropas, que les obligaron á abandonar aquel término y á que se corrieran hacia el límite de la provincia, donde necesariamente se habían de encontrar con las columnas de Ciudad Real. Dichos cabecillas invirtieron varios días en marchas y contramarchas por los montes de Toledo próximos á Consuegra y Madridejos, eludiendo el encuentro con las tropas. El día 29, aprovechando una coyuntura que se les presentó, entraron en Las Labores, donde exigieron é hicieron efectivos algunos fondos, apoderándose también de abundantes recursos para su subsistencia. Desde allí se dirigieron á Villarrubia de los Ojos, saliéndoles al encuentro desde Malagón los comandantes Bonel y García Conde, que marcharon separadamente para batir más terreno. El segundo, al frente de alguna fuerza de infantería y caballería, avistó, no lejos de Villarrubia, á los enemigos, á los que se había unido el cura Dueñas, formando un total de 120 hombres, perfectamente armados y montados la mayor parte; y aunque ocupaban una excelente posición que defendieron con tenacidad, se la hizo abandonar, causándoles algunos heridos. Los carlistas derrotados volvieron á tener otro encuentro, en la noche del mismo día, con la columna Bonel, al tratar de huir por Mala hacia la parte más áspera de los montes de Toledo. El re tado fué análogo al anterior, aunque con más desgracia p

las fuerzas del ejército, que tuvieron dos heridos, uno de ellos el alférez de Barcelona D. Santiago Trillo. El coronel Sánchez Lafuente con su escuadrón de Talavera, y el capitán Ruiz con alguna infantería de Béjar, contribuyeron con sus movimientos, á que se realizasen estos choques.

Otras partidas, de las cuales la más numerosa era la de Vázquez y Junco, recorrían en fin de Mayo, en Ciudad Real, las riberas del Guadiana, hostilizadas por el coronel Albornoz con algunos caballos de su regimiento y por el teniente Fernández con infantería. En esta provincia, nuevos prosélitos, muchos con armas y caballos, se lanzaban á la defensa de la causa carlista, haciendo temer que la lucha adquiriera mayores proporciones. Por tal causa las columnas de la ribera fueron reforzadas por una compañía de cazadores de Barcelona que, á las órdenes de su teniente coronel, salió de la capital.

Las dos acometidas que sufrió Bermúdez en el mismo día, le hicieron comprender lo insostenible de su situación mientras estuviera acosado á la vez por los destacamentos de Toledo y Ciudad Real; así, que dividió su gente en dos fracciones, yéndose él con la mayor á Extremadura, y quedándose el resto en la provincia de Ciudad Real. De éste, alguno se presentó á indulto; otros fueron alcanzados, el día 5 de Junio, por el teniente Fernández y varios guardias civiles, que les causaron un muerto y les hicieron tres prisioneros, apoderándose de caballos, armas y otros pertrechos de guerra; y los demás se reunieron en Fontanarejo con la partida de Vázquez y Junco, de 80 hombres montados, que eludían entonces la persecución de la columna del primer jefe de cazadores de Barcelona, teniente coronel Cortijo.

Al sur de Ciudad Real, en las inmediaciones de Despeña-
-s, se levantó también una partida, acaudillada por D. Ma-
Trillo, secretario del ayuntamiento de Vilches, la que,
-cida en las asperezas de Sierra Morena, amenazaba á los

pueblos del límite de aquella provincia y la de Jaén; pero la activa persecución de una compañía de las estacionadas en Viso del Marqués y Almuradiel, dispersó en poco tiempo á los insurrectos, alguno de los cuales se acogió á los beneficios del indulto, quedando reducido el grupo que acompañó al cabecilla á once individuos, con los que marchó á Brazatortas, á reunirse también con los de Vázquez y Junco, que andaban entre Saceruela y Puebla de Don Rodrigo.

No dejó de llamar la atención al general Bassols que, después de varios días de operaciones, siguieran las partidas haciendo correrías, pasando y repasando los límites de Toledo y Ciudad Real; y atribuyéndolo, en primer término, á la falta de unidad en los movimientos de las columnas, y á que éstas no seguían al enemigo más allá del confín de la provincia á que pertenecían, dispuso, con fecha 10 de Junio, que el brigadier D. Federico Soria Santa Cruz tomase el mando de las tropas de Ciudad Real y Toledo.

Cuando dicho oficial general se encargó, el día 12 en Ciudad Real, de la dirección de las operaciones, las columnas de esta provincia estaban: la de Cortijo, en la raya de Extremadura al sur del Guadiana; la de Bonel, en Retuerta; la de García Conde, en Alcoba; y la del coronel Albornoz, en Malagón. En Toledo, los destacamentos en que tenía dividida su fuerza el coronel Lafuente se hallaban distribuidos en la ribera del Tajo, con avanzadas en los montes de Toledo, teniendo el centro de ellos en San Martín de Pusa.

Bermúdez y el cura de Alcabón, que también pasó á Extremadura, y otros partidarios, después de una corta correría por aquella comarca, donde entraron en varios pueblos, algunos importantes, como Herrera del Duque y Helechosa, retrocedieron otra vez á los montes de Toledo por el puer de San Vicente; y encontrando en el camino á Vázqu con su gente, continuaron reunidos todos, con un total

180 hombres montados, y fueron después á Gálvez, lugar en que cometieron algunos desmanes. El momento les era favorable para hacer una excursión por la orilla derecha del Tajo; y atravesaron el río por la Puebla de Montalván, continuando por los cerros de Fuensalida, donde tuvieron un pequeño choque con la guardia civil á las órdenes del teniente Peralta, que les hizo varios heridos, entre los que estaba el cabecilla Mulita, cogiéndoles también algunos prisioneros. Desde allí marcharon á Recas, y contramarchando por Cabañas y Mocejón, repasaron otra vez el Tajo por el puente de Aceca, y entraron de noche en la estación de Algodor, en la que detuvieron un tren de viajeros, registrándolo y apoderándose de lo que les pudo convenir, rompieron los hilos y aparatos telegráficos, y exigieron que el tren estuviera detenido hasta el amanecer, para impedir la comunicación con Madrid, Toledo y Aranjuez. Esta arriesgada excursión, que consiguieron realizar los cabecillas, á pesar de ser perseguidos por la columna Pastor, motivó la salida de Aranjuez para Castillejos del comandante militar, con una seccion de caballería de Talavera y algunos guardias civiles, á fin de proteger la vía férrea. La facción continuó su marcha inmediatamente por Almonacid y Villaminaya hacia Marjaliza, donde se fraccionó, quedando Briones con 20 hombres en las cercanías de este pueblo, é internándose el resto en los montes de Toledo con rumbo á la casa del Navajo.

El brigadier Soria Santa Cruz, apenas recibió en Ciudad Real la noticia de esta correría, marchó con una columna á Malagón en la tarde del 14 de Junio, con objeto de cortar la retirada de Bermúdez y el cura Dueñas, ó alcanzarles en su retroceso si cambiaban de dirección. Los cabecillas debieron
r confidencias de los movimientos de las columnas; pues
cultaron en las fragosidades de los montes, en los que
manecieron sin más contratiempo que sufrir algunas ba-

jas en las cercanías del puerto de Albarda y del Molinillo.

Este movimiento de las partidas reunidas, tuvo por principal objeto apoyar el levantamiento del titulado general Marconell, jefe de la nueva conspiración carlista. Dicho cabecilla, salió de Toledo el día 13, capitaneando unos 30 hombres, algunos de los cuales eran de bastante significación en el partido en que militaban; y dirigiéndose con ellos hacia Polán, donde se le debían reunir los comprometidos de Navahermosa, Talavera y Puente del Arzobispo, creyó que, distraídas las tropas con la expedición de Bermúdez, podría organizar á los suyos con la mayor impunidad. Mas no fué así: el coronel Sánchez Lafuente, en uno de sus continuos reconocimientos y batidas, supo en Sonseca el día 15 la existencia de esta nueva facción y el itinerario que llevaba, y saliendo á su encuentro por el camino de la casa de la Puebla, se encontró frente á los facciosos, que esperaban en el sitio denominado la Garganta. Empezó el fuego una sección de caballería desplegada en tiradores, para dar tiempo á la llegada de una compañía de infantería que debía atacar la posición de revés; pero los carlistas notaron el movimiento y evacuaron el punto que defendían, apelando á la fuga, en la que fueron dispersados, dejando en el campo nueve muertos, doce prisioneros, nueve caballos, varias armas y otros efectos. La columna tuvo cinco bajas.

Con este descalabro, que ya fué de alguna importancia, y los que en otras comarcas sufrieron los enemigos, cundió rápidamente el desaliento entre ellos, y la insurrección cambió algo de aspecto. La proyectada reunión de los 500 hombres que debía acaudillar Marconell, no se llevó á efecto; empezaron las presentaciones á indulto; las columnas hicieron bastantes prisioneros; y la esperanza de ver pronto terminado el alzamiento fué, en fin, renaciendo. Sin embargo, las faccio- aunque en menor escala y con mayor cautela, continua-

haciendo sus correrías y molestando de vez en cuando á los pueblos.

El día 17 se presentó una cerca de Almagro, capitaneada por el llamado coronel D. José María Calero; por Picón y pueblos circunvecinos andaban Vázquez y Crisanto Gómez, con 30 partidarios cada uno, esquivando el encuentro con las tropas; y por el término de Porzuna vagaba otro grupo de dispersos en análogas circunstancias. De Bermúdez y el cura de Alcabón, no se tenían más noticias, el 20 de Junio, que la del fraccionamiento de su gente, la cual recorría el valle de San Marcos de las Guadalerzas y sierras inmediatas, después de haber abandonado los caballos para internarse más fácilmente en terreno quebrado, único donde se podían sostener. Marconell, con los hombres que pudo reunir después de ser batido por el coronel Lafuente, se ocultó con esperanza todavía de reorganizar la insurrección.

Así transcurrió hasta el día 27 en el que la columna Cortijo alcanzó á Bermúdez, el cual había reunido otra vez gente en número de más de 100 hombres, y marchaba por la cuenca del Estena, en el confín del distrito, para internarse en la provincia de Badajoz. La indicada fuerza de cazadores de Barcelona, que llegó á Los Alares poco tiempo después de haber evacuado los carlistas este pueblo, sin detenerse en él hizo un extenso y detallado reconocimiento por los valles y montes inmediatos, y continuó por la dehesa de Valdelarcos y río Estorniza hacia el valle de Calancha, donde la vanguardia encontró á la partida en actitud de defensa. No titubeó esta fracción de la columna en lanzarse, desde luego, al ataque de frente, mientras el resto de la infantería avanzaba por la izquierda de los carlistas, quienes sosteniendo nutrido fuego,

·zaron una ordenada retirada, apoyándose en las ventajo-
posiciones que la naturaleza del suelo les proporcionaba.
)oco rato llegó al lugar del suceso, con sus caballos, el co-

mandante Conde, que dividiendo su tropa en dos fracciones, cargó rápidamente por ambos costados á la vez, protegido por los fuegos de los cazadores. Los sediciosos no pudieron resistir tal empuje, y se pusieron en fuga, dejando en el campo 13 muertos, varios heridos, 11 caballos, armas y pertrechos de guerra. La columna tuvo también algunos heridos y contusos. A consecuencia de este combate, en el que, según se dijo, habían sido heridos el cura Dueñas, Briones y Mulita, los carlistas, diseminados en grupos de 15 á 20 hombres, se internaron más en los montes de Toledo.

Desde entonces se hizo ostensible el decaimiento de los partidarios de la causa carlista en la Mancha, y el renacimiento del bienestar y la tranquilidad, hasta tal punto, que no siendo ya necesario la presencia del brigadier Soria Santa Cruz, entregó el mando de las tropas y regresó á su destino de Madrid, según se dispuso por real orden dirigida al Capitán general del distrito, D. Joaquín Bassols, en la cual se ordenaba también que la dirección de las operaciones en la provincia de Ciudad Real quedase á cargo del teniente coronel jefe del batallón cazadores de Barcelona, D. Alfonso Cortijo, bajo la dependencia del Gobernador militar de la provincia, y que, siempre que fuera posible, la fuerza de guardia civil operase contra las facciones, formada en columnas á las órdenes de sus propios jefes ú oficiales.

En 1.° de Julio, las tropas de ambas provincias estaban distribuídas en las columnas que indican los siguientes cuadros:

Provincia de Ciudad Real

Gobernador militar: brigadier D. Ruperto Salamero.

JEFES	COMPOSICIÓN	SITUACIÓN
Coronel Albornoz, de lanceros de Santiago.....	60 cazadores de Barcelona, 20 guardias civiles y 58 lanceros de Santiago.....	Retuerta.
Teniente coronel Cortijo, de cazadores de Barcelona	60 cazadores de Barcelona, 18 guardias civiles y 50 lanceros de Santiago.....	
Comandante Bonel, del regimiento lanceros de Santiago..... ..	49 cazadores de Barcelona y 53 lanceros de Santiago.....	Cortijos de Malagón.
Comandante García Conde, del batallón cazadores de Barcelona.....	63 cazadores de Barcelona y 63 lanceros de Santiago.....	El Molinillo.
Comandante Peñalosa, de la guardia civil	50 guardias civiles de infantería y 25 de caballería	Campo de Calatrava.
Teniente García, de id...	42 guardias civiles de infantería..	

Provincia de Toledo

Gobernador militar: brigadier D. Antonio F. Morales.

JEFES	COMPOSICIÓN	SITUACIÓN
Coronel Sánchez Lafuente, de caballería de Calatrava.....	Una compañía de guardia civil de Madridejos, y otra de cazadores de Béjar, más 50 caballos de Talavera	Sonseca.
Teniente coronel de la guardia civil, D. Juan Pastor.....	72 caballos de Talavera y 28 de guardia civil.....	Ventas, con Peña Aguilera y ribera del Tajo.

Diseminadas las tropas en esta forma, continuaron durante algún tiempo dando frecuentes batidas en las zonas inmediatas á los puntos que ocupaban, de las que siempre se sacaba algún fruto, bien acogiendo presentados ó bien apoderándose de fu-os. En una de éllas fué muerto el cabecilla conocido por billa, y en otra cayó en poder de una columna Briones orino), que pertenecía á la partida Marconell. Esta facción,

de la que en algunos días no hubo noticias, apareció el 4 en Ballesteros todavía con un contingente de 60 hombres; y al siguiente día fué atacada dos veces por la guardia civil, que le ocasionó dos muertos y varios heridos, y le hizo algunos prisioneros.

Las desavenencias que existían entre los cabecillas; las que ocurrieron entre éstos y su gente, que en alguna partida, como la de Bermúdez, llegaron hasta el extremo de querer matar al jefe sus mismos partidarios; y el poco éxito que en ambas provincias habían tenido las gestiones para reorganizar fuerzas, aconsejaron á los directores del alzamiento á autorizar y hasta ordenar las presentaciones á indulto; así fué que en el mes de Julio pasó de 100 el número de los que depusieron las armas, entre los cuales estaban Nebreda González y Briones (tío), quienes aseguraban el 21, fecha de su presentación, que ya no existía facción alguna y que sólo había dispersos esperando ocasión propicia para someterse. Esto no era rigurosamente exacto: todavía Vázquez, Bermúdez, Belver y Cepeda con algunos adeptos, seguían haciendo correrías, y otros varios, á la sombra de la bandera carlista, se dedicaban al robo y al pillaje.

A fines de mes, Mulita y el cura de Alcabón, después de abandonar á su gente, lograron escapar á Madrid disfrazados, siendo el último preso y trasladado á Escalona, donde se le siguió causa. Marconell se ausentó también del teatro de sus excursiones seguido de 10 hombres, casi todos de significación en el partido, tomando la dirección de Portugal por Extremadura; pero le alcanzó la guardia civil de Cabeza de Buey en Huerta del Rey, con la que se vió precisado á sostener un combate, del que resultó muerto uno de los que le acompañaban y herido otro, continuando su fuga los demás, dos de los cuales cayeron prisioneros en la persecución.

El levantamiento, que en estas provincias había llegado

á ser de 1.200 hombres, tocaba verdaderamente á su fin en el mes de Agosto: los carlistas que quedaban en el campo abandonaban el territorio ó entregaban las armas; y hasta las pequeñas cuadrillas de bandoleros que vagaban por los montes de Toledo fueron cayendo en poder de la guardia civil; la calma y tranquilidad del país volvió á renacer y continuó garantida por la ocupación militar de aquellos pueblos que más se habían significado por su amor á las ideas carlistas, por el contingente que dieron á la insurrección, y por el apoyo moral y material que dispensaron á las partidas.

***

Hemos llegado en la narración al mes de Septiembre, en el que todo el distrito estaba pacificado y la opinión pública tranquila y hasta persuadida de que los golpes que la causa rebelde había recibido retardarían una nueva intentona. Estas esperanzas salieron sin embargo fallidas: á principios del mes siguiente, un titulado coronel carlista recorría varios pueblos del partido de Priego en Cuenca y del de Pastrana en Guadalajara, haciendo propaganda para levantar dos partidas que debían mandar los cabecillas Alonso y Arciniaga. Con esto, la agitación volvió á renacer en aquellas zonas y se extendió á la de Molina; pero sin ocurrir ningún acto que obligara á más determinaciones que á observar una escrupulosa vigilancia, reconcentrando la guardia civil en expectativa de los acontecimientos, y á encarcelar á 12 vecinos de Valdeolivas, sobre los que recayeron vehementes sospechas de haber instigado al levantamiento y distribuido fondos. Ya más adelante, justificó los alarmantes rumores que corrían, el hecho
cido en Camporrobles, pueblo situado en el confín de Va-
cia con Cuenca, donde se alteró el orden y hubo una refrie-
entre los carlistas amotinados y la guardia civil y voluntа-

rios de la libertad, de la que resultaron muertos dos de los últimos y bastantes heridos por ambas partes, después de la cual se cogieron presos á varios individuos entre éllos al cabecilla de los rebeldes, Juan González, que era uno de los heridos.

En 29 de Noviembre se alzaron en armas en una venta unos 100 individuos, con el propósito de ir á Escalona para libertar al cura de Alcabón. Sabedor el Gobernador militar de Toledo de este intento, hizo salir de la capital al capitán Parés, con una pequeña columna de infantería y caballería, que llegó al pueblo de Navés cuando la partida acababa de salir de él por el camino de Maqueda; y adelantándose dicho oficial con la fuerza montada, alcanzó á los carlistas á la media legua, batiéndolos en poco tiempo, causándoles siete muertos, dos de éllos cabecillas, cogiéndoles 23 prisioneros, otras tantas armas, algunos fondos y un estandarte. El resto de la partida huyó á la desbandada y no intentó volver á reunirse. Este rápido y ejemplar escarmiento fué de gran efecto en el país; y evitó que la rebelión tomara el incremento que se proponían darle su promovedores, como lo demuestra la aprehensión llevada á cabo por la infantería de la columna Parés, al día siguiente del del encuentro, de cuatro carros cargados de armas de fuego, municiones y efectos de guerra, material destinado á nuevas partidas, para las cuales contaban ya con gente comprometida. En el resto del año 1872 no se volvió á hablar más de manejos carlistas en la Mancha. Las tropas de esta comarca continuaron en sus cantones, excepto una columna que estuvo operando en Despeñaperros en contra de partidas republicanas de Sierra Morena.

La proximidad de Guadalajara á Valencia y Aragón, donde seguían los carlistas en el campo, volvió á influir en el giro de los acontecimientos de la provincia durante el mes de Diciembre. Madrazo, que nuevamente acaudillaba una partida, pasaba

y repasaba el confín con Soria y con Zaragoza tantas veces como era obligado por la necesidad de sustraerse á la persecución de las columnas, entrando en varios pueblos con exigencias de más ó menos importancia, que la mayor parte de las veces veía satisfechas, como sucedió en Milmarcos en el que hizo efectivo un trimestre de contribución. Además en el Campillo y algún otro punto se trató de organizar partidas que no llegaron á prosperar. Estos síntomas nada tranquilizadores hacían temer que cuando cesasen los rigores de la estación saldrían al campo nuevas facciones.

CAPITULO III

SUMARIO.—Año 1873.—Consideraciones.—Provincia de Madrid.—Pequeñas partidas y su seguimiento.—Facción Castillo.—Otras partidas de poca importancia, que se disuelven en breve.—Agitación en el confín con Toledo.—Reaparecen algunos grupos de rebeldes —Segovia.—Trastornos.—Medidas represivas.—Partida Mochón.—Sus desmanes.—Persecución de este cabecilla.—Es batido en los valles de Fuentidueña.—Caen prisioneros sus partidarios en Villacastín.—Fracasa un proyecto de alzamiento. Guadalajara.—Partidas Madrazo, Floria, Arciniaga y otras.—Se forman dos columnas de operaciones.—El grupo de Arciniaga se disuelve y el de Madrazo evacua la provincia.—Excursiones de Villalaín.—Le bate una sección de húsares.—Santés y Marco de Bello entran en la provincia, abandonándola al poco tiempo.—Cuenca.—Temores.—Facción Castillo.—Proclama de éste.—Sus movimientos, persecución y batida.—Los confines con Guadalajara y Valencia están constantemente amenazados.—Santés y Cucala invaden la provincia.—Expedición del primero.—Su entrada en la capital de Cuenca.—Acta de la capitulación.—Parte que dió Santés de su correría.—Sale de Madrid en socorro de aquella ciudad la brigada López Pinto.—Partida Aznar.—Segunda excursión de Santés.—La columna Moltó marcha contra este.—El cabecilla elude el combate y se guarece en Chelva.—Regresa Moltó á Albacete.—Toledo y Ciudad Real.—Pequeñas partidas.—Encuentros.—Alocución de Castells.—Operaciones y hechos de armas.—Facción Parrondo.—Brigada Soria Santa Cruz.—Encuentros del capitán Melquizo con el cabecilla Merendón, y del teniente coronel Jiménez con Feo de Cariño.—Dispersión de las partidas.—Soria Santa Cruz regresa á Madrid.—Nuevo alzamiento en mediados de Junio.—Choques con el cabecilla Merendón.—Mergeliza organiza otra facción.—Se refuerza la guarnición de la provincia de Ciudad Real.—Partidas que existían.—Movimientos y encuentros.—Expedición de Castells á Aranjuez.—Es batido por Rodríguez Mangas.—Los carlistas de Toledo pasan á Ciudad Real.—Combate de Majada Alta.—Bando de Merendón.—El teniente coronel Jiménez vence á este partidario.—Sabariegos y Contreras recorren el campo para hacer prosélitos.—Excursión de Merendón á la provincia de Córdoba.—Operaciones de la columna Bernabeu.—Acción de Torrecampo.—Feo de Cariño ataca á Almadén.—Encuentro de La Atalaya.—Se organizan guerrillas de voluntarios para proteger á los pueblos.—Sabariegos forma una numerosa partida y marcha á Cáceres huyendo de las columnas.—Muerte de Sabariegos en Retamosa.—Infante le sustituye.—Vuelve la facción á Toledo y Ciudad Real, y es sucesivamente batida por Pastor y Villas Gutiérrez.—Unas partidas se diseminan y otras se unen á Aznar, que marcha en busca de Santés.

A principios de este año, la abdicación de D. Amadeo, la ...lamación de la república, la insurrección cantonal y al...os otros acontecimientos políticos de menos importancia, ...on aprovechados por los partidarios de D. Carlos para dar ...emento á la guerra, donde la había, y promoverla nueva-

mente donde se había extinguido. Siguieron en Castilla la Nueva los trabajos carlistas de fin del año enterior, y no transcurrió mucho tiempo sin que se extendieran por todo el distrito.

Al continuar la historia de la campaña en la comarca de que tratamos, narraremos separadamente los sucesos acaecidos en cada provincia, reuniendo, sin embargo, las de Toledo y Ciudad Real, porque estando el límite de ellas en los montes de Toledo, y siendo éstos el territorio en que los facciosos de ambas efectuaron la mayor parte de sus correrías, existe entre las dos una conexión que no hay entre las otras.

***

El día 6 de Febrero se vió en la provincia de Madrid el primer chispazo de la rebelión de este año, presentándose en el olivar de la Hinojosa, término de Barajas, una partida de 13 hombres, que saqueó el caserío allí situado y se apoderó de cuantas armas y víveres había. Inmediatamente que se tuvo conocimiento de este hecho, salió de Torrejón de Ardoz un capitán de la guardia civil con una pequeña columna de su cuerpo que, reunida en Barajas con las que partieron de San Fernando y Alcovendas, recorrió las cercanías de estos pueblos y del de Paracuellos, así como los caseríos de las orillas del Jarama, adquiriendo el convencimiento de que los facciosos seguían el camino de la capital, donde, sin duda, se diseminaron, pues no volvieron á reaparecer en aquellos contornos.

Algunas gestiones hicieron entonces los agentes carlistas para atraer á su causa á individuos del Ejército, sin alcanzar el fin que se proponían más que en muy pequeña escala, porque con todos sus esfuerzos y promesas, sólo consiguieron la deserción de algunos cabos y soldados de diversos cuerpos, el grupo más numeroso de los cuales, compuesto de diez hombres del regimiento de Calatrava, de guarnición en Alcalá de He-

nares, se internó rápidamente en los montes de Toledo para sustraerse á la acción de una fuerza de 25 caballos, del mismo cuerpo, que salió en su seguimiento.

En lo restante del mes, la alarma cundió con rapidez en la provincia, por los frecuentes anuncios de inmediatos trastornos. El más digno de mención de los que sobrevinieron, fué el que motivó la partida de 30 hombres, capitaneada por Ribera, la cual, presentándose el día 26 en Villanueva del Pardillo, recorrió después la vía férrea por Las Rozas y El Escorial, donde destruyó el material móvil de la compañía y los aparatos telegráficos, internándose por Zarzalejo en la provincia de Avila. Alguna fuerza de guardia civil de la capital se puso en movimiento, el 1.° de Marzo, en persecución de esta partida, logrando, después de varios días de reconocimientos, alcanzarla en Peguerinos (Avila), batirla y dispersarla, apoderándose de algunas armas y cogiendo dos prisioneros. Los restos de la facción se refugiaron en los pinares Blancos, de la provincia de Segovia, y no volvieron á la de Madrid.

Por aquellos días tuvo confidencias el Gobernador civil de que debía organizarse entonces una facción, que era esperada en Arganda; y, á fin de impedir que entrase en esta población, salió de Madrid un pequeño destacamento de guardia civil, que, ya cerca de élla, capturó á siete hombres armados que se dirigían al indicado punto. Allí pernoctaron el día 2 los 12 guardias que constituían la columna, sabiendo al día siguiente, que la partida, con fuerza de 200 hombres, se hallaba en las cercanías. Estaba ésta compuesta de paisanos y algunos soldados desertores, y era mandada por D. Isidoro Castillo, quien los reunió, la misma noche del 2, en las Ventas del Espíritu Santo, inmediatas á Madrid, dirigiéndose desde allí, á campo tra-
.o, á pasar el Jarama, el 3, por el puente de Arganda, con-
uando después por Campo Real á la provincia de Guadala-
a, para ir á salvar el Tajo por la barca del Maquilón y en-

trar en la de Cuenca, donde, sin duda, esperaban encontrar mayor seguridad y más apoyo. En el mismo día 3 fué de Madrid á perseguir la facción una fuerza de 100 guardias de infantería y 30 montados, que regresó á la capital desde Ambite, por ser ya innecesaria, puesto que, al pasar los carlistas por Campo Real, se destacaron de Alcalá de Henares, con el mismo fin, dos columnas de caballería y voluntarios de la república que, operando aisladamente, pero en combinación, persiguieron á los carlistas hasta el interior de la provincia de Cuenca, donde, según veremos más adelante, los batieron, volviendo ambas en seguida á sus puestos.

Los agitadores procuraban á toda costa conseguir un alzamiento general; pero la provincia de Madrid, bien fuera por la opinión política de sus moradores, ó bien por estar enclavada en ella la capital de la Nación, en la que había tropas sobradas para sofocar las intentonas, no respondió casi á las excitaciones; y las partidas que se formaban, ó desaparecían en breve, ó se refugiaban en alguna provincia vecina, donde el carlismo había prosperado. 50 hombres armados, que se presentaron el día 10 de Abril en el límite con Segovia, recorrieron varios pueblos; mas al poco tiempo fueron copados por fuerzas de la guardia civil de Segovia y de Madrid, que operaron en combinación. Algunos desórdenes y motines que ocurrieron en los pueblos, quedaron sofocados por las autoridades locales, auxiliadas por los voluntarios. Una partida de 20 hombres que el día 14 de Mayo apareció en Mejorada, puso en movimiento á la guardia civil de Torrejón de Ardoz y San Fernando, que en pocos días la hizo abandonar el campo. El 28 del mismo mes, unos cuantos facciosos penetraron en Boadilla del Monte, pueblo situado á corta distancia de Madrid; asesinaron á varias personas; se apoderaron de algún dinero, armas y caballos, evacuaron la villa al saber que los guardias civiles de los pue tos inmediatos habían marchado á su encuentro.

En los meses siguientes la excitación fué mayor en los pueblos del confín con Toledo, porque en las marchas y contramarchas de las faccciones de ésta provincia eran invadidos frecuentemente, y sufrían vejámenes que no podían evitar, como aconteció en Aranjuez el día 2 de Agosto, á pesar de existir allí algunos elementos de resistencia, según narraremos al ocuparnos del alzamiento en Toledo y Ciudad Real. Muchas eran las partidas cuya aparición estaba anunciada, pero las únicas que salieron al campo en el resto del año, fueron: una de 20 hombres, que andaba á fines de Agosto por el norte del límite con Avila, disuelta á los pocos días de su formación, en el término de Pequerinos por guardia civil de aquella provincia; otra de igual fuerza, que partió de las cercanías de la capital, y que estrechada hacia el Tajo por un destacamento de cazadores de las Navas y de Estella, se refugió en la provincia de Toledo; y, finalmente, ya en el mes de Octubre, vagaron unos días en el término de Chinchón un centenar de carlistas, perfectamente equipados, con el objeto de apoderarse de fondos y armas, lo que no consiguieron por la eficacia en acudir á aquellos lugares algunas fuerzas de Alcalá, que obligaron á los partidarios á evacuar la provincia y regresar á las de Cuenca y Guadalajara, de donde procedían.

***

Antes que en la de Madrid, empezó en la de Segovia el movimiento insurreccional; pues ya en 6 de Enero se formó una pequeña partida, capitaneada por D. Vicente Delgado, que entró en Ayllón y se apoderó de armas y caballos. Para perseguirla salió la guardia civil de la línea de Riaza, dividida en dos grupos: uno, que fué directamente á Ayllón; y otro, que vi-
los pueblos de Fresno de Cantespino, Pajares y otros, para
uirir la dirección de los facciosos, los cuales se internaron
guida en Soria. A este suceso siguieron varias manifiestacio-

nes verificadas en Fuentemizarra y algún otro punto, que, si bien de escasa importancia, obligaron, sin embargo, á reconcentrar los puestos de guardia civil de los confines con las provincias de Burgos y Soria, á fin de que recorrieran aquella zona, y contrarrestasen la gran propaganda que estaban haciendo los agentes de la conspiración.

El titulado comandante general carlista de la provincia era D. Fernando del Olmo (a) Mochón, vecino de Aranda de Duero, quien, firme en su propósito de formar una partida de mayor contingente que las organizadas hasta entonces, no cesó de trabajar con tal objeto desde que empezó el año, hasta que llegó á reunir 80 partidarios, montados la mayor parte, con los que apareció, el 1.° de Febrero, en Fresno de Cantespino, donde impunemente cogió armas y caballos, exigió fondos y quemó el archivo del registro civil, abandonando este pueblo al poco rato y entrando en Riaza el mismo día, sin que pudieran evitarlo los siete guardias civiles que había en la población, los cuales, encerrados en la casa cuartel y despreciando las intimaciones de rendición, rechazaron con sus disparos dos ataques consecutivos é impidieron que los rebeldes realizasen su intento de incendiar el edificio. El objeto principal de la partida era apoderarse de 2.500 pesetas de los fondos municipales, de caballos, armas y raciones, y para ello publicó Mochón un bando, conminando con pena de muerte al que no facilitase lo que se le pedía. Conseguidos estos recursos y aumentada su fuerza con algunos nuevos prosélitos, el cabecilla evacuó la villa para caer sobre otros pueblos. Otra partida de 35 hombres recorría el partido de Cuellar; y al ver ambas que no eran sériamente hostilizadas, se fraccionaron en varios grupos, para abarcar más terreno en sus correrías.

El desamparo en que estaba la provincia, falta de guarnición por la necesidad de que las tropas defendiesen otros territorios de la Península, donde el movimiento tenía más impor-

tancia, hizo preciso que la escasa guardia civil de su dotación ordinaria abandonase el servicio de su instituto para dedicarse á perseguir las partidas. Dos compañías, apoyadas por otra del distrito de Castilla la Vieja, y por una de infantería de Zaragoza y algunos caballos, se dedicaron á batir el territorio, consiguiendo dejar limitadas las correrías de los carlistas á los confines con Soria, Burgos y Valladolid, pero sin llegar á dar alcance al enemigo.

Sin embargo de verse Mochón tan acosado, pudo aún entrar en Cuellar el día 14, llevarse el armamento de 25 peones camineros encargados de la defensa de la población, coger algunos caballos y 4.000 pesetas de los fondos de la corporación municipal, y dar libertad á varios presos carlistas, que se le unieron en seguida. Al día siguiente de su entrada en Cuellar, fué alcanzado Mochón por la guardia civil del coronel Guzmán, quien le batió en los valles de Fuentidueñas, haciéndole dos muertos y 20 prisioneros, entre los cuales estaba un hijo de Mochón y el segundo de la partida Mariano González, y cogiéndole 13 caballos y más de 60 armas. Concentrada nuevamente la gente de esta facción y aumentada con la de otras más pequeñas que se formaron, siguió todo el mes de Marzo pasando y repasando los límites de la provincia, evitando los encuentros con las columnas que la perseguían, favorecida por la naturaleza montuosa del terreno en que se movía.

Los carlistas seguían haciendo aprestos para la lucha, no siempre con éxito; pues de vez en cuando caían en poder de las autoridades armas destinadas á la rebelión, según sucedió en Fresnillo de la Fuente, donde el capitán Olalla se apoderó de un carro lleno de armamento y efectos de guerra. El partido de Riaza era el señalado como el mejor dispuesto para secundar el movimiento; tanto, que las confidencias indicaban que levantarían en él é irían á unirse á Monchón más de un centenar de hombres, lo cual no llegó á realizarse.

Este cabecilla continuaba recorriendo el territorio y gravando á los pueblos con tributos. El día 6 de Abril se encontraba en Ayllón, y cruzando la provincia, se presentó el 9 en El Espinar, penetrando al dia siguiente en Balsain, donde desarmó á los guardas del patrimonio y se apoderó de sus caballos. De la capital salió una nueva columna de 20 artilleros y 20 guardias civiles, mandada por el teniente Varade, que logró sorprender en Villacastín á la partida, la cual se apercibió á la defensa encastillándose casi toda ella en una posada, y se sostuvo durante tres horas, hasta que, intimada que le fué la rendición, y viéndose rodeados, se entregaron los que había en el edificio, con la condición de que fueran respetadas sus vidas. Las pérdidas de los carlistas consistieron en tres heridos, 33 prisioneros, entre ellos un cabecilla de alguna significación, apellidado Busquet, y todas las armas, caballos, municiones y documentos que tenían. Mochón, que no estaba entre los cercados, se escapó herido, acompañado de cinco individuos. Varios paisanos de Villacastín prestaron su cooperación en este hecho de armas, ocupando puestos de peligro, siendo gravemente heridos dos. Los prisioneros fueron conducidos á la capital de la provincia y sujetos al fallo de un consejo de guerra.

Las consecuencias de este acontecimiento feliz para la causa del orden, se tocaron bien pronto, puesto que se diseminaron los pocos enemigos que quedaban, y no inspirando ya recelo, marchó la guardia civil á estacionarse en sus puestos habituales.

A mediados de Julio volvieron á cundir las alarmas, y se mandó reconcentrar la fuerza de dicho instituto en la capital de la provincia, porque, según se indicaba, serían muy fuertes las nuevas partidas, y no hubieran podido impedir sus desmanes la compañías reunidas en las cabezas de línea. También resultaro fallidas esta vez las esperanzas del carlismo; pues tan sólc

alteraron la calma, durante breves días del mes de Agosto, la facción Somolinos en el límite con Guadalajara y otra de escaso número de individuos en el confin con Avila, y á fines de Septiembre, una capitaneada por el cabecilla Alonso, que entró en algunos pueblos exigiendo dinero y raciones, y otra de 15 hombres armados, que recorrió las inmediaciones de Ayllón exhortando inútilmente á los paisanos para que les siguieran y abrazasen su causa. Entónces se mandó á Segovia un escuadrón de húsares de Villarrobledo el cual, fraccionado y en unión de la guardia civil (que abandonó la capital en cuanto las autoridades se convencieron de la falsedad de los anteriores rumores), acudió rápidamente adonde eran de temer alarmas y disturbios, aplacando aquéllas, apaciguando éstos, encarcelando á los principales instigadores y disolviendo los grupos que se lanzaron al campo, antes que alcanzasen incremento bastante para poder intentar empresas que perjudicasen á los habitantes de los pueblos.

Como en Segovia el carlismo tenia escasas raices, las partidas que pululaban por las provincias limítrofes no se aventuraron nunca á hacer incursiones por ésta, á pesar de la escasez de tropas que había en ella. Marco de Bello anunció á mediados de Noviembre, desde Sigüenza, sus propósitos de llegar hasta Riaza con los 2.000 hombres que le seguían, lo que alarmó sobremanera á los pueblos de este partido; pero no llegó á poner por obra su propósito.

En lo restante del año no ocurrió en esta provincia ningún acontecimiento digno de mención.

***

Por su proximidad al Maestrazgo, había gran interés en romover la guerra en la provincia de Guadalajara. El Comandante general carlista de ella era el cabecilla D. Andrés Mazo, quien empezó por publicar una extensa proclama, en la

que, anatematizando á los partidos liberales, incitaba á la rebelión, prometiendo, con el triunfo, el restablecimiento de las antiguas franquicias de Castilla.

Madrazo entró en la provincia al frente de una pequeña facción, con la que se unió el 10 de Febrero, en Milmarcos, á otra capitaneada por Floria, reuniendo entre las dos 120 hombres. Inmediatamente, la guardia civil acantonada en Molina emprendió la persecución de esta fuerza, que pasaba y repasaba constantemente los límites con la provincia de Zaragoza.

El 21 ya eran varias las partidas organizadas para la lucha: una de 40 individuos, concentrada en Horche, se dirigió á Valfermoso de Tajuña, armándose allí con fusiles de los voluntarios de la república, y en su seguimiento salió de Guadalajara una pequeña columna de guardias civiles; otra de 150 facciosos, mandada por Arciniaga, vagaba entre Alustante y Molina; y, por último, 50 individuos eludían, en las cercanías de Mondejar, el encuentro con los voluntarios de la república, que trataban de batirles. Todos ellos estaban en contínuo movimiento, recorriendo los caseríos y entrando en los pueblos, donde se apoderaban de armas y raciones, exigían contribución y cometían toda clase de vejámenes.

En la provincia había sólamente guardia civil para atender al sostenimiento del orden; y por si iba en aumento la rebelión, se enviaron á ella dos compañías de cazadores de Mendigorría y medio escuadrón de Santiago. Con estas tropas se organizaron, en 24 de Febrero, dos columnas: una para operar en las inmediaciones de Molina, á las órdenes del comandante Planchuelo, compuesta de una compañía de infantería, 25 caballos y una sección de guardia civil; y otra de constitución casi igual, bajo el mando del capitán Mínguez, destinada á batir las demarcaciones de Cifuentes y Pastrana.

Al comenzar el mes de Marzo, á pesar de que las partid Madrazo y Arciniaga, que eran las más importantes, contaba

ya con un contingente de 200 hombres cada una, la gente estaba desalentada y rendida de fatiga por las largas jornadas que tenía que hacer para eludir la activa persecución que sufría. Así fué que empezó la desmoralización, y con ella las presentaciones á las autoridades de los pueblos. El día 2, estando Arciniaga en Ablanque y muy cerca el comandante Planchuelo, que iba á sus alcances, 15 carlistas que quedaron rezagados se pusieron á disposición del alcalde de aquel pueblo, entregando sus armas. Los otros se diseminaron el 7, temiendo sin duda el encuentro, acogiéndose la mayoría á indulto, y uniéndose los más fanáticos y decididos á las partidas de Aragón. Madrazo pasó también á este distrito, dejando en Guadalajara 30 hombres, mandados por Martínez, con el encargo de reunir las pequeñas facciones independientes que existían, para formar con ellas un núcleo numeroso, que se prometía poner á sus órdenes; pero cundiendo entre ellas el desaliento, ni aun esto pudo conseguir el titulado Comandante general. Advertidas las autoridades de la escasa importancia que ya tenía la insurrección, fraccionaron las columnas, situando una compañía de Mendigorría en Alcolea del Pinar y otra en Cobeta. La guardia civil también se dividió en seis grupos, que si bien de poca fuerza, bastaban para perseguir á los carlistas que recorrían la provincia huyendo constantemente. Todos ellos desaparecieron á mediados de mes, sometiéndose unos y repasando otros el confín con Aragón; y entonces volvieron á Madrid las compañías de cazadores y los caballos del regimiento de Santiago, quedando únicamente destacamentos de guardia civil en Molina, Alcolea del Pinar, Cifuentes y Pastrana, con objeto de visitar frecuentemente los pueblos de sus respectivas demarcaciones y evitar la formación de nuevas partidas.

Una de 50 hombres, reunida con gran sigilo, que se lanzó campo en Tendilla, el 6 de Junio, capitaneada por Luna, alcanzada en Valfermoso de Tajuña, al día siguiente, por

el capitán de la guardia civil Robles, que cogió prisioneros á todos los que la constituían, á pesar de la vigorosa resistencia que opusieron, ocasionándoles tres heridos graves y apoderándose de sus caballos, todo su armamento, y gran cantidad de pertrechos de guerra.

Durante el verano, no tomó incremento la insurrección, como se esperaba por ser la estación más favorable para las operaciones militares, y reinó gran tranquilidad en la provincia, excepto en el territorio de Molina, donde se guarecían constantemente las pequeñas partidas de Aragón al verse acosadas por las fuerzas que operaban en este distrito.

La facción de caballería que capitaneaba el cabecilla Villalaín era la más importante de las que efectuaban tales correrías, y elegía preferentemente para ellas los confines de Guadalajara y Cuenca, de donde eran naturales la mayoría de los individuos que la componían, internándose en la sierra de Molina cuando la guardia civil de Valdemeca, Tragacete y Priego salía á sus alcalces, y marchando á las cercanías de Beteta, Valsalobre y Villanueva de Alcorón, una vez alejados los perseguidores. Otra expedición más larga y digna de mención hizo este cabecilla en el mes de Octubre: el día 3 entró en la provincia de Guadalajara por la de Soria y fué á Atienza, el 4 se hallaba en Condemios de Abajo, continuando desde aquí á Albendiego, y abandonando este pueblo el día 5 para volver á Atienza. En todos estos puntos tuvo tiempo para sacar recursos; pero al fin, el 6, fué alcanzado y batido en la sierra de Alto Rey, término de Pálmaces de Jadraque, por una sección de húsares de Villarrobledo que pasó de la provincia de Segovia. Los dispersos marcharon en precipitada fuga hacia Sigüenza, y reconcentrada otra vez la partida, entró en Matillas el día 7, yendo al siguiente de madrugada por Moratilla de Henares á Palazuelos. Entonces salieron á su encuentro, desde Sigüenza, 40 guardias civiles, que regresaron en

breve, por haberse internado el enemigo en la provincia de Soria, destrozando al paso los aparatos telegráficos de la estación de Medinaceli. Poco después volvió la facción á la de Guadalajara, por Luzón, estuvo en Rata y Ablanque, y el 12 marchó á recorrer los contornos de Molina, donde no se atrevió á entrar por temor á la guardia civil que defendía esta ciudad. Transcurridos varios días, se reunió Villalaín con Madrazo, que contínuamente se hallaba en los límites de Guadalajara y Cuenca, y ambos se ocultaron en la sierra de Molina, en la que estuvieron guarecidos durante algún tiempo, atendiendo á su subsistencia con frecuentes y cortas excursiones.

Santés y Marco de Bello, que operaban en esta época al frente de numerosas facciones en las provincias de Cuenca y Zaragoza, invadieron también la de Guadalajara. La expedición del primero fué breve, limitándola á la entrada en algunos pueblos exigiendo fondos, con los que regresó al territorio de que procedía. El segundo, según sabemos por otra parte de la Narración, estaba con sus 2.000 hombres, el 27 de Noviembre, cerca de Ateca, de donde había sido rechazado por los voluntarios, que le hicieron retroceder hacia Medinaceli; y no pudiendo volver á Aragón, por oponerse á ello las columnas de Montero, Navarro y Perruca, que le estrechaban hacia el sur, se propuso sacar recursos de la rica ciudad de Molina; plan que no realizó, porque temió no poder vencer la resistencia que seguramente le hubiesen hecho en ella, al mismo tiempo que hacía frente á las columnas de Aragón que le iban picando la retaguardia. Su situación llegó á ser tan crítica, que para salvarla se internó en lo más áspero de la sierra, no sin que Perruca le alcanzase, le hiciera algunas bajas y le cogiera varios prisioneros de la fracción que cerraba la marcha.

Las reducidas columnas de guardia civil que operaban en la provincia no podían en manera alguna oponerse á fuerzas tan numerosas como las de Santés y de Marco; así, que tan

luego como estos jefes carlistas aparecieron en el territorio, se las ordenó reconcentrarse para evitar un descalabro. Una de ellas fué, sin embargo, sorprendida el 29 en Maranchón por la caballería de Marco; pero tuvo tiempo bastante para ocupar una posición muy favorable, y causó al enemigo varios heridos, sufriendo sólo la pérdida de dos guardias civiles, que cayeron prisioneros. Marco con su gente abandonó la provincia aprovechando una coyuntura para regresar á Aragón, y la única partida de importancia que quedó en ella fué la de Villalaín, que hostilizada constantemente por la guardia civil, la evacuaba con frecuencia, pasando á Soria, Zaragoza ó Cuenca, según convenía á su seguridad.

***

Análogamente á lo sucedido en otras provincias, la autoridad civil de Cuenca recibió confidencias, á principios de Febrero, de próximas alteraciones del orden público en sentido carlista; ordenando por tal motivo á la guardia civil la reconcentración en secciones, y que se situase en Huete, Priego, Cañete y Almodóvar del Pinar. En la capital se reunió un escuadrón del mismo instituto, para que, así como los voluntarios movilizados, estuviera dispuesto á cualquier evento. A mediados de mes aumentaron las alarmas, y estas fuerzas empezaron á recorrer constantemente los pueblos de sus demarcaciones respectivas, á fin de calmar los ánimos y sostener la tranquilidad.

Entonces fué cuando, según dijimos al hablar de la provincia de Madrid, entró en la de Cuenca D. Isidoro del Castillo al frente de 200 rebeldes, algunos de ellos soldados de la guarnición de la capital. Este cabecilla, que tenía el título de Comandante general de la provincia y amplios poderes de don Cárlos, se prometía obtener un alzamiento nutrido excitando

á los paisanos. Para ello empezó por publicar varias alocuciones, la más importante y apasionada de las cuales la insertamos á continuación:

«Conquenses: Ha sonado la hora; está dada la señal del combate. El italiano huyó despavorido, desengañado de la farsa liberalesca; las hordas revolucionarias rugen y piden sangre; aprestémonos á la pelea; organicemos batallones y salvemos la Patria que perece.=¿Qué es lo que esperamos cuando la sociedad se derrumba, y nos amenaza el caos y se acercan las aguas del diluvio? ¿Qué hacemos cuando se insulta á Dios, se niega su existencia y se ataca á la familia, y la demagogia afila el puñal, y la anarquía prepara la tea y el petróleo, y vemos en muchas provincias asesinatos, robos, incendios, la parodia, en una palabra, de la *Commune* de París? La respuesta es correr á las armas, volar allí donde pelean los soldados de la legitimidad.=Conquenses: ¡A las armas! Hierva la sangre, y el que tenga corazon de hielo y en su pecho no arda el fuego del entusiasmo, huya á ocultar su vergüenza como cobarde mujercilla. Pero no, porque corre por vuestras venas la sangre de los Garci-Alvarez, Albornoz, Mendoza, Alarcón, Carrillo, Iranzo, Acuña, Pozo-Bueno, Cereceda, y sabreis repetir las proezas de aquellos héroes que se sacrificaron en aras del patriotismo.=Así lo espera de vosotros, ilustres conquenses, vuestro Comandante general.=¡A las armas los esforzados hijos de la provincia de Cuenca!=¡Dad ensanche á vuestro entusiasmo, estalle vuestra impaciencia por tanto tiempo comprimida, ármese de valor vuestro brazo y de arrojo vuestro corazón; corramos y arrojemos de esta noble Patria á todos esos déspotas que sólo nos han traido miseria, corrupción y llanto! ¡A las armas, veteranos de la guerra civil, vencedores de Alcate, Reillo y Carboneras! ¡A las armas los descendientes de defensores de Cañete, Beteta y otros fuertes, al pié de cumuros se estrelló la pujanza del ejército usurpador!=¡A

las armas todos, voluntarios carlistas! ¡Guerra, y guerra sin tregua al liberalismo! Alcense el anciano, el sacerdote, el letrado y el jóven viril.=Sacerdote del Altísimo, al campo del honor á encender con tu palabra el fuego del sacro patriotismo, y á bendecir nuestras banderas para defender las aras de nuestro Dios y las tumbas de nuestros mayores.=Anciano venerable, si tus manos convulsas no pueden mantener un fusil, marcha al templo y pide al Dios de las batallas que arme de fortaleza el brazo de tus hijos y nietos.=Pobre y humilde artesano, honrado y pacífico labrador, ¡á las armas! Cambiad la herramienta y la esteva por el fusil, y á pelear contra los que os han arrebatado el patrimonio y el pan de vuestros hijos para consumirlo en orgías y opíparos banquetes.=Ricos propietarios, despertad, sacudid ese indiferentismo, esa criminal apatía; ya veis que los liquidadores han dado comienzo á su obra de destrucción, y han principiado sus ensayos ensañándose cual caribes con sus semejantes; decidíos, aun cuando no sea nada más que por vuestros propios intereses.=Laboriosos industriales, ¡á las armas! que la Patria está en peligro. ¿No veis el comercio arruinado, la industria paralizada, abandonada la agricultura, esquilmados los contribuyentes, vendida la honra de España, y la inminente pérdida de las Antillas? Pues si os aguijonea el patriotismo y hay sangre en vuestras venas ó indignación en vuestros pechos, ¡á las armas!=Madres, doncellas y esposas, la revolución os ha insultado, os ha llamado barraganas. Armaos del valor de las Crátides y Porcias, y decid á vuestros esposos, padres y hermanos: id por nuestra honra y la de vuestros hijos; lavad esa afrenta; no volvais sino cubiertos de laureles y de honrosas cicatrices, y entonces nuestros brazos y nuestros corazones serán el trono donde descansareis de vuestras fatigas y penalidades.=Y vosotros también, ribereños del Tajo y del Jarama, los que un día empeñásteis vuestra palabra prometiendo defender la santa causa,

ya veis que ha llegado la hora, ¡á las armas! En el campo de Marte os espera un veterano de la guerra civil que prefirió vivir en la emigración y en el ostracismo antes que manchar su honra transigiendo con el convenio de Vergara, y después con los impíos gobiernos liberales. Venid, que éste os conducirá al combate. ¡A las armas, voluntarios! El que pueda tomar el fusil que lo tome, el que no tenga ánimos para manejarlo, que le adquiera para los que se sientan con decisión y arrojo. =¡Voluntarios carlistas! Estamos en la hora suprema, en el fin del fin. Dos caminos hay: el de vivir con ignominia, con afrenta, ó el del honor, que es el que siguen los valientes para defender la enhiesta bandera de Dios, Patria y Rey. Elegid.=¡Carlistas! ¡Viva la religión! ¡Viva la integridad nacional española! ¡Viva Cárlos VII! ¡Abajo el liberalismo!=Vuestro Comandante general.=Isidoro del Castillo.»

Inmediatamente que se recibió en Cuenca la noticia de la entrada de éste en la provincia, salió á su encuentro el jefe de la comandancia de la guardia civil, al frente de 50 guardias, marchando á Cañaveras y Canalejas para impedir que se internase en la sierra de Priego; dirección que seguía Castillo después de haber atravesado el Tajo por la barca del Maquilón; pero esta medida no llegó á ser necesaria, pues al pasar el cabecilla por las cercanías de Alcalá de Henares, se destacaron de esta ciudad dos columnas de 50 caballos y 30 voluntarios cada una, al mando de los comandantes Jiménez y Díaz Mora, quienes alcanzaron á la partida en Buendía, según vemos por el siguiente parte, fecha 7 de Marzo, en el que también se indican las operaciones anteriores al encuentro:

«Columna de operaciones del cantón de Alcalá de Hena-
res.=A las cinco de la tarde del día 3 del actual recibí orden
bal del Comandante militar de este cantón para que, con
caballos del regimiento de Almansa y 30 voluntarios de la
pública, saliera á perseguir una partida carlistas de cerca de

200 hombres, que se había presentado en estos contornos. Inmediatamente me dirigí al pueblo de Corpa, siguiendo el itinerario que se me había marcado; pero antes de llegar á dicho punto, tuve segura confidencia de que la facción había salido del pueblo de Valdilecha, y entonces, variando el rumbo, fuí hacia Pozuelo, donde encontré al comandante del regimiento de Calatrava D. Manuel Díaz Mora que, con igual número de caballos de su cuerpo y de voluntarios que los de mi columna, operaba con el mismo objeto que yo. Una vez reunidos, nos pusimos de acuerdo para desempeñar nuestra comisión, y tomamos el camino de Carabaña, adonde llegamos á las cuatro y media de la mañana del día siguiente. Al amanecer rompimos la marcha, y á un cuarto de legua, en el punto llamado Fuente del Pisar, advertimos la presencia de varios hombres con armas, que corrieron cuando nos divisaron. Entonces el comandante Mora, con la fuerza que tenía á sus órdenes, se dirigió por la derecha con una sección desplegada en guerrilla, y yo ejecuté igual movimiento por la izquierda, dando por resultado esta operación el aprehender á 15 individuos armados, los cuales manifestaron que eran carlistas y que iban á incorporarse á la partida que mandaba el cabecilla Castillo. Con estos prisioneros, escoltados por los voluntarios, continuamos hacia la barca de Fuentidueña, por donde la facción debía pasar el Tajo, según noticias de los aprehendidos. Poco antes de llegar á ella recibimos aviso de que lo salvaban por la de Maquilón, á la que nos dirigimos inmediatamente, cerciorándonos allí de que, en efecto, los carlistas habían pasado el río á la una y media de la madrugada. Lo atravesamos también nosotros, y siguiendo al enemigo, entramos en Leganiel al ponerse el sol y luego en Illana, donde ignoraban el lugar á que se había encaminado la partida. Como quiera que ya eran las siete de noche y los caballos venían sumamente cansados, acordamos pernoctar en el último pueblo para racionar la tropa y adquirir

noticias del paradero de la facción, por medio de persona de confianza que la autoridad nos proporcionó. Recibidas á las tres de la madrugada, emprendimos la marcha hacia Garcinarro, punto en que debía pernoctar el adversario; pero dejamos en Illana á los prisioneros, custodiados por 20 voluntarios de los que estaban más fatigados. A dicho pueblo llegamos á las siete de la mañana del día 5, seis horas después de haberle evacuado la partida para ir al de Javalera, al que nos trasladamos sin pérdida de tiempo, y cuyo alcalde nos comunicó la satisfactoria nueva de que hacía sólo tres cuartos de hora que habían salido los facciosos. En vista de esto, avanzamos con la caballería al trote largo para impedir que pudieran ganar la sierra, divisándolos á los quince minutos, en la carretera; y poniendo los caballos al galope, los alcanzamos en el sitio denominado Las Gachas, donde, obrando en combinación ambas columnas, se desplegó una guerrilla de cada cuerpo, que rompió en el acto el fuego, marchando en seguida el comandante de Calatrava, con el resto de su fuerza, al aire de carga, por la derecha, para cortar la retirada al enemigo. Mientras tanto hice extender por la izquierda una sección de tiradores, que se batió desde un olivar inmediato, y me dirigí con la tropa que me quedaba á la falda de la sierra á fin de coger á los carlistas entre dos fuegos. El combate duró más de dos horas y media, dando por resultado causarles 10 muertos y cogerles 97 prisioneros, entre los cuales estaban varios oficiales y el cabecilla Castillo, herido en una pierna. En la persecución se les hizo un muerto, que era el capellán de la partida; un herido grave, llamado D. Ildefonso Alonso González, que se titulaba segundo jefe, y cinco prisioneros más. En resumen: el total de prisioneros son 102, que sumados á los cogidos en Fuente del Pisar, ıponen 117. Además han caído en nuestro poder 8 caballos, ırmas de fuego, 45 bayonetas, varios sables, municiones, ımentos y otros efectos de menor importancia. Por nuestra

parte no tenemos que lamentar más pérdidas que un sargento contuso y cuatro caballos muertos. Los voluntarios, que no estuvieron presentes en el momento crítico de la acción por no poder seguir el aire acelerado de la caballería, contribuyeron cuanto les fué posible al buen éxito de ella y custodiaron los prisioneros.=El comandante jefe de la columna.=Francisco Jiménez».

Trasladados á Madrid los prisioneros, murió allí al poco tiempo, de resultas de sus heridas, el cabecilla González, y á los demás se les sometió al fallo del consejo de guerra. Las columnas de Alcalá, con los voluntarios, regresaron á su cantón; la guardia civil que había salido de Cuenca volvió á la capital, y la que operaba en Huete se dirigió á la sierra de Buendía á perseguir dispersos.

Los pocos carlistas que pudieron escapar de la derrota de Castillo, fueron á refugiarse en los pinares de Villar del Maestre y de Villarejo de la Peñuela, formando un núcleo de 30 hombres, á las órdenes de Bonifacio Lázaro, quien estaba en inteligencia con los agentes carlistas para reorganizar la partida de Castillo y llevar adelante el proyecto de éste, de provocar un gran movimiento. Alguna correspondencia interceptada dió á conocer estos planes á las autoridades, que los hicieron fracasar con la prisión de los que estaban encargados de desarrollarlos. Con esto, y la captura, en el día 10 de Marzo, del cabecilla Joaquín Basabe con 11 individuos de su partida, llevada á cabo en las cercanías de los últimos pueblos citados, tornó á restablecerse inmediatamente la calma en el territorio, y pudo volver la guardia civil á sus demarcaciones ordinarias, quedando sólamente reconcentrada alguna en varios lugares próximos á la provincia de Albacete, en la que pululaban varias partidas desprendidas de los núcleos principales de Valencia y el Maestrazgo.

Al empezar el mes de Mayo se recrudecieron tanto los t

mores de un levantamiento, que hicieron necesarias nuevas precauciones de las autoridades, principalmente en el confín con Guadalajara, donde, según hemos dicho, habían aparecido bastantes partidarios, que convenía evitar se corrieran á Cuenca. No lo consiguieron siempre los encargados de la vigilancia del límite; pues el cabecilla Villalaín, atravesándole, se presentó en Valsalobre, el 18 de Agosto, al frente de 40 individuos montados, los cuales exigieron 250 pesetas de contribución, se racionaron y se apoderaron de algunos caballos, saliendo del pueblo al siguiente día con dirección á Zaorejas, al acercarse la guardia civil que le perseguía. Dos veces volvió á repetirse esta excursión; pero en ambas tuvo Villalaín que refugiarse en la sierra de Molina, acosado por fuerza del mencionado instituto.

El confín con Valencia estaba también constantemente amenazado por las fuertes facciones de este territorio. En 3 de Septiembre, Santés, desde Utiel, oficiaba á varios alcaldes de la provincia para que previniesen raciones que recogería al paso, y el 5 entró en ella, al frente de 1.500 hombres, que se diseminaron en grupos por los pueblos de Mira, Landete, Moya é inmediatos, en los que reclutó gente y reunió crecidas sumas de los ayuntamientos y principales contribuyentes. A los cinco días se reconcentró la partida, internándose en la provincia de Teruel, por Santa Cruz de Moya, sin duda por la noticia que recibió de que las tropas disponibles emprendían la marcha desde Cuenca para salir á su encuentro. Su ausencia duró poco; puesto que al comenzar el mes de Octubre volvió á invadir la provincia, dirigiéndose á Talayuelas, en combinación con Cucala, que con otros 1.500 hombres ocupó al citado pueblo de Santa Cruz de Moya. El último cabecilla andonó á los pocos días el distrito de Castilla la Nueva; pero ntés recorrió algunas poblaciones, entrando varias veces en ndete y Mira; pasó á Minglanilla, donde recogió armas y

caballos, recibiendo allí el refuerzo de 65 voluntarios alicantinos que iban á incorporarse á las filas del Pretendiente; y fraccionó su partida en otras más pequeñas, que sin alejarse mucho de donde él estaba, procuraban allegar gente y se incautaban de cuanto les era útil para la guerra. El día 11 entró en Iniesta, y marchando, sin parar, durante toda la noche, sorprendió y desarmó en Casasimarro á 80 voluntarios republicanos y fué á parar á Tarazona (Albacete), donde cogió 18 prisioneros. El 13 pernoctó en Motilla del Palancar, el 14 en Campillo de Alto Buey, y el 15, después de una penosa marcha, pasó á Almodóvar del Pinar.

Impotentes los pequeños destacamentos de guardia civil que guarnecían algunos puntos, ante la numerosa hueste de Santés, que ascendía ya á 2.600 hombres con los nuevos afiliados en su excursión, cundió otra vez la alarma en toda la provincia, llegando hasta la misma capital que, escasamente guarnecida por lo alejada que hasta entonces había estado del teatro de la lucha, no podía fiar sólamente la defensa á su buena posición, si llegaba el caso de que los carlistas quisieran tomarla. Así lo comprendió el teniente coronel, comandante militar de la provincia, D. José Perez Oñate, al pedir, en 2 de Octubre, que le mandasen dos compañías de infantería, con las que intentaría oponerse á la desembarazada marcha de Santés. Desgraciadamente, como el Ministro de la Guerra no disponía de la tropa necesaria, no pudo ser reforzada la guarnición de Cuenca. Se componía ésta de algunos guardias civiles, 80 reclutas en instrucción, á las órdenes de oficiales de la reserva, y 200 voluntarios paisanos, mal armados; fuerzas poco numerosas y muy hetereogéneas para poder resistir á las de Santés, cinco veces mayores, con buen armamento, y regular organización y disciplina. Era, pues, muy reducido número de defensores, y el expresado cabecilla, que no lo noraba, aprovechó la ocasión de apoderarse de Cuenca á pe

costa; esperando que, á más de las ventajas materiales que conseguiría, la resonancia de este hecho le haría adquirir gran prestigio y renombre.

Con tales propósitos, salió de Almodóvar del Pinar en la noche del 15, y á la mañana siguiente se presentó á las puertas de dicha capital; entró en ella por sorpresa; se apoderó del castillo, la ermita, el hospital y algunas casas; rindió en el cuartel á los 80 reclutas y en el Instituto de segunda enseñanza á los voluntarios y guardias civiles, y se hizo en seguida dueño de toda la población. He aquí el parte que dió de este infausto suceso el Comandante militar, con fecha 18 de Octubre:

«La inaudita sorpresa de esta capital por la facción Santés, compuesta de 2.500 infantes y 100 caballos, se ha verificado del siguiente modo. El día 16, á las cinco de la mañana, se retiraron las dos avanzadas de 40 reclutas, mandadas por oficiales de esta reserva, á las que dí orden de que fueran á descansar hasta las nueve. A las siete, estando en la oficina, vi pasar corriendo á varios facciosos y á gente de la población, que gritaba: «ya están ahí». Salgo al momento, me dirijo precipitadamente al cuartel, despreciando las amenazas que me hacen, y cuando llego, se me presentan el jefe de la Caja de quintos y cuatro oficiales, que me hacen observar las inmediaciones; veo en ellas numerosos grupos de carlistas, vociferando que no se les haga fuego ó que, en caso contrario, incendiarían el edificio, y noto, además, que están coronadas de enemigos todas las montañas que circundan la ciudad. En tan crítico instante, reuno los oficiales, les consulto y me contestan que están dispuestos á morir, pero que no se cuenta con fuerzas ni elementos para la resistencia. En el cuartel sólo teníamos 80 reclutas sin ninguna instrucción, mal armados, y con municiones que no eran del calibre de los fusiles. Por consecuencia esto, y viendo la imposibilidad de la defensa, dispuse que se

abrieran las puertas. Hecho así, quedamos como prisioneros hasta las cuatro de la tarde los oficiales que conmigo se hallaban, un capitán y un teniente que fueron cogidos al tratar de incorporarse, los quintos y yo, siendo todos tratados con la mayor consideración. =En la parte alta de la capital se reunieron algunos voluntarios y trataron de resistir; pero capitularon al poco tiempo con las condiciones que constan en la adjunta acta. Los carlistas se han llevado la mayor parte del utensilio que existía en la factoría militar, y también caballos y armas de particulares; han estropeado por completo los aparatos telegráficos, rompiendo los postes y alambres en todas direcciones, hasta bastante distancia. El sargento primero del batallón reserva de Cuenca Julián Vaquerizas Vaquero, seduciendo á varios reclutas de la Caja, se ha unido á la facción, y lo mismo han hecho, según noticias, 200 hombres de este vecindario. La partida se dirigió á ésta desde el Campillo, distante 11 leguas, sin que, ni por conducto del Gobernador civil ni de los alcaldes de los pueblos inmediatos, tuviera conocimiento de su aproximación, y ha permanecido en la ciudad todo el día 16 y el de ayer hasta las tres de la tarde que marchó con dirección á Cañete, habiendo prohibido durante su estancia la salida á todos. =Los fondos del batallón han sido respetados; mas no los existentes en la sucursal del Banco de España».

El acta á que hace referencia este documento oficial es la siguiente:

«Reunidos en casa de D. Manuel Pajarón el segundo Comandante general del ejército carlista de la provincia de Valencia, D. José Santés y Murguí, el coronel de infantería del mismo ejército D. Joaquín Cabanes Pedrón y el teniente coronel de infantería D. Fernando Manglano, de una parte; y de la otra D. Miguel Lardíes, Gobernador civil de la provincia los tres individuos de la comisión permanente, señores Jim

nez Frías, Garrido y López Pelegrín; el señor coronel graduado, teniente coronel, Gobernador militar de la provincia, don José Pérez Oñate; D. José Baños, alcalde popular de esta ciudad; D. Isidoro Arribas, comandante de los voluntarios de la misma, y el comandante, capitán de la guardia civil D. Pedro Navarro; teniendo en cuenta que la población fué sorprendida; que á pesar de esto se ha sostenido el fuego dos horas y media por una y otra parte, tiempo en que las fuerzas sitiadoras han ocupado la parte baja de la población y hecho algunos prisioneros con armas, de la reserva y voluntarios, cuya fuerza ocupaba la parte alta de la misma; y siendo ya, si no completamente inútil, muy difícil y ocasionada á grandes desgracias toda resistencia, el Excmo. señor segundo Comandante general, D. José Santés y Murguí, pasó una comunicación al señor Gobernador de la provincia, intimando la rendición en el término de un cuarto de hora. En este estado, el señor Gobernador consultó con los señores anteriormente citados y algunos voluntarios, conviniendo todos en celebrar una entrevista con los señores jefes de las fuerzas legitimistas; y celebrada ésta, acordaron en ella la capitulación siguiente:=1.ª—La libertad de todos los voluntarios prisioneros.=2.ª—La de los señores jefes y oficiales de la reserva hechos prisioneros, como igualmente la del comandante, capitán de la guardia civil D. Pedro Navarro.=3.ª—La de los individuos de la reserva.=4.ª—La entrega de trescientos fusiles, con sus bayonetas, á las fuerzas legitimistas.=5.ª—Hacer esta entrega antes de las cinco de la tarde del día de hoy.=6.ª—Permitir la requisa de caballos y monturas, previa tasación, y dando al dueño el correspondiente recibo.=7.ª—Recaudar en la capital la contribución de un trimestre según los repartos, pero al tipo del 18 por 100.=8.ª—Todos los señores jefes y oficiales se quedarán con sus espadas y revolvers.=9.ª—Las partes contratantes garantizan el orden público en la capital, y el respeto á las personas y los

bienes, sean las que fueren las opiniones políticas que aquellas profesen, obligándose al cumplimiento de este convenio ó capitulación.=Cuenca 16 de Octubre de 1873.=José Santés y Murguí.=Joaquín Cabanes y Pedrón.=Fernando Manglano. =Miguel Lardíes.=Victoriano López Pelegrín.=Ramón Jiménez.= José Baños.=Pedro Navarro.=Isidoro Arribas.= José Manuel Garrido.=José Pérez Oñate.=Adición. Por olvido involuntario se ha omitido el consignar en el convenio la inmediata libertad de todos los señores de ideas carlistas que se hallan presos. Que se entienda que el número de fusiles que hay que entregar ha de ser, además de los trescientos estipulados, los noventa que tiene la fuerza de la reserva y diez carabinas de la propiedad de ésta.=Fecha ut supra.=José Santés y Murguí.=Miguel Lardíes.=Isidoro Arribas.=José Pérez Oñate».

Todo lo acordado en el acta se cumplió en el día 16; pero al siguiente, al abandonar los carlistas la población, se incautaron de 7.500 duros que tenía en caja la delegación del Banco de España, y de todos los útiles y herramientas que había en la oficina de Obras públicas, pretextando para ello que las autoridades de Cuenca no habían cumplido lo pactado.

El parte de esta excursión, dado por Santés, que copiamos en seguida, explica detalladamente todo lo hecho por el cabecilla desde su salida de Chelva hasta su regreso.

«Ejército Real de Valencia.=Comandancia General.= Sermo. Sr.:=Tengo el honor de poner en conocimiento de V. A. que las fuerzas de mi mando han llevado á cabo una expedición, por parte de La Mancha y provincia de Cuenca, provechosa en alto grado para la causa tres veces santa que los verdaderos españoles defendemos y para la división de Valencia, y honrosísima, además, para todos los señores jefes, oficiales y voluntarios que, bajo mis órdenes, á Dios, á la Patria y al Rey sirven, por el sufrimiento y fortaleza con que han

soportado las penosas fatigas que han sido consiguientes á la expedición, y por la bravura con que se portaron en la ocupación de la capital de la provincia de Cuenca, de que luego me ocuparé.=Salí, Sermo. Señor, del cuartel general de Chelva el día 4 del que rige, á las cuatro de la tarde, con el deliberado propósito de realizar la expedición, y abrigaba el convencimiento de que había de acabarla con bien y con prosperidad, porque me eran ya conocidos el sufrimiento, decisión y valor de todos mis subordinados; y no me equivoqué, Sermo. Señor, que ellos han demostrado que ni el fuego enemigo les espanta, ni las fatigas les hacen desfallecer, ni los obstáculos hacen torcer su ánimo, siempre sereno y siempre fuerte, y dispuesto en todas ocasiones á hacer los mayores sacrificios, incluso el de la vida, por la causa del Rey nuestro Señor.=Salí, pues, de Chelva, y sorprendí, en la madrugada del 5, la villa de Pedralva, en donde se recogieron efectos de guerra; y recaudadas las contribuciones, marché á las dos de la tarde hacia Bugarra, pisando siempre terreno enemigo, desde donde envié al segundo batallón de cazadores á Gestalgar el día siguiente 6, y recogidos allí los efectos de guerra, así como en Bugarra, marché á las dos horas de descanso hacia el Sot de Chera y Chera, en la primera de cuyas poblaciones dejé la división, destacando al primero de cazadores á Chera, para que hiciese lo que el segundo en Gestalgar.= El día 7, pasando por Chera, en donde se me incorporó el primer batallón de cazadores con la contribución cobrada y las armas y efectos de guerra recogidos, llegué á la vista de Utiel, crecido pueblo, en que domina el elemento liberal; y colocando en observación en el camino de Requena, punto fortificado por el enemigo, diez compañías de Guías y el escuadrón de caballería del Cid, ocupé la población al frente de mi fuerza, permaneciendo en ella hasta el 9, en cuyo día, pasando sin detenerme por Caudete, fuí á descansar al mediodía á Vi-

llargordo del Cabriel, yendo á pernoctar á Minglanilla, en donde continué todo el día 10, se recogieron armas y caballos y se me incorporaron 65 voluntarios procedentes de la provincia de Alicante.=El 11 entré en Iniesta, lugar en que también dieron buenos resultados el cobro y la requisa y se me incorporó alguna gente; y haciendo una marcha de toda la noche, fuí á sorprender á los voluntarios republicanos de Tarazona, sobre cuya villa caí al anochecer del día 12.=Era ya internado con esto, Sermo. Señor, en país enemigo y llano á la vez, y para prevenir los inconvenientes que estas dos circunstancias reunidas pudieran ocasionar, hice venir desde entonces á vanguardia conmigo al escuadrón de caballería con unas compañías de infantería. A mi paso por Casasimarro fueron sorprendidos los 80 republicanos armados del pueblo, cayendo en mi poder igual número de fusiles.=Llegado á Tarazona, ví salir en todas direcciones á los voluntarios de la república, á la aproximación de mis fuerzas, y dividí la avanzada de caballería en dos secciones, para que diera una batida por las afueras, siendo el resultado de esta dispersión coger 18 prisioneros y algunos fusiles. Terminada la requisa y cobranza, como en todos los demás pueblos, emprendí la marcha, y pasando por Quintanar del Rey, en donde descansé, hice alto en Villanueva de la Jara.=El 13 pernocté en Motilla, pasando por El Peral; el 14 en Campillo de Alto-Buey, sitio en que se incorporó fuerza á las filas, y después de una penosa jornada de más de diez y siete horas, entré de improviso el 15 en Almodóvar del Pinar, en donde estuve hasta las siete de la noche, á cuya hora proseguí la marcha, que fué de diez y seis horas, al cabo de las cuales me encontraba ya al frente de la capital de Cuenca, que me había propuesto sorprender.=Hice alto: mandé que el Tesoro y la brigada se situaran, custodiados po el Requeté, en la próxima aldea llamada La Melgosa; envi una avanzada de caballería á cortar el telégrafo; seguí ade

lante con mis tropas; y, al estar junto á la ciudad, observé con satisfacción que había conseguido mi intento de sorprenderla, porque su aspecto tranquilo demostraba que en todo pensaba menos en nuestro ataque. 100 quintos, el cuadro de oficiales de la reserva, 24 guardias civiles, 500 voluntarios y 8 caballos constituían la guarnición de la plaza.=Comencé por disponer que fuesen dos compañías de Guías con dos de cazadores á ocupar las alturas de la derecha y otras tres á las de la izquierda, que dominan el hospital; situé dos compañías de Guías en los puentes para cortar la retirada al enemigo; y yo, con mi Estado Mayor y escolta, seguido de cazadores, Guías y Sagrada, entré en la ciudad, dejando en las afueras la caballería en orden de batalla. Rompióse el fuego, y cargué con mi escolta, internándome hasta la Glorieta, bajo el del enemigo, que mis bravos voluntarios despreciaban, no cuidándose más que de seguirme para someter á los desleales hijos de la patria. Extendiéndose el ataque y defensa por todo el recinto; mandé avanzar el retén para que recibiera los prisioneros; y, en combinación con las compañías que ocupaban las posiciones de derecha é izquierda, antes indicadas, tomé el hospital. Toda la fuerza entró en acción; y á la hora y media de fuego, el teniente coronel D. José Antonio Rivera, con tres compañías, tomó las casas inmediatas y colinas próximas, y el de igual clase D. Simón Santés, con dos compañías, el castillo y ermita de San Cristóbal. La Sagrada cercó el cuartel de la reserva, rindiendo el cuadro de oficiales con un teniente coronel, Comandante militar, un comandante, varios oficiales y los quintos, que entregaron su armamento. Las fuerzas de la carretera encerraron en el Instituto de segunda enseñanza á todos los voluntarios republicanos y empezaron á escalar edificio, encontrándome dispuesto á incendiarle por sus cuatro lados, si en el término de un cuarto de hora no se rendían, cual les hice saber. Enarbolaron entonces bandera de parla-

mento; mandé cesar el fuego, y abiertas las negociaciones, se concluyó por firmar la capitulación de que tengo la honra de remitir copia á V. A.=Dispuesto estaba á salir de Cuenca; pero no habiendo cumplido los vecinos las condiciones del pacto, pues casi todos los efectos de guerra estipulados estaban por entregar, ocupé militarmente la ciudad y permanecí en ella hasta el día siguiente 17 á las doce de la mañana: habíanse recogido sobre 70 caballos, 400 fusiles y carabinas Minié, 300 fusiles del pacto, sables, espadas, monturas, cornetas, tambores, cananas, blusas, morrales, vestuarios, mantas en abundancia del almacén de utensilios y de la guardia civil, los fondos del Estado procedentes de contribuciones, y varios otros efectos de guerra.=Marchamos el 17 por la tarde á Fuentes, conseguida la victoria de Cuenca, el 18 á Carboneros por Reillo, el 19 á Cardenete, el 20, por Villora, cruzando el Cabriel, á Mira, haciendo requisa de armas y caballos y cobrando la contribución en todas las citadas localidades; pasamos el 21 á Utiel, en donde permanecimos todo el día 22, y el siguiente, 23, emprendimos la marcha para Chelva, adonde llegamos á las ocho de la noche.=Tal ha sido, Sermo. Señor, la expedición que he llevado á cabo con las fuerzas de mi mando, por cuyo buen éxito doy gracias al Todopoderoso, que colma de bendiciones la causa que defendemos, hasta el punto de que las grandes ventajas que al ejército Real ha reportado la acción de Cuenca han costado á nuestras filas un solo herido.=Mis subordinados, ya lo he manifestado al principio, se han portado como buenos españoles, y con esto dicho está que han merecido bien de Dios, de la Patria y del Rey, y que han sido valientes, fuertes y sufridos.=Dios guarde á V. A. muchos años.=Campo del honor, Chelva 26 de Octubre de 1873.=Sermo. Señor.=El segundo Jefe militar interino, José Santés y Murguí.=Sermo. Infante, General en Jefe del ejército de Cataluña, Valencia y Murcia.»

Por telegramas de Tarancón, se tuvo conocimiento en Madrid el día 17 del ataque y toma de Cuenca, y al punto se formó allí una columna para perseguir á Santés, mandada por el brigadier López Pinto, y compuesta de 800 hombres del batallón cazadores de Mérida, una compañía de guardia civil, 100 caballos de Villaviciosa, una sección de caballería de la guardia civil y otra de artillería montada. Al anochecer del 18, salió esta fuerza en dos trenes, por la línea de Valencia, para desembarcar en Minaya y La Roda, á fin de batir á Santés; pero bien fuera porque supusiese la marcha de tales tropas ó porque tuviera necesidad de transportar su rico botín á Chelva, lo cierto es que, á la llegada de la columna á los indicados puntos, evacuaba el cabecilla la provincia, según se ha dicho, por lo cual, y como no había tal abundancia de fuerzas que permitiera tenerlas sólamente en observación, recibió la brigada orden de continuar por ferrocarril al distrito de Valencia, para aumentar las columnas que en él estaban operando, sin perjuicio de que, si volvía á ser necesario, se pudieran distraer algunas que impidiesen en Cuenca desmanes como el que acababa de suceder.

La toma referida produjo resultados beneficiosos para el carlismo. Aumentada por la parcialidad de los que la propalaban, la noticia de este suceso corrió con rapidez, y se presentó gran número de individuos á reforzar el contingente de los que luchaban por aquella causa.

El Gobierno de la Nación exigió estrecha responsabilidad á los jefes y oficiales de la escasa guarnición de Cuenca, sujetándoles á sumaria. Varias instancias de corporaciones de dicha capital, como el Ayuntamiento, Diputación Provincial y Junta de Armamento, impetraron que no se llevase adelante el procedimiento, por haber cumplido todos con su deber, y tratado, por los medios que estaban á su alcance, de evitar lo que hizo el enemigo á causa de su gran superioridad numérica. Los pro-

cedimientos continuaron, sin embargo, resultando absueltos los más.

Aprovechándose del espíritu favorable á los carlistas que se había despertado en Cuenca por la audaz expedición de Santés otro cabecilla de menos importancia invadió la provincia. El 10 de Noviembre entró en ella Aznar, por Minaya, al frente de los 300 hombres con que había estado recorriendo los límites de Albacete y Ciudad Real, y se dirigió á Casasimarro y El Picazo, donde cobró impuestos y exigió raciones. La autoridad militar, que había reconcentrado en la capital la escasa guardia civil, por el riesgo de una nueva invasión, destacó 80 guardias de infantería y 20 montados, los cuales llegaron á Almodóvar del Pinar el día 12, continuaron á Motilla del Palancar, al encuentro de los rebeldes, que andaban por aquellas cercanías, y se aproximaron á ellos; pero Aznar, á quien sin duda no convenía aceptar combate, marchó á unirse á Santés, y los guardias civiles tuvieron que retirarse. Los pueblos de Valverde del Júcar, Iniesta, Gascas y otros, se alarmaron sobremanera con tal incursión, hasta el punto, que el capitán Pagés, jefe de la tropa perseguidora, encareció al Ministro de la Guerra el envío de una columna, aunque sólo fuera de 300 hombres, para defender dichas poblaciones y dar confianza á sus habitantes.

No contento Santés con su primera correría por la provincia de Cuenca, volvió el día 15 de Noviembre á traspasar los límites de ésta, con los 4.000 hombres que ya tenía á sus órdenes, distribuyéndolos en fracciones que invadieron á Minglanilla, Enguidanos, La Pesquera y Puebla del Salvador, desde donde los cabecillas de cada una pasaron oficios á los pueblos cercanos, exigiéndoles fuertes sumas y abundantes raciones, que los ayuntamientos se apresuraron á entregar por temor. El 21 reconcentró á toda su gente en Iniesta, y por Valverde del Júcar y Albaladejo del Cuende, amenazó

nuevamente á la capital, que sólo podía oponer á tan numerosa hueste 194 guardias y 163 voluntarios, aunque con buen espíritu y bien apercibidos á la defensa, por la dura lección recibida anteriormente. Mas no era el intento del cabecilla repetir la jornada, sino correrse por La Mancha á las riberas del Tajo, donde se prometía gran botín, por estar enclavados en ellas pueblos ricos en los que aún no habían entrado facciones considerables. Con tales propósitos, anduvo el día 24 por Torrejoncillo del Rey y San Lorenzo de la Parrilla, en los que entró impunemente, disponiendo á su antojo de cuanto pudo convenirle. Así continuó hasta Mota del Cuervo y Quintanar de la Orden (Toledo), retrocediendo después y pasando por Carrascosa de Haro, donde detuvo y se apoderó del correo de Cuenca, y por Horcajada de la Torre; entrando más tarde en la provincia de Guadalajara, según ya hemos dicho, para volver á los pocos días á la de Cuenca.

Para batirle, salió de Albacete, el 24, por disposición del Ministro de la Guerra, el coronel D. Felipe Moltó, al frente de una columna de 1.500 hombres de infantería de Galicia y de la reserva de Madrid, dos piezas de artillería y 100 caballos; entró en la provincia; se dirigió por Iniesta á la capital, donde su presencia, siquiera fuese breve, era necesaria para tranquilizar el ánimo de los moradores, muy decaido por el temor á un nuevo ataque; llegó á ella el 28; descansó allí el día siguiente de las dos marchas forzadas, hechas con soldados bisoños la mayor parte; y el 30 salió con su columna y alguna guardia civil hacia Priego, porque presumía que estaban allí las fuerzas de Santés, yendo después á Alhalate de las Nogueras, por haberse éstas internado en las sierras que circundan á Las Majadas.

Entonces el cabecilla dirigió un reto á Moltó, que, así como la contestación, constan en el oficio que insertamos seguidamente. Este escrito y la exposición de los hechos pos-

teriores ponen de manifiesto que la aparente audacia de Santés tenía por objeto retirarse más fácilmente á Chelva, cargado con el abundante y rico botín que había hecho en los pueblos.

«A las dos de la tarde, y en el momento de llegar á este punto, he recibido del cabecilla Santés la siguiente comunicación. «D. P. R.=Ejército Real de Valencia.=Comandancia General.=Hace algunos días que estoy marchando con mis fuerzas alrededor de la capital de esta provincia, y habiendo tenido noticia de que V. S. ha salido hoy de ella, con las que manda, en mi persecución, he resuelto manifestarle que no rehuyo el combate; y al efecto, después de dar á conocer á V. S. el punto de mi residencia, que es el en que va fechada la presente, le ruego se sirva designar y avisarme, cuanto antes le sea posible, el en que quiera que midamos nuestras fuerzas, como asimismo el día y hora, en la seguridad de que quedará cumplido su deseo.=Mi silencio se atribuiría tal vez á cobardía, y acaso pudiera V. S. prevalerse de él para que la prensa encomiara su persecución ficticia y rebajara la conducta que estoy dispuesto á observar ahora y siempre, en justa defensa de la causa que sostengo.=Suplico á V. S. contestación inmediata y pronta, para obrar según la resolución que adoptare, sin perjuicio de llevar adelante el plan preconcebido en mi marcha de operaciones.=Dios guarde á V. S. muchos años. =Campo del honor de Las Majadas, 29 de Noviembre de 1873. =El 2.° Comandante general, José Santés y Murguí.=Señor D. N. Moltó, jefe de la columna de operaciones de esta provincia.»=Pudiendo ser todo esto, Excmo. Sr., una asechanza para alejarme de mi base de operaciones, que es Cuenca, tanto para intentar en esta un golpe de mano cuanto para huir con dirección á Chelva, lo cual creo más posible, le he contestad en carta particular lo siguiente:=Sr. D. José Santés.=Ente rado de su escrito, sólo tengo que manifestarle que en vista d que, como indica paladinamente en el mismo, marcho en s

persecución desde hace algunos días sin que hasta ahora haya logrado avistarle, á pesar de las marchas forzadas que para conseguirlo llevo verificadas; y como quiera que pienso seguir esta misma conducta sin descansar un momento, puede esperarme cuándo y donde quiera; advirtiéndole, que por primera y última vez contesto á escritos de esa naturaleza.=Felipe Moltó.=Albalate de las Nogueras, 30 de Noviembre de 1873.= Intento, por lo tanto, Excmo. Sr., seguir activamente en su persecución, mientras pueda pasar con un carruaje de artillería; marchando en el día de mañana con dirección á Zarzuela, punto que me sitúa cerca del enemigo y me pone en inmediata comunicación con Cuenca.=Según los informes que he adquirido y que considero fidedignos, el cabecilla Santés llevará de 5 á 6.000 hombres; de éstos sólamente 2.500 armados con Remingthon, Berdan y Minié; componiéndose el resto de jóvenes de 14 á 15 años, mal armados.=Vuelvo de nuevo á molestar á V. E. manifestándole los inconvenientes que para la persecución de los carlistas tiene la artillería rodada; pues no hay camino alguno transitable para aquella arma que me conduzca hacia la parte Este de la provincia, por donde precisamente tiene que pasar el enemigo si, como supongo, se dirige á Chelva, en la de Valencia, á depositar el fruto de sus rapiñas y organizar su gente.=Dios guarde á V. E. muchos años. =Albalate de las Nogueras 30 de Noviembre de 1873.= Excmo. Sr.=Felipe Moltó.=Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.»

El presagio de Moltó resultó cierto, porque Santés, sin esperar el combate que con tanta ansia parecía desear, abandonó la provincia y regresó por Cañete á Chelva, su centro de operaciones, según sabemos, siendo perseguido por aquél hasta en las fragosidades de la sierra, á pesar de los grandes esfuerzos y penalidades que exigió el transporte de la artillería por caminos casi inservibles. El coronel Moltó regresó el 2

de Diciembre á Cuenca, donde ya tenía orden del Ministro de la Guerra para volver á Albacete, á seguir las operaciones suspendidas por esta excursión. Así lo verificó, saliendo el 3 de aquella capital, en la que dejó dos compañías de la reserva de Madrid para que la defendiesen en cualquier evento; disposición que contribuyó á calmar paulatinamente los ánimos, no tan sólo en Cuenca, sino en el resto de la comarca.

Al amparo de la gruesa partida de Santés, otras de poca importancia entraban y merodeaban en los pueblos, exigiendo tan sólo lo preciso para su subsistencia; pero en cuanto aquél cabecilla evacuó la provincia, quedaron relegadas á la sierra ó se disolvieron; así fué, que transcurrió todo el mes de Diciembre en relativa calma, turbada únicamente cuando algún núcleo importante de los carlistas del Centro aparecía en los confines amagando invadirla, lo que no volvió á suceder en este año.

***

Toledo y Ciudad Real también dieron su contingente á las filas carlistas en 1873. El día 6 de Enero apareció en el monte de Alamín, cerca de Santa Cruz del Retamar, una partida de 50 hombres armados y montados, á perseguir á la cual salió la guardia civil del puesto de Quismondo, y de Toledo una pequeña columna, regresando ambas fuerzas á sus puestos sin haber podido adquirir noticias de la facción, que se internó en la sierra y no volvió á dar señales de vida. En los montes de Moratalla se presentaron asimismo algunas cuadrillas de hombres armados, lo cual obligó al Gobernador de Ciudad Real á movilizar la guardia civil de la línea de Manzanares, que sostuvo con una de éllas, en el cerro del Mayoral, un pequeño combate, en el que cogió 23 prisioneros, varios caballos y algún armamento. Estos sucesos; el robo de un tren correo en Argamasilla de Alba, hecho por una partida organizada dos

días antes; la propaganda activa que hacía por el país el titulado brigadier Crisanto Gómez, comprometiendo gente para las partidas; la intentona de asalto á la estación de Castillejo, verificada por un grupo armado, á fin de apoderarse de un convoy de pólvora que iba á Toledo custodiado por un pequeño destacamento; todo indicaba que los carlistas no descansaban y que con grandes ánimos se proponían promover nuevamente la lucha en La Mancha.

La escasez de medios con que se contaba para reprimir el alzamiento, procuró compensarla el brigadier Gobernador militar, D. Ruperto Salamero, con la gran actividad de las pequeñas columnas de guardia civil y de caballería que tenía á sus órdenes, y con la cooperación de la guardia civil del confín de Extremadura. Bien poco tiempo transcurrió antes de verse el resultado de tal actividad. El día 14 de Enero fué alcanzada la partida mandada por Crisanto Gómez, que era la más numerosa, por un destacamento de caballería de Talavera, á las órdenes del capitán Cuadrado, en la masía de Cervera, término de Aldea del Rey, siendo completamente derrotada, con pérdida de cinco muertos y dos prisioneros, estando entre aquellos el segundo de la partida, llamado Calero. y el cabecilla Hervás. A los pocos días fué nuevamente encontrada y batida esta facción en las inmediaciones de Calzada de Calatrava por la misma tropa, que le causó algunos heridos y prisioneros. La columna del comandante Makenna, también de caballería de Talavera, dispersó en Abenójar, el 28, á otro grupo de sediciosos, cogiéndole dos prisioneros.

Para organizar las fuerzas carlistas en el territorio de La Mancha, fué nombrado Comandante general de Toledo D. José Castells, que empezó por circular, en 5 de Febrero, la siguiente proclama, en la que convocaba á la rebelión á los habitantes de aquella provincia.

«¡Toledanos! Cataluña asombra al mundo con la grandeza de sus hazañas. Las provincias Vasconavarras, siempre leales, han levantado de nuevo la bandera nacional, y de una en otra victoria van acorralando á los mercenarios secuaces del extranjero. Asturias y el Maestrazgo secundan este glorioso movimiento, y España entera se dispone á recobrar su independencia perdida y salvar su dignidad hollada. ¡Toledanos! ¿Habeis de ser vosotros menos leales, menos valerosos y menos entusiastas que los demás españoles? No puede ser, y no será. Cuando la religión, la patria y el rey han solicitado vuestro esfuerzo, jamás se lo habeis negado. No se lo negareis ahora tampoco. Ahora menos que nunca, porque ha llegado el momento que todos, sin excepción, con los recursos de que dispongan, hagan el último sacrificio para arrojar de España un gobierno que nos corrompe y una dinastía que nos avergüenza. Ya lo veis. Estos, que prometían venturas sin cuento, comenzaron hollando nuestra fe y concluyen vendiendo nuestras Antillas y profanando hasta los sepulcros de nuestros padres. Mil veces peores que los franceses de 1808, ni hay institución que no pisoteen, ni sentimiento honrado que no lastimen. Impíos, hieren nuestras almas cristianas; sacrílegos, quieren ahora escupir sobre nuestros cadáveres. ¡Toledanos! ¡A las armas! ¡A las armas, si todavía teneis sangre en las venas y átomo de honradez en el corazón! Soy vuestro Comandante general interino, por mandato de S. M. el Rey D. Carlos VII (q. D. g.), y cumpliendo sus soberanas órdenes os llamo de nuevo á las armas. Sí. ¡A las armas en nombre de Dios que nos mira! ¡A las armas en nombre de la patria que se hunde! ¡A las armas en nombre del Rey legítimo que anhela nuestra dicha! ¡A las armas en nombre de la dignidad nacional; en nombre de la honra de nuestras mujeres; en nombre de la tranquilidad de nuestros hijos; en nombre de nuestros padres, que desde el cielo se avergüenzan de nosotros! ¡Viva la re-

ligión! ¡Viva España! ¡Viva Carlos VII! ¡Abajo el extranjero! =Vuestro Comandante general interino.=José Castells.»

Grande fué la excitación que produjo entre los carlistas esta proclama. Noticias confidenciales indicaban á las autoridades la probabilidad de que se lanzasen al campo muchos individuos, y como principio de esto, algunas nuevas partidas de escaso contingente aparecieron por los confines de ambas provincias. Para perseguirlas, evitar los desperfectos que causaban en la vía férrea é impedir robos de trenes, como el que ocurrió á mediados de Febrero entre las estaciones de Záncara y Socuéllamos, salieron de Toledo dos columnas, una de caballería y guardia civil, á las órdenes del coronel, Gobernador militar interino, D. Luis Carbajal, que se situó en Tembleque, desde donde dió frecuentes batidas, y otra que recorrió los pueblos, protegiéndolos y auxiliando la cobranza de contribuciones. De Ciudad Real también se destacó alguna guardia civil, que fué repartida, lo mismo que un escuadrón de lanceros de España desembarcado en Alcázar procedente de Granada, entre Malagón, Fuente el Fresno y otras poblaciones donde la efervescencia se hacía sentir con mayor intensidad, logrando en poco tiempo que ésta desapareciera.

La facción más numerosa de las levantadas en estos días se presentó entre Navahermosa y Menasalvas. Estaba compuesta de 80 hombres á pie, armados la mayor parte, y capitaneada por el titulado Comandante general Castells. Fué perseguida activamente por la caballería de Talavera del capitán Melguizo, que logró en pocos días dispersarla en pequeños grupos y alcanzar al más numeroso, que era el del cabecilla, en el cerro de Valdesimón, inmediato á Los Yévenes, haciéndole dos prisioneros y apoderándose de armas, caballos y monturas. Otra de las partidas que recorrían el territorio de Toledo tenía por jefes á Briones y Mulita, cabecillas conocidos de las anteriores intentonas, y constaba de 38 infantes y 12 caballos. Entró en

algunos pueblos exigiendo recursos, que no siempre hizo efectivos, y el 13 de Febrero pasó por el puerto de San Vicente en precipitada fuga, seguida de cerca por la guardia civil del capitán González, que la tiroteó al día siguiente, congiéndole varios prisioneros y algunos caballos. Después de pasar por Retuerta, se diseminó el día 16, al verse acosada por la columna del capitán Jimeno, presentándose luego á indulto la mayor parte de los fugitivos.

A fines de dicho mes ya no existía ninguna facción en estas provincias, motivo por el cual las columnas regresaron á las capitales, menos una que operaba en las inmediaciones de Talavera de la Reina, la cual quedó ocupando esta villa, por su importancia y por ser de las más significadas en favor de la causa carlista. No duró muchos días la calma, pues en 3 de Marzo se lanzaron nuevamente al campo, entre Nambroca y Chueca, los cabecillas Briones y Mulita, con 36 hombres, en seguimiento de los cuales se destacó de Toledo una pequeña columna de guardia civil, que les obligó á internarse en los montes, donde anduvieron ocultos varios días, bajando después frecuentemente al llano para racionarse y cobrar contribuciones en los puntos donde podían hacerlo impunemente, alentados por la presencia de tres nuevas facciones: una, de 50 jinetes, que se presentó hacia Miguel Esteban; otra, menos numerosa, que detuvo un tren cerca de la estación de Quero, y otra, capitaneada por Crisanto Gómez, de la misma fuerza que la primera.

Esto motivó la salida de más tropas: de Toledo marchó primeramente hacia Consuegra una pequeña columna, compuesta de 40 artilleros del 3.er regimiento de á pie, 20 caballos de España y 12 guardias, mandada por el capitán García Kaggen; á los pocos días partió otra de 38 cazadores de Talavera y 15 guardias civiles de infantería, á cuyo frente iba el capitán Jimeno; y después salieron varias de escasa impor-

tancia. De todas ellas, la segunda fué la que con mejor éxito desempeñó su cometido; pues el día 12 sorprendió en el cerro de los Gigantes, término de Fernáncaballero, al titulado bridier Crisanto Gómez y á sus partidarios, dispersándolos, haciéndoles algunos heridos y cogiendo bastantes efectos, á consecuencia de lo cual, la mayor parte de los que formaban este grupo se presentaron en sus respectivos pueblos, frustrándose el plan que el citado cabecilla tenía, de constituir una fuerte partida; el 18 hizo prisioneros, cerca de Retuerta, al cabecilla Briones y á otro de su facción con quien había ido á este pueblo á recoger los fondos de la recaudación de contribuciones; y al día siguiente, sabiendo que Mulita, con su gente, marchaba hacia el Molinillo, salió en esta dirección, avistándole en el monte del Lagar, entre el caserío de aquel nombre y Marjaliza, perfectamente atrincherado en una posición inaccesible para la caballería, por lo cual tuvo que limitarse Jimeno á sostener el fuego hasta que se aproximó la noche, retirándose entonces al punto de partida, para racionar la tropa y el ganado. Los facciosos tuvieron un muerto y varios heridos, y ninguna baja sus perseguidores.

Continuaron en seguimiento de Mulita, tanto la columna Jimeno como otra mandada por el capitán Rivera, hasta el 22, en que este le alcanzó en los riscos de Pedrizablanca, término de Los Yévenes, donde estaba parapetado con 90 hombres. Después de sostenerse el fuego algún tiempo por ambas partes, un ataque de flanco de la tropa puso al contrario en rápida fuga, que se convirtió al poco rato en completa dispersión. Dos muertos, cuatro heridos, entre los cuales estaba Mulita, un prisionero y algunos caballos costó á los carlistas este encuentro. La columna no tuvo novedad.

Los núcleos enemigos se fraccionaron, no sólo por consecuencia de estos encuentros, sino siguiendo su sistema de dividirse para eludir la persecución y de reunirse después, tan

pronto á las órdenes de un cabecilla como á las de otro, á fin de entrar en los pueblos, cuando podían hacerlo impunemente.

Así, pues, continuaron las cosas: los perseguidores marchando sin cesar; los perseguidos huyendo sin lograr siempre substraerse á la acción de las columnas; pues el día 4 de Abril fué alcanzado en Peña Blanca, término de Fernáncaballero, Crisanto Gómez, y el 6 y 8 lo fueron los nuevos cabecillas Hervás (a) Feo de Cariño y Jesús de la Calzada, en el puerto de Alberquillos y en las cercanías de Valdepeñas respectivamente; quedando batida su gente en los tres encuentros, después de alguna resistencia, que les costó varias bajas.

En la madrugada del día 17 de este mes, se formó en las inmediaciones de Parla, provincia de Madrid, una facción de 60 hombres, acaudillada por Parrondo, que entró rápidamente en la de Toledo por Illescas, recorriendo algunos pueblos, donde se apoderó de fondos, caballos y raciones. La aparición de esta partida tenía de grave la circunstancia de estar constituída, en parte, por soldados pertenecientes á la guarnición de la capital. Así lo juzgó el Capitán general del distrito, D. Manuel Pavía, disponiendo en la misma fecha que se organizara una brigada á las órdenes del brigadier Soria Santa Cruz, para marchar en seguimiento del nuevo grupo rebelde y también de los demás que vagaban por Toledo y Ciudad Real. Formaron esta columna un batallón de infantería de Africa, que estaba acantonado en Leganés, y dos escuadrones de lanceros de Santiago que salieron de Madrid; fuerzas á las que se debían unir otros dos escuadrones de lanceros de España que, procedentes de Linares y Manzanares, se encontraban en Tembleque en marcha para la capital. El día 20 llegó á Toledo la brigada, y aquel mismo día emprendió las operaciones contra las partidas facciosas, que al saber su aproximación se habían internado en las sierras que cruzan la provincia. Entonces dispuso Soria Santa Cruz la formación de dos columnas: la

primera, de dos compañías de Africa y un escuadrón de lanceros de España, al mando del coronel D. Luis Cappa, para batir las inmediaciones de Escalona; y la segunda, de igual fuerza del mismo batallón y dos escuadrones de Santiago, la cual quedó á sus inmediatas órdenes, á fin de operar por los términos de Guadalerzas y el Castañar. Previno, al mismo tiempo, al Gobernador militar de Ciudad Real que estableciese algún núcleo de tropas en Fernáncaballero, con objeto de impedir que pasasen los carlistas á esta provincia, y dejó en Toledo dos compañías de Africa y una sección de caballería de España, á disposición de la autoridad militar, para que pudiese acudir prontamente al punto en que fuese necesaria la presencia de las tropas.

El día 22, estas columnas y las que había en operaciones dieron en Toledo una batida general en busca de la partida Parrondo, que el 19 había pasado á la izquierda del Tajo por una barca, y de otras que, como la del nuevo cabecilla Merendón, andaban inmediatas á aquella; y el capitán Melguizo, con un escuadrón de Talavera, después de una jornada de 13 leguas, avistó á este jefe carlista, no lejos de Marjaliza, derrotándole, causándole 5 muertos y algunos heridos, y cogiéndole 18 caballos, sin tener bajas en sus soldados á pesar del tiroteo que sostuvo durante una hora. Coincidiendo con esta operación, las tropas de Ciudad Real hicieron otra análoga por las márgenes del Guadiana y sus imediaciones, en la que el capitán Jimeno, al frente de 100 caballos de Talavera, encontró á una legua de Abenójar á la partida Feo de Cariño, que estaba posesionada de una altura en la sierra de Bréceo; la batió, arrojándola de su posición, y la persiguió durante cuatro horas, matando á cinco carlistas y apoderándose de caballos y armas.

A causa de la activa persecución, se dividieron otra vez s rebeldes en grupos de seis ú ocho hombres, que continuan vagando por los montes, hostilizados siempre por las

tropas. Sin embargo, el 20 de Mayo se presentaron en los montes de Consuegra unos treinta carlistas que cometieron algunas tropelías en los pueblos inmediatos, por lo cual se fraccionó en dos partes un escuadrón de lanceros de España que estaba en Urda, y una de ellas fué á la sierra de Calderina, y la otra á la de Reaja. Esta alcanzó á parte de la facción, haciéndola un muerto, un herido y dos prisioneros; y aquélla tiroteó y batió al resto, sin que la caballería tuviera más bajas, en ambas refriegas, que tres soldados contusos. A pesar de estar tan hostilizados, tadavía hubo un núcleo faccioso que se aventuró el día 30 á detener y saquear el tren correo de Andalucía, cerca de la estación de Villacañas, siendo dispersado al día siguiente en sierra Lengua por algunos guardias civiles.

Pocos días después en vista de la aparente desaparición de las partidas, la mayor parte de las fuerzas que estaban en operaciones regresaron á las capitales, entre ellas la de Soria Santa Cruz, que volvió á Madrid; pero á mediados de Junio se excitó nuevamente la opinión pública por haber reaparecido Merendón, seguido de varios hombres, en las cercanías de Marjaliza, donde el 17 sorprendió á un oficial y 11 guardias civiles que se hallaban en sus alojamientos, invitándoles á que abrazasen la causa carlista; proposición que rechazaron éstos, siendo entonces puestos en libertad, sin armas y sin equipo. El capitán García Kaggen, que se hallaba en Menasalvas con algunos guardias, emprendió el seguimiento de Merendón, y le alcanzó, á las 14 horas de marcha, en la casa del Carrillo, cerca de Marjaliza, dispersándose la partida al cabo de una hora de fuego, con pérdida de varios heridos y caballos. Esta guardia civil, reforzada con 20 húsares de Villarrobledo y otros tantos artilleros á pie que estaban en Urda, continuó tras los de Merendón, que se refugiaron en los montes de aquellos contornos. Con igual fin que la anterior salió de Talavera de la Reina otra pequeña columna al mando del ca-

pitán Rivera, y de Fuensalida y Toledo partieron dos secciones de guardia civil, á las órdenes del teniente coronel Pastor, quien después de reunirse con García Kaggen, tuvo conocimiento de que Merendón, con su gente otra vez concentrada, vagaba por el valle del Hontarrón, y marchando hacia allí le alcanzó y derrotó, el 19 por la tarde, en la roca del Salvador, haciendo prisionero al secretario del cabecilla, causando varios heridos al enemigo y cogiendo gran cantidad de efectos. La columna tuvo algunos contusos. Después de tal encuentro, Merendón abandonó temporalmente el campo y se refugió en Madrid. Como esta nueva intentona indicaba que los carlistas no desistian de sostenerse en armas, por lo que pudiera acontecer, salió de Madrid un escuadrón de lanceros de España para reforzar la guarnición de Toledo.

A dos leguas de Ciudad Real se alzó otro grupo sedicioso capitaneado por D. Regino Mergeliza, que ostentaba el título de Comandante general de esta provincia, quien en dos días consiguió reunir 100 hombres, algunos de ellos de la capital. La oportuna llegada á este territorio del 2.° batallón del regimiento de Ramales, enviado por el Capitán general desde Madrid el día 18 de Junio, hizo abortar el movimiento preparado en mayor escala, y le dejó, por entonces, limitado á esta partida y otras insignificantes. El 22, sufrió Mergeliza el primer revés en un encuentro que tuvo con fuerza del expresado regimiento, mandada por el comandante Francés, perdiendo dos muertos, tres heridos, tres prisioneros, armas y efectos, sin que la tropa tuviera que lamentar ninguna baja de importancia. Este descalabro contuvo á muchos de los comprometidos, y los que ya estaban en el campo se diseminaron, internándose en la zona más áspera de la comarca para evitar la persecución.

Según vemos, la insistencia de los carlistas era grande en estas provincias, á pesar de que no llegaban á organizarse como en otras. Con el propósito de dar fin á tal estado de

cosas, el Capitán general del distrito envió nuevamente fuerzas del ejército para que ocuparan los centros principales de alistamiento. El primer batallón de Soria, que procedente de Valencia iba á Castilla la Nueva, fué destinado á tal objeto el 27, y por aquellos días fueron también tres escuadrones de lanceros de España, para recorrer constantemente el territorio.

Sin embargo, cuando comenzó el mes de Agosto, los trabajos de propaganda que se hacían cumpliendo órdenes de la junta de Madrid, dieron su resultado, puesto que llegaron á existir ocho partidas, que eran las de Mergeliza, Merendón, Crisanto Gómez, el Feo Cariño, Telaraña, Bruno Padilla, Riego y Castells, de fuerza variable, porque en ocasiones algunos individe una pasaban á otra ó se restituían á sus casas para volver á incorporarse cuando eran necesarios; pero, por término medio, sumaban entre todas unos 500 hombres, la mayoría montados. Dichas facciones pasaban y repasaban los confines de Toledo y Ciudad Real, y se aventuraban á entrar en pueblos de bastante vecindario á cometer desmanes, como sucedió en Menasalvas, donde cogieron 3.500 pesetas de los fondos municipales.

En Toledo operaban contra ellas varias pequeñas columnas organizadas con guardia civil, infantería de Soria y alguna caballería. De las dos principales, una estaba á las órdenes del capitán Rivera, y la otra á las del comandante Rodríguez Mangas; las demás dependían de oficiales subalternos, y todas ellas se movían siempre combinadamente, uniéndose á veces varias para que el resultado fuera más seguro y eficaz. Tres compañías de franco-tiradores de Pierrad operaron también unos días en la provincia; pero sublevados en Burquillos en sentido cantonal, hubo necesidad de distraer tropas en su seguimiento, hasta que se diseminaron. En Ciudad Real existían también columnas de escaso personal, con las que había que atender á la seguridad de los pueblos y vigilar el puerto

de Despeñaperros, paso importantísimo siempre, y más entonces á causa de la efervescencia producida por los cantonales en la comarca andaluza. Una de ellas mandada por el capitán Salamero, alcanzó cerca de Abenójar á las facciones Riego y Telaraña reunidas, y después de un corto tiroteo que ocasionó tres muertos, varios heridos y algunos prisioneros á las partidas, se retiraron estas á las sierras del Campillo. La columna tuvo dos heridos, uno de los cuales era jefe. Otro grupo de 70 facciosos que pretendió entrar en Almodóvar del Campo, fué rechazado por su vecindario, sufriendo la baja de dos heridos en la refriega.

Al verse los carlistas con mayores elementos para la lucha, emprendieron una expedición más arriesgada que las verificadas hasta entonces, cual fué la sorpresa de la villa de Aranjuez por Castells, con un centenar de hombres. El día 2 de Agosto llegó allí el cabecilla, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, se apoderó de la estación del ferrocarril y demás puntos importantes de la villa, y exigió á los mayores contribuyentes una crecida suma, mientras un grupo que había quedado en la vía férrea preparaba un tren para que huyera la facción, tan pronto como hubiera realizado su propósito. Repuestos los vecinos de la sorpresa que les causó la presencia de los carlistas, se reunieron muchos, armados, y sostuvieron con ellos un corto tiroteo, obligándoles á replegarse en la estación y á embarcar en el tren que ya tenían dispuesto; pero no pudieron impedir que se apoderaran de los fondos que había en la administración subalterna de rentas y de los de la compañía del ferrocarril, igualmente que de armas y caballos. La partida desembarcó en Algodor, donde inutilizó los aparatos telegráficos, y, á campo travieso, fué á refugiarse en los montes, a que pudiesen alcanzarla los dos grupos de paisanos de anjuez que el día 3 la persiguieron; mas la columna de odríguez Mangas, que en la misma fecha salió de Toledo

para cortarle la retirada, la encontró en Chueca, y al cabo de dos horas de un fuego sostenido tenazmente por ambas partes, cargó el reducido escuadrón de caballería que llevaba dicho jefe, y á pesar de que los carlistas eran superiores en número y ocupaban mejores posiciones, se pronunciaron en retirada, abandonando en el campo cuatro heridos y perdiendo ocho prisioneros. La tropa, en este hecho de armas, tuvo cuatro húsares heridos y tres caballos muertos.

Tal acontecimiento y otros de escasa importancia, en los que siempre llevaron la peor parte los carlistas, hicieron que se fraccionasen algunos núcleos en pequeños grupos, varios de los cuales se presentarón á las autoridades en solicitud de indulto, y que otros se internaran en la provincia de Ciudad Real, donde las partidas continuaban todavía con bríos. Merendón abandonó también la de Toledo, pero sin diseminar su gente, anunciando el propósito de hacer frecuentes excursiones por la que evacuaba; y para impedir que llegase este caso, al reconcentrarse á principios de Septiembre todas las columnas en la capital, dejaron situadas algunas fuerzas en Sonseca y Ventas con Peña Aguilera.

Reunido Merendón con Mergeliza y los ya conocidos cabecillas de años anteriores Tercero y Rapilla, con un total de 250 hombres, de los que 100 tenían caballos, entró en 12 de Agosto en Porzuna, al día siguiente en Piedrabuena y los sucesivos en otros pueblos, cobrando en todos un trimestre de contribución, y el 17 atacó á la columna del comandante Castaño, de 55 lanceros de España, 30 soldados de Soria y tres guardias civiles que servían de guías, la cual marchaba de Villarta de los Montes (Badajoz) á Navalpino. Este hecho de armas ocurrió cerca de la casa llamada Majada alta. Los carlistas estaban posesionados de una eminencia acechando el paso de la columna, y desde el momento que la divisaron, rompieron un fuego muy vivo sobre ella, contestado en seguida

por los soldados de infantería, que desplegaron en guerrilla. Después de hora y media de tiroteo, aprovechándose los carlistas de su superioridad numérica, avanzaron tomando la ofensiva, y envolvieron y arrollaron á los infantes, sin que la caballería, que estaba á retaguardia, hiciese nada en su apoyo, por impedirlo la naturaleza áspera del terreno donde se desarrolló este acontecimiento; evitando, sin embargo, que el desastre fuera mayor, el alférez Guzmán, que con media docena de jinetes estuvo en el campo protegiendo y reuniendo á casi todos los que lograron abrirse paso por entre los enemigos. Las bajas que hubo, fueron cinco soldados muertos, 16 prisioneros, entre los que estaban cuatro heridos, uno de ellos el oficial que mandaba la infantería. Los carlistas sufrieron algunas pérdidas, pero de menor importancia que las de la columna. La caballería regresó á Villarta y de allí á Herrera del Duque, seguida al día siguiente por Guzmán. El Gobernador militar de Ciudad Real decía en su parte oficial que en este hecho desgraciado se había demostrado que el valor era infructuoso ante la superioridad numérica del enemigo, y que con tal descalabro se alentaría el partido carlista y se aumentarían las facciones, por lo que rogaba se le enviase un batallón y 200 caballos, que consideraba necesarios para la persecución. Esto era difícil, Madrid tenía escasa guarnición para las necesidades de entonces, y el Capitán General no pudo, por lo tanto, distraer fuerzas.

Engreido Merendón con tal victoria, de la que se propuso sacar partido, y queriendo contrarrestar la influencia de una alocución de la autoridad civil de la provincia, publicó el siguiente bando:

«En atención al mejor servicio del Rey nuestro señor (que ios guarde) D. Carlos VII, y á consecuencia de una circular el titulado gobernador de Ciudad Real, fecha 20 del corriente, para que los pueblos se resistan y hagan armas á las fuerzas

reales, cuando éstas se presenten, y en la que se imponen penas y castigos á los contraventores, yo, en uso de las facultades que las reales Ordenanzas de S. M. me conceden para casos excepcionales como el presente, ordeno y mando:=1.° Toda población que al aproximarse las fuerzas de S. M. hiciera resistencia, será incendiada y sujeta á las condiciones del asalto.= 2.° Toda autoridad que diera parte al enemigo de mi proximidad ó permanencia en la población, será pasada por las armas.=3.° Todo individuo que lleve partes y sea cogido, será incontinenti fusilado, sin distinción de sexo.=4.° Todo padre que impida á sus hijos incorporarse á las filas de Su Majestad, siempre que éstos lo deseen, será multado en 6.000 reales.=Todos los jefes de fuerza y autoridades dependientes de la mía, velarán por el exacto cumplimiento de esta orden; en inteligencia, que serán sujetos á un consejo de guerra los que no la obedeciesen.=Campo del honor.=Agosto de 1873.=El jefe de Estado Mayor.=Antonio Merendón.»

La numerosa partida de este cabecilla, alentada por su triunfo, siguió cometiendo violencias y exacciones en los pueblos; entró en la provincia de Toledo; se acercó á Los Yévenes, donde puso en libertad á los prisioneros del día 17, quedándose con sus armas y vestuario; regresó á la de Ciudad Real, por la oposición que en aquélla le hicieron algunas fuerzas; y el 25, contando ya con 300 hombres, y estando en las cercanías de Malagón, recibió la confidencia de que se acercaba la columna del teniente coronel Jiménez, compuesta de 50 infantes y 50 caballos, y se aprestó á la defensa en el cerro de los Enjambreros. No tardó en llegar dicho jefe, y en tomar á su vez posesión en el alto del Moro, donde al poco tiempo recibió una nota del jefe carlista, intimándole la rendición para evitar el derramamiento de sangre. A tan extemporánea y desusada proposición respondió Jiménez rechazándola en términos enérgicos; rompiendo seguidamente los carlistas el fuego, que

fué sostenido por ambas partes durante dos horas, transcurridas las cuales, corrióse el enemigo hacia su derecha, con ánimo de envolver el cerro del Moro, y salieron á su encuentro, al aire de carga, las dos secciones de caballería, que en breves instantes quedaron dueñas del campo, de 13 prisioneros y de gran número de pertrechos. El resto de la facción huyó rápidamente en varias direcciones, abandonando un muerto y retirando dos y varios heridos. Dos de éstos y cinco caballos muertos fueron las bajas de la tropa en esta victoria, alcanzada con la tercera parte de fuerza que el adversario.

Otra pequeña partida de 37 hombres, escolta de los cabecillas Sabariegos y Contreras que recorrían el campo para hacer prosélitos, fué batida el día 28 por un destacamento de guardia civil, que le cogió un prisionero, causándole dos heridos.

Pero los carlistas, á pesar de tan frecuentes descalabros, no cejaban en su empeño de fomentar la rebelión, que arrastrando una existencia poco próspera desde su principio, sólo podía subsistia por la escasez de tropas. La junta de Madrid no descansaba y agotaba los medios para sostenerla y aumentarla, remitiendo de vez en cuando los escasos fondos de que disponía y mandando frecuentes emisarios con el fin de alentar á las partidas.

Reunidos otra vez los dispersos de la facción Merendón, después de su último y desgraciado encuentro, y reforzados á duras penas por nuevos voluntarios, hasta sumar 400 hombres, hicieron una expedición hacia el sur de Ciudad Real, y atravesaron Sierra Morena, con objeto de afiliar prosélitos; recaudar fondos en poblaciones de donde todavía no se habían sacado; requisar caballos; y estar á la mira de lo que sucedie- a en La Mancha y Andalucía. Con estos propósitos entraron :n la provincia de Córdoba, á primeros de Septiembre, sorpren- .eron á un capitán y 28 guardias civiles, haciéndolos pri-

sioneros y desarmándolos, marchando con ellosá Torre Campo, donde llegaron el 5 del indicado mes.

En su seguimiento continuaba la columna Jiménez, que se unió, sobre la marcha, á otra mandada por el coronel Bernabeu, formándose un total de dos escuadrones de caballería y dos compañías de infantería. Este jefe, que atravesó el confín de la provincia, tuvo confidencia el día 4 de la situación de la partida, y haciendo un falso movimiento para coger desprevenido al adversario, llegó al día siguiente, á mediodía, á la vista de Torre Campo. Los carlistas estaban ajenos de la proximidad de las tropas; pero advertidos á tiempo, salieron precipitadamente del pueblo, y parapetados en las muchas cercas que lo rodean, comenzaron á disparar sobre un escuadrón de lanceros de España y media compañía de cazadores de Alcolea, que era la vanguardia de la columna; mas no pudiendo resistir el ataque de esta fuerza y del otro escuadrón que avanzó en seguida, abandonaron sus posiciones y se refugiaron á retaguardia, en un carrascal bastante espeso y sembrado de peñascos, donde la caballería no podía maniobrar, perdiendo en su retirada 32 prisioneros. En tal situación, continuó un fuego muy vivo, hasta que temiendo Merendón que envolvieran á la partida por el camino del Guijo, se precipitó por él, como única salvación, sosteniendo un nutrido tiroteo para contener á sus perseguidores. La facción quedó batida de tal modo, que de sus 400 hombres sólo se reunieron en la fuga 150; dejó en el campo 7 muertos, entre los que estaba el titulado brigadier Tercero; tuvo 40 heridos, uno de ellos Merendón; perdió 15 caballos y 100 fusiles. Los 28 guardias civiles prisioneros fueron rescatados, y en cuanto se vieron libres, contribuyeron con sus disparos al éxito del encuentro, utilizando los fusiles de los aprehendidos y peleando en primera línea. A la caballería, dirigida por Jiménez, le cupo la suerte de desempeñar el principal papel, á pesar de que el terreno no

era á propósito para maniobrar desembarazadamente. Las pérdidas de la columna fueron un oficial muerto y dos heridos, uno de los cuales falleció al día siguiente; seis soldados muertos y nueve heridos, de lanceros de España la mayor parte, muriendo también 14 caballos. Los carlistas cogieron prisioneros á 16 extraviados de la columna.

El efecto moral de este hecho fué grande. La partida quedó en muy mal estado, y aunque el cabecilla reconcentró algunos dispersos con los que llegó á reunir 200 hombres, el día 22 sufrió otro descalabro, en el valle de Piedra Hule, causado por un destacamento de lanceros de España, que le hizo siete muertos, varios heridos, y le cogió algunos prisioneros. La columna no tuvo más bajas que dos heridos.

Estándolo también Merendón, le sustituyó en el mando de la partida Feo de Cariño, que logró aumentarla, y que el día 2 de Octubre, reunido con Rapa y su gente, con un total de 350 carlistas, se presentó en las inmediaciones de la villa de Almadén, en la que no existía más guarnición que un oficial y 25 soldados pertenecientes al regimiento de infantería de Soria. Esto decidió á los facciosos al ataque; pero al empezarlo, á las seis de la mañana, los vecinos de la población se unieron á los soldados, y ocupando todas las entradas, estuvieron haciendo fuego durante cinco horas, impidiendo que avanzase un sólo paso el enemigo, el cual se vió obligado á retirarse hacia Chillón, pueblo en que permaneció hasta las cinco de la tarde, para continuar después á Guadalmés.

De Ciudad Real salió el mismo día en segimiento de esta partida una columna á las órdenes de un teniente coronel, compuesta de 85 infantes, 40 caballos de la guardia civil y una compañía de artillería á pie recién llegada á la provincia; rza que alcanzó á la facción, el día 10, en la altura de La alaya, término de la Calzada de Calatrava, empeñando un iido combate de cerca de tres horas, que terminó con la

huida de los carlistas, y en el que éstos tuvieron cinco muertos, igual número de heridos y dos prisioneros, perdiendo, además, 12 caballos, tres que fueron muertos y nueve que aprehendió la columna. Las bajas de ésta consistieron en un oficial y dos soldados heridos.

Constantemente estaba solicitando refuerzos el brigadier Salamero, Gobernador militar de Ciudad Real, á fin de acabar en breve con las partidas; pero lejos de podérselos facilitar, tuvo la superioridad que sacar de allí algunas tropas para dirigirlas á otros puntos; de modo, que tan sólo quedaron para operar en la provincia una pequeña fuerza de infantería de Soria y la columna que se acaba de mencionar, mermada á los pocos días por la marcha á Madrid de la compañía de artillería; si bien fué compensada esta pérdida con la llegada, el 26, de un escuadrón de lanceros de Montesa, procedente de Sevilla. No habiendo tropas disponibles, se pensó en armar voluntarios, á pesar de los graves inconvenientes que podían resultar, pues era imposible asegurar que parte de las armas que se repartieran no servirían, en plazo más ó menos lejano, para sostener la lucha; así, que limitando el armamento de paisanos á personas de gran confianza, se organizaron grupos de 50 hombres para recorrer y amparar los pueblos, recomendando á la vez que con los recursos propios se pusieran éstos en condiciones de defensa é intentasen rechazar á los carlistas, cuando se presentaran.

La provincia de Toledo llevaba algún tiempo de calma relativa; mas al comenzar Octubre, los grupos insurgentes que aun merodeaban en ella recibieron orden de unirse á Sabariegos que, según sabemos, estaba en el campo desde Agosto, tratando de reclutar gente. Y, en efecto, el día 8 del primer mes mencionado, pasó uno de 30 hombres por el término de Consuegra, y el 10 otro de 35 por Marjaliza, siguiendo después ambos por los montes para eludir la persecución

de dos columnas que días antes se hallaban en Sonseca y Ventas con Peña Aguilera; y el 20 ya estaban con dicho cabecilla, quien recogiendo, además, algunos dispersos y varios nuevos afiliados, llegó á reunir unos 300 partidarios, con los que entró en Urda y otros pueblos inmediatos, exigiendo, como siempre, dinero, armas, caballos y raciones. Inmediatamente que en la capital se recibió la noticia de estas novedades, salió á batir á Sabariegos una columna al mando del teniente coronel Pastor; pero el cabecilla evacuó la provincia, pasando á la de Ciudad Real, donde, aunque continuó perseguido, tuvo tan buena fortuna para evitar el choque con las tropas y engrosar su facción, que el día 26 tenía ya cerca de 500 hombres á sus órdenes, la mayoría de ellos procedentes de la partida Merendón.

Para recorrer un territorio que todavía no estaba castigado por los carlistas y poder, por lo tanto, sacar más abundantes recursos, se internó Sabariegos en la provincia de Cáceres, en donde le salió al encuentro el capitán González, con una pequeña columna de la guardia civil, alcanzándole en Retamosa, pueblo del que le desalojó á viva fuerza. La partida se rehizo en las afueras del mismo y se batió, durante largo rato, hasta que, muerto el cabecilla, perdió su gente la fuerza moral y se desbandó en varios grupos que se retiraron hacia Deleitosa, donde enterraron á su jefe con gran pompa. Infante le substituyó en el mando, y el día 10 de Noviembre pasó á Toledo, por Belvís de la Jara y Alcaudete, marchó á Navahermosa, seguido por la columna de Pastor, que le alcanzó cerca del último punto, y lo batió, á pesar de las excelentes posiciones sucesivas en que el enemigo pretendió resistir por tres veces, haciéndole retirar hacia San Pablo. La consecuencia inmediata de estos calabros fué que la partida se dividiese en cinco partes ra eludir mejor la acción de las tropas, y que á los pocos ıs pasase otra vez reunida á la provincia de Ciudad Real,

sin que se volviese á alterar el orden en la de Toledo en el resto del año. Pastor regresó á la capital, dejando 70 guardias civiles en Sonseca, lugar á propósito para vigilar los montes de Toledo.

Mientras tanto, en Ciudad Real menudeaban partidas de escasa fuerza, muchas de las cuales eran fracciones de las conocidas. Habían aparecido algunas nuevas, como la de Rico, que estaba el 5 de Noviembre en Bienvenida; la de Aznar, que en la misma fecha recorría el partido de Villanueva de los Infantes, y otras, que reunidas el día 10 en Navalmoral de la Mata (Cáceres), pasaron por la provincia de Toledo y entraron en la de que tratamos. La facción de Aznar, á la que se incorporaron otras varias, llegando á tener 300 hombres en estos días, perseguida por una columna, atravesó el confín con Albacete, hacia Alcaraz, se internó después en Cuenca, según hemos dicho, y se reunió á Santés.

El cabecilla Infante, al volver á Ciudad Real con sus partidarios, entró en Piedrabuena, donde se apoderó de cinco mil pesetas, pertenecientes á la Hacienda, y de gran cantidad de tabaco; marchó después hacia el partido judicial de Villanueva de los Infantes, huyendo de una columna organizada con quintos, á las órdenes del coronel Villas Gutiérrez, que al fin le alcanzó el 26, batiéndole y desalojándole del histórico castillo, la iglesia y otras posiciones que había tomado en la villa de Montiel. Retiróse la partida en completo desorden con 15 heridos, entre los que estaban el cabecilla y un hijo suyo, dejando en el campo algunos muertos, que fueron recogidos por los soldados, y se fué con rumbo á Santa Cruz de los Cáñamos, seguida por la columna, cuya vanguardia tiroteó los dos días siguientes á la fugitiva facción.

En el mes de Diciembre los carlistas estaban desalentad tenían poco espíritu, y muchos manifestaron en los pueb que de haber existido indulto se hubieran acogido á él. L

grupos rebeldes que había entonces estaban capitaneados por Lafuente, Resuete, Riego, Feo de Cariño, Telaraña y el titulado Conde Cortina, y tan pronto se presentaban en la provincia de Toledo como en la de Ciudad Real, consiguiendo fácilmente esquivar el encuentro con sus pocos perseguidores, por su gran movilidad y porque al ver que podían ser atacados se diseminaban por parejas, para reunirse después en otro punto distante y seguro. Sólo entraban en los pueblos que estaban desamparados, y la mayor parte de las veces con el único fin de atender á su subsistencia.

Por lo expuesto, vemos que la guerra en esta comarca no tuvo gran importancia, y si alguna se le puede conceder, es por la persistencia de los partidarios en el campo, á lo cual contribuyó por gran manera la escasez de tropas, y su frecuente salida de estas provincias.

CAPITULO IV

SUMARIO.—Año 1874.—Provincias de Madrid y Segovia.—Temores en la última, y partida Mochón.—Transtornos en la de Madrid.—Medidas adoptadas para impedir la entrada de una numerosa facción en Segovia.—Destacamentos de Riaza y Cuellar.—Pequeñas partidas en la provincia de Madrid.—Proclamación de D. Alfonso XII.—Provincias de Toledo y Ciudad Real.—Continuan las partidas del año anterior y aparecen algunas nuevas.—Facción del Conde Cortina.—Sus movimientos.—Columnas perseguidoras.—Destrozos en la vía férrea.—Amador Villar substituye al Conde Cortina.—Operaciones.—Fuerzas de dichas provincias.—Encuentro del comandante Vargas con el cabecilla Riego.—El teniente Gil Barberá dispersa á una partida.—Las columnas de Toledo se reconcentran en la capital.—Amador Villar pasa á Extremadura.—Es batido en Talarrubias.—Vuelve en el mes de Marzo á Castilla la Nueva.—Las facciones continuan cometiendo excesos.—Tiroteo en Luciana.—Otro en la vía férrea.—Persecución de Amador Villar y su marcha á Extremadura.—Encuentros con otras partidas.—Amador Villar amaga á Puente del Arzobispo.—Movimientos de tropas.—Su distribución.—Regresa Amador Villar á Ciudad Real.—Combate de Piedrabuena entre éste y la columna del comandante Melguizo.—Derrota y fraccionamiento de la facción.—Batidas dadas á los restos de las partidas.—Reacción del país.—Cuadrillas de latrofacciosos y su persecución.—Es declarado el distrito en estado de sitio.—Los cabecillas Telaraña y Feo de Cariño se lanzan al campo y son muertos en dos encuentros.—Distribución de tropas á fin de concluir con los latrofacciosos.—Los gobernadores militares recorren el país para afianzar la tranquilidad.

Al comenzar el año 1874 la insurrección, lejos de disminuir, se presentó más potente y vigorosa, según ya se ha dicho en los tomos anteriores.

Pero un suceso de gran importancia para la política, y que, por lo tanto, había de influir más tarde en la guerra, ocurrió en la capital. El 3 de Enero, á consecuencia de la gran excitación en que se hallaban los ánimos en algunos barrios de Madrid, con motivo de las declaraciones hechas el día anterior en las Cortes, se ordenó á todas las fuerzas militares de la guarnición que estuvieran sobre las armas y dispuestas á salir de los cuarteles. En la sesión que aquéllas celebraron, se intentó substituir el Ministerio que gobernaba, por otro de ideas más
zadas; y el Capitán general del distrito, D. Manuel Pa-
al tener de ello conocimiento, dispuso que las tropas ocu-
n los puntos más importantes de la población para asegu-

rar el orden, y, entrando en el Congreso, obligó á los diputados á desalojarlo, convocando en seguida á las personas más notables de todos los partidos, las cuales formaron un nuevo Ministerio presidido por el Duque de la Torre, en el que figuraba con la cartera de Guerra el general D. Juan Zavala.

Así como en los años anteriores, poco es lo que hay que referir en éste respecto á las provincias de Madrid y Segovia; pues casi todas las operaciones de los carlistas tuvieron por teatro las de Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara, principalmente las dos últimas, cuya proximidad al territorio del Centro hizo que fueran más recorridas y vejadas por las numerosas facciones que en él pululaban.

En Segovia, donde á raiz del suceso político referido se reconcentró la guardia civil en la capital, quedando los pueblos desamparados, reinó gran alarma en varios partidos judiciales, siendo mayor que en los demás en los de Riaza y Cuéllar, por los anuncios que circulaban de que Villalaín aprovecharía esta ocasión para hacer por ellos una correría con su partida; y tal incremento alcanzaron los temores, que fué preciso destacar de la capital, el día 8, dos columnas, una de 30 guardias civiles y un escuadrón de húsares de Villarrobledo, y otra de 40 guardias de infantería, que recorrieron aquel territorio hasta fin de Marzo, calmando los ánimos y conteniendo al expresado cabecilla que, ya desde Soria, ya desde Guadalajara, estaba amenazando constantemente los pueblos del confín.

Con la disolución inmediata de una pequeña partida que apareció en la provincia, y con el alejamiento de Villalaín, reapareció la tranquilidad, sin que la turbase ningún suceso hasta el 12 de Junio, en que Mochón, con unos cuantos sediciosos, hizo una excursión desde la de Soria, entrando en Ayllón y otros pueblos más pequeños, donde se proveyó de armas dinero, volviéndose al notar que era perseguido por 80 sold dos de infantería, que salieron de Segovia, los cuales le alca

zaron y tirotearon en el término de Valdanzo y le dispersaron su gente. Esta pequeña columna, reforzada con algunos carabineros de caballería, siguió en aquella zona para dar confianza á sus moradores, y con igual objeto fué preciso enviar otra fuerza al término de Cuéllar, donde los ánimos volvieron á estar algo intranquilos.

Durante este tiempo, en la provincia de Madrid, en la que también se había reconcentrado en la capital la mayor parte de la guardia civil, ocurrieron los acontecimientos de escasa importancia que mencionamos á continuación. La entrada en Fuentidueña de Tajo, á mediados de Febrero, de un grupo de los carlistas de Santés, que cortaron la maroma de la barca que servía para el paso del río, á fin de que el cabecilla pudiese operar á mansalva en la izquierda de él. La aparición, el 30 de Marzo, en el confín con Avila, de una partida carlista, tras la que salieron algunos guardias civiles. La formación de un grupo de latrofacciosos que cometió frecuentes robos, no lejos de la capital, hasta fin de Abril, en que se establecieron fuerzas de carabineros y guardia civil en Villaviciosa de Odón, la Alameda de Canillejas, El Pardo, Getafe, Leganés y Vaciamadrid, con instrucciones para recorrer constantemente los lugares inmediatos. El robo hecho en Villalva de un tren correo, por 10 hombres armados que se titulaban carlistas. Y, por último, á fin de Junio, el motín de unas cuadrillas de leñadores en Colmenar de Oreja, que dieron vivas á D. Carlos, siendo preciso que acudieran á sofocar la excisión algunas parejas del instituto últimamente citado.

Las columnas de Segovia que operaban en los partidos judiciales de Cuéllar y Riaza para mantener el orden, vigilar los límites con Burgos, Soria y Guadalajara, y evitar la propa-
a sediciosa, se replegaron el 9 de Agosto á la capital, por
..se nuevamente que la numerosa facción Villalaín, que
'aba por Guadalajara, según se decía, trataba de internarse

en aquella provincia desde Cantalojas ó Majaelrayo y atacar después la capital. Estos temores estaban fundados en que la expedición por Segovia hubiera sido muy provechosa á los carlistas del Centro; pues á la ventaja material que obtendrían al recorrer un país no castigado en los años anteriores, donde recogerían seguramente abundante botín, sin gran riesgo, por ser escasas las tropas que se les podrían oponer, había que añadir la influencia moral que tal hecho les hubiera dado. Además, el Presidente del Poder Ejecutivo estaba en La Granja, sitio que no tenía apenas guarnición, y bien se podía temer que intentasen sobre él un golpe de mano.

Menos alarmantes eran las noticias de Guadalajara, y con ellas debía estar conforme el Ministro de la Guerra, puesto que, en telegrama del 9, decía al Gobernador militar de Segovia: «Posible es que la facción Villalaín intente penetrar en esa provincia; pero si se tiene en cuenta que para pasar á ella desde la de Guadalajara ha de atravesar la línea férrea de Zaragoza; que esto no podría hacerlo sin que aquí se tuviera conocimiento, y que las brigadas Moltó y Golfín operan en Cuenca y Guadalajara, respectivamente, no parece probable que haya podido verificar el movimiento que V. E. indica; tanto más, cuanto que, según parte de Moltó, el día 7 se encontraba aquel cabecilla en Beteta (Cuenca).» Mas como desde el 8 se ignoraba la situación precisa de Villalaín, el Ministro recomendaba á la autoridad militar de Segovia que adquiriera noticias verídicas y que adoptase todas las precauciones que le sugiriera su celo y pericia, y le anunciaba que le enviaría fuerzas, tan pronto como se evidenciara que eran necesarias. Al efecto, se ordenó á la brigada Golfín que se embarcara en Sigüenza en trenes enviados desde la capital, y que sin dilación y con urgencia emprendiese la marcha á Madrid, para dirigirse á Segovia cuando fuese preciso; pero, por el pronto, salió para San Ildefonso el batallón reserva de Ronda.

El día 11 de Agosto las noticias referentes á Villalaín eran más exactas. Se sabía con certeza que no había llegado hasta Riaza, á pesar de que los partes de los alcaldes aseguraban lo contrario, y que si bien una facción había recorrido el límite entre Segovia y Soria, estaba ya lejos de él, tal vez por no ignorar las disposiciones adoptadas; por lo cual se detuvo á la brigada Golfín en Madrid, en vez de hacerla seguir la marcha á Villalva. El batallón de Ronda dejó dos compañías en San Ildefonso, y las cuatro restantes estaban reconcentradas el día 20 en la capital de Segovia.

Entonces se formaron de nuevo dos columnas para operar en los pueblos del territorio de Riaza y Cuéllar: la primera, organizada con 82 infantes y 52 caballos, á las órdenes del capitán Valdivieso, y la segunda, mandada por el teniente Alonso, con 40 infantes y otros tantos caballos. Así constituidas, continuaron vigilando, hasta fin de Octubre, las avenidas de la provincia, evitando que entrasen en ellas las pequeñas partidas de las limítrofes, auxiliando la recaudación de contribuciones, protegiendo las operaciones de la quinta, y batiendo los pequeños grupos de rebeldes que alguna, aunque rara vez, se formaron. Después regresó á Madrid el batallón reserva de Ronda y tan sólo quedaron los carabineros en la capital, y la guardia civil concentrada en las cabezas de línea, excepto la de Santa María de Nieva, Cuéllar y Villacastín, que desde el 9 hasta el 12 de Diciembre operó hacia Juarros de Riomoros, persiguiendo á una cuadrilla de latrofacciosos, que se disolvió en breve, sin que se pudiera averiguar el paradero de los que la componían.

En algunos pueblos de la provincia de Madrid continuaba la agitación carlista en el mes de Julio, y frecuentemente tuvo ne intervenir la guardia civil para calmarla, como el 17 y 20 Santorcaz, Pezuela de las Torres, Valdilecha y pueblos inediatos, donde, según anuncios, se iban á organizar algunas

partidas. Al siguiente día apareció una cerca de Buitrago, que recorrió los términos de Mangirón, Las Navas, Robledillo de la Jara, Cervera y otros, y en su persecución salieron á la primera noticia algunos guardias civiles de El Molar, ayudados por paisanos armados, consiguiendo capturar á siete de los 12 hombres que formaban el grupo, que resultaron ser malhechores. El 17 de Agosto se presentó otra facción en el soto de Aldobea, término de Ambite, é inmediatamente salió en su busca la fuerza del puesto de guardia civil del Nuevo Baztán, que regresó en el día sin haber podido adquirir noticias; y el 26 volvió á aparecer cerca de Pezuela de las Torres esta pequeña partida, que había sido destacada de la de Villalaín, desde Guadalajara, para recoger caballos, la cual cometió algunos robos y atropellos por los términos de los pueblos indicados, hasta fin de Septiembre, en que abandonó aquellos contornos. El 15 de este mes se lanzó al campo otra de 16 hombres armados, en la Vega de Valdecañas, cerca de Tielmes, que se disolvió al poco tiempo en grupos para cometer también exacciones en diversos puntos, dando lugar á que se estableciesen destacamentos del susodicho instituto, á fin de impedir que se repitieran. En Octubre ya no existía en la provincia ninguna de estas insignificantes partidas; la guardia dia civil volvió á su servicio ordinario, evacuando la capital, donde estaba reconcentrada la mayor parte; los pueblos quedaron por lo tanto debidamente custodiados; y aprehendidos que fueron algunos criminales errantes, la tranquilidad volvió á reinar por completo en todo el territorio.

A consecuencia del acto ejecutado en Sagunto por el mariscal de campo D. Arsenio Martínez de Campos, con la brigada Dabán, que fué secundado después por todo el Ejército del Centro, el Ministro de la Guerra, teniente general D. Francisco Serrano Bedoya, giró una visita, en la tarde del 29 de Diciembre, á todos los cuarteles de la capital de la Nación, para cer-

ciorarse de la actitud en que se hallaban las tropas; y después de conocerla, y de saber que también el Ejército del Norte se adhería al movimiento iniciado en Sagunto, resolvió el Ministerio resignar sus poderes en el Capitán general del distrito, D. Fernando Primo de Rivera, para que formase un Gobierno provisional. Así se verificó en la noche del expresado día, y el 30, constituido ya el nuevo Ministerio, fué proclamado en Madrid Rey de España D. Alfonso de Borbón y Borbón, sin que el orden se alterase en todo el distrito.

Este importante acontecimiento señaló una nueva etapa en la guerra, y sus consecuencias alcanzaron también á las operaciones de Castilla la Nueva.

***

Dijimos que al terminar el año 1873, los carlistas de Toledo y Ciudad Real que permanecían con las armas en la mano, andaban desalentados, con poco espíritu y sin ninguna organización; y en efecto, á principios del año siguiente, los cabecillas Lafuente, Resuete, Riego, Feo de Cariño, Telaraña y el llamado Conde Cortina, juntos unas veces y separados otras, continuaban vagando sin rumbo fijo y con el solo objeto de hacer propaganda, esperando que en la primavera recibirían gran incremento sus partidas. Algunas otras, capitaneadas por nuevos jefes, aparecieron por esta época: la de Guzmán, contra la cual salió una pequeña columna de caballería de Farnesio al mando del teniente Peinado, que la alcanzó el día 4 de Enero en las alturas de Ruidera, haciéndole un muerto, cogiéndole armas y efectos, poniéndola en fuga, y continuando después la persecución hasta el 9, que se dispersó la

ción al ser nuevamente avistada por el referido oficial; la Natalio Herrera, compuesta de 40 caballos y algunos infan-, que entró el 11 en Ventas con Peña Aguilera, y después

en Menasalvas, exigiendo armas, caballos y dinero; otra de 20 hombres montados, que seguían á Manuel Albacete (a) Milreales, que se presentó en Marjaliza con análogas pretensiones y consiguió hacerlas efectivas; cinco grupos de infantes y jinetes que aparecieron en las cercanías de Argamasilla de Alba y se dirigieron hacia Tomelloso; y, por último, algunos carlistas armados que, reunidos ó separados, entraban y salían en los pueblos de Turleque, Tembleque, Moza y Villanueva de Bógas, cometiendo vejámenes y causando trastornos.

La facción del Conde Cortina, que era la más numerosa, pues contaba con 250 hombres, se dirigía el día 5 de Enero desde Casas de D. Pedro á Talarrubias, en la provincia de Badajoz, con ánimo de penetrar en la de Ciudad Real por Agudo. Un destacamento que había en Almadén, mandado por el comandante Vargas, marchó á impedir el movimiento del enemigo, y para el mismo fin salió de la capital alguna fuerza; pero no pudieron evitarlo, y el cabecilla entró el día 13 en Puertollano, no sin tener que vencer alguna resistencia que le opusieron los paisanos armados, los cuales le causaron dos heridos, antes de tener que rendirse por la superioridad numérica de la partida. Cortina exigió 30.000 reales á los mayores contribuyentes, quemó el registro civil, y después de racionar á su gente evacuó la población, poniendo en libertad á los vecinos que había cogido prisioneros.

Dicha partida, engrosada por otras más pequeñas, llegó á inspirar algún recelo, hasta el punto, que se juzgó preciso aumentar la guarnición de estas provincias, y con tal objeto salió de Madrid el batallón reserva de Ciudad Real, que dejó dos compañías en Toledo, continuando las cuatro restantes á Ciudad Real.

Desde Puertollano, caminó Cortina hacia el N, atravesó los montes y se presentó en los lugares inmediatos á Los Yévenes. A su encuentro partió de Toledo una columna de

200 infantes y 120 caballos, mandada por el teniente coronel Pastor, y después otra formada por las dos compañías de la reserva de Ciudad Real y una sección de caballería, únicas fuerzas de que podía disponer el Gobernador militar. El 15 se aproximó la partida al pueblo de Los Yévenes, pero volvió precipitadamente sobre sus pasos, al saber que Pastor se hallaba dentro y que los vecinos estaban armados y dispuestos á cooperar á la defensa, y se encaminó á San Pablo y Las Navillas. Dicho teniente coronel le siguió hasta el 24, que fué relevado por el coronel de la Escuela de Tiro D. Gregorio García Ruiz.

Por aquel tiempo las partidas dedicaron su preferente atención, en Ciudad Real, á interceptar la vía férrea. La del titulado alférez Guzmán destrozó el día 18 el trozo comprendido entre Santa Cruz de Mudela y Almuradiel, internándose en Sierra Morena, después de haber sido alcanzada por algunos guardias civiles que la tirotearon. La de Feo de Cariño la cortó el 26 entre Miguelturra y Almagro, deteniendo un tren, haciendo apear á los viajeros y obligando al maquinista á abrir el regulador de la máquina, para que se precipitase todo el material desde un pontón cortado previamente. El coronel Bernabeu, del regimiento de Soria, Gobernador militar interino por haber cesado el día antes el brigadier Salamero en el mando militar de la provincia, salió con 124 infantes en un tren expreso hasta el lugar de la ocurrencia, pero no pudo llegar á él antes de que se hubieran marchado los carlistas.

El Ministro de la Guerra no cesaba de encarecer la necesidad de que terminasen estos actos de vandalismo y de que se destinasen columnas con dicho objeto, exigiendo á sus jefes gran actividad y energía, sin perjuicio de establecer un servi-

constante de escolta de trenes, que efectuaron un oficial y guardias civiles en cada uno de viajeros.

Como los carlistas rehuían medir sus fuerzas con las tro-

pas, conocían perfectamente el terreno, según hemos dicho repetidas veces, y encontraban amparo en algunos pueblos, era muy difícil á las escasas columnas que había el avistarlos y batirlos. A fin de mes, la partida de Cortina, capitaneada entonces por Crisanto Gómez, desde el confín de Extremadura contramarchó hacia Malagón, huyendo de García Ruiz, que la estrechaba hacia los montes de Toledo, donde también andaban esquilmando los pueblos de la sierra, al frente de grupos de 30 á 40 hombres, el nuevo cabecilla Barrios, Telaraña y Feo de Cariño. D. Amador de Villar, que tenía el título de Comandante general de La Mancha, substituyó en el mando á Crisanto Gómez, y el 2 de Febrero se presentó en Porzuna al frente de 300 hombres, entre los que estaban los de Feo de Cariño. Allí quemó los archivos del registro civil, dirigiéndose en el mismo día á los pueblos de Fontanarejo y Alcoba, donde impidió que siete criminales, con el nombre de carlistas, continuasen robando á sus habitantes, hiriendo á dos y cogiendo un prisionero en la refriega que con ellos sostuvo. De Ciudad Real le salió al encuentro una columna, compuesta de dos compañías del regimiento de Soria y un escuadrón de lanceros de Montesa, mandada por un teniente coronel, que obligó nuevamente á la partida á internarse en Extremadura por Garbayuela, continuando tras ella el escuadrón de Montesa, que dejó desde entonces de formar parte de la guarnición de la provincia.

La facción Guzmán abandonó la sierra y apareció otra vez en las inmediaciones de Alhambra, Argamasilla de Alba y Tomelloso, donde el teniente Peinado, que desde Almuradiel fué por la vía férrea hasta el segundo de dichos puntos con algunos caballos de Farnesio, la avistó nuevamente, batiéndola y haciéndole un herido y un prisionero. Desde entonces no se volvió á tener noticia de este cabecilla, que unas veces se hizo pasar por republicano y otras por carlista.

Entretenida la principal columna de Ciudad Real en el seguimiento de Amador Villar hacia los límites con Extremadura, aprovecharon Telaraña y otros partidarios esta favorable ocasión para bajar al llano, donde á más de cometer sus acostumbrados excesos, se aventuraron, el día 5 de Febrero, á quemar la estación de Almadén, descarrilar un tren de mercancías y destruir el material, y á ejecutar lo mismo, el 9, con otro de viajeros, entre Almagro y Miguelturra, precipitándolo por el pontón de la Membrillería, después de haberse apeado aquéllos, conminado en seguida á los empleados con pena de muerte si conducían otros trenes y no desalojaban las casillas. Entonces fué preciso que saliera á proteger los trabajos de arreglo de la vía, en ambas partes, alguna fuerza de la poca que existía en Ciudad Real, á la que se dieron instrucciones enérgicas y precisas para evitar la repetición de tales hechos, atribuidos por el Gobernador militar á la escasez de caballería con que contaba; por la marcha á Extremadura del escuadrón de Montesa, según lo manifestó en telegrama al Ministro.

Considerando justa la observación, esta superior autoridad militar, envió de Madrid, el día 11, un escuadrón de Villarrobledo, con lo cual las tropas que había en la provincia eran las siguientes: dos compañías de la reserva de Ciudad Real, formadas por reclutas en instrucción; la plana mayor del regimiento de Soria con dos compañías; la fuerza de guardia civil de infantería y caballería del 2.° tercio, que constituía su guarnición ordinaria; el escuadrón dicho, y 40 caballos de Farnesio. En la de Toledo estaban las cuatro compañías restantes de la reserva de Ciudad Real; 120 caballos de lanceros de España; el personal de la Escuela de Tiro, y la guardia civil 2.° tercio de los puestos de la provincia. Bastante mayor : el de las fuerzas expresadas era el total de los alzados en ›as.

A más de las facciones que se han mencionado, aparecieron por estos días: la de Angulo, de 80 hombres, en Porzuna; la de Lorente, de 16, en Picón; y la de Riego, de 170 caballos, que pasó de Extremadura á Ciudad Real por Agudo, dirigiéndose hacia Puebla de D. Rodrigo. A cerrar el paso á ésta fué la columna del comandante Vargas, formada con infantería de Soria; y el día 9 del expresado mes de Febrero, mientras la partida caminaba hacia Abenójar remontando el Guadiana, marchaba dicho jefe al mismo punto desde Saceruela. El cabecilla llegó antes que la tropa, y decidió aprovechar las favorables circunstancias que el terreno de las inmediaciones del pueblo le presentaba para intentar una sorpresa; pero advertido Vargas oportunamente de la situación y propósito del contrario, tomó las disposiciones convenientes para no ser sorprendido. Cuando llegó su pequeña vanguardia al sitio denominado El Artiñero, los disparos que hicieron los carlistas desde sus posesiones la obligaron á replegarse al grueso de la columna. Siguió ésta, y al dar vista á los enemigos, los encontró formados en columna de secciones y dispuestos, al parecer, á lanzarse al ataque; mas, roto un vivo fuego por los soldados de Soria, limitáronse aquéllos á contestar á los disparos con igual rapidez, huyendo al poco tiempo en grupos de 30 á 40 hombres, que tomaron distintas direcciones. Tres muertos dejados en el campo y 34 heridos fueron las pérdidas de los facciosos. Las de la columna consistieron sólamente en cuatro heridos.

Las operaciones del coronel García Ruiz en Toledo habían dejado la provincia casi limpia de carlistas. Algunos hechos aislados, insignificantes y cometidos más bien por criminales que por rebeldes, ocurrieron en lugares en que no había tropas que los pudieran evitar, bastando la intervención de los voluntarios para reprimirlos. Tan sólo tuvo importancia un grupo de 30 hombres, capitaneado por Pruden

cio Rodríguez, que se alzó en armas el 9 de Febrero, en los alrededores de Santa Cruz de Retamar, sorprendió á los pueblos de Maqueda y de Hormigas, y recorrió después otros de la cuenca del Tajo. García Ruiz, que estaba hacia el confín con Extremadura para impedir que Amador Villar pasase á Toledo, tan pronto como tuvo noticia, el 15, de la formación de aquella partida, dividió su columna en cinco fracciones para batir mejor todas las sierras y montes donde presumía que estaba Rodríguez. Una de ellas, mandada por el teniente de la guardia civil D. José Gil Barberá, compuesta de 30 infantes de la reserva de Ciudad Real y 15 guardias civiles montados, avistó á la facción en las inmediaciones de San Martín de Pusa, la dispersó, le hizo seis prisioneres y algunos heridos, entre los cuales se hallaba el cabecilla, y le cogió seis caballos. La tropa no tuvo novedad, y, haciendo una penosa jornada, fué adonde estaban reunidas las otras fracciones para continuar operando por Calzada de Oropesa; pero las noticias de que Santés, con una numerosa hueste, se hallaba en Tarancón amagando invadir la provincia por Quintanar de la Orden, obligaron á que la columna marchase á proteger la capital, continuando en ella hasta el 19, en que con la retirada de Santés desapareció el peligro, y volvió nuevamente García Ruiz á salir al campo para proseguir las batidas por los límites con Ciudad Real y Extremadura, y apoyar la concentración de los individuos de la reserva.

En seguida que llegó á Ciudad Real el escuadrón de Villarrobledo, salió á operaciones, con el comandante Melguizo á la cabeza, para alcanzar á la facción de Amador Villar, que era la más numerosa. La de Telaraña estaba perseguida por el teniente Peinado con sus 40 caballos de Farnesio. Además había otra columna de infantería de Soria, á las órdenes del comandante D. Pío Villar, que operaba en el campo de Calatrava, protegiendo la recaudación de contribuciones y reconcentra-

ción de los llamados á las armas. El 18, Amador Villar andaba por las cercanías de Agudo, acosado por la caballería de Melguizo, y no encontrando ya medio de rehuir el combate, si continuaba en la provincia de Ciudad Real, pasó á Extremadura, donde al entrar desarmó á 19 guardias civiles que le salieron al encuentro. Tras él continuó Melguizo por Villarta de los Montes y Herrera del Duque, y reunidos éste jefe y el teniente coronel Laredo, que mandaba una columna de 90 guardias civiles de Cáceres, avistaron, el 24, al cabecilla en Talarrubias, donde tenía reconcentrada su gente, después de haber cometido numerosas exacciones en los pueblos comarcanos. El escuadrón avanzó rápidamente y la guardia civil rompió un nutrido fuego, pero fué débilmente contestado por los carlistas, quienes apelaron á la fuga, efectuándola, divididos en tres grupos, por los caminos de Garbayuela, Castilblanco y Valdecaballeros. A la facción se le hicieron algunos heridos y siete prisioneros, y se le cogieron igual número de caballos y varias armas, sin que sufriera la columna ninguna baja.

En substitución del brigadier Salamero había sido nombrado Gobernador militar de aquella provincia el brigadier Rubio Lloret, que en esta época ya estaba encargado del mando de ella.

Al comenzar el mes de Marzo había vuelto á Ciudad Real la facción Amador Villar, aprovechándose, para atravesar el límite, de que Melguizo estaba protegiendo con su columna la conducción de mozos á la capital. El cabecilla estuvo el día 1.º en Malagón con 600 hombres, el 4 en Aldea del Rey, el 5 en las inmediaciones de Granátula, y al día siguiente en Moral de Calatrava, hostigado por una pequeña fuerza que, al mando del comandante Villalaín, salió de la capital, á pesar de dejarla casi desguarnecida, á fin de proteger la importante ciudad de Almagro, amagada por esta correría de los carlistas. E entonces en las inmediaciones de Manzanares un grupo con derable de insurrectos vejaba á los habitantes de los caseríos

amenazaba á los pueblos, y por las cercanías de Despeñaperros andaba otra partida, destacada de una muy numerosa que recorría la provincia de Jaén. De las otras facciones que anteriormente se han mencionado no se tenían noticias precisas, pero existían razones para suponer que estaban reunidas á la de Amador Villar, y que se segregaban de ella alguna que otra vez con objeto de ejecutar fructíferas correrías. Había, además, grupos pequeños, con cabecillas poco conocidos, que tenían el encargo de estorbar la reunión de los soldados de la reserva y la cobranza de impuestos.

Vemos, pues, que continuaba el mismo estado de cosas que al principio del año, y el Ministro, que ansiaba verlo terminado y poder enviar más tropas á otras regiones, en que eran muy necesarias, decía al Gobernador militar de Ciudad Real, en 6 de Marzo, que no obstante la persecución que hacían las columnas, los enemigos seguían recorriendo el país, entrando en los pueblos, donde cometían exacciones y hacían prosélitos, con lo que aumentaban su fuerza é importancia; que precisamente para evitar estos males el Gobierno le había nombrado Gobernador de la provincia; y que esperaba que empleara su celo y energía en imprimir á las operaciones toda la actividad necesaria.

A los dos días de esto, es decir, el 8, la columna Melguizo, que nuevamente emprendió el seguimiento de Amador Villar, le alcanzó en Luciana, sin otro resultado que causar dos muertos y un herido á la retaguardia del enemigo, que rehuyó el combate y escapó hacia Piedrabuena.

En la misma fecha, al llegar el tren correo de Extremadura al kilómetro 212, entre Daimiel y Manzanares, fué detenido por un grupo de 40 hombres, que había interceptado

líneas férrea y telegráfica. La escolta del tren echó pie á
ra, y rompiendo el fuego sobre los rebeldes, los dispersó al
:o tiempo y les hizo un muerto y algún herido.

Tenía intención Amador Villar de dirigirse á Porzuna para internarse en los montes de Toledo; pero supo que hacia este punto iban, desde Malagón, las dos compañías de Soria que mandaba el comandante Villar; y no conviniéndole, sin duda, pasar á sus alcances ni avistarse con ellas, cambió de ruta, encaminándose á Alcoba y Fontanarejo, seguido por Melguizo. La columna Villar continuó por Piedrabuena á Abenójar, para cubrir el llano é impedir que á él se corriera la facción, y al ver que esta retrocedía hacia Malagón, volvió sobre sus pasos, alcanzándola al anochecer del 14 y cruzando con ella algunos tiros, que causaron varios heridos á los carlistas y uno á la tropa.

No obstante la activa persecución de que era objeto, Amador Villar siguió recorriendo la zona noroeste de la provincia, guareciéndose en las sierras y descendiendo á los valles de vez en cuando, pero rehuyendo siempre el encuentro con las columnas, y apelando al conocido y eficaz recurso de diseminar su gente en grupos poco numerosos, cuando estaba muy acosado y era crítica su situación. Intentó penetrar en Toledo por Consuegra; mas advertido oportunamente García Ruiz, se acercó con su columna al límite de la provincia y pudo impedirlo. La facción, que se componía entonces de 700 hombres montados y algunos infantes, fuerza mayor que la de las columnas perseguidoras, se aproximó el 19 del referido mes de Marzo á Almadén, con ánimo de entrar en aquella rica población, no decidiéndose á ello por la resuelta actitud de defensa en que se colocaron los voluntarios. Al saber que estaba amenazado este punto, se encaminaron á él los comandantes Melguizo y Villar; y tal movimiento hizo que los carlistas evacuaran aquellas cercanías y que pasaran después á Extremadura por Villarta de los Montes. No quedaron entonces en Ciudad Real más rebeldes en armas que los 4[illegible] hombres de la partida mandada por Alejandro Barrios, pu[illegible]

todos los demás se habían incorporado á la de Amador Villar.

Dijimos ya que en Febrero las facciones habían desaparecido casi de la provincia de Toledo; mas no por esto la columna García Ruiz y los pequeños destacamentos se replegaron á la capital, sino que continuaron en el campo para conservar en él la tranquilidad, evitar que los rebeldes de las provincias limítrofes pasasen á ésta y sofocar en su nacimiento cualquier nueva intentona. No fué infructuosa tal previsión; pues hallándose el 3 de Marzo en Puebla de Montalbán el teniente de infantería de la reserva de Ciudad Real D. Manuel Ares, con algunos soldados de su batallón, tuvo noticia de que en una casa de la izquierda del Tajo se hallaba una partida de 30 hombres, resto de la de Prudencio Rodríguez; y poniéndose en marcha inmediatamente para aquel punto, la encontró, después de cinco horas de camino, y á pesar de haberse hecho fuerte el adversario en el referido edificio, lo batió y dispersó, cogiéndole cinco prisioneros, entre ellos al cabecilla Román Pinillos (a) Balaguer, que con sus violencias y robos tenía amedrentados á los pueblos. Lo mismo sucedió el día 29 á un grupo de 24 carlistas capitaneado por Gervasio Fuentes, que apareció en el monte de Valdecasillas, término de Oropesa, y fué deshecho al día siguiente por algunos guardias civiles al mando del alférez García Rodríguez, los cuales le hicieron un muerto y le cogieron 13 prisioneros, apoderándose, además, de 23 caballos con sus monturas y de varias armas. Estos ejemplares escarmientos afianzaron el orden en la comarca.

El 28 reapareció Amador Villar en Ciudad Real, después de andar esquivando unos días la acción de las columnas de Extremadura. Su gente, que nunca estuvo muy disciplinada, se desmoralizó en grado sumo por las largas jornadas que se veía obligada á hacer para rehuir el combate, y esto fué causa de que desertaran en la última excursión 200 individuos, quedando reducido á 500 el número de hombres de la partida. Mel-

guizo y Villar, que no se habían apartado de los límites con Extremadura, le siguieron por los montes de Toledo, avistándole cerca de Malagón, al anochecer del 30, pero á tan larga distancia, que sólo lograron hacer prisioneros á dos rezagados. Al ver el cabecilla que ni aun en las asperezas de la sierra podía sostenerse en el distrito sin inminente riesgo, se encaminó nuevamente á Extremadura, pasando por Siruela el 2 de Abril. Allí reanimó el abatido espíritu de sus partidarios, y acrecentó su gente hasta reunir 900 hombres, montados la mayor parte en caballos recogidos en los pueblos, y pernoctó el día 7 en Talavera la Vieja (Cáceres). Los vecinos de Puente del Arzobispo se alarmaron al saber que tenían en las inmediaciones un grupo de tanta consideración, lo cual motivó que saliese de Toledo una columna para proteger aquella villa contra los carlistas de Amador Villar, que remontaron el Tajo por la márgen izquierda, con rumbo á Belvís de la Jara.

Antes de pasar más adelante, debemos indicar los movimientos de tropas que hubo en las dos provincias. La guardia civil de infantería de ambas marchó el 30 de Marzo á formar parte del Ejército del Norte, quedando únicamente la de caballería para prestar el servicio de su instituto. Las dos compañías de la reserva de Ciudad Real que había en la provincia de este nombre, fueron el día 9 del mes siguiente á la de Toledo, en la que se reunió, por lo tanto, todo el batallón. A Santander marcharon las compañías de Soria, después de reconcentrarse en Ciudad Real, adonde llegaron tres compañías de la reserva de Alicante que salieron de Madrid, y un batallón provisional de carabineros, de 800 plazas. Los 40 caballos de Farnesio, con su teniente Peinado, se incorporaron á su regimiento, marchando á Ciudad Real, en su lugar, otros tantos de Calatrava. Por último, un escuadrón de caballería del regimiento de España, que estaba en Despeñaperros, quedó las órdenes del Gobernador militar de la última provincia,

el otro escuadrón del mismo cuerpo y el de húsares de Villarrobledo, que operaban en Toledo y Ciudad Real, respectivamente, continuaron en la misma situación.

Las fuerzas de la primera de estas dos provincias se distribuyeron en cinco columnas: una á las órdenes del coronel García Ruiz, compuesta de 98 infantes y 34 caballos, para batir el término de Navahermosa; otra de 94 soldados de infantería y 32 á caballo, que se hallaba hacia Los Navalmorales, mandada por el comandante D. José Osorio; la tercera, al frente de la cual estaba el capitán D. Leandro González, y que constaba de 90 de los primeros y 32 de los segundos, recorría la parte de Menasalvas; otra de 35 infantes, con el teniente Rocas, estaba en Puebla de Montalbán, y la quinta, de igual fuerza que la anterior, al mando del teniente García, custodiaba la vía férrea. Además estaba la que ya se ha mencionado anteriormente, que salió de la capital para proteger á Puente del Arzobispo y que tenía también el encargo de cubrir los pasos del Tajo. Todas ellas operaban en combinación, dirigidas por el coronel jefe de la primera. En Ciudad Real quedaron reducidas á dos: la del comandante Melguizo, de un escuadrón de Villarrobledo, otro de Calatrava y dos compañías de carabineros, que continuó en observación de las avenidas de Extremadura y Toledo; y la del teniente coronel Montero, primer jefe de la reserva de Alicante, de tres compañías de su cuerpo, que operaba en los montes de Toledo. Esta no se organizó hasta el día 12 de Abril.

Dejamos á Amador Villar en marcha hacia Belvís de la Jara. Al llegar á este punto el 8, viendo que le salían al paso las columnas que operaban en los términos de Los Navalmorales y Navahermosa, las cuales, prevenidas á tiempo, habían
ho un movimiento de avance hacia el río Gévalo, se enca-
ıó á La Nava de Ricomalillo y después, perseguido por el
ɔnel García Ruiz, á las intrincadas y agrestes montaña

que rodean el pueblo de Anchuras, donde pernoctó el 10. Como coincidió esto con los relevos de fuerzas y cambio de situación indicados y que dejaron desamparada aquella parte del límite de Ciudad Real, pudo Villar atravesar el río Estena, internarse sin ningún contratiempo en esta provincia y dirigirse á Piedrabuena, donde siempre había encontrado valiosos auxilios y buena acogida. Allí tuvo lugar, el día 15, un importantísimo combate que destruyó á la facción, y en el que recibió un golpe de muerte el carlismo de La Mancha. Su relato oficial, hecho por el Gobernador militar, brigadier Rubio Lloret, y fechado el 17 en la capital, es el siguiente:

«Con noticias fidedignas de que la facción Amador Villar se dirigía hacia Malagón desalentada, y perseguida por el coronel García Ruiz desde la provincia de Toledo, organicé una columna, al mando del coronel, teniente coronel, primer jefe de la reserva de Alicante, D. Gaspar Montero, quedándome en esta ciudad con la fuerza indispensable para cubrir el servicio, y ordené á dicho jefe que marchase á Malagón al encuentro de la partida.=Al mismo tiempo dispuse que la columna del comandante Melguizo fuese á ocupar el pueblo de Piedrabuena, punto donde los carlistas acostumbran á racionarse y proveerse de cuanto necesitan. Sabedor el enemigo de que Malagón estaba ocupado por una columna, y no teniendo conocimiento de que existía otra en aquellas inmediaciones, se dirigió confiadamente á Piedrabuena el día 15.=El comandante Melguizo llegó á este pueblo á las cinco de la tarde, y cuando apenas había alojado la mitad de la fuerza, recibió de un confidente la noticia de que las partidas reunidas, al mando de Amador Villar, y con un total de 700 hombres, entre infantería y caballería, se encaminaban á la población, y que ya estaban á un cuarto de hora de distancia. Inmediatamante, y con el mayor ord y silencio, hizo formar á su tropa y la preparó para el com bate, dando tiempo á que descendieran los carlistas á una lla

nura que hay en los alrededores. Cuando consideró llegado el momento oportuno, salió rápidamente, desplegando guerrillas del escuadrón de húsares de Villarrobledo para cubrir los movimientos del resto de la caballería, al mismo tiempo que hizo avanzar una compañía de carabineros para que cubriera el flanco izquierdo. La facción, en cuanto vió á la tropa, desplegó numerosa fuerza de caballería que rompió un fuego muy nutrido, mientras su infantería formaba el cuadro. Ni un sólo momento vacilaron los bravos oficiales y soldados que mandaba Melguizo: formado en columna de secciones el escuadrón de lanceros de Calatrava, flanqueado por los tiradores, se lanzó con el mayor denuedo sobre el enemigo, que desde aquel momento se pronunció en vergonzosa fuga, dejando en poder de la columna casi toda su infantería, y quedando el campo sembrado de cadáveres de hombres y caballos, así como de armas, municiones y efectos. Se han recogido 53 carlistas muertos, entre ellos al titulado Conde de Cortina y su hijo, no pudiéndose identificar los restantes, aunque es de presumir que habrá otros cabecillas; se han hecho 214 prisioneros, de los que 22 están heridos de gravedad y 11 levemente, siendo de los primeros el titulado comandante D. José María Lorente. Estas son las bajas vistas, pero debió haber muchas más que no han podido precisarse. Doscientas dos armas de fuego, algunas blancas y 12 caballos han caído en manos de la tropa. Por nuestra parte hemos tenido un húsar muerto, y el alférez D. José Quijano y un soldado de Calatrava heridos, el segundo gravemente; cinco caballos muertos y otros tantos heridos del escuadrón de húsares, y en el de Calatrava el caballo del alférez Quijano y dos de tropa muertos y cuatro heridos. La gloria de esta victoria se debe al valor y bizarría de los bravos individuos de am-

escuadrones. No ha habido hechos parciales; todos acudían de el peligro era mayor, y, por consiguiente, todos son dores á que el Gobierno fije en ellos su atención.»

A consecuencia de tal hecho de armas, se fraccionó la partida en pequeños grupos, que huyeron en diversas direcciones para evitar la persecución. Amador Villar, Riego y otros cabecillas abandonaron el teatro de la lucha, y perdida la cohesión que existía entre los partidarios que se agruparon bajo el mando del primero, la influencia que ejercían en los pueblos fué decreciendo.

Parte de la columna Melguizo condujo á la capital de la provincia á los heridos leves, prisioneros y efectos, mientras el resto de ella y la de Montero, á fin de sacar todo el partido posible de la victoria alcanzada, empleaban todo su celo y actividad en un seguimiento sin tregua á los que quedaron de la facción y marchaban capitaneados por Crisanto Gómez, Telaraña, Feo de Cariño, González y algún otro de inferior categoría. Consiguieron reunirse unos 100 al día siguiente de la derrota, en Ballesteros; pero acosados por Montero, se dividieron en pelotones de ocho ó diez hombres. Los restantes hasta 500, que serían los que en esta época estaban en armas, andaban desperdigados por los montes de Toledo, sin que las autoridades tuvieran noticias concretas de su situación. También vagaban errantes los pocos que capitaneaba el titulado alférez Guzmán, después de un choque que tuvieron el día 11, en Camuñas, con unos voluntarios á las órdenes de D. Blas Heredia, en el que murieron el cabecilla y su asistente.

La columna de Melguizo fué reforzada con una compañía de carabineros, llegando á reunir 250 infantes y 140 caballos, é igual fuerza y composición tuvo la del teniente coronel Menant, la cual salió en substitución de la de Montero, que regresó á la capital de Ciudad Real. La zona de operaciones de ambas era el campo de Calatrava y la vertiente meridional de los montes de Toledo. En la provincia . este nombre, se organizaron tres columnas, refundiendo l cinco que antes había: una, para batir los términos de los pu

blos de Menasalvas, Ventas con Peña Aguilera y San Pablo; otra para los de San Martín de Montalbán y Villarejo, y la tercera, para los de San Martín de Pusa, Los Navalmorales y Navalucillos. Tanto éstas como las de Ciudad Real, debían fraccionarse para dar sus batidas, perseguir grupos é impedir que éstos se reunieran; y los jefes de columna tenían libertad de acción para no sujetarse estrictamente á las instrucciones que habían recibido, si así lo aconsejaban las circunstancias. Grande fué la actividad desplegada; pero no era posible encontrar á los rebeldes, porque no presentaban resistencia, ni se aventuraban á entrar en los pueblos, más que en muy reducido número y cuando contaban con el amparo de los habitantes. Sin embargo, fuerzas de Menant alcanzaron, los días 27 y 28, á Telaraña y á Feo de Cariño, cruzando con ellos varios disparos, haciendo algún muerto y herido en la escasa gente que les seguía y cogiendo prisioneros y caballos.

Tal estado de cosas se prolongó algún tiempo. Los carlistas iban disminuyendo, mas no desaparecían por completo. La autoridad militar de Ciudad Real indicaba en 27 de Abril al Ministro de la Guerra la necesidad de que se le facultase para adoptar medidas extraordinarias, imponiendo multas á los alcaldes que auxiliaran al adversario, considerando la reincidencia como rebeldía, y sometiendo á consejo de guerra á los sostenedores y cómplices de las partidas. Asimismo, consideraba indispensable disolver las juntas carlistas que existían en la capital y algunos pueblos, desterrando á los que las componían, único medio, en su concepto, de evitar un nuevo levantamiento. Le contestó el Ministro que emplease para conseguir tal fin cuantos recursos hallara en sus atribuciones, sin recurrir á otros extremos, porque los últimos descalabros sufridos por los rebeldes harían fácil su completo exterminio, si las fuerzas en operaciones seguían dando muestras de la actividad que tan recomendada tenían.

Los telegramas de principio del mes de Mayo, dando cuenta de la insurrección, manifestaban que ya no había partidas en las provincias de Toledo; pero que vagaban por ella criminales, que, reunidos en número de 15 á 20 hombres, cometían atropellos, dispersándose después; y que muchos partidarios estaban ocultos, esperando tan sólo que se concediera indulto, para presentarse á las autoridades. A pesar de esto, no suspendieron las columnas las operaciones, continuando en el campo 380 infantes y 44 caballos, divididos en nueve grupos, que protegían la vía férrea y la cobranza de contribuciones.

En Ciudad Real, 500 carabineros y 340 caballos del regimiento de Villaviciosa, destinado á la provincia en substitución de los escuadrones de Villarrobledo y Calatrava, que se incorporaron á sus planas mayores, perseguían á unos 150 hombres que había aún en el campo, los cuales, cada día más desmoralizados, si alguna vez salían de sus guaridas, solían ser recibidos á tiros en los pueblos, como sucedió en Pozuelo de Calatrava á Feo de Cariño el día 8, donde 30 escopeteros, mandados por D. Vicente Alcázar, le hicieron huir, causándole algún herido. Otro hecho análogo ocurrió el 13 entre los voluntarios de Porzuna, capitaneados por D. Blas Heredia, y unos dispersos que seguían al titulado comandante carlista D. Eusebio García del Castillo, del que resultó la muerte de éste, la captura de su asistente y que los carlistas perdieran un depósito de 53 uniformes, 15 carabinas Berdan, municiones y otros pertrechos de guerra.

El Gobernador militar de la Ciudad Real salió á mediados de mes á reconocer el estado del país, levantar su espíritu y dictar disposiciones que aseguraran el orden restablecido. Al volver á la capital, el 1.° de Junio, dió cuenta al Ministro su expedición en los siguientes términos:

«Regreso á esta ciudad después de haber recorrido los

blos de más importancia de la provincia, donde estaban los focos de la insurrección. En todos ellos he restablecido el principio de autoridad, el orden y la tranquilidad, teniendo la mayor de las satisfacciones en poder participar á V. E. que en el territorio de mi mando no queda ningún carlista en armas; que he reconcentrado y mandado á sus destinos á todos los desertores de quintas anteriores, en número bastante considerable, y que he concedido indulto á muchos fugitivos que, dudando de la indulgencia y bondad del Gobierno, permanecían aún ocultos. No quedan más que diez ó doce criminales, los cuales, si no abandonan este país, serán exterminados en muy breve plazo, He dictado providencias para que no vuelva á reproducirse la insurrección, para que las operaciones de la quinta se hagan con regularidad y para que la recaudación de contribuciones no encuentre obstáculo, distribuyendo, al efecto, convenientemente las fuerzas. La pacificación de esta provincia es un hecho.»

Como también lo era en Toledo, según se ha dicho, volvió en breve el país á su estado normal, sin más diferencia que la ocupación militar de varios pueblos importantes cuyo vecindario se distinguía por sus ideas carlistas, y sólo hubo que lamentar alguna que otra escena de pillaje de los latrofacciosos, como las que tuvieron por teatro á Gálvez y Marjaliza, en los días 11 y 12.

En el mes de Julio ocurrió la invasión de la provincia de Cuenca por las numerosas huestes carlistas que acaudillaba D. Alfonso de Borbón y de Austria, hermano del Pretendiente, y la rendición de la capital de ella, suceso que, alentando sobre manera al partido carlista, hizo temer que se lanzase de nuevo á la lucha en otras provincias del distrito. Para impedirlo y concluir con los bandoleros, fué declarado todo él en estado de sitio, promulgando el siguiente bando:

«Don Antonio del Rey y Caballero, Teniente general de

los Ejércitos Nacionales y Capitán general del distrito de Castilla la Nueva, etc., etc.=En cumplimiento de lo dispuesto por el Poder ejecutivo de la República, en decreto de 18, publicado en la *Gaceta* de hoy, ordeno y mando:=Artículo 1.° Se declaran en estado de sitio las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad-Real, Cuenca, Guadalajara y Segovia, quedando reasumidas en mi autoridad, durante este estado, las facultades extraordinarias que me concede el art. 5.°, trat. 8.°, tít. 8.° de las Ordenanzas generales del Ejército.=Art. 2.° Todos los delitos de conspiración, rebelión, sedición y cuantos tiendan á ayudar á los rebeldes ó á alterar de cualquier manera el orden público, que se cometan desde la fecha de la publicación de este bando, serán sometidos al fallo de los consejos de guerra permanentes, que desde hoy quedan constituidos en esta capital y en las provincias del distrito =Art. 3.° Los delitos de interceptación de vías y telégrafos, cortaduras de puentes, ataques de trenes á mano armada, destrucción ó deterioro de efectos destinados á la explotación y todos los daños causados en vías férreas, que puedan perjudicar la seguridad de los viajeros ó mercancías, quedarán sujetos á los consejos de guerra permanentes y se castigarán con la pena de muerte y demás prevenidas en el Código penal, conforme á lo dispuesto en orden del Poder ejecutivo de 21 de Enero de 1874.=Art. 4.° Los que en reuniones ó por medio de la prensa, hicieren públicas noticias referentes á los asuntos de la guerra, que puedan alterar el orden público, serán considerados como auxiliadores de la rebelión carlista y entregados á los consejos de guerra permanentes.=Art. 5.° Los que infringieren los bandos de buen Gobierno que, en uso de las facultades que me están concedidas, se dicten por mi autoridad y por los Gobernadores militares de las plaz provincias de mi distrito, serán también considerados c perturbadores del orden público y entregados á los con

de guerra establecidos.=Art. 6.° Los ladrones en número de tres ó más y los que en la perpetración de cualquiera de los delitos comunes reservados á la jurisdicción ordinaria dieren ocasión á la alteración del orden público, quedarán también sujetos al fallo del consejo de guerra permanente, imponiéndoles las penas de Ordenanza.=Art. 7.° Las autoridades y empleados del orden civil, que no presten el auxilio que les sea reclamado por la autoridad militar y fuerzas del Ejército, serán depuestos de su cargo y empleo y entregados á la jurisdicción de Guerra para aplicarles el castigo á que se hayan hecho acreedores, considerándoles como auxiliadores de la rebelión.=Art. 8.° Las autoridades civiles y judiciales continuarán funcionando en los asuntos propios de sus atribuciones que no sean de los reservados á mi autoridad en el presente bando.=Madrid 19 de Julio de 1874.=Antonio del Rey.»

Con esta medida, las cuadrillas de bandoleros que vagaban por los montes desaparecieron por completo, y se acogieron á indulto los pocos carlistas que andaban huidos. En alguno que otro pueblo hubo pequeños motines al grito de viva Carlos VII, pero siempre bastó la presencia de la guardia civil para restablecer el orden.

En la situación de las tropas no ocurrieron más variaciones que el relevo, el 9 de Julio, del batallón reserva de Ciudad Real, que guarnecía á Toledo, por la reserva de Plasencia que fué de Madrid, y el envío á Ciudad Real, en la misma fecha, de dos compañías de la de Santiago.

El cabecilla Telaraña, uno de los que fueron indultados, reincidió en su rebeldía, presentándose, el 8 de Agosto, con una exigua partida en Abenójar, con la esperanza de acrecentarla [illegible]lla zona. Vano fué su intento, pues desalentado y sin [illegible]o moral ni material de los habitantes, halló la muerte encuentro que tuvo el día 14, cerca de Villarta de

los Montes (Badajoz), con algunos lanceros de Villaviciosa, mandados por el teniente D. Guillebaldo Valderrábano, que cogió prisioneros á cuatro insurrectos, dispersando á los demás. A fin de mes, otros 15 ó 20 latrofacciosos que entraron en la provincia de Toledo, fueron batidos en Lucillos por un destacamento auxiliado por paisanos armados, el cual capturó á varios, á quienes se sometió á consejo de guerra. El jefe carlista Feo de Cariño, que tenía bastante ascendiente en el país, continuaba á la sordina sus trabajos de propaganda, y á principios de Septiembre llegó á reunir algunos voluntarios, con los que se lanzó al campo; pero con tan mala fortuna, que fué alcanzado á los pocos días en el sitio llamado los Casarejos, á dos leguas de Miguelturra, por un pequeño destacamento acantonado en este pueblo, muriendo el cabecilla y un paisano en la lucha y desapareciendo los que le acompañaban.

En el mes de Octubre se establecieron los siguientes destacamentos para que ocupasen militarmente ambas provincias.

TOLEDO

En San Pablo.	30	soldados
» Tembleque.	29	—
» Puebla de Montalbán.	30	—
» Fonseca.	87	—
» Los Navalmorales.	25	—
» Navahermosa.	15	—
» Los Yébenes.	20	—
» Madridejos.	44	—
» Talavera de la Reina.	29	—
» Illescas.	18	—
» Torrijos.	27	—
» Ventas con Peña Aguilera.	11	—
» Urda.	10	—

En Consuegra. . . . . 10 soldados.
» Columna volante.. . . . . 50 —

CIUDAD REAL

En Almodóvar del Campo. . . . . 10 soldados
» Manzanares. . . . . 34 —
» Puertollano. . . . . 10 —
Protegiendo la vía férrea. . . . . 52 —
En Valdepeñas. . . . . 24 —
» Alcázar de San Juan. . . . . 22 —
» Almagro. . . . . 100 —
» Columna volante. . . . . 40 —

El resto de las fuerzas que existían en ambas provincias, guarnecía las capitales.

Con ligeras variaciones, los quince destacamentos de Toledo y los ocho de Ciudad Real continuaron hasta fin de año recorriendo diariamente las respectivas demarcaciones, avistándose semanalmente con los de las limítrofes; custodiando la conducción de caudales; apoyando á los recaudadores de contribuciones; y persiguiendo á los malhechores que habían quedado como herencia de la insurrección, consiguiendo la captura de muchos y dando muerte á alguno que se resistió. Los Gobernadores militares recorrieron sus provincias, escoltados por caballería, para coadyuvar al afianzamiento del orden. La gente del país se dedicó ya sin temor á sus habituales quehaceres, y las autoridades locales funcionaron libremente.

CAPITULO V

SUMARIO. — Año 1874. — Provincias de Cuenca y Guadalajara. — Villalaín entra en Sigüenza.—Santés atraviesa el territorio de Cuenca.—Marco de Bello pasa por el partido de Molina —Le alcanza en Checa la columna Navarro.—Nueva expedición de Santés á la provincia de Cuenca.—Brigadas Carondolet y Calleja.—Movimientos de la facción y de las tropas.—Brigada Soria Santa Cruz.—Sus operaciones en seguimiento de Santés.—Llega á Cuenca y se le ordena que regrese á Madrid, dejando parte de sus tropas al brigadier Calleja.—Marchas de éste desde Quintanar de la Orden.—Santés evacua la provincia.—Alarma en el partido de Molina.—Movimientos de Calleja hacia la ribera del Júcar y acción de Minglanilla.—Otras partidas en Cuenca y Guadalajara.—Calleja cubre las avenidas de Valencia.—Proyectan los carlistas reconstruir el castillo de Beteta.—Facción Villalaín.—Tropas de ambas provincias.—Marco de Bello y Madrazo entran en Molina.—El brigadier Garbayo marcha á batir el territorio de Cañete.—Partida de D. José Valiente.—Sus movimientos y los de Calleja persiguiéndole.—Salen tropas de la capital al encuentro de los rebeldes.—Operaciones.—Acción de Monsaete y derrota de la partida Valiente.—Marco de Bello amaga á Cuenca.—La Iglesia toma posesión del Gobierno militar y Calleja marcha á Albacete.—Movimientos de las partidas y de las tropas.—Columna Pons.—Operaciones de La Iglesia sobre Beteta.—Correría de Marco Bello por Guadalajara —Se reconcentran fuerzas en la capital de esta provincia.—Los carlistas entran en Molina.—Destrozos en la vía férrea de Zaragoza.—Parten tropas de Madrid hacia Sigüenza con el brigadier Verdú.—Concurren de Aragón y Cuenca á la persecución de Marco la brigada López Pinto y el brigadier La Iglesia.—Marco contramarcha y se interna en Teruel.—Regresa López Pinto á Aragón.—Vuelve La Iglesia á la capital de su provincia y Verdú á Madrid.—Partidas de Cuenca.—Expedición de La Iglesia al territorio de Cañete.—Concentración de enemigos en el Rincón de Ademuz.—Entran estos en la provincia de Cuenca capitaneados por D. Alfonso.—Su organización y marcha —Situación topográfica de la capital.— Guarnición con que contaba.—Comunicación del brigadier La Iglesia relativa al ataque de Cuenca.—Bajas de ambos ejércitos.—Parte carlista de este hecho de armas.—Informe del general Moltó.—Parecer fiscal de la sumaria formada para esclarecer los hechos.—Atropellos cometidos en la ciudad.—Los carlistas la evacuan, enviando antes á Chelva los prisioneros, escoltados por el segundo batallón de Guías del Maestrazgo.—López Pinto rescata en Salvacañete á los defensores de Cuenca.

Dijimos en el capítulo III que, al finalizar el año 1873, no quedaba en la provincia de Guadalajara más facción de importancia que la de Villalaín, y que la de Cuenca estaba libre de rebeldes, desde que la evacuó Santés.

.n la primera siguió aquel cabecilla pasando y repasando, .incipios del año siguiente, el límite con Teruel, invadien- 'os pueblos y sacando de éllos recursos. El día 5 de Enero

entró en Sigüenza, sorprendiendo á las seis de la mañana á sus moradores y rindiendo á los voluntarios, que trataron de defenderse en la torre de una iglesia y se vieron obligados á entregar sus armas. Allí recaudó 20.000 pesetas, cortó las líneas telegráficas del Gobierno y de la vía férrea, hizo descarrilar un tren, inutilizó más de seis kilómetros de vía y conminó con pena de la vida al que trabajase en su recomposición. Una vez que hubo cometido tales desmanes, abandonó Villalaín la población, á la que volvió cuatro días después con 50 infantes y 80 caballos, para recoger los numerosos efectos que había exigido. Dicha ciudad y los pueblos inmediatos estaban indefensos, y esto y la necesidad de proteger los trabajos de arreglo de las líneas férrea y telegráfica, motivó que se enviasen á élla, desde Madrid, dos compañías de cazadores de Mérida.

Pronto desapareció la calma que se disfrutaba en la provincia de Cuenca. Santés y su numerosa hueste entraron en Albacete el 10 de Enero; pero acudió de Madrid en socorro de dicha ciudad el brigadier Soria Santa Cruz, con un batallón de infantería de marina, el de cazadores de Estella, seis compañías del de Mérida, y alguna artillería, y de Valencia la brigada La Guardia, y el cabecilla, con los 4 000 hombres que entonces tenía, se internó en Cuenca por Villargordo del Júcar, después de haber destrozado el camino de hierro y el telégrafo entre Minaya y La Roda, como lo había hecho antes entre Almansa y Albacete. Libre en sus movimientos, porque el Ministro de la Guerra se vió obligado á dar orden á la brigada Soria Santa Cruz de regresar á los dos días á Madrid, y la de La Guardia quedó en el territorio del Centro, pasó la partida por Casasimarro, fué á Minglanilla, llegó á estar á una jornada de la capital, exigiendo en todos los pueblos del tránsito fondos, raciones, armas y caballos, y el 17 abandonó la provincia para llevar á Chelva el rico botín que recogió en A

bacete, no sin dejar antes en las jurisdicciones de Cañete y Motilla del Palancar, pequeñas partidas destacadas, que continuaron cometiendo exacciones, llegando sus exigencias en algún pueblo hasta querer cobrar reunidos tres trimestres de contribución. La de más entidad de estas facciones volantes, era la capitaneada por D. José Pascual García, formada por 400 infantes y 30 caballos, y conocida con el nombre de batallón de Altar y Trono, que se acercaba con frecuencia á la capital, alarmándola y sosteniendo gran excitación en sus habitantes. Santés, desde Chelva, oficiaba constantemente á los alcaldes de los pueblos del confín con Valencia, tanto para exigirles la más exacta puntualidad en la entrega de contribuciones, cuanto para prohibir, bajo pena de muerte, la presentación de los mozos de la reserva que habían sido llamados á las filas por el Gobierno, y conminar con igual castigo á los desertores de las suyas, si no se presentaban en corto plazo.

El Ministro de la Guerra decía en 21 de Enero al teniente coronel Gobernador militar: «No debe V. S. consentir que insignificantes partidas recorran los pueblos é impongan contribuciones, disponiendo de las tropas que guarnecen esa ciudad; pues su vecindario, con buen espíritu y armamento, puede dejar desembarazada la acción de aquéllas. Sólo en el caso de haber fuerzas enemigas superiores, debe limitarse á cuidar de la población. Siempre que sea la provincia invadida por gruesas facciones, dé V. S. conocimiento al General en Jefe del Ejército del Centro.» El buen espíritu de los conquenses no existía; las tropas eran escasas; su número, de 100 guardias civiles y 200 soldados de la reserva de Madrid, inferior al de los rebeldes que operaban en el campo, y á pesar de ello, salió el 28 una pequeña columna á reanimar á los moradores de los pueblos, ya que no era posible, con tan reducidos medios, buscar, hostilizar ni batir á los enemigos.

Veamos lo que sucedió por aquellos días en Guadalajara.

La facción Marco de Bello, compuesta de 4.000 hombres á pie y 200 á caballo, que estaba cerca de Calatayud, entró en la provincia, el 26 de Enero, por Maranchón, huyendo de la columna Despujol, y continuó por Selas y Molina hacia el Sur. La columna del coronel Navarro, compuesta de 930 hombres, llegó de Aragón á Tortuera el mismo día, y sin detenerse, emprendió el seguimiento de la partida, la alcanzó en Checa, al siguiente, á las cuatro y media de la tarde, y sostuvo con ella un combate cuyo parte detallado, inserto en la narración de la campaña del Centro, expresa que los carlistas fueron derrotados y sufrieron numerosas bajas. Marco y gran parte de los suyos marcharon á la provincia de Teruel, y los restantes anduvieron dispersos por aquella zona, en grupos de 15 á 20 hombres, sin atreverse á entrar en los pueblos. Un escuadrón enemigo quedó con el encargo de reunirlos y recoger las armas que abandonasen, para lo cual recorrió la sierra de Molina durante unos días, yendo después á la provincia de Cuenca, donde se hallaban reconcentrando fuerzas algunos cabecillas. La columna Navarro regresó á Aragón al día siguiente del encuentro.

En el mes de Febrero hizo Santés otra excursión por Cuenca. Como vanguardia de sus fuerzas, entraron por Minglanilla las facciones de Pascual y Valiente, de 1.000 infantes y 100 caballos. El primero fué hacia el Norte al territorio de Cañete, con ánimo de fortificar á Moya y hacer una ciudadela en aquella excelente posición, y el segundo continuó por La Pesquera y Campillo de Altobuey á Motilla del Palancar, á fin de proporcionarse recursos en metálico, imponiendo fuertes contribuciones en los pueblos. A los pocos días Santés, con 4.000 hombres, avanzó á Motilla para salvar el Júcar por el puente de Villargordo, y el 10 tenía su gente i partida entre Minaya, Villarrobledo, Las Pedroñeras y otr poblaciones inmediatas á la vía férrea de Valencia. Cuen

seguía con escasa guarnición; las obras de defensa estaban muy atrasadas, y era de temer un nuevo ataque. Además, los pueblos de la provincia se hallaban á merced de los carlistas, por falta de tropas que los amparasen, y aunque las de Madrid no eran numerosas, fué preciso hacer un esfuerzo y mandar una columna que impidiese la libre marcha del enemigo, y sobre todo, que protegiera la vía férrea y la circulación de trenes, muy amagada á sufrir contratiempos por la vecindad de los carlistas.

El brigadier Carondolet, á quien se confió este cometido, salió de Madrid, en la madrugada del 10, con 500 hombres del batallón de cazadores de Mérida y del regimiento de caballería de Farnesio, que en dos trenes fueron hasta Alcázar de San Juan. Desde allí envió un oficial con algunos soldados en una máquina exploradora, á fin de indagar noticias de los rebeldes, y siguió con la columna por la vía férrea, llegando el 12 á Albacete, donde, por orden del Ministro, debía unírsele la brigada Calleja, compuesta del regimiento infantería de la Lealtad; el batallón reserva de Madrid, menos dos compañías que estaban en Cuenca; dos escuadrones del regimiento de caballería de España; y una batería de artillería de montaña: en suma, unos 2.000 hombres y 150 caballos.

Noticioso Santés de la salida de ambas brigadas, huyó de éllas, y antes del paso de Carondolet por Villarrobledo y Minaya, ya había reunido á su gente y emprendido la retirada hacia el Norte. Marchó por San Clemente y Honrubia, atravesó el Júcar, entró en Valverde, y llegó hasta Villar del Saz de Arcas, donde pernoctó el día 14 á una jornada corta de la capital, destacando, durante la marcha, partidas á derecha é izquierda para abarcar mayor número de pueblos, en los cuales gió fuertes sumas, hizo rehenes y cometió las exacciones siempre. Amenazó la ciudad de Cuenca, pero en seguida nbió de rumbo, repasó el Júcar por el puente del Pal-

mero, cortó la línea telegráfica en una extensión de 30 kilómetros, dejando á la capital de la provincia aislada de Madrid, y merced á una marcha rápida, se acercó el día 15 á Tarancón, Tribaldos, Villarrubio y poblaciones comarcanas, destacó fuerza para inutilizar en el Tajo la barca de Fuentidueña, y entró en la primera población mencionada, después de rodearla y obligar á los milicianos á que se rindieran. Recogió en ella 34.000 pesetas á título de contribución, se apoderó además de los fondos municipales, de los del recaudador del Banco de España, de los productos de las rentas estancadas, del armamento de la milicia y de gran número de caballos de particulares, y permaneció allí hasta la mañana del siguiente día que se dirigió á Huete, mandando un destacamento á Barajas de Melo para quemar el registro civil y sacar nuevos recursos. El 16 y 17 estuvo toda la facción reconcentrada en Huete, y al otro día fué á Saceda del Río y Peraleja, separándose de ella una fuerza, que por la carretera de Garcinarro y Buendía marchó á La Isabela y Sacedón, la cual mandó destacamentos á otros pueblos. El 19 pernoctó alguna gente de Santés en Villalva del Rey y Tinajas, y él, con la mayor parte de su fuerza, en Gascueña, donde le dejaremos, por ahora, para seguirle más tarde en su correría.

Respecto al estado de la provincia, el brigadier Gobernador militar, D. Francisco Garbayo, decía, en 20 de Febrero, al Ministro de la Guerra: «El estado del telégrafo, roto en una extensión de 30 kilómetros por los carlistas, no me permite comunicarme con V. E. rápidamente, teniendo que hacerlo por medio de propios que se dirijan á las estaciones inmediatas. Los datos son muy inseguros, porque las partidas separadas del grueso de la facción invaden grandes zonas á derecha é izquierda de su marcha principal, corriéndose por los pueblos, á los que causan enormes exacciones. Atemorizados los habitantes con las calamidades que arrastran tras sí las facciones, no dan

avisos previos ni adelantan noticia alguna con carácter de urgencia, contentándose con enviarlos después que el enemigo se ha alejado de sus lugares; y esto no siempre, pues son escasos los que recibo diariamente. La expedición de Santés por los partidos de Cañete, Motilla del Palancar, San Clemente, Belmonte, Tarancón y Huete ha sido devastadora para el país, que ha sufrido perjuicios de muchísima consideración en todos conceptos, y le ha servido para hacer prosélitos, apoderarse de fondos, armas y caballos y establecer depósitos en Moya y Chelva, que son las guaridas principales donde reunen los carlistas el fruto de sus correrías. Así se explica, Excmo. Señor, que no hayan querido detenerse y atacar, por ahora, la capital. En este estado de cosas, y sin tener noticias fijas de la facción, creo indudable que se moverá por los partidos que ha recorrido, é imposible que se dirija á la sierra, por las muchas nieves de que está cubierta, á no ser que las tropas le obliguen á otros movimientos.»

La brigada Carondolet, cuyo principal encargo era proteger la vía férrea, salió el 14 de Febrero de Albacete hacia Minaya, por jornadas, de orden del Ministro de la Guerra, en unión de la de Calleja, disminuida en el batallón reserva de Madrid, que quedó operando en el límite de ambas provincias. Allí se detuvieron las dos en espera de instrucciones y fondos. El 16 recibieron unas y otros, y al siguiente día se encaminaron á El Provencio, para adquirir noticias de la situación del enemigo. Había temores de que Santés se internara en la provincia de Toledo, pues así lo había anunciado y, según hemos dicho, andaba en aquella fecha por los confines, y á fin de evitarlo, siguieron ambas brigadas por Las Pedroñeras, El Pedernoso y Mota del Cuervo á Quintanar de la Orden, donde llegaron
[illegible], en ocasión que la partida se había ya remontado al nor-
[illegible]n dicho día el Ministro de la Guerra, que era quien diri-
[illegible]as operaciones, decía á Carondolet: «Mañana al amanecer

llegará á Quero, procedente del distrito de Valencia, el batallón reserva de Madrid, con objeto de desembarcar en dicho punto y seguir á Quintanar á reunirse á su brigada. Tan pronto como esto se verifique entregue V. E. el mando al brigadier Calleja, dejándole el batallón de Mérida y 50 caballos de Farnesio. El resto de este regimiento que venga á Madrid por la carretera, y V. E., con su E. M., puede regresar por ferrocarril. Prevenga V. E. al brigadier Calleja que con la importante columna á sus órdenes, marche á Cuenca, y que su misión es perseguir, sin tregua ni descanso y cualquiera que sea la dirección que tome y provincia que se halle, á la facción Santés, que hoy ha salido con dirección á Gascueña. El general Soria Santa Cruz, con fuerzas respetables, marcha también á Cuenca desde Guadalajara.»

En esta provincia, comenzó á esparcirse la alarma cuando Santés se acercó á los confines, contribuyendo á aumentar los recelos la presencia de la numerosa facción de Marco de Bello en los límites con Teruel; alarma de que se hacían eco las autoridades, exponiendo al Gobierno lo muy escasa que era la guarnición de la capital. El 17 telegrafiaba al Ministro el Gobernador militar, general de ingenieros D. Rafael Carrión Larios, diciendo que, según parecía, Santés y Marco se dirigían en combinación sobre la ciudad de Guadalajara, y que era urgente el envío de fuerzas, porque no tenía más que 200 hombres ni municiones bastantes. El Gobernador civil hacía análoga petición en nombre de la provincia, á cuya capital se replegaron dos compañías de Mérida que guarnecían á Sigüenza. Temores iguales experimentaban los conquenses, suponiendo que sería su ciudad el objetivo de los carlistas. El Gobierno encargó que resistiesen enérgicamente ambas poblaciones, si eran atacadas; pues de Madrid salían fuerzas en número suficie para escarmentar duramente al enemigo.

En efecto, el general D. Federico Soria Santa Cruz se

so al frente de una división, organizada en Madrid con los batallones cazadores de las Navas y de Estella; el 2.° del primer regimiento de infantería de marina; 100 caballos del regimiento de Villaviciosa, 60 del de Farnesio y 80 del de España, y dos baterías del primer regimiento montado; formando un total de 2.123 infantes, 440 caballos y 12 piezas Krupp. El 18 fué la infantería en tren hasta Alcalá de Henares, y por la carretera la caballería y artillería, continuando en la misma forma á Guadalajara al amanecer del siguiente día, para seguir todos á Cuenca, á marchas forzadas, porque se temía entonces que fuera esta población la atacada por los carlistas. Debía la columna conservar siempre expedita la comunicación con Madrid para regresar rápidamente en caso preciso á esta capital, donde quedaban pocas tropas. Aunque el camino más corto para avistar á los carlistas, que estaban en Huete, hubiera sido la carretera de Valencia, no se tomó esta, por las dificultades que ofrecería el paso del Tajo, donde el adversario había inutilizado todas las barcas y no existían puentes para atravesarle; y además, porque colocado Soria Santa Cruz en la carretera de Guadalajara á Cuenca, estaba en situación de proteger prontamente cualquiera de las dos capitales que se viese amenazada.

En la última fecha citada, es decir, el 19, parte de la facción Santés estaba en Sacedón, con destacamentos en Alóndiga, Auñón, Pastrana, Almonacid de Zorita, Albalate de Zorita, y él se hallaba en Gascueña y tenía fuerzas en algunos pueblos inmediatos. Urgía salir al encuentro del cabecilla, interceptar su desembarazada marcha y reanimar con la inmediata presencia de tropas el abatido espíritu de tan castigados pueblos; y el general Soria Santa Cruz marchó el 20 por la carretera de Cuenca, en busca de la facción; llegó á Ten-

destacó hacia Pastrana al brigadier Arnaiz con cuatro
añías y tres escuadrones, contra las partidas disgregadas,
nuó al siguiente día á Sacedón, evacuado siete horas

antes por la fuerza de Santés, que no intentó siquiera defender el paso del Tajo. Allí se incorporó Arnaiz, que tampoco logró ver al enemigo, y la columna siguió el 22 por Córcoles, Alcocer, Cañaveras y Albalate de las Nogueras, con intento de cortar la retirada de los carlistas hacia Cañete y Chelva, adonde con fundamento se suponía que dirigían suspasos. Santés en vista de que su situación iba siendo crítica, reconcentró á su gente, y con los 5.000 hombres que ya tenía, los rehenes y un convoy de cuantiosos efectos, se guareció en el abrupto terreno de las cuencas de los ríos Guadiela y Escabas, sin cesar, no obstante, en la devastadora tarea de arruinar los pueblos que encontraba á su paso. El 22 decía el general Soria Santa Cruz al Ministro de la Guerra, desde Albalate de las Nogueras: «A la salida de Cañaveras avisté descubiertas enemigas, que huyeron á la aproximación de las nuestras. Dispuse mis tropas para el combate en línea de columnas, y avancé sobre Villaconejos. Los carlistas tomaron la dirección de Beteta. Más allá de Villaconejos se les han cogido 1.500 raciones de pan, 600 de pienso y bagajes. Un escuadrón llegó hasta Priego, de donde salió precipitadamente esta mañana el grueso de la partida. Pernoctó en este punto con todas las fuerzas para continuar por mejor camino á Beteta y obligar al cabecilla al combate, que claramente rehuye, demostrando que su objeto es salvar el botín recogido.» Las tropas continuaron el 23 á Beteta pasando por Cañamares, y otra vez los carlistas esquivaron el encuentro, saliendo con precipitación de aquel punto hacia Tragacete, al aproximarse sus perseguidores.

El camino ó, mejor dicho, senda de Beteta á Tragacete, atraviesa la parte más áspera y quebrada de la sierra de Cuenca, y presentaba serias dificultades para seguir y alcanzar á Santés. Por tal causa, el general Soria Santa Cruz, firme en su propósito de interponerse entre el enemigo y Chelva, retrocedió y fué á Sotos, punto desde el cual decía el 24 por la

tarde al Ministro: «Confirmada marcha de facción á Tragacete, Cañete y Moya, continúo la ruta á Cuenca, donde entraré mañana á mediodía para seguir operando hacia aquellos pueblos.» Pero al llegar á la capital el 25, se encontró con la orden del Gobierno de que regresara á Madrid, por haber sido nombrado para otro destino, y de que fuera acompañado de sus tropas, menos el batallón de Estella y los 80 caballos del regimiento de España, que debía dejar para la brigada Calleja, en cambio de los 50 caballos de Farnesio de ésta, que se le unirían. En consecuencia, el 26 salió por la carretera de Tarancón, y se aprovechó este movimiento de tropas para escoltar hasta Madrid los caudales que el Banco de España guardaba en Cuenca y 406 reclutas del depósito de esta capital. De Tarancón continuó á Aranjuez, donde embarcó en trenes la infantería el 1.° de Marzo, continuando por la carretera, al día siguiente, la caballería y artillería. Necesidades urgentes del servicio exigieron que fueran también á Madrid, á los pocos días, el batallón de Estella y los caballos de España que debían reunirse á Calleja.

Dejamos á este brigadier el día 19 de Febrero en Quintanar de la Orden, dispuesto á emprender la marcha á Cuenca en cuanto se le uniera el batallón reserva de Madrid. Llegó éste en la tarde del 20, y al siguiente día abandonó la columna la población, para perseguir á Cucala, á quien se suponía, por acentuados rumores, en Torrejoncillo del Rey. El 22 pernoctó en aquel pueblo y en Horcajada de la Torre, después de dos jornadas lentas y cautelosas; pero habiendo resultado falsas tales noticias, pues por entonces la numerosa facción del cabecilla del Centro andaba lejos de aquellos sitios, y la que se tomó por tal fué un destacamento de la de Santés, siguió Calleja al día siguiente por Naharros y Cabrejas, llegando á Cuenca por la noche, sin haber encontrado ningún enemigo. Allí se enteró de los movimientos de Santés, de los de Soria Santa Cruz y

de un oficio de éste, fechado el 21 en Sacedón, en el que le decía que siendo probable la marcha de los carlistas á Chelva, debía ir hacia Cañete para cortarles, por lo cual salió el 24 para Cañada del Hoyo, pasó el 25 por Pajaroncillo dirigiéndose en seguida á Boniches; y encomendada á él sólo desde este día la persecución de Santés, por el regreso á Madrid de Soria Santa Cruz, recibió instrucciones del Ministro de la Guerra, en las que éste le autorizaba para que obrase con entera independencia, mientras no entrara de nuevo en los distritos de Aragón ó Valencia, en donde seguiría las prevenciones del General en Jefe del Ejército del Centro.

Santés, desde Tragacete, pasó á Salvacañete, donde estaba el día que llegó Calleja á Boniches. Era claro que el cabecilla se proponía guarecerse en Chelva, y entonces el expresado brigadier intentó darle alcance antes de que salvase el Turia; pero el enemigo, que á todo trance quería evitar el combate, forzó la marcha, salió de la provincia, pasando por Moya hacia el Rincón de Ademuz cuando llegaban á Landete los exploradores de Calleja, quien se detuvo en este punto para esperar á los cazadores de Estella y los 50 caballos de Farnesio que debían habérsele incorporado, y principalmente para recibir los fondos, que le eran muy necesarios y había pedido con premura.

Esta excursión del cabecilla por el territorio de Cuenca duró un mes escaso, y fué de excelentes resultados para el carlismo. En ella recogió Santés muchos miles de duros, gran cantidad de ganado y armas de todas clases, dejando á los pueblos atemorizados y exhaustos, hasta el punto de que en más de una ocasión encontraron las tropas grandes dificultades para el racionamiento, que originaban retrasos en las operaciones.

En el expresado mes de Febrero vagaron por el territorio de Molina, en la provincia de Guadalajara, pequeñas partidas que cometieron impunemente frecuentes excesos, merced á las facilidades que tenían para guarecerse en las intrincadas sierras

que lo surcan, y esto sostuvo el malestar de los pueblos. El titulado jefe rebelde Luna, preso en la cárcel de la capital y canjeado á mediados de mes, fué el 22 á Sigüenza, donde hubo con tal motivo una manifestación carlista, que obligó á restablecer allí el destacamento de dos compañías de Mérida que antes había habido. Marco de Bello se acercaba frecuentemente al confín de la provincia y hasta pernoctaba alguna vez en ella. La capital carecía de guarnición, y sus autoridades civiles, igualmente que las de Cuenca, inspirándose en el clamoreo de las gentes al ver el peligro cercano, dirigían insistentes peticiones al Gobierno para que amparase á los pueblos contra la invasión. Contestó el Ministro de la Guerra, que en la dificultad de ocupar militarmente el país por carecer de tropas para ello, ya se habían enviado columnas cuando la importancia de las facciones lo había exigido, lo cual se seguiría haciendo; pero que debía bastar el esfuerzo de los liberales de las poblaciones para acabar con las partidas pequeñas. Desgraciadamente, los grupos de partidarios fueron aumentando en gente y en importancia, y siguieron vejando mucho á los pueblos.

Conocemos ya, por la narración del Centro, los movimientes de Santés al evacuar á Cuenca; los anuncios que circularon referentes al proyecto de éste y de las facciones Palacios y Cucala de ir en combinación sobre Requena; las órdenes del Ministro á Calleja para que cesase en la persecución de Santés, se encaminase á la ribera del Júcar y estuviese allí á la vista de las partidas, protegiendo la vía férrea de Valencia y la capital de Albacete, que estaban desamparadas; y conocemos también la marcha de dicho brigadier á Camporrobles, en cuanto recibió los fondos que esperaba de Cuenca y después de haber estado en Landete unos días, que invirtió en hacer frecuentes reconocimientos hacia Ademuz y Moya. Consideraba el Ministro un grave contratiempo el corte de la vía férrea, por los importantes movimientos de fuerzas y material á que en-

tonces estaban dando lugar las operaciones del Norte y la concentración de las reservas; interrupción que ya habían efectuado algunas partidas en Catarroja, cerca de Valencia, y que era de temer entre Fuente la Higuera y Albacete, y á ello obedecía principalmente la orden de que marchase Calleja á La Ribera. El 6 de Marzo pernoctó la brigada en Camporrobles; al siguiente día llegó á Minglanilla, destacando una avanzada de caballería al puente de Contreras, á fin de explorar los movimientos de las partidas Santés, Cucala y Palacios, que, según noticias, se dirigían desde Utiel y Requena á Villargordo de Cabriel por la carretera de las Cabrillas. Allí continuó el día 8 esperando el regreso del ayudante de campo que había mandado á Albacete á conferenciar con el Ministro; y al tener aviso, en la mañana del 9, de que las facciones de dichos cabecillas venían en son de combate hacia Minglanilla, salió á su encuentro, á pesar de la gran inferioridad numérica de las fuerzas con que contaba, y tuvo lugar el combate que ya se detalló al narrar las operaciones del Centro. Derrotados los carlistas con grandes pérdidas, huyeron de la provincia de Cuenca, atravesando el Cabriel por los pasos del Pajazo y Vadocañas, y el Brigadier con su columna se encaminó por Iniesta á Albacete, para dejar allí á los heridos y reponer las municiones, consumidas casi todas en la acción.

Hasta el 11 por la noche no se conocieron en Madrid los detalles de este encuentro. El ser un ataque iniciado por los rebeldes, que obraron en combinación, y el tener Calleja dos terceras partes menos de fuerza que los atacantes, hicieron temer consecuencias funestas para las tropas; así, que cuando la noticia de esta victoria llegó á las esferas oficiales y cundió por los pueblos de Cuenca, que habían sido tan castigados y vejados por Santés, se reanimó el espíritu de los vecinos y regresaron á sus hogares muchas familias que, amedrentadas, los habían abandonado un mes antes.

A todo esto, la provincia de Guadalajara seguía en el mismo estado; partidas destacadas de facciones importantes del Centro continuaban merodeando por los pueblos, siendo la más numerosa la que tenía por jefes á Roche y al cura Don Francisco Megino, que anduvo por El Pobo y sus cercanías y se fraccionó el 14, marchando la infantería por el camino de Checa y la caballería por el de Setiles. Pocos días después entró Polo, al frente de un numeroso grupo, que se diseminó por el partido de Molina en busca de recursos para los carlistas de Aragón, parte del cual fué á Beteta y llegó hasta Moya, restableciendo algunas comandancias de armas. Los cabecillas subalternos llamados Nicasio, Peñalver, Pechuán y Pulmón no perdonaban medio para hacer efectivas fuertes sumas, impedir la reunión de mozos de la reserva, requisar caballos y recoger armas. Al principio tan sólo algunos guardias civiles pudieron ser destinados á recorrer el territorio invadido; mas al poco tiempo salieron de Cuenca 50 soldados de infantería al mando de un capitán, y se logró entonces estrechar las pequeñas partidas contra la sierra que está en el límite de ambas provincias, dejando más reducido el campo de sus excursiones.

Los grupos de rebeldes formados en Cuenca con gente del país á la sombra de la partida Santés, retraidos un tanto á raiz de la acción de Minglanilla, tornaron á los pocos días á sus habituales correrías por los partidos de Motilla del Palancar y Cañete, acrecentando ó disminuyendo de vez en cuando su número con otros que pasaban ó repasaban la raya de Valencia ó Albacete. La llamada compañía del Requeté, que, como ya sabemos, estaba organizada con gente joven, pernoctó el 15 de Marzo en Fuencaliente y vagó por las cercanías hasta el 23, que fué á Caudete. En esta fecha invadió también la zona meridional de Cuenca por Belmonte, El Pedernoso y Las Pedroñeras, la facción Valiente, que cometió desmanes en dichos pueblos.

Calleja volvió á la provincia, desde Albacete, donde aumentó sus fuerzas con el batallón reserva de Avila, dos compañías de cazadores de Mérida y 80 caballos del regimiento de España. Su atención preferente era impedir que las facciones de Valencia repasasen el Cabriel y repitieran su excursión por Castilla la Nueva. El 19 descendió á la ribera del Júcar, desde Minglanilla, por las noticias que le comunicaron de que Santés había entrado en Almansa é intentaba algo contra Albacete; y á los pocos días volvió sobre sus pasos para cubrir la carretera de las Cabrillas y demás avenidas á Cuenca paralelas á ésta, las cuales podían seguir los carlistas al huir de las tropas del Centro que mandaba el general Weyler. Al terminar el mes de Marzo estaba en Minglanilla, con un escuadrón menos en su brigada, por haber marchado á Madrid el de Farnesio, de orden del Ministro de la Guerra, y al comenzar el siguiente emprendió operaciones en Valencia, sin alejarse nunca mucho de los confines con Cuenca.

Por entonces fué á esta provincia y á la de Guadalajara el batallón reserva de Toledo, que se distribuyó entre ambas; pero esto no impidió que en Abril continuaran Peñalver, Pechuán y algún otro por los pueblos de las inmediaciones de Priego y Cañete, y que varias partidas enviadas por Santés desde Chelva, llegasen hasta Cardenete y Almodóvar del Pinar. Contra los primeros salió de Cuenca una pequeña columna de 40 guardias civiles, que se internó en la sierra de Priego y tuvo que retirarse á Villaconejos, saliendo al llano, por haberse reconcentrado en Beteta, el 7 de Abril, gran número de insurrectos. Al reunirse los carlistas en tal población se proponían, principalmente, reconstruir un castillo derruido que allí existía desde la anterior guerra civil; mas no lo consiguieron, porque desde Guadalajara acudió oportunamente una columna.

Un convoy de tres carros cargados de municiones, que los carlistas debían recibir en estos días, procedente de Madrid,

fué descubierto en los términos de Tresjuncos y Villarejo de Fuentes por los alcaldes de estos pueblos, que se incautaron de él, poniéndolo á disposición de la autoridad militar.

La partida de más entidad que durante los primeros días del mes de Abril recorrió el territorio de Cuenca y Guadalajara, fué la de Villalaín, sobrino del conocido cabecilla del mismo apellido, la cual tenía gran movilidad, yendo tan pronto á la vía férrea de Zaragoza para inutilizarla, detener trenes ó interrumpir el telégrafo, como hacia Priego, Molina ó Cifuentes á sacar recursos. La situación de su jefe dentro del partido carlista era muy falsa: considerado como latrofaccioso y condenado á ser pasado por las armas, por haber desobedecido órdenes de sus superiores, se vió con frecuencia en la necesidad de huir de sus correligionarios, á la vez que de las tropas. Esto originó disensiones entre sus subordinados, hasta el punto que, en Corduente, tuvieron una colisión y se fraccionaron en tres grupos, de los que uno se internó en Teruel y otro en Soria, á mediados del indicado mes.

En la época á que nos referimos, las tropas de Guadalajara se hallaban distribuidas del siguiente modo: una compañía de la reserva de Toledo y una sección de caballería de Villaviciosa, recién llegada á la capital, operaban contra Villalaín hacia Atienza; media compañía del mismo cuerpo y caballería de la guardia civil, recorrían el límite con Cuenca, tras las facciones que por allí vagaban, la más numerosa de las cuales era la de Chavarri; un destacamento de soldados de la misma reserva estaba en Sigüenza; otra compañía de Toledo y varios guardias civiles, ocupaban la capital; y en Molina se estacionó una compañía de la reserva de Alicante, con orden de operar en las inmediaciones. En Cuenca había dos compañías le la reserva de Toledo, dos de la de Madrid y guardia civil, tropas que acudían indistintamente donde era necesario. La brigada Calleja, aunque perteneciente al Ejército del Centro,

operaba alguna vez en la última provincia en seguimiento de las muchas, aunque pequeñas facciones, que constantemente pasaban y repasaban el confín con Valencia.

Como las fuerzas eran escasas para impedir los movimientos del enemigo, bastante más numeroso, los carlistas consideraban estas provincias como sitio de refugio cuando eran muy hostilizados por las columnas de Aragón ó Valencia. Por tal causa se vió invadida el 18 de Abril la de Guadalajara por los 2.000 hombres de Marco de Bello y Madrazo, quienes entraron en Molina, obligando á retirarse al destacamento que allí había, llegaron hasta Aragoncillo, recogieron gran botín, y ordenando que se incorporasen á su paso los cabecillas Ladio, Megino y Luna, que obraban independientemente, se internaron en la sierra para dirigirse á Teruel cuando las tropas de Aragón dejaran franco el paso. En Guadalajara quedaron Pechuán y Chavarri, los que con su gran movilidad evitaron constantemente ser avistados por sus perseguidores.

Las partidas que Santés tenía en la provincia de Cuenca continuaron durante el mes de Abril en su tarea de recoger provisiones; y á su sombra, cuadrillas de malhechores se dedicaban al merodeo. Alguna de las primeras era numerosa, como la que se presentó en Cañete y Enguidanos, que sumaba 200 hombres; la de Lázaro se componía de 80, pero las otras contaban con menos contingente. Una que recorría los pueblos comarcanos á Moya, á cuyos alcaldes y secretarios de ayuntamiento puso presos, pagó caros estos desmanes, porque armados los paisanos, la batieron, matando á cinco carlistas y rescatando á los prisioneros. El brigadier Garbayo, con 200 infantes y 20 guardias civiles de caballería, salió de la capital; mas le hicieron retroceder las noticias que le comunicó el Gobernador civil de que una fuerte partida estaba en Cañete y amagaba correrse á Cuenca, cuya guarnición se hallaba empleada en proteger la conducción de dos convoyes á dicha ciu-

dad: uno de municiones desde Tarancón, y otro de caudales desde Belmonte.

Efectivamente, el día 22 aparecieron en las sierras que limitan la cuenca de Cabriel por la parte de Cañete, 700 infantes y 40 caballos, guiados por el cabecilla D. José Valiente. Esta fuerza, procedente de las facciones de Santés, mandadas entonces por Vallés, estaba formada por hijos de la provincia de Cuenca y se proponía hacer constantes correrías por el territorio y establecer su centro de operaciones en Cañete. El 23 siguió la partida á Pajaroncillo, Carboneras y Monteagudo; el 24 pernoctó en Campillo de Altobuey; el 25 estuvo en Buenache de Alarcón y Valverde del Júcar, y al siguiente día en Honrubia y Santa María del Campo, salvando el Júcar por los molinos de Valdespinar y de Talayuela. Continuó por Rada de Haro á Belmonte, y después de recorrer otros pueblos, fué á parar á Belmontejo y San Lorenzo de la Parrilla, donde estuvo el 29, con la caballería avanzada en Loranca y Olmedilla, á bastante distancia. En sus movimientos destacó siempre pequeñas partidas que iban paralelamente al grueso de la facción, entrando en los pueblos próximos á la ruta para recaudar fondos ó coger rehenes si no conseguían su objeto.

La brigada Calleja, cumpliendo la orden que le dió el Ministro de la Guerra, de perseguir á Valiente, entró en la provincia por la carretera de las Cabrillas el 27 del expresado mes de Abril, y atravesando por Motilla del Palancar, fué á pasar el Júcar por Peñaquebrada, donde, noticioso el jefe de la columna de la proximidad del enemigo, fraccionó sus tropas, siguió tras él y le cogió algunos rezagados y un convoy de tres carros de armas y pertrechos. Al saber el brigadier Garbayo los movimientos de Calleja, reunió 300 hombres de infantería y 23 caballos de la guardia civil, únicos soldados de que podía disponer, y con ellos se propuso, no sólo ayudar á la brigada

del Centro, sino también proteger la marcha del brigadier La Iglesia que, desde Aranjuez, iba á encargarse del Gobierno militar de la provincia, y que conducía una importante remesa de municiones, escoltada por una compañía de la reserva de Toledo y un escuadrón del regimiento caballería de España. El 29 emprendió Garbayo el movimiento para ocupar los pasos del Júcar del molino del Castellar y del puente Palmero, en previsión de que los carlistas se encaminaran á la capital; pero el 30 supo que éstos se habían dirigido aquel día á Naharros, y continuó á Cabrejas, pueblo situado, igualmente que el anterior, en la carretera de Tarancón á Cuenca.

La facción, al verse acosada por dos columnas y conocedora de que La Iglesia caminaba también á su encuentro desde Tarancón, forzó la marcha para ganar el mismo día las sierras de Villar del Horno y Valdecolmenas. Garbayo y Calleja siguieron su pista; La Iglesia varió de dirección á su izquierda, para interponerse entre las sierras y el enemigo, y el día 2 de Mayo fué alcanzado éste en el puerto de Monsaete, donde se libró una acción, cuyo parte oficial, dado por el brigadier Garbayo, insertamos á continuación, y en el cual se detallan también los movimientos anteriores al encuentro que hemos relatado ligeramente:

«Perseguida con actividad la facción Valiente, fuerte de 800 á 1.000 infantes y 80 caballos, por fuerzas al mando del brigadier Calleja, jefe de la 3.ª brigada del Ejército del Centro, y tomados los pasos del Júcar por las mismas, creí conveniente ayudarlas con la pequeña guarnición de esta capital; para lo cual dispuse mi salida con 300 hombres de infantería de las cuatro compañías de los batallones de reserva de Madrid y Toledo y 23 caballos de la guardia civil de esta provincia, emprendiendo mi movimiento hacia Valdeganga el 29 de Abril último; y como allí recibí avisos que indicaban la posibilidad de que Valiente se dirigiera al puente de Palmero,

marché aquella misma noche al citado punto. Ya en él, supe que la partida había tomado la dirección de Naharros, y continué á Cabrejas, pueblo situado en la carretera de Tarancón. =Fatigada la tropa, después de una jornada de ocho leguas por un terreno en extremo escabroso y de difícil marcha, consideré oportuno darle un descanso, quedando á la expectativa de los movimientos que verificara la facción. El 30 por la tarde me participaron que habían sido destruidos los hilos telegráficos y que la fuerza enemiga se dirigía á Villar del Horno; y si bien vacilé un momento por contar con tan escasos medios, por la responsabilidad que siempre alcanza al que acomete empresas difíciles, y porque había dejado á la capital con pocos recursos de defensa, esto no obstante, me decidí á seguir el impulso que alienta al corazón en los casos de honra, y me dirigí á Villar del Horno, para salir al encuentro del enemigo, previniendo al segundo jefe de la comandancia de la guardia civil de esta provincia, D Eusebio Sáenz, ya cerca del citado pueblo, que se aprovechara del coche correo, que seguía bajo la protección de mi columna, y fuese á Alcázar del Rey para conferenciar con el brigadier D. José de La Iglesia, que se encontraba en aquel punto con 250 infantes y 70 caballos, á fin de que obrásemos de acuerdo y me proporcionara, si le era posible, 20 ó 30 caballos con que reforzar mi columna. Sabedor en Villar del Horno de que la facción Valiente no se había detenido y proseguía su marcha por Valdecolmenas, me pareció conveniente alojar mi columna y racionarla, partiendo el 1.° de Mayo á las tres y media de la madrugada, por el mismo camino que llevaba aquélla, proponiéndome seguir constantemente su pista.=Cerca ya de La Ventosa, hice un pequeño alto; pero noticioso de que hacía poco tiempo había salido de aquel pueblo y que algunos rezagados se hallaban todavía dentro del mismo, adelanté la sección de caballería de la guardia civil, conducida por mi ayudante de órdenes, capitán de infantería

D. José Rendos y Cinó, fuerza que descendió pronto al valle á perseguir á los pocos que se habían retardado.=Fácil era comprender lo prudente de no alejar la escasa caballería de mi columna, á la cual mandé detener hasta que yo bajase con la infantería al referido pueblo de La Ventosa. Verificado esto y reunida toda la fuerza, proseguí mi movimiento en dirección de Bólliga, hacia donde lo continuaba la facción, adelantada á mi columna poco más de una hora de camino. Si entonces hubiera podido disponer de 70 ú 80 caballos, habría conseguido un feliz resultado; pero mis medios eran escasos y juzgué imprudente empeñarme en empresas temerarias, considerando más oportuno llevar reunida toda mi fuerza para la protección mutua de ambas armas.=Entraron en Bólliga las tropas sin haber descansado desde Villar del Horno, y me pareció que debía detenerlas y proporcionarles la posibilidad de tomar raciones y alimentarse. La precipitación de la marcha de la partida obedecía, sin duda, á la necesidad de no entretenerse en combatir, porque, contando con buen espionaje, debía tener avisos seguros del movimiento de la vanguardia del brigadier Calleja, que seguía mi misma dirección, lo cual ignoraba yo completamente; y tanto era así, que en Bólliga se dejaron los carlistas, sobre la mesa del recaudador, 12.000 reales que habían exigido al pueblo de La Ventosa, los que fueron recogidos por los mismos comisionados que los llevaron y restituidos á sus dueños.=El brigadier Calleja, que conocía lo aventurado de mi empresa por la poca fuerza de que yo disponía, tan caballero como valiente soldado, mandó á su vanguardia forzar la marcha y que se pusiera á mis órdenes para poder conseguir mejor un triunfo decisivo. La vanguardia de Calleja avanzaba con paso acelerado. Su jefe, el coronel del regimiento caballería de España, me adelantó un aviso desde Castillejo del Romeral, y esperé en Bólliga la llegada de esta fuerza, compuesta de 800 infantes y 160 caballos, la que no podía seguir á la

mía inmediatamente, por su estado de cansancio y de fatiga, siendo forzoso que tomase aliento y se racionase. El movimiento, por lo tanto, de ambas columnas fué indispensablemente aplazado para las doce de la noche, y verificado así, lo emprendimos de nuevo para Albalate de las Nogueras, yendo en vanguardia los tiradores de la brigada Calleja, dos secciones de caballería de la misma, la sección de la guardia civil, y en seguida mi columna, detrás de la cual iba la demás fuerza, al mando del coronel de caballería de España D. Francisco Lozano.=La marcha fué silenciosa; y al rayar el alba, llegamos á Albalate, donde la caballería que me precedía se apoderó de 600 raciones de pan que la facción Valiente había pedido desde La Frontera, pueblo cercano á Cañamares y, por consiguiente, á la sierra, objetivo del enemigo, para buscar en ella su salvación.=Falto de confidencias seguras, ya consideraba estériles nuestros esfuerzos para alcanzar á los carlistas, sin embargo de confiar en que el brigadier La Iglesia podría, marchando por el flanco izquierdo, cerrarles el paso, pues ya me había dado aviso de ir hacia Huete.=De Albalate se emprendió otra vez la marcha para La Frontera, en el mismo orden, después de un brevísimo descanso á fin de repartir el pan dispuesto para la facción. Próximo al pueblo citado, recibí noticias de que ésta debía hallarse todavía en el valle que media hasta Cañamares, y mandé, por lo tanto, avanzar al trote las dos secciones de caballería de España, la de la guardia civil y los tiradores de la brigada Calleja, para obligar al enemigo á detenerse, ínterin tomaba con mi columna por una trocha de los montes que tienen sus vertientes al valle por donde marchaba la caballería, consiguiendo así bajar al llano por su flanco y dando lugar á la llegada de la fuerza del expresado coronel Lozano. Mis operaciones estaban ya combinadas con las del brigadier Calleja.=Aun cuando mis disposiciones fueron puntualmente cumplidas y pudo picarse la retaguardia enemiga,

ésta, que, á su vez, protegía la subida á la sierra de la fuerza principal desde un bosque próximo al puerto de Monsaete, en la orilla izquierda del Escaba, consiguió su objeto parapetándose detrás de las desigualdades de aquel formidable paso, tan conocido en el país, desde la guerra civil, por su difícil acceso.=Era ya cuestión de honra el desalojarlos de la posición en que estaban encastillados, y no vacilé en preparar el ataque, aguardando, sin embargo, la llegada de toda la columna para empezarlo. Los tiradores de la brigada Calleja sostenían un fuego lento contra los carlistas, y empecé por reforzarlos con dos compañías del batallón reserva de Madrid, de mi columna, destinadas á ejecutar, á su tiempo, un movimiento de frente y otro envolvente, por la derecha de nuestra línea. Este ataque era peligroso por las condiciones del terreno, por las del camino del puerto con sus revueltas contínuas y por las del paso del Escaba, que ponían á los atacantes completamente al descubierto; y por estas razones, antes de ordenar el avance, dispuse que continuaran el fuego los tiradores y una de las compañías de la reserva de Madrid, pero lento y contestando al que el enemigo nos dirigía desde las alturas.=La defensa de los carlistas estribaba muy especialmente en impedir la subida del puerto; y comprendiéndolo así, opté por empezar el ataque dirigiéndolo casi simultáneamente por ambas alas, para lo cual mandé adelantar al coronel, comandante Don Carlos Suero, de cazadores de Mérida, con dos compañías de la Lealtad, otra de su batallón, una de la reserva de Madrid y otra de la de Toledo, dejando como reserva la compañía de Avila, que me proponía utilizar cuando conviniese, y dando mis instrucciones al referido jefe respecto del movimiento que debía ejecutar, salvados que fuesen los obstáculos materiales del paso del río, del de una acequia y de la escabrosidad del terreno por donde tenía que dirigirse, á fin de maniobrar sobre la derecha enemiga.=Ya empezado dicho movimiento, se hizo

perceptible el del enemigo, que al correrse para atajar y oponerse á la fuerza que iba á flanquearle, empezó á disparar, siendo contestado por la tropa del comandante Suero. Roto el fuego por nuestra izquierda, era preciso que la derecha, que lo sostenía continuado, aunque lentamente, lo avivara adelantándose; y mandándolo así, por uno de mis ayudantes, se generalizó el ataque y se extendió por toda la línea, muy nutrido, ínterin los soldados avanzaban por aquellos escarpados riscos, venciéndolos poco á poco, no sin que resultasen algunos contusos por las piedras que sobre ellos hacían rodar los carlistas.=El flanqueo por ambas alas se conducía bien, y mis disposiciones se ejecutaban con precisión y como había mandado. Era ya posible el avance por el camino, y así lo ordené, previniendo que dos secciones de caballería del regimiento de España y la de la guardia civil ganaran la subida al puerto, marchando con intervalos entre éllas, y al trote, mientras la compañía de infantería reserva de Avila las protegía. El combate se hizo más general en toda la línea; el fuego era nutrido y sostenido hacía largo tiempo; pero los carlistas empezaban á cejar, y cedían el terreno á los valientes soldados de la vanguardia de Calleja y á los bisoños de mi columna, que recibían el bautismo de sangre=.Con mis ayudantes y el comandante Aguilera, de la otra columna, me trasladé al punto más conveniente, pudiendo observar que estaba dominada la resistencia enemiga y que los carlistas se retiraban sosteniendo el fuego por aquellas fragosidades, en desorden y atropelladamente. Se habían hecho algunos prisioneros, entre ellos al segundo jefe de Valiente, llamado Motilla, pero conocido por Mochales, que llevaba insignias de comandante; quedaban muertos bastantes individuos de la facción, y se habían recogido algunas armas de fuego.=La infantería estaba rendida de la fatiga extraordinaria de todo el día y la noche anterior, y previne, por lo mismo, al comandante Aguilera que, con 27 ca-

ballos de tiradores del regimiento de España y la sección de la guardia civil, y protegido por alguna infantería que cubriese su movimiento, marchase por la carretera en persecución del resto de la partida, que se dirigía hacia Cañizares y Beteta. Dicho jefe, llegó en este servicio extraordinario más allá de lo que se podía esperar del cansancio de la caballería; sostuvo un combate con las fuerzas enemigas que cubrían el convoy, y repasando el pueblo de Cañizares, hasta cuyas inmediaciones siguió la infantería, continuó la persecución hasta el puente de Vadillos, en que fué preciso suspenderla por haber quemado el último cartucho la caballería; causando al enemigo 11 muertos, habiéndose apoderado de dos cajas de municiones de diversos sistemas, además de otras dos ocupadas al adversario anteriormente por la fuerza que atacó la posición. La tropa de Aguilera hizo dos prisioneros, uno de los cuales estaba herido, y cogió también un botiquín, dos caballos, 14 armas de fuego y varios efectos de guerra.=La acción del puerto de Monsaete, que tuve la honra de dirigir, ha causado bastantes bajas en las filas de la facción Valiente: la cifra de los muertos se eleva á más de 50, según los datos que se me dieron; pero no puedo precisar la de los heridos que recogió en su huida, quedando sólo cuatro en nuestro poder, que fueron asistidos con el mismo esmero que los nuestros, y de los cuales ha fallecido uno. Se recogieron 42 armas de fuego, tres cartucheras, tres bolsas de municiones, cuatro cajones de las mismas, 14 cinturones, 12 cananas y 17 bayonetas. Fueron tomados al enemigo, además, cuatro caballos de poco valor. Y por último, se le cogieron 26 prisioneros, que, con los cuatro heridos, forman un total de 30.=Por nuestra parte sólo hemos tenido 19 heridos y contusos de la clase de tropa, no habiendo resultado muerto alguno.=Todos, Excmo. Sr., todos los jefes, oficiales é individuos de tropa que se han batido á mis órdenes, han cumplido con lo que la patria puede exigir de sus hijos.=La

acción de Monsaete ha causado gran animación en los pueblos de esta provincia, abatidos por los carlistas; porque cuando los efectos del combate se ven y se tocan, cuando están de manifiesto sobre el campo de batalla los cadáveres que atestiguan el resultado, y pocos ó muchos, se conducen prisioneros, cesa el pánico y el abatimiento en que tenían sumidos á los vecinos los fanáticos sectarios del absolutismo.=La acción del 2 de Mayo, en las mismas guaridas de la facción, es un escarmiento que no olvidará ésta y que ya principia á dar sus frutos con la presentación que tengo entendido se está verificando de la partida Valiente, que tantos males y desdichas ha causado en esta provincia.=Cuenca 7 de Mayo de 1874.»

Las largas y penosas jornadas de Calleja estrechando á los carlistas hacia la sierra, proporcionaron á Garbayo una ocasión favorable, que supo aprovechar, para conseguir una victoria y destrozar á la facción Valiente, la cual quedó reducida á dos terceras partes del número de hombres que la formaban, por los muchos que desertaron de las filas, bastantes de ellos para presentarse á las autoridades en demanda de indulto. Los que siguieron al cabecilla estuvieron algunos días guarecidos en el áspero terreno de la serranía de Cuenca, sin dar señales de vida, hasta que recibieron orden de sus jefes para ir á Cañete, donde estaban Marco de Bello y otros cabecillas con 4.600 hombres amenazando á la capital, que se hallaba desguarnecida. Noticioso Calleja de la situación de Marco y de sus aparentes designios, fué el día 2 de Mayo á proteger á Cuenca avisando antes al brigadier La Iglesia para que verificara lo mismo, quien, partiendo de Cañamares, llegó allí el 5, en unión de las tropas de Garbayo. A los pocos días, al saber Marco la reconcentración de columnas en la ciudad, abandonó la provincia, internándose en Valencia por el Rincón de Ademuz.

Juntos los tres brigadieres, se encargó La Iglesia de su

destino de Gobernador militar de Cuenca, en substitución de Garbayo; Calleja hizo entrega de 29 prisioneros y de las armas y caballos cogidos en su expedición, y después de aguardar unos días la llegada de fondos para las atenciones de la brigada, y de recibir orden para que se incorporaran á la reserva de Madrid las dos compañías de este batallón que hasta entonces habían estado en la provincia, se encaminó el 10 á Albacete á cambiar las piezas de 8 centímetros, cortas, que llevaba, por otras Plasencia, y á esperar allí instrucciones del Ministro de la Guerra.

Quedaban en Cuenca 360 infantes y 60 caballos, fuerza escasa para las necesidades de entonces en la provincia; pues á las pequeñas partidas que existían desde antes de la última expedición de Santés, había que añadir ahora la facción de Valiente, creada para sostener la rebelión en Cuenca y Guadalajara, partida que, á pesar de su derrota en el puerto de Monsaete, todavía contaba con 500 hombres. Una de aquéllas, la de Pechuán, había recogido dispersos y vagaba por los contornos de Beteta, cuyo castillo trataban de reparar los carlistas, recordando, sin duda, el gran auxilio que les proporcionó tal fortificación en la anterior guerra civil. Tenía este cabecilla 100 hombres, á los que esperaba unir 300 que el día 7 pasaron por Tragacete, con los cuales esta facción llegaría á ser tan fuerte como la de Valiente; demasiado respetables ambas para que las débiles columnas que sabemos operaban en Guadalajara, y las que se pudieran organizar en Cuenca, intentaran batirlas con probabilidades de éxito. Sin embargo, el Gobernador militar de aquella provincia reconcentró en El Recuenco las de Cifuentes y Molina.

El jefe carlista Francisco Julián, substituyó á Valiente en el mando de la fuerza llamada batallón de Cuenca, y después de acrecentar esta partida con la de Pechuán y la de Lázaro, que andaba por las inmediaciones de Priego, franqueó la raya

de Guadalajara, y por Villanueva de Alcorón y Arbeteta marchó á Trillo y Budia, donde entró á pesar de la oposición de los voluntarios. Con tal movimiento estuvo amenazada Cifuentes, importante población de donde los facciosos hubieran sacado abundantes recursos, si no la hubiesen amparado las columnas reconcentradas en El Recuenco. La capital no tenía guarnición, y la presencia del enemigo á una jornada corta, fué motivo bastante para sembrar en ella la desconfianza y el temor, que se arraigaron más cuando circularon noticias de la próxima ida á Molina de Marco de Bello con un gran golpe de gente. El Gobernador militar encarecía la necesidad de que se le enviaran tropas, y el Ministro de la Guerra, atendiendo á su ruego, le mandó el 16 del expresado mes de Mayo desde Madrid el batallón reserva de Badajoz, y de Alcalá de Henares 200 caballos del Establecimiento Central de instrucción, tropa que, formando una columna á las órdenes del teniente coronel Pons, de aquel batallón, salió á operaciones en cuanto arribó á Guadalajara, encaminándose á Brihuega y Cifuentes, en cuyos términos andaba la partida de Julián, la cual no esperó la agresión, sino que huyó rápidamente por Chillarón del Rey y La Puerta á guarecerse en Beteta, donde se alojó el 18.

Mientras tanto en Cuenca, contando el brigadier La Iglesia con las compañías de Toledo, libres ya por haber terminado la conducción de un convoy de municiones que habían ido custodiando, y firme en el propósito de apoderarse de Beteta é impedir la fortificación de su derruido castillo, organizó una expedición; y para ocultar sus designios, en lugar de marchar directamente al objetivo, dirigió sus pasos á Buenache de la Sierra, y al día siguiente, 17, á Tragacete. Desde aquí, merced á una rápida jornada de trece horas, se presentó de improviso en Beteta, por la parte del castillo; pero á pesar del sigilo y rapidez con que ejecutó el movimiento, lo supo el cabecilla Julián, y aunque contaba con doble número

de combatientes que La Iglesia, evacuó precipitadamente la villa, yendo por Cueva del Hierro hacia Molina, perseguido por el Brigadier, que al poco tiempo tuvo necesidad de retroceder para no dejar desamparada su provincia.

El Ministro había determinado que la columna Pons se pusiera á las órdenes del Comandante general de Cuenca, quien al tener noticia de tal disposición cuando regresó á la capital, decía á dicha superior autoridad militar: «Si en lo sucesivo puedo contar con las fuerzas de la provincia de Guadalajara, me prometo destruir á la facción Julián, ó, por lo menos, reducirla á corto número de carlistas, porque se compone en su mayoría de gente de esta provincia, que si se ve obligada á salir de ella, volverá á sus casas. Me atrevo á llamar la superior atención de V. E. sobre la escasísima fuerza de que dispongo. En los confines con Valencia, hacia la parte de Cañete y Chelva, se halla casi siempre el cabecilla Monet, que manda una fuerza ocho veces mayor que la mía. Pienso, sin embargo, hacer una expedición á aquellos pueblos; pero no podrá ser más que una correría, á fin de no tener un encuentro en condiciones desventajosas con la indicada partida.» Ya veremos más adelante las disposiciones que adoptó el brigadier La Iglesia.

Comprendiendo, sin duda, las dificultades de dar alcance al cabecilla, y estando Guadalajara desamparada y amagada de ser invadida por la numerosa hueste de Marco de Bello, que el 20 estaba en Alhama de Aragón, el Ministro dió contraorden, previniendo á Pons que, en vez de reunirse á La Iglesia, se encaminara á la capital de Guadalajara, mandato que reiteró repetidas veces con urgencia, y que, sin embargo no se pudo cumplir oportunamente, á causa de ignorar la autoridad militar de la provincia la situación precisa de Pons. El 24 recibió éste la orden en Beteta, y al día siguiente emprendió la marcha á Guadalajara, no llegando á tiempo para evitar la entrada de Marco en Castilla la Nueva.

Efectivamente, el cabecilla con sus tres batallones, medianamente organizados, y una compañía privilegiada, titulada Guías del Pilar, pasó desde Alhama á Guadalajara; destacó gente hacia Maranchón y Sigüenza, que no intentó entrar en esta ciudad porque la defendían 90 infantes del batallón de Alicante; mandó partidas de caballería capitaneadas por Cucalón, Jover y Megino, á Milmarcos, Hinojosa y Mazarete; y llegó á Molina el 23, al día siguiente de evacuada la población por Francisco Julián. A su arribo á ella supo que pasaría un convoy por la vía férrea de Madrid á Zaragoza, y envió á Arcos (Soria), un fuerte destacamento que sorprendió dos trenes correos, inutilizó el camino de hierro, descarriló máquinas, incendió vagones y destrozó la línea telegráfica en alguna extensión. Por estos días el titulado Comandante general de las fuerzas carlistas del Centro, D. Antonio Lizárraga, daba instrucciones terminantes á Marco para que en el mismo ferrocarril, volara todos los puentes y hundiera los túneles; orden que no fué cumplimentada por el cabecilla, fundándose en que no debía acudirse á medidas tan extremas sino en casos de indiscutible utilidad.

La población más alarmada, entre las importantes que temían la visita de los rebeldes, fué la de Sigüenza; no sin causa, pues hacia ella se dirigía Marco, desde Maranchón, con el grueso de sus fuerzas. Tomada Sigüenza, Guadalajara estaría seriamente amenazada; y antes que ocurriera esto, se apresuró el Ministro de la Guerra á enviar tropas que contrarrestasen el propósito de Marco. De Madrid salieron el 25, un batallón de ingenieros, una batería del primer regimiento montado, con seis piezas, y el batallón reserva de Alcázar de San Juan, procedente de Albacete; y de Alcalá de Henares, 100 caballos de Sesma y Arlabán, formando todo una brigada á las órdenes del brigadier Verdú. De Cuenca debían concurrir también á Guadalajara 320 infantes y 60 caballos, mandados por La Igle-

sia, quien forzó la marcha, emprendida igualmente el 25, para recoger á su paso la columna Pons y continuar en unión suya á Sigüenza. A la brigada López Pinto, que operaba en Aragón y estaba compuesta de tres batallones, dos piezas y 50 caballos, se le dió orden, asimismo, para que pasase á la zona invadida, trasladándose en camino de hierro hasta Arcos, y dejándolo allí para obrar según las noticias que de los carlistas le dieran.

Transcurrió el 25 con gran intranquilidad en Sigüenza, por la presencia de avanzadas de Marco en Alcolea del Pinar. El destacamento que había en aquella ciudad, sin fuerza ni elementos suficientes de resistencia, se replegó á la capital; y todo el material móvil del ferrocarril, que en abundancia existía en la estación, fué retirado al mismo punto, dejando sólo una máquina y varios vagones, á fin de que en el momento crítico pudieran huir las personas más significadas en el partido liberal. Da idea del pánico que allí reinaba, el siguiente telegrama del alcalde al Gobernador militar: «Llegan los correos detenidos, y por los conductores sabemos que una facción de dos ó tres mil hombres cubría esta noche la carretera de Maranchón á Alcolea, y que á las 2 y 50 salió de este punto en ignorada dirección. Su deseo es venir á Sigüenza; mas dicen que esperan la unión de otras partidas. Tememos ser sorprendidos de un momento á otro. Los mismos conductores aseguran que habrá ensañamiento en la población, y que, según los carlistas, correrán arroyos de sangre. Esto, aunque lo creo exagerado, producirá, á no dudar, emigración completa.» El telegrama concluía pidiendo con urgencia el envío de tropas. A esto ya había llegado á Guadalajara con sus fuerzas el brigadier Verdú, que no tardó en destacar al batallón de ingenieros á Sigüenza para que adoptase las precauciones necesarias y evitas un golpe de mano de los carlistas.

Noticioso Marco de la concentración de tropas, temió un

fracaso y desistió de realizar su pensamiento, retrocediendo el mismo día 25, con sus voluntarios reunidos, en dirección á Molina, donde entró pocas horas antes de la llegada de los ingenieros á Sigüenza. Tras él continuó López Pinto, que el 27 arribó á Maranchón; pero como los carlistas le llevaban dos jornadas de delantera no les pudo dar alcance, aunque siguió su pista por Aragoncillo y Molina. El cabecilla se internó en la sierra de Albarracín, encaminándose á Cantavieja para poner á salvo los fondos recaudados en esta correría, por lo cual, comprendiendo López Pinto que serían infructuosos sus movimientos, regresó á la provincia de Zaragoza á continuar las operaciones que el general Palacio había estado verificando en su distrito, con esta brigada y la de Despujol, en combinación.

La Iglesia entró en la ciudad de Guadalajara el 27, con su columna, precediendo á la de Pons algunas horas, encontrando allí á las fuerzas que habían ido de Madrid. Conjurando el peligro que amenazó á las referidas poblaciones, previno el Ministro al siguiente día, que este brigadier regresase á su provincia con los soldados que le acompañaron; que sin pérdida de momento tornasen á Madrid, por ferrocarril, el batallón reserva de Badajoz y las tropas de Verdú, menos una compañía de ingenieros que permanecería en Sigüenza ejecutando obras de defensa en su castillo. Efectuados tales movimientos, quedó en Guadalajara la fuerza habitual y los 200 caballos del depósito de instrucción que formaron parte de la columna Pons, de los cuales, á los pocos días, hubo necesidad de enviar destacamentos que recorrieran algunos pueblos, donde el orden público había sido alterado con motivo de los anuncios que circularon de un próximo levantamiento carlista; destacamentos que se ocuparon después en auxiliar á la Diputación provincial en la reunión de los mozos de la reserva, y en acompañar y proteger á los recaudadores de contribuciones.

Mientras los acontecimientos relatados ocurrían en los partidos de Sigüenza y de Molina, menudeaban los temores en la provincia de Cuenca. Alguna vez sin fundamento verdadero, como los producidos el 18 por telegramas alarmantes dirigidos por varios alcaldes de pueblos situados en el confín con Ciudad Real, que indicaban la presencia en Las Pedroñeras y Belmonte de una nutrida facción, cuya fuerza se hacía ascender á 4.000 hombres, añadiendo que gran número de familias huían á su aproximación; noticias que por ser reiteradas con muchos detalles y apariencia de verosimilitud, obligaron al Ministro á poner en movimiento á la brigada Calleja, que estaba en Albacete, acercándola á Villarrobledo; pero dicha partida no existió jamás, y fué sin duda inventada por los mismos carlistas para alentar el espíritu de sus correligionarios y distraer tropas. Otras veces las alarmas tenían por causa los movimientos de las facciones de escasa importancia que existían realmente, y que operaban: una por las cercanías de Tarancón y Huete, la cual entró en algunos pueblos de reducido vecindario é inutilizó el telégrafo; otra que recorría el partido de Cañete, exigiendo contribuciones en nombre de la comandancia carlista de esta población; otra, mandada por D. Agapito García, que andaba por los alrededores de la capital con análogo objeto; y, por último, la de Francisco Julián, digna de mayor atención por constar de 800 hombres, los cuales, al disgregarse de Marco, cuando éste marchó á Cantavieja, caminaron por el límite con Guadalajara hacia Poveda de la Sierra y Beteta, y después de estar unos días por el Norte de Cañete, evacuaron la provincia con rumbo á Chelva.

El 31 de Mayo llegó á la capital de Cuenca el brigadier La Iglesia con las fuerzas que le acompañaron á Guadalajara. Su principal atención fué entonces apoyar el ingreso en caja de los reclutas, operación que se hacía con gran lentitud y no pequeñas dificultades; y como carecía de tropas bastantes

para esto, se le envió de Madrid un escuadrón del regimiento provisional de carabineros. Con él, las cuatro compañías de infantería, la guardia civil y algunos caballos del regimiento de España, pudo ya destinar fuerzas á tal objeto, y á proteger la cobranza de contribuciones, muy desatendida desde tiempo atrás. Organizó este servicio destacando tres reducidas columnas, que recorrieron los partidos de la capital, Priego y Cañete; en el último de los cuales fué donde mayores obstáculos se presentaron, porque, al pasar por él Francisco Julián, había dejado establecidas comandancias militares, que extendiendo su acción por gran número de pueblos, contrarrestaban los esfuerzos de las autoridades. El Gobernador militar juzgó conveniente cortar los vuelos de tales grupos de carlistas, antes de que adquirieran mayor preponderancia. Al efecto salió de Cuenca, á mediados de Junio, al frente de 100 caballos, con ánimo de capturar al principal, que funcionaba en Cañete; pero advertido éste oportunamente, evacuó el pueblo en dirección á Campillos Sierra, sitio al cual continuó La Iglesia á paso acelerado; y avistándole á mitad de camino, se lanzó sobre él y le cogió 17 prisioneros, dos caballos y armas, con los que regresó á la capital. Coincidió esto con la sorpresa que dos compañías de cazadores de Madrid, pertenecientes á la brigada Calleja, acantonada en Requena, intentaron contra la comandancia carlista de Mira; operación que resultó infructuosa, por la rapidez con que se guarecieron los rebeldes en aquel escabroso terreno, al advertir la aproximación de la tropa.

Habituadas las partidas del Centro á extender sus correrías, algunos grupos enemigos no cesaron, durante el mes de junio, de pasar y repasar los confines con las provincias de Cuenca y Guadalajara. En ésta, los más audaces llegaron á los términos judiciales de Brihuega y de Pastrana, y el cabecilla Mochón visitó varios pueblos del de Molina. En la de Cuenca fueron el 16 á Minglanilla 100 carlistas, mandados por un

titulado teniente coronel, quienes no pudiendo hacer efectivas 50.000 pesetas que exigieron al ayuntamiento, se llevaron en rehenes al primero y segundo alcalde y á cuatro mayores contribuyentes. Pocos días después, el cabecilla Monet pedía, desde Ademuz, 30.000 raciones á Cañete, anunciando que las recogería al pasar por allí el 19, movimiento que no llegó á efectuar más que el batallón que le servía de vanguardia, el cual, por Fuentelespino de Moya, retrocedió el 21 al Rincón de Ademuz, donde, á fin de mes, se hallaba gran parte de las partidas del Maestrazgo, amagando correrse á Castilla. Las autoridades militares de Cuenca y Guadalajara replegaron á las respectivas capitales toda la fuerza de sus provincias, dispuestas á obrar según lo aconsejasen las circunstancias. El Ministro de la Guerra encarecía la necesidad de gran vigilancia en las avenidas de estos territorios, y prevenía se le diera inmediato aviso de cualquier novedad, para enviar socorros; pues aunque no tenía noticias concretas de los proyectos de las facciones del Centro, sospechaba también que pensaban en tal excursión, y que sería un número respetable de carlistas los que en ella tomaran parte.

En los primeros días de Julio quedaron interrumpidas las comunicaciones de Cuenca con el límite de Valencia, y se recibieron avisos de que numerosas fuerzas enemigas habían atravesado el confín y estaban en Cañete. Eran las capitaneades por D. Alfonso, á quien acompañaba su esposa D.ª María de las Nieves, conocida por D.ª Blanca en el ejército liberal, el cual llevaba como jefe de Estado Mayor al titulado general Freixas, y contaba con una división llamada de Valencia, á las órdenes de Monet, constituída por dos brigadas, la de Játiva y la de Chelva, y con la brigada independiente de Castilla, mandada por Villalaín, formando un total de siete batallones, una batería de montaña y tres escuadrones de caballería, ó sean 5.000 infantes, 4 piezas y 300 caballos. Después fué, para

cooperar á los operaciones, una fuerza de 6.000 hombres, capitaneada por Cucala, y compuesta de seis batallones de la división del Maestrazgo. D. Alfonso caminó desde Cañete por Pajaroncillo, Cañada del Hoyo y La Cierva, y se presentó en la noche del 12 en las puertas de Cuenca, ocupando en seguida las avenidas de la población, coronando las alturas que la dominan y enviando destacamentos que inutilizaran el telégrafo, para interrumpir las comunicaciones con Madrid.

Cuenca está situada en la confluencia de los ríos Júcar y Huecar, y se halla dividida por éste en dos partes: una, en la orilla derecha, la más antigua, llamada la Ciudad vieja, que se asienta en una eminencia, y otra, en la orilla izquierda, de construcciones modernas, donde reside el comercio y está la principal riqueza de la población, denominada la Carretería, llana y más baja que la anterior. Varios puentes sirven para la comunicación de ambas. La colina ó cerro titulado de San Cristóbal, donde está la primitiva ciudad, es de roca, escarpado, y las calles que lo surcan son estrechas y tortuosas, lo que hace penoso el tránsito; su aspecto, desde el exterior, es el de una piña de casas, por las desigualdades del terreno, que presentan los edificios del interior mucho más elevados que los del primer término. Se puede considerar dividida esta zona de la población en tres distritos: el de arriba donde se comprenden la plaza Mayor, las plazuelas de San Martín, Santa María y del Carmen, la bajada al río hasta el matadero y San Gil, con todas las calles y callejuelas que relacionan estos centros principales; el segundo ó del centro, en el que están la plazuela de Santo Domingo, el cerrillo de Santiago, el Peso, el juego de pelota, las calles de Cordoneros y de Palafox; y el tercero ó de abajo, donde se hallan las plazuelas del Salvador y de las Escuelas, el Pósito, el Rastro, la Misericordia y la Ventanilla, los cerrillos de San Agustín y de San Roque, calles de la Moneda, del Agua, de Madereros y otras de menos importancia.

Esta parte de la ciudad estuvo antiguamente cercada de murallas que se extendían por ambos lados, alzándose sobre peñascos hasta finalizar en lo alto, donde existía un castillo, casi inexpugnable en aquellos tiempos; completando entonces sus defensas la facilidad de inundar el llano con aguas del Huecar, detenidas por presas, medio con el que se hacía imposible la entrada por el punto, al parecer, más vulnerable. En la época de que nos ocupamos, las murallas habían desaparecido, pero en su lugar se veían algunos muros aspillerados, que por ser inaccesibles desde el exterior en muchos puntos, resultaban de gran poder defensivo; restando tan sólo, al extremo E., el más elevado de la ciudad, el Castillo ó Ruinas de la Inquisición, como también se llama, en mal estado de conservación, aunque en él se habían hecho varias reparaciones el año anterior, á raiz de la entrada de Santés. La Carretería estaba abierta y no tenía más obras de defensa que aspilleras en las casas: era el punto débil de la población.

Seis puertas principales y tres llamados postigos dan entrada á la ciudad: la del Castillo al E., adonde llegan los caminos de Palomera y de Mariana, llamada así por estar en la inmediación de aquel edificio; la de San Pablo, al SE., que comunica con el elevado puente del mismo nombre sobre el Huecar; la de Valencia, al S., en donde desemboca la carretera de Minglanilla; la del Postigo, al O., que conduce á Nohales; la de Madrid, en que termina la carretera de Tarancón, con puente sobre el Júcar; y, finalmente, la de San Juan, al N., en el camino de Embid. Los postigos de menos importancia, por ser secundarias las vías á que dan acceso, estaban cerrados por tapias aspilleradas.

Los alrededores de la población, sin alturas al S. y SO., son montañosos y quebrados en las demás direcciones, dominándola por el N. el muy elevado cerro del Rey de la Magestad, á corta distancia del caserío, y por el S., el más

alejado del Socorro, con otro que es estribación suya, llamado de Molina; separados los tres del de San Cristóbal, que está al E., y en cuya falda es, según hemos dicho, donde se asienta la ciudad vieja, por las angosturas tituladas Hoces, que recorren, á bastante profundidad, entre tajadas rocas, los dos mencionados ríos. El terreno es despejado, con poca arboleda y no muchas casas; donde más abundan una y otras es en las orillas del Huecar.

Cuenca no estaba entonces desprovista de guarnición como cuando entraron en ella los carlistas el año anterior; pero la que existía era también escasa para el recinto que tenía que defender. Componíanla cuatro compañías del batallón reserva de Toledo, unos 450 hombres en conjunto; 70 caballos del primer escuadrón del regimiento provisional de carabineros; 60 lanceros del regimiento de caballería de España; 30 guardias civiles montados y 10 á pie, y cuatro piezas rayadas, servidas por 11 artilleros, lo que daba un total poco mayor de 600 combatientes, de los cuales estaban montados 160. Había, además, un batallón de voluntarios de 400 plazas, del que sólo entraron en el combate que relataremos unos 150 individuos.

Dijimos ya que las fuerzas carlistas se presentaron en las cercanías de Cuenca en la noche del 12; conocemos su composición, el emplazamiento y otras circunstancias de la ciudad y las tropas que ésta tenía para su defensa, datos todos precisos para la inteligencia de los acontecimientos desarrollados en los días sucesivos. Existen varias comunicaciones de diversas autoridades refiriendo los tristes sucesos allí acaecidos. La más completa es la que insertamos á continuación, dirigida por el Gobernador militar, brigadier La Iglesia, al Ministro, con fecha 30 de Octubre. Sin embargo, aclararemos con las otras los puntos que resultan menos detallados en el relato. Dice así el indicado escrito:

«Como prisionero de guerra, me he visto hasta hoy en la

imposibilidad de dar á V. E. cuenta detallada del ataque y toma de Cuenca, ciudad y provincia de que era Gobernador militar cuando tuvieron lugar aquellos sucesos; más hallándome ahora libre, me creo en el deber de dirigir á su autoridad el parte de cuanto allí ocurrió hasta el momento en que la fuerza de las circunstancias me obligó á capitular.=En la mañana del 12 de Julio faltó el correo de Cañete, que hasta entonces había llegado con regularidad á las siete, á pesar de que en aquel pueblo había un pequeño destacamento carlista permanente.=La falta del correo me hizo sospechar que pudiera tener algún fundamento el rumor que hacía algunos días circulaba de que los carlistas trataban de venir sobre la ciudad. =Llamé al inspector de orden público, y le previne que tuviesen sus agentes el mayor cuidado en examinar á las personas que viniesen de Cañete y pueblos inmediatos, y que en caso de no llegar ninguna, como yo sospechaba que sucedería, me diese cuenta al anochecer.=El correo de Cañada del Hoyo, punto por donde debía de pasar el otro, llegó á Cuenca á las siete y media. Interrogué al conductor, y me dijo que el de Cañete no había concurrido á Cañada, y que, según voces que corrían, estaban en aquel lugar y sus inmediaciones fuerzas carlistas, que se hacían subir á 14.000 hombres, mandadas por D. Alfonso en persona. Volví á llamar al inspector de orden público, que sin duda no había dado toda la importancia que merecía la prevención que por la mañana le hice, y supe por él que nadie había venido en aquel día á la ciudad, de la parte de Cañete.=Este empeño del enemigo en que yo ignorase su presencia en la provincia, me afirmó más en la sospecha de que iba á ser atacado. En su consecuencia, dispuse que acudiesen los oficiales á los cuarteles; me avisté con el Gobernador civil y Alcalde para que se reuniese la fuerza ciudadana; y, aunque no acudió, ni con mucho, la que se decía había de presentarse en caso de alarma, me decidí á no

abandonar la Carretería, barrio situado fuera del recinto de la ciudad, hasta que, conocido el número de los enemigos, pudiera calcularse si era prudente ó no su defensa.=No teniendo por mi parte duda alguna de que muy en breve sería atacada la población, dí por telégrafo inmediata cuenta de las noticias adquiridas y disposiciones tomadas á los Excmos. Sres. Ministro de la Guerra y Capitán general del distrito, á la vez que el Sr. Gobernador civil interino comunicaba iguales noticias al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación.=A las doce de la noche, el jefe de telégrafos me participaba que la línea estaba cortada. Esta operación no podía descuidarla el enemigo antes de comenzar el ataque; y como para verificarla le era preciso rodear y rebasar la ciudad, puesto que los caminos de Cañete y Madrid están en dirección opuesta, comprendí que debía estar ya cercado. No me inquietó, sin embargo, la incomunicación con la capital, porque con los telegramas dirigidos y la posterior interrupción de la vía, la crítica situación de la plaza tenía que ser allí conocida. Así, pues, mi misión estaba reducida á resistir el mayor tiempo posible, para dar lugar á la llegada del socorro, que, según mis cálculos, daría vista á la ciudad en la tarde del 14.=Desde que me hice cargo de aquel gobierno militar reconocí la insuficiencia de las fortificaciones de la plaza, y me convencí de que no podría resistir un formal ataque. La falta de recursos impidió hacer las obras que creí indispensables, á pesar de que, en primeros del mes, contestando el presidente de la Diputación provincial á una comunicación que le pasé, reiterándole la necesidad de proceder á la construcción de las citadas obras, me prometió que se allegarían recursos, y dispuso que el arquitecto de la ciudad hiciese el presupuesto de las que le indiqué. Por otra parte, el recinto que había que defender era demasiado extenso para la escasa fuerza de la guarnición, reducida á cuatro compañías de la reserva de Toledo, batallón compuesto de mozos de la primera

quinta extraordinaria de este año; 70 carabineros de caballería; sobre 60 lanceros del regimiento de España; 30 guardias de caballería, y 8 ó 10 de infantería que, en total, componían sobre 600 combatientes. Además había un alférez de artillería con 11 artilleros y 4 piezas. Creía poder contar con 400 ó 500 voluntarios; pero escasamente llegarían á 150 los que se presentaron al distribuirse la fuerza. Sin embargo, insistí en mi idea de ganar tiempo entreteniendo al enemigo algunas horas en el barrio de la Carretería.»

Entretanto, los carlistas cercaron por completo la ciudad, extendiéndose en una zona de medio kilómetro, colocando fuertes guerrillas en zanjas que abrieron durante la noche para ponerse á cubierto de los fuegos de la plaza, y ocupando casas de campo con análogo fin. La brigada de Castilla, mandada por Villalaín, coronó el cerro de San Cristóbal; en el del Socorro puso el contrario en batería las cuatro piezas apoyadas por un batallón; y el resto de sus fuerzas se estacionó, fuera del alcance de los tiros, enfrente de la Carretería, con destacamentos en el alto del Rey de la Magestad y en el de Molina.

Y continúa diciendo en su parte el brigadier La Iglesia:

«Tomadas mis primeras disposiciones, me situé en la plaza con una reserva de 60 hombres de la de Toledo, y al amanecer del 13 mandé tocar diana. Sin duda el enemigo tendría la orden de comenzar el ataque á este toque, y creyéndolo de sus cornetas, rompió el fuego simultáneamente desde todas las alturas que rodean la ciudad; fuego á que la guarnición contestó con energía. Yo, mientras tanto, examinando las inmediaciones de la población, traté de calcular las fuerzas de los carlistas, pero sólo pude apercibir unas guerrillas que, aunque numerosas, no eran suficientes, por el momento, para hacer temer un ataque serio.=Por fin, á las siete de la mañana, ví aparecer por la parte de Palomera una gruesa columna de infantería y caballería, notando en seguida que por el lado

opuesto de la ciudad, esto es, hacia la Carretería, el fuego se hacía cada vez más nutrido. Bajé á aquel barrio, saliendo por la puerta del Postigo, y me avisté con el teniente coronel primer jefe de la reserva de Toledo, que estaba encargado allí de la defensa, y que se sostenía valientemente, habiendo ya escarmentado al enemigo en un avance que éste había intentado. No me cabía duda de que atacaban fuerzas muy numerosas y que era peligroso el sostenerse allí con 150 hombres que dicho jefe tenía á sus órdenes. Por otra parte, al fortificar á Cuenca, el ingeniero militar que indicó las obras que debían hacerse, opinó que, entrando en el plan de defensa la Carretería, se necesitarían más de 2.000 hombres de guarnición, por lo que no se fortificó el barrio. Además, mi objeto,que era ganar algunas horas, estaba cumplimentado, por lo que dí las órdenes convenientes para que, con calma, se evacuase la Carretería. Así se hizo con la mayor tranquilidad, sosteniendo la infantería el fuego de tal modo, que hasta las doce del día no estuvo toda la fuerza que defendía dicho barrio dentro del recinto de la ciudad.=Con ella se reforzó la línea que se extiende desde la puerta de Madrid á la de Valencia, ó sea la margen del Huecar. Uno de los comandantes de la reserva de Toledo quedó encargado de la defensa de la primera puerta mencionada y del edificio del Instituto; el de igual clase de la guardia civil, D. Juan Ballesteros, de la del Postigo y la menos importante de San Miguelillo; y el de carabineros D. Ismael González, de la de Valencia y calle de la Moneda. Otro comandante de la reserva de Toledo, D. Segundo Alonso, estaba encargado, desde la noche anterior, de la defensa de las Ruinas de la Inquisición, situadas en la parte más elevada de la ciudad. El teniente coronel, jefe del mismo batallón, D. Francisco de la Peña Arévalo, quedó á mi lado en la plaza, punto en que volví á situarme con la pequeña reserva, para acudir adonde fuera necesario.»

Antes de seguir copiando el parte, se debe indicar que en cuanto los carlistas notaron el movimiento de concentración en la Ciudad vieja, y que estaba sin defensa la Carretería, avanzaron á ésta, apoderándose de las casas de la orilla izquierda del Huecar, donde se parapetaron para hostilizar á cubierto á los defensores de la orilla derecha, siendo seguidos de los titulados infantes D.ª María de las Nieves y D. Alfonso, que se alojaron en aquella parte de la población, con gran algazara de los suyos.

El Gobernador militar prosigue de este modo:

«El fuego continuó sin ninguna interrupción hasta las siete de la tarde, que cesando de hacerlo el enemigo, cesó también el de la guarnición. Entonces recibí aviso del comandante don Emilio Carrero, que estaba en la puerta de Madrid, de que el contrario pedía parlamento. Me personé allí, y mandando abrir la puerta, recibí una comunicación subscrita por el titulado jefe de Estado Mayor General del ejército del Centro y Cataluña, D. Cayetano Freixas, en la que se me prometía honrosa capitulación, advirtiéndome que D. Alfonso mandaba el ejército que atacaba la ciudad y tenía sobrados medios para rendirla. Contesté con otra comunicación de cuatro renglones, diciendo que mi deber era defender la ciudad hasta el último extremo, y que estaba decidido á cumplir con él.=Inmediatamente se rompió otra vez el fuego por ambas partes, y continuó toda la noche, con intervalos tan cortos, que ninguno llegó á un cuarto de hora; de modo que el soldado no pudo descansar un solo instante.=Al amanecer del 14 dieron los carlistas un ataque general, arrojando, al mismo tiempo, granadas sobre la ciudad, el cual fué valerosamente rechazado por la guarnición, hiriendo ó matando á los primeros que se lanzaron á atravesar el Huecar y á los que, por la parte opuesta, trataron de tomar las Ruinas de la Inquisición. En vano sus cornetas tocaban ataque; pues, frustrado su primer intento, no avanzaron un paso más, si bien

siguieron sosteniendo todo el día un nutrido fuego, que no permitió tampoco que ningún individuo de la guarnición se entregase al descanso, á pesar de llevar cuarenta y ocho horas en la aspillera sin haber tomado más alimento que pan y vino. Sin embargo, hasta entonces se mantenía su buen espíritu. Por la noche una fuerza de zuavos atravesó sigilosamente el Huecar cerca de su desembocadura en el Júcar, con objeto de apoderarse de las últimas casas que dan sobre este río. A conseguir su intento, los defensores de la puerta de Madrid y del Instituto hubieran sido atacados por la espalda; pero comprendida por mí la posibilidad de este ataque, había hecho que 12 lanceros y un sargento, armados con fusiles, pues ya carecía de otras fuerzas, ocupasen aquellas casas al anochecer. Esto, unido á la vigilancia del comandante Carrero, frustró el ataque de los zuavos, que fueron descubiertos y rechazados. Diversas tentativas que el enemigo hizo por la calle del Agua y Ruínas de la Inquisición, tuvieron el mismo resultado. Amaneció el día 15, y los facciosos sólo habían conseguido establecerse bien en las casas de la margen izquierda del Huecar, y como desde éllas á las de la orilla derecha hay corta distancia, procuraba desalojar á los defensores, sosteniendo un nutrido fuego, y aun haciendo algunos disparos con perdigones á las aspilleras.»

Al llegar á este momento del combate, los carlistas estaban desesperanzados de apoderarse de la ciudad, y temiendo que no tardarían en arribar fuerzas en auxilio de la guarnición de Cuenca, hablaban de retirarse y renunciar al asalto, cuando D. Alfonso reanimó con palabras llenas de fuego á los que vacilaban.

Esto y la llegada de los seis batallones carlistas de Cucala, de que anteriormente se ha hecho mérito, determinaron la continuación del ataque.

He aquí lo que dice enseguida la narración cuyo texto venimos insertando:

«No temía yo un nuevo asalto: las tentativas anteriores habían sido duramente castigadas; de modo, que confiaba pasar el día sin que progresase el enemigo, pero sobre las diez y media de la mañana recibí aviso, por unos voluntarios que salían por la calle de la Correduría, de que los carlistas estaban dentro de la plaza, sin saber explicarme cómo ni por donde había tenido lugar la entrada (1). Me dirigí hacia la parte baja de la ciudad, y ví que las fuerzas encargadas de la defensa de la puerta del Postigo y casas comprendidas entre élla y la de Valencia, se habían replegado hacia la iglesia de San Felipe. Las ordené que se mantuviesen firmes, y corrí, acompañado del comandante de la caja de quintos, D. José Maldonado, hacia la puerta de Madrid.=El comandante Carrero, de la reserva de Toledo, se retiraba creyendo que podía ser cortado. Le detuve é hice retroceder, colocándole con su gente, por mí mismo, frente á la Administración de Correos, diciéndole que por su izquierda estaban tomadas las bocacalles, y que, por consiguiente, se mantuviese firme sin temor de ser cortado. El comandante Maldonado colocaba en tanto varios hombres en la entrada de la calle Estrecha. Con estas disposiciones quedaban aquellas fuerzas en situación de detener algún tiempo al enemigo, y volví á subir hacia San Felipe. Las fuerzas situadas en las calles de derecha á izquierda de la iglesia, podían sostenerse también, pero los valientes primer jefe de la reserva de Toledo, D. Francisco de la Peña, y capitán de Carabineros, comandante de ejército, D. Ismael González, que se sostenían tenazmente en la puerta de Valencia y sus inmediaciones, estaban expuestos á ser cortados. Tomé algunos hombres, y con éllos y el alférez de carabineros D. Manuel Carmona y Muñoz, bajé por frente al cuartel de guardia civil, en tanto que mi ayudan-

(1) Esta se efectuó por la puerta falsa de una casa próxima á la del Postigo, según manifiesta otro documento oficial.

te, el teniente coronel graduado D. Manuel de La Iglesia, con el ayudante de carabineros D. Ramón Rabadán y algunos soldados, bajaba hacia la puerta de Valencia para ponerse en comunicación con el comandante González. Pronto fuí detenido en mi marcha; pues el enemigo estaba posesionado ya de la mayor parte de las casas, y comprendí que era imposible recobrar el terreno perdido.=Ordené al teniente Carmona que se defendiese todo lo posible en aquel punto para que pudiera retirarse el comandante González, y previne á éste que se replegase hacia San Felipe. Esta retirada se hizo lentamente y disputando el terreno á palmos; pero no sin tener que lamentar algunas pérdidas, entre otras, la del bravo teniente coronel de Toledo, ya citado, D. Francisco de la Peña. Las fuerzas contrarias aumentaban á cada momento, y previendo que pronto sería imposible sostener la línea establecida, traté de ocupar otra á retaguardia. En consecuencia, dispuse la construcción de una barricada en la calle Mayor, al pie de la subida á la Diputación provincial, mandé que el comandante Maldonado diese orden á Carrero para que verificase su retirada por la puerta trasera de la Diputación y se sostuviera en aquel edificio, é hice ocupar algunas casas de la calle Mayor. De este modo quedaba establecida una nueva línea, que contaba poder defender algún tiempo, porque no abandonaba la esperanza del socorro, y una hora que se alargase la resistencia pudiera ser la salvación de la ciudad y su guarnición.=Cuando tomaba estas disposiciones, las voces de «que nos cortan», dadas á nuestra retaguardia, me anunciaron un nuevo peligro. Subí como pude hacia donde oía los gritos, pues ya me era imposible correr, por hallarse mis fuerzas materiales agotadas, y me encontré una veintena de hombres con el teniente graduado, sargento primero de carabineros, D. Juan Segura, que estaban en la calle Mayor, en la desembocadura de un callejón por donde habían aparecido los carlistas. Animé

á aquel puñado de valientes, me puse á su cabeza, y conseguí rechazar á una compañía facciosa que, á no haber sido descubierta, hubiera podido tomar algunas casas de la calle y comprometido más aún nuestra harto ya grave situación. Alejado el peligro y dejando convenientemente guardado aquel punto, volví hacia la barricada que había mandado construir, en la cual había una pieza cargada con metralla, para recibir á los primeros que se atreviesen á desembocar en la calle. Mandé replegar á la fuerza que estaba en las inmediaciones de San Gil, donde quedó, como siempre el último sufriendo el fuego del enemigo, el comandante González.=Contaba, como he tenido el honor de manifestar á V. E., defenderme en aquella línea algunas horas; pero el enemigo consiguió apoderarse de la Diputación provincial, punto que me había servido de apoyo, y me fué forzoso retroceder.=Ordené, pues, la retirada comprendiendo que era imposible exigir más de una tropa que llevaba sesenta y tantas horas sin un momento de descanso, sin haber tomado más alimento que pan y vino, sin ese ánimo que infunde en el soldado el buen espíritu de la población, que hace que hasta las mujeres vayan á apagar la sed del que combate en una aspillera, como en las defensas de Teruel y Puigcerdá ha sucedido; que veía, por el contrario, las puertas de las casas cerradas, y que en aquella hora se encontraba sin un voluntario á su lado.=Se emprendió lentamente el movimiento, no dejando ni un cajón de municiones, ni un cañón, ni un caballo, pues todo se llevó á las Ruinas de la Inquisición, edificio mal llamado Castillo. En la plaza, á la entrada de la calle de San Pedro, mandé se quedasen conmigo media docena de hombres para hacer algunos disparos cuando desembocase el adversario y dar tiempo á que llegase á las Ruinas la fuerza; pero las reflexiones del comandante D. Ismael González de mi ayudante D. Manuel de la Iglesia, que se ofrecieron á quedarse en aquel punto, me hicieron desistir de mi propósito,

y subí detrás de la guarnición.=Estos dos valientes jefes todavía detuvieron algunos minutos al enemigo, y por último se incorporaron en el Castillo.=Allí era inútil toda resistencia: al elevar las ligeras fortificaciones que rodeaban la ciudad, no se había tenido en cuenta que aquél debía ser el reducto de seguridad, y sólo se fortificó la parte que daba al campo; de modo que no tenía defensa hacia el interior, que era, precisamente, por donde nos atacaban. Reuní á los jefes, y les pregunté si creían que restaban elementos para resistir, ó encontraban algún medio de salvación. Todos convinieron en la imposibilidad de continuar la resistencia; pero el comandante González, en cuyo valiente ánimo no cabe el desaliento, dijo: *póngase V. á la cabeza, mi brigadier, yo sostendré la retirada y salvémonos por el campo.* Entonces le señalé la puerta: un exceso de precaución había hecho al comandante encargado de la defensa de aquel punto aglomerar tantos materiales sobre élla, que se necesitaba mucho más tiempo del que podíamos disponer para desembarazarla. Este inconveniente, que imposibilitaba el único medio de salvación, me fué tanto más sensible, cuanto que aquella mañana previne al teniente Pruneda, de la reserva de Toledo, que fuese á ordenar se dejase expedita la puerta, y tuve que desistir de ello, porque temí, con razón, que de hacerlo así quedase abandonado aquel punto.=Fué, pues, preciso pensar en capitular. Mandé á un corneta tocase «alto el fuego», y se puso la señal de parlamento. Cesó, efectivamente, por ambas partes; pero diciendo los soldados que los carlistas amenazaban con no dar cuartel, volví á romperlo, mas hubo, sin duda, una mala inteligencia, pues los carlistas comenzaron á gritar que no se disparase, que había cuartel. Por lo tanto, dispuse nuevamente que cesase, y notando que las voces se acercaban, salí con mi ayudante para hacer detener á los facciosos, hasta conferenciar con el jefe que los mandaba; siéndome ya imposi-

ble dar un paso, por verme completamente rodeado de una turba que gritaba que no tuviésemos el menor cuidado, porque nada se nos haría. Y, con efecto, todos fuimos respetados.= Este es, Excmo. Sr., el fiel relato de lo que ocurrió en la defensa y toma de Cuenca. Preciso me ha sido ser algo difuso, puesto que en los hechos de guerra que no son felices, hay necesidad de apuntar pequeños incidentes, si se ha de formar idea del comportamiento de cada cual. Yo estoy satisfecho del de todos mis subordinados en general: la guardia civil y el escuadrón de carabineros se batieron como verdaderos veteranos, haciéndose superiores á la fatiga; el resto de la fuerza dió muestras de ese valor que siempre ha caracterizado al soldado español, pero tres días de contínuo combate habían aniquilado por completo las fuerzas de los reclutas de la reserva de Toledo, y nada era ya posible exigir de aquellos hombres extenuados de cansancio.=Por mi parte, después de cinco horas de defensa en las calles, creí ya haber cumplido con mi deber; mas hube de adquirir el completo convencimiento de ello, y de que toda resistencia hubiera sido totalmente imposible, al ver que el puñado de hombres que defendíamos á Cuenca, sólo habíamos cedido el campo á la respetable fuerza de 16 batallones, 500 caballos y cuatro piezas de artillería, formando un conjunto de más de 12.000 combatientes, á las órdenes de don Alfonso en persona.=Ignoro completamente las bajas ocurridas en la guarnición, de las que V. E. ya tendrá conocimiento. En cambio, he tenido ocasión de averiguar aproximadamente las del enemigo, que exceden de 600, por todos conceptos.=V. E. juzgará ahora, en su recto criterio, si merecen algún premio los que tan alto dejaron puesto el honor de nuestras armas, no cediendo más que abrumados por el número, y después de haber agotado todos los medios de resistencia. En tal caso, cuando V. E. tenga á bien ordenarlo, me honraré en pasar á sus manos relación de los méritos y cir-

cunstancias de los individuos de todas clases, que, por su valor y pericia, se hayan distinguido más.=El brigadier Gobernador militar, José de La Iglesia.»

Grandes fueron las pérdidas sufridas por los carlistas en los tres días que duró el combate, tanto en los ataques al recinto, como en la lucha en las calles; si bien difíciles de precisar, porque el enemigo tuvo buen cuidado en retirar los heridos enviándolos camino de Chelva y en recoger á los muertos, que enterró ó quemó en los alrededores de la ciudad. Mayor que la cifra á que los hace ascender el brigadier La Iglesia, es la que expresa, aunque como insegura, el Gobernador civil interino, D. Norberto Sancho, quien fija en 300 el número de muertos y en 700 el de heridos, dato corroborado por el comandante primer jefe de la reserva de Toledo, que señala un total de 1.000 hombres fuera de combate.

Las de los defensores las expresa el siguiente estado:

CUERPOS	MUERTOS		HERIDOS		EXTRAVIADOS
	Oficiales	Tropa	Oficiales	Tropa	Tropa
Batallón reserva de Toledo.	2	14	1	30	6
Regimiento provisional de Carabineros.....	»	1	3	11	11
Idem lanceros de España..	»	3	»	3	»
Guardia civil.....	»	4	»	2	»
Artillería	»	»	«	2	»
Total	2	22	4	48	17

La guarnición, inclusos los heridos, quedó prisionera, incautándose los carlistas de las cuatro piezas, del armamento, caballos, monturas, uniformes, equipos y municiones, á más del escaso material de guerra que existía en el mal llamado castillo.

Como complemento del relato de la toma de Cuenca, se inserta á continuación el parte que el Jefe de Estado Mayor carlista dió de este suceso:

«La actividad que á las operaciones militares de este Ejército del Centro y Cataluña, ha comunicado S. A. R. el Serenísimo Sr. Infante, General del mismo, acaba de dar por resultado una importantísima victoria, que me apresuro á tener la satisfacción de participar á V. E. á fin de que se digne elevarla al superior conocimiento de S. M.=Consiste en la toma de Cuenca, que resolvió emprender S. A. R. el Sermo. Sr. Infante, confiando en la protección de Dios y en el heróico arrojo de sus voluntarios, á pesar de las inmensas dificultades que presentaba la empresa.=Hállase Cuenca situada entre el Júcar y el Huecar, que sólo por tres puntos pueden cruzarse, y rodeada de un barranco que, por ambos lados, defienden montañas verticales de más de cien metros de elevación; y únicamente puede atacarse por la parte baja, donde la naturaleza no la ha fortificado tanto. En la parte alta existe un castillo y el lienzo de una antigua muralla, cerrando el paso, lo que imposibilitaba el buen éxito del ataque; pues la ciudad, en vez de estar á merced de pocos voluntarios, sin fortificaciones, y desprovista de artillería, como cuando por primera vez, y de paso, entró en élla sin resistencia el señor coronel Santés, contaba ahora con una numerosa guarnición que, en junto, ascendía á más de 2.200 hombres, cuatro piezas de batalla y 180 caballos.=Esto no obstante, S. A. R. el Sermo. Sr. Infante, General en Jefe, al frente sólo de cinco batallones, es decir, el de zuavos, 1.° de guías, 4.° de Valencia, 1.° de Cuenca y 6.° de Valencia, tres escuadrones y cuatro piezas de montaña, después de varios días de marchas forzadas, se presentó á medio kilómetro de la ciudad, en la madrugada del 13.=Distribuídas convenientemente las fuerzas, se emprendió en seguida el ataque, rompiéndose el fuego á las tres de la mañana. Poco se tardó en conocer la insuficiencia de nuestra artillería para abrir brecha en el reducido frente que presenta la parte alta de la población; pero, á pesar de esto y de la dificultad que después ofrecían multitud de ca-

lles estrechas y tortuosas colocadas en anfiteatro y defendidas por fuegos directos y cruzados, nuestros voluntarios, con increible arrojo, prosiguieron el ataque, y despreciando los certeros disparos que por cientos de aspilleras se les dirigían, se apoderaron á las once de la mañana del arrabal llamado de la Carretería y de la plaza de toros; retirándose el enemigo á su formidable segunda línea. = Al conseguir esta ventaja, para aprovechar el efecto que debía haber causado en los sitiados, dispuso S. A. que se dirigiese una comunicación al Gobernador militar de la plaza, señor brigadier La Iglesia, intimándole la rendición. Contestó éste que, como soldado, estaba decidido á resistir hasta quemar el último cartucho; y como los sitiados tenían abundantes municiones, que empleaban contínuamente por las cuadruplicadas líneas de aspilleras de que disponían, fué preciso, á fin de economizar las nuestras, limitarnos nada más que á hacer los indispensables disparos para contestarles. =En tal estado continuó sin cesar el ataque cuarenta y ocho horas, hasta que, en la noche del 15, dispuso S. A. que el señor brigadier Villalaín, quien con un valor sin igual había sostenido por dos días enteros la posición del alto arrabal, se retirase, dejando allí cuatro compañías, y que con el apoyo de los batallones 1.° y 2.° del Maestrazgo, que llegaron de refuerzo, pasase al arrabal de la Carretería, y por aquella parte tomase por asalto y á toda costa la ciudad, mientras se simulaba igual ataque por otros puntos. A las cuatro de la madrugada dió principio tan arriesgada operación, y nuestras heróicas tropas fueron ganando terreno á fuerza de audacia y valor. Tales eran las dificultades con que tenían que luchar, que no obstante su decisión, adelantaban poco, cuando á las once del día 15, haciendo un supremo esfuerzo, gran número de nuestros bravos voluntarios, provistos de zapapicos, consiguieron atravesar el barranco por la derecha del puente de Valencia y penetrar en las primeras casas del segundo recinto. =Era ya este el último

baluarte del enemigo, y en él concentró todas sus fuerzas, haciendo una tenaz resistencia en las calles, cruzadas por barricadas, y desde las casas, que defendía una tras otra, causándonos, con el mortífero fuego que á cubierto nos hacía, numerosas bajas. ¡Inútil empeño! Nuestros voluntarios, en vez de intimidarse, se enardecieron ante tan porfiada defensa, y á pesar de sus desventajas, fueron ganando terreno, tomando las casas una á una y obligando al enemigo á retirarse al castillo y refugiarse en sus últimas trincheras. Consiguió, por fin, tanto valor su justa recompensa, porque á las tres de la tarde, agotados ya los medios de resistencia, enarboló bandera blanca la guarnición enemiga; y rendida la ciudad, penetraron inmediatamente en élla SS. AA. en medio de las entusiastas aclamaciones de las tropas reales.=No puede ocultarse á la alta penetración de V. E. la importancia militar de esta victoria, conseguida sobre una capital de provincia distante dos jornadas de Madrid, tenazmente defendida por numerosa y bien provista guarnición, y la combinada operación auxiliar de las columnas de Aragón, Valencia y Castilla. Europa entera, en vista de esto, dará toda la importancia moral que se merece el contemplar á S. A. tranquilamente alojado en su nueva conquista por espacio de tres días, ordenando la demolición de las fortificaciones, nombrando nuevo Ayuntamiento y dictando otras disposiciones convenientes al mejor servicio de la causa del Rey.=Las ventajas materiales son también grandes, Excelentísimo Señor; consisten en haber cogido prisioneros al brigadier Gobernador, cuatro jefes, 25 oficiales y 500 soldados del batallón de Toledo, dos fuertes escuadrones, uno de lanceros de España y otro de carabineros, 26 caballos de la guardia civil y toda la milicia nacional: en suma, 2.200 hombres. Cogimos, además, las cuatro piezas rayadas de batalla de á ocho, 530 proyectiles Krupp, 377 botes de metralla, 569 espoletas, 20 cajones de cartuchos de granada, todo el armamento de

la infantería, consistente en 700 fusiles Remingthon y unos 1.500 Minié, 500.000 cartuchos Remingthon, y otros efectos de guerra y estancados por la Hacienda.=Tantas ventajas han sido alcanzadas con pérdidas relativamente pequeñas, pero no por eso menos sensibles. Tenemos que lamentar las muertes del valiente comandante D. Julio Segarra, dos oficiales de zuavos, un teniente de artillería y 24 voluntarios, y además han sido heridos cinco oficiales y 50 voluntarios. Las del enemigo, cuya cifra ignoro, son considerables.=Fáltame expresar á V. E. que las disposiciones dictadas por S. A. el Infante, General en Jefe, han sido secundadas con el mayor acierto y decisión por el brigadier Villalaín, que dirigió el asalto, así como por los señores jefes, oficiales y voluntarios de todos los cuerpos, quienes se han conducido con un valor y entusiasmo que raya en lo heróico.=S. A. R. se complacerá en premiar, convenientemente, los buenos servicios de unos y otros, con arreglo á las facultades extraordinarias que le han sido concedidas por S. M. el Rey su augusto hermano y N. S. (q. D. g.).= Cuartel general de Cuenca, 17 de Julio de 1874.=El General Jefe de E. M. interino, Cayetano Freixas.»

Confiaban los carlistas apoderarse de Cuenca por un ataque brusco y rápido; pero les costó más de sesenta horas de fuego, y necesitaron mucha decisión y energía para vencer la tenaz resistencia de la escasa y sufrida guarnición, que sin agua, por haber interceptado aquéllos las cañerías que la conducían á la plaza; sin haber tomado apenas alimento mientras duró el combate; sin el apoyo moral ni material de los vecinos; sin reservas que le proporcionaran descanso, tuvo que responder sin tregua á la contínua hostilidad de los que por su número pudieron alternar en el combate. De tal modo se agotaron las fuerzas de aquellos soldados, bisoños la mayor parte, que casi todos yacían rendidos de cansancio en las calles cuando los rebeldes se enseñorearon de la ciudad.

El mariscal de campo D. Remigio Moltó, enviado á élla con auxilios después de estos acontecimientos, á quien se pidieron informes sobre lo ocurrido, decía al Gobierno que La Iglesia había hecho, para defender la población y repeler al enemigo, todo lo posible con la tropa á sus órdenes, teniendo en cuenta lo numerosa que era la contraria; que obligado el Brigadier á retirarse de La Carretería, por las malas condiciones defensivas de este barrio, y á replegarse en la ciudad antigua, á pesar de disminuir con esto el recinto, contaba aun con pocos soldados para guarnecerlo y con muchos menos de los que necesitaba para acudir en socorro de los puntos más amenazados; que sin embargo de ello y de que alguno de los subalternos no conocía bien la demarcación encomendada á su custodia, continuó la resistencia, rechazando con vigor las diversas tentativas de asalto hechas por los carlistas, hasta la mañana del 15 en que, habiéndose aprovechado los enemigos de la obscuridad de la noche anterior para desfilar sigilosamente de á uno y entrar por la puerta falsa de una casa de la calle de la Moneda, se extendieron por la población amagando cortar la retirada de los voluntarios y carabineros que defendían aquella parte; que advertido de esto, acudió La Iglesia al lugar del suceso, y sin medios materiales de contener el ímpetu de los muchos rebeldes que ya había dentro del recinto, retrocedió á la plaza de la Catedral y de aquí al llamado Castillo, por la calle de San Pedro, á la vez que los carlistas avanzaban en la misma dirección por las inmediatas que le son paralelas. La resistencia desde este instante no podía seguir: mientras los defensores estuvieron amparados con las casas y muros aspillerados, contrarrestaron la influencia del número, pero puestos en iguales condiciones que los atacantes, aquélla tenía que pesar en el resultado, y así fué: Cuenca cayó en poder de D. Alfonso.

En la sumaria instruida para depurar los hechos se com-

probó la exactitud de los relatados en el parte del Gobernador militar, dejándose sentado en el parecer fiscal «que después de una vigorosa resistencia de sesenta horas y una retirada perfectamente ordenada, la guarnición, agotados todos los medios de defensa, tuvo que rendirse», y respecto al punto dudoso de la entrada de los carlistas en la casa de la calle de la Moneda, por el que pareció se podía exigir responsabilidad, dice el referido parecer fiscal: «Encargado el alférez D. Antonio Peñón, con muy pocos hombres, de la defensa de la parte más peligrosa de la población, del punto único vulnerable de la plaza y adonde, por lo mismo, habían de dirigirse los ataques más rudos y constantes de los carlistas, el fiscal no considera un abandono de puesto que el citado oficial, sin instrucciones, creyendo necesario poner su situación en conocimiento del jefe más inmediato para que le facilitara refuerzos, y no teniendo persona de quien valerse, fuera él mismo con esta comisión; pues con ello prueba su deseo de cumplir, mucho más cuando el sitio adonde fué á buscar el auxilio distaba unos sesenta pasos del que estaba él defendiendo.» Y extendiéndose en más consideraciones, conducentes á demostrar que no había habido omisión ni descuido, concluía pidiendo el sobreseimiento del sumario, porque, lejos de resultar cargos contra ningún jefe ni oficial, se evidenciaba más bien que habían rivalizado en celo y valor, cumpliendo todos con su deber en los lugares cuya defensa se les había encomendado.

Dueños los carlistas de la capital, se vengaron de tan porfiada resistencia cometiendo los más inícuos desmanes: incendios, atropellos, robos, asesinatos y violaciones. Existe una extensa comunicación del Gobernador civil interino que los relata con amplios y desconsoladores detalles. Inició el enemigo estos excesos en la Carretería, antes que el resto de la ciudad cayera en su poder, penetrando en la casi totalidad de las casas, saqueándolas, destruyendo su mobiliario é incen-

diando algunas; sin que la gravedad de tales actos de devastación y pillaje quedasen atenuados ni por la resistencia de los moradores ni por la necesidad de apoderarse de los edificios para continuar el ataque, pues la mayoría de éllos eran inútiles para este fin, por su situación.

Después de referir los hechos ocurridos en el combate y hacer consideraciones sobre el brillante comportamiento de los soldados y autoridades militares, dice el Gobernador civil: «Desde que cesó el fuego, á las tres de la tarde, se extendieron los carlistas por toda la ciudad, y aquí empieza una serie de crueles episodios, cuya narración extremece.=Cuando todavía no se habían apoderado por completo de la población, entraron algunos en la casa del capitán de la reserva, D. Enrique Escobar que, indefenso y enfermo, se hallaba en élla, y después de darle infinidad de estocadas y bayonetazos, vivo aún, le arrojaron por un balcón á la calle, donde le pisotearon y escupieron, siendo ludibrio de aquellas hordas salvajes. La madre de este desgraciado quiso interponerse entre él y sus verdugos, pero la hirieron cobardemente; y no satisfechos todavía con tanta atrocidad, maltrataron á la criada y destruyeron cuantos objetos pertenecían á esta desventurada familia.=Iban por las calles divididos en grupos registrando las casas, so pretexto de buscar armas, y en presencia de sus moradores robaban lo que tenía algún valor y destruían lo que no les acomodaba, llenando de groseros insultos á mujeres y niños; mas cuando, por desgracia, encontraban algún hombre donde había armas, aunque no fuesen de guerra, le sacaban á la calle, bastando que cualquier infame delator le calificara de *cipayo*, como titulaban á los liberales, para que sin más preparación ni indagaciones le fusilaran ó mataran á estocadas.=En tan angustiosa situación pasó la tarde del 15, y á la una de la madrugada fueron llamando todas las casas y obligando á cuantos hombres encontraban éllas á coger una herramienta para ir á demoler las fortific

ciones. Algunos vecinos que, á causa, sin duda, del temor y de la falta de costumbre en tan rudo trabajo, no manejaban los útiles con la energía que los invasores deseaban, fueron degollados cobardemente al pie de las murallas.=Aquella mañana, aterrada la población por los horrores que había presenciado en la tarde y noche anteriores, y viendo que seguían los fusilamientos de hombres inocentes é indefensos, casi á las puertas de la catedral, en la que los titulados infantes estaban tomando la comunión de manos del Excmo. Sr. Obispo, se presentó á ellos una comisión de señoras y del clero con varios vecinos muy significados como carlistas, suplicándoles dieran órdenes para que no se derramara más sangre y para que rebajaran la cuota de dos millones de reales que habían impuesto de contribución. La primera respuesta que la Infanta dió á la comisión, fué que no podía acceder al ruego, porque necesitaban sus soldados un rato de expansión, y que pasado éste, concedería lo que se solicitaba; pero á pesar de la palabra empeñada, siguieron los asesinatos, robos y desmanes en la misma forma que el día anterior.=En aquella mañana publicaron un bando ofreciendo indulto y perdón á cuantos voluntarios se presentaran hasta las siete de la tarde, y conminando con la última pena al que no lo efectuase y fuese habido en el escrupuloso registro que prometían hacer. Muchos infelices fueron víctimas de este engaño; pues á cuantos se presentaron fiados en tales promesas se les encerró en un claustro de la catedral, excepto á los que en el trayecto eran calificados de *cipayos*, y á quienes se daba muerte antes de que llegaran al encierro.—Durante este día mataron en su propia casa á un infeliz alpargatero, á presencia de su mujer y sus hijos, y al interponerse aquélla suplicándoles perdón, le dieron un sablazo que le cortó un dedo de la mano. También dieron muerte á un alguacil del ayuntamiento á quien traspasaron el pecho de un bayonetazo, riéndose luego al ver los borbotones de sangre que salían por la he-

rida.=Entraron en una casa donde se hallaba un jóven de 18 años, postrado en cama con viruelas, y porque no se levantaba tan pronto como se lo ordenaron, fué muerto á cuchilladas en los brazos de su angustiada madre.=Sería, en fin, interminable el referir detalladamente los asesinatos cometidos por las hordas carlistas.»

Otros muchos datos de la permanencia del enemigo en la ciudad contiene la expresada comunicación, de los cuales tomaremos algunos. Entre los edificios incendiados estaban todas las oficinas, donde destrozaron el mobiliario y arrojaron al fuego la documentación de los archivos; el instituto provincial y las escuelas públicas, cuyo material de enseñanza inutilizaron. D.ª María de las Nieves y D. Alfonso estuvieron alojados en el palacio episcopal, convirtiéndole en cuartel general; y habiendo encontrado en él los facciosos unos cuantos paisanos, refugiados allí por creerle un lugar seguro para eludir la persecución, insultaron al respetable prelado, amenazándole con llevarlo preso y aun con fusilarle. Contrastó con la conducta de todos los demás la de los oficiales y algunos individuos del batallón carlista de Cuenca, que evitaron varios crímenes ocultando en sus mismos alojamientos y facilitando la huida de la población á algunos liberales muy significados, lo que les originó disensiones con sus compañeros de armas los valencianos y zuavos, entre los cuales había muchos franceses de la *Comune*, fugitivos cantonales de Alcoy y Cartagena y presidiarios; constituyendo, sin embargo, los tales zuavos el batallón predilecto de la titulada Infanta y el que le daba la guardia de honor. En la ciudad no había ni una familia ni un individuo que no conservara un triste recuerdo de la pasajera estancia de los carlistas. A 35 ascendió el número de los asesinados en los días que estuvieron los enemigos en la plaza.

Un historiador carlista trata de disculpar los atropellos cometidos en Cuenca, diciendo: «Pero en estos excesos ni el ir

fante D. Alfonso, ni el general Freixas, su jefe de E. M., tuvieron la menor parte, ni los demás jefes carlistas tampoco; antes por el contrario, todos trataron de reprimirlos, y dictaron órdenes y disposiciones severas para impedir que se repitieran.» Así sería, pero ó fueron tardías ó no se las dió cumplimiento; pues los desmanes siguieron hasta el mismo instante en que los carlistas evacuaron la plaza.

El 16 por la mañana la abandonaron el 2.° batallón de guías del Maestrazgo, á las órdenes del titulado comandante Giner, y un escuadrón, á las del coronel Acuña, para custodiar y conducir á Chelva la prisionera guarnición; fuerzas que fueron sorprendidas el 21, en Salvacañete, según hemos dicho en la narración del Centro, por la brigada López Pinto, la cual rescató á los prisioneros é hizo algunos, entre ellos al cabecilla Giner. El 18 salieron para Chelva todos los demás facciosos, llevándose á los voluntarios acogidos al indulto ofrecido y á muchos vecinos presos en rehenes por no haber podido satisfacer el total de la contribución que se les impuso, y escoltando el botín, las piezas de artillería, el material de guerra y los fondos recaudados, después de exhibirse á caballo en las calles los hermanos del Pretendiente, entre música y algazara de los suyos, que formaban desolador contraste con el abatimiento y decaido espíritu de los vecinos de Cuenca. Respecto á esto, dice el oficio del Gobernador civil: «Iba doña María de las Nieves á caballo con una bandera blanca en la mano, acompañada de su esposo, y llevando en el cuartel general al brigadier La Iglesia, también á caballo, de uniforme y sin espada. Los prisioneros fueron conducidos á pie entre las filas carlistas, obligándoles á hacer una marcha de diez y ocho horas; y si alguno no podía andar, por estar cansado, á causa del calor y de la falta de agua, le fusilaban, dejándole insepulto en el camino. Los más fuertes llegaron hasta Cañete, donde, merced á las gestiones de los oficiales é indi-

viduos del batallón faccioso llamado de Cuenca, fueron puestos en libertad, regresando á esta población en un estado lastimoso.» El brigadier La Iglesia siguió hasta Chelva con la columna enemiga.

La toma de Cuenca, muy celebrada entre los carlistas, la conmemoró D. Carlos creando, el 11 de Septiembre, una medalla para que la usaran todos los suyos que hubieran tomado parte en aquel acontecimiento.

CAPITULO VI

SUMARIO.—Año 1874.—Provincias de Cuenca y Guadalajara.—Acuden en socorro de la capital de aquélla las brigadas Araoz, Fajardo y López Pinto.—Se encarga del mando de las dos primeras columnas el general Soria Santa Cruz.—Sus movimientos hasta que regresa á Madrid.—El general Moltó marcha á Cuenca con una columna.—Disposiciones que adoptó.—Sus informes sobre fortificación y defensa de la capital.—Facción Villalaín en Guadalajara.—Operaciones de la brigada Golfín contra esta partida.—Marchas de Moltó para perseguir á la misma.—Acude con sus tropas á Guadalajara el brigadier García Reina.—Movimientos de la columna Moltó en la zona N. de Cuenca.—Amenaza Villalaín á la capital de Guadalajara y sale á ampararla la brigada González Manglano.—Rechaza ésta á Villalaín, que se guarece en Beteta.—Avance de Moltó sobre esta villa.—Vuelve dicho General á Madrid y queda encargado el brigadier Gamarra del mando de la columna.—Informe de Moltó sobre el estado de la provincia de Cuenca.—Brigada García Reina.—Disposiciones para activar la quinta en Guadalajara.—Fortificación de Molina.—Se encamina Villalaín á la línea férrea de Zaragoza.—Le sale al encuentro García Reina.—Acción de Taravilla.—La facción se reconcentra en Beteta.—Operaciones de la brigada Gamarra.—Se presenta á las puertas de Cuenca un grupo de la partida Villalaín.—Marcha de Gamarra hacia Pastrana y Trillo.—Encuentro de Alcocer.—Madrazo en la provincia de Guadalajara.—Acción de Campillo de Dueñas.—Variaciones introducidas en las brigadas.—El general Salazar es nombrado Comandante general de las tropas de Cuenca y Guadalajara.—Nuevos movimientos de la brigada Gamarra.—Situación de las partidas.—Marcha combinada de las brigadas García Reina y Gamarra sobre Beteta, y operaciones posteriores.—Plan de campaña del general Salazar.—Cesa éste en el mando.—Substituye á Gamarra el brigadier Santos Sagasta.—Modificaciones introducidas en la organización de las tropas.—Persecución de Villalaín.—El brigadier Cassola releva á García Reina.—Persecución del cabecilla Sopena y de las pequeñas partidas.—Se encarga á Cassola la dirección de las fuerzas en ambas provincias.—Nueva distribución de las tropas.

El alcalde de Tarancón confirmó, en la mañana del 13 de Junio, las noticias que habían llegado á Madrid del ataque de Cuenca. Vagas é inciertas fueron las recibidas sobre el número de enemigos y los incidentes de la lucha; pero bastaron para despertar la alarma en la capital de la Nación y para que el Ministro de la Guerra hiciese acudir fuerzas en socorro de la ciudad. Al efecto, envió una columna á las órdenes del brigadier D. Agustin Araoz, organizada con los batallones reservas de Cuenca y Alcázar de San Juan, la fuerza disponible del 3.er regimiento de artillería á pie, que

ascendía á 181 hombres, tres compañías del 14.° tercio de la guardia civil, que sumaban unos 300, dos escuadrones de húsares de Villarrobledo con un total de 200 caballos, y una batería del 4.° regimiento montado; ordenó que de Valencia fuese á obrar, combinadamente con ésta, la 3.ª brigada del ejército de aquel distrito, mandada por el brigadier Fajardo y formada por los dos batallones del regimiento de la Lealtad, el de cazadores de Mérida, la reserva de Madrid, dos secciones del 2.° regimiento de montaña y 200 caballos del de España; y dispuso, asimismo, que la del brigadier López Pinto, compuesta de los batallones reservas de Avila y Astorga, el regimiento de Almansa, el 2.° batallón del de Córdoba, tres compañías de movilizados, cuatro piezas de montaña y 200 caballos de Castillejos, marchase, directamente, desde Teruel á la provincia de Cuenca, á contener las facciones.

Las dos primeras brigadas se debían reunir en Minaya, y para ello salió de Madrid la de Araoz al amanecer del 14, conducida en cuatro trenes especiales, que llegaron por la tarde á dicho pueblo. Fajardo, que se hallaba este día en Chiva, necesitó reconcentrar en Valencia sus cuerpos y preparar el material para el embarque, y no pudo ponerse en camino hasta el siguiente por la mañana; arribando á Minaya cuando la otra columna había ya abandonado la población, y continuado hasta Honrubia, para adquirir noticias exactas respecto al número y posición de los sitiadores. Conforme fueron desembarcando, caminaron tras las de Araoz las fuerzas de Fajardo, menos los escuadrones de España que, por orden superior, aguardaron al mariscal de campo D. Federico Soria Santa Cruz, nombrado el día 16 Comandante general de la división constituída por ambas brigadas, quien verificó su incorporación el mismo día, por la noche, y al siguiente, teniendo ya juntas en Honrubia todas las tropas, se encargó del mando y continuó con éllas á Villaverde y Pasaconsol, con la esperanza de encontrar aún al

enemigo; pues los informes de los paisanos, aunque contradictorios respecto á si había entrado ó no en la capital, estaban contestes en que no se había alejado de élla.

El Ministro, conociendo ya el desgraciado éxito del combate y que el rumbo probable de los carlistas era hacia Requena á fin de atacar esta ciudad, telegrafiaba el expresado día 16 á Soria Santa Cruz notificándoselo y diciéndole que adquiriese noticias positivas y obrase con arreglo á ellas. Este general, que no recibió el telegrama con oportunidad, y á quien corroboraban en los pueblos de tránsito que las facciones estaban todavía en la plaza de Cuenca, llegó el 18 cerca de élla, cuando el adversario se disponía á evacuarla, mediando muy pocas horas entre la salida de la retaguardia rebelde y la entrada de la extrema vanguardia de la columna, única fuerza de Soria Santa Cruz que avanzó á la ciudad, para averiguar la dirección tomada por los carlistas, quedando las demás en Arcas. El General conoció entonces el aviso del Ministro á que se ha hecho referencia, y le contestó diciendo: «Mañana marcho á Almodóvar del Pinar, con objeto de alcanzar á la facción, lo que hoy no he conseguido por falta de confidencias, y después me dirigiré á Requena para salvar á esta población del ataque que contra élla se proyecta.» Añadía, también, que su columna estaba muy fatigada y que había necesitado ración extraordinaria.

Las circunstancias que concurrieron en los movimientos de estas tropas fueron sumamente desfavorables para su rapidez: en primer lugar, el estar alejada de la vía férrea la brigada Fajardo cuando recibió la orden de ir á Minaya; algún retraso en la marcha de ésta, originado por desperfectos en la máquina que condujo el primer tren; después las dificultades para el desembarque, por carencia de material adecuado; la necesidad de esperar á Soria Santa Cruz; la poca voluntad, ó más bien rémora de los pueblos en proporcionar los auxilios

reglamentarios á la columna; y, por último, el ser bisoños la mayoría de los soldados que la formaban, con los cuales era imposible, por tanto, hacer jornadas largas. Así fué, que cuando llegaron las tropas á Cuenca, ya habían tenido lugar las desconsoladoras escenas relatadas en el capítulo anterior. Para esclarecer todo esto y las demás causas que pudieron motivar la tardanza del auxilio, ordenó el Gobierno de la República, el 19 de Julio, que se instruyera un expediente que, terminado, se sobreseyó por no resultar cargo contra nadie, dejándose en él consignado que su formación no perjudicaba el buen nombre militar del general Soria Santa Cruz.

Habiendo desaparecido el objeto principal de la división mencionada, dispuso el Ministro de la Guerra, el día 19, que la brigada Fajardo, reforzada con los batallones reservas de Cuenca y Alcázar de San Juan, de la de Araoz, continuase en persecución del enemigo, poniéndose otra vez en relación con el general Montenegro, que por entonces andaba entre Chiva y Requena, y que Soria Santa Cruz regresase á Madrid con el resto de sus tropas, por el camino más corto. Estas órdenes las recibió el último en Minglanilla, adonde llegó con toda la división el 20 en auxilio de Requena, á la que suponía amenazada; y en consecuencia de éllas, Fajardo siguió hacia esta población, y el general con Araoz, la artillería á pie, la guardia civil, los húsares de Villarrobledo y la batería del 4.° montado, fué á tomar el tren en Albacete.

De la brigada López Pinto nada diremos, pues ya se ha indicado que en Salvacañete rescató á la prisionera guarnición de Cuenca, en un hecho de armas, que fué brillante y aminoró el anterior triunfo de los enemigos.

El carlismo iba tomando incremento á causa de los últimos sucesos, y para contrarrestarlo y dar mayores atribuciones á las autoridades militares, se declaró el distrito en estado de sitio, el día 19 del mes de referencia, por medio del

bando que se ha insertado en el capítulo cuarto. Tal situación permitió tomar medidas gubernativas enérgicas y represivas, que si no produjeron el término breve de la insurrección, impidieron, al menos, que adquiriera mayores proporciones.

El territorio de Cuenca había quedado sin tropas, y era de temer que le invadieran las facciones, principalmente la de Villalaín, quien, á consecuencia de la nueva organización dada por D. Alfonso á las fuerzas carlistas del Centro, fué nombrando, en 21 de Julio, Comandante general interino de esta provincia y la de Guadalajara, y andaba con su partida recorriendo los pueblos del límite oriental de ambas. Entonces encomendó el Gobierno la custodia de las dos al mariscal de campo D. Remigio Moltó, encargándole de proponer lo que considerase conveniente para evitar la reproducción de los hechos pasados. Dicho general salió de Madrid el día 23 para Guadalajara, por ferrocarril, con la 1.ª brigada de la 1.ª división de Castilla la Nueva, compuesta de los batallones reservas de Jaén, Logroño, Málaga y Santander, y un escuadrón de húsares de Villarrobledo, que formaban un conjunto de 2.500 hombres. Al siguiente se encaminó á Cuenca por la carretera, pernoctando aquel día en Tendilla, y los sucesivos 25, 26 y 27, en Sacedón, Cañaveras y Chillarón, respectivamente, llegando el 28 á la expresada capital, donde le recibieron con júbilo y marcadas muestras de simpatía.

Allí dictó providencias para reanimar á los abatidos moradores, contener la salida de familias, que ya había alcanzado extensas proporciones, y hacer que se dedicaran todos á sus habituales trabajos. La empresa no fué fácil, porque los conquenses no podían olvidar que en el corto tiempo de nueve meses los carlistas habían entrado dos veces en la ciudad, costándoles la primera numerosos fondos y siendo víctimas en la segunda de toda clase de atropellos.

El General trató de fortificar la población, y á propósito de esto informó al Gobierno, de acuerdo con el parecer del comandante de ingenieros D. Lorenzo de Castro, que teniendo en cuenta el emplazamiento de la ciudad, su extenso perímetro, las alturas que la rodean y lo improbable de que sufriera un largo asedio sin que acudiera un ejército de socorro, no se debían emprender costosas obras de defensa que exigiesen una numerosa guarnición para su guarda; pero que siendo posible el caso de tener que defenderse durante corto número de días, era necesario hacer un cerramiento general, aspillerado, de mampostería, con el trazado y relieve más conveniente en cada punto para llenar las condiciones de eficacia en los fuegos, flanqueos y desenfiladas; ejecutar algunas obras en el interior, con objeto de cubrir las comunicaciones y proporcionar una segunda línea defensiva; reparar el edificio llamado de la Inquisición ó Castillo para que sirviera de último refugio; y, finalmente, preparar la extracción de agua del Júcar, por si quedaban agotados los depósitos de la plaza ó era cortada la cañería que los abastece. Llamaba la atención sobre las dificultades que presenta el terreno para trasladarse los defensores de un punto á otro, por lo cual tendrían que situarse reservas en diversos sitios; y fijaba, por tanto, la guarnición en 2.000 hombres, con cuatro piezas de batalla y dos de posición, colocadas en lugares convenientes para batir los edificios perjudiciales á la defensa, principalmente los del extremo de La Carretería, que no convenía incluir en el recinto por el gran desarrollo que esto exigiría. Y después de proponer que se organizara una fuerte columna para el exterior, que por sí sola pudiera resistir á las facciones de Aragón ó Valencia y que protegiese á la capital, operando en combinación con el Ejército del Centro, formuló las peticiones siguientes: =1.ª Fondos, pues ni el Tesoro ni la Diputación, ni el Ayuntamiento los tenían, y el Banco no los recaudaba por temor de

que cayesen en poder del enemigo.=2.ª Que fueran oficiales de administración militar para que se encargaran de su distribución.= 3.ª Que se enviara una compañía de ingenieros para terminar las obras en corto plazo.=4.ª Que se destinarán cuanto antes á la plaza dos batallones de quintos, que se instruirían en ella, completando con guardia civil la cifra de 2.000 hombres que debían guarnecerla, y entonces ya podría salir él libremente á operaciones con su división, pues si lo hacía sin dejar tropas en Cuenca, aumentaría el pánico en la provincia.=5.ª Nombrar un Comandante general que, por sus circunstancias, inspirase gran confianza al país.=6.ª Que artillada la ciudad conforme se ha dicho, tuviese la dotación de personal de artillería y municiones al completo.=7.ª Que se enviaran bombas para la extracción de agua del Júcar, y camisas embreadas para incendiar los edificios de que se pudiera aprovechar el enemigo.=Y 8.ª Que se ordenara al Establecimiento Central de ingenieros de Guadalajara que facilitase los recursos que se le pidieran. Esto era lo que consideraba indispensable el General para tener la ciudad á cubierto de otro golpe de mano y acallar el clamoreo de los habitantes de la provincia.

Entretanto, la facción del titulado brigadier Villalaín, fuerte de tres batallones y un escuadrón, con un total de 1.500 hombres y 200 caballos, recorría los pueblos de la sierra de Molina y tenía destacamentos en los partidos de Priego y Cañete, que perturbaban las operaciones de la quinta, dificultaban la cobranza de impuestos, y presentándose como vanguardia de fuerzas muy numerosas, sostenían la alarma reinante. El 1.º de Agosto estaba el cabecilla en Tierzo, de paso para Molina, según se decía, á fin de caer después sobre Sigüenza, que no tenía más que 34 soldados de guarnición, pues los de la reserva de Santiago y caballería de España que había en la provincia de Guadalajara andaban esparcidos protegiendo la quinta y cobranza

de contribuciones. Para acallar los temores que surgieron y reflejaron repetidas veces los telegramas de las autoridades, se enviaron á la capital cinco compañías del batallón reserva de Lorca, de las que cuatro quedaron en élla, yendo la restante en apoyo de la ciudad que se suponía amenazada, y se preparó en Madrid una brigada, á las órdenes del brigadier D. Luis Fernández Golfín, que debía acudir allí, si los acontecimientos lo exigían. El Ministro daba al Gobernador militar la seguridad de que, por poca que fuera la resistencia que se opusiere á los carlistas, llegaría á tiempo el auxilio á cualquiera población atacada.

No transcurrieron muchos días sin que fuera necesario utilizar esta fuerza; porque Villalaín, después de aumentar su gente con algunos mozos de la reserva, hizo una marcha rápida por Villanueva de Alcorcón, y se presentó en Trillo, donde dividió su partida en dos fracciones: una que fué hacia Cifuentes, persiguiendo al corto destacamento que había en aquellos baños y que los evacuó á la aproximación del enemigo; y otra que continuó á Brihuega, donde entró á las doce y media de la noche del día 3, no sin sostener un ligero tiroteo con los 60 soldados acantonados en este punto, que fueron hechos prisioneros en la casa consistorial. Los carlistas se apoderaron aquí de 200 fusiles, 17 caballos, 2.819 pesetas de varias cajas del Estado y cuantiosos efectos y raciones, quemaron los archivos, ordenaron la incorporación á sus filas de los mozos de la quinta decretada por el Gobierno, y exigieron 50.000 pesetas á los vecinos; y no habiéndolas recaudado por completo, cogieron en rehenes á doce contribuyentes.

Desde Brihuega, amenazaban los facciosos á Guadalajara, y como estaba reciente la toma de Cuenca, creían los habitantes de aquella capital que serían atacados. La autoridad militar, con previsor acuerdo, aunque la alarma no tenía gran fundamento, pues las circunstancias eran distintas, adoptó algunas

medidas preventivas. El 4 circularon noticias de que Villalaín estaba ya en Torija, á tres leguas escasas de Guadalajara; y estas nuevas y la indispensable protección que por momentos reclamaba la vía férrea de Zaragoza á Madrid, decidieron la salida de Golfín para aquella ciudad; salida que efectuó éste el mismo día por ferrocarril, con los batallones reservas de Mondoñedo, Ciudad Real y Toledo, á cuya fuerza se agregó la de un escuadrón del Depósito de Alcalá, 400 hombres del 3.er regimiento de artillería á pie, una batería del 1.° montado y 100 guardias civiles.

A las doce de la mañana, hora en que el Brigadier tuvo concentrada toda la columna en Guadalajara, salió con ella, por la carretera de Brihuega, al encuentro de Villalaín, quien, en lugar de seguir el iniciado avance ó esperar el combate, contramarchó á Cifuentes con ánimo de recoger á los que se le separaron en Trillo. Estos, que, según indicamos, fueron tras un pequeño destacamento, le persiguieron hasta que se guareció en Cifuentes, cruzaron algunos tiros con los 80 infantes de la reserva de Santiago y voluntarios que ocupaban esta población, y se quedaron en las cercanías. Junta toda la partida de Villalaín, atravesó el Tajo por el vado de Carrascosa, y se puso en salvo en sus habituales guaridas de la orilla izquierda; pues aunque Golfín apresuró el movimiento y llegó, por Cifuentes, hasta Trillo, cuando esto sucedió, ya habían ganado los carlistas las asperezas de la sierra, en las que no se podía aventurar el Brigadier por no contravenir órdenes terminantes del Ministro, que le prevenían no abandonase las comunicaciones con Guadalajara y la protección de la vía férrea. Tal consideración, y la de no dejar las ricas poblaciones de Sigüenza y Cifuentes expuestas á la contingencia de una rápida correría de Villalaín, determinaron á Golfín á acantonarse en Algora. Llegó allí el 7, y en este día expuso al Ministro los motivos de su determinación y le pidió instrucciones, oficiando tam-

bién á Moltó para indicarle la conveniencia de que emprendiese la persecución del mencionado cabecilla.

Entonces surgieron en Segovia las falsas alarmas de que ya hemos hecho mención, motivadas por los repetidos anuncios de que una numerosa partida invadiría esta provincia, donde estaba el Presidente del Poder Ejecutivo. No había en Madrid tropas que enviar, y se utilizó la brigada Golfín, embarcándola, el 9, en trenes dispuestos en Sigüenza. Sin su apoyo, los destacamentos de este punto y de Brihuega resultaron exíguos, y hubo necesidad de reforzar el primero con 50 hombres de la reserva de Lorca, y con 100 de la de Alicante el segundo.

El general Moltó reiteró sus pedidos para poner á la capital de Cuenca en buenas condiciones defensivas, y aunque pocos, permaneció en ella algunos días, para dar confianza y alentar á sus moradores; pero creía que tal estado de cosas no se podía prolongar, y que urgía escarmentar á la facción. Así lo juzgó también el Ministro de la Guerra, que el día 3 del expresado mes de Agosto, cuando Villalaín andaba por la zona norte de la provincia, decía á Moltó: «Puesto que V. E. considera que, con las precauciones debidas para la seguridad de esa población y para protegerla en caso necesario, puede salir con todas las fuerzas á operaciones, no sólo apruebo el pensamiento, sino que deseo y creo oportuno ponerlo en práctica cuanto antes. Por las noticias que V. E. me ha transmitido en los días de ayer y anteayer, y otras análogas que he recibido, se vé que esos pueblos abultan las condiciones del carlismo, concediéndole exageradísima importancia, y se comprende la necesidad de reanimar su espíritu con la presencia de tropas y de que vean que el Gobierno no carece de elementos, ni de personas tan competentes como V. E. para utilizarlos con ventaja.» Le advertía, además, tuviera en cuenta que eran bisoños los soldados, para ir acostumbrándolos paulatinamente á las jornadas, y que éstas sirvieran de provechosa instrucción; en

la inteligencia, que sus fuerzas debían ser la principal salvaguardia del territorio de Cuenca.

Al día siguiente de recibir este telegrama, emprendió el General la marcha, á pesar de las protestas de los conquenses, que al sólo anuncio de la reunión de los bagajes en la plaza de toros se amedrentaron, sin que bastase á calmarles la promesa de que quedaría custodiándoles el batallón reserva de Jaén, como en efecto se dispuso. Con los cuerpos restantes se encaminó por la carretera de Guadalajara á Villar de Domingo García, donde pernoctó. El 5 fué á Priego, é ignorando la situación de Villalaín, pasó el Guadiela por el puente del Martinete y se dirigió á Alcantud en busca de noticias. Aquí adquirió datos más seguros, y cambió el rumbo hacia Beteta para caer sobre el cabecilla que, huyendo de la brigada Golfín, estaba en dicha villa el 7, de regreso de la expedición á Brihuega. Tampoco en esta ocasión esperó el combate el titulado Comandante general carlista, y queriendo á toda costa salvar el fruto de su correría, marchó precipitadamente á Santa María del Val y Tragacete, para escoltarlo hasta cerca de Chelva, anunciando su propósito de atacar otra vez á Cuenca; por lo cual torció la columna hacia Cañizares, al llegar á la unión de los ríos Guadiela y Cuervo, antes de entrar en la Hoz de Beteta, continuando por Cañamares y Sotos á Cuenca, donde llegó el 9 por la mañana. Noticioso Villalaín de este movimiento, desistió del plan anunciado, si realmente le tenía, y se alejó de la provincia, ocultándose en la sierra de Molina. El no saberse de él en dos ó tres días dió más visos de verosimilitud á las falsas alarmas que había en Segovia.

No demoró el Ministro el envío de los fondos, municiones y efectos militares reclamados por Moltó; pues en cuanto le fué posible, formó en Madrid un convoy de todo, que envió por ferrocarril á Villarrobledo, para que de aquí le condujesen á Cuenca. Coincidió su llegada á la estación de desembarque con

la aproximación de Moltó á la capital, y tanto á fin de protegerle cuanto para amparar la vía férrea contra los desmanes de varias partidas que pululaban por el sur de la provincia, se encaminó la columna á esta zona, encontrando á corta distancia el convoy, que venía custodiado por 100 guardias civiles destacados de Cuenca con la debida anticipación, el cual después de proveer de municiones á los soldados del General, continuó á su destino. Los caudales se emplearon, principalmente, en fortificar la catedral, edificio que fué elegido por reunir excelentes condiciones de defensa, dado que los fondos y elementos disponibles no eran suficientes á la realización completa del plan que hemos dado á conocer.

Los temores que existían de que se alterase el orden en la capital de la Nación, motivaron entonces un apremiante telegrama al jefe de la mencionada columna, para que ésta continuara la marcha á Villarrobledo y embarcara en trenes hacia Madrid; pero conjurados aquéllos, Moltó no llegó á la vía férrea, sino que se detuvo en San Clemente en virtud de nuevas instrucciones del Ministro á fin de que operase en las inmediaciones de la ciudad de Cuenca, la protegiese, batiera á las pequeñas facciones, sin dejar nunca de estar apercibida á oponerse á los enemigos que, en número considerable, volvieran á repasar los límites de la provincia. El 14 y 15 de Agosto permaneció en dicha villa esperando la llegada del brigadier D. Francisco Gamarra, destinado á mandar la brigada que llevaba el General, el cual se aprestó á una expedición por Motilla del Palancar, cuyo partido judicial hacía tiempo que no era recorrido por columnas, y cuyas comandancias carlistas cometían desafueros á su antojo. Desde allí dió órdenes Moltó al jefe de la reserva de Jaén, que era el Gobernador militar interino, para el caso de que el enemigo atacara la población, y le dijo que él se proponía no perder de vista el auxilio de la misma.

En el poco tiempo transcurrido en incorporarse Gamarra

con la sección de húsares que le sirvió de escolta desde Villarrobledo, tuvo el General que cambiar de plan; pues las nuevas que recibió de que Villalaín amenazaba á Cuenca y que un batallón carlista había pedido raciones á Cañete anunciando su llegada á la provincia, le obligaron á ir hacia el norte. Por Honrubia se dirigió á Valverde del Júcar, eligiendo este punto como centro de sus operaciones, porque situado en la carretera de las Cabrillas y á mitad de distancia de la capital á la vía férrea de Alicante, podía proteger ambas desde él, y obrar, además, de acuerdo con el Ejército del Centro, que era el deseo del Ministro de la Guerra. Llegó allí el día 16, y el 17 recibió un aviso del Comandante militar de Cuenca que reiteraba la presencia en Cañete de fuerzas carlistas, lo cual le decidió á continuar á dicha capital para contener el avance del enemigo, como en efecto sucedió; pues noticiosos de ello los rebeldes, retrocedieron al territorio del Centro.

Durante esta expedición, atendió con preferencia Moltó á activar en los pueblos lo relativo al llamamiento de 125.000 hombres decretado por el Gobierno, apremiando á los alcaldes de los lugares próximos para el cumplimiento de lo dispuesto, recogiendo á los mozos, y conduciéndolos con su columna, sin descuidar tampoco la cobranza de contribuciones, ni todo aquello que podía contribuir á robustecer el principio de autoridad y á levantar la moral de los habitantes de la provincia.

Para no alterar el orden cronológico que seguimos en la narración, se hace preciso interrumpir la de las operaciones de Moltó y tratar de las efectuadas en Guadalajara, donde dejamos á Villalaín oculto en las sierras del partido de Molina. El 11 de Agosto se presentó este cabecilla en Orea, punto en que racionó á su gente, marchando en seguida á Alustante y después á la ciudad de Molina, en la que entró el 13, y desde la cual envió emisarios, apoyados por pequeñas fraccio-

nes, para organizar comandancias en los pueblos de aquella zona é interceptar las comunicaciones con la capital. El grueso de la partida hizo una rápida correría por la vía férrea de Zaragoza, en la que detuvo un tren entre Medinaceli y Alcuneza, quemó los coches de él, y se apoderó de la máquina, embarcándose en élla algunos hombres, que fueron á Arcos y destruyeron á su paso los puentes, las casillas de guardas, las líneas férrea y telegráfica; y no contentos con esto, destrozaron, además, los depósitos establecidos en la estación del último pueblo citado.

Tal excursión llenó de pánico á los moradores de Sigüenza, quienes supusieron que iban á ser atacados por los carlistas. En Madrid se creyó lo mismo; y tanto para amparar aquella ciudad como para batir á la referida facción, que de día en día aumentaba en importancia y prestigio, salió, el 14, de la capital de la Nación la 2.ª brigada de la 1.ª división del distrito, mandada por el brigadier D. Evaristo García Reina, y compuesta de los batallones reservas de Toledo y Ciudad Real y un escuadrón de húsares de Villarrobledo. El auxilio de esta columna, que llegó á Sigüenza en dos trenes, fué tan eficaz, que los facciosos dejaron á Maranchón, donde estaban el 15, de regreso de la vía férrea, y se dirigieron á las sierras que hay al sur de la provincia.

Al día siguiente, cuando García Reina tuvo datos seguros, por los exploradores que destacó, para seguir al enemigo, dejó dos compañías de Toledo en Sigüenza, y se encaminó con las fuerzas restantes, por la carretera, á Alcolea del Pinar, donde supo que Villalaín se había dirigido desde Maranchón á la Riva de Saelices, pueblo hacia el que marchó también el Brigadier sin pérdida de momento, con ánimo de cortar á los carlistas el paso á la parte más intrincada de la sierra, si llegaba oportunamente, ó perseguirles, en caso contrario, como sucedió; porque cuando la columna entró en el

pueblo, aquéllos, forzando el paso, se habían alejado una jornada, habían salvado el Tajo y estaban en Huertapelayo, proponiéndose continuar por Zaorejas y Villanueva de Alcorón á Beteta.

No todos los secuaces de Villalaín le acompañaron en esta ocasión; pues un grupo de 60 se separó hacia Molina, á ponerse en comunicación con el cabecilla Madrazo, que era esperado allí, y otro de 30 quedó protegiendo en sus exacciones al cura de Maranchón, titulado Comandante militar de este punto.

Desde Riva de Saelices siguió García Reina á Huertahernando, convencido de lo infructuosa y estéril que sería la persecución de Villalaín en un terreno por demás escabroso; y teniendo recientes y expresas instrucciones del Ministro de la Guerra de encaminarse á Molina, á fin de hacer que desapareciese la comandancia enemiga allí establecida y evitar la entrada de Madrazo, retrocedió por Cobeta y Corduente, recogiendo en los pueblos de paso los mozos de la reserva y las contribuciones atrasadas, y avistó á dicha ciudad á las once de la mañana del 18. Al estar cerca de élla, dispuso que se dirigiera la caballería al galope á cercarla; y convencido de que ya había sido abandonada por el enemigo, ordenó que dos secciones emprendieran el seguimiento. El resultado fué un sargento carlista muerto y otro prisionero; cóger 72 quintos, unos en el campo al ser abandonados por los carlistas y otros después en la población, y apoderarse de armas y de documentos. Allí continuó la brigada García Reina esperando órdenes.

La marcha de Villalaín hacia el sur, por Zaorejas y Villanueva de Alcorón, fué causa de que Moltó permaneciera en Cuenca, en expectativa de los movimientos del cabecilla, hasta que habiendo este iniciado la marcha hacia La Mancha, tuvo que salir el General á su encuentro; aprovechando antes su pasajera estancia en la ciudad para relevar sus soldados enfermos

por otros útiles del batallón reserva de Jaén, y organizar un pequeño destacamento de guardia civil, que envió á los partidos de Tarancón y Huete á proteger la quinta, el cobro de impuestos y amparar á los pueblos contra las exacciones que el cabecilla D. Pedro Gómez, titulado Comandante militar de Priego, estaba haciendo al frente de una partida de 50 insurrectos. El día 20 de Agosto llegó la brigada á Valdecolmenas de Abajo, pernoctando parte en este pueblo y el resto en el inmediato de Castillejo del Romeral, sin decidirse Moltó á continuar á Huete al siguiente día, como pensaba, por las noticias propaladas y hasta confirmadas por urgentes avisos del Comandante militar de Cuenca, que indicaban con insistencia que el propósito de los carlistas era atacar la población. Desvanecidas dichas nuevas y adquirida la certeza de que Villalaín caminaba con rumbo á Huete, siguió la columna hacia esta ciudad en la noche del 21, y arribó á élla con tiempo suficiente para evitar que fuera invadida por los enemigos.

Estos anduvieron en tales días marchando y contramarchando por los confines de Cuenca y Guadalajara, entraron en Alcocer, Sacedón y Auñón, pueblos situados á una jornada de la capital de la última provincia, y estaban cerca de Huete cuando Moltó llegó tan oportunamente. Al retroceder entonces Villalaín fué hasta Budia, alarmando con tal movimiento á los habitantes de Guadalajara y precisando á las autoridades á adoptar varias medidas para apercibirse á la defensa. El Ministro, considerando que la protección de la brigada García Reina desde Molina y la de Moltó desde Huete era ilusoria por el momento, organizó en Alcalá de Henares otra con el batallón reserva de Lorca, tres escuadrones del Depósito Central de Instrucción y uno de lanceros de España, y encomendó su mando al brigadier Manglano, con instrucciones de ir inmediatamente á la provincia de Guadalajara, al encuentro de la facción, estrecharla hacia la sierra y perseguirla hasta con-

cluir con ella, porque estaba convencido de que era el mejor sistema de amparar las poblaciones. Esto mismo decía el 22 á Moltó, al anunciarle que podía contar con la cooperación de Manglano, advirtiéndole, además, que encerrado Villalaín en el triángulo formado por las tres columnas referidas, su posición era muy falsa y debía ser batido.

La brigada procedentede Alcalá se encaminó á Santorcaz, y continuó á Tendilla, por la carretera, en demanda de los carlistas, que desde Budia atravesaron el límite de la provincia y se internaron en las sierras que hay entre El Pozuelo y Beteta. El primer objeto de las operaciones de Manglano estaba, pues, conseguido, al evacuar los carlistas el territorio de Guadalajara, y en vista de esto y de que la columna no reunía buenas condiciones para maniobrar en el terreno quebrado á que llegó tras el enemigo, por ser montada la mitad de la fuerza, ordenó el Ministro al Brigadier que abandonase el seguimiento y entregase el mando al teniente coronel Soria Santa Cruz, que era el jefe más caracterizado, para que éste se dedicara á proteger la quinta y la recaudación de contribuciones. El 27 se dió cumplimiento á dicha orden en Brihuega, sitio desde donde Manglano regresó á su destino y desde el que empezó la columna á desempeñar su nuevo cometido.

Moltó, después de recibir en Huete el telegrama del Ministro, que le puso en antecedentes de la situación de Villalaín y de la salida de Manglano, se encaminó el 22 á Gascueña y Priego á cortar la retirada de la facción; mas noticioso el General, antes de llegar al último punto, de que la partida Gómez estaba racionándose en él, quiso sorprenderla; y, para ello, hizo avanzar sigilosamente una compañía de la reserva de Málaga y dos secciones de húsares de Villarrobledo, que no consiguieron otro resultado que apoderarse de algunas armas y varios efectos, porque advertidos con tiempo los de Gómez, huyeron precipitadamente, refugiándose en las sierras inmediatas. Des-

pués de pernoctar el 23 en Priego, salió la brigada al amanecer del día siguiente hacia Beteta, internándose en seguida en un empinado y escabroso monte situado al nordeste del pueblo, que le fué preciso atravesar para evitar el paso de la angostura que conduce á Cañamares y la subida del puerto de este nombre, sitios de difícil flanqueo, y peligrosos por la proximidad del enemigo. Franqueados tales obstáculos, y ya en el camino carretero que conduce á los baños del Solar de Cabras, continuó el movimiento, con las habituales precauciones hasta el puente Badillo sobre el río Cuervo; y salvado éste, en lugar de seguir por el desfiladero llamado Hoz de Beteta, ascendió á una altura que se encontraba á su derecha, y caminando por espesos pinares, llegó á las cinco y media á la vista del contrario y de Beteta, y desplegó entonces sus fuerzas, tomando posiciones enfrente de los adversarios.

Respecto á los acontecimientos posteriores, manifestaba Moltó al Ministro, en telegrama del 25, desde Cañamares: «....no era sólo Villalaín el que allí se encontraba; había fuerzas que no bajarían de 5 á 6.000 hombres, extendidas en formidables posiciones y apoyadas por su derecha en el castillo y pueblo, que está cercado de murallas antiguas aspilleradas, en las cuales se veía bastante gente, y por su izquierda en El Tobar, donde se decía que estaban los zuavos. Vista la imposibilidad de atacar á Beteta, porque hubiera sido una temeridad hacerlo sin artillería, aunque sólo hubiese estado defendida por Villalaín, mandé á la vanguardia que se detuviese en la vega, dentro del tiro de fusil del enemigo, y presenté mis tropas en orden de batalla desafiando al combate á los carlistas, que ni aun rompieron el fuego. Después de anochecido repleguè mi columna en las alturas que hay frente á la villa, y, entre nueve y diez, la puse en marcha para Cañizares, adonde llegué á las dos de la madrugada; y aunque la situación del pueblo es malísima y urgía salir del desfiladero, tuve que dar descanso á la

tropa, que llevaba diez leguas de jornada, y racionarla con pan y carne. He llegado aquí á las diez y continuaré por la tarde á Torralba, pues temo que el enemigo haga algún movimiento sobre Cuenca, caso en que sería grave la situación de los que la guarnecen y aun la de la brigada, que sólo tiene 1.800 combatientes.» Al otro día ampliaba este telegrama Moltó desde Villar de Domingo García diciendo: «Tres compañías de infantería y una sección de caballería carlistas llegaron ayer mañana al puerto de Cañamares, dos ó tres horas después que lo habíamos pasado, é hicieron allí varios disparos, ignoro con qué objeto, pues no se acercaron al pueblo mientras estuvimos sesteando en él. Por la tarde seguimos á Torralba, sin ver fuerza alguna. No he conseguido saber si los enemigos se dirigirán á Cuenca por Tragacete; por eso me sitúo en este punto, desde donde mando enfermos á Cuenca y en el que espero noticias. Tal vez la fuerza que había en Beteta habrá ido otra vez á Guadalajara ó Aragón.» Terminaba haciendo consideraciones sobre las vicisitudes de la campaña y sobre la necesidad de apoderarse de Beteta, insistiendo en que si no lo intentaba era por tener pocas tropas á sus órdenes y carecer de artillería.

En el último punto mencionado no había más carlistas que los de Villalaín, cuando se verificaron estas operaciones; pero se dió tan buena maña el cabecilla para presentar su facción como muy numerosa, propalando noticias falsas y haciendo que muchos vecinos estuviesen en las murallas á la vista de las tropas para aparentar más combatientes, que parecía tener fuerzas tres veces mayores.

Moltó permaneció en Villar de Domingo García los días 26 y 27 protegiendo á Cuenca; y como los carlistas no salían de su guarida y le había sido admitida la dimisión del cargo de Comandante general de la provincia, resolvió dirigirse á Huete para entregar el mando al mariscal de campo D. Juan Monte-

ro Gabuti, nombrado para reemplazarle, protegiendo de paso á la guardia civil que estaba esparcida por los partidos judiciales de Tarancón y Huete. El 29 arribó á esta ciudad, desde donde destacó 40 caballos á la primera para escoltar al nuevo Comandante general; mas análogamente á lo sucedido siempre que la brigada se había alejado algunas leguas de Cuenca, esta capital se vió amenazada por la facción, y tuvieron las tropas que ir en su auxilio si aguardar á Montero Gabuti.

En efecto, el 1.° de Septiembre, Villalaín, que según se decía, contaba á la sazón con 2.000 hombres y 200 caballos en sus filas, descendió de las sierras de Beteta á Albalate de las Nogueras, y envió avanzadas á Ribagorda, Villar de Domingo García y Gascueña, indicando con tales movimientos la intención de llegar á Cuenca. Desconfiaba, sin embargo, Moltó de este propósito, temiendo que fuese un ardid para llamar la atención de la brigada y tener libre el paso á Pastrana, rica población de Guadalajara, en la cual, desde tiempo atrás, tenía puestas sus miras el cabecilla.

En su marcha hacia Cuenca, Moltó pasó por Valdecolmenas de Abajo y fué hasta Jábaga, donde noticioso el 2 de los puntos que ocupaban las avanzadas carlistas, cambió el rumbo ú la izquierda, para salir al encuentro de la partida si ésta continuaba el iniciado avance, ó seguirla si, como esperaba, huía. Llegó hasta Cañaveras con tal fin, sin lograr avistarla, pues el jefe carlista conoció el riesgo que corría; y no conviniéndole, como de costumbre, librar acción, se refugió aceleradamente en las sierras de Beteta, Carrascosa y El Pozuelo, donde estuvo unos días haciendo cortas excursiones por los sitios comarcanos, mientras 300 hombres de la partida protegían á los trabajadores de los pueblos inmediatos empleados en fortificar la villa de Beteta y reparar su antiguo castillo, con objeto de establecer allí un centro de operaciones.

Como el cabecilla envió emisarios á los alcaldes de Alco-

cer y Sacedón para que le tuvieran dispuestas raciones y fondos que, según anunciaba, iría en seguida á recoger, creyó Moltó que el adversario persistía en su designio de invadir la provincia de Guadalajara, y á fin de impedirlo, siguió hasta Alcocer, á tiempo que la columna de infantería de Lorca y caballería del Depósito de Alcalá que mandaba el teniente coronel Soria Santa Cruz avanzaba desde Brihuega á Sacedón, por el mismo motivo y con análogo objeto. Supo el General el movimiento de esta fuerza, y no juzgando ya imprescindible su permanencia allí para impedir la marcha de Villalaín, regresó á Huete, á fin de entregar el mando de la columna al que debía substituirle, y al cual suponía esperándole.

Montero Gabuti llegó á Tarancón el 2, al día siguiente de salir la brigada de Huete; pero ignorando la situación de ésta, partió á Cuenca para adquirir noticias, escoltado por los 40 caballos que se le habían enviado, más 100 guardias civiles, y en dicha capital se le dió la orden de regregar á Madrid. Moltó recibió otra en la que disponía el Ministro que el brigadier Gamarra quedase en propiedad mandando las fuerzas de la provincia, añadiendo que él podía desde luego encaminarse á Madrid, según deseaba. El 8 dirigió Gamarra, desde Huete, el siguiente telegrama al Gobierno: «En el día de hoy he tomado el mando de la columna, que me ha sido entregado por el general Moltó, cumpliendo lo dispuesto por V. E. Tan luego regrese fuerza de caballería que le escolta hasta Tarancón, marcharé á Cuenca para que se me incorporen la caballería que acompañó al general Montero, los habilitados de los cuerpos con la consignación y la fuerza que haya de la brigada; conferenciar con el Gobernador civil, y enterarme de las obras de fortificación.» El 10 por la noche llegó adonde se proponía.

Mientras tuvieron lugar los movimientos relatados no cesaron las pequeñas partidas de recorrer en la provincia las zonas en que se podían mover á mansalva, cometiendo sus ha-

bituales vejámenes é invitando á los mozos del reemplazo á que se les unieran, lo que muchos ejecutaron de buen grado. De estas facciones, la más importante era la de Gómez, que contaba con cerca de 100 hombres. En extensa comunicación, fechada el 2 del mencionado mes de Septiembre, dió cuenta Moltó del estado de Cuenca, diciendo: «.... he estudiado detenidamente el país, y me he cerciorado de que el espíritu carlista lo domina, reinando apatía, indiferencia y temor en los liberales; que el principio de autoridad está completamente relajado, y los alcaldes desprestigiados y sin influencia alguna en general; que hay gran resistencia pasiva en todos al cumplimiento del deber, huyendo los vecinos con sus caballerías para eludir el servicio de bagajes y excusándose de presentar las raciones que en los repartos hechos por los alcaldes les corresponden; y que éstos, personas de poca capacidad la mayoría, atemorizados por las partidas, no saben usar de su autoridad. Así lo comprendí desde luego, y así se lo dije al Gobernador civil para que coadyuvara á darles más fuerza moral y el posible prestigio. A mi llegada á Cuenca impuse multas á los que no daban parte de la aproximación de los carlistas, y ahora les exijo relaciones de los que desobedecen sus mandatos, para castigar con la de 50 pesetas y cuarenta y ocho horas de arresto á los que niegan bagajes, y con la de una peseta por ración á quienes no nos las faciliten.» De la recaudación de contribuciones decía: «Está atrasadísima en la provincia, y la culpa no es sólo de los pueblos, pues en el partido de Huete hay varios en que no se han presentado hace un año recaudadores del Banco, porque siendo algunos de éstos de opiniones carlistas, están, por consiguiente, poco interesados en el cobro. Destinar pequeñas columnas de la brigada á esta operación sería imprudente, teniendo en cuenta que podrían ser copadas por Villalaín, quien con 300 jinetes y otros tantos infantes á la grupa suele hacer de vez en cuando correrías; además de que esto imposibi-

litaría la protección de Cuenca y la persecución de aquél.»

Dejamos á García Reina el día 18 de Agosto en Molina, con su brigada, esperando instrucciones del Ministro. Mientras llegaban, se dedicó á activar las operaciones de la quinta, en lo cual encontró serias dificultades; pues en muchos pueblos se amotinaban los mozos é impedían el sorteo, huyendo á las sierras, como sucedió en Rueda, donde no bastó tampoco para la presentación de los alistados coger en rehenes á individuos de sus familias y conminarles con no darles libertad hasta la entrada en caja de los que debían ingresar en el Ejército. Los instigadores de esto eran pequeños grupos de carlistas, á quienes no era fácil avistar, porque tan pronto aparecían en son de guerra, como, ocultando sus armas y boinas, tomaban el aspeto de labradores pacíficos.

Los temores de alteración de orden público que hubo en Madrid, con motivo también de la entrada en caja de los reclutas, precisaron al Capitán general á ordenar el 22 que la brigada saliera de Molina sin pérdida de momento y se encaminara á Sigüenza, donde tendría trenes preparados para continuar á la capital. El 23, por la noche, llegó á la estación de aquel punto García Reina, donde recibió aviso de detenerse, por haberse conjurado ya en Madrid los trastornos esperados.

Desde allí conferenció, por telégrafo, con el Ministro, á quien decía al indicarle el estado de la comarca: «No hay ayuntamiento que diga la verdad. Los titulados comandantes de armas recorren el país, y bajo las más duras penas hacen que nos den noticias inexactas de su paradero. El espionaje que tienen imposibilita que se pueda dar alcance á Villalaín. Lo escabroso del terreno proporciona seguro abrigo á las pequeñas partidas. Con la fuerza que llevo en la columna, que es 900 infantes y 110 caballos, sin más municiones que doce paquetes por individuo, he procurado estar muy alerta para que el expresado cabecilla ó cualquier otro no se corran á Aragón.» El Ministro le

contestó, primeramente, encareciendo gran actividad y lo indispensable que era hacerse obedecer de los pueblos y exigir á los alcaldes los auxilios y noticias necesarios, castigando duramente á quienes los negasen, y algunas horas después, le anunció el movimiento de Villalaín hacia Villanueva de Alcorón y la sierra de Molina, previniéndole que tratara de batir al enemigo y le impidiese la retirada á Aragón; fines á que debía atender situándose de nuevo en la ciudad de Molina.

El clamoreo de los pueblos de esta comarca era grande por la entrada en Escamilla de Agustín Navarrete, con 200 hombres; la de D. Julián Cuadra, con 100, en Alcoroches; la de Saturnino Hernández, con otro grupo, en Mochales, y por las exacciones que todos ellos cometían con harta frecuencia, en atención á lo cual las autoridades locales impetraban del Gobierno que no se alejase la columna. Esto y la excelente posición que ocupa Molina decidieron á dejar acantonada allí la brigada y á emprender obras á cuyo amparo se pudiera asegurar su posición con una corta fuerza permanente, mientras el resto de la columna, sirviéndose de la plaza como centro de operaciones, dedicaría su actividad á dar batidas por los pueblos y montes de la zona. El 29 de Agosto comenzaron los trabajos de reparación de las murallas y del castillo, protegidos por la brigada, aunque no íntegra, porque García Reina tuvo que enviar dos compañías del batallón reserva de Toledo á Arcos, á fin de custodiar la vía férrea, desguarnecida entonces por la incorporación de las compañías que López Pinto tuvo destacadas en el indicado sitio. Se abasteció á la ciudad con abundantes municiones de boca y guerra, en previsión de un cerco, y se le asignaron como guarnición constante tres compañías. Con tales disgregaciones quedaba la columna muy escasa de soldados; así fué, que el Brigadier se dedicó especialmente á atender á la seguridad de Molina y á la instrucción de sus

subordinados, destacando, de vez en cuando, pequeñas fracciones de medio batallón ó de 40 ó 50 caballos, que verificaban excursiones de un solo día y visitaban los pueblos más levantiscos, haciendo respetar el principio de autoridad y encauzando las operaciones de la quinta.

De este modo transcurrió la primera decena del mes de Septiembre, en cuyo tiempo, se ocupaba Villalaín en convertir á Beteta en ciudadela del carlismo de Cuenca y en aumentar el número de las comandancias de armas. El 12, noticioso de que en la línea férrea de Zaragoza había poca fuerza que la guardase, pensó repetir en ella los desmanes de meses atrás, y se encaminó al efecto hacia el norte; mas le salió al encuentro García Reina, dando lugar los movimientos de ambos á la acción que este brigadier refirió oficialmente en los siguientes términos:

«Habiendo tenido el sábado 12 del corriente la confidencia segura de que la facción Villalaín, fuerte de 2.500 infantes y 200 caballos, se hallaba en Terzaga y pueblos inmediatos, á cuatro leguas de esta población, ayer, á la una de la madrugada, emprendí la marcha para dichos puntos con la columna de mi mando, habiendo dejado en este castillo unos 200 hombres con los enfermos.=Al llegar al pueblo de Tierzo supe que la partida había salido el día anterior de Terzaga; y con objeto de saber la verdadera dirección que había tomado, mandé espías á averiguarlo, mientras daba un descanso á la tropa y pienso al ganado.=Cuando aquéllos regresaron, me dijeron que el contrario se hallaba en aquel momento en Taravilla, é inmediatamente reuní mi gente y me puse en marcha para dicho punto.=Desde el caserío de Armalla ya divisé algunas avanzadas carlistas; en vista de lo cual mandé que dos compañías subiesen á la áspera sierra del Basillo y flanqueasen mi marcha por aquella parte, en donde el camino vá por el fondo del valle. Al subir á Peñamala divisé á Taravilla, donde se

hallaba toda la facción repartida entre el pueblo y las alturas inmediatas del cerro de San Mamés. Entonces, siendo ya inútil el flanqueo de la derecha, y necesario el de la izquierda por la cuesta del Aremuz, ordené que se me incorporase aquel y que una compañía subiese á esta altura y siguiese hasta dar frente á Taravilla, fuerza que debía servir de apoyo al flanco izquierdo en la jornada. Al llegar á distancia conveniente del enemigo ordené mis fuerzas de la manera siguiente: cuatro compañías del batallón reserva de Ciudad Real, desplegadas en batalla, y las dos restantes, de reserva; dos secciones del escuadrón de Villarrobledo, apoyando la derecha, que ocupaba terreno llano; otras dos, á retaguardia del centro; y una compañía del batallón de Toledo, ocupando la cuesta del Aremuz y cubriendo mi flanco izquierdo. En segunda línea, las tres compañías restantes de Toledo, sirviendo de reserva general. Y en tercera, la impedimenta y el parque, con las guardias.=En esta disposición emprendí el ataque amagando al citado pueblo de Taravilla, que formaba el centro de las posiciones enemigas y en donde, al parecer, reconcentraban los carlistas su defensa, durando el fuego una hora, sin avanzar gran cosa. Noté entonces que la caballería de la facción y parte de su infantería avanzaba por su izquierda con el objeto, sin duda, de envolver mi derecha; y á fin de evitarlo, ordené á mi jefe de E. M., comandante D. Fidel Tamayo, que con mi ayudante de órdenes, teniente coronel graduado capitán D. Juan Fernández, y 25 caballos de los del centro marchase al ala derecha, y con ellos y los que allí había contuviese el movimiento del adversario por aquel punto, lo cual consiguió rechazándole por completo, por cuyo buen comportamiento me permito recomendar especialmente á V. E. á dicho jefe, así como también al capitán Fernández y al capitán de caballería, jefe de aquella fuerza, D. Leopoldo García Peña, que le ayudaron en su empresa.=Viendo la retirada de los facciosos por mi derecha, dis-

puse que una de las compañías de la reserva de Toledo atacase con ímpetu la izquierda enemiga, siendo apoyada por la caballería que llevaba mi jefe de E. M., y que al mismo tiempo el batallón de Ciudad Real tomase el pueblo á la bayoneta. Dado el ataque, este cuerpo se apoderó del lugar, y al observar la precipitada fuga de los carlistas, coronó el cerro de San Mamés por el centro, al mismo tiempo que la compañía de Toledo y la caballería le coronaban por la derecha; en vista de lo cual el enemigo se puso en completa fuga por el barranco de Escabrón, pasando el río Cabrillas y huyendo por los riscos con dirección á Beteta, no pudiendo ser perseguido por la caballería por la escabrosidad del terreno.=Terminado el fuego, que en total duró dos horas y media, reuní mis fuerzas, que se hallaban algo diseminadas, reconocí el pueblo y todo el campo, y me ocupé con interés de que fuesen curados mis heridos.= Las pérdidas de la partida fueron 14 muertos recogidos en el primer reconocimiento que se practicó, y 16 más encontrados por los vecinos de Taravilla en las casas y barrancos, no habiendo dejado más que un herido que cayó en el momento de descender hacia el río Cabrillas, pero los expresados vecinos me aseguran hoy que el enemigo tuvo más de 120. Las mías fueron un oficial herido, un soldado muerto y 20 individuos de tropa heridos. Además tuvo mi caballería un caballo muerto y cinco heridos.=En el reconocimiento del campo se recogieron gran número de mantas, boinas y otras ropas todas inútiles, con que cargué tres acémilas, y 37 armas de distintas clases.=En el pueblo recogí, además, 96 fanegas de cebada que los carlistas tenían para raciones, las cuales he vendido distribuyendo por igual su importe entre todos los soldados de la columna.=A las tres de la tarde, viendo que muchos heridos estaban de bastante gravedad, que se carecía de medios de curación, y teniendo en cuenta que este castillo, donde también se hallaba el recaudador de contribuciones con catorce ó quin-

ce mil duros, podía necesitar de mi auxilio, regresé á este punto, adonde llegué á las diez de la noche con todos los heridos y lo ocupado al enemigo. Al tener el honor de participar á V. E. los detalles de esta jornada, cumple á mi deber, además de la recomendación especial que hago á V. E. de mi jefe de E. M. y capitanes D. Juan Fernández y D. Leopoldo García Peña, recomendarle también todos los señores jefes y oficiales de esta columna, los cuales se han portado con tan buen deseo y tanto celo, que con las escasas fuerzas que yo llevaba, compuestas del batallón de Ciudad Real, que aun no se había fogueado, y de cuatro compañías del de Toledo, sin embargo de carecer de gran número de oficiales y clases, he conseguido batir, tomar formidables posiciones y dispersar por completo á un enemigo tres veces superior en número y acostumbrado á la fatiga de la guerra.=Molina 14 de Septiembre de 1874.»

Los carlistas huyeron en diversas direcciones: unos se dirigieron á Peñalén, otros á Poveda de la Sierra, algunos á Valsalobre, varios á la Cueva del Hierro y muchos se despeñaron por las ásperas alturas que limitan el río Cabrillas. La cita de reunión de todos fué Beteta, adonde se encaminaron los de á caballo dando un enorme rodeo. El triunfo obtenido por García Reina le valió las felicitaciones del Gobierno y la autorización para elevar propuestas de recompensas. De regreso en Molina la brigada, y sin enemigos próximos á quienes combatir, siguió fortificando la ciudad.

La columna volante del teniente coronel Soria Santa Cruz, que se ha mencionado repetidas veces, no cesaba de recorrer los otros partidos judiciales de la provincia de Guadalajara, acercándose á los puntos que reclamaban su presencia y entrando frecuentemente en la capital, que era el centro de sus operaciones. A ésta la guarnecían los quintos del último reemplazo, que estaban en instrucción, y los soldados de la reserva de Santiago indispensables para cubrir las guardias de plaza.

El resto del batallón ocupaba los fuertes de Sigüenza y Cifuentes.

Después de llegar á Cuenca el brigadier Gamarra, de ejecutar allí lo que dijo al Ministro en el citado telegrama del 8 de Septiembre y de aligerar la columna de la impedimenta que tanto dificultaba las marchas, recibió orden del Capitán general de trasladarse á la provincia de Guadalajara á estorbar el movimiento iniciado por Villalaín hacia la vía férrea de Zaragoza, antes de la acción de Taravilla. Cumpliendo tal disposición, al amanecer del 14, sin saber aun el acontecimiento del día anterior, salió dicho oficial general por la carretera, con ánimo de atravesar el río Guadiela por el puente de Alcocer y dirigirse á salvar el Tajo en Trillo, si la facción se hallaba ya en la orilla derecha; mas, al llegar el día 15 á Alcocer, le notificaron la derrota de Villalaín, y suspendió la marcha hasta adquirir noticias posteriores del enemigo. Al día siguiente averiguó que el cabecilla se había internado en las sierras de Beteta, y entonces repasó el Guadiela y entró en Priego, villa en que se propuso establecer su centro de operaciones, por estar á una jornada de Beteta y no distar mucho de Cuenca.

En Priego supo Gamarra que la partida avanzaba rápidamente sobre la ciudad de Cuenca; nueva que unida á las noticias que ya tenía de una supuesta reconcentración de carlistas en Cañete y Tragacete, le hicieron sospechar la probable repetición de un movimiento combinado sobre dicha capital, por lo cual levantó el campo y retrogradó con rumbo á la población amenazada; teniendo que concluir la marcha aceleradamente, porque al llegar á Villar de Domingo García, se enteró de telegramas del Ministro que confirmaban sus sospechas y le ordenaban que volase en socorro de los conquenses. Terminó la jornada, que fué muy penosa por el excesivo calor, á las ocho de la noche del 17, después de haber evacuado la ciudad las avanzadas de Villalaín; pues creyendo este cabecilla que

podría impunemente repetir los asaltos anteriores, había destacado un grupo de carlistas, que se presentó de improviso en las puertas de la población y entró por sorpresa en La Carretería, desde donde sostuvo fuego algún tiempo con el batallón reserva de Jaén, que tomó posiciones en el primer momento, distribuyéndose en los puntos convenientes de los barrios altos de la plaza. Se prometía esta avanzada apoderarse de los cuantiosos fondos que hasta días antes habían estado en las cajas del Tesoro y del Banco; pero fallidas sus esperanzas por haber sido remitidos aquéllos á Madrid, abandonaron los enemigos La Carretería á las dos horas de fuego, llevándose sólamente 2.000 duros que encontraron en poder de un recaudador domiciliado en el barrio de que fueron dueños. Un hombre herido y un caballo muerto dejaron en las calles los carlistas, que retiraron á otros heridos en su huida; sin que estas bajas costasen á la guarnición más que un contuso.

La llegada de la columna de operaciones fué muy oportuna, porque en los días siguientes la falta del correo de Cañete, la estancia de facciosos en Las Majadas y Tragacete, la petición de raciones hecha por Cucala á varios pueblos del itinerario á Cuenca, el encaminarse Villalaín hacia el Rincón de Ademuz y otras circunstancias, hicieron presagiar otro ataque á la ciudad como el del mes de Julio, por lo cual la brigada se dedicó á dar gran impulso á los trabajos de fortificación y defensa de la capital, de la que salían diariamente patrullas de caballería que, llevando sus reconocimientos hasta una jornada, inquirían noticias del enemigo.

Sea que los carlistas hubiesen desistido de ir á Cuenca por no considerar ya fácil la entrada, ó bien que no hubieran pensado entonces en realizar tal empresa, lo cierto es que el dia 27 estaba Villalaín bastante alejado del punto en que se le suponía, y andaba por Trillo y Pastrana, en cuya zona tenía á la sazón esparcida su gente cobrando contribuciones, haciendo

rehenes, requisando caballos é incautándose de efectos estancados. Después de cometidos tales excesos en dichos pueblos, Huete, Mazarulleque, Garcinarro y otros, se concentró la facción en Almonacid de Zorita, y salvando el río Guadiela, se encaminó á Alcocer.

No demoró entonces el Brigadier el emprender la marcha, y dejando sólamente dos compañías de la reserva de Logroño en Cuenca, pernoctó en el mismo día 27 en Cañaveras, sosteniendo al siguiente el encuentro que relató en el parte inserto á continuación:

«Según tuve el honor de participar á V. E., á las tres de la mañana del día 28 del actual salí de Cañaveras hacia Salmerón, donde tenía pedidas raciones Villalaín para su partida, lo cual hacía presumir trataba de volver á la sierra con el botín recogido en los días anteriores.=Antes de separarme de la carretera, recibí oficio del alcalde de Castejón, participándome haber descansado los carlistas en aquel pueblo, en número de 2.000 hombres y salido en dirección á Alcocer á la una de la mañana, lo que, confirmado por otras personas, me decidió á continuar hacia el primero de dichos puntos, destacando, un cuarto de hora antes de llegar, al escuadrón de húsares de Villarrobledo, con su capitán, para hacer un reconocimiento y picar la retaguardia al enemigo, si acaso hubiese continuado la marcha. Al avistar las primeras casas, á las ocho de la mañana, dicha retaguardia salía de la población y rompió el fuego sobre los húsares que, desplegados en tiradores, contestaron á su vez, avanzando con tal resolución, que la obligaron á abandonar el llano antes de llegar la columna, y á ir á sostenerse al pie de la sierra situada al N., en las inmediaciones del pueblo. Inmediatamente, avanzó la columna al paso ligero, y dispuse mis fuerzas en el orden siguiente: cuatro compañías del batallón reserva de Málaga, desplegadas en guerrilla, en frente de las fuertes posiciones que ocupaba el contrario, al mismo

tiempo que otras dos del de Logroño avanzaban por la derecha nuestra, con idea de envolverle; el batallón de Santander y las otras dos compañías de Logroño, de reserva para acudir al punto donde fuese más necesario. En esta disposición se emprendió el ataque por las compañías de Málaga, después de replegadas las guerrillas de caballería, y ante el nutrido fuego de nuestros bisoños soldados, que se batían por primera vez, el enemigo tuvo que abandonar una tras otra las posiciones que sucesivamente iba tomando, hasta llegar á la cumbre, donde se sostuvo con bastante tenacidad, teniendo, por fin, que abandonarla también, al ver avanzar constantemente á los nuestros, no sólo por el frente, sino por su izquierda, amenazada de ser envuelta por la fuerza del batallón de Logroño, cuyo entusiasmo y decisión, desde que rompió el fuego, no cedieron en nada á los de la de Málaga que atacaba de frente.=A las diez de la mañana la facción, no pudiendo ya sostenerse, emprendió la fuga precipitadamente en dispersión completa, dejando en el campo cuatro muertos, entre ellos uno que parecía ser jefe, y seis prisioneros, dos de ellos heridos. El número de éstos que retiraron y llevaron consigo no ha podido averiguarse con exactitud; pero los alcaldes de los pueblos por donde después han pasado, aseguran que es un número considerable. Nuestras bajas consisten únicamente en dos soldados del batallón reserva de Málaga heridos.=Deseando emprender la persecución del enemigo, y siendo de absoluta necesidad dar antes al soldado algunos momentos de descanso, no pudo ser reconocido el campo detenidamente, por lo que sólo se recogieron las armas y objetos siguientes, encontrados sobre la marcha: 40 armas de fuego y ocho blancas; correajes, una montura, gran número de boinas, mantas y otros objetos; tres cajones de cartuchos y catorce de tabaco, que dispuse se repartiese á la tropa. Posteriormente, el alcalde de Alcocer me participa haber hallado los vecinos del pueblo en el campo del combate,

bastante número de objetos de la misma clase, que he ordenado retengan á mi disposición.=En los días 28 y 29, desde Valdeolivas y esta villa, he tenido el honor de participar á V. E. que la facción Villalaín se fraccionó poco después de emprender la fuga, y que los diversos grupos, en completa dispersión, tomaron distintos caminos hacia la sierra de Albarracín, sin descansar apenas, razón por la cual nos habían tomado mucha ventaja. Esto, unido á la noticia dada por un faccioso presentado, que aseguró se hallaba la partida Madrazo cerca de esta villa, me hizo desistir de la persecución emprendida contra Villalaín, dirigiéndome aquí, donde no hay novedad alguna y doy descanso á la brigada. Altamente satisfecho de las fuerzas de la columna, creería faltar á mi deber si no lo hiciese así presente á V. E., encareciendo su entusiasmo y buen comportamiento durante la acción, y el excelente espíritu de todos los soldados, que son quintos del último llamamiento y se han batido por primera vez.=Trillo 30 Septiembre de 1874.»

El Presidente del Poder Ejecutivo manifestó oficialmente la satisfacción con que se había enterado de la actividad de las tropas y de este hecho de armas, y autorizó al Brigadier para que formulara propuesta de recompensas en favor de los distinguidos.

La fortificación de Molina adelantaba, aunque lentamente, por la falta de recursos. En esta ciudad permanecía acantonada la brigada García Reina, que seguía destacando de vez en cuando pequeñas columnas de medio batallón con alguna caballería, para hacer cortas excursiones por los pueblos y escarmentar á los comandantes de armas carlistas; fin que también persiguió la columna Soria Santa Cruz en otras zonas de la provincia hasta fin de mes, en que fué disuelta, marchando la caballería del Depósito de Alcalá á su habitual residencia, y siendo reemplazada en Guadadalajara por el batallón reserva de Segovia.

Los grupos de rebeldes de alguna entidad que existieron en la sierra de Molina habían desaparecido, y no se turbó la relativa calma de esta región hasta el 19 de Septiembre, en que los 1.000 hombres del batallón carlista de Madrazo, dependiente de la división aragonesa, se presentaron en Maranchón tratando de invadir el país, lo que hubieran seguramente efectuado, á no ser por García Reina que salió á su encuentro el día 21 con la brigada. El cabecilla, que contaba con avanzar sin dificultades y que no tenía ánimo de librar combate, se retiró á la provincia de Soria por Iruecha. Al día siguiente regresó el Brigadier á Molina, cuidando de reconocer su flanco izquierdo, en previsión de una contramarcha del enemigo, temor fundado; pues el alejamiento de éste del confín no fué definitivo, sino que después de hacer algunos destrozos en la vía férrea de Zaragoza y de inutilizar varios kilómetros de línea telegráfica, tomó el camino de Sisamón y siguió por el límite de Guadalajara.

Enterado García Reina de que la facción Madrazo había pasado por Milmarcos el día 3 de Octubre y pernoctado en Tortuera, presumió que continuaría á Campillo de Dueñas, y se puso en marcha á las cinco de la mañana del 4 para Castellar, con 600 infantes y 85 caballos, empleando toda la reserva posible para que los carlistas no lo advirtieran. En el camino cambió de dirección hacia Campillo, y al llegar á la cumbre de la sierra de Caldereros, mandó adelantar la caballería á fin de rodear el pueblo y evitar que 10 ó 12 carlistas que allí había acantonados, ó los habitantes del mismo, previniesen á la partida, que ya no debía estar lejos. Al poco rato, viendo que la caballería rompía el fuego, forzó el paso con el resto de la columna, y divisó á la facción que se dirigía á la sierra desde La Yunta. El Brigadier desplegó sus tropas, mandó disparar á su infantería y dispuso que los 40 caballos que pudo entonces reunir cargaran sobre los carlistas; y como éstos se disemina-

ron en seguida, empezó la persecución, que duró hasta las nueve de la noche, hora en que reconcentró su columna y se encaminó á pernoctar á Campillo. Al día siguiente mandó ejecutar un reconocimiento del campo de la acción, y regresó seguidamente á Molina. Las pérdidas del enemigo en la jornada fueron 27 muertos, 77 prisioneros, de los cuales 10 estaban heridos, 63 armas de fuego de varios sistemas, 19 cananas, 7 sables, 20 bayonetas, muchas municiones y 12 caballos. Entre los carlistas muertos había un jefe y cuatro oficiales, y entre los prisioneros cuatro de éstos y un sacerdote. En la columna no ocurrieron más bajas que cuatro soldados heridos, varios contusos, dos caballos muertos y siete heridos.

Algunos otros muertos y heridos carlistas se encontraron en reconocimientos posteriores que hicieron los vecinos de Cubillejo de la Sierra. Los prisioneros, juntamente con los de Taravilla, fueron conducidos á Madrid por una compañía de infantería desde Sigüenza, adonde se trasladó García Reina con su brigada, para escoltarlos y hacer en su columna las variaciones exigidas por la nueva organización dada al arma de infantería, por la cual los 80 batallones de reserva se refundieron en 25, numerados correlativamente y formados por ocho compañías; se aumentó el contingente de los batallones de cazadores y regimientos de línea, y se crearon 50 batallones denominados provinciales y nueve sedentarios, que, á pesar de estar destinados á guarniciones fijas, salieron también á operaciones.

El mariscal de campo D. José de Salazar, nombrado Comandante general de la división formada por las tropas de Cuenca y Guadalajara, fué quien condujo á Sigüenza, el día 8 de Octubre, las fuerzas que debían relevar á otras de la brigada, quedando constituida ésta con los batallones reservas números 8, 9 y 10, una sección de artillería del tercer regimiento de montaña, un escuadrón de húsares de Villarrobledo y 54 mulos de la brigada de transportes de la Administración Mili-

tar. García Reina salió el día 11 para Molina, escoltando abundantes provisiones de boca y guerra, y llegó allí el 13. Dos compañías de la reserva número 8 pasaron destacadas á Arcos, á fin de amparar la vía férrea, y las restantes del mismo cuerpo quedaron de guarnición permanente en la última citada ciudad. La guardia civil estuvo distribuída y en constante movimiento por toda la provincia de Guadalajara. Como los batallones reservas de Lorca, Segovia y Santiago, que estaban en la capital, Sigüenza, Cifuentes y Brihuega y daban además fuerza suficiente para una columna volante fueron disueltos, se encomendó la misión que tenían al provincial de Guadalajara.

La brigada Gamarra, cuya estancia en Trillo conocemos, abandonó este pueblo, el día 1.º de Octubre, para aproximarse á Cuenca, con objeto de dejar las compañías del disuelto batallón de Málaga que debían incorporarse al de Jaén, recoger dos del de Logroño que allí existían y reponer las municiones que había consumido. Pasó por Viana de Mondéjar, Escamilla, Millana y Alcocer y continuó hacia Cañaveras. Al llegar á la altura de Castejón se destacaron 40 húsares con un capitán para reconocer el pueblo y montes inmediatos, donde se aseguraba que estaba una partida capitaneada por Mochales, y dos compañías de Jaén con 25 caballos se adelantaron por la carretera, á evitar que la facción cruzase por vanguardia de la columna y se internara en las sierras próximas á Albalate de las Nogueras. No dió ningún resultado la batida; y concentrada toda la fuerza en Cañaveras, siguió á Villar de Domingo García para entrar el día 4 en Cuenca; pero como el Brigadier recibió órdenes del Capitán general previniéndole que fuera hacia Villanueva de Alcorón é impidiese la entrada en el territorio de Cuenca á los carlistas de Madrazo, que sabemos estaban entonces en el de Guadalajara, no se pudo verificar en la capital el relevo de las compañías y municiona-

miento de los soldados, operaciones que se hicieron en Villar de Domingo García.

Una vez terminadas, fué la brigada á Priego, adonde llegó en ocasión que salía de la villa un grupo enemigo conduciendo raciones para los voluntarios carlistas que adquirían instrucción militar en el pueblo denominado Vega del Codorno; y adelantándose la caballería de la vanguardia, atacó á los facciosos, les hizo algunos prisioneros y les cogió los víveres y efectos que llevaban. Atravesó después la columna el pueblo de Alcantud, se detuvo en Villanueva de Alcorón para adquirir noticias del adversario, y no consiguiéndolo, retrogradó el 6 á Valdeolivas, donde permaneció hasta el 9, que marchó á Sacedón, con objeto de recibir al Comandante general, que desde Sigüenza se trasladaba á ese punto con las fuerzas que se debían incorporar á la brigada, la cual quedó constituida con los batallones reservas números 5 y 13, dos escuadrones de húsares de Villarrobledo, cuatro piezas de artillería del tercer regimiento de montaña y 95 acémilas de la Brigada de Transportes de Administración Militar. Estas y otras facilitadas por los pueblos condujeron un convoy de víveres y municiones á Cuenca, para las eventualidades de la campaña. Con él y la brigada Gamarra llegó el 13 á dicha ciudad el general Salazar, que aprovechó este movimiento para formar juicio del estado del país y de la guerra y reconocer las fortificaciones de Cuenca. Allí encomendó la guarda de la plaza al batallón reserva núm. 1, y dispuso que la guardia civil quedase distribuida por toda la provincia.

Mientras se llevó á cabo esta reorganización, los carlistas estaban: los de Villalain, aumentados con algunos dispersos de la partida de Madrazo, en Beteta, atendiendo á ultimar las defensas de la que se proponían que fuese ciudadela del carlismo; la mayoría de la facción del último, de regreso en Aragón; la caballería de aquel titulado comandante general, for-

mada por 500 jinetes bien montados, aprovechando su conocimiento del terreno para menudear las correrías por la parte llana, en busca de auxilios; el cabecilla Rosas, mandando una partida volante de 500 infantes, con los cuales tan pronto operaba independientemente como reunido con Villalaín; y por último, las comandancias carlistas, con muy escaso personal, pero fanatizado y decidido, valíanse de cuantos medios tenían á su alcance para proporcionar hombres ó recursos metálicos á las fuerzas rebeldes. Algunas batidas se dieron para exterminar dichas comandancias: á la que radicaba en Carrascosa del Campo, y cuyo jefe era el llamado teniente coronel D. Sergio Alvendea, la disolvió la guardia civil, siendo éste capturado; contra la de Las Majadas, que se distinguía por sus excesos, salió de Cuenca el 9 de Octubre una pequeña columna de 60 soldados de la reserva núm. 1 y 30 guardias civiles, á las órdenes del teniente coronel D. Sergio Potenciano; y avistada en Portilla, al cabo de una jornada de diez leguas, á pesar de haberse hecho fuerte en el pueblo y de contestar con energía á las agresiones de la tropa, fué desalojada de él, dejando cuatro muertos en las calles, entre los que estaba el jefe, y perdiendo otros tantos individuos, que fueron hechos prisioneros, caballos y pertrechos. Los soldados no tuvieron más baja que un muerto, cabo de la reserva núm. 1. Tales hechos no eran frecuentes, pues ya sabemos que, las más de las veces, estas fuerzas carlistas, que pudiéramos llamar sedentarias, huían al menor asomo de peligro y se refugiaban en sitio seguro.

El primer cuidado de Salazar, después de haber organizado las brigadas, fué preparar un movimiento sobre Beteta, villa en que los carlistas tenían abundantes recursos y que era su habitual refugio. Para llevar á cabo la operación, la 1.ª brigada, ó sea la de Gamarra, saldría con el General de Cuenca, dando un rodeo á fin de eludir el paso por las angosturas de

las cercanías de Cañamares y Cañizares, é iría á caer sobre el objetivo por Villanueva de Alcorón y Valsalobre, mientras que la 2.ª brigada, es decir, la de García Reina, se encaminaría desde Molina á Masegosa y Santa María del Val, para impedir la retirada de la facción hacia Tragacete y obligarla á salir al llano. Y en efecto, el 16 del expresado mes de Octubre fué Salazar con la brigada de Cuenca, reforzada con cuatro compañías de la reserva núm. 1, á pernoctar en Albalate de las Nogueras, y al siguiente día entró en Priego, donde supo que el enemigo había huido con rumbo á Chelva, llevándose cuanto tenía en los almacenes de Beteta y dejando en la villa al Gobernador carlista con los enfermos y un corto número de hombres. No era ya necesario, á juicio de Salazar, dar el proyectado rodeo por Villanueva y Valsalobre, sino que convenía ir directamente á aquella población por el camino más breve, en la seguridad de que los pasos peligrosos estarían libres de enemigos; sin embargo la brigada sorteó la Hoz de Beteta, y yendo por el monte de la margen izquierda del Guadiela, entró en El Tobar á la una de la tarde del 17 y en Beteta media hora después, sin hallar ninguna resistencia; pues al amanecer del mismo día la evacuó también el titulado gobernador militar carlista con los 15 ó 20 hombres que componían la guarnición del castillo.

La brigada García Reina, que hasta el 17 no recibió las instrucciones que le había enviado el Comandante general de la división, se encaminó en el mismo día á Masegosa; pero á pesar de hacer una marcha rápida, si bien dificultada por el paso del Tajo, que tuvo que franquear tendiendo un puente en Peralejos, no llegó á las posiciones señaladas, hasta el 18, cuando Villalaín, juntamente con Rosas y todos los suyos, estaba ya en Tragacete.

Las fortificaciones hechas por los carlistas en Beteta eran bastante fuertes, y aumentaba su importancia el natural em-

plazamiento de la villa. Dos días emplearon en demolerlas los soldados y 400 braceros que llegaron con útiles de los pueblos inmediatos, convocados por el general Salazar.

Inmediatas las dos brigadas, conferenciaron los tres oficiales generales que iban con ellas, acordando que la de García Reina se encaminara á Checa y Alustante para destruir un hospital carlista é impedir que ambos puntos siguieran siendo centros de concentración de nuevos voluntarios, marcha que no la alejaba mucho de Molina ni de la vía férrea; y que la de Gamarra saldría con el general Salazar hacia Tragacete y Cañete en pos de los enemigos capitaneados por Villalaín.

El día 20 se pusieron ambas en movimiento. La primera repasó el Tajo; operó unos días por los pueblos de la orilla derecha, dividida en dos fracciones para perseguir mejor á las comandancias carlistas; aprehendió á los reclutas que éstas tenían reconcentrados y á varios facciosos más; hizo efectivos cuatro trimestres de contribución devengados ya; y el 25 estaba de regreso en Molina, su centro de operaciones, desde donde continuó enviando diariamente destacamentos á los pueblos comarcanos, hasta el 31, fecha en que estando aquella zona tranquila, marchó el brigadier García Reina á Madrid á conferenciar con el Capitán general, dejando la columna acantonada en Sigüenza y Molina.

La brigada de Gamarra, al encaminarse á Tragacete, sufrió durante un rato el fuego de los carlistas cuando atravesó el pueblo de Vega del Codorno, bastando el amago de ataque de una sección de infantería, que ni siquiera disparó un tiro, para alejarlos de las posiciones que ocupaban á derecha é izquierda del camino. Por dos prisioneros que se les cogieron se supo que la fuerza enemiga era la guarnición del castillo de Beteta, junta con la comandancia de Huélamo. En la jornada que al otro día hizo la columna hacia Cañete en busca de Vi-

llalaín, se presentó de nuevo, por el flanco izquierdo de la tropa, el grupo carlista del día anterior, molestándola en la marcha con constantes disparos, que se cruzaron con los del flanqueo, hasta que una sección de húsares, aprovechando un terreno favorable, le puso en completa dispersión.

En Huerta del Marquesado se apoderó la tropa de 500 reses lanares abandonadas por Villalaín en la precipitada huida que emprendió por Zafrilla á la sierra de Albarracín, al saber que del distrito de Aragón venía á cortarle el paso á Chelva la columna del coronel Lasso, la cual llegó con oportunidad para incautarse en Huérguina y Alcalá de la Vega del cuantioso convoy de víveres y efectos que aquél escoltaba y dejó desamparado cuando temió encontrarse entre las fuerzas de Aragón y las de Castilla. La brigada llegó sin novedad á Cañete, donde estuvo hasta el 28 ejecutando obras de fortificación, que dejó guarnecidas con carácter permanente por cuatro compañías de la reserva número 1; medida que adoptó el general Salazar, considerando que este punto, situado cerca de los límites con Aragón y Valencia, por donde había sido frecuente la entrada de las facciones en Cuenca, tenía bastante valor estratégico, y que, por tanto, el acantonamiento de fuerzas en él, serviría mucho para poner en lo sucesivo á la provincia á cubierto de nuevas invasiones. Uno de los reconocimientos enviados en estos días hacia Salvacañete, Ademuz y Valdemoro Sierra, sorprendió el cantón carlista del último pueblo, aprehendió al jefe de éste y á cuatro individuos más, y cogió armas y prendas de vestuario.

La excursión que venía haciendo el general Salazar por ambas provincias de Castilla la Nueva le dió un conocimiento exacto de la situación del país y del estado de la guerra, sobre lo cual informó desde Cañete al Ministro en la comunicación que en seguida insertamos, cuyo texto contiene el plan de operaciones que, á su juicio, se debía seguir en lo sucesivo,

una vez que Villalaín estaba alejado y en los confines del distrito. He aquí el oficio:

«Después de recorrer con la 1.ª brigada de la división de mi mando varios puntos de la provincia de Guadalajara, y con preferente atención y detenimiento la parte más escabrosa y dominada por los carlistas de la de Cuenca, ocupando las principales guaridas de la facción, como son Beteta y Cañete, he podido hacer las observaciones siguientes, que elevo á la superior ilustración de V. E. para que, con su muy elevado criterio, las aprecie en su justo valor:=1.ª El país recorrido y los pueblos hasta hoy tenidos por más carlistas y auxiliadores de las facciones, no lo son, en general, puesto que, según he tenido ocasión de observar, lejos de tener opinión alguna marcada, son completamente indiferentes á toda idea política, se ocupan únicamente en sus faenas agrícolas, y obedecen al enemigo, aterrorizados por sus amenazas y violentas exacciones, que regularmente van acompañadas de castigos corporales, multas y violencias que espantan. Los habitantes de estas provincias son laboriosos, humildes y obedientes hasta el servilismo, sirviendo á las tropas del Gobierno con igual eficacia y voluntad que á los facciosos, si bien lo hacen con más exactitud á estos últimos por el horrible miedo que han logrado infundirles. Los he hallado dispuestos á pagar las contribuciones de que están en descubierto y á entregar los quintos que le corresponden, siempre que sean auxiliados por la autoridad para verificarlo, puesto que les están terminantemente prohibidas las dos cosas por los carlistas, bajo pena de la vida. =2.ª El grueso de las fuerzas enemigas consiste en 1.300 infantes que acaudilla Villalaín, y unos 500 á las órdenes del titulado coronel D. Angel Rosas, jefe de la llamada columna volante, la cual recorre todo el país más aceleradamente que las otras. Llevan también ambas partidas alguna caballería, por lo general mala y estropeada, impotente en este territorio,

y que sólo les da fuerza moral. = Y 3.ª El gran medio que muy acertadamente emplean los carlistas para hacerse obedecer y sostenerse, es la creación de comandancias militares ó cantones, á cuyo frente tienen guerrilleros completamente probados por su adhesión á la causa que defienden, los que, con solos 15 ó 20 hombres, tienen subyugados á los pueblos que forman sus respectivos cantones; siendo su aprehensión extremadamente difícil, por esconderse en los escabrosos montes y espesos pinares, tan luego como por los centinelas que obligan á mantener en los pueblos, reciben inmediato y pronto aviso de la aproximación de las tropas del Gobierno. Estas pequeñas facciones son las que realmente sostienen la guerra, porque con su influencia terrorífica tienen amedrentadas á estas sencillas gentes y las obligan á cumplir con escrupulosa exactitud las órdenes de su jefe superior Villalaín. = En vista, pues, de las anteriores observaciones, y estudiado detenidamente el asunto, creo que las columnas que actualmente operan en ambas provincias tienen demasiadas fuerzas, pues debiendo sacar raciones á la vez de gran número de pueblos muy distantes entre sí, sabe siempre el enemigo, con seguridad, la dirección de sus perseguidores y el objeto de la marcha; noticia que rápidamente transmite inutilizando las operaciones mejor estudiadas. Para evitar este mal, opino que, como único medio de destruir los referidos cantones, deben formarse columnas de 500 infantes, 50 caballos y una pieza de artillería de montaña, al completo de sus jefes y oficiales, y mandadas por coroneles, ó á falta de éstos, por tenientes coroneles que sean activos, decididos y probados. Estas columnas deberían situarse, respectivamente, en Cuenca, Cañete, Priego, Molina, Sacedón, Checa y Maranchón, dejando además cubierta la capital de esta provincia con 500 infantes y dos piezas de artillería de plaza del menor calibre, á las órdenes de un brigadier, igualmente activo y decidido. En Molina de Aragón debe

quedar también la misma fuerza que en Cuenca y un jefe de igual graduación y circunstancias. Otros 500 hombres situados en Arcos protegerían la vía férrea para evitar cualquier desperfecto.=Una vez organizadas las mencionadas columnas y marcados los pueblos que han de recorrer y vigilar, no es posible la existencia de las citadas comandancias militares ó cantones, que son el verdadero nervio del enemigo, si con su comportamiento y buen trato para con los pueblos de su demarcación se atraen el respetuoso cariño de éstos, muy dispuestos á la obediencia más absoluta al Gobierno, y logran con su proceder la confianza y el espionaje necesario, que hoy desgraciadamente sólo disfrutan los carlistas. Aprovechando estas ventajas, y haciendo salidas á tiempo, sólo con la fuerza necesaria, caerían sobre los cantones y pequeñas partidas en menos de una jornada, sorprendiéndolos las más de las veces; y lo mismo sucedería con facciones algo más numerosas que las anteriores, puesto que pueden combinarse varias columnas para ir sobre un punto dado.=En los pueblos designados como centros de operaciones en cada demarcación, deben construirse, aprovechando los medios de que se pueda disponer, obras de defensa sencillas, según el criterio de los jefes de las columnas y dirigidas por ellos mismos, poniéndose de este modo á cubierto del ataque de facciones considerables caso que no juzgo ni aun probable; pues la aproximación de fuerzas numerosas ha de saberse siempre con la suficiente anticipación para que, reunidas dos ó tres columnas, puedan hacer frente y batir al enemigo. Suponiendo que llegase el caso de verse una columna atacada por fuerzas muy superiores y obligada á retirarse al punto centro de sus operaciones, debe sostenerse y tiene elementos para ello; porque bien municionada y siendo su jefe activo é inteligente, habrá fortificado y puesto ya en estado de defensa el edificio más á propósito del pueblo para acuartelar la tropa y reunir raciones para tres ó cuatro días, tiempo suficiente para que acudan en

su auxilio las otras columnas más próximas, que distarán de 6 á 7 leguas cuando más.=No hay que perder de vista la circunstancia de que los pueblos situados en el corazón de la sierra son sumamente pobres, y que gran número de sus habitantes los abandonan durante el invierno y marchan á otros en busca de trabajo, por falta de recursos y medios de vivir en ellos; siendo ésta, á mi entender, la causa de que Villalaín, al aproximarse la estación indicada, haya llevado á cabo recientemente varias excursiones á largas distancias de sus guaridas y recogido gran cantidad de víveres, granos y efectos de todas clases, conduciéndolos á Beteta y otros pueblos donde tenía confianza de no ser atacado. Pues bien: destruidas las defensas y castillo de Beteta, aprehendidas las reses y demás víveres y efectos con que contaba para el invierno, no puede en esta estación vivir reunida toda su gente, y tendrá que fraccionarse en grupos más ó menos numerosos que irán á racionarse á largas distancias unos de otros, caso en el cual serán batidos fácilmente, ó saldrá de las sierras al llano abandonando sus madrigueras para buscar recursos, siendo entonces muy fácil su destrucción y aniquilamiento. Las zonas en que cada una de las ya mencionadas columnas deben operar, solas ó en combinación con las otras más próximas, opino sean las siguientes: *Brigada de Cuenca.*=1.ª Columna: Compuesta de 500 infantes, 50 caballos y una pieza de artillería de montaña, é independiente de la guarnición, tendrá como centro la ciudad de Cuenca, y recorrerá el país comprendido dentro de la línea marcada por los pueblos de Fuentes, Cañada del Hoyo, La Cierva, Beamud, Las Majadas, Arcos de la Sierra, Torrecilla, Torralba, y por la parte oeste, que es terreno llano, hasta donde sea necesario.=2.ª Columna: Compuesta de la misma fuerza que la anterior y teniendo la plaza de Cañete como centro, operará en la zona comprendida entre los pueblos de Beamud, La Cierva, Pajaroncillo, Villar del Humo, Laudete, Sal-

vacañete, Zafrilla y Valdemeca.=3.ª Columna: De igual fuerza que las anteriores, con Priego como centro, debe recorrer el país entre Torralba, Ribatajada, Fresneda de la Sierra, Santa María del Val, El Pozuelo, Vindel, Los Salmeroncillos, y por la parte oeste, que es terreno más practicable, hasta donde lo exijan las circunstancias.= *Brigada de Molina.*= 1.ª Columna: Con la misma fuerza que las de la provincia de Cuenca, é independiente de la guarnición, tendrá á Molina como centro, y operará en la parte comprendida entre Tarabilla, Traid, Adoves, límite de la provincia con la de Teruel, Embid, Tartanedo, Aragoncillo, Torrecilla del Pinar y Baños. =2.ª Columna: Situada en Sacedón y con fuerza igual á la anterior, operará entre los pueblos de Pastrana, Alcocer, Salmerón, Budia, y por la parte oeste, hasta donde sea necesario, dándose la mano, para cubrir la vía férrea, con las fuerzas de Guadalajara y destacamento de Cifuentes.=3.ª Columna: Situada en Maranchón con 500 infantes y 50 caballos, debe operar entre Torrecilla del Pinar, Aragoncillo, Tartanedo, Milmarcos, límite de la provincia con las de Zaragoza y Soria, Rata y Riva de Saelices, cubriendo también parte de la vía férrea.=4.ª Columna: En Checa, con 500 infantes, 25 caballos y una pieza de artillería de montaña, recorrerá el país comprendido entre Beteta, Santa María del Val, Villanueva de Tresfuentes, el límite de la provincia con la de Teruel, Tordesilos, Adoves, Traid, Taravilla y Poveda de la Sierra.=En Arcos debe situarse también una fuerza de 500 infantes, cuya misión será, exclusivamente, vigilar también la línea férrea por aquella parte.=Aunque para cada una de las expresadas columnas se marcan límites dentro de los cuales deben operar, no impide esto el que extiendan más sus excursiones, cuando tengan confianza en dar un golpe seguro, ó cuando operen en combinación.=Cañete 24 de Octubre de 1874.=José de Salazar.»

Este general fué nombrado en seguida Capitán general de

las Islas Canarias, por lo cual entregó el mando de las tropas de Guadalajara y Cuenca á Gamarra, y abandonó el teatro de operaciones, escoltado por una compañía de infantería y una sección de caballería. Su plan de campaña no se realizó por completo, según veremos.

Con independencia dicho brigadier para imprimir á las operaciones el rumbo que juzgara conveniente, y sin tener en la provincia de Cuenca ningún núcleo enemigo de importancia á quien perseguir, hizo una excursión por los partidos de Cañete y Motilla del Palancar, cuyo terreno hacía bastante tiempo que no lo pisaban las tropas. Dejó en la cabecera del primero, puesta ya en estado de defensa, las compañías que tenía de la reserva núm. 1, y el 29 fué sobre Laudete y Mira, con su fuerza dividida en dos fracciones para abrazar una zona de terreno más extensa, y después á Cardenete y la comarca de Almodóvar del Pinar, donde se habían refugiado los que componían las comandancias carlistas de aquellas poblaciones, los cuales, en número de 40 á 50 hombres, se substrajeron del peligro que les amenazaba guareciéndose en las fragosidades de las sierras inmediatas. La libre y desembarazada marcha de la brigada terminó en la capital de la provincia el día 4 de Noviembre, sitio á que tuvo que acudir Gamarra para cumplimentar las órdenes de movimiento de fuerzas que se le habían dictado.

En virtud de ellas, la reserva número 13, el día 5, y la número 5, pocos días después, marcharon á Villarrobledo á ocupar los trenes que tenían dispuestos para ir á Madrid, siendo substituidas por los batallones provinciales de Ciudad Real y Alcalá de Henares, cuya incorporación se verificó: la del primero, en seguida; y la del segundo, á mediados de mes. Gamarra cesó en la dirección de la brigada por su mal estado de salud, y entregó el mando el 7 al coronel D. Pablo Hernández, quien le desempeñó hasta el 10, en que se presentó en

Cuenca el brigadier nombrado para el cargo, D. Angel Santos Sagasta, que llegó acompañado del provincial de Ciudad Real, y con un convoy de víveres y efectos de guerra. Por este tiempo, la permanencia de Villalaín en el Centro dejó libres de enemigos á los pueblos de la provincia, en la cual no hubo más operaciones que las ejecutadas por la Guardia Civil al recorrer el campo para auxiliar á las autoridades.

Análogas órdenes variaron también la organización de la brigada García Reina en los mismos días, quedando constituida por el batallón reserva número 10, los provinciales de Madrid y Segovia y la artillería, caballería y sección de transportes que antes tenía. El Brigadier, después de conferenciar con el Ministro, volvió á Sigüenza el 3; relevó por gente de los batallones recién llegados los destacamentos de las reservas 8 y 9, cuerpos que cesaron de estar á sus órdenes y embarcaron para Madrid una vez reunidos, y permaneció allí dedicado á la instrucción de sus soldados, bisoños la mayoría. Cuatro compañías del provincial de Segovia se encaminaron á Arcos, y las otras cuatro quedaron en Sigüenza; igual número de éllas de la 10.ª reserva fueron destinadas á la guarda de Molina, y las demás del mismo cuerpo operaban al mando de su primer jefe, persiguiendo en los confines con Aragón á los cantones carlistas. El 11 regresaron éstas y salieron á recorrer los partidos de Sigüenza y Molina las cuatro del provincial de Segovia que estaban en la capital del primero. Entonces no existían partidas numerosas y había sólamente pequeños grupos errantes, que cometían de vez en cuando excesos y huían indefectiblemente á la aproximación de sus perseguidores. Las fuerzas mencionadas, á más de una compañía del provincial de Toledo y alguna guardia civil que custodiaban los términos judiciales de Cifuentes, Sacedón y Pastrana, aprehendieron á varios de éllos al ocupar los pueblos para proteger el cobro de contribuciones.

La inacción de Villalaín duró poco tiempo. El 15 del expresado mes de Noviembre tenía su gente repartida cerca de los confines de Cuenca; al día siguiente salvó el límite, la reconcentró en Motilla del Palancar, y después se dirigió á Valverde del Júcar, obligando con tal movimiento á la brigada García Reina á encaminarse á Molina, en previsión de que los carlistas tomasen este rumbo, y á la de Sagasta á salir de Cuenca para impedir el paso del Júcar y proteger al mismo tiempo la marcha del provincial de Alcalá que, á la sazón, caminaba á dicha capital desde Villarrobledo. El enemigo, cuyo objetivo era pasar á Guadalajara atravesando la parte llana de la provincia de Cuenca, noticioso de los movimientos de las tropas, dando un rodeo y cometiendo según costumbre exacciones en los pueblos de la ruta y en los próximos á derecha é izquierda, fué en dirección á Beteta, con ánimo de avanzar por allí á Sacedón y Pastrana, donde, aprovechando una ocasión oportuna, pensaba hacer efectivas fuertes sumas.

Reforzado ya Sagasta con el provincial de Alcalá, hizo una marcha hacia el N., paralela á la del adversario, para contrarrestar los planes de éste. Pasó por Fuentes, entró en Cuenca, pernoctó en Torralba, atravesó por Priego, y el 22 llegó á Carrascosa Sierra, pueblo próximo al de Beteta, en el que se hallaba el enemigo, quien rehuyó el combate, dividiéndose en tres grupos que tomaron diversas direcciones. Temió Sagasta que esto fuera una estratagema de los carlistas para reunirse después y realizar á mansalva la expedición, y se estacionó en Albalate de las Nogueras, punto desde el cual le era fácil acudir prontamente á los diferentes caminos que podía utilizar el enemigo para lograr su objeto. Desde allí envió frecuentes reconocimientos, y adquirió la seguridad de que Villalaín, convencido de que no podría obrar desembarazadamente en aquella zona, había pasado á la de Tragacete y Valdemeca, ocultándose en las sierras de Valdeminguete; por lo cual el Bri-

gadier levantó entonces el campo, aprovechando la libertad de acción en que quedaba, para conducir á Cuenca el gran número de enfermos que tenía, producto de los fríos de la estación y de no estar habituados los soldados á las fatigas de campaña.

La esperanza de un rico botín alentó al cabecilla en el propósito de pasar á Guadalajara, y el 29 estaba otra vez en Beteta, en marcha para Sacedón; mas de nuevo le atajó Sagasta, que en el mismo día fué á Alcocer por la carretera, llegando oportunamente al siguiente para hacer retroceder, como antes, al titulado comandante general carlista. Desaparecido el temor, volvió Sagasta sobre sus pasos, para escoltar á Cuenca un convoy de vestuario y mantas que se le incorporó en Alcocer.

Guadalajara continuaba libre de carlistas, y, por tanto, las marchas y disposiciones de la brigada García Reina estaban limitadas á la vigilancia del confín y aprehensión de dispersos. Molina seguía siendo su centro, y diariamente salían de esta población columnas de cuatro compañías y una sección de caballería á reconocer las avenidas de la provincia y batir ó coger fugitivos; prolongándose tal estado de cosas hasta los primeros días de Diciembre, en los que cesó en su cargo García Reina y le reemplazó el brigadier D. Manuel Cassola.

El mariscal de campo D. José Merelo substituyó á Salazar en el cargo de Comandante general de las fuerzas de Cuenca y Guadalajara; pero no llegó á encargarse de la dirección de las brigadas, aunque estuvo en la capital de la última provincia y desde allí hizo atinadas observaciones sobre el estado de la campaña.

El 4 del referido mes de Diciembre tomó Cassola el mando de la 2.ª brigada, la cual estaba distribuida aquel día en la siguiente forma:

CUERPOS	SITUACIÓN
Batallón provincial de Madrid	Sigüenza.
Una sección del 3.er regimiento de artillería de montaña	Sigüenza.
Un escuadrón de húsares de Villarrobledo	Sigüenza.
Una sección de la brigada de transportes	Sigüenza.
Batallón reserva núm. 10	Molina.
Cuatro compañías del provincial de Segovia	Molina.
Cuatro ídem de ídem	Arcos (Soria).

Los rigores de la estación, muy intensos entonces, paralizaron las operaciones de los carlistas, cuyo núcleo principal continuaba en los alrededores de Beteta. No había, pues, nada que temer por el momento, y el Brigadier, después de hacer que se incorporasen las fuerzas que estaban en Molina, y de relevar las compañías del provincial de Segovia que había en Arcos con igual número del de Madrid, fué á recorrer el partido de Cifuentes, desde Sigüenza, en donde dejó alguna guarnición, y el 14 llegó á Valdeolivas para ir á conferenciar en Priego con el Jefe de la 1.ª brigada.

Este tuvo que salir de Cuenca el día 9, en persecución de 300 caballos carlistas mandados por el cabecilla Sopena, que, procedentes de Valencia, entraron en la provincia y visitaron varios pueblos del partido de Motilla del Palancar, cometiendo vejámenes y tropelías en todas partes y haciendo creer á los habitantes que eran la vanguardia de fuerzas muy respetables. La presencia de la brigada en Almodóvar del Pinar les obligó á retroceder y ocultarse en las sierras de la margen izquierda del río Cabriel. Entonces marchó Sagasta con su columna á Priego para avistarse con Cassola.

De acuerdo ambos brigadieres para batir combinadamente á Villalaín, que vagaba en las sierras de Beteta y El Pozuelo, y al que, según se decía, había ido á buscar el cura de Alcabón con 600 hombres en demanda de apoyo para pasar á La Man-

cha, se separaron el 16, yendo ambos á reconocer los montes en que se guarecían los carlistas: Sagasta por Cañamares y Cañizares, y Cassola por Alcantud, El Pozuelo y Villanueva de Alcorón. En tales movimientos emplearon unos días; mas no habiendo obtenido ningún resultado de importancia y preveyendo los brigadieres que serían inútiles los esfuerzos de sus tropas para alcanzar y avistar á Villalaín en un terreno tan favorable para evitar los encuentros, volvió cada cual al punto de partida. El 23 estaba ya Sagasta en Cuenca, y Cassola en Alcolea del Pinar, en marcha hacia Sigüenza, para embarcar allí al batallón provincial de Segovia, destinado al distrito de Valencia, y la sección de artillería de montaña, que debía quedar en Madrid, y á fin de dirigirse él también á esta capital con objeto de recibir instrucciones del Capitán general.

Pequeñas columnas volantes é independientes de guardia civil y el destacamento del provincial de Toledo acantonado en Cifuentes tenían órdenes de estar en continuo movimiento, vigilando los pueblos y persiguiendo á los grupos aislados de carlistas. Una de aquéllas, mandada por el capitán de dicho instituto D. Antonio Linares, alcanzó el día 26 de Diciembre á los cabecillas Palomar y Tonja, que se hallaban reunidos y guarecidos con sus secuaces en Alcantud; y después de una hora de fuego, sostenido con vigor, de haber rodeado la población y de efectuar un ataque á la bayoneta por dos puntos á la vez, los guardias civiles se hicieron dueños del pueblo, cogiendo 27 prisioneros armados, uno de ellos herido, siete caballos, cananas, municiones y otros pertrechos, viéndose obligados los demás facciosos á huir precipitadamente hacia Beteta, donde se hallaba Villalaín con sus tres batallones y 200 caballos.

El jefe carlista Sopena pasó de nuevo á la orilla derecha del Cabriel en cuanto vió una coyuntura, y otra vez salieron fuerzas de Cuenca á evitar sus desmanes; pero en esta ocasión

no fué la brigada entera, sino dos pequeñas columnas, una á las órdenes del comandante Reina hacia Valverde del Júcar, y otra de guardia civil al partido de Huete. Operaron ambas hasta el 28 infructuosamente; y en tal día, los avisos de que se había verificado una numerosa reunión de insurrectos de Valencia en Tragacete y Huélamo, determinaron al brigadier Sagasta á reconcentrarlas en la capital de la provincia.

Deseaba el Capitán general dar unidad á las operaciones, juzgando que ésta había desaparecido con la falta de un comandante general para las dos brigadas, y dispuso en consecuencia, después de conferenciar con Cassola en Madrid, que este brigadier se encargara del mando de todas las fuerzas de Guadalajara y Cuenca, á las que se dió nueva distribución. En lo sucesivo habría en la primera provincia dos columnas: una al mando del teniente coronel Melguizo, y otra al del teniente coronel Perruca. En la segunda se organizaría una columna de operaciones que tendría por jefe al comandante de la guardia civil de la provincia, bajo la dependencia de Sagasta, quien con la guarnición de la capital debía acudir adonde fuese preciso. El resto de las tropas quedaría á las inmediatas órdenes de Cassola. Las marchas y relevos exigidos por la nueva distribución comenzaron inmediatamente.

La proclamación del Rey D. Alfonso XII en Sagunto fué secundada, primeramente, por los cuerpos de Guadalajara, y en seguida por los de Cuenca. El 30, día en que ya estaba constituido el nuevo Ministerio, fué aclamado el Monarca por todas las tropas. Después de este hecho, la guerra no duró mucho tiempo, como consta en los tomos anteriores; y conforme veremos en el capítulo siguiente, por lo que respecta á Castilla la Nueva.

Según se deduce de informes oficiales, á fin del año 1874, en las provincias de que tratamos, los habitantes de la parte llana, seguían siendo los más favorables al Gobierno; y los

de la montañosa que en un principio lo fueron á los carlistas, hasta el extremo de solicitar la presencia de las facciones para auxiliarlas y agasajarlas, desengañados por los malos tratamientos que de ellas recibieron, eran en esta época, si no enemigos del carlismo, al menos indiferentes á su suerte. Las columnas ya no encontraban la resistencia pasiva y los obstáculos de antes para proveerse de víveres, bagajes y guías. Por el contrario, en muchos pueblos les manifestaban simpatía, y todos facilitaban sin dilación los auxilios reglamentarios, á pesar de las represalias á que se exponían por esta conducta; pues las comandancias carlistas seguían imponiendo fuertes castigos á las autoridades locales y personas que de cualquier modo se significaban por su protección á las tropas.

CAPITULO VII

SUMARIO.—Año 1875.—El Cura de Alcabón intenta organizar una partida en La Mancha y es cogido prisionero.—Provincias de Cuenca y Guadalajara.—Distribución de fuerzas.—Operaciones de Cassola para proteger el paso del tren real.—Encuentro ocurrido entre Campillo y Enguidamos.—La brigada carlista de Castilla se apodera de Molina.—Fuerzas que acuden en socorro de esta ciudad.—Columna Gámir.—Sus operaciones y las de los carlistas.—Columna Contreras.—Encuentro de la de Moya con la facción Rosas en el barranco del Abanico.—Movimientos de la brigada Cassola y del enemigo.—Indicaciones del Ministro á dicho brigadier y observaciones de éste.—Entran en Cifuentes 200 facciosos.—Situación de los carlistas y de las tropas.—La brigada Goyeneche y la columna del Giloca se acercan á Molina y ésta bate á Vallés en los montes del Picazo.—Acción de Huélamo.—Nuevas operaciones de Cassola.—Tiroteo en Nuestra Señora de la Consolación.—Desmanes de las partidas en la vía férrea de Zaragoza.—Un destacamento de Contreras bate á la facción Bosco.—La brigada Cassola recorre el partido de Molina y se sitúa después en Priego.—Bosco se corre á Segovia y es batido.—Varios encuentros con una facción de la provincia de Madrid.—Estado de las provincias de Toledo y Ciudad Real.—El brigadier Golfín substituye á Cassola.—Movimientos de la brigada sobre Beteta y operaciones posteriores.—D. Manuel Salvador Palacios reemplaza á Villalaín.—Variaciones introducidas en la organización de las tropas.—Marchas y pequeños encuentros.—Es batido en Arroyo Cerezo un escuadrón enemigo.—Acción de Ademuz.—Relevos de cuerpos.—La brigada carlista de Castilla entra en la provincia de Cuenca al mando de Albarrán.—Acción de Checa.—Los carlistas evacuan el distrito.—Situación de las tropas.—Encuentros con pequeñas partidas.— Golfín cubre el límite con el territorio del Centro y marcha después á Aragon para ponerse á las órdenes del Capitán general de aquel distrito.—Los destacamentos de Guadalajara y Cuenca exterminan á las pocas é insignificantes partidas que restan.—Se afianza la tranquilidad en Castilla la Nueva.

Las fuerzas que existían en 1874 en las provincias de Toledo y Ciudad Real continuaban esparcidas por el territorio á principios del año siguiente; pues, aunque no había carlistas en armas, pululaban los malhechores, y el orden no estaba tan afianzado que permitiese la vida normal de los pueblos y la desembarazada gestión de las autoridades locales, sin el auxilio de las tropas. Una prueba de ello fué la intentona del conocido cura de Alcabón, que creyó encontrar elementos bastantes para hacer germinar otra vez la insurrección en esta comarca.

En efecto, dicho cabecilla, después de la desastrosa derrota

que, á fin de Diciembre, y según sabemos por la narración de la campaña del Centro, le hizo sufrir la columna Portillo en la provincia de Albacete, entró en la de Ciudad Real y llegó hasta el partido de Almodóvar del Campo, acompañado de la plana mayor de la partida que proyectaba organizar. El capitán de la compañía de carabineros acantonada en Almagro, D. Manuel Ollo Lambea, supo la entrada y el plan del cabecilla, y salió en su busca, avistándole el día 1.° de Enero en una casa de campo y cogiéndole prisionero con todos los suyos. La siguiente comunicación del citado capitán da á conocer los detalles de la captura:

«Entre una y dos de la noche anterior, recibí un telegrama del alcalde de Manzanares, en el que me manifestaba que, según creía, la partida del cura de Alcabón iba hacia Siles, Borondo ó Ureña, caseríos de dicho pueblo, por lo cual emprendí en el acto la marcha con dos oficiales y 60 hombres de mi compañía, y sin embargo del hielo que había por todas partes y nos impedía andar, la apresuré, fatigando la tropa, para llegar antes que se hiciese de día; pues teniendo presente que la fuerza enemiga era montada y la mía toda de infantería y que estábamos en terreno llano, comprendí la dificultad de darle alcance no siendo por sorpresa; pero en lugar de marchar sobre las casas de Ureña me dirigí á la quintería del Pardillo, por ser un local que se halla situado al pie de una sierra y donde pueden albergarse hasta 300 caballos.=Un cuarto de hora antes de llegar á este edificio, obligué á oficiales y tropa á quitarse el calzado con objeto de que no nos sintiera el adversario, en el caso de que allí se hallase; y al estar próximo á dicha propiedad, mandé que la cercasen los alféreces D. Francisco Quirós y D. Vicente Ferrer, con 20 hombres cada uno, el primero por la parte de la huerta y el segundo por la de la casa. Yo con la fuerza restante me dirigí á la puerta, y por un agugero que había en ella, ví á los carlistas que en tropel se

preparaban á la defensa; mas á mi voz de «pegarle fuego», acudió un gañán y la abrió. Hice calar la bayoneta y penetré en el edificio, con la firme intención de no disparar un tiro, encontrándome cerradas todas las puertas interiores y las ventanas de los graneros. Entonces ordené que el alférez Ferrer, que ya se me había incorporado, quedase con 10 hombres dentro del patio, y el resto de mi tropa lo distribuí delante de las nueve puertas que conducen á las cuadras y habitaciones bajas; y cuando ya iba la fuerza á entrar dentro de una, se rindió el carlista que la defendía, entregando su espada.=En el mismo instante se me abrazó pidiendo cuartel el titulado teniente coronel D. Felix Alonso Quirós. Creí que debía concederle, y al manifestarlo así, en alta voz, se presentaron once facciosos, lo cual era debido también á que los soldados con grande arrojo habían entrado por todas partes; cogiendo en uno de los cuartos, á medio vestir, al brigadier carlista cura de Alcabón. En el acto procedí á encerrar á todos y reconocí escrupulosamente el resto del edificio, encontrando entre los montones de paja, que hubo necesidad de remover con las bayonetas, á tres enemigos medio asfixiados y á otro escondido en un montón de leña. Reunidos los prisioneros resultaron 16; y habiendo preguntado al cura de Alcabón si aquella era toda la fuerza de su partida, me dijo que faltaba un capitán á quien había dado licencia para ir á su casa; pues su gente era solo la plana mayor de la brigada que venía á formar en La Mancha, y que la componían un brigadier, dos tenientes coroneles, un comandante, dos capitanes, un oficial de administración militar, un teniente, cinco alféreces, un cabo, un trompeta y dos asistentes.=Se han cogido ocho sables, diez escopetas y trabucos, varias municiones y fornituras, 16 caballos con sus monturas; prisioneros, armas y caballos que, así como varios papeles de importancia, tendré el honor de entregar en el día de mañana, restándome manifestar con satisfacción que

lo mismo los oficiales que todas las clases y los carabineros han llenado cumplidamente su deber, y que sólo por su grande arrojo y su sacrificio de ir descalzos, he podido conseguir penetrar aquella noche en un edificio guardado por el enemigo.»

Otras columnas de Toledo y Ciudad Real se pusieron también en movimiento, suponiendo que sería mayor el número de los secuaces de D. Lucio Dueñas; mas no fué necesaria su cooperación, pues aunque se concentraron en el término de Alcolea de Calatrava 80 ó 90 partidarios que se le debían reunir para formar la facción, se dispersaron al saber la suerte sufrida por su futuro jefe, sin que de ellos se volviera á tener noticias.

Ahogada en su nacimiento esta intentona, continuó la persecución de bandoleros, de los cuales unos fueron aprehendidos y otros muertos, como el apodado Milreales; la guardia civil ocupó las cabezas de línea; y los carabineros y un escuadrón de Villaviciosa, en Ciudad Real, y el batallón provincial de Toledo y 100 caballos del regimiento del Príncipe, en la otra provincia, distribuidos convenientemente, vigilaron el territorio, escoltaron trenes y protegieron el cobro de las contribuciones.

Al empezar el mes de Enero no recorría las provincias de Cuenca y Guadalajara ninguna facción importante, por haber marchado al Centro Villalaín y su gente, á conferenciar con los principales cabecillas de aquel territorio sobre las consecuencias que para su causa podría traer la reciente proclamación de D. Alfonso XII; pero ya veremos que la brigada llamada de Cuenca no tardó en volver al campo de sus correrías, mandada por Vallés, que reemplazó al titulado brigadier Villalaín en el supuesto cargo de Comandante general de ambas provincias.

Los cuerpos que había en éllas á las órdenes del brigadier Cassola, eran los siguientes:

Batallón reserva número 10.

Batallón reserva número 1.

Cuatro compañías del ídem ídem número 25.

Batallón provincial de Alcalá de Henares.

Comandancias de la guardia civil de Guadalajara y Cuenca (cada una de una compañía).

Tres escuadrones del regimiento húsares de Villarrobledo.

Tres secciones del 3.° de artillería de montaña.

Una compañía de transportes de administracion militar.

Dicho brigadier, no teniendo por el momento enemigos á quienes combatir, reconcentró en Guadalajara, no sólo las tropas de esta provincia, sino las de Cuenca, menos medio batallón de la reserva número 1, algunos caballos y una sección de artillería de montaña que continuaron acantonados en la capital y Cañete, y el día 2 fué á Madrid á recibir órdenes del general Jovellar, Ministro de la Guerra. A su regreso dividió su fuerza en cuatro columnas, una de las cuales quedó á sus inmediatas órdenes; y con nuevas de que el enemigo, considerablemente reforzado, venía con rumbo á Tragacete, hizo salir el 5 á todas de Guadalajara. Pensaba Cassola dirigirse á la serranía de Cuenca, á fin de impedir que la ganasen los carlistas, y para ello mandó que, marchando en combinación, pasaran á la orilla izquierda del Tajo las columnas, las cuales ocuparon el día 9 la línea del Guadiela, alojándose en los pueblos de Cañamares, Priego y Fresneda de la Sierra; habiendo abarcado en el avance una extensa zona y desbandado algún cantón carlista. En esta posición tuvo avisos el Brigadier que corroboraban las noticias anteriores y le precisaban que en Salvacañete, Salinas del Manzano, Alcalá de la Vega y El Cubillo había de 9 á 10.000 insurrectos mandados por Vallés, Panera, Rosas y el cura de Flix, con ánimo, al parecer, de atacar á Cañete ó Cuenca, ó de correrse á la línea férrea de Valencia á Madrid, para oponerse al paso del tren real que condujera al nuevo Monarca á la Corte. En vista de

ello, y teniendo presente que una de las principales recomendaciones que le hizo el Ministro al conferenciar con él fué la protección del ferrocarril cuando llegara este caso, continuó á interponerse entre la vía y los carlistas, pernoctando al día siguiente una columna en Portilla, otra en Villalba de la Sierra y las dos restante, con el Comandante general, en Zarzuela.

Siguiendo el movimiento fueron todas á situarse el día 12 en las Zomas y Cañada del Hoyo, de donde caminaron reunidas á Campillo de Altobuey, por encontrarse una gruesa facción valenciana en aquellos alrededores. No llegaron á batirla por completo; pero la caballería la alcanzó y tuvo lugar el hecho de armas de que dió cuenta Cassola en el siguiente telegrama, fechado el 14 en el último pueblo citado: «Concluido el movimiento de ayer y deseando acercarme más á la vía férrea, interponiéndome entre ella y el enemigo, salí de Almodóvar del Pinar, con noticias de hallarse próxima una facción valenciana. Me adelanté con dos escuadrones de Villarrobledo, y viendo que aquella se alejaba de Campillo hacía Enguidamos, se la persiguió velozmente, cargándola los húsares á la legua y media, con tal brillantez, que quedaron en el campo 30 muertos, prisioneros unos 80 heridos, libertados los rehenes que llevaban y rescatados varios carros de tabaco y efectos. Por milagrosa protección sólo tengo que lamentar las contusiones de algunos soldados y las heridas de varios caballos. Me propongo conducir los heridos á La Roda.» Al amanecer del día siguiente cuatro compañías de la reserva 25 escoltaron desde Campillo de Altobuey hasta el último punto á los prisioneros y el convoy cogido, y la fuerza restante se encaminó á Motilla del Palancar.

El proyecto de los carlistas era que Lizárraga con los valencianos y los del Maestrazgo fuese á impedir el paso del tren real, y que Vallés, auxiliado por otros cabecillas, atacase á Molina. La primera parte del plan no se realizó, porque en-

tretenidos los del Maestrazgo en hostilizar á Vinaroz, les esperó inútilmente Lizárraga, quien sin tal apoyo y teniendo que vencer la oposición de Cassola para internarse en Cuenca, se mantuvo inactivo en el Rincón de Ademuz; pero la segunda fué ejecutada.

Efectivamente, la brigada carlista de Castilla se presentó de improviso en las puertas de la ciudad de Molina, atacándola y apoderándose de élla, después de los incidentes relatados en el oficio inserto á continuación, subscrito por el teniente coronel Comandante militar de la plaza.

«Batallón provincial de Madrid núm. 25.=Según tuve el honor de participar por telégrafo á V. E., fué atacada esta población, en la noche del 13 del actual, por las facciones reunidas de Vallés, Pancheta y otros cabecillas, compuestas de nueve batallones y 200 caballos. El adversario había dejado, además, dos batallones en posiciones convenientes, con objeto de distraer las fuerzas que pudieran venir en socorro de la ciudad, y contaba con la protección de los muchos carlistas que existen en ella.=La guarnición se componía escasamente de 400 combatientes, pues aunque el número de soldados ascendía á 450, era necesario rebajar los enfermos, músicos y camilleros desarmados. De esta fuerza, una compañía cubría el castillo y la torre de Aragón, quedándome disponibles menos de 300 hombres. Desde mi instalación había colocado la tropa convenientemente para la defensa; pero tenía poca en cada punto que pudiera ser amenazado, por ser muy extenso el recinto, y quedaba, sin embargo, una gran parte de él desguarnecido.=A las siete de la noche el enemigo, que había logrado penetrar en la población protegido y guiado por algunos vecinos, desembocaba por distintas calles para apoderarse de la plaza de la Constitución, situada en el centro de la ciudad, mientras un batallón entraba por una parte débil de la muralla exterior del castillo, con objeto de incomunicarnos con

éste.=En tal disposición, unos 40 hombres de la 8.ª compañía, que ocupaban el cuartel de la Enseñanza, y habían recibido la orden de acudir en caso de ataque al Principal, situado en dicha plaza, acometieron por diferentes calles, trabándose un rudo combate á la bayoneta, en que los carlistas, en número considerable, cedieron al arrojo de estos bravos que tan valientemente recibían el bautismo de sangre, mandados por el comandante, ayudante del batallón, capitán de la compañía y el que subscribe. Apoderado al instante de las bocacalles de la plaza y establecido en ella, traté de aprovechar el terror infundido al enemigo con la decidida acometida llevada á cabo, á fin de ponerme inmediatamente en comunicación con la fuerza que guarnecía el castillo. Para lograrlo era preciso de todo punto forzar el paso, pues los facciosos se habían apoderado de varias casas situadas á la espalda de la plaza Mayor, y hacían desde ellas un nutrido fuego; pero se consiguió, haciendo un heróico esfuerzo. Acto contínuo y después de tomar 20 hombres del castillo y colocar la mayor parte de éllos en puntos convenientes para proteger la retirada de toda la fuerza, en caso necesario, mandé al comandante y ayudante del batallón con ocho soldados que se apoderasen de una casa que, ocupada por unos 40 hombres, era defendida con tenacidad, la cual tomaron con gran arrojo aquéllos valientes, obligando á deponer las armas á dos oficiales, dos sargentos primeros y 33 soldados, que se entregaron prisioneros de guerra. Desde este momento nuestra situación era más desembarazada, y todos los puestos se defendían con heroismo, á pesar de que el que más constaba de ocho ó diez hombres y eran atacados simultaneamente por fuerzas considerables.=Los pocos soldados que ocupaban la puerta del Baño y que fueron acometidos por tres batallones, se defendieron con bizarría hasta quemar el último cartucho y viéndose rodeados, se abrieron paso á la bayoneta, reuniéndose conmigo, que protegí su retirada con algunos hombres.=

En vano intenté varias veces ponerme en comunicación con la fuerza de Escolapios y San Felipe, pues no pude efectuarlo, por ocupar el adversario con numerosas fuerzas la plaza de San Pedro y calles adyacentes, y no disponer yo más que de unos cuantos soldados para llevar á cabo esta difícil operación.=El enemigo, teniendo ya dentro de la ciudad toda su gente, atacó tres veces la plaza y las calles que desembocan en la misma, y otras tantas fué rechazado con grandes pérdidas, á pesar del empeño que demostró en apoderarse de ella. Continuó el fuego hasta las cuatro de la mañana, en que, falto de municiones y no habiendo medio de reponerlas, emprendí la retirada al castillo con 30 hombres de los 40 que durante tantas horas se habían defendido de seis batallones, sin dejar un herido y con el mayor orden. El sargento brigada Francisco Córdoba, que con los otros 10 soldados guarnecía el ayuntamiento, no pudo ser avisado; pero lejos de intimidarse al ver el excesivo número de contrarios que le acometían, aprovechando las municiones que de repuesto había en el sitio indicado, hizo durante cinco horas una defensa que no hallo, Excelentísimo Señor, palabras con que encomiar, pues ardió el edificio por el petróleo que los carlistas arrojaron, y envuelto en humo y llamas el expresado sargento, siguió haciendo fuego con su gente mientras le fué posible, cabiéndome la satisfacción de manifestar á V. E. que, excepto dos, que perdieron la vida defendiendo sus puestos, todos estos bravos consiguieron salvarse y se hallan con nosotros.=Tan pronto como amaneció coloqué en la parte exterior del castillo unos 30 hombres, con objeto de proteger la retirada de la escasa fuerza que se hallaba en Escolapios y San Felipe que, careciendo ya de municiones, no podía defenderse, la cual se llevó á cabo con el mayor orden, quedando situada toda la tropa en dicha fortaleza, dispuesta á morir antes que á rendirse. Espantado el enemigo de semejante defensa, creyó que no podría apoderar-

se por completo de la población, y no adelantó un paso más; pero avisado por algunos de los carlistas, vecinos de la misma, de que ya no había ni un soldado, pues se habían replegado todos al castillo, penetró entonces en ella, entregándose al más furioso saqueo.=A las doce del día 14 emprendió su retirada; y teniendo á mi fuerza colocada en posición conveniente, rompí tan nutrido fuego sobre él, que hubo de dispersarse y huir vergonzosamente, dejando el campo cubierto de muertos y heridos: de los primeros, enterraron 25 en los alrededores del barrio de San Francisco, punto por el cual salieron de la población, y de los segundos recogieron un número considerable.= =Sería prolijo, Excmo. Sr., dar á V. E. detalles minuciosos del heroismo con que se han batido los individuos que componen este batallón, pudiendo manifestarle que no ha habido ni uno sólo que se haya rendido; pues los que se veían acometidos por fuerzas numerosas, han preferido morir arrojándose hasta de los tejados, como el valiente cabo 1.° José Romero, comandante de la guardia del Chorro, que así lo verificó, siendo después vilmente arrastrado por gente de esa horda salvaje. =Nuestras bajas consisten en cinco individuos de tropa muertos; dos oficiales y ocho soldados heridos; seis contusos, y 75 extraviados, de los cuales se van presentando algunos. Las del enemigo son 40 muertos vistos y enterrados en esta hasta la fecha; más de 200 heridos, y un capitán, dos alféreces, dos sargentos primeros y 23 soldados prisioneros con armas y municiones, habiendo caído en nuestro poder varios pertrechos de guerra, cuya mayor parte he inutilizado.=Todo lo que tengo el honor de participar á V. E. para su superior conocimiento, permitiéndome recomendar sin distinción de clases á todos los que componen la guarnición de esta ciudad, pertenecientes al batallón de mi mando, significándole que el vecindario de Molina y hasta los mismos carlistas, han admirado el heroismo y comportamiento de nuestros soldados, que en su bautismo de

sangre y al entusiasta grito de viva nuestro Rey Alfonso XII, han puesto á la altura que se merece el buen nombre del Ejército español.=Molina 15 de Enero de 1875.=El teniente coronel 1.° jefe.=Inocencio Ballenilla.»

Mandóse, incoar un expediente para conocer y castigar á los vecinos que habían facilitado al enemigo la entrada en la plaza, y al mismo tiempo se formó otro á fin de averiguar sí el batallón provincial de Madrid se había hecho acreedor por su comportamiento á ostentar en la bandera la corbata de San Fernando, sobre el cual recayó una acordada del Consejo Supremo de la Guerra, en la que se manifestaba que si el capitán ayudante del cuerpo, D. Pedro Hernández, hubiera solicitado oportunamente para sí la condecoración que se pidió para el cuerpo á que pertenecía, tal vez le hubiera sido concedida.

En Madrid, por un telegrama del Gobernador militar de Teruel, se supo, el 14, la entrada de los carlistas en el distrito y el ataque á Molina. El Ministro de la Guerra ordenó en seguida que la brigada Lasso acudiese rápidamente de Aragón en socorro de esta ciudad; que el brigadier Dabán, en marcha para Valencia con la tropa que había escoltado el tren real, regresara á Madrid por si era necesario oponerla al enemigo en Guadalajara; y organizó además, con el mismo objeto, una columna mandada por el coronel de E. M. D. Sabino Gámir, y compuesta de 1.126 infantes de diferentes cuerpos y 216 caballos de los regimientos del Príncipe y España, la cual se encaminó seguidamente al terreno invadido. Lasso, que estaba el 15 en Monreal del Campo, avanzó á Pedregal, y en el camino supo que los facciosos había evacuado á Molina, por lo cual volvió á proseguir las operaciones en Aragón. Dabán no llegó á recibir orden de marchar á la provincia. La columna de Gámir salió de Madrid para Sigüenza; pero al arribar á Guadalajara, fué detenida por el Gobernador militar, general Clavijo, quien teniendo ya noticias de que los enemigos habían

salido de la población atacada y de que iban sobre Cifuentes y Brihuega, indicó al Gobierno la conveniencia de que Gámir marchara hacia aquellos puntos contra la facción. El Ministro contestó afirmativamente; previno al otro día que un batallón y un escuadrón, á las órdenes del teniente coronel Castro, fueran á cubrir la vía férrea de Zaragoza, más allá de Sigüenza, y reforzó la columna Gámir con una batería de montaña y varias compañías, para que pudiera oponerse más fácilmente al avance de Vallés y demás cabecillas.

Al abandonar la ciudad, los sitiadores de Molina se esparcieron en varias direcciones: unos entraron en la provincia de Cuenca y fueron hacia Priego; otros hacia Luzón; y los más tomaron el rumbo de Cifuentes.

Mientras se le reunían los refuerzos indicados, envió el coronel Gámir reconocimientos sobre Brihuega; y asegurado de que el enemigo iba hacia aquel pueblo, allí se encaminó él también con su tropa, al amanecer del 17, llegando al empezar la noche; pero no le avistó, pues Vallés volvió sobre sus pasos, noticioso del movimiento de su adversario.

Era uno de los cuidados preferentes del Gobierno, en estos días, la protección del ferrocarril para el paso de S. M. el Rey que, por la línea de Zaragoza y Las Casetas, marchaba al Norte á ponerse al frente del Ejército que operaba en aquel territorio. Por tal causa, no se alejó Gámir del camino de hierro, lo cual contribuyó á que el viaje del Monarca se verificase felizmente. Después de este suceso, el coronel Gámir regresó el 20 á Madrid con parte de sus fuerzas, y le substituyó en el mando de la columna el de la misma graduación D. Manuel Contreras, quien con los dos batallones y otros tantos escuadrones que le quedaron, estuvo vigilando el ferrocarril hasta Arcos.

Una columna de guardia civil, organizada á principios del año con 160 infantes y 26 caballos para perseguir malhechores

y pequeños grupos carlistas en la orillas del Tajo, avistó el día 14 de Enero á una avanzada de la facción del cabecilla don Angel Rosas; el cual, mientras Vallés cercaba á Molina, había descendido hasta Beteta, Priego y pueblos comarcanos cometiendo exacciones y recaudando fondos. El comandante Moya, jefe de la calumna, relató del siguiente modo el encuentro.

«En mi última comunicación del 12 tuve el honor de exponer á V. E. el itinerario que pensaba seguir desde Morillejo para pasar á la derecha del Tajo por el puente de Tagüenza, si sucesos imprevistos no me hacían cambiar de dirección. Pues bien, en la noche de ayer, estando apostado en el pueblo de Arbeteta, sorprendí una comunicación dirigida al alcalde por el de Peralveche, en la que le daba cuenta de la entrada de varios carlistas montados y le encargaba, de orden del jefe de éstos, que le diera parte inmediato de la situación y movimientos del enemigo. Entonces creí conveniente alterar mi itinerario, y en lugar de dirigirme al pueblo de Armallones, como tenía proyectado, hice de madrugada una contramarcha con dirección á Peralveche, disponiendo, como medida de precaución, que el capitán D. Ildefonso Carril y Arcos y el teniente D. José Buendía Martínez, con 25 caballos y 30 infantes, anticipasen la salida para circunvalar el referido pueblo. Esta fuerza avanzada iba á la distancia de dos kilómetros del resto de la columna, y al llegar al barranco denominado del Abanico, tropezó con una fuerza enemiga de 170 caballos y algunos infantes, según supe después, contra la que rompió el fuego y á la cual desalojó de las posiciones que ocupaba en el ala izquierda. Cuando llegué, tocaba retirada el contrario, que fué dispersado en todas direcciones, causándole cuatro muertos y dos heridos vistos, uno de ellos teniente, y un caballo muerto. En la tropa de mi mando no ha ocurrido novedad; y aunque llena de entusiasmo por perseguir á los carlistas, creí conveniente avanzar hacia mi frente en dirección de Peralveche-

para adquirir noticias más positivas respecto á la procedencia y número de los enemigos y evitar una sorpresa, que parece nos tenían preparada. Así lo comprendí al entrar en Peralveche, donde supe que la fuerza batida en el barranco del Abanico había pernoctado aquella noche en dicho pueblo y que procedía de las facciones Cucala, Vallés y otros cabecillas valencianos. Averigüé también que de Priego habían bajado hacia Salmerón fuerzas considerables carlistas, y que era muy probable nos salieran al encuentro ó tratasen de cortarnos la retirada hacia el Tajo, porque sabiendo que por la parte donde yo operaba no había más columnas que la mía, tenían el pensamiento de prepararnos una emboscada para exterminarnos, según se dejaron decir en el pueblo de Peralveche.=En vista de lo comprometido de mi situación, y teniendo presente las instrucciones de V. E. de operar á la derecha del Tajo y hasta de replegarme á Guadalajara si era necesario, emprendí una rápida marcha con dirección á esta villa de Trillo, para observar con más seguridad los movimientos del enemigo y obrar desde aquí según lo exijan las circunstancias.=En esta expedición que acabo de hacer, me he convencido de que la mayoría de los alcaldes están cohibidos por el terror á los carlistas, que les obligan á escribir partes á medida de su deseo para engañar á las columnas, y de que conviene obrar con cautela para no ser víctimas de una sorpresa.=Trillo 14 de Enero de 1875.=Francisco Moya.»

La columna de este comandante siguió operando, sola unas veces y reunida otras con las principales. La guardia civil de Cuenca tampoco permanecía ociosa; pues constantemente escoltaba convoyes, visitaba pueblos del llano, protegía la recaudación de tributos y auxiliaba á las autoridades.

Dejamos al brigadier Cassola operando en la región occidental de la provincia de Cuenca. El 16, no reteniéndole allí ninguna atención por haberse verificado ya el viaje de Su

Majestad el Rey á Madrid, abandonó aquella zona y fué á Cuenca á inquirir noticias de los carlistas. Supo los sucesos de Molina y la invasión que la provincia de Guadalajara estaba sufriendo, y marchó á contrarrestarla. El 18 pernoctó en Priego parte de la brigada y el resto en Villaconejos. Al otro día la fuerza de Priego se dirigió á El Recuenco, á hostilizar á un grupo de caballería enemiga allí alojado, al que tiroteó, quitándole armamento y raciones; y la de Villaconejos fué á Vindel. Cuando sobrevino la noche se encaminó toda la brigada á Arbeteta, donde se hallaban dos batallones carlistas que, según se decía, eran los de Rosas, los cuales huyeron al saber que se aproximaban las tropas. El Brigadier tuvo conocimiento en aquel pueblo de que dicha fuerza había ido á Peralveche; de que Vallés, con otra de cinco batallones y 300 caballos, pernotaba en Villanueva de Alcorón, y de que ambas proyectaban ejecutar una correría por La Alcarria.

Interpuesto Cassola entre los dos núcleos enemigos, quiso batir á uno de ellos; y al efecto, el día 20, de madrugada, se acercó sigilosamente á Peralveche; mas á pesar de las precauciones que adoptó para sorprenderle, advertido el adversario de la presencia de la columna, evacuó con tiempo el pueblo, yendo parte de la gente hacia Cifuentes, y el resto á unirse á Vallés, quien estaba ya en Beteta disponiéndolo todo para la proyectada expedición, con la esperanza de realizarla en tanto que Cassola se entretenía en perseguir á los que habían marchado en dirección á Cifuentes. No se dejó engañar el Brigadier por los movimientos de los carlistas, y volvió á Priego para observar á Vallés y estorbar su plan; fin á que atendió enviando frecuentes reconocimientos de caballería á la sierra y poblaciones cercanas, los cuales cogían diariamente prisioneros, caballos, armas y raciones de los convoyes que iban á Beteta.

El coronel Contreras, cuyo preferente cuidado era la vía férrea, tenía un batallón distribuido en grupos de 30 ó más

hombres en las estaciones de Guadalajara, Fontanar, Yunquera, Humanes, Espinosa de Henares, Jadraque, Matillas, Baides, Alcuneza, Medinaceli y Arcos, en las que se hicieron algunas obras defensivas, y el resto de la columna se hallaba en Sigüenza como reserva de todos los destacamentos. El Ministro encarecía al coronel, con fecha 21, la necesidad de conservar expedito á todo trance el ferrocarril, indicándole que un batallón carlista se dirigía á Cifuentes y que convenía estar á la mira, tanto para batirle, si se presentaba ocasión, como para acudir en auxilio de la capital de la provincia, la cual podría verse amenazada por el movimiento de aquella fuerza enemiga. Además había otras en las cercanías de la vía; la ciudad de Molina estaba nuevamente bloqueada por el adversario, que impuso pena de muerte al que intentase con cualquier pretexto pasar la línea carlista; y una partida volante de 100 caballos vagaba por las cercanías de Maranchón. No podía, pues, Contreras impedir los desmanes de todos los facciosos de Guadalajara, tanto más, cuanto que su columna quedó disminuida, por haber sido substituidos los dos escuadrones del Depósito de Alcalá que tenía á sus órdenes por uno sólo del regimiento del Príncipe.

En vista de todo esto, el general Jovellar dió al brigadier Cassola las instrucciones que expresa el siguiente telegrama «Aceptando su indicación, se pide al General en Jefe del Centro que con la brigada que está en Calatayud cuide de Molina. La columna Contreras atenderá á la vía férrea desde Guadalajara á Arcos, y V. S. puede vigilar el alto Júcar, estando á la mira de Cuenca y Quintanar é impidiendo que bajen á La Mancha las facciones, cuyos movimientos se mandan observar al General en Jefe del Centro, previniéndole que sus fuerzas penetren sin inconveniente en este distrito, si es preciso. Sabido esto por V. S. sólo me resta encarecerle que me dé frecuentes noticias de su situación y la del enemigo, y excitar

su reconocido celo para que, empleando una movilidad suma, desconcierte al contrario sin darle tregua ni descanso, prometiéndome que su inteligencia y buenas dotes tendrán ocasión de demostrarse una vez más.»

No creía prudente Cassola el movimiento hacia el Júcar, ínterin no hubiese fuerzas en el Tajo que se opusieran á la marcha de los carlistas de Beteta á Guadalajara, y en este sentido informaba desde Priego, el 23, al Ministro, diciendo: «Recibido telegrama de V. E. referente al nuevo plan. Vallés, con seis batallones y 300 caballos, espera, probablemente, mi movimiento para realizar marcha sobre Tarancón, Pastrana, Brihuega y otros puntos, razón por la cual no subo á sus guaridas de Beteta, donde se halla contenido por mi situación. Convendría, pues, á mi juicio, que las fuerzas de Contreras avanzaran al Tajo, antes de moverme hacia el S., y que las del Ejército del Centro se corrieran ya, por Alustante y Checa. V. E., con su ilustrado criterio, ordenará lo más acertado, teniendo también en cuenta que, según mis noticias, Lizárraga y Monet siguen por Ademuz, acaso esperando continuar movimiento.» En estos días, la operación de Contreras hacia el Tajo no era posible; pues tenía fija su atención en Cetina y Alhama, donde se había presentado un grupo carlista que inutilizó la línea telegráfica y le obligó á reforzar los destacamentos más próximos á aquellas poblaciones. Además, la partida que iba á Cifuentes le inspiraba algún recelo, y el pedido de raciones hecho por otras á diferentes puntos próximos á la vía, indicaban una acción combinada de los carlistas sobre el ferrocarril. Hasta tal punto existía esta creencia, que los empleados de la empresa manifestaron que abandonarían sus puestos, aun á riesgo de perder el destino, en el momento que las tropas se alejasen.

Por estar la provincia de Guadalajara sin columnas que la recorriesen (pues la única existente, la de guardia civil, man-

dada por Moya, se replegó á la capital el 20), el bloqueo de Molina seguía impunemente, y algunas pequeñas partidas merodeaban y cometían desafueros y desmanes en los pueblos. Los carlistas que se habían separado de Rosas días antes, se presentaron el 24, á las ocho de la mañana, en número de doscientos, aproximadamente, en las contornos de Cifuentes; se apoderaron de la población, á pesar de la defensa intentada por 80 voluntarios guarecidos en el castillo, los cuales cayeron prisioneros, y la saquearon, imponiéndole contribuciones y llevándose en rehenes al alcalde y vecinos principales hasta efectuar el cobro. En auxilio de aquel pueblo salió Moya de la capital, pero llegó á él cuando ya no estaban allí los rebeldes, y aunque los persiguió hasta Trillo, no les pudo dar alcance.

El día 26, Rosas estaba hacia Tragacete, adonde se había corrido con dos batallones; Vallés había abandonado á Beteta y salvado el Tajo por *Z*aorejas; los carlistas que habían ido á Cifuentes, se hallaban merodeando por Esplegares, Ablanque y Olmeda de Cobeta; y la mayor parte de los sitiadores de Molina habían levantado el cerco, presentándose 1.000 de ellos en Maranchón y poco después en Alcolea del Pinar, desde donde retrocedieron á las sierras. La situación de las columnas era: la de Contreras, en la vía férrea; la de Cassola, en Priego, y la de Moya, en Trillo, no lejos de Guadalajara, para ampararla al momento, si era necesario. Además, la columna del Centro, mandada por el brigadier Goyeneche, estaba aquel día en Munébrega, de paso para Molina.

Noticioso Cassola de que Vallés había evacuado á Beteta y de que se dirigía al Tajo, se puso en marcha, el 27, para Salmerón y Azañón, á fin de observar los movimientos del enemigo, y con ánimo de dejar á Contreras ó á Goyeneche el cuidado de batirle, si se encaminaba á la vía férrea ó á tierra de Molina, y de atacarle él si, como seguía creyendo, el objetivo de la facción era La Alcarria. Ni lo uno ni lo otro se realizó; pues el

cabecilla, después de estar unos días esquivando todo encuentro, dividió en dos su partida, marchando con la mayor al territorio del Centro, para no reaparecer en el distrito, y siendo batida la otra, en dicho día 27, en los montes del Picazo, inmediatos á Molina, por la columna del Giloca, á las órdenes del coronel Sancho, enviado á la vez que Goyeneche en socorro de los sitiados. En tal combate, relatado ya en las operaciones del Centro, sufrió grandes pérdidas la facción, cuyos restos se diseminaron y huyeron en todas direcciones. La brigada Goyeneche llegó aquella tarde á Molina; y, al saber que se aproximaba, se retiró la escasa fuerza enemiga que seguía cercándola. Desaparecido el peligro, tanto esta columna como la de Sancho regresaron al distrito de Aragón.

De las operaciones que ejecutó Cassola en estos días, y de la acción que sostuvo en Huélamo, el 30, dió cuenta este brigadier al Capitán general en los siguientes términos:

«Con noticias dudosas de que parte de la facción Vallés había sido batida en las cercanías de Molina, y que la de Rosas había bajado á Las Majadas para hacer una excursión por los llanos de Cuenca, contramarché rápidamente antes de llegar al Tajo, yendo á pernoctar el 28 próximo pasado á Fresneda de la Sierra.=Al amanecer del siguiente día continué avanzando, aun cuando ya en Portilla supe que Rosas había desistido de su intento retirándose á Huélamo, que está situado á orillas del Júcar y en lo más escabroso de la sierra. Seguí la marcha, esperando darle alcance, y fuí á pernoctar á Las Majadas, donde el incidente de haberse escapado un espía carlista, momentos antes de la llegada de mi vanguardia, hacía perder la esperanza de que las partidas nos aguardaran.=Sin embargo, con las necesarias precauciones, se emprendió otra vez la marcha, antes de amanecer del 30, y á las once de la mañana, y como á unos tres kilómetros de distancia, dábamos vista á Huélamo, donde nada pudo advertirse que manifestase

la existencia del enemigo. Esto no obstante, puse en batería dos piezas de montaña; ordené á las cuatro compañías de la Reserva número 1, que iban de vanguardia, que descendieran inmediatamente al valle, entrando en el pueblo por el puentecillo del río, mientras el 2.° escuadrón de húsares de la Princesa lo cruzaba, con igual objeto, por un vado inmediato.=Estas primeras maniobras fueron ya descubiertas por las facciones, y á pesar de la celeridad con que se ejecutaron, los contrarios tuvieron tiempo suficiente para salir de las casas precipitadamente y tomar posiciones en la inmediata y empinada sierra, dirigiéndose su caballería y otras fuerzas por el camino de Valdemeca.=Inmediatamente rompieron el fuego sobre mi vanguardia; pero no siendo bastante para contenerla, penetró ésta en el citado lugar, apoderándose de cuantos efectos habían dejado allí los carlistas, mientras yo avanzaba rápidamente con otra sección de montaña y cuatro compañías de la Reserva núm. 10, cortando hacia el camino por donde se retiraba el grueso del enemigo.=Dejé en Huélamo á la infantería de vanguardia, después que había coronado todas las posiciones desde donde el adversario había pretendido defender el pueblo, y continué con la antedicha fuerza la persecución, dando orden de que se me incorporara el resto de la columna. =La celeridad de la huida de los carlistas, en la que tiraban boinas y armamentos, la dispersión de los grupos, lo exageradamente quebrado de aquellas montañas, y otra porción de obstáculos que me impedían hacer mejor uso de la caballería, fué causa de que la persecución tomara un carácter casi individual, permitiendo aún que un grupo considerable pretendiera hacer su última resistencia en las elevadas sierras de Valdemeca, de donde fué, asimismo, arrojado por las primeras compañías de la Reserva núm. 10 y la caballería de vanguar dia.=Una vez en dicho punto, habiéndose ocultado el sol quedando muy á retaguardia el grueso de la columna, y falt

del perfecto conocimiento de aquellas escabrosidades, resolví concentrar las fuerzas en Valdemeca y curar los heridos.=A media noche, y favorecido por la luz de la luna, hice salir al batallón provincial de Alcalá con una sección de húsares en dirección á Zafrilla, última que tomaron los restos enemigos; y como su dispersión fué aumentando y no se paraban á descansar en ninguna parte, no le fué posible á la tropa hacer más que unos cuantos prisioneros.=Al siguiente día, 31, y con noticias de que los dispersos se unían á Vallés, que venía desde Guadalajara á reforzar á Dorregaray, atacado en Chelva por el General en Jefe del Ejército del Centro, emprendí la marcha para ponerme en la pista de aquél, y después de pasar por Huerta del Marquesado y Salvacañete, llegué el día 2 del actual, á las tres de la tarde, á Ademuz, punto del que había salido al amanecer hacia Chelva el mencionado cabecilla Vallés. Seguí adelante aceleradamente; pero sospechando que mi movimiento podría alterar ó entorpecer el plan que tuviese sobre Chelva dicho General en Jefe, preferí tratar de comunicar con sus fuerzas, ocupando, entretanto, la estratégica posición de Talayuelas, en donde supe ya el cambio de dirección de nuestras tropas del Centro, la internación de Vallés por Teruel y la salida de Chelva de Dorregaray con una limitada escolta.=Durante estas operaciones se fueron haciendo algunos prisioneros, cogiendo á varios dispersos, protegiendo á los pueblos y facilitando á los reclutas desertores del enemigo el que marcharan á ampararse á Teruel y Requena.=En resumen, Excmo. Sr., nuestras bajas sólo han consistido en 16 heridos y contusos, en su generalidad leves, mientras el enemigo, que era fuerte de tres batallones y dos escuadrones, ha sido completamente dispersado y derrotado, teniendo un número muy considerable de muertos y heridos, que los habitantes de los pueblos han recogido después; 40 prisioneros, entre ellos un oficial; multitud de desertores, que aun se están

presentando á indulto en Cuenca y pueblos de esta provincia y Guadalajara, que suman un total de 400 bajas, según confesión de los mismos cabecillas carlistas, habiendo perdido, además, bastantes caballos, armamentos y efectos de guerra.=En este afortunado encuentro, las fuerzas de esta columna, que excepto la caballería hacían su primer ensayo de armas, se han batido con entusiasmo y arrojo de soldados aguerridos, y su brillante conducta, así como la inteligencia de sus jefes y oficiales, son dignas de la consideración de V. E.=Cuenca 10 de Febrero de 1875.=Manuel Cassola.»

Los prisioneros fueron conducidos á Cañete, bajo la custodia de cuyo destacamento quedaron. Se lamentaba Cassola de la conducta poco propicia de los alcaldes, y á ella y á lo prácticos que eran los enemigos en aquel intrincado terreno, atribuía el no haber destruido completamente á la facción Rosas. Sin embargo, muchos de los fugitivos se presentaron á indulto, y el triunfo conseguido valió al Brigadier y á su columna los plácemes oficiales del Gobierno y del Capitán general.

Estacionado Cassola en Talayuelas, se propuso, no sólo ponerse en relación con el Ejército del Centro, sino observar al adversario, porque pensaba que encontrándose las facciones concentradas en Chelva, y en Villar del Arzobispo el General en Jefe, si éste intentaba un nuevo ataque á aquella villa, era probable que Dorregaray se retirara pasando el Turia, y, por tanto, convenía tener guarnecida la orilla derecha de este río; pero noticioso el 6 del expresado mes de Febrero de que las tropas del Centro habían retrocedido á Liria y el General en Jefe á Valencia, juzgó que se desistía de la operación; y no teniendo ya objeto su permanencia en aquella zona, pues la mayor parte de las comandancias carlistas las había destruido á su paso, y los dispersos que quedaron entre el Cabriel y el Júcar al huir Rosas á Valencia estaban aprehendidos, fué á Cañete, recogió

los prisioneros del último combate, y juntamente con los hechos al final de la expedición, los llevó á Cuenca, donde entró el día 8.

La acción de Huélamo ahuyentó durante bastante tiempo de la provincia á los núcleos enemigos de alguna entidad. De los que quedaban, apenas se conocía la existencia: huían siempre hasta de los pequeños destacamentos de guardia civil, y no se atrevían á presentarse en las poblaciones. Uno de ellos, de 15 hombres, fué avistado en la Rambla de Nuestra Señora de la Consolación, término de Iniesta, por una columna de Albacete, mandada por Manglano, cayendo prisioneros nueve facciosos y muertos tres, sin pérdidas en la tropa; y algunos otros grupos, de menor número de individuos todavía, sufrieron también varias bajas, con todo lo cual iba restableciéndose la vida normal de los pueblos.

En Guadalajara, Contreras seguía dando la necesaria protección al ferrocarril, con ligeras y frecuentes variaciones en la indicada distribución de su fuerza, aconsejadas por las necesidades del momento; Moya recorría incesantemente los partidos de Cifuentes y Sigüenza, no tanto por los carlistas que en ellos había, como para evitar que entrasen desde los inmediatos del N. y E. El cabecilla Cuadra era el que, con 50 individuos procedentes de Aragón, molestaba, á mediados de Febrero, á los pueblos próximos al camino de hierro; pues los rebeldes mencionados anteriormente, así los del bloqueo de Molina como los que fueron á Cifuentes, habían evacuado la provincia al presentarse en ella la brigada Goyeneche, aunque no andaban lejos del confín.

Desde la ciudad de Cuenca se trasladó Cassola á la de Guadalajara, entrando en ésta el día 12; y mientras llegaban los habilitados que debían salir de Madrid con fondos para las atenciones de los cuerpos, fué el Brigadier á la corte para asuntos del servicio, encargándose interinamente del mando de la

columna el coronel D. Manuel Alcega. Allí estuvo la brigada hasta el 15, en que los anuncios de que 300 carlistas estaban en Judes, cerca de Maranchón, de que otros procedentes de Valencia iban á hostilizar á Molina, y de que varios habían inutilizado el telégrafo entre Sigüenza y Alhama y trataban de destruir un puente de la vía férrea próximo al túnel de Orna, (lo que no consiguieron merced á la intervención de un destacamento de Contreras, que cogió nueve prisioneros á los carlistas que empezaron el destrozo), obligaron á que la brigada se moviera hacia aquellos puntos.

En el camino, al pasar por Sigüenza, supo Alcega que los 300 carlistas de Judes, mandados por D. Vicente Bosco, estaban cometiendo desmanes en Codes y pueblos comarcanos; y continuando á Maranchón para batirlos, les ahuyentó con su presencia. Siguió á Molina para averiguar si eran ciertos los riesgos anunciados, y comprobó, por reconocimientos hacia Campillo de Dueñas y El Pobo, que el origen de tales temores era la estancia de Villalaín en Alustante y Checa, y que éste cabecilla caminaba hacia Beteta. Teniendo el coronel que aguardar la incorporación de Cassola, que ya estaba de regreso en Sigüenza, permaneció en la ciudad de Molina hasta el 22, en que el Brigadier tomó el mando; y con instrucciones del Ministro para volver á Cuenca, en vista de la entrada de Villalaín, salvó el Tajo, después de haber sorprendido al cantón carlista de Fuembellida, y el 27 fué á parar á Priego, donde quedó en observación de aquel cabecilla, que entonces estaba en Tragacete, pronto á descender al llano, si se le presentaba ocasión favorable.

La partida de Bosco, cuyo objeto principal al aparecer en Judes y Codes era la destrucción del ferrocarril de Zaragoza, recordó á las autoridades locales los mandatos de Lizárraga, prohibiendo la circulación de trenes y conminando con graves penas á los empleados, si en el término de cuarenta y

ocho horas no desalojaban sus viviendas y se alejaban de la línea; proceder que obligó á desplegar mayor actividad á la columna de la vía, mandada desde el 14 de Febrero por el teniente coronel Martitegui, del provincial de Toledo. En los primeros días cometió aquel partidario varios desmanes; mas no pudiendo sostenerse sin riesgo, desistió de sus propósitos y marchó por Olmedillas y Toves á Atienza, donde pernoctó y sacó recursos, y después á la provincia de Segovia, cuyo límite atravesó por primera vez el 25, pasándolo y repasándolo otras varias en los días sucesivos.

Tenía intención Bosco, según se dijo entonces, al internarse en Segovia, de preparar un levantamiento de alguna importancia, á cuyo frente se pondría Villalaín, que iría allí seguido de su partida; pero antes se procuró aquel cabecilla en Guadalajara un lugar de refugio, fortificando el antiguo castillo de Galve. Pronto le tuvo que utilizar; pues á los primeros avisos de su entrada en Segovia se reconcentró la guardia civil de Riaza, marchó á este punto desde la capital una compañía del provincial de Toledo, y juntas ambas fuerzas, avanzaron contra el cabecilla y le avistaron en Grado el día 3 de Marzo, tiroteándole, tomándole las posiciones en que se defendió, causándole algunas bajas y precisándole á internarse en los pinares, desde donde fué á guarecerse al punto que había fortificado.

A los pocos días, reunida esta columna con otra que había salido de Madrid el 26 de Febrero, formada por cuatro compañías del provincial de Jaén y 60 caballos del regimiento del Príncipe, cercaron el castillo del Galve, donde estaba Bosco con su gente, acrecentada con nuevos prosélitos, dispuesto, al parecer, á ejecutar una tenaz resistencia; mas comprendió pronto su difícil situación, y el 6 de Marzo evacuó el castillo, favorecido por la obscuridad de la noche, atravesando por entre los sitiadores, no sin que le causaran dos muertos, varios he-

ridos, cuatro prisioneros y sin que sufriese la pérdida de casi todo su armamento y municiones. La columna tuvo dos contusos. Aunque de Soria acudió una compañía del provincial de Burgos, y Martitegui se acercó también á Galve desde Sigüenza, no fué necesaria la cooperación de ninguna de estas fuerzas.

Tales encuentros sucesivos libraron de carlistas á la provincia de Segovia: Villalaín no se movió de los confines de Cuenca y Valencia; Bosco y los dispersos se alejaron hacia Soria, seguidos de las compañías de Jaén y caballería del Príncipe. Las demás tropas, después de batir el campo cogiendo fugitivos, regresaron á su habitual residencia.

Respondiendo, seguramente, al proyectado alzamiento de Segovia, se presentó en La Hiruela, cerca de la unión de esta provincia con las de Madrid y Guadalajara, una partida que se hacía ascender á 200 hombres y anduvo unos días vejando á varios pueblos inmediatos, dividida en dos grupos. La guardia civil de Torrelaguna, Colmenar Viejo y Buitrago, batió á uno de ellos el 19, ocasionándole tres muertos y cuatro heridos; y al siguiente día los vecinos de Lozoyuela y Torrelaguna, que se armaron en defensa de sus intereses, consiguieron también causarle cinco bajas; con lo cual se le obligó á pasar desordenadamente á Guadalajara por La Hiruela. La otra parte de la facción, capitaneada por Camacho, corrió análoga suerte; pues internada, antes que aquella, en la misma provincia, fué avistada el 24, no lejos de El Cardoso de la Sierra, por un destacamento de caballería, mandado por el teniente coronel Melguizo, que la atacó y diseminó haciéndole cinco muertos, igual número de prisioneros, y cogiéndole armas, caballos y pertrechos. Con dichos escarmientos no volvió á aparecer en esta zona la referida partida ni ninguna otra.

Las provincias de Toledo y Ciudad Real seguían sin carlistas en armas, pero no sin numerosos y audaces criminales, lo que exigía una incesante vigilancia, tanto en los pueblos y

caseríos, como en la vía férrea. En Marzo los destacamentos tuvieron que proteger también las operaciones del reclutamiento de los 70.000 hombres llamados á las armas, dificultadas por la resistencia pasiva de los mozos que debían entrar en caja. A fin de mes la situación mejoró hasta tal punto, que se juzgó ya innecesaria la permanencia de fuerzas de carabineros y lanceros de España en Despeñaperros, y se disolvió el cantón militar que desde tiempo atrás guarnecía aquel importante paso.

En la primera quincena de Marzo no ocurrió más novedad en Cuenca, que la sorpresa del cantón carlista de Paracuellos, verificada por la guardia civil, que hizo á los rebeldes tres muertos y un prisionero. En Guadalajara, la columna Martitegui siguió ocupando la vía férrea, haciendo constantes reconomientos á derecha é izquierda; y la del comandante Moya estuvo esparcida por los partidos de Cifuentes, Pastrana, Atienza y la capital.

El brigadier Cassola fué substituido en el mando de su columna por el de igual categoría D. Luis Fernández Golfín, quien el 15 tomó posesión de su cargo. Como no existía entonces ninguna facción importante en la comarca; pues Villalaín, jefe á la sazón de las fuerzas carlistas de Castilla, había hecho con su proceder muchos descontentos en su gente, y con ella, bastante disminuida, andaba por el confín del distrito, sin aventurarse á pasarle, pudo el Brigadier, por tanto, dedicarse á estudiar la situación del país encomendado á su cuidado, á recorrer los puntos en que había fuerza carlista y á reanimar el espíritu de los pueblos; y al efecto, salió de Priego con la brigada, encaminándose primeramente á Cuenca. Después de visitar el 18 á esta capital, fué á Las Majadas, donde, según decían, funcionaba una comandancia carlista, que no encontró, porque se internaron sin duda en la sierra los que la componían, al conocer el peligro, y retornó á Priego por Albalate de las Nogueras y Villaconejos, poblaciones eminentemente carlistas. El 22 y 23

permaneció allí para que la tropa y ganado descansara de la fatiga de los días anteriores, y para preparar una excursión á Beteta, donde existían carlistas armados, como sucedía siempre que no estaba ocupado aquel punto por las tropas.

Su plan era caer de improviso sobre la villa, para lo cual siguió con toda la brigada el itinerario de Cañamares y puente de Badillos, y aquí la fraccionó, mandando cuatro compañías del provincial de Alcalá y un escuadrón de húsares por la izquierda á pasar cerca de Carrascosa Sierra, y subiendo con la fuerza restante por el monte llamado Palancar. Los movimientos fueron ejecutados con la mayor precisión, desembocando á la par ambas cabezas de columna en Beteta, cuya reducida guarnición enemiga fué sorprendida. Con la esperanza de salvarse, apelaron la mayor parte de sus individuos á fingirse enfermos ocupando las camas del hospital; mas no les valió el subterfugio, y quedaron prisioneros con otros que trataron de huir. Cuatro oficiales y 10 voluntarios carlistas fueron los aprehendidos. Golfín aprovechó esta coyuntura para cobrar allí los débitos atrasados de contribución y recoger los mozos de la quinta de entonces y anteriores, igualmente que lo hacía en todos los pueblos de tránsito.

Terminada la operación, volvieron á Priego, á las órdenes del coronel D. Rosendo Moiño, el batallón provincial de Alcalá, un escuadrón de húsares y dos piezas Plasencia, á fin de seguir en observación en aquel pueblo y poder oponerse á cualquiera intentona de los carlistas para pasar á La Mancha; y Golfín con la demás fuerza de la brigada fué á recorrer la zona S. E. de Guadalajara, atravesando por Cueva de Hierro, Poveda de la Sierra, Taravilla, Tierzo, Molina y Maranchón, arribando el 29 á Sigüenza en cumplimiento de instrucciones del Capitán general del distrito. Ningún suceso turbó la tranquilidad en aquellos días, á causa de que los carlistas castellanos seguían ausentes, tratando tal vez de reorganizarse, por

haber sido destituido Villalaín el 26, y nombrado D. Manue Salvador Palacios para dirigir los asuntos de la causa rebelde en el territorio de ambas provincias.

Por entonces se introdujeron algunas modificaciones en la organización de las tropas del expresado territorio. Las cuatro compañías del provincial de Madrid que guarnecían á Molina cesaron en su cometido, y pasaron á formar parte de la columna del ferrocarril, mandada por el coronel Alcega, en substitución de las cinco del batallón de Toledo y tres del de Cuenca, que marcharon á Madrid, una vez reconcentrados en Sigüenza los destacamentos de las estaciones. Los nuevos se establecieron en Arcos, Medinaceli, Baides, Jadraque y Espinosa de Henares; y los 100 caballos que estaban á las órdenes del expresado coronel, siguieron en Sigüenza; pero no la sección de artillería de montaña, que fué conducida á Molina, para unirse á una pequeña fracción del tercer regimiento de artillería á pie y á tres compañías del provincial de Jaén, salidas de Madrid con objeto de constituir la guarnición de la ciudad. Golfín continuó con el batallón reserva número 10 (800 hombres), cuatro compañías de la reserva número 1 (350), dos escuadrones de húsares de la Princesa (160 caballos), parte de los regimientos de caballería del Príncipe y España (120), y dos piezas; y el coronel Moiño, dependiente de dicho brigadier, con el provincial de Alcalá (800 hombres), 100 caballos de húsares de la Princesa y una sección de montaña, fuerza que hemos dicho estaba en Priego, y que recibió orden para trasladarse á la ciudad de Guadalajara, adonde llegó el 31. El teniente coronel de caballería D. Cayetano Melguizo, desde que batió, según hemos dicho, á una partida en los confines de Madrid con Guadalajara, andaba por esta provincia al frente de una columna móvil de caballería, con encargo especial de recorrer los pueblos, para contrarrestar la influencia del enemigo en el país. La situación de Moya era la última indi-

cada. Además, el batallón provincial de Ciudad Real estaba repartido entre Cuenca y Cañete.

Bien pronto se reanudaron las operaciones de Golfín, dirigidas en esta ocasión contra las comandancias carlistas, prinpalmente. El 2 de Abril evacuó el Brigadier á Sigüenza, previniendo á Moiño que saliera también de la capital de la provincia para que se reuniera con él en Alcocer. El pánico esparcido en la capital de Cuenca, por las nuevas que corrieron de que una numerosa facción se encaminaba á atacarla desde Chelva, llegó hasta el punto de que algunas familias abandonaron sus hogares, lo cual decidió á Golfín á dirigir sus pasos, junto con Moiño, á dicha población, y á permanecer en sus cercanías hasta que se desvanecieran tan infundados temores. Cuando esto sucedió, volvió el último á Priego, su anterior centro de operaciones, y marchó el Brigadier hacia la sierra de Albarracín, para proseguir la batida á los cantones enemigos.

Como resultado de los movimientos de la brigada, el 9 del indicado mes fué sorprendida la comandancia carlista de Huélamo, muriendo tres de los que la formaban, uno de ellos el jefe, teniendo además dos heridos y seis prisioneros, y perdiendo gran cantidad de municiones de boca y guerra que tenía en depósito, sin que hubiera más que un húsar levemente herido en la columna; y en el mismo día una fuerza avanzada aprehendió en Tragacete al titulado Intendente general de Cuenca y Guadalajara, al jefe del cantón de Beteta y á cuatro carlistas más. Supo después Golfín que se estaba organizando en Griegos la facción Palacios, y salvó el límite marchando á dicho punto, donde dispersó á un escuadrón carlista que cubrió la retirada del cabecilla hacia Ademuz y Chelva. Seguidamente tornó por la Cuenca del Tajo, para visitar á Checa, Peralejos de las Truchas y otros pueblos favorables al carlismo y el 21 estaba nuevamente en Priego, reunido otra vez con el

coronel Moiño, que no había permanecido inactivo; pues diariamente había dado batidas en los alrededores, escarmentando en una de ellas, cerca del caserío de Santa Cristina, al cantón carlista de Pozuelo, que tenía atemorizados con sus desmanes á los pueblos inmediatos, y estaba mandado por Peñalver, el cual resultó herido en la contienda, y tuvo dos muertos y tres prisioneros en su gente. El gran temporal de nieve que reinó en estos días dificultó las marchas. Sin embargo, en los diez y nueve que duraron se hicieron á los carlistas cinco muertos, otros tantos heridos y 11 prisioneros; se les cogieron muchas armas, utensilio y raciones, y veintitantos se acogieron al indulto que se les concedió por el término de 30 días.

Realmente, en la provincia de Cuenca, tan sólo existían entonces algunas exiguas partidas de caballería que merodeaban por los pueblos y huían al menor asomo de peligro; pues los insistentes anuncios que circularon alrededor del 18, de que 3.500 rebeldes se encaminaban á Mota del Cuervo para ir á Quintanar de la Orden, y que obligaron á poner en movimiento á 500 infantes y 240 caballos de la provincia de Ciudad Real hacia Alcázar de San Juan, quedaron en seguida desvanecidos, averiguándose que su origen había sido la breve estancia de la facción de Adelantado en los confines de Albacete.

No se puede decir lo mismo del territorio de Guadalajara, porque los cabecillas Cuadra, Cortázar y otros de menos significación recorrían los partidos judiciales de Sigüenza y Molina, con más ó menos fuerza, montada la mayor parte, pasando y repasando constantemente los límites del distrito. Alcega, en las proximidades de la vía férrea, y Melguizo en las demás zonas, no les dejaban punto de reposo. El primero batió á Cuadra en Judes, el día 2 de Mayo, y le hizo huir, cogiéndole tres prisioneros; y el 14 tiroteó en los montes de Ablanque, á la partida de Mochón, á la que causó tres heridos, aprehendiendo al 2.° jefe de ella, á un titulado alférez y á dos volun-

tarios, y cogiendo tres caballos, armas y papeles de interés. A consecuencia de esto, varios grupos se presentaron á indulto y otros se alejaron definitivamente de la vía. Melguizo avistó también, el 6 del mismo mes, en el Tajo, á 50 carlistas montados, los que á pesar de haber inutilizado el puente de la Herrería y de estar fortificados en la orilla, fueron atacados en sus posiciones y desalojados de ellas, para lo cual tuvo la columna que vencer las dificultades del paso del río bajo el vivo fuego de los rebeldes, quienes perdieron dos muertos, varios heridos, algunas armas y cargas de municiones, y se vieron obligados á diseminarse. Melguizo tuvo tres soldados heridos. Tales escarmientos y las batidas subsiguientes, produjeron las consecuencias provechosas de ahuyentar á los más, y de que los restantes se hicieron desconfiados y cautelosos para entrar en los pueblos, cuyo apoyo y sostén iban perdiendo de día en día.

La brigada Golfín, ya que las circustancias no hacían necesaria la represión de desmanes en territorio de Cuenca, salió á recorrer pueblos y acercarse á la provincia de Valencia, que era de donde podía temerse una nueva invasión. El 28 de Abril se alojaba en Cañete, después de una desembarazada y libre marcha, en la que los habitantes del país no escasearon sus muestras de simpatía por la tropa. Supo aquí que en Arroyo de Cerezo (Valencia) merodeaba un escuadrón carlista, y destacó á batirle al teniente coronel del provincial de Ciudad Real con seis compañías y una sección de caballería, columna que el 29 cargó resueltamente sobre los facciosos en el momento que saqueaban el indicado lugar, batiéndoles, causándoles nueve muertos, numerosos heridos y la pérdida de caballos, monturas, armamento y raciones. A los dos días, decía Golfín al Ministro desde Cañete: «Pernocté ayer en Landete, con la idea de caer hoy temprano sobre Ademuz y sorprender á dos brigadas carlistas que supe se hallaban allí; pero éstas no se

consideraron seguras después de la sorpresa que sufrió anteayer su caballería, y una se fué á Chelva y otra hacia Teruel. Por lo tanto, he regresado aquí para seguir las operaciones, y pasaré á otro distrito si conviene, sin desatender el nuestro. Palacios está en Valencia reorganizándose, á causa de no poder mantenerse en Cuenca ni Guadalajara. Hoy no hay facciones en estas provincias, en las que algunos se presentan á indulto.»

A los pocos días realizó Golfín la operación sobre Ademuz, coronada por el lisonjero éxito obtenido en la acción librada el 6 de Mayo. El parte dado al Capitán general y transcripto á continuación, expresa los detalles del encuentro y los movimientos anteriores de la brigada:

«Tengo el honor de manifestar á V. E. que rotrogradando á Cuenca desde Landete, en mi última expedición, quería conseguir que la brigada Palacios Villalaín, dispersa y segunda vez huida por el encuentro de Arroyo de Cerezo (Valencia), pudiera volver á sus cantones de Ademuz y El Cuervo.= Con este objeto me detuve en Cuenca dos días, que me eran también precisos á fin de que un batallón, una sección de húsares y dos piezas del coronel Moiño fuesen desde Priego á situarse convenientemente para el golpe que me proponía dar, y traté de ocultar al enemigo esta reconcentración y la de cuatro compañías de Ciudad Real.=Facilísimo era que encontrara al adversario con fuerzas muy superiores, y yo ni quería ni podía exponer las mías á un descalabro costoso y de fatales consecuencias para el país.=El día 5 pernoctaba yo en Salvacañete, y el coronel Moiño y el teniente coronel Alamán en Salinas del Manzano. Las noticias que allí y en el camino recogí, eran las de que en Ademuz, para solemnizar el día de la Ascensión del Señor, estaban reunidas las brigadas de Gamundi, Palacios y Adelantado.=En esta creencia, corroborada á última hora, rompí mi movimiento á las dos de la madrugada del día de hoy.=Dividí mi fuerza en tres fracciones, dan-

do á cada uno de sus jefes, por escrito, instrucciones precisas y concretas de la misión que le correspondía, señalándoles las horas precisas á que debía atemperar cada cual su marcha.=Según ellas, el coronel Moiño, con el batallón Reserva número 1 y 50 caballos, había de dirigirse por la casa de la Boquilla, camino de Santa Cruz de Moya, hasta la casa de Benarrad y seguir la dirección de Casas Altas, á fin de situarse en la entrada del grande y temible desfiladero que allí existe, batiendo al enemigo, si por él buscaba su salvación. El teniente coronel Alamán, con cuatro compañías de Ciudad Real y 50 caballos, salió con Moiño hasta la casa de la Boquilla para torcer en dicho punto, á la izquierda y, por el camino de Ademuz, apoderarse del molino y puente sobre el río Blanco ó Turia, que corre en aquel sitio caudaloso y profundo. Yo, con el batallón Reserva número 10, las cuatro piezas, la escasa fuerza de caballería que me quedaba y todo el bagaje, avancé por el camino del centro á Ademuz, retrasando mi marcha cinco cuartos de hora respecto á las demás columnas, para que éstas estuvieran ya en sus puestos cuando las avanzadas del enemigo distinguieran la mía. Al llegar al sitio denominado Mojón de los Reinos, porque allí se unen los distritos de Aragón, Castilla la Nueva y Valencia, supe que en Ademuz había sólo fuerzas de las facciones Palacios y Adelantado y que otras de la de Gamundi se hallaban en El Cuervo (Teruel); y dispuse entonces que el comandante graduado, capitán del regimiento de húsares de la Princesa, don Manuel Azlor, se destacase por mi izquierda para batir á esta facción.=El calor era sofocante y el terreno como ninguno escabroso y difícil, pero semejantes contrariedades no impidieron que todas las columnas y fuerzas destacadas estuvieran á punto en sus puestos.=Salió todo como me prometía. A mi llegada, los enemigos huyen desbandados de Ademuz; unos se dirigen por el puente, y son recibidos y repeli

dos por el teniente coronel Alamán; buscan salida otros por la llamada Flor de Casas Altas, y son acuchillados y muertos por la columna de Moiño; y en tal conflicto, y despavoridos los más determinados, se arrojan al río, y allí perecen, mientras algunos ganan la orilla y otros, arrodillados, imploran cuartel de la caballería que los acosa por todas partes. Lo mismo que sucedía en Ademuz, realizaba, Excmo. Sr., el capitán Azlor, en El Cuervo, con las fuerzas de Gamundi.=Veintisiete hombres y 11 caballos dejaron muertos los carlistas en el campo, sin contar los 13 que se me dice perecieron ahogados en el río; tuvieron 30 prisioneros, bastantes heridos que retiraron, y perdieron multitud de armas de fuego y blancas, municiones y efectos de todas clases.=El teniente coronel Alamán sorprendió el cantón carlista de San Martín, causando al enemigo tres prisioneros, é hirió gravemente al comandante del de Villar del Humo.=Entre los muertos están un capitán y cinco oficiales, y entre los prisioneros figura el Gobernador de Chelva, refugiado en Ademuz por la dispersión que el tifus y otras enfermedades han causado en aquella población, y tres oficiales más.=Acabo de decir á V. E., por telégrafo, la presentación á indulto del cabecilla D. Agapito Sevilla, de lo cual le hablé desde Priego, y de participarle la de otros 11 carlistas.=La medida de la fatiga ímproba de este día y la de lo áspero y difícil del terreno, la hallará V. E., mejor que en nada, en las notas originales de la enfermería de los institutos montados, que asciende en conjunto á 52 caballos y 44 mulos, 18 de éstos de artillería.=De los muchos papeles recogidos remito á V. E. un ejemplar del bando de Gamundi.=Los cuerpos de todas las armas é institutos han rivalizado en decisión y arrojo. Inspirado en la justicia, cumple á mi deber decir á V. E., que el teniente coronel de Ciudad Real D. Ramón Alamán, el comandante del regimiento de lanceros de España D. Bernardo González del Rubín, comandante de húsares D. José Reina,

capitán del mismo regimiento D. Manuel Azlor y el teniente del batallón Reserva número 1 D. Enrique Ambel, han tenido ocasión de distinguirse, de una manera especial, en esta afortunada operación.=Mis pérdidas consisten en dos soldados del batallón Reserva número 1, extraviados, un húsar contuso y dos caballos muertos.=El efecto moral de esta acción y lo que ha de influir en el estado de las provincias de Guadalajara y Cuenca, libres de facciones y del azote cruel de los cantones carlistas, V. E. mejor que yo, con su elevado criterio, podrá graduarlo.=Landete 6 de Mayo de 1875.»

Conseguida esta victoria, regresó Golfín con las fuerzas de su brigada á la capital, donde fueron recibidos por las autoridades y el vecindario con grandes demostraciones de alegría. También obtuvo dicho brigadier las felicitaciones del Gobierno, de la diputación y corporación municipal de Cuenca, para él y su columna, por el triunfo alcanzado en la jornada.

Los carlistas del Centro habían acariciado el propósito de enviar á La Mancha una expedición de 2.000 infantes y 200 caballos, para lo cual Villalaín y Palacios debían entretener á Golfín en la sierra de Cuenca; mas destrozados éstos en Ademuz, y prevenidos sin duda aquéllos de que la brigada estaba apercibida, no llegaron á realizarlo.

Fatigadas las tropas de las penosas y largas jornadas que hicieron por el áspero terreno recorrido en los días anteriores, y limpia de facciones la zona encomendada á su custodia, se dedicaron solamente al servicio de guarnición en la capital, aprovechando el Ministro esta ocasión para hacer algunos relevos de cuerpos, aconsejados por las necesidades del servicio. Las reservas números 8 y 10, y dos escuadrones de húsares de la Princesa, marcharon á Madrid, siendo sustituídos en 18 de Mayo por la reserva 29 y el provincial de Tarragona. La reserva 27 dejó de formar parte de las fuerzas de Guadalajara,

adonde fueron en cambio dos compañías del provincial de Cuenca y el 5.º escuadrón de húsares de España.

A fin de mes, Gamundi, mandando una respetable facción, anduvo por Fuentelsaz, Tortuera y Cubillejo de la Sierra, con ánimo, al parecer, de caer sobre Molina; pero evacuó el distrito á los pocos días, sin acercarse á la plaza. El que sí había entrado en la provincia de Guadalajara, desde la de Valencia, con intención de permanecer en Castilla, era el partidario García Albarrán, que al frente de dos batallones y un escuadrón, medianamente organizados, estaba hacia Alustante y Checa. Noticioso de ello el coronel D. Timoteo Sánchez, jefe accidental de la brigada Golfín, salió á batirle desde Cuenca, con tan buena fortuna, que á los dos días encontró al enemigo en Checa, sosteniendo con él una acción en que las tropas fueron vencedoras. El brigadier Golfín, que estaba á la sazón en Madrid y se incorporó en seguida á su destino, relató al Capitán general del distrito el día 3 de Junio este hecho de armas desde Molina, del siguiente modo:

«Al distribuir desde esa corte el día 29 del mes próximo pasado las tropas, para oponerme con ellas á la nueva invasión de estas provincias por las facciones de Gamundi, Albarrán y otros, y dar al coronel Sánchez, con este motivo, mis instrucciones determinadas y concretas, tuve ocasión de decir á V. E. que, de ser ciertas las noticias telegráficas recibidas, este jefe encontraría, con seguridad, al enemigo, y así ha sucedido.=Breve y todo, mi mando ha bastado para que Dorregaray cambiase dos veces de comandantes generales por el vergonzoso fracaso de los que nombró.=Para reponer mi salud menoscabada, esperé á dejar limpias de facciones las provincias de Guadalajara y Cuenca; pero el transcurso de doce días ha sido suficiente para que el enemigo las invada de nuevo con divisiones y brigadas y con guerrillas que siembran el terror y la perturbación en tan extensa comarca.=El coronel D. Timoteo Sánchez,

con el cuidado y precauciones que le encargué, salió el día 30 de Cuenca, y en medio de un temporal de lluvias que no ha cesado todavía, fué á Tragacete con los batallones provinciales de Ciudad Real y Alcalá, cuatro piezas de artillería y 17 caballos de España, siguiendo el 31 á Checa. Cuando cruzaba dicho jefe el Tajo, tuvo ya noticia de que el titulado brigadier Albarrán, con la brigada que antes mandó Palacios, fuerte de dos batallones y un escuadrón, se encontraba en Checa, por lo cual aumentó sus precauciones y aceleró su marcha, consiguiendo con ello avistarla cerca de dicho punto á las seis de la tarde.=Entonces dispuso que el comandante de ejército, capitán de artillería D. Leopoldo Cólogan, avanzase con dos piezas y cuatro compañías de Ciudad Real, y se situase y emplazase aquéllas en el monte Majadilla, para dominar y batir, no sólo el pueblo, sino la natural retirada del enemigo á los de Orea, Alustante y Alcoroches.=Sánchez, con cuatro compañías de Ciudad Real, otras cuatro de Alcalá y las dos piezas restantes, ganó la altura llamada de la Roca, desde la cual dominaba la villa y los caminos de Traid y Mejina.=El comandante del provincial de Alcalá recibió orden de ocupar con las cuatro compañías que quedaban de su batallón, los pajares que hay sobre el camino de Checa.=Todos estos movimientos, ejecutados á la vez con tanta presteza como oportunidad, hicieron al enemigo reunirse y romper el fuego contra los nuestros, que á su vez lo rompieron también nutrido y eficaz, dando en esta ocasión la artillería, como en todo el combate, pruebas de su notoria certeza y seguridad en los disparos. Nuestras alas avanzaron á poco sobre el pueblo; y el contrario, que tan desventajosamente combatía en él, le abandonó con precipitación, ocupando el monte Espineda y defendiéndose allí. =En esta situación la infantería avanzó, dejando á Checa á retaguardia, mientras la artillería sembraba el espanto en las filas de los enemigos, que mermados, mal dirigidos y estre-

chados de cerca por nuestra bizarra infantería, se pronunciaron en vergonzosa fuga y dispersión. Eran las siete y media, y aun cuando tan caída la tarde, la infantería y los 17 caballos de España continuaron la persecución.=Tal ha sido la jornada de Checa, en la que el nuevo Comandante general de Guadalajara y Cuenca, aun más desgraciado que su antecesor Palacios, ha dejado en el campo de batalla 40 muertos, y en nuestro poder 42 prisioneros y 16 heridos; ha retirado hasta 150 de éstos, según noticias oficiales de los alcaldes; ha perdido además muchos efectos de guerra; y es noticia esparcida que el mismo Albarrán se encuentra herido en un muslo, aserto que me confirma el hombre mismo que le sirvió de guía. Nuestras bajas han consistido en tres heridos y 10 contusos, todos de la clase de tropa, y un mulo muerto y otro herido. El enemigo, disperso, ha ganado por las asperezas de los montes las provincias de Teruel y Valencia.=En esta brillante jornada han tenido más ocasión de distinguirse: el bizarro coronel D. Timoteo Sánchez; el coronel, teniente coronel de Ciudad Real, D. Ramón Alamán; el coronel, teniente coronel de ejército, capitán de E. M., D. Jorge Reinlein; el comandante del batallón de Alcalá, D. Luis Careaga; y el comandante de ejército, capitán de artillería, D. Leopoldo Cólogan.=Para éstos, para los citados en los anteriores encuentros y para las valientes tropas de mi mando, tan disciplinadas y sufridas, que no descansan, que se baten de continuo y que arrastran privaciones y fatigas sin cuento, pido el apoyo y la benevolencia del Excmo. Sr. Ministro de la Guerra y la de V. E. que tan de cerca lo ve y lo sabe, como pido para ellos la munificencia de S. M. el Rey.»

Respecto al combate de Checa, dice D. Antonio Oliver en sus *Apuntes para la Historia de la Ultima Guerra Civil*: «El modo de hacer el servicio, el cansancio de aquellos pobres voluntarios, la hostilidad que en el país se había desencadenado con-

tra todo lo que fuera carlista, unido á las muchas confidencias del enemigo y á llevar éste muy buenos prácticos pasados de nuestras filas, anularon los esfuerzos y voluntad de hierro de Albarrán que, después de internarse en Guadalajara, sufrió una sorpresa por las causas indicadas, la cual, gracias á su serenidad y valor, no tuvo las consecuencias que debió tener. Pero quebrantado totalmente con este último golpe, se retiró al distrito de Aragón, de donde fué enviado á Cantavieja.»

Suspendida la persecución por haberse alejado los carlistas del distrito, se reconcentraron las tropas de Sánchez en Molina, ciudad á la que fueron conducidos los prisioneros y donde el Brigadier tomó nuevamente el mando. Esta intentona para sostener la rebelión en Castilla, tuvo, como vemos, pronta y enérgica represión; y al ahogarla, se aumentaron las deserciones que de tiempo atrás se dejaban sentir en las filas enemigas, no contribuyendo poco á ello las disensiones que entre sus jefes existieron. Así fué, que de aquella fuerza carlista, sólo quedaron á primeros de Junio 400 infantes y 50 caballos, los cuales formaron un batallón y un escuadrón, núcleo que conservó el nombre de división de Castilla, tuvo por 1.° y 2.° jefes á Palacios y Albarrán respectivamente, y no volvió á entrár en el distrito.

A los pocos días circularon noticias de que en los contornos de Fuentelaencina y Auñón se había presentado una avanzada carlista anunciando la próxima llegada de un gran grupo al mando de Rosas; nueva que determinó á Golfín á encaminarse á Priego. Cuando llegó allí, el 5 de Junio, se encontró con que los avisos no eran fundados, y que quien había turbado ligeramente la tranquilidad reinante con sus desmanes era la comandancia carlista de Santa Cristina, la cual fué sorprendida y dispersada totalmente por unos cuantos caballos de España, perdiendo un muerto y 50 armas.

Como no había nada que temer, las fuerzas de la brigada

se diseminaron, y en la última indicada fecha su situación era la siguiente: en Cañete, el batallón de Tarragona y 20 caballos; en Cuenca, cuatro compañías de la Reserva núm. 29; en Priego, las otras cuatro del mismo cuerpo, que después marcharon á Molina, donde había tres del provincial de Madrid; en Maranchón, cinco compañías de Jaén y 100 caballos; y á las inmediatas órdenes de Golfín, los batallones de Ciudad Real y Alcalá, cinco compañías del de Madrid, cuatro piezas y 200 caballos. Todos los destacamentos operaban alrededor de sus centros respectivos.

Las marchas y contramarchas de Alcega, que continuaba en la vía férrea, y de Melguizo en el partido de Molina, no resultaron infructuosas; pues el segundo alcanzó y destrozó en las inmediaciones de Cobeta á la partida del cabecilla Lafuente, haciéndole 11 muertos, cogiéndole 29 prisioneros, gran cantidad de armas, municiones y fondos, y causándole muchos heridos, según atestiguaron los alcaldes de los pueblos comarcanos. Alcega también avistó á los facciosos. El siguiente telegrama, que el 13 dirigió desde Sigüenza al Ministro, expresa los detalles de sus batidas: «Salí de ésta con 150 infantes á proteger la vía férrea, por saber que algunos grupos de enemigos se encontraban en las casas de Villaseca. Dí alcance á uno, rompiendo el fuego sobre él, poniéndole en completa dispersión hacia los pinares y Solanillas y causándole dos heridos y un prisionero. Regresé á las diez, y ordené al comandante Cartagena que siguiese su pista con 100 infantes, quien volvió á tirotearle en las quebraduras del término de Ablanque, haciéndole un muerto y dos heridos; los restos salvaron el Tajo por el puente de Tagüenza, donde nuevamente fueron batidos, perdiendo 20 armas de fuego. Desde aquí retornó el comandante Cartagena. La vía asegurada y mi demarcación libre de carlistas.» Ni Melguizo ni Alcega tuvieron bajas en estos pequeños hechos de armas.

La guerra tocaba á su fin en estas provincias; y las operaciones, más que á batir en ellas á los carlistas, tendían á evitar la entrada de facciones del Centro por Teruel á Guadalajara ó por Chelva á Cuenca. Primeramente se creyó que la provincia de Guadalajara, en cuyas vecindades andaba Gamundi, era la más amenazada, y á ella se dirigió Golfín, reunido con Melguizo, internándose desde allí, á mediados de Junio, en Teruel, y llegando á Monreal del Campo, donde debía conferenciar con el brigadier Borrero, que salió de Calatayud el 14 para obrar en combinación con él. Pero la estancia de Dorregaray y Adelantado en Chelva y los movimientos emprendidos contra ellos por el Ejército del Centro, hicieron pensar que las partidas de dichos jefes carlistas se encaminarían á Cuenca para librarse de la acción de las tropas de Valencia, y se dió orden á Golfín de retornar á los confines orientales de aquella provincia, lo que verificó haciendo una marcha rápida por Ojos Negros, Alustante, Orea y Tragacete, sitio á que llegó el 18, después de batir á su paso á dos comandancias rebeldes, haciéndoles varios muertos y heridos en las ligeras refriegas que con ellas sostuvo.

Estando en Tragacete, y aun cuando ya habían marchado á Cantavieja desde Chelva las facciones de Dorregaray y Adelantado, Golfín expuso al Ministro los inconvenientes de tener encomendada á una sola brigada, en aquellas circunstancias, la vigilancia de una línea tan extensa y abrupta como era la de Molina á Santa Cruz de Moya, para impedir el paso á los carlistas que, merced al impulso dado á la campaña del Centro, habían de buscar la salvación atravesando aquella zona por los puntos más favorables y desamparados. Le dijo además que descontadas las guarniciones de Cañete, Priego, Sigüenza, ferrocarril, Molina y Cuenca, le quedaban tres batallones, 250 caballos y cuatro piezas; fuerza insuficiente, á su juicio, para cubrir la larga línea indicada; que si se estacionaba en Molina,

no podría atender á las avenidas del Rincón de Ademuz; si en Santa Cruz de Moya, estaba muy lejos de la raya de Guadalajara y Teruel; si elegía un punto central como Priego ó Cuenca, se hallaría distante de todas partes; y apoyaba sus indicaciones citando las últimas marchas forzadas hechas para oponerse á Gamundi y Dorregaray. El Ministro consideraba justas las observaciones, pero no tenía fuerzas con que reforzar á la brigada de Castilla. Felizmente, ninguna fracción numerosa se encaminó á Cuenca y Guadalajara, ni aun la misma división carlista de Castilla, que corrió la suerte de las demás en Cantavieja. Siendo ya innecesaria la permanencia de Golfín en el límite del territorio, este brigadier fué á la capital de Cuenca, sin olvidarse de desorganizar en su camino los exiguos restos de alguna comandancia que todavía pretendía, aunque débilmente, imponerse á los pueblos. Las de Las Majadas y Valdemoro Sierra fueron de ellas. Dos carlistas muertos y varios prisioneros resultaron de esta batida.

Hasta el 25 de Junio permaneció la brigada en la capital. Entonces el resultado de las operaciones del Centro confirmó que no era de temer una invasión en Cuenca, donde, por otra parte, el orden y tranquilidad se iban afianzando, siendo de esperar que bastasen las guarniciones de los pueblos ocupados para conservar el orden. En vista de lo cual, el Ministro creyó más conveniente la situación de Golfín en Monreal del Campo (Teruel), á la expectativa de las partidas desprendidas de las gruesas facciones del Maestrazgo, que trataran de correrse á Guadalajara. El Brigadier marchó allí con los batallones de Ciudad Real y Alcalá, cinco compañías del de Jaén, la artillería y caballería, yendo primeramente á Guadalajara y después en tren hasta Calatayud. El 3 de Julio fueron de Priego, á ponerse á las órdenes de Golfín, cinco compañías del provincial de Madrid. En tal estado, y sin más cometido que observar al enemigo, anduvo la brigada por Calamocha y Mo-

lina, hasta el 7, en que con la rendición y toma de Cantavieja sufrió un rudo golpe el carlismo del Centro, y Golfín quedó dependiendo del Capitán general de Aragón, para contribuir á la extinción de la guerra en esta comarca.

En consecuencia, la provincia de Cuenca quedó custodiada por el batallón Reserva 29, que estaba en la capital, y parte del provincial de Tarragona, que se hallaba en Cañete. En la de Guadalajara había una compañía del último cuerpo citado y dos del batallón sedentario, en la capital; una del 3.er regimiento de artillería á pie y otra del provincial de Tarragona, en Molina; y además la columna del coronel Alcega, que con variaciones constantes en su organización, pero siempre con escasa fuerza, seguía en la vía férrea. La guardia civil de ambas provincias cubría sus líneas y funcionaba ya como de ordinario.

Donde únicamente quedaban algunos enemigos era entre la via férrea y el Tajo, y el coronel Alcega se encargó de exterminarlos, batiendo el 2 de Julio en La Buenafuente á Bosco, á quien hizo dos heridos y tres prisioneros; el 17, á los que formaron la comandancia de Milmarcos, que perdieron un muerto, tres prisioneros y varios fusiles; el día siguiente, á los mismos en Maranchón, causándoles también bajas, por lo cual se acogieron á indulto, á la vez que otros procedentes del Centro lo verificaban en diferentes lugares del distrito. El último encuentro ocurrió á principios de Septiembre, con una partida volante que pasó á Guadalajara desde Soria, con el vano intento de hacer prosélitos, y fué derrotada también por los soldados de Alcega, cerca del río Tajuña, dispersándose totalmente y dejando en el campo cinco muertos, varios heridos y algunos prisioneros.

Las escasas cuadrillas de bandoleros que quedaron merodeando por los pueblos, como restos de la pasada insurrección, desaparecieron en breve: unas por caer en poder de las auto-

ridades, y otras por ausentarse del distrito. La distribución que se dió á las tropas de cada provincia, no sólo en las dos de que venimos tratando, sino también en las de Toledo, Ciudad Real y Segovia, en las que hasta esta época se sostuvieron pequeñas columnas de observación en los confines amenazados, fué la de tiempo de paz, con la sola diferencia de continuar varios destacamentos en los lugares que, bien por tener un vecindario levantisco ó por haber sido constantes refugios de facciosos, exigieron durante más tiempo la presencia de fuerzas para alejar el temor de una intentona y robustecer el prestigio de las autoridades locales.

Así concluyó en Castilla la Nueva el alzamiento que desde 1869 se venía sosteniendo. Nunca alcanzó gran incremento, pero fué constante y pertinaz. Los carlistas no llegaron jamás á tener aquí la organización ni los elementos que en el Norte, Cataluña y Centro; y si hubo facciones de importancia, procedieron de Aragón ó Valencia, adonde volvían al poco tiempo, sin otros beneficios para su causa que el botín que solían llevarse. Las formadas con gente de Castilla sufrieron muchas alternativas; y aunque reunieron á veces una fuerza respetable, no la tuvieron mucho tiempo; pues á causa de derrotas que les hizo sufrir el Ejército, y también por las rivalidades y antagonismos de sus mismos cabecillas, se desmembraban frecuentemente para convertirse en pequeñas partidas, que á duras penas y en raras ocasiones se reunían nuevamente. De todos modos, tal estado de cosas fué lo suficiente para distraer tropas, desprestigiar á las autoridades de los pueblos, vejar á los habitantes en sus personas é intereses y sostener un disgusto constante en el país que, cansado de la lucha, no escaseó las manifestaciones de júbilo y alegría al ver terminada la guerra y entrar de lleno en la vida normal de paz y tranquilidad.

CAPITULO VIII

SUMARIO.—Distrito de Castilla la Vieja.—Año 1869.—Pequeñas partidas.—Disposiciones adoptadas.—Facciones en León.—Movimientos de las columnas.—Muerte de Balanzátegui.—Captura de Milla.—Transtornos.—Alzamiento en Soria.—Año 1870.—Alteraciones del orden público.—Partidas en Logroño.—Columnas.—Derrota de la facción Sáenz de Tejada.—Alzamiento en Burgos.—Encuentros.—Las columnas dan una batida general y termina la insurrección.—Año 1872.—Reducción del distrito.—Nuevas facciones.—Organización de columnas.—Provincia de León.—Movimientos y encuentros.—Provincia de Oviedo.—Primeras operaciones y hechos de armas.—Facciones de Faes y Valdés.—Idem de Rosas.—Idem de El Gordito.—Tropas que operaron contra éllas.—Provincia de Palencia.—Choques.—Partidas de Hierro y El Pastor.—Transtornos en las demás provincias.—Año 1873.—Asturias.—Partidas, columnas, movimientos y encuentros.—León, Salamanca, Avila y Valladolid.—Pequeñas facciones en Palencia.—Movimientos y choques.—Termina la insurrección en el distrito.—Nuevo alzamiento en Asturias.—Partidas de Faes, Saavedra, Rosas, Santa Clara y El Gordito.—Columnas.—Operaciones y encuentros.—Instrucciones para un nuevo levantamiento.—Movimientos y pequeños combates en la provincia de Oviedo.—Año 1874.—Oviedo.—Operaciones.—Encuentro en la altura de Pandecuerigo.—Marchas y choques.—Partidas en otras provincias.—Aumento de tropas en Asturias.—Hecho de armas de Lena.—Nueva organización de las columnas.—Acción de Tineo.—Encuentro del collado de Selamices.—Los carlistas se guarecen en la cuenca del río Aller.—La columna Redondo les hostiliza y marchan al Norte.—Salen tropas para estacionarse en la vía férrea de Santander.—Facciones.—Operaciones y encuentros.—Provincia de León.—Idem de Oviedo.—Faes y Valdés.—Encuentros en la provincia de Palencia.—El Capitán general informa sobre el estado del distrito.—Disposiciones que adoptó.—Batidas.—Acción de Mieres.—Muerte de Faes.—Decrece la insurrección.—Hechos de armas durante el mes de Agosto.—Los carlistas se proponen dar mayor incremento á las facciones.—Se concentran al efecto entre Collanzo y Aller.—Amagan la Fábrica de Trubia.—Llegan refuerzos á Asturias y se da un gran impulso á las operaciones.—Hechos de armas.—Provincia de Palencia.—Proyectan los carlistas del Norte una expedición á Asturias.—Medidas adoptadas para evitarla.—Pequeños encuentros.—Término de la insurrección.—Año 1875.—Latrofacciosos.—Se reconcentran las tropas en las capitales.

No permanecieron ajenas á los disturbios que agitaron en el año 1869 á otras comarcas de la Nación, las provincias de Valladolid, Oviedo, León, Zamora, Salamanca, Palencia, Avila, Burgos, Soria, Logroño y Santander, que entonces constituían el distrito de Castilla la Vieja, de cuyo mando estaba encargado, á mediados del indicado año, el teniente general don Ramón Gómez Pulido, y en cuyo territorio existían las guarni-

ciones de las capitales, las de las plazas de Santoña y Ciudad-Rodrigo y algunos destacamentos de poca importancia.

Los primeros chispazos del alzamiento fueron la aparición de pequeñas partidas en Neila (Burgos), Morcin (Oviedo) y Cacabelos (León), que en breve fueron disueltas por la guardia civil de los puestos inmediatos, y la alteración del orden público en El Burgo de Osma (Soria), punto en que varios paisanos dieron gritos subversivos, haciendo necesaria la intervención de fuerza del mismo instituto, y adonde fué enviado un destacamento para garantir la tranquilidad de la población é inmediatas, cuyos vecinos, de reconocidas ideas carlistas, estaban en connivencia con los agitadores de Navarra y Vascongadas.

Por esto y por los insistentes anuncios de nuevos trastornos, el general Gómez Pulido juzgó necesario hacer nueva distribución de fuerzas, para prevenir las eventualidades que eran de esperar en algunas zonas del distrito. Las disposiciones que adoptó fueron las siguientes: situar dos compañías del regimiento infantería de San Quintín en Avila, provincia cuya proximidad á la de Toledo hacía temer que se trasmitieran á ella los desórdenes de ésta; destacar en Palencia á una columna de cuatro compañías de cazadores de las Navas y una sección de húsares de Santiago hacia Carrión de los Condes, Saldaña, Aguilar de Campóo y Cervera de Pisuerga, donde el movimiento reaccionario era grande, columna que pasó después á León y anduvo luego indistintamente por las dos provincias; estacionar una pequeña fuerza en Tordesillas (Valladolid) y Astudillo (Palencia), para sofocar los motines que allí menudeaban; reforzar el destacamento de dos compañías de San Quintín y una sección de caballería que había en El Burgo de Osma, con otras compañías de cazadores de Segorbe, para que, mandado por el teniente coronel Valcárcel, recorriese los pueblos próximos y llegase á los de Aranda de Duero y Salas de los Infantes, cuyos moradores estaban muy

excitados por la propaganda que entre ellos se hacía; y por último, reconcentrar la guardia civil en los cabezas de línea. La plaza de Ciudad Rodrigo contaba dentro de sus muros con tres compañías; en la fortaleza de Santoña se hallaba el regimiento infantería de Castilla, menos dos compañías que guarnecían á Santander, y en la capital de Oviedo había dos compañías del regimiento infantería de San Quintín; de modo, que con las tropas así esparcidas y con las que había en la capital del distrito, se podía responder del orden público, según decía el Capitán general, y aun en el caso hipotético de una reunión considerable de enemigos, combinar las operaciones de manera que se consiguiese ahogar en su nacimiento la rebelión.

En 24 de Julio, las autoridades civiles recibieron confidencias de que en breve se verificaría el alzamiento en la provincia de León, y á los pocos días apareció, á cinco leguas de la capital, una partida de 20 hombres armados, que se dirigió á las sierras del límite con Asturias. En su persecución se hizo salir al comandante de la guardia civil D. Pedro Carniago con un oficial y 20 guardias, ordenándose al propio tiempo al jefe del 10.° tercio, al que pertenecían aquéllos y todas las fuerzas que existían en la provincia, la reconcentración de parte de ellas en La Pola de Gordón, Ponferrada, Astorga y León, en la contingencia de que el número de enemigos aumentase.

Pronto se confirmaron tales temores; pues la facción se acrecentó considerablemente cerca de La Magdalena, en vista de lo cual el comandante Carniago se detuvo en Espinosa de la Ribera, á fin de que se le reuniese el jefe del tercio, con los 44 hombres de que pudo disponer, y juntos marcharon á La Robla en busca de los rebeldes. Además otra partida de unos 30 insurrectos, bien equipados, al mando del cura Cosgaya, se presentó en Val de San Lorenzo, cuyos habitantes se resistieron á que entrase en el pueblo, rompieron el fuego sobre los sediciosos, les obligaron á evacuar los alrededores en direc-

ción á Astorga, y les cogieron un prisionero, á costa de la muerte del alcalde, que fué quien capitaneó á los defensores.

Tan pronto como el Capitán general conoció el incremento que alcanzaba la insurrección, declaró el distrito en estado de sitio, promulgando la ley de 17 de Abril de 1821; estableció un consejo de guerra permanente para juzgar á los aprehendidos, y dispuso que fueran tropas á sofocar rápidamente el movimiento. Acudieron, en primer término, las cuatro compañías de cazadores de las Navas y la sección de caballería que digimos se destinaron á Palencia; fuerzas que, mandadas por el teniente coronel D. Enrique Sánchez Manjón, llegaron á la capital de León el día 1.° de Agosto.

La situación de los carlistas en tal fecha era la siguiente: entre La Magdalena y Rioseco de Tapia, una partida de 250 hombres, á cuyo frente iba elcura D. Antonio Milla, beneficiado de la catedral de León y oficial, que fué, del ejército carlista en la primera guerra civil; en Boñar otra de 100 individuos, que seguían á D. Pedro Balanzátegui, y debía servir de base para formar una mayor con gente reclutada en Riaño y Cofiñal; los del cura Cosgaya, catedrático del seminario conciliar, en los alrededores de Astorga; y los mandados por el paisano José Fernández Alonso (a) el Judío de Neti y por el canónigo de la catedral de Astorga, D. Juan José Fernández, mal armados y perseguidos por guardia civil de Ponferrada y Villafranca del Vierzo, se corrían por el monte Laguna con rumbo á Castrocontrigo, con intención, sin duda, de ir á internarse en Portugal.

En seguida que la columna Sánchez Manjón llegó á la capital, se dividió en otras varias, proporcionadas al número de enemigos que cada una debía perseguir, dirigiéndose el teniente coronel con 220 soldados á Astorga para adquirir noticias. A su arribo se encontró grandemente alarmada la población, porque los habitantes esperaban verse atacados de un momen-

to á otro por los 5 ó 6.000 hombres á que hacían ascender el total de los facciosos, cifra muy exagerada, pero á la que pensaban llegar los carlistas; pues, según se comprobó más tarde, trataban de organizar una fuerza de importancia en la sierra de Cabrera, terreno sumamente escabroso de las inmediaciones de Ponferrada, para el mando de la cual estaban indicados los titulados brigadier Rosas y coronel Navarro, quienes al ver desbaratados sus planes por lo velozmente que las tropas ocuparon sus centros de reunión, se internaron en Portugal, desistiendo de sus propósitos.

Sin embargo, Sánchez Manjón permaneció en las inmediaciones de Astorga, operando en combinación con la guardia civil de Ponferrada. Parte de su primitiva columna, con el teniente coronel Castañón y alguna guardia civil, fué hacia el partido de Riaño, á batir á Balanzátegui, al mismo tiempo que otro destacamento, á las órdenes del comandante Taboada, se encaminaba á La Magdalena y La Pola de Gordón, en pos del cura Milla. 50 guardias civiles de Asturias y otros tantos carabineros, se estacionaron en Pola de Lena y Belmonte, para observar á las partidas que intentasen correrse á Oviedo. En la capital de León quedaban 60 cazadores de las Navas y 300 voluntarios de la libertad, prontos á acudir á los sitios amagados ó á defender la ciudad, si la audacia de los carlistas llegaba hasta hostilizarla. Todo era de temer, porque contaban con apoyo en la capital, particularmente en el clero, cuya preponderancia é influencia era grande, y no hubiera extrañado á nadie que quisieran abrir la campaña con un golpe de tal importancia.

Al moverse las columnas de León, su principal objetivo era estrechar á las facciones contra el límite de las provincias vecinas, donde previamente se había situado alguna tropa, para cogerlas entre dos fuerzas y batirlas por completo. Aunque por el pronto no hubo ningún encuentro, la persecución fué

tan activa, que las presentaciones menudearon, y pudo presagiarse el inmediato fin de un alzamiento que nació con evidentes señales de una existencia efímera, á lo cual tenían que contribuir en grado sumo las acertadas prisiones que se estaban haciendo en León, Astorga y otras poblaciones, de individuos notoriamente comprometidos en favor de la causa carlista.

Los que seguían á Milla y á Balanzátegui fueron los más insistentes; pues las demás partidas, de excasa fuerza, ninguna organización y mal armadas, se diseminaron en breve, y sus restos, se internaron en Portugal, volvieron á sus casas, ó cayeron paulatinamente en poder de las autoridades. El primero estaba el día 3 de Agosto acosado por Taboada en el partido de Murias de Paredes, y el segundo en el límite de Palencia, hacia Guardo, hostilizado por Castañón. Así anduvieron tres días, al cabo de los cuales Milla, cortado por Taboada en la marcha que intentó á Asturias y estrechado contra las montañas de El Vierzo, donde previamente había situado Manjón, desde Astorga, tres pequeñas columnas para que le salieran al encuentro, fué batido por una de éstas, con pérdida de 15 prisioneros, una bandera, 12 caballos y armas. Tal golpe produjo la diseminación de los secuaces del cabecilla, presentándose muchos á indulto por el temor á ser pasados por las armas si eran cogidos con ellas en la mano, pena impuesta por el Gobierno de la Nación á los que se hallaran en este caso.

Balanzátegui amagó pasar á la provincia de Palencia, y se puso en movimiento la guardia civil estacionada en Cervera de Pisuerga y Saldaña, mandada por el coronel Serrano; por manera, que circundado por ésta, por Castañon y por el diputado Acevedo, autorizado por el Ministro de la Guerra para organizar y dirigir una compañía de voluntarios denominada tiradores de León, fué avistado el día 6 en Prioro por 15 lanceros que acompañaban á los voluntarios, quienes le hicie-

ron huir, cogiéndole caballos y armamento. Pocas horas después tuvo otro encuentro en el Pinar de la Velilla de Guardo con varios guardias civiles de los salidos de Cervera, los cuales obligaron con su fuego á los rebeldes á desalojar las posiciones que ocupaban, á fraccionarse y á internarse en la sierra de Brezo, no sin que se les cogiesen algunos prisioneros.

Desalentado y sin esperanzas, Balanzátegui se separó de los suyos, á raíz del último contratiempo, y á las pocas horas fué aprehendido por el sargento Centeno, de la guardia civil, y fusilado en Valcovero, al amanecer del día 7, con arreglo á las órdenes del Gobierno respecto á los sediciosos cogidos con armas, como lo había sido días antes uno de los prisioneros hechos en la sierra de Brezo. Esto hizo las presentaciones más frecuentes, y como se prendió á todos aquellos que fueron delatados por los prisioneros, y continuaron las batidas de los pequeños destacamentos en que se fraccionaron las columnas para perseguir á los restos errantes de las partidas, fueron éstos cayendo sucesivamente en poder de las autoridades, y reapareció la tranquilidad, hasta el punto que, á los pocos días, reconcentró Manjón toda su columna en Astorga, dejando á la guardia civil el cuidado de dar con los pocos fugitivos que quedaban.

Entre ellos estaba el beneficiado Milla, refugiado con algunos en la sierra Cabrera, quien el dia 11 fué preso y conducido á León con el cura de Igueña, para ser ambos juzgados por el consejo de guerra, que sentenció al primero á pena de muerte, de la cual fué indultado. A 130 ascendía el número de los encausados, bien por haberse lanzado al campo ó bien por cooperar encubiertamente á la rebelión.

En La Bañeza y pueblos comarcanos hubo algunos desórdenes por negarse los vecinos á pagar la contribución; pero tales trastornos, fomentados por los agentes carlistas, duraron escaso tiempo y fueron calmados á poca costa por la guardia civil, análogamente á lo sucedido en otro pueblo de Asturias,

donde, encarcelados 14 individuos, abortó el proyecto que tenían de formar una partida.

Destruidas las facciones de León y restablecido el orden, dispuso el Capitán general, á mediados de Agosto, que los guardias civiles volvieran á sus puestos, menos 40 que quedarían en Ponferrada, 20 en Pola de Gordón y 50 en Astorga; que dos compañías de cazadores de las Navas y una sección de lanceros se acuartelaran en la capital, custodiando á los que esperaban el fallo del consejo de guerra; que en Saldaña y Cervera de Pisuerga siguieran estacionados los destacamentos de la guardia civil de Palencia, para observar el límite; y, finalmente, que en Almanza hubiese una compañía de las Navas y una sección de lanceros de Santiago para servir de enlace á las fuerzas de ambas provincias. La otra compañía de las Navas regresó á Valladolid. A fin de mes la situación mejoró más todavía, y la columna de Almanza fué á León y los destacamentos de Saldaña y Cervera á Palencia.

Mientras ocurrían en la provincia de León los acontecimientos que hemos relatado, en el resto de Castilla la Vieja abundaban los desórdenes y trastornos: en el confín de Avila con Toledo, al alzarse en la última el cura de Alcabón; en Valladolid, á causa de una conspiración con ramificaciones en Zamora, hasta que, descubiertos sus autores, fueron sujetos á la acción de los tribunales, no sin que en Peñafiel hubiese un alboroto que terminó en colisión entre liberales y carlistas, cuyos ánimos estaban muy excitados por las exageradas noticias que circulaban; en Aranda de Duero, con motivo de cuestiones locales, en las que trataba de influir el elemento carlista; en la provincia de Logroño, por haberse presentado una pequeña partida, que se disolvió á los pocos días, y por los constantes alardes y descubiertas manifestaciones de los perturbadores, que hicieron necesaria la reconcentración de la guardia civil; y finalmente, en la provincia de Soria por la aparición, en San-

tervás, de un grupo de latrofacciosos que estuvo cometiendo desmanes hasta que fué capturado en Santa María de las Hoyas, y por existir en el partido de El Burgo de Osma un foco importante de conspiradores que estaban en connivencia con los agitadores del Norte.

Se decía que en la noche del 5 de Agosto concurrirían á la última población citada los comprometidos; y, en efecto, al día siguiente había ya en Ucero 84 rebeldes capitaneados por D. Indalecio Iglesias, y en Navaleno y San Leonardo otros dos grupos menos numerosos, mandados por el cura de Arganza y por D. Toribio Miguel. En busca de ellos salieron 30 guardias civiles de El Burgo de Osma, y de Burgos fueron á cubrir el confín con Soria dos compañías de cazadores de Segorbe y 80 guardias civiles. Esperaban los carlistas que el movimiento llegaría á ser de gran entidad desde el primer instante; mas no fué así, y reunidas las tres partidas, formando un total de 200 hombres, estuvieron unos días huyendo de los guardias civiles y de otro destacamento que partió de la capital de Soria, hasta que, desalentados, sin recursos y sin apoyo, concluyeron por acogerse á indulto el día 9; haciéndolo 110 en Carrascosa de Abajo, 14 en Gormar y varios individuos sueltos en diferentes puntos. Los pocos fugitivos que quedaron cayeron pronto en poder de la guardia civil, que se retiró á sus puestos al ser innecesarias sus operaciones en la pequeña zona recorrida por las partidas. En previsión de nuevos sucesos, las guarniciones que sabemos había en Aranda de Duero y El Burgo de Osma, continuaron formadas por una compañía y una sección de caballería cada una.

El Capitán general visitó algunos puntos del distrito para activar el término de los procesos, y, principalmente, para adoptar sobre el terreno medidas que evitasen la repetición de los acontecimientos pasados; y aunque en Diciembre hubo un motín en Nava y una intentona en Miranda de Ebro, aquel se apa-

ciguó en breve y ésta no prosperó, porque conocida previamente, se enviaron á dicha población 200 infantes, los cuales evitaron con su presencia que el plan carlista fuera llevado adelante.

***

Al principiar el año 1870, el estado de las cosas había variado poco: existía la misma intranquilidad é igual desasosiego en los pueblos, manifestados por alteraciones del orden público, ajenas, en la apariencia, la mayor parte de las veces al carlismo, pero que eran producto de sus ocultos manejos, para aprovechar la situación que creaban y lanzar al campo de vez en cuando alguna partida. Una de 200 hombres que el 19 de Febrero se organizó en la raya de Portugal y que trató de internarse en Salamanca, vió contrarrestado su propósito por los carabineros y guardia civil; y al volver á ganar la frontera, fué disuelta por las tropas portuguesas.

El encono entre liberales y carlistas era grande. Varias señales ostensibles de ello hubo en algunos pueblos, en los que vinieron á las manos, resultando muertos y heridos de las contiendas. Las autoridades seguían con atención y vigilancia los movimientos de los perturbadores; enviando columnas ó reconcentrando la guardia civil al menor asomo de trastornos ó bien cuando sucesos tales como la elección de diputados á Cortes ó las operaciones de reclutamiento podían servir de pretexto para que la paz fuera menoscabada. Los destacamentos que en Abril cubría el regimiento de infantería de Castilla en Ciudad-Rodrigo, Béjar, Salamanca, Avila, Aranda de Duero, Burgos, El Burgo de Osma, Soria y Reinosa, evitaban, haciendo pequeñas excursiones por los pueblos comarcanos, que decayese el espíritu del país.

Por entonces las autoridades civiles tuvieron confidencias de un cercano levantamiento, en la provincia de Logroño prin-

cipalmente; y como medida previsora, se mandó á Nájera, Santo Domingo de la Calzada y Calahorra alguna fuerza de guardia civil para evitar la realización de los propósitos que abrigaban los carlistas; pero sólo una pequeña partida de 10 hombres vagó unos días por las cercanías de Medina de Pomar (Burgos). Otra que se debió reunir en Rueda (Valladolid), no lo efectuó por haber ocupado el pueblo dos compañías de cazadores de las Navas, las cuales recorrieron después, unidas á una sección de lanceros de Numancia, Alaejos, Nava del Rey, La Seca y otros puntos en los que estaban los ánimos muy sobreexcitados, á causa de una colisión habida en Bobadilla del Campo entre carlistas y republicanos.

Surgiendo de vez en cuando desórdenes, que nunca fueron de importancia, transcurrió el tiempo hasta fines de Agosto, en que, iniciado el movimiento insurreccional en las provincias de Alava y Vizcaya, se ordenó la reconcentración de la guardia civil y carabineros de las limítrofes con Navarra y Las Vascongadas, y se organizaron en Miranda de Ebro dos pequeñas columnas: una al mando del teniente de carabineros Don Rafael Brotóns, con soldados del mismo instituto, guardias civiles y algunos caballos del regimiento de Santiago; y otra á las órdenes del capitán, también de carabineros, D. Miguel Velázquez de Castro, con unos cuantos infantes del regimiento de Soria y voluntarios de la libertad. Ambas persiguieron activamente á las partidas que se presentaron en las inmediaciones, contribuyeron á su pronta dispersión y protegieron los intereses de los pueblos. La primera llegó hasta el valle de Cuartango, donde hizo ocho prisioneros; la segunda, sin alejarse tanto, cogió 23; y las dos se apoderaron de armas, municiones y pertrechos de guerra y acogieron á muchos presentados. En la capital de Logroño se organizó otra pequeña columna, que pasó á La Rioja Alavesa á batir á un reducido núcleo de insurrectos que recorría los pueblos cercanos á Labastida, el

cual se internó en Logroño, y fué alcanzado y dispersado á unos tres kilómetros de Fuenmayor, perdiendo todo el armamento, razón, sin duda, por la que no se volvieron á reunir los que constituian el grupo.

Sin embargo de esto, la insurrección del Norte se propagó, aunque en pequeña escala, á la provincia de Logroño, y el día 30 de Agosto aparecieron varias partidas en los términos de Nájera y Santo Domingo de la Calzada, para batir á las cuales se organizaron desde luego dos columnas: una, compuesta de guardia civil y 25 caballos del regimiento de Santiago, que salió de Haro con encargo de recorrer la ribera del Ebro, entre Logroño y Alfaro; y otra, de 100 soldados de infantería de Cuenca y una sección de caballería, que desde Miranda de Ebro debía vigilar la ribera hasta Logroño. La última, reforzada en el mismo día con una compañía de Cuenca que llegó de Valladolid por ferrocarril, fué la que inició la persecución, dividida al efecto en dos fracciones. A la vez, dispuso el Capitán general que de Logroño marchara inmediatamente contra los sediciosos un destacamento de guardia civil y caballería de Santiago, y que desde Miranda de Ebro cayese también sobre ellos otro de igual composición, que se aumentó posteriormente con una compañía provisional del contingente del regimiento de Cuenca. Las cuatro columnas, al mando del Gobernador militar de la provincia, que salió á operar escoltado por 40 caballos de Santiago, persiguieron sin descanso á las facciones, las cuales se reunieron á las órdenes del cabecilla D. José Saénz de Tejada, y pasaron por el valle de San Millán de la Cogolla al de Ezcaray, con intento de internarse en Burgos para proteger el alzamiento en esta provincia.

En previsión de esto se dispuso que, al mando del teniente coronel D. Luis Fajardo, se acantonara alguna tropa en Briviesca, y dos compañías de cazadores de Reus y 40 caballos de

Albuera en Salas de los Infantes; y con el mismo objeto se previno al Gobernador militar de Soria que guardase el confín de su provincia con la de Logroño. Los de Bribiesca tenían también la comisión de vigilar el importante paso de la Brújula.

Tales disposiciones no impidieron que la facción Sáenz de Tejada se corriera por Canales á Neila; pero parte de las fuerzas de Fajardo le salieron al encuentro por Belorado y Barbadillo de Herreros, la alcanzaron el día 3 de Septiembre en Monasterio de la Sierra, al cabo de tres marchas forzadas; la dispersaron por completo, y le causaron tres heridos; cogiéndole 25 prisioneros, entre ellos el cabecilla, 11 caballos, 152 armas de fuego, y un carro cargado de municiones y pertrechos, á pesar de que la partida constaba ya de 400 hombres, y la columna perseguidora sólo de 50 cazadores de Reus y 20 caballos de Albuera. Con este golpe quedó disuelta la facción de La Rioja, y sus individuos se presentaron á indulto la mayor parte, siendo aprehendidos los restantes en los días siguientes al del choque.

Aún no se había calmado la provincia de Logroño, en cuya capital estuvo el Capitán general para unificar é impulsar las operaciones, cuando empezaron á circular noticias de un inmediato alzamiento en Burgos; y, efectivamente, en la noche del 4 al 5 de Septiembre se presentó una partida en La Cartuja de Miraflores, formándose además otras varias, regularmente armadas y equipadas, en los términos de Roa, Aranda de Duero, Lerma y Salas de los Infantes. Inmediatamente se trasladó á Burgos el general Gómez Pulido, y utilizando cinco compañías de cazadores de Reus que allí había, la guardia civil y los carabineros de la provincia, la fuerza que tenía disponible del regimiento caballería de Albuera, 40 caballos del de Santiago que fueron de Logroño por camino de hierro, y más tarde el batallón cazadores de Arapiles que arribó desde Vitoria, formó columnas compuestas de infantería y caba-

llería, que distribuyó por demarcaciones, al mando cada una de un jefe, y todas al del Comandante general de la provincia, quien marchó á la zona que había que batir, á fin de poder adoptar con oportunidad las providencias necesarias.

Desde el primer momento contaron los facciosos con la protección de los pueblos, cuyos habitantes ocultaban, desfiguraban ó aumentaban maliciosamente á las tropas, las noticias referentes al enemigo. Sin embargo de la activa persecución que se les hizo, resultó que el día 9 de Septiembre fué avistada en Revilla del Campo la facción levantada en La Cartuja al mando de Bouyet, fuerte de 150 hombres, por una columna de cazadores de Arapiles, guardia civil y carabineros, la que, después de un sostenido fuego que produjo á los carlistas tres muertos y algunos heridos, disolvió á la partida.

Igual suerte cupo á otra que se formó en el partido de Aranda de Duero con unos 200 individuos, capitaneada por el titulado Mochón, al ser alcanzada al día siguiente, cerca de Arauzo de Miel, por una compañía de cazadores de Reus, 25 caballos de Albuera y 10 guardias civiles, que la desalojaron de las posiciones en que se defendió, batiéndola y dispersándola completamente, con pérdida, en los insurrectos, de 23 muertos, entre ellos dos sacerdotes, 21 prisioneros y bastantes heridos, y de uno de éstos y varios contusos en la columna.

El mismo día fué batido en Navaleno (Soria) un grupo rebelde de 80 infantes y 20 caballos, que el cabecilla Ortega había reclutado en Aranda de Duero, Roa, Gumiel de Izán, Gumiel del Mercado y Bahabón de Esgueva, por soldados de infantería de Cuenca y guardias civiles, quienes atacaron el referido pueblo de Navaleno en el que se había hecho fuerte el enemigo, el cual fué arrojado de sus posiciones y sufrió la baja de 5 heridos y 13 prisioneros; siendo tal resultado, motivo bastante para que estos sediciosos se separaran y no reincidieran en su actitud hostil.

Por aquellos días se formó también en Bareyo (Santander) una pequeña facción que, perseguida activamente por fuerza de carabineros y guardia civil, se disolvió al poco tiempo.

Los sucesivos y frecuentes descalabros sufridos por los carlistas, y después la bien calculada persecución emprendida por 15 columnas organizadas para recorrer los partidos de Aranda de Duero, Lerma y Salas de los Infantes y el confín de Soria con Burgos, y por otras que había en Castrogeriz y Bribiesca, dieron por resultado que al poco tiempo no quedase en el campo ninguna facción y sí sólo dispersos errantes, que se escondían en los montes ó se presentaban en demanda de indulto; haciendo notar las autoridades, sobre este particular, que ninguno lo hacía con armas; pues las ocultaban esperando ocasión favorable para alzarse nuevamente. A mediados de Septiembre sumaban 204 los aprehendidos y 85 los presentados, es decir, la casi totalidad de los que tomaron las armas.

Antes de retirarse del campo, las tropas dieron una batida general, regresando después los soldados de los batallones de Reus y Arapiles y parte de la caballería de Santiago y Albuera á los puntos de que procedían, y quedando únicamente como medida preventiva: en los confines de Burgos y Soria, hacia Duruelo de la Sierra y San Leonardo, una compañía de Cuenca y una sección de caballería; en Salas de los Infantes, otra columna de análoga composición; en Logroño, otra compañía del mismo cuerpo; en Herreros, un destacamento de guardia civil; y, finalmente, alguna infantería y guardia civil acantonada en Lerma y Aranda para vigilar la ribera del Duero.

Al terminar el mes de Octubre la tranquilidad era completa, y los destacamentos se retiraron á las capitales de provincia, terminando el año 1870 sin que las tropas del distrito tuvieran que intervenir más que en proteger la cobranza de

contribuciones, que originó algunos trastornos; en apoyar á las autoridades locales para que contrarrestasen las predicaciones y manejos de los agitadores; y en ahuyentar de vez en cuando alguna que otra cuadrilla de latrofacciosos que, á la sombra de la bandera carlista, cometia vejámenes y atropellos en los pueblos.

***

Hasta fines de Marzo de 1872 la situación cambió poco: continuaron los trabajos en favor de la causa del Pretendiente, y hubo algunos motines que fueron reprimidos inmediatamente; pero no se lanzó al campo ninguna partida.

En 22 de dicho mes el distrito sufrió una transformación al quedar restablecido el de Burgos con la provincia del mismo nombre y las de Santander, Logroño y Soria, segregadas del de Castilla la Vieja, que desde entonces comprendió sólamente las de Valladolid, León, Palencia, Zamora, Salamanca, Avila y Oviedo. A partir de esta fecha, los acontecimientos de la campaña carlista relativos al nuevo distrito están relatados en las operaciones del Norte, y, por tanto, habrá que limitar ahora la narración á los verificados en las siete últimas provincias citadas, principalmente en las de León, Oviedo y Palencia, pues los ocurridos en las demás fueron de escasa significación.

El Ministro de la Guerra anunció en los primeros días de Abril al teniente general D. Gabriel Baldrich, primera autoridad militar de Castilla la Vieja, la actitud hostil en que se había colocado el partido carlista al retirar los representantes que tenía en las Cortes y le previno que estuviera apercibido para un próximo alzamiento. Con tal motivo, se concentró en las cabezas de línea la fuerza de guardia civil y carabineros, y se estacionaron tropas en los puntos en que la efervescencia era mayor.

Esto no pudo impedir que el 23 del indicado mes se levantara en Piña de Esgueva, á tres leguas de Valladolid, una partida de 140 hombres, mandada por D. Pedro Zumel, la que recorrió varios pueblos inmediatos, cometiendo exacciones en ellos; mas perseguida por una compañía del regimiento infantería de Córdoba y una sección de caballería, fué empujada hacía Valoria la Buena, cuya guardia civil la avistó en los Valles de Cerrato, haciéndole varios heridos y 22 prisioneros, á costa de un muerto en la fuerza de aquel instituto. En Avila entró en el mismo día, desde Toledo, un grupo de carlistas; y advertida á tiempo la autoridad militar de la provincia, le obligó con sus disposiciones á internarse en la de Segovia, donde se disolvió. Salamanca y Zamora no dieron en esta época contingente á la insurrección: la frontera portuguesa, en la que los conspiradores se movían, y los límites con Cáceres estaban vigilados, y no llegaron á organizarse las partidas que se decía iban á levantarse en diversas demarcaciones.

Donde tuvieron mejor acogida las gestiones hechas por los agentes de D. Carlos, fué en las montañas de León, Oviedo y Palencia. El 22 de Abril se lanzó al campo en la primera provincia el cura D. Francisco Fernández, que apareció en Alcedo con 130 hombres, secundándole al poco tiempo en Sahagún, Mansilla y Riaño otros cabecillas al frente de pequeños grupos. En Oviedo se alzaron en armas algunos en Pola de Lena, Baiña, Sámes, Cuna y Aller, el más numeroso de los cuales, que era de 40 hombres, estaba capitaneado por D. José Faes, quien reuniendo á los demás, tuvo en poco tiempo á sus órdenes á unos 200 individuos. En Palencia también se presentó en actitud hostil alguna gente reclutada en Guardo, Saldaña y Rivas.

A los primeros avisos de estos sucesos se organizaron varias columnas de operaciones. En la provincia de León dos: la primera, á las órdenes del coronel del 10.° tercio D. An-

tonio Armijo, de una compañía del regimiento de Zaragoza y guardia civil, la cual se encaminó á la parte alta de la cuenca del río Bernesga; y la segunda, de una compañía del 4.° regimiento de artillería á pie y alguna guardia civil, que marchó á El Vierzo, donde reinaba gran agitación; la capital quedaba guarnecida con dos compañías de cazadores de Reus, una del regimiento de Zaragoza y otra del de Guadalajara. En Oviedo tres: la primera, compuesta de 150 carabineros al mando del comandante D. José Martín Cuéllar, debía tener por centro la capital y recorrer desde Mieres hasta Teberga; la segunda, para batir desde Infiesto hasta al confín oriental de Asturias, con su centro en Cangas de Onís, estaba formada con 110 guardias y dirigida por un comandante del mismo cuerpo; y la tercera, para vigilar la raya de Galicia, con su base de operaciones en Cangas de Tineo, hallábase constituída por carabineros á las órdenes de otro comandante. Por último, en Palencia, una al mando del comandante Casado, que tenía el encargo de operar en los alrededores de Baltanás, donde vagaban los dispersos de la batida facción del valle de Esgueva. A esta provincia acudieron también cuatro compañías del batallón cazadores de Reus, que siguieron hasta Dueñas, y unidas después á 44 caballos de Albuera, se acantonaron en la capital. Todas estas fuerzas empezaron en la misma fecha próximamente sus respectivas operaciones.

Apenas iniciados los movimientos en el territorio de León, el activo seguimiento que se hizo á los carlistas dió sus resultados. Un destacamento de guardia civil dirigido por el comandante Roda, batió y diseminó en Santas Martas, á los levantados en Mansilla y Sahagún, cogiendo prisioneros á dos cabecillas y siete individuos más de la facción, de la cual fueron aprehendidos otros posteriormente por las autoridades; y la partida aparecida en Alcedo, tuvo que fraccionarse en dos grupos para eludir más fácilmente la hostilidad de que era ob-

jeto. Sin embargo, el levantamiento tenía algunas raíces; los reclutadores carlistas ejercían descaradamente su cometido, haciendo cundir la agitación; y en los últimos días de Abril se presentaron en Valencia de D. Juan, Murias, Paradiña y Villamanín otras pequeñas facciones que, si bien de escasa entidad, acrecentaron el malestar. Alguna fuerza de cazadores de Reus y guardia civil fué destinada á batirlas, marchando además el coronel Armijo con una compañía de Zaragoza contra la más numerosa, cuyos jefes eran Muñiz, capataz de la vía férrea, y González Arias, titulado El Gordito.

Las partidas huían siempre y se disolvían ó reaparecían según la mayor ó menor protección que encontraban en los pueblos ó la proximidad de las tropas, que á mediados de Mayo estaban distribuidas de este modo: en El Vierzo 109 infantes del regimiento infantería de Zaragoza, formando dos columnas; en Valencia de D. Juan 47 guardias civiles; en el territorio de Murias de Paredes 65; en la capital una compañía de cazadores de Reus, otra de Guadalajara y otra de Zaragoza. El comandante Roda con los 95 soldados de cazadores de Reus y guardia civil con que entonces contaba pasó á Asturias; y poco tiempo después las compañías de Zaragoza fueron reemplazadas por otras de Reus procedentes de Palencia.

Sin ningún incidente notable continuaron, durante el mes citado, las batidas en la parte alta de la provincia, donde se localizó la insurrección, sostenida únicamente por Muñiz, que reunido con el canónigo Milla estaba al frente de 60 sediciosos, con los cuales hacía de vez en cuando excursiones á Oviedo, y por otro grupo capitaneado por el cabecilla Baldeón que andaba en los confines de León y Palencia. Los demás rebeldes habían sido aprehendidos por las tropas ó vagaban dispersos. Aquellos partidarios sólo atendían á procurarse recursos y á hacer prosélitos; y como en esto no obtenían resultado, la sublevación se mantuvo en las mismas proporciones.

El indulto concedido en otros distritos á los carlistas presentados se hizo extensivo en esta época al de Castilla la Vieja, y algunos se acogieron á sus beneficios en León. Otros de los que vagaban errantes, se reunieron formando núcleos, uno de los cuales fué batido cerca de Riaño por un destacamento, que se apoderó de cinco prisioneros, varios caballos y efectos de guerra.

En el mes de Junio los pocos enemigos que pululaban por la provincia quedaban relegados á la parte más escabrosa é intrincada de la sierra, sin decidirse á entrar en los pueblos ni aun para buscar recursos. El 22, unos cuantos de la facción Rosas, que desde Asturias se internaron en León, fueron avistados, no lejos de Murias de Paredes, por una compañía de Reus, que los disolvió, cogiendo dos prisioneros. Al día siguiente se presentaron entre Valderrueda y Guardo, varios hombres montados, capitaneados por el cabecilla Hierro; y en su seguimiento salieron las columnas de la provincia de Palencia acantonadas en Carrión de los Condes y Cervera de Pisuerga. Con posterioridad ocurrieron alteraciones de orden público en Joarilla de las Matas y Quintanilla, que fueron sofocadas por las tropas más inmediatas.

Al comenzar el mes siguiente, los cazadores de Reus marcharon á Valladolid, y para substituirlos fueron á la provincia dos compañías del regimiento de Córdoba, las cuales, en unión de la de Guadalajara y todos los guardias civiles y carabineros, se distribuyeron en columnas, que cambiaron constantemente de fuerza y situación, según las necesidades del momento; pero atendiendo siempre á los confines de Asturias, Galicia y Palencia, por donde podía temerse que pasaran los carlistas.

Hacia Astorga se levantó á principios de Julio una facción de 50 á 60 individuos, sin que, por el pronto, se supiera quién era su jefe, aunque muy luego se tuvo noticia de que la man-

daba el cabecilla Bernardino Carrera, la que hostilizada por la compañía de Guadalajara que operaba en El Vierzo, entraba unas veces en Galicia, disolvíase otras, reaparecía nuevamente con fuerza variable, esquivando el encuentro con las tropas, hasta el 22 de Septiembre, día en que fué alcanzada en Truchas por el teniente de la guardia civil, D. Basilio Dorado, que la batió por completo, le causó dos muertos, tres heridos é igual número de prisioneros, é hizo que se diseminase el resto de la gente.

El cabecilla Hierro se encontraba acosado entonces en el límite con Santander; y para evitar el choque, se internó en esta provincia, regresando de nuevo á León al poco tiempo, apoderándose de los fondos del recaudador de contribuciones de Riaño, cometiendo otras exacciones y desapareciendo otra vez, porque la guardia civil anduvo á sus alcances. También en los primeros días de Julio vagó entre Busdondo y La Pola de Gordón un grupo, procedente de la facción Faes, de Asturias, el cual, perseguido por una compañía de Córdoba que partió de la capital de León, regresó al territorio de que había salido. El 16, Rosas, con 100 hombres, pasó desde Oviedo y se presentó en La Vecilla, puso en libertad á sus correligionarios que allí había encarcelados, y se retiró hacia Boñar, donde fué alcanzado por el teniente de la guardia civil D. Ramón Jimeno, que le causó un muerto. Poco después, lo fué nuevamente en el valle de Santa Cristina por el de igual graduación y el mismo instituto D. Ricardo Rada, que mandaba dos destacamentos organizados con el objeto de batir el confín de las dos provincias, quien hizo á los de Rosas dos muertos, cuatro heridos y cinco prisioneros. Los demás de la partida volvieron al principado de Asturias, y allí permanecieron hasta Septiembre, mes en que hicieron una pequeña correría por la zona norte de León, en busca de recursos.

Los cabecillas Muñiz y El Gordito, con la gente que les

seguía, habían trasladado sus reales á la provincia de Oviedo, y de vez en cuando hacían cortas excursiones á la de León. Los otros grupos que vagaron por ésta ó se habían disuelto ó habían ido á engrosar las partidas de las limítrofes. Algunos individuos sueltos se acogieron á indulto, otros se restituyeron á sus hogares y varios fueron capturados por las autoridades; de modo, que en Octubre el orden público estaba restablecido en la provincia. Sin embargo, la guardia civil, la rural, organizada con peones camineros y alguna fuerza del ejército, se mantuvieron esparcidas por los pueblos, con el encargo de aprehender á los fugitivos, impedir el paso de los confines á nuevos partidarios, y proteger las operaciones del llamamiento á las armas de 13 de Noviembre, que se esperaba serían turbulentas por los ocultos manejos de los partidarios del Pretendiente.

Dijimos que en Asturias el cabecilla D. José Faes había reunido unos 200 hombres armados, á fines de Abril, y que se organizaron tres columnas para batirle. A más de las fuerzas que formaban éstas, había en este territorio, en la indicada época: en la capital, 88 hombres del regimiento infantería de Guadalajara y 60 de la guardia civil; en Trubia, 30 del mismo cuerpo; en Gijón, 40 carabineros; y en Pola de Lena, 20 de aquel instituto.

A la sombra de la facción Faes no tardaron en aparecer otras: no lejos de Bárcena de Monasterio, una capitaneada por un tal Viguri, la que alcanzada el 29 de Abril en Torrebarrio (León), por un destacamento de guardia civil, perdió muchas armas y 19 prisioneros, incluso el cabecilla; en las inmediaciones del puerto de Pajares, otra de unos 60 hombres, que cortó el telégrafo, desarmó á los peones camineros y cometió vejámenes en los pueblos, hasta que acudió en contra de ella la compañía de cazadores de Reus que mandaba el comandante Roda; en término de Siero, otra que en breve lle-

gó á sumar 80 sediciosos, y que fué batida con pérdidas, en la jurisdicción de Aller, por un jefe de la guardia civil. La de Faes seguía siendo la más numerosa, y anduvo por Puente de los Fierros, Collanzo y Nembra, hasta el 4 de Mayo, que fué dispersada en el concejo de Quirós por una columna de carabineros, á consecuencia de lo cual varios facciosos ocultaron las armas y se restituyeron á sus casas, y los demás se reunieron después en dos grupos, que siguieron vagando por los montes, huyendo de las tropas.

Con todo, el estado de la provincia hacía presentir que la sublevación no cedería inmediatamente, á pesar del indulto concedido; y así fué, en efecto, pues á mediados de Mayo existían los dos grupos de Faes, notablemente aumentados; el de Muñiz, procedente de León, que en dos fracciones había atravesado por Piedrafita, caminando hacia el concejo de Aller; el organizado en éste, capitaneado por Rosas; el que se formó en el término de Siero, que reapareció con 40 hombres mandados por D. Melchor Valdés, y algunos otros de menor significación, dedicados exclusivamente á la propaganda. Todos, igualmente que los de León, se reunían ó separaban, según su conveniencia y propósito, sin abandonar la zona meridional de la provincia, principal teatro de sus operaciones, y donde contaban con el eficaz amparo de los pueblos y de los alcaldes; motivo por el cual alguno de éstos sufrió correctivos impuestos por las autoridades superiores.

Las columnas, cuya fuerza variaba frecuentemente, no cesaban de moverse para proteger los intereses de las poblaciones y avistar á los rebeldes. El 22, una de guardia civil sostuvo un tiroteo en los montes de Labiana con una facción, y dos días después otra de ellas alcanzó en Cabañaquinta á los de Faes, haciéndoles varios heridos y cogiendo prisionero al cabecilla Gafo. El 25 se reunieron los carlistas de Faes, Muñiz y Rosas para exigir fondos en Pola de Labiana, y al día siguiente caye-

ron de improviso sobre 12 guardias que se hallaban allí protegiendo la recaudación de contribuciones y les hicieron prisioneros, después de una refriega en que hubo por cada parte un muerto y varios heridos. Los guardias, una vez desarmados, quedaron en libertad. El escarmiento de tal desmán no se hizo esperar; pues en el mismo día, alcanzados los enemigos por algunos guardias civiles al mando del teniente Alonso García, fueron dispersados en Moreda, después de ser desalojados de la iglesia, donde intentaron resistir, y de sufrir varias pérdidas; y á fin de mes, el comandante de carabineros Martínez Cuéllar sostuvo en Ricabo un combate de tres horas, á consecuencia del cual quedaron prisioneros de la columna varios facciosos.

El día 2 del siguiente mes de Junio ocurrió un hecho de armas entre la partida Faes, separada de las otras, y guardia civil mandada por el comandante D. Benito Macías; y otro, el día 3, entre la misma facción y fuerza de cazadores de Reus á las órdenes del teniente coronel D. Luis Fajardo, que acababa de llegar á Asturias con tres compañías de su cuerpo y era quien, á la sazón, dirigía las operaciones. El del 2 sucedió en los montes de Moneo, y en él se cogieron al enemigo varios prisioneros, resultando herido un guardia; y el del 3 ocurrió en los montes de Valdetanés, perdiendo los carlistas tres muertos, bastantes heridos y prisioneros, sin haber bajas en la columna.

Sin embargo de que los choques eran frecuentes, como acabamos de ver, aún continuaron en el campo durante unos días 160 hombres con Faes, en el partido de Pola de Labiana, y 70, con Rosas, en el concejo de Quirós; mas perseguidos activamente, avistados los últimos el 15 y 19, y dispersados con pérdidas, empezaron las presentaciones á indulto; y á fin de Junio los pocos carlistas que persistían en su actitud hostil, quedaban relegados á la zona más alta y escabrosa de las sierras que surcan la provincia. Tal resultado lo habían conse-

guido tres columnas organizadas al llegar los cazadores de Reus: la primera, operando en las cercanías del término de Quirós; la segunda, en las del de Aller; y la tercera, en el partido de Grandas de Salime, además de algunos destacamentos fijos con determinada comisión, como el de Campomanes, que debía proteger el paso por la carretera de Castilla.

Aunque las partidas habían desaparecido por el pronto, los trabajos de los conspiradores no se interrumpieron; y en previsión de que se reprodujera el levantamiento, al reconcentrarse en Valladolid el batallón cazadores de Reus, se enviaron á Oviedo dos compañías del regimiento infantería de Córdoba, según indicamos al tratar de la provincia de León. Y sucedió lo que se temía, puesto que en el mes de Julio reaparecieron las partidas de Faes, Valdés, Rosas y El Gordito. También se levantaron otras pequeñas facciones en diversos puntos, cuyos movimientos omitiremos, porque, dado su sistema de diseminarse con frecuencia para reunirse más tarde, cambiando á veces de jefe; de operar tan pronto en una zona del interior, como en el confín de León; pasar gente de un grupo á otro; reunirse estos, y regresar á sus casas los individuos de alguno para hacer al poco tiempo nueva aparición, si se les presentaba una oportunidad, resultaría muy incierto é inseguro todo lo que referente á ellos se pudiera decir.

En esta ocasión, Faes se lanzó al campo en el concejo de Labiana, al frente de 30 hombres; y perseguido desde luego activamente por un destacamento de guardia civil, intentó pasar á la provincia de León; pero no consiguiéndolo, por la oposición de las tropas que operaban en el confín, se vió precisado á diseminar á su gente, que fué á engrosar la facción Valdés.

Este cabecilla hizo su aparición, con 70 sediciosos, el día 4 de Julio, en el término de Siero, y moviéndose constantemente, cometió excesos en los concejos de Lena, Aller, y principalmente en el de Labiana. El aumento de fuerza é importan-

cia que tuvo esta partida hizo preciso destinar en su seguimiento á varias columnas, las cuales batieron las zonas de Belmonte, Pola de Lena, Pola de Siero, Pola de Labiana é Infiesto; alcanzando la mandada por el comandante Macías, el 11 de Julio, en la jurisdicción de Labiana, á parte de la facción, causándole un muerto, varios heridos, y cogiéndole armas y pertrechos. El 13, la misma tropa la tiroteó de nuevo en los bosques de Soto, desapareciendo después la partida hasta el 23, que se presentó en Infiesto á pedir raciones, reunida con la de Rosas. Allí se diseminó en grupos que, perseguidos por la columna del comandante indicado, reaparecieron concentrados el 31 en Pola de Labiana, y continuaron vagando por los montes, siendo, el 12 de Agosto, batidos y dispersados por Macías, en combinación con fuerza del regimiento de Guadalajara. A los dos días de esto, alcanzaron otra vez al cabecilla, en las peñas de Pandoles, 80 guardias civiles y algunos infantes de Guadalajara, mandados por el teniente Barbón, quien á pesar de tener que habérselas con 150 carlistas, los atacó y derrotó por completo, haciéndoles un muerto, tres heridos y un prisionero; derrota que no se pudo completar con un activo seguimiento, á causa de tener que replegarse las fuerzas á Gijón, con motivo del viaje del rey D. Amadeo á la provincia de Oviedo.

Aprovechó Valdés esta coyuntura para reorganizar su facción, y el 19 se alojó en Pola de Labiana, donde estuvo hasta que nombrado el coronel subinspector del 10.° tercio de la guardia civil D. Antonio Armijo para dirigir las operaciones, ordenó este jefe una nueva distribución de fuerzas, reforzando las que debían moverse en el partido de Labiana, y dió á las batidas mayor impulso. Merced á él, el comandante de Córdoba D. Vitoriano Pérez avistó y tiroteó á Valdés el 4 de Septiembre, é igual suerte tuvo en la misma fecha, en el término de Siero, el alférez D. Francisco Sánchez, cuyo destamento de carabineros hizo varios prisioneros á una fracción de la mencio-

nada partida. A partir de estos dos hechos, la gente de Valdés se separó y anduvo por los montes hasta el 24, que reapareció incorporada otra vez á la de Rosas, siendo alcanzado el conjunto, el 29, en la sierra Berna, por el comandante Pérez, que se apoderó de 13 facciosos, á costa de varios heridos y contusos en su columna. Los carlistas huyeron á refugiarse en la sierra de Curzanos.

El sitio en que Rosas se lanzó al campo, á principios de Julio, con unos 50 hombres, fué el concejo de Proaza, donde le persiguió desde el primer momento fuerza del regimiento infantería de Córdoba que salió de Pola de Lena. El cabecilla se dirigió á Villamejín y al término de Quirós; y después de estar unos días reunido con Valdés, estrechado de cerca por las tropas, se encaminó á Campomanes, con rumbo á León, mas retrocedió antes de llegar, y el 2 de Agosto, hallándose con los secuaces de El Gordito, fué alcanzado por una columna al mando del teniente coronel de Córdoba D. Benito Rubio, quien le batió, le hizo algunos heridos y obligó á que se separasen los dos grupos, yendo el de El Gordito á la jurisdicción de Aller y el de Rosas hacia el puerto de Cubillas. Hasta el 17 de Septiembre permaneció oculta la partida del segundo; pero en tal día presentóse de nuevo en Llamas, con fuerza de 54 hombres, y remontó el curso del río Aller hacia Piedrafita. En su busca salió la guardia civil que había en Collanzo, en combinación con una columna de infantería que la alcanzó y tiroteó en Casomera, y ambas tropas la empujaron hacia el partido de Lena. La facción se hallaba el 24 en los montes con la de Valdés, huyendo de las columnas que allí operaban, una de las cuales era la mandada por el Gobernador militar de la provincia, que había salido á dirigir personalmente las operaciones y á recorrer los pueblos para levantar el espíritu del país.

Poco es lo que se puede decir de la partida de El Gordito

y de otra sin jefe conocido que en diferentes ocasiones aparecía en Grandas de Salime; pues la primera estuvo casi siempre reunida á algunas de las demás, y la segunda no hizo otra cosa que tratar de sustraerse á la acción de la tropa estacionada en el primer punto y á la de una columna del distrito de Galicia, que en fines de Septiembre logró darle alcance y batirla, causándole varios heridos y prisioneros, y cogiéndole armas y efectos.

Desde que empezó el mes de Julio hasta la última época indicada, operaron en Asturias dos compañías del regimiento de Córdoba, dos del de Guadalajara y la guardia civil y carabineros de las comandancias respectivas; y á mediados de Septiembre recibieron estas fuerzas el aumento del batallón cazadores de Mendigorría, que sólo estuvo en el distrito hasta el 13 de Octubre, que marchó á El Ferrol. La distribución de tales tropas varió con frecuencia; mas, por lo general, una columna operaba en la parte oriental, hacia Infiesto y Cangas de Onís; otra en la meridional, por los concejos de Lena, Quirós y Aller, y otra en la occidental hacia Grandas de Salime, fraccionándose cuando lo aconsejaban las circunstancias, y combinando sus movimientos para perseguir mejor á las partidas.

La dirección inmediata del Gobernador militar dió más unidad á las operaciones, y gracias á ella y al refuerzo de los cazadores de Mendigorría, sólo quedaron en armas, al empezar el mes de Octubre, las partidas de Rosas y Valdés, con reducido número de individuos, que se ocultaban fácilmente en las escabrosidades de los montes. Sin embargo, la captura incesante de fugitivos sueltos y tres encuentros, con pérdidas para los carlistas, ocurridos en los días 12, 15 y 18, dieron por resultado que el desaliento cundiera entre los enemigos y que la mayor parte de ellos abandonaran la lucha.

Una nueva intentona hizo Rosas el 18 de Diciembre, presentándose en el partido de Lena con 80 partidarios, el cual

fué batido á los pocos días por infantería de Córdoba, guardia civil y carabineros, que le diseminaron la gente, aprehendiendo á varios individuos.

Indicamos ya que en Palencia y al finalizar el mes de Abril, habían aparecido grupos de carlistas en Guardo, Rivas y Saldaña, y que de la capital del distrito se enviaron cuatro compañías de cazadores de Reus. Al principio se anunció que sería esta provincia el territorio en que se desarrollaría principalmente la insurrección de Castilla la Vieja; pero lejos de ser así, cuando comenzó Mayo se juzgaron ya innecesarias las compañías de Reus y se destinaron á León, donde hemos visto que operaron. Con la guardia civil y un escuadrón escaso de Albuera se formaron entonces tres pequeñas columnas para recorrer las zonas cuyos centros eran Baltanás, Carrión de los Condes y Cervera de Pisuerga, las cuales batieron á los mencionados grupos y á otros igualmente exíguos organizados con posterioridad: el día 4, á los cabecillas Bartolomé y Andrés Pérez, que cayeron prisioneros en Respeneda de la Peña; el 8, en Lomas, á una partida de 30 hombres capitaneada por Rovira, quien fué también aprehendido con siete más, lo cual tuvo alguna importancia, porque tal facción era el núcleo á que se debían unir muchos alistados de Carrión de los Condes; el 15, en Báscones, á un grupo cuyo jefe murió en el encuentro; y por último, el 23, en Prádanos, á 30 individuos procedentes del distrito de Burgos, que seguían á D. Francisco Hierro, causándoles dos muertos, cogiéndoles tres prisioneros, muchas armas y varios caballos. Tan frecuentes escarmientos fueron de útiles resultados para el orden público; pues menudearon las presentaciones, y transcurrió Junio sin que hubiese ningún carlista armado en la provincia.

Al empezar el mes siguiente reanudaron la lucha Hierro y un cabecilla conocido por El Pastor, los cuales, con fuerza variable, pero sin exceder nunca de 40 hombres, vagaban por

el límite de la provincia, para buscar refugio fuera de ella al verse muy perseguidos. Así lo hizo el grupo de Hierro, que el día 4 se hallaba hacia Valderrábano, desapareciendo hasta el 19, que se presentó con El Pastor en Buenavista de Valdavia, separándose en seguida para desorientar á la columna de Cervera, que salió en su persecución. Juntos de nuevo, fueron alcanzados el 2 de Septiembre por la indicada tropa, la cual, al cabo de un largo tiroteo, les puso en fuga y se apoderó de algunos efectos. Tal choque y otros de poca importancia que ocurrieron después no fueron óbice para que Hierro entrara en varios pueblos y cometiera en ellos excesos, hasta el mes de Octubre, en que se disolvió su partida.

El Pastor vagó por Palencia llevando una existencia análoga á la de Hierro y sufriendo batidas, hasta el 22 de Septiembre, que avistado en la dehesa de Tablares por un destacamento de caballería de Albuera, fué herido y quedó prisionero con algunos de los suyos, desapareciendo definitivamente su facción.

De los demás grupos que pulularon por la provincia es digno de mención uno que se organizó en las cercanías de Baltanás, el 9 de Agosto, y que fué batido y disuelto á los pocos días por los voluntarios de la libertad de este pueblo, autorizados para movilizarse. En Octubre, pues, había vuelto el país á su estado normal, y el 20 se retiró la guardia civil á prestar su servicio ordinario y las columnas marcharon á la capital.

Mientras ocurría en León, Oviedo y Palencia lo que se acaba de relatar, en las demás provincias del distrito, aunque reinaba la intranquilidad y había frecuentes anuncios de alteraciones de orden público y formación de partidas, sólo hubo ligeros desmanes, que fueron reprimidos fácilmente. En Zamora, hacia el límite con Portugal, se alzaron en armas, en Julio, 45 hombres, que á los pocos días pasaron la frontera,

hostilizados por un destamento de carabineros. Por la misma época se alarmaron los habitantes de la zona meridional de Salamanca, á causa de la presencia en ella durante unos días de una facción procedente de Cáceres; y para que esto no volviera á suceder se acantonaron algunos carabineros en el límite de ambas provincias. En la de Zamora anduvieron á mediados de Agosto por el partido de Puebla de Sanabria, tratando de reclutar gente, varios carlistas de León, que viendo lo infructuoso de sus trabajos, regresaron al territorio de donde habían salido; y durante el mes de Septiembre, unos 60 individuos se apoderaron en Cobreros, de los fondos de la recaudación de contribuciones, y trataron de alterar el orden; pero salieron de Puebla de Sanabria tres secciones de carabineros, las cuales los avistaron y batieron el día 24 en el monte de los Charcos, disolviendo á la partida, haciendo algunos prisioneros y cogiendo varios efectos. Otros motines y trastornos de menor entidad acaecieron, hasta que pacificados y tranquilos los territorios de León, Oviedo y Palencia, transcendió tal estado al resto de Castilla la Vieja; manteniéndose, sin embargo, las pequeñas columnas establecidas en puntos cuyos habitantes se distinguían por sus ideas carlistas, ó cuya situación era conveniente para acudir con rapidez á sofocar cualquier intentona.

***

Así, pues, al comenzar el año de 1873, la única zona del distrito donde se sostenía, aunque débilmente, la insurrección era la parte meridional de Asturias. Después de la batida que sufrió Rosas, á mediados del anterior Diciembre, vagaron errantes los grupos en que se diseminó su gente; y firme el cabecilla en su deseo de sostener y fomentar la rebelión, consiguió concentrarlos en número de 90, con los que andaba por el valle de Aller, huyendo de una columna de infantería de Córdoba y de otras dos de guardia civil, las cuales le atacaron

los días 3 y 4 de Enero: el primero, en unas peñas casi inaccesibles inmediatas á Collanzo, de las que fué desalojado con pérdida de tres muertos, varios heridos y un prisionero; y el segundo, en el sitio llamado Entrepeñas, donde le cupo igual suerte y dejó cuatro muertos y un herido, sin más bajas en la tropa, entre los dos combates, que un muerto y algunos heridos. No fueron suficientes tales descalabros para que Rosas abandonase su actitud, sino que, por el contrario, á raíz de ellos redobló su actividad para organizar más partidas, y publicó una entusiasta alocución dirigida á los asturianos.

A mediados de mes, aparecieron dos facciones en el partido de Labiana: una capitaneada por D. José Pérez, y con cabecilla desconocido otra, sumando ambas 230 insurgentes. Su primer cuidado fué, como de costumbre, recoger recursos de toda clase y estorbar la recaudación legal de contribuciones, la desembarazada gestión de las autoridades y el paso de los frecuentes convoyes de armas que iban de las fábricas del interior de la provincia á diferentes lugares de la Península. No bastando las fuerzas de Asturias para evitar por completo los desmanes del enemigo, fueron reforzadas con guardias civiles y carabineros de León y de Valladolid, y voluntarios movilizados, en total 210 hombres, únicos que pudo reunir el Capitán general del distrito, D. Domingo Ripoll. Entonces se establecieron destacamentos de 20 hombres en Pola de Labiana, Sama, Infiesto, Pola de Lena, Villaviciosa y Grandas de Salime, pueblos visitados preferentemente por los carlistas, y se organizaron cuatro columnas móviles de 90 á 100 individuos, de las cuales una quedó en Oviedo para utilizarla cuando las circunstancias lo aconsejasen, otra, á las órdenes del capitán Rubín, fué al partido de Infiesto, y las dos restantes, al mando del teniente coronel D. Román Alvarez Rivadeneira, se encaminaron á Mieres, en cuyas inmediaciones andaba Rosas, quien se ocultó con la mayoría de sus partidarios. Un grupo

que no pudo reunírsele fué avistado y casi disuelto por algunos guardias civiles.

Las contínuas marchas y contramarchas de ambos contendientes dieron por resultado varios encuentros: el 29 de Enero, en el puerto de Tolibia, entre fuerza de Alvarez Rivadeneira, que iba á Cabañaquinta, y unos grupos carlistas apostados en el camino para impedir su paso, los que fueron desalojados de las posiciones que ocupaban; el 9 de Febrero, entre un destacamento de guardia civil y una partida alojada en Villanueva; el mismo día, otro en el concejo de Sobrescobio, en el que se dispersó á un núcleo de sediciosos mandado por el conocido cabecilla Valdés, que tuvo un muerto, un herido y tres prisioneros; el 21, con la facción de Manolillo, formada con restos de la anterior, siendo arrojada, con bajas, de las posiciones que ocupaba en los montes de Hijuela de Santa Bárbara; y, por último, el 5 de Marzo, entre todas las partidas concentradas, en número de 300 hombres, al mando del nuevo jefe carlista Santa Clara, y una columna, á las órdenes del teniente coronel Martínez Cuéllar. Este hecho ocurrió cerca de Tineo, población donde estaban los carlistas; y atacados de improviso al salir de ella, fueron batidos de tal modo, que dejaron en el campo ocho muertos, 13 prisioneros, varios heridos y gran cantidad de armamento y municiones.

Estos hechos y la rápida acción de las tropas que recorrían constantemente el territorio dieron, por el pronto, excelentes resultados para la situación de Asturias: la fuerza moral de los carlistas decayó notablemente; las presentaciones aumentaban, á la vez que crecía diariamente el número de los aprehendidos, y los cabecillas se ocultaban, aunque hacían de vez en cuando ligeras operaciones, seguidos de sus más entusiastas partidarios.

Durante este tiempo, en las provincias de León, Salamanca y Avila habían intentado mantener la lucha algunas peque-

ñas é insignificantes partidas, que fueron disueltas en pocos días por la guardia civil de varios puestos, reunida para el objeto. En la de Valladolid, el anuncio de que á fines de Febrero estallaría un movimiento carlista en la zona meridional, obligó á la primera autoridad militar del distrito á destacar á Medina del Campo dos compañías de infantería, una sección de carabineros y medio escuadrón de caballería. En la de Zamora, hacia el 17 del indicado mes, apareció en Galende, con algunos sediciosos, el cabecilla Bernardino Carrera; saliendo en su seguimiento los carabineros de Puebla de Sanabria, y de la capital dos secciones del mismo instituto, con cuyos movimientos se consiguió la aprehensión del jefe y la disolución de la partida. Más adelante, en fin de Marzo, el titulado Comandante general, D. Pedro Alvarez, publicó una alocución llamando á las armas á los zamoranos, y organizó un núcleo de 45 infantes y 20 caballos, que, perseguido por guardias civiles y carabineros, sufrió, el 26, en los llanos de Tábara, una derrota en que murieron dos carlistas, quedaron prisioneros otros y se diseminaron los restantes para ganar la frontera de Portugal, donde fueron capturados el cabecilla y algunos otros.

Mayor que en estas provincias fué el levantamiento en la de Palencia, si bien no alcanzó la intensidad que en Asturias. El cabecilla Apolinar González, seguido de unos cuantos, se presentó el 5 de Enero en Almanza (León), y en seguida se corrió al territorio de Palencia, en donde, desde Saldaña y Guardo, se encaminaron á batirle fuerzas de la guardia civil, las cuales le sorprendieron el 17 en Villapún, y á pesar de que los enemigos hicieron tenaz resistencia desde una casa fortificada, cayeron todos prisioneros con pérdida de un muerto y dos heridos. A los pocos días, el conocido jefe carlista Francisco Hierro, que se titulaba Comandante general de Palencia, ordenaba que se suspendiera la circulación de trenes por la línea de Santander, conminando con la pena de muerte á los em-

pleados que en 1.° de Febrero no hubiesen abandonado su residencia sobre la vía; amenaza que ni siquiera trató de realizar una partida de 20 jinetes que pasó de Burgos á Palencia por Melgar de Fernamental, llegó al camino de hierro y se volvió sin haber cometido ningún exceso durante su breve permanencia en Castilla la Vieja.

El 18 de Febrero aparecieron en Carrión de los Condes 130 infantes y 30 caballos carlistas, mandados por D. Manuel Rodríguez, los que estuvieron entrando en varias poblaciones con exigencias de dinero, hasta que perseguidos por dos columnas de guardia civil y un escuadrón del regimiento de Albuera, á las órdenes todo del Comandante general de la provincia, se vieron estrechados hacia León, atravesaron el confín y fueron derrotados, el 23, en el sitio denominado Trévede, de las inmediaciones de Crémenes, por un destacamento de 50 guardias de la última provincia, mandado por el teniente D. Esteban Barriga, que les hizo un muerto, varios heridos y 49 prisioneros, y les cogió muchos pertrechos. La columna sólo tuvo algunos contusos. Al siguiente día ocurrió un nuevo encuentro en el collado de Pinajos, entre los restos de la facción Rodríguez y tropa de la provincia de Palencia, perdiendo los facciosos 25 prisioneros, con lo cual se disolvió la partida á los pocos días; pues los 30 hombres á que quedó reducida abandonaron al cabecilla, al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos.

Unos 45 carlistas montados de los que pululaban por Burgos, viéndose acosados á fines del mismo mes por las tropas de este distrito, pasaron á Palencia, donde hostilizados por la guardia civil del partido de Baltanás, se diseminaron para regresar aisladamente á los lugares de que procedían.

El 22 de Abril, una facción de 70 infantes y 40 caballos, capitaneada por Ayala, pasó también de Burgos á Palencia, perseguida desde aquella provincia por 50 guardias civiles, 40 voluntarios y 24 caballos de Albuera, fuerzas á que se unió, en Agui-

lar de Campóo, un destacamento de guardia civil, saliendo también en pos de ella de Alar del Rey un jefe y 58 guardias. A los pocos días fueron alcanzados los de Ayala en la sierra de Cervera por la primera columna mencionada, que les hizo bastantes heridos, les desalojó de las posiciones que tomaron y los dispersó por completo, sin más bajas en los atacantes que unos cuantos contusos. En el mes siguiente se corrió desde Santander la partida Penagos; y alcanzada el día 7 en el caserío de Verzosa, cerca de Olmos de Ojeda, por el comandante Huerta, perdió tres prisioneros, que resultaron ser cabecillas de partidas en proyecto.

Como por entonces Hierro y los nuevos jefes carlistas Grajal y Robledo organizaron facciones en la zona Norte de Palencia, el general Ripoll envió, el día 6 de Mayo, á la provincia una compañía del regimiento de Guadalajara y 20 caballos de Villaviciosa, fuerza que, dividida en dos partes, estuvo recorriendo el campo hasta fin de mes. En 15 del mismo, el Capitán general formó una columna volante con cuatro compañías y 50 caballos de los cuerpos últimamente expresados, más 70 guardias civiles de infantería y caballería, con la cual visitó los pueblos de la provincia en que era mayor la efervescencia. Las tropas enviadas el 6 se estacionaron el 28 en Alar del Rey para custodiar la vía férrea, amagada constantemente por los carlistas de Burgos. De Hierro, Grajal y Robledo, apenas hubo noticias, pues se ocultaron en los montes al verse débilmente secundados. De los que tomaron parte en el movimiento, unos fueron batidos y dispersados en la raya de León y Palencia, con pérdida de ocho prisioneros y otros, en número de 60, pasaron á Galicia. Los de Penagos, que aún andaban en el campo, sufrieron el 27 un contratiempo al ser avistados en las cercanías de Ayuela por 15 guardias, que se hallaban auxiliando el cobro de contribuciones, los cuales les causaron un muerto, algunos heridos y ocho prisioneros, y

se apoderaron del escaso armamento con que contaba la partida.

En Junio no existía ninguna facción en Castilla la Vieja; pero á pesar de ello, el orden público no estaba asegurado, y el Capitán general organizó otra columna análoga á la del mes anterior; recorrió con ella varias poblaciones; situó convenientemente pequeños destacamentos en diversos puntos, algunos en la vía férrea; y el 10 estaba de regreso en Valladolid.

Las fuerzas que guarnecían el distrito sufrieron en estos días una disminución de importancia con motivo del movimiento de los cantonales en Andalucía, que obligó al Ministro de la Guerra á enviar allí tropas. El haber intentado la ciudad de Salamanca declararse en cantón independiente, precisó también al Capitán general á destacar gente que ocupase aquella capital, distrayéndola de la atención que exigía todavía el carlismo; y para compensar la falta de soldados, se organizaron en algunos pueblos secciones de voluntarios, á las cuales se dió armamento y autorizó á movilizarse cuando las circunstancias lo exigiesen. No transcurrieron muchos días sin que esto llegase á ser necesario; pues el 11 de Julio se presentaron en Grandas de Salime 100 carlistas mandados por Saavedra, y salió de Oviedo una de aquellas secciones, que les hizo internarse en Galicia. El 19 volvieron aumentados hasta 150; pero 30 guardias civiles auxiliados por 50 movilizados, consiguieron con su activa persecución diseminarlos en grupos, que se refugiaron en el territorio de Oscos.

Señal de un nuevo levantamiento parecía la entrada de la partida de Saavedra en Asturias, porque el 27 se vió otra vez á Faes en Infiesto con 35 hombres, y empezó una activa propaganda, que dió por resultado la salida al campo, á principios de Agosto, de Rosas, Santa Clara y El Gordito: el primero, con 150 individuos, hacia el puerto de Tarna, en los confines

de Oviedo y León; el segundo; con 40, en el partido judicial de la capital; y el tercero, con igual fuerza, no lejos del puerto de Pajares. Saavedra había concentrado á su gente, y, en estos días, vagaba por el límite de León con Lugo. En vista de estos sucesos, se adoptaron desde luego las disposiciones siguientes: en Asturias, la de organizar una columna, á las órdenes del Gobernador militar, con guardia civil, carabineros, una compañía del regimiento infantería de Córdoba y voluntarios, la que emprendió en seguida las operaciones; en León, se situaron voluntarios de La Pola de Gordón y guardia civil en los pueblos del norte de la provincia, y en El Vierzo se reconcentró guardia civil para vigilar la raya con Galicia; y finalmente, en Palencia, se establecieron algunos destacamentos.

Los movimientos de las fuerzas de Asturias los encaminó el Gobernador militar á estrechar á unas facciones contra Galicia y á otras contra León, para lo cual fraccionó las tropas con que contaba en cinco pequeñas columnas; pero las partidas, conocedoras de las ásperas montañas de los extremos de la provincia de Oviedo, pasaban y repasaban el límite de ella, se disgregaban para huir de sus perseguidores, yendo en ocasiones á reunirse en los pueblos, no sin ser alcanzadas varias veces, como lo fué, el día 4 de Agosto, la de Santa Clara en Rañeces; el mismo día, la de Rosas, en Riaño (León), por el destacamento de La Pola de Gordón, que le hizo un muerto y algunos heridos y prisioneros; el 8, la misma, en los campos de Ortigosa (Oviedo), por una columna de esta provincia que le cogió dos prisioneros, nueve caballos y 15 armas, después de vencer una tenaz resistencia; y al día siguiente, por último, otro grupo carlista en el Collado del Pozo (Asturias), por 30 guardias, resultando un herido por cada parte. Santa Clara trató de sorprender, el 16, á Cangas de Tineo, y fué rechazado por el cuadro de la reserva, secundado por el vecindario, los cuales causaron á los sediciosos dos muertos y varios heridos.

Tales encuentros y una persecución incesante motivaron la disolución de las partidas de Faes, Saavedra y Santa Clara. La de El Gordito pasó á Leon á mediados de mes, y se presentó en Rioseco de Tapia, punto al que se encaminaron los guardias y voluntarios de La Pola de Gordón, quienes la obligaron á que volviera á internarse en Asturias, donde anduvo hasta el 22, en que regresó á León por el puerto de Cubillas, hostigada por dos pequeñas columnas. Allí la divisaron algunos guardias que iban á reforzar á los de La Pola, y la batieron en el sitio llamado Matona de Trascastro, haciéndole varios heridos y prisioneros, y cogiéndole armas y pertrechos, sin tener más que un guardia herido. La de Rosas debió andar oculta en los montes á fines de mes, pues no se tuvo conocimiento de su situación. En cambio, vagaban por Asturias otros grupos de carlistas con poca gente y sin jefe conocido, que eran restos de los núcleos disueltos, y de vez en cuando hacían excursiones en esta provincia algunas de las partidas que pululaban en Galicia, las cuales, hostilizadas por la tropa que había en Grandas de Salime, no paraban mucho tiempo en el distrito.

El Gobernador militar de Oviedo, que estaba de regreso en la capital desde mediados de Agosto, organizó de nuevo á fin de mes las tropas con que contaba, disponiendo que en los concejos de Labiana y de San Martín del Rey Aurelio quedasen 60 carabineros; en los de Lena y Mieres 45; en el de Aller 30 y 60 voluntarios; 110 de éstos en Grandas de Salime, y que la compañía de Córdoba fuese á la capital. Con tal distribución, se dieron constantes batidas por los montes, sin desamparar á los pueblos, apresando dispersos, acogiendo presentados, protegiendo la entrada en caja de los mozos de la reserva, y no dejando un momento de reposo á los grupos enemigos. Un tal Monzón, que capitaneaba uno de ellos, fué muerto en un choque con los carabineros de Labiana, en el cual cogieron estos algunos prisioneros; y otros hechos de menos importancia ocu-

rrieron hasta fin de Septiembre, en que ya no existían carlistas armados en la provincia; pues los cabecillas, convencidos sin duda, de que su constancia era infructuosa, se ocultaron ó abandonaron el campo. En la de León no había tenido lugar, mientras tanto, más incidente que una colisión en San Juan de Paluezas, entre guardias civiles y varios sediciosos, que quedaron prisioneros.

Aunque, como vemos, la rebelión no prosperaba en el distrito, no por eso cesaban los agitadores de sostener por cuantos medios podían el malestar y de allegar elementos para la lucha, como lo hizo el cabecilla D. José Navarrete y Serrano, que operaba en la provincia de Santander en el mes de Septiembre, quien conminó con destrozar la vía férrea, si la Junta de comercio de Valladolid no le abonaba, á título de contribución, 5.000 pesetas diarias, pagadas por quincenas adelantadas. Pero el suceso más importante fué el acuerdo tomado en el campo carlista de Navarra y Vascongadas de provocar un movimiento en Castilla, en grande escala, enviando al efecto el documento siguiente:

«Comandancia general de Navarra y Vascongadas:=Instrucciones que para el levantamiento de Castilla la Vieja en favor de S. M. el Rey nuesto señor (q. D. g.), y de nuesta santa Religión, deberá seguir el Excmo. Sr. Comandante general de la provincia de Valladolid, de acuerdo con los de Palencia, Zamora, Salamanca y Avila:=1.ª Llevar á debido efecto la recluta de los mozos de los pueblos pequeños, según la relación dada por los señores párrocos, con fecha 15 del pasado Junio, remitida y visada por esa comandancia; mandándoles acudir secretamente á los puntos designados, y especialmente á los inmediatos á aquellos en que hubiese armados un corto número de voluntarios de la República.=2.ª Puestos de acuerdo los jefes de las fuerzas así reunidas, y armadas con los fusiles que tiene V. E., y si no bastan, como se pueda, y de acuerdo,

también, con los señores de la junta de ésa, verificar el primer acto de levantamiento, procurando á todo trance apoderarse de las armas de los voluntarios de la República.=3.ª Impedir la organización é instrucción de los mozos de la reserva del ejército rebelde, tratando al mismo tiempo de indisciplinar á la fuerza del mismo, valiéndose para ello de los oficiales del colegio de caballería que me habeis indicado.=4.ª Aceptado el plan por V. E. remitido, con las pequeñas modificaciones que han sido necesarias, se atendrá V. E. á lo siguiente: en Nava del Rey recibirá las fuerzas que llegaren de Zamora y Salamanca; en Peñafiel llamará la atención de las tropas rebeldes corriéndose hacia la provincia de Soria, para que quede libre la comunicación con Palencia y Burgos, esperando en el punto que se designe las órdenes del general Velasco, en el movimiento que operará en Santander y parte limítrofe de la provincia de Burgos.=5.ª De acuerdo con los intransigentes republicanos que están convenidos con V. E., procurará sublevar las tropas de reserva del Gobierno republicano y excitar la discordia en las filas de los voluntarios de la República.= 6.ª Podeis contar entre el número de los conspiradores, por haber resultado de sus antecedentes aptitud para ello, á los individuos que expresa la adjunta relación. Del resto de la que remitió V. E. no han llegado antecedentes.=7.ª Conviniendo á los intereses del Rey nuestro señor (q. D. g.), obrar con actividad y energía, llevará V. E. á debido efecto, en cuanto le sea posible, la secuestración de los jefes rebeldes y liberales sacrílegos incluidos en las relaciones que están en poder del Illmo. Sr. Padre Mariano Solís Liévana, y la de los malditos fracmasones comprendidos en la que entregará á V. E. la comisión interna de inquisición, compuesta de los Illmos. Señores D. Juan González, D. Cristóbal Rubio, D. Lázaro Quintanilla, D. Gaspar Francés y D. Julián Covarrubias.=8.ª Debiendo vengarse las ofensas hechas al Altísimo, á nuestra santa

Religión y al humilde siervo del Señor, Su Magestad nuestro muy amado rey D. Carlos VII, la sangre y el exterminio de los herejes y enemigos nuestros será recomendable á nuestro servicio.=V. E. quedará encargado, como jefe supremo, de la ejecución de los actos preparatorios necesarios para nuestro objeto.=Campo del honor 11 de Septiembre 1873.=De orden de S. M.=El Comandante general de Navarra y Provincias Vascongadas.=Antonio Lizárraga.»

El conocimiento de las preinsertas instrucciones y los informes que adquirió, hicieron creer al general Ripoll que en esta ocasión tomaría gran incremento la lucha, y en 19 del indicado mes decía al Ministro de la Guerra: «El poco partido liberal que existe en la provincia de Palencia se halla altamente abatido, mientras el carlista está animado en sumo grado y los pueblos esperando con ánsia la presentación de las fuerzas carlistas que dicen han de venir de la otra parte del Ebro, para cuyo recibimiento se están ya organizando ocultamente partidas en el país. Bástele, Excmo. Sr., para conocer el espíritu que domina en favor del carlismo en algunos lugares, el saber que se presentan en ellos agentes revolucionarios que descaradamente trabajan por su causa.» Añadía que era necesario el envío de tropas al distrito y que se declarasen en estado de sitio las provincias de León, Oviedo y Palencia. Aunque ni lo uno ni lo otro llegó á realizarse, trascurrió el mes de Octubre y parte del de Noviembre sin que alterasen el orden más que, ligeros motines, sofocados en breve, é insignificantes partidas que desaparecieron á raiz de organizarse.

Pero á fines del último mes indicado ya volvieron estas á tener más importancia en Asturias. Las capitaneaban Rosas, Valdés, Santa Clara, Manolín y otros cabecillas desconocidos, quienes lograron reunir bastantes secuaces y alarmaron el país en tales términos, que hasta en la ciudad de Oviedo se alteró la tranquilidad. Como de costumbre, visitaron los pueblos

de Pola de Lena, Mieres, Pola de Siero, Infiesto, Pola de Labiana, y algún otro, en los que quemaron el registro civil, maltrataron á los funcionarios públicos y exigieron cuantiosas contribuciones. Análogamente á lo hecho poco antes, se dispuso la persecución organizando tres columnas volantes de carabineros, guardias civiles y voluntarios, en número de 80 á 90 hombres cada una, y á las órdenes todas del comandante Huertas. Estas fuerzas eran las únicas que había en la provincia; pues la compañía de Córdoba había ido á Valladolid, y hasta el 16 de Diciembre no fué reemplazada por otra de infantería de Castilla, procedente de Burgos.

Reunidas en Noviembre las principales facciones al mando de Rosas, trataron de pasar á León á recaudar fondos; y al efecto, el 24 intentaron salvar el puerto de Piedrafita; mas poniéndose en movimiento un destacamento de guardias acantonado en Cármenes, y los voluntarios de La Pola de Gordón, hicieron retroceder al enemigo, alcanzándole el 26 en la Peña de la Hoz, cuenca del río Aller, causándole tres muertos y varios heridos, á costa de uno de los primeros, cuatro de los segundos y 12 prisioneros que tuvo de bajas la columna.

Tal resultado envalentonó á los enemigos y contribuyó á que aumentase su número, hasta el punto, que al empezar Diciembre sumaban 300 hombres perfectamente armados, los cuales se aventuraban á entrar en los pueblos de abundantes recursos, á ocupar los puertos de paso á León y á interceptar la marcha de los convoyes de armas de la fábrica de Trubia. Redoblada la actividad de las columnas para compensar la diferencia del número, una de ellas batió y dispersó el día 4 en el ayuntamiento de Labiana á 70 rebeldes, causándoles algunas pérdidas; y el 15 encontró otra en Ribadesella al grupo de Valdés, desalojándole de las posiciones en que intentó resistir, y haciéndole un muerto y tres heridos, incluso el cabecilla. Sin embargo, á fin de año vagaba aún Rosas por el concejo de

Quirós con 200 hombres; Valdés, con poco más de 100, por el partido de Cangas de Tineo; los demás con menos número, por los territorios de Aller y Labiana; y de vez en cuando entraban en el de Grandas de Salime grupos de 20 ó 40 hombres procedentes de Galicia.

***

En Enero de 1874 la situación se hizo más crítica en Asturias, al aparecer algunas partidas de cantonales, las cuales, aunque se sostuvieron pocos días, exigieron la atención de las autoridades. Por ello el Ministro de la Guerra dispuso que embarcase en La Coruña para Gijón una compañía del regimiento infantería de Murcia, fuerza que el día 11 llegó á su destino, dejó un destacamento en aquella población y continuó á la capital de la provincia.

Los carlistas, después de varias correrías sin rumbo fijo, entraron en Sama, venciendo la resistencia de los voluntarios, encastillados en la casa ayuntamiento, en Pola de Lena, Cangas de Tineo y Pola de Labiana, donde cometieron excesos y se apoderaron de recursos; y destacaron facciones volantes á muchos pueblos pequeños con igual objeto; siendo hostilizados en todas sus escursiones por cuatro columnas mandadas por los comandantes Huertas, Valle y Vázquez, y el capitán Ortega, y organizadas con la compañía de Castilla, los carabineros, la guardia civil y los voluntarios, las cuales estrecharon á las partidas hacia la provincia de León y las avistaron en varias ocasiones con escaso resultado. Otra columna mandada de refuerzo, á las órdenes del capitán D. José Carballido, compuesta de 74 soldados del regimiento de Murcia y 36 voluntarios movilizados, sostuvo el 24 de Enero un encuentro al marchar de Cabañaquinta á Collanzo, cuyo parte oficial se inserta á continuación:

«El 23 del corriente salí de Mieres con la columna de mi

mando para Cabañaquinta, en donde pernocté. En cuanto llegué á este punto, mi primer cuidado fué mandar un oficio al pueblo de Santibáñez de Murias, en el que presumía que debía hallarse la columna del comandante Huertas, para que, combinando nuestros movimientos, pudiéramos operar con éxito contra el enemigo.=Mientras esperaba contestación, adquirí noticias referentes á los carlistas y á las condiciones del terreno, habiendo sabido que la facción, que parecía dirigirse á Casomera, había retrocedido y se hallaba en Collanzo.=Con estos datos, y aun cuando el 24 por la madrugada no había recibido todavía respuesta al oficio que dirigí al comandante Huertas, por más que continuaba en la persuasión de que estaba en Santibáñez, me decidí á emprender un movimiento que, sin alejarme del lugar en que me hallaba, empujase á la partida hacia otra columna. En efecto, á las ocho de la mañana salí de Cabañaquinta para Conforcos, de lo que pasé también aviso á Santibáñez de Murias. En Vega supe por confidencia fidedigna que el llamado camino real y paso de Entrepeñas, en la dirección de Collanzo, se hallaba ocupado por la facción; y considerando lo peligroso y aventurado que sería continuar por aquel camino cortado entre peñascos, cuya altura los hace inexpugnables, y que sigue siempre por una cañada á la orilla del río, entre montañas que es imposible flanquear, y mucho menos con 110 hombres que componían toda la fuerza de mi columna, determiné continuar la marcha, dirigiéndome por el puente al pueblo de Bello, empezando á subir desde aquí hasta posesionarme de las alturas de la montaña, operación que nos costó un trabajo ímprobo, por la falta de senderos, estar cubierto el suelo de una espesa capa de hielo, y por ser el terreno tan escabroso y pendiente que era imposible sostenerse en él. Por fin llegamos á la altura de Pandecuerigo, punto en que, mientras la columna descansaba un momento, comuniqué al teniente de voluntarios don

José Alonso, que marchaba á vanguardia con 20 hombres, las instrucciones convenientes á fin de que reconociese y flanquease el terreno de nuestro paso, para mayor seguridad, en atención á que, aun cuando nos hallábamos en una altura, era dominada por otras muy próximas; no fiándome tampoco de las seguridades que me dió un pastor, que se acercó diciendo que no había peligro alguno.=Emprendí de nuevo la marcha, y al poco rato fuí sorprendido por dos descargas simultáneas, seguidas de un nutrido fuego de fusilería que por derecha é izquierda me hacían los carlistas, encontrándome con la vanguardia cortada, lo cual me privaba de uno de los dos oficiales que iban en la columna, de la fuerza que éste llevaba para flanquear y del único corneta que tenía. Instantáneamente adopté las disposiciones que me parecieron del caso, y utilizando la misma escabrosidad del terreno, sostuve con mi fuerza una hora entera el fuego contra un enemigo que, además de ser numeroso y de que aumentaba por momentos, ocupaba posiciones casi inexpugnables. Desesperada era mi situación, con un solo oficial de que disponer, sin corneta para poder comunicar á todos los movimientos que debieran ejecutar y con tan escasas fuerzas para la resistencia. Sólo me animaba la confianza de que el comandante Huertas habría recibido el oficio en que le avisaba el movimiento que emprendí, y que tal vez en aquel momento llegaría á auxiliarme. Me sostuve algún tiempo más, sin ceder un paso; pero perdida la esperanza de socorro y consumidas gran parte de las municiones, me decidí á hacer un esfuerzo supremo, y ordené al alférez D. Mariano Casado que desplegase por la derecha con 20 hombres, y al sargento 1.° Antonio Mansilla que con otros 20 fuese á ocupar una altura á mi izquierda, desplegando yo con el resto de la tropa por el centro, decidido á forzar el paso á todo trance.=Al emprender este movimiento, fuimos atacados por nuevas fuerzas por el frente y retaguardia, desconcertando mi plan y poniéndonos

en el mayor apuro. Entonces hice replegar la gente del alférez Casado y sargento Mansilla, volviendo á mi anterior posición, donde tuve que sostenerme, á pesar del fuego que por los cuatro costados hacían los enemigos. En momento tan apurado, y agotadas casi por completo las municiones, ordené al alférez Casado que con 24 hombres, y mientras yo con el resto de la fuerza me dirigía por la izquierda á apoyarme en el próximo pueblo de Collanzo, batiendo al mismo tiempo aquel flanco, sostuviera el fuego y se retirase á la carrera sobre mi camino, en cuanto observase que yo había rebasado lo bastante y podía protegerle á mi vez. Emprendí el movimiento; y cuando apenas me había separado 300 pasos, ví que un enjambre de carlistas se precipitaban sobre él, mientras otros muchos me acosaban sin cesar. Quise volver al sitio en que se encontraba el alférez, aunque pereciéramos todos, pero era ya imposible: éste y su tropa habían consumido el último cartucho y eran prisioneros de los facciosos.=En todo este tiempo, el oficial de voluntarios Sr. Alonso, que se había visto imposibilitado de reunirse á mí, no cesó de hacer fuego sobre el enemigo con los hombres que le acompañaban, desde el punto que se había posesionado con gran acierto y con un arrojo digno del mayor elogio; y al verme marchar hacia el pueblo, corrió á unírseme, apoderándose de una casa del mismo. Con la gente que me quedaba, ocupé las avenidas y el ayuntamiento, donde me hice fuerte. Allí se me intimó la rendición, que rechacé enérgicamente. Los adversarios rompieron de nuevo el fuego contra nosotros, y cuando medio desmoronado el edificio por los balazos, deshechas las ventanas y quemado el último cartucho de mi tropa, corría el enemigo á apoderarse de nosotros, nos lanzamos á la calle y á la bayoneta fuimos hacia él, siendo rechazados, refugiándose la tropa en las casas próximas y retirándome yo al ayuntamiento, con seis soldados tan solo.= El teniente Alonso y unos cuantos de los suyos, viendo que

era imposible hacer más esfuerzos, y considerando que por su carácter de voluntarios corrían el mayor peligro, se arrojaron al río, y con agua á la cintura, buscaron su salvación en la orilla opuesta.=En tal situación, sin medio alguno de defensa, acosado no sólo por los carlistas del monte sino por todos los hombres de Collanzo y de los pueblos cercanos, que se disponían á prender fuego á la casa que ocupábamos, me ví precisado á rendirme, sacrificando mi honra y mi larga carrera militar, y ofreciendo mi vida por la de mis subordinados. Después de desarmados y reunidos con el alférez Casado, fuimos presentados á los cabecillas Rosas, Amat y Santa Clara. Seguidamente se nos sometió á una especie de consejo de guerra verbal, en el que pedían que fuésemos fusilados los oficiales, prevaleciendo, sin embargo, la idea del cabecilla Amat de que quedásemos todos en libertad. Así nos lo comunicaron, haciéndonos desfilar inmediatamente por delante de los carlistas, cuyo número pasaba de 400, bien armados. Al anochecer, la fuerza rebelde salió casi toda á ocupar las avenidas del pueblo, y uno de sus jefes dispuso que nosotros fuésemos alojados en el mismo. No comprendí lo que significaba este movimiento, hasta que al amanecer del día siguiente recibí un oficio del comandante de mi regimiento D. Rafael Vázquez, en el que me decía que, de ser cierto que estábamos en libertad, nos incorporásemos á su fuerza en Cabañaquinta, llevando los heridos, si era posible transportarlos. Así lo verificamos á las doce del día 25, extenuados de hambre y de fatiga, encontrándonos allí con el oficial de voluntarios, 12 de éstos y cinco soldados que con sus armas habían podido salvarse de caer prisioneros. Sólo me consuela el que nuestras pérdidas personales han sido pequeñas, comparadas con las del enemigo; pues consisten en un voluntario muerto, cinco soldados y dos voluntarios heridos, y siete contusos, entre ellos el que suscribe. De los carlistas he contado yo mismo ocho muertos y 21 heridos.» A su llegada á la

capital, el capitán jefe de la columna quedó á disposición del fiscal de la sumaria que se mandó instruir sobre el hecho.

Separadas las facciones después de este triunfo, y envalentonadas con él, se presentó en Infiesto, el día 26, la mandada por Valdés, quien recogió allí lo que le convino y salió en dirección á los pueblos de la costa, retrocediendo en seguida hacia Labiana á reunirse nuevamente con Rosas, el cual penetró el 30 en Cangas de Onís con 300 hombres, después de haber vejado otras varias poblaciones.

A fin de contrarrestar el aumento de fuerza é importancia que adquirieron en este tiempo las filas carlistas, dispuso el Gobierno que fueran á Asturias, desde el distrito de Galicia, 150 soldados del regimiento infantería de Murcia, mandados por el comandante López Villanueva, que debía encaminarse desde luego á proteger el concejo de Tineo y los inmediatos, y autorizó al Capitán general del distrito, teniente general don Eulogio González, para que dispusiera de dos compañías de infantería de Castilla que estaban destacadas una en Burgos y otra en Galicia.

El Gobernador militar de Oviedo, brigadier D. José Muriel, contando ya con más fuerza, ordenó que la de Murcia, llegada el 2 de Febrero á Castropol, operase en la región occidental, por donde andaba un nuevo cabecilla apellidado Ayones, al frente de 50 sediciosos; y reuniendo las columnas de Valle, Vázquez y Ortega, tomó el mando de ellas y se encaminó á la zona meridional en contra de Rosas, Manolín y Santa Clara. El comandante Huertas debía perseguir á Valdés en el partido judicial de Infiesto.

Como resultado de estas disposiciones y de los activos movimientos que les siguieron, la gente de Rosas pasó el 6 á León, presentándose en Valdelugueros, Boñar y otros lugares, donde cometió exacciones; pero hostigada por tropas de este territorio, se internó de nuevo en el de que procedía. Para im-

pedir que tal excursión se repitiera, se redobló la vigilancia de los puertos, encargada á la guardia civil y á los voluntarios de La Pola de Gordón. A la partida Ayones, que estuvo también muy hostilizada y se corrió al partido de Belmonte, la avistó el día 10 en Morteras, un grupo de vecinos de Cangas de Tineo, que se puso voluntariamente á las órdenes del comandante retirado D. Santos Peláez, quien batió y disolvió á la facción, aprehendiendo al cabecilla, á su segundo y á seis individuos más; cogiendo caballos y armas; y resultando heridos por ambas partes. Este hecho mereció plácemes del Gobierno, por contrastar notablemente la conducta de los paisanos que lo llevaron á cabo con la de otros habitantes de la provincia.

Por aquellos días, el canónigo Milla organizó otra partida que en poco tiempo llegó á tener 130 hombres, con los que dificultaba las comunicaciones de Oviedo con el centro del distrito, en varias partes del cual había cundido la intranquilidad: primeramente en Palencia, al acercarse á la provincia 1.500 carlistas de Burgos, amagando interceptar la vía férrea de Santander, lo que felizmente no realizaron; después en León, al aparecer, en los montes de Coorcos, un grupo enemigo, que se corrió á los pocos días á Palencia y fué perseguido por un escuadrón de lanceros de España; y posteriormente, al presentarse en Higuera de las Dueñas (Avila) otra que, hostilizada por la guardia civil, se internó al poco tiempo en la provincia de Toledo.

La principal atención de las partidas, en estos días, se fijó en interceptar las líneas telegráficas y en impedir la incorporación de los soldados de la reserva, tratando de que se les reuniesen, sin descuidar por eso sus acostumbradas exigencias de recursos en los pueblos, y cogiendo en rehenes á los vecinos de más significación cuando no las realizaban. Como el Ministro de la Guerra juzgaba que existían en Asturias pocas fuerzas para evitar tales desmanes, ocupando la provincia de un modo

tal que los sediciosos quedaran relegados á lugares en que no pudiesen subsistir, ya que hacerlos desaparecer completamente era difícil, porque rehuían siempre los encuentros, dió orden de que fuesen allí 300 hombres del regimiento infantería de Asturias, procedentes de Zaragoza, de los cuales 140 llegaron á Pola de Lena el 18 de Febrero, y los demás sólo al puerto de Pajares, donde estuvieron algún tiempo, hasta que se les mandó acantonarse en León.

El Gobernador militar había estado recorriendo con su columna la región oriental, á fin de robustecer la autoridad de los alcaldes, dar confianza á los paisanos y dejar destacamentos en algunos pueblos; y con igual objeto pasó después á la occidental, mientras que las facciones, concentradas en número de 400 hombres, andaban ocultas en las asperezas de las sierras de los concejos de Labiana y Aller. Los soldados de Asturias que entraron en Pola de Lena, se acantonaron allí, esperando órdenes, y el 21 fueron atacados por la gente de Milla, Rosas y Santa Clara que, reunida, descendió de sus guaridas al indicado punto. En este desgraciado suceso supieron los carlistas aprovecharse de la superioridad del número, y aunque los soldados se defendieron largo rato, entraron aquéllos en el pueblo é hicieron prisioneros á 137, de cuyo armamento, vestuario y equipo se apoderaron, dejándolos en seguida en libertad. Para averiguar los hechos y exigir la debida responsabilidad á los oficiales del regimiento de Asturias, que con los soldados marcharon á Oviedo, se ordenó la formación de sumaria.

Después se corrió la facción al puerto de Pajares, interceptó los correos, quemando la correspondencia, inutilizó el telégrafo; y volviendo sobre sus pasos, continuó por Santibáñez de Murias, hacia el N., amenazando dar un golpe de mano á la capital, cuyo Gobernador militar accidental se aprestó á la defensa, disponiendo que se diesen fusiles á los 137 desarmados

en Lena; que acudieran allí los cuadros de las reservas de Cangas de Onís y de Cangas de Tineo, á fin de organizar con ellos y los obreros de las fábricas, cuatro compañías; y avisó al brigadier Muriel, el cual fué con su columna á la ciudad; pero los acontecimientos no hicieron necesario utilizar estos elementos, porque los carlistas no se aproximaron á la plaza.

En vista del escaso resultado que estaba dando la persecución de las facciones y del incremento y ascendiente que éstas tomaban, el Ministro de la Guerra volvió á ordenar, en 1.° de Marzo, el envío de tropas de Galicia á Asturias, destinando al efecto 500 hombres del regimiento de infantería de Murcia, con los cuales y las compañías de este cuerpo que había en la provincia de Oviedo, quedaría allí al completo un batallón del citado regimiento. Parte de aquéllos, después de reconcentrarse en Lugo, se encaminaron á Ribadeo, donde recibieron orden de forzar la marcha hacia Cangas de Tineo, población que entonces se creía amenazada por las facciones reunidas, y cuyos habitantes estaban grandemente alarmados por miedo á las represalias de la batida que habían dado á Ayones.

De regreso ya en la capital, según dijimos, el brigadier Muriel, y disponiendo de más fuerzas, se propuso dar mayor impulso á las operaciones, y organizó dos columnas de 400 hombres, una mandada por el coronel, comandante de carabineros D. José Martínez Cuéllar, y la otra por el comandante del regimiento de Murcia, D. José López Villanueva. Además situó en Oviedo una guarnición que pudiera hacer frente á las presumibles eventualidades, y estableció en puntos convenientes algunos destacamentos. Cuando esto quedó hecho, que fué el 3 de Marzo, el enemigo, que llegó á reunir más de 500 hombres, andaba dividido por Pola de Labiana, Pola de Lena y Proaza; y hacia estos sitios encaminaron combinadamente sus movimientos, desde Sama y desde la capital, López Villanueva y Martí-

nez Cuéllar, respectivamente. Noticiosos de ello los carlistas, se reconcentraron en dos grupos, el principal de los cuales, dirigido por Milla y Santa Clara, marchó á Tineo, quedando el otro con Rosas en las montañas inmediatas al puerto de Pajares, vigilando la carretera de Castilla. Martínez Cuéllar, al conocer el movimiento de Milla y Santa Clara, cambió de rumbo en seguida, y el día 5 realizó el hecho de armas que relató oficialmente el 8, desde Belmonte, del siguiente modo:

«Habiéndome asegurado en Salas, el 5, que de allí había salido el enemigo el día anterior hacia Tineo, proseguí en aquella dirección, llegando á descubrir el pueblo sobre las once y media de la mañana. Penetrado, por las noticias que me daban los paisanos, de que los carlistas se encontraba dentro de él, mandé que el capitán de Castilla D. Leopoldo Ortega cayese sobre la población con su compañía, que iba de vanguardia, por el camino viejo, y que el teniente de carabineros que mandaba accidentalmente una compañía del mismo cuerpo, D. Celedonio Rodríguez, avanzara por el nuevo, con idea de esperarlos y batirlos, puesto que ya venían á nuestro encuentro; continuando yo la marcha á la carrera con la fuerza de reserva, compuesta de infantería de Asturias, carabineros y movilizados, al mando de sus capitanes D. Salustiano Velázquez, D. Manuel Tena y D. Plácido Lesaca, rompiendo inmediatamente el fuego y entrando en la villa al paso de ataque, lo que ocasionó que el enemigo se pusiera en precipitada y vergonzosa fuga, no sin dejar en las calles y campos próximos ocho muertos; haciéndoles en la persecución 13 prisioneros, de ellos varios heridos, y cogiéndoles 14 fusiles Remigthon, 12 bayonetas, 12 carruajes, tres carteras, 539 cartuchos y 6 capotes, efectos pertenecientes á los soldados que la facción derrotada hizo prisioneros en Collanzo y Pola de Lena.....»

A 30 ascendió el número de heridos que tuvieron los con-

trarios, y entre ellos estaba Milla. En la columna no hubo bajas. Su llegada fué tan oportuna, que evitó una catástrofe, dado que los facciosos tenían ánimo de incendiar la población, en venganza del descalabro que sus vecinos hicieron sufrir á Ayones.

Algo repuesta la facción, se reunieron sus dispersos en el concejo de Teverga, y el día 9 fué avistada por la columna de López Villanueva en el collado de Selamices, donde los carlistas se parapetaron desde las primeras horas de la mañana, esperando á las tropas, las cuales los desalojaron de aquella posición y de las sucesivas que tomaron en las peñas de Aranzo y en los espesos bosques del monte Coberteiro. Cuatro horas duró el combate, y al cabo de ellas, los facciosos se retiraron, dejando en el campo 10 muertos, un prisionero, cuatro caballos y muchas municiones; costando á la columna siete heridos, dos de ellos oficiales, y dos contusos el alcanzar la victoria. El seguimiento no dió resultado, y López Villanueva se encaminó á Mieres á desembarazarse de los heridos.

Estas dos derrotas consecutivas causaron tal desaliento á los sediciosos, que muchos dispersos solicitaron la gracia de indulto, y les fué concedida por el Gobierno. Los vencidos se refugiaron en los montes del territorio de Aller.

El brigadier Otal, que había sido nombrado á principios de Marzo comandante general de Asturias, en substitución de Muriel, estuvo en León varios días, esperando una ocasión propicia para marchar á Oviedo; mas entretenidas las columnas en las activas operaciones que acabamos de indicar, no pudieron acercarse á la raya para servirle de escolta; y como el enemigo era dueño de puerto Pajares, recibió orden el nuevo Gobernador militar de marchar por la vía férrea á Santander, en unión de los 100 soldados de infantería de Asturias que había en León, y de embarcarse allí para Gijón. Así lo efectuó, llegando

el 13 á este punto, y continuando seguidamente á Oviedo.

Al internarse los carlistas en la cuenca del río Aller, se dispuso desde luego que la columna de Martínez Cuéllar, mandada á la sazón por el teniente coronel Cabeda, la de López Villanueva y otra á las órdenes del teniente coronel Redondo, organizada recientemente con los soldados de infantería de Murcia que llegaron últimamente á Asturias, encaminaran sus pasos hacia las guaridas de los enemigos, que en número de 500, por haberse incoporado Rosas á Milla y Santa Clara, las abandonaron, atravesaron el confín, y el 19 entraron en Riaño. Advertido el Gobernador militar de León que habían invadido su territorio, destacó al momento, para evitar que se internaran en él, los 170 guardias civiles que pudo reunir; pero los carlistas no tenían tal propósito, y pasaron á Palencia por Guardo. En esta provincia no existían más fuerzas que las escasas encargadas de la custodia de la vía férrea, que se reconcentraron en seguida; y el Ministro de la Guerra ordenó que las columnas de Oviedo persistieran en la persecución, cualquiera que fuese el camino tomado por Rosas, Milla y Santa Clara. Así fué que las de Cabeda y López Villanueva, que eran las más avanzadas, salvaron el puerto de Pajares y por Riaño y Guardo fueron en pos de la facción, la cual se corrió rápidamente al distrito de Burgos, para entrar el 29 en el de Vascongadas, por Valmaseda, á fin engrosar las huestes carlistas que combatían en Somorrostro.

Por tal correría se vió amenazada la circulación de trenes de la línea de Santander; y como el enemigo al intentar el día 14 volar un puente de la misma, había hecho ya patente su deseo de interrumpirla para dificultar las comunicaciones del centro de España con el Ejército del Norte, que se verificaban principalmente por ella y el puerto en que termina, el Ministro comunicó órdenes para que las columnas de Cabeda y López Villanueva se situaran en Aguilar de Campóo y Reinosa, y

para que el brigadier Otal entregase el mando de Asturias al coronel de artillería D. Pablo Fernández Ponte y fuese por el medio más rápido á encargarse de custodiar dicha vía férrea con aquellas fuerzas, las cuales no volvieron á tomar parte en las operaciones de Castilla la Vieja.

Evacuado el territorio de Asturias por Rosas, Milla y Santa Clara, la insurrección perdió casi toda su importancia; pues el único núcleo que tenía alguna era el de Valdés, compuesto de 70 hombres, que entraron en Mieres el 20 de Marzo; se encaminaron á Tineo, en donde no se decidieron á penetrar por la enérgica actitud del vecindario; retrocedieron al concejo de Labiana, perseguidos por la columna de 370 hombres de infantería de Murcia y de Castilla, del teniente coronel Redondo; y rendidos de fatiga, se guarecieron en las escabrosidades de los montes, acogiéndose algunos á indulto. Los reducidos grupos que existían en las regiones oriental y occidental arrostraban una penosa existencia para huir de las tropas.

Quedaban en Asturias á principios de Abril, á más de la columna Redondo: en la capital, 130 guardias civiles, el batallón reserva de Oviedo, en instrucción, 170 reclutas de infantería de Asturias y 100 voluntarios; guardando la fábrica de Trubia, una compañía de artillería; y en otros puntos, pequeños destacamentos. A los pocos días Redondo marchó con los soldados de Murcia á Gijón para embarcarse é ir á reforzar la brigada Otal, que estaba en Santander.

Los dispersos de la partida Valdés se reunieron en las cercanías de Pola de Labiana; y de Galicia pasaron á la zona occidental de Asturias dos facciones; una de 40 individuos, capitaneada por el cabecilla Cancio, y otra de 30 por Osorio. En contra de todos estos enemigos se destacaron desde luego dos pequeñas columnas de infantería de Asturias y voluntarios movilizados, mandadas por el teniente coronel Gamboa y por el capitán Provedo; no pudiendo salir más fuerza, por-

que la guardia civil tenía que quedar guarneciendo la capital, y el batallón reserva de Oviedo estaba muy atrasado en su instrucción. Como las tropas carecían entonces de recursos metálicos, las cajas del Estado no los podían facilitar, y hasta para atender á la precisa subsistencia del soldado había dificultades que vencer, las operaciones no pudieron ser muy activas en aquellos días. El Gobernador militar interino indicaba al Ministro y al Capitán general, la situación en que se veía, manifestando que las partidas se acrecentarían, que Faes se había unido á Valdés, y que era muy significativa la salida de aquel cabecilla al campo; y el Gobierno autorizó para disponer del dinero recaudado al apoyar la cobranza de contribuciones, y también para facilitar armas á los pueblos más afectos al régimen exitente. Cerca de Sama, el capitán Provedo alcanzó el 25 en las faldas de Peñamayor á la facción de Faes y Valdés, y la desalojó de las posiciones que había tomado, causándole varias bajas.

El nuevo Gobernador militar de Oviedo, brigadier Salcedo, viendo que había adelantado algo la instrucción de los reclutas del batallón reserva, organizó dos nuevas columnas de operaciones, una de dos y otra de tres compañías, mandadas por el capitán D. Federico Moliné y por el teniente coronel Don Senén Cavedo, respectivamente; marchando la primera hacia la región occidental en contra de la gente de Cancio y Osorio, que se diseminó al poco tiempo, y la segunda á perseguir á Faes y Valdés, en substitución de la de Provedo, que se ocupó en escoltar convoyes. Los incesantes movimientos de las tropas dieron margen á varios encuentros con la partida de los últimos: uno el 11 de Mayo en Cabañaquinta, en el cual se le hizo un muerto y cuatro heridos, á costa de tres de éstos en la columna; otro el 14 en Cármenes, provincia de León, adonde pasó huyendo la facción, y en el cual los voluntarios de La Pola de Gordón la desalojaron de aquel pueblo y la precisaron

á regresar al territorio de Oviedo. Contaban los dos jefes carlistas con 150 combatientes, y los distribuyeron entre Villoria y Lorio, con ánimo de atacar á un destacamento que guarnecía á Pola de Labiana; mas socorrido éste oportunamente, fueron rechazados los rebeldes hacia los montes próximos, en cuya espesura se guarecieron. Después pasó otra vez la partida á León, apareciendo el 23 en el partido de Riaño, sin duda para desorientar á sus perseguidores; pues volvió rápidamente sobre sus pasos, y forzando la marcha, cayó sobre Cangas de Onís y Rivadesella, pueblos en que cobró contribuciones, quemó el registro civil y requisó caballos. Hostilizada por Cavedo, tornó á León, y el 31 andaba entre Lillo y Riaño.

Las repetidas aunque momentáneas incursiones de los facciosos por el N de León, donde apenas había más fuerza que la de voluntarios de La Pola de Gordón, y la tendencia favorable al carlismo en aquélla zona, hicieron creer al Gobernador militar que la rebelión se extendería á su territorio, y así lo hizo presente á la superioridad, en 27 de Mayo, á la vez que pedía tropas. El Capitán general no tenía disponible más que el regimiento de lanceros de Santiago, y se había visto obligado, como atención preferente, á fraccionarlo en cinco columnas para que recorrieran las provincias de Avila, Valladolid y Palencia, en las que el reclutamiento y cobro de impuestos estaban muy descuidados y exigían el auxilio de fuerzas; pero el Ministro envió de Burgos una compañía y 30 caballos de la guardia civil, para que los utilizara como juzgase conveniente la autoridad militar de León. Con este refuerzo y los voluntarios, se organizaron cuatro columnas al mando del capitán D. Francisco León Sotelo, las cuales operaron en los términos de Busdongo, Maraña, Burón y Murias de Paredes, á fin de impedir las correrías de los carlistas de Asturias y mantener la autoridad de los alcaldes, amparándoles en sus funciones.

A causa, tal vez, de estas medidas, volvieron nuevamente Faes y Valdés á la provincia de Oviedo, y el día 4 de Junio vagaban con 150 infantes y 40 caballos por el concejo de Labiana. Contra ellos fué el comandante D. Vicente García, quien mandaba á la sazón la columna que había estado á las órdenes de Provedo, con 300 hombres entre soldados y voluntarios, la cual tuvo el 8 un tiroteo no lejos de Entralgo.

A los pocos días, y siendo ya Gobernador militar de la provincia el brigadier D. José Villanueva, los insurrectos, cuyo número aumentó algo, se encaminaron á Infiesto, entraron en la población, se apoderaron de los fondos que allí había, hicieron lo mismo en Cangas de Onis, Rivadesella, y el 19 marcharon á Llanes, perseguidos siempre por las tropas, las cuales dieron una batida general que obligó al fin á diseminarse, ocultándose unos en las sierras y pasando otros á León. Estos cortaron á su paso la línea telegráfica del puerto de Pajares y fueron derrotados en un encuentro por fuerzas de esta provincia. En tal situación y sin que se tuvieran noticias de los rebeldes, continuaron las cosas en Asturias durante unos días.

Desde fin de Abril existían en Palencia varios grupos de sediciosos, aumentados á últimos de Mayo con uno de 22 individuos capitaneado por D. Miguel García, que pasó al partido de Cervera procedente de León, y con otros dos, dependientes del cabecilla Camarero, de 30 caballos cada uno, que vagaban por las inmediaciones de Astudillo. Estos fueron batidos el día 3 de Junio, uno en el camino de Valbuena de Pisuerga á aquel punto, y otro en la dehesa de Matanzas, ambos por una sección de lanceros de Santiago y algunos guardias civiles, que les causaron bajas y les pusieron en precipitada fuga. Parte de los carlistas entraron en su huida en Cordovilla la Real; y habiendo intentado defenderse el vecindario, cogieron presos á varios vecinos, entre ellos al secretario del

juzgado municipal, á quien fusilaron inhumanamente. Reunidas en seguida las dos fracciones se internaron en el distrito de Burgos por Itero del Castillo. El cabecilla Salustiano Heredia merodeaba por el partido de Carrión de los Condes; Leopoldo Marcos y otro por el de Cervera de Pisuerga, y Miguel García se había corrido al de Saldaña. Ninguno de ellos llegó á contar con más de 30 combatientes; pero eran bastantes para sostener el desasosiego, dados los pocos soldados que había en la provincia. En vista de esto, el Capitán general del distrito envió de refuerzo tres secciones del regimiento de caballería de Santiago de las que estaban recorriendo el territorio de Valladolid, que se pusieron desde luego en movimiento, ahuyentando á los carlistas de la parte llana y estrechándoles hacia la montañosa, de donde únicamente salieron para buscar los indispensables recursos. Poco después, aquellas fuerzas fueron aumentadas todavía con 100 carabineros de infantería.

Camarero volvió á entrar en la provincia de Palencia el 2 de Julio, la cruzó rápidamente, sorprendió á un destacamento de 20 jinetes de Santiago que pernoctaba en Saldaña, y cogiéndoles prisioneros con caballos y armamentos, regresó al distrito de Burgos, siendo inútiles los esfuerzos que para cortarle la retirada hizo una columna que salió de Cervera.

Nombrado Capitán general del distrito el teniente general D. Agustín de Burgos, dió conocimiento desde la capital del mismo, en 4 de Julio, al Ministro de la Guerra del estado del país en los siguientes términos:

«Al encargarme del mando de este distrito, creo de mi deber dar á V. E. conocimiento, por el pronto y aunque sea sucintamente, del estado de las provincias del mismo desde el punto de vista del orden público y de la insurrección carlista, que son los conceptos que han llamado mi atención desde los primeros momentos, sin perjuicio de hacerlo más adelante, detalladamente, de su estado general y necesidades.=Los trastornos ocurri-

dos últimamente en Valbuena, provincia de Zamora, en Vitigudino, en la de Salamanca, y en Pedro Bernardo en la de Avila, y la insistencia con que las autoridades civiles y militares de las expresadas provincias reclaman fuerzas por temor de que se altere la tranquilidad en diferentes puntos de las mismas, me han hecho comprender desde luego que la cuestión de orden público deja mucho que desear, á consecuencia de los trabajos de los partidarios de D. Carlos y del cantonalismo, que se agitan en los actuales momentos, á fin de entorpecer y dificultar, sin duda, las operaciones de la nueva quinta, considerando las importantes ventajas que han de proporcionar al Gobierno los batallones mandados organizar.=Con tal motivo, no pudiendo desprenderme de las fuerzas que quedan en esta capital, reducidas á unos 100 carabineros y una compañía de la reserva de Cangas de Tineo, que apenas bastan para dar el servicio ordinario más indispensable, y no permitiendo, por otra parte, el estado de la insurrección carlista en las provincias de Oviedo, Palencia y León, que se saque de ellas ni un soldado, por las razones que expondré á V. E., considero de urgente necesidad el que, por lo menos, venga inmediatamente la guardia civil cuyo envío tiene V. E. anunciado, sin lo cual no es posible responder de la tranquilidad ni de que las operaciones de la quinta den el resultado que el Gobierno se promete y exigen las necesidades de la Patria.=Esto por lo que respecta á las provincias en que no hay insurrección armada. De aquéllas en que existe, Oviedo es la que reclama más imperiosamente aumento de fuerza, si la persecución de las facciones ha de ser todo lo activa y eficaz que se desea, para evitar que siga el incremento que han empezado á tomar las partidas en estos días, según habrá visto V. E. por los telegramas y comunicaciones que se le han dirigido.=El ingreso en la reserva de Oviedo de los soldados del regimiento de Asturias que hay en aquélla provincia, ha venido más bien á empeorar su situación, porque dicho batallón re-

unirá sobre 1.000 hombres; pero como hay en él gran falta de oficiales y clases de tropa, cuya incorporación se ha reclamado diferentes veces, y marchan á su regimiento los correspondientes al de Asturias, resultará que con una fuerza muy superior á la orgánica y con pocos oficiales y clases, habrá gran dificultad para organizar convenientemente las columnas. Estas se hallan hoy reducidas á cuatro, de las cuales dos tienen que estar constantemente sobre la carretera de Castilla para sostener las comunicaciones, y las otras dos, como comprenderá V. E., no bastan para una persecución en buenas condiciones, que haga esperar resultados decisivos ó de importancia, porque para ello sería preciso formar, por lo menos, otras dos y ocupar dos ó tres puntos que sirvieran de base á nuestras columnas y de depósitos de enfermos y municiones.=Por todas estas causas considero que será necesario reforzar, al menos con un batallón, las tropas de la citada provincia, retirando el destacamento del regimiento de Castilla, que por su escasa fuerza no puede prestar un servicio de entidad.=En la provincia de León existen hoy cuatro compañías de la reserva de Cangas de Tineo, menos 165 hombres que se han sacado para el Ejército del Norte; 110 guardias civiles; 38 caballos del mismo instituto; y una compañía de voluntarios movilizados, fuerzas que pueden bastar, por hoy, para impedir que aumenten las facciones que hay en ella; pero que será necesario aumentar también para exterminar á estas en plazo breve, y evitar las frecuentes incursiones de las partidas de Asturias que penetran en la misma con objeto de proveerse de recursos, lo que es difícil de conseguir por lo extensa que es la línea que sirve de límite á ambas provincias.=La de Palencia se encuentra en un caso análogo, por lo que respecta á su proximidad á la anterior y á la de Burgos, existiendo hoy en ella 100 carabineros, una sección de guardia civil de caballería y unos 90 caballos del regimiento de Santiago.=En la de Ávila hay una sección de Cangas de

Tineo y en Vitigudino (Salamanca), otra que estaba en *Zamora....»*

El aumento de tropas que se pedía en este escrito no pudo realizarse, y el Ministro se limitó á disponer que se organizaran en Palencia dos columnas con 50 carabineros y 25 ó 30 caballos de Santiago, cada una, para recorrer incesantemente el campo, y que en Oviedo el brigadier Villanueva dirigiese personalmente las operaciones de las fuerzas con que contaba, las cuales eran suficientes, á juicio de aquella superior autoridad, y tenían en esta época la distribución que sigue: columna de Pola de Labiana, 252 infantes; de Infiesto, 198; de Pola de Lena, 183 voluntarios; de Mieres, 206 soldados; en el norte y occidente dos compañías de 100 hombres cada una; y en la capital 80 hombres, además de los enfermos. Las de Pola de Lena y Mieres no debían desamparar la carretera de Castilla; las del norte y occidente tenían que proteger la recaudación; de modo que restaban sólamente las de Pola de Labiana é Infiesto para batir al enemigo.

La segunda puso en fuga el día 7 de Julio, cerca de Sobrescobio, á 100 hombre de Faes, causándoles un muerto, varios heridos y algunos prisioneros; y continuando, en combinación con la de Pola de Labiana, la persecución de los grupos en que se dividió la partida, los ahuyentó, obligándoles á ocultarse hasta el día 16 en que, concentrados, pasaron á la provincia de León. El gobernador militar de Oviedo salió al campo el 12, escoltado por unos cuantos reclutas, y reunido á la columna de Infiesto, recorrió su territorio durante unos días, insistiendo en manifestar la necesidad de que se le enviaran fuerzas.

En León estaban á principios de mes los cabecillas Soriano y Felipe Rodríguez, el primero de los cuales vagaba con 60 hombres por el partido de Murias de Paredes; y en Palencia había una treintena de facciosos dirigidos por el cabecilla Catalán. Los trabajadores de la línea férrea del noroeste, á los

cuales se trató de atraer á la causa carlista, se amotinaron el 11, y fué preciso destacar á Brañuelas y Ponferrada dos compañías de la reserva de Cangas de Tineo, á fin de calmarlos y evitar sus desmanes. Para apoyar los trabajos de propaganda, que por entonces aumentaron en León, pasó la partida Faes á Riaño; mas las prontas disposiciones del Gobernador militar, brigadier D. Joaquín de Souza, que destacó dos pequeñas columnas de infantería, con objeto de que con los voluntarios de La Pola de Gordón y una sección de caballería de la guardia civil evitaran el paso del cabecilla al interior de la provincia, dieron excelentes resultados; pues después de varios días en que los carlistas estuvieron huyendo de sus perseguidores, estrechados hacia el límite de Asturias, tuvieron que repasarlo. El grupo de Catalán, que de Palencia, donde había sido batido, iba por León á reunirse á los asturianos, fué dispersado por aquellos días, y la caballería, en uno de sus movimientos, aprehendió á este cabecilla y á otro que le acompañaba. Con esto y la prisión de la junta carlista de Astorga, significada por sus actos ilegales, fracasó el movimiento que estaba proyectado, y las partidas de Soriano y Felipe Rodríguez desaparecieron, quedando sólo algunos individuos errantes, que cayeron paulatinamente en poder de las autoridades. Sin embargo, las tropas que habían perseguido á Faes continuaron vigilando las avenidas de Oviedo; las compañías que habían ido á Brañuelas y á Ponferrada operaron en los partidos judiciales de Astorga, Murias de Paredes, Ponferrada y Villafranca del Vierzo, y 20 caballos de la guardia civil por los de Valencia de Don Juan y La Bañeza, para proteger la recaudación y las operaciones de la quinta.

El 23 de Julio era cuando Faes repasaba el puerto de Pajares, con un total de 240 hombres. Allí destruyó la línea telegráfica, se apoderó de la correspondencia, y separándose de la carretera para eludir el encuentro con las tropas que sabe-

mos estaban sobre ella, fué á parar á Mieres en la mañana del 28, pensando coger de improviso á la población; pero los voluntarios divisaron á los carlistas, tomaron posiciones, y al cabo de cuatro horas de sostenido fuego, rechazaron á la partida, que se retiró dejando en el campo un muerto y dos heridos, no sin que los defensores tuvieran ochos de éstos. Al abandonar los facciosos aquellos sitios, cayó sobre ellos la columna de Pola de Lena, mandada por el comandante D. Timoteo Sánchez, y tuvo lugar un encuentro que este jefe relató oficialmente el 29 del siguiente modo:

«Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que ayer, cerca de las nueve de la mañana, me dió parte el alcalde de Villayana que el cabecilla José María, segundo de la partida Faes, con ocho carlistas de á caballo, estaba en dicho pueblo levantando los rails del ferrocarril y destruyendo el telégrafo, manifestándome también que en los bosques que se hallan á la derecha del río, entre Villayana y Pola de Lena, estaban apostados los enemigos. Inmediatamente formé la columna, dejando en este último pueblo la guardia de prevención, compuesta de 30 hombres con un oficial, y salí hacía Villayana, ordenando al teniente D. Tomás Alfayate que, con 50 soldados, flanquease las alturas de la derecha del río, siguiendo yo por la carretera, y arreglando ambos nuestra marcha á fin de ir siempre á la misma altura y, en lo posible, á la vista, para protegernos en caso de necesidad.=Llegué con la columna á dicho punto, ví los destrozos que habían causado los carlistas, que eran dos rails levantados y los telégrafos del Gobierno y ferrocarril destruidos en una extensión de un kilómentro; adquirí noticias de que hacía media hora que habían marchado por la carretera de Mieres; y en vista de ello seguí la misma dirección, siempre á la altura del flanqueo.=En el pueblo de Sarriella me digeron que los facciosos se estaban batiendo en Mieres con los voluntarios

movilizados. Entonces mandé replegar los flanqueadores á la columna para seguir más deprisa por la carretera, y continuamos al paso largo. Después de rebasar el pueblo de Ujo, la vanguardia avistó á unos carlistas que subían por la derecha del río á tomar la montaña que está inmediata Figaredo y rompió el fuego sobre ellos; pero avanzando hacía el puente de Santullano, observé que el mayor número de contrarios estaban parapetados entre el palacio y la ermita del lugar de Villarejo, que se halla en una altura que domina el expresado puente.=Comprendí en seguida la ventajosa posición que ocupaba el enemigo y que era necesario un movimiento rápido para envolverlo. Con este objeto ordené al capitán de la compañía de Castilla, D. Leopoldo Ortega, que con la suya vadease inmediatamente el río por frente á Figaredo, dominase la altura de Villarejo, y después, descendiendo hacia dicha posición, con su compañía desplegada en guerrilla, reconociese los bosques y gargantas que hay en aquellos sitios hasta llegar al expresado palacio. Mientras realizaba el capitán de Castilla el anterior movimiento, el de la compañía de Asturias D. Antonio Leardi con los 50 hombres de la vanguardia, cuyo mando tomó por haber sido herido el teniente D. Tomás Alfayate, se acercaba al puente de Santullano; y no bien observé que la compañía de Castilla se hallaba en lo más elevado del bosque y se preparaba á descender, hice que la vanguardia pasase el puente á la carrera y que subiere á la posición de Villarejo, á consecuencia de lo cual los carlistas se retiraron hacia el bosque y se encontraron con los soldados de Castilla, que les causaron tres muertos, consiguendo huir hacia el concejo de Aller por lo conocedores que son del terreno. La facción debe tener muchos heridos, hechos por la vanguardía en la primera hora.=Hice bajar al pueblo de Santullano dos de los muertos que, según se decía, eran el cabecilla Faes y su segundo José María (el Vizcaino); y efectivamente

allí lo confirmaron algunos vecinos que los conocían. Por nuestra parte tuvimos el cabo 2.° de Asturias Ramon Burriel, muerto y el teniente de la reserva de Oviedo D. Tomás Alvarez Alfayate, herido.....» El oficio terminaba con elogios para los oficiales y soldados que habían tomado parte en el encuentro. El Gobernador militar, tuvo conocimiento oportuno del ataque de Mieres, y ordenó que las tropas más próximas socorrieran la población; mas batidos los carlistas por el comandante Sánchez, regresaron aquellas á los puntos cuya custodia tenían encomendada.

Al cabecilla Faes, que durante tanto tiempo fué el principal sostenedor de la lucha en Asturias, le subtituyó Valdés, quien nombró como su segundo á Gregorio, hermano del José Maria, muerto en el último encuentro. El nuevo jefe carlista no llegó á reunir casi nunca un núcleo de importancia, pero en cambio el número de grupos aumentó en la provincia. Uno de ellos, capitaneado por Trapelo, que apareció en la región occidental, y que tan pronto estaba en Galicia como en Asturias, fué batido el día 4 de Agosto, cerca de Grandas de Salime, por la guardia civil de Lugo. Otro, á las órdenes de un tal Menéndez, se lanzó al campo en el ayuntamiento de Cabrales, donde exigió fondos; y hostilizado por los paisanos, se guareció en los montes que rodean á Onís. Los trabajadores del ferrocarril, á quienes la empresa constructora debía bastantes jornales, fueron, por entonces, los que aumentaron el número de grupos dedicados al merodeo.

Varios encuentros ocurrieron además en el mes de Agosto. Uno, el 6, en Pelúgano, entre los que se refugiaron en la cuenca del río Aller y la columna de Pola de Labiana, que fué en su busca y causó, á costa de un muerto, dos de éstos y tres heridos al enemigo, el cual pasó á León, destrozando el télegrafo en Pajares, se diseminó por la zona norte de esta provincia, entró en algunos pueblos, en los que cometió excesos, y retrocedió á

la de Oviedo, siendo otra vez batido en Puente de Arco por la misma tropa. Otro tuvo lugar el 16 entre las fuerzas de Pola de Lena, mandadas por el comandante Sánchez, y parte de la facción Valdés, á las órdenes del cabecilla Gregorio que, huyendo hacia Pajares, fué alcanzado no lejos de este sitio, y perdió cuatro muertos, varios heridos, dos prisioneros y cinco caballos. Y por último, el 26, el capitán D. Antonio Lardy dispersó en la zona occidental á la partida Trapelo, haciéndole dos heridos.

Vemos, pues, que los núcleos más importantes fueron avistados y batidos. No así los pequeños, que tenían más facilidades para dividirse y ocultarse después de haber ejecutado alguna tropelía. En tal caso estaban: en la provincia de Oviedo, un total de 60 individuos que, en grupos de ocho ó diez, recorrían la región oriental, y otros tantos que andaban por el confín con Galicia; en la de León, un número de hombres muy aproximado á aquél, que separados igualmente, vagaban unos por Riello y otros por el partido de Riaño; y en el territorio de Palencia, 30 caballos del cabecilla Cantero que, tan pronto unidos como fraccionados, hacían incesantes correrías, en una de las cuales quemaron la estación de Quintanilla, siendo al fin alcanzados, á fines de Agosto, en Villamayor (León), por un destacamento de caballería que les ocasionó seis muertos y 20 prisioneros.

En vista de las frecuentes peticiones de fuerzas que recibía, el Ministro de la Guerra había enviado al distrito, á principios de Agosto, al batallón reserva de Lucena, que el general Burgos distribuyó entre Valladolid y las provincias de Avila, Salamanca y Zamora, cuyas autoridades reclamaban constantemente algunos soldados para poder calmar las alteraciones de orden público á que daban lugar las operaciones de reclutamiento y las del pago de contribuciones. Al llegar á Valladolid las compañías de Lucena salió de esta capital una de la

reserva de Cangas de Tineo para ir á reforzar las tropas que ocupaban la zona norte de la provincia de León. El Ministro había anunciado también que iría á Oviedo el 10.° tercio de la guardia civil, pero esto no se verificó hasta mediados de Septiembre.

Un nuevo esfuerzo para fomentar la rebelión hicieron los carlista en Asturias. Al terminar Agosto varios cabecillas, entre ellos González Arias (El Gordito), que tenía el título de comandante general del Principado, se presentaron en el término de Aller, donde celebraron una junta, acordando la concentración de todos los sediciosos para reorganizarlos. Trescientos próximamente acudieron al primer llamamiento y otros tantos poco después. Con los primeros, en los que estaba la gente más avezada á las fatigas, y mientras los segundos recibían instrucción militar, realizaron El Gordito y Valdés una excursión, apareciendo el 1.° de Septiembre en Riaño (León), donde se apropiaron de los fondos recaudados por redenciones de mozos y de una fuerte suma á título de contribución, y cogieron prisioneros al alcalde y mayores contribuyentes, volviendo en seguida sobre sus pasos y penetrando otra vez en Asturias, con el propósito, según se decía, de dar un golpe de mano á la fábrica de Trubia, en la que sólo existía un pequeño destacamento. Aquel rumor alarmó á la autoridad militar, que como no podía disponer inmediatamente de las columnas, por estar ocupadas en auxiliar las operaciones de la quinta, y consideraba, además, que esta era una operación muy importante, telegrafió pidiendo con urgencia refuerzos, y por el pronto y aun á riesgo de dejar la capital casi desguarnecida, aumentó el número de soldados que había en dicho establecimiento. El Capitán general, por su parte, envió dos compañías de la reserva de Lucena, además del 10.° tercio de la guardia civil, que había llegado ya. Sin duda por esto, la facción no continuó su correría y se refugió en los montes del

concejo de Aller, que con sus asperezas y barrancos la amparaban contra las batidas de los perseguidores.

Con los expresados refuerzos, el Gobernador militar de Oviedo se propuso dar un vigoroso impulso á las operaciones; y al efecto, dispuso que una de las dos compañías de la reserva de Lucena formase parte de la columna del comandante Sánchez, en reemplazo de otra de infantería de Castilla, que se debía encaminar á Burgos; que la otra compañía de Lucena se incorporara á los voluntarios de Mieres; y con los 400 guardias del 10.° tercio y la columna de Pola de Labiana, organizó tres nuevas: la primera, bajo la dirección del comandante D. Eduardo Serrano, con una compañía de la reserva de Oviedo, y otra de guardia civil; la segunda, mandada por el de igual categoría D. Ramón Suárez Puga, con análoga composición; y la tercera, á las órdenes del teniente coronel D. Andrés Parreño y García, con el resto de la guardia civil. Las demás, de las cuales la más numerosa era la de Infiesto, continuaron como antes.

Empezados los movimientos, esta última alcanzó, el día 15, en Cangas de Onís, á una partida que había cometido vejámenes en Villaviciosa y se disponía á cometerlos en aquella población, y la dispersó cogiéndole algunos prisioneros. A los pocos días, los vecinos del ayuntamiento de Cabrales, la volvieron á batir, haciéndole varias bajas. Un destacamento acantonado en Sama de Langreo sostuvo fuego el 19 con un grupo de insurrectos, posesionados de unas alturas inmediatas al pueblo, y los desalojó de ellas, obligándoles á huir con pérdidas, á costa de dos soldados que quedaron heridos. Las columnas Serrano, Suárez Puga y Parreño se encaminaron al concejo de Aller; mas no esperaron en él los 500 á 600 carlistas allí guarecidos, sino que se dividieron en dos fracciones, que tomaron distintos rumbos, siendo la mayor de ellas avistada el 20, en las cercanías de Felechés, por el des-

tacamento de Sama de Langreo, que se movió en combinación con las tropas de Serrano y Parreño, y la tiroteó, obligándola á huir en grupos, uno de los cuales, cuyo jefe era el titulado comandante general, marchó hacia el S., y al verse muy acosado, pasó á la provincia de León, no sin dejar algunos prisioneros en poder de sus perseguidores. Mientras tanto, la otra fracción atravesó el partido de Cangas de Onís, entró en el ayuntamiento de Cabrales, después en la villa de Llanes, destrozó allí el telégrafo y pasó á Rivadesella, apoderándose en los pueblos del tránsito de lo que le convino. La columna de Infiesto, que la fué persiguiendo, no consiguió batirla, pero sí que se diseminara y que se ocultaran la mayoría de sus individuos.

En la provincia de Palencia, la cual continuaba vigilada por dos columnas móviles y algún destacamento sobre la vía férrea y se había visto libre de carlistas durante el mes de Agosto, aparecieron, el día 11 de Septiembre, en Cervera de Pisuerga, 40 hombres, con los cabecillas Calvo y Salvador, quienes perseguidos por una de aquellas, mandada por el comandante D. Miguel Asín, fueron avistados, el 14, en los montes de Velilla, entre Alar y Mave, y desalojados de sus posiciones, después de una acción en que los carlistas tuvieron 10 muertos, tres prisioneros, un herido, y dos de éstos y otros tantos contusos la tropa, que se apoderó de 17 caballos, equipos y armas. Con tal golpe, desapareció dicha facción, y puede decirse que no volvió á haber más sediciosos en el territorio de Palencia.

Los de El Gordito, al entrar en el de León, estropearon, como de costumbre, el telégrafo, y quemaron la correspondencia; pero el 26, el destacamento de Sama de Langreo, que no abandonó su pista, les alcanzó en las cercanías de Cofiñal, y les dispersó, al cabo de tres horas de combate, ocasionándoles un muerto y tres heridos, y persiguiéndoles, les cogió un pri-

sionero, los rehenes que llevaban, caballos y bagajes. En los soldados hubo un muerto y dos heridos. De la capital acudió fuerza á los puertos de Asturias, y tuvo algunos encuentros insignificantes con los dispersos.

Al verse activamente hostilizadas, las facciones apelaron al sistema de diseminarse. Se creía, sin embargo, que ni aun así podrían subsistir y tornarían á sus guaridas de Aller, por lo cual una de las columnas ocupó estos sitios; y como los desmanes en la carretera de Castilla y vía férrea continuaban, se recomendó á las de Pola de Lena y Mieres, que redoblaran la vigilancia. Las demás, moviéndose incesantemente, aprehendieron bastantes fugitivos.

A principios de Octubre, y siendo Capitán general del distrito D. José de la Gándara, fué cuando tomaron más incremento los anuncios que circulaban hacía tiempo de una proyectada expedición de los carlistas del Norte á la región asturiana, expedición que debía mandar el cabecilla Mogrovejo. En el capítulo VIII del 5.° tomo de esta Narración se indicaron ya las medidas adoptadas en el distrito de Burgos para impedirla; mas como el objetivo principal de los carlistas era apoderarse y destruir la fábrica de armas de Oviedo y la fundición de Trubia, por lo que pudiera suceder, aquélla fué fortificada, y á ésta, cuya situación topográfica no se prestaba á la ejecución de obras defensivas, se la guarneció convenientemente, aumentando las fuerzas con que contaba. Además el general Gándara envió á Asturias cuatro compañías del batallón reserva de Lucena, sacándolas de Zamora y Salamanca, las cuales entraron desde luego en operaciones.

La expedición de que tratamos no se llevó á cabo. Por el contrario, á partir de esta época la existencia de los facciosos se hizo más precaria; pues seguían diseminados y aunque de vez en cuando entraban en los pueblos, la mayor parte del tiempo lo pasaban ocultos ó huyendo de sus perseguidores. Los que

fueron á León con El Gordito, apenas dieron señales de vida: refugiados en las sierras de los partidos de La Vecilla y Riaño, sólo se atrevieron á cortar alguna que otra vez la línea telegráfica de los puertos y á interceptar la correspondencia. De los cabecillas de Oviedo, los más audaces eran Próspero Tuñón y Valdés, que andaban por la región oriental, éste con una partida de caballería y aquél con una de infantería. En las dos provincias tuvieron algunos encuentros sin consecuencias, no sólo las columnas, sino también los habitantes de los pueblos al oponer resistencia á la entrada de los carlistas. Lo que más patentizaba el estado de decadencia de la insurrección era que muchos dispersos, cansados de la vida de campaña, se restituían á sus hogares.

Poco después la facción de El Gordito volvió á entrar en Oviedo, siendo alcanzada por la columna del comandante Sánchez, los días 1 y 8 de Noviembre, cerca de Campomanes y de Puente de los Fierros, respectivamente, sufriendo algunas bajas en el primer encuentro y bastantes en el segundo, por lo cual se diseminó en grupos. Algunos de ellos atravesaron los territorios de León y Palencia, sin duda para buscar refugio entre los carlistas del Norte; otros se convirtieron en partidas de latrofacciosos, una de las cuales, de 12 hombres, cayó toda prisionera en Taranilla (León), después de tener tres muertos y tres heridos; y el titulado comandante general, al cabo de vanos intentos para concentrar á sus secuaces, abandonó definitivamente el país.

Cuando estos acontecimientos demostraban el pronto término de la lucha, unos 90 hombres se alzaron en armas, el día 14 de dicho mes, cerca de Alba de Tormes (Salamanca). En seguida que el Capitán general tuvo conocimiento de ello, mandó organizar tres pequeñas columnas en aquella provincia y dos en la de Avila, á la que se dirigieron los sediciosos, los cuales al verse sériamente hostilizados por las tro-

pas se diseminaron para regresar á sus casas, cayendo varios prisioneros.

Las incesantes batidas en el territorio asturiano, aunque de fructíferos resultados para la causa del orden, porque hacían disminuir sensiblemente el número de insurrectos, apenas originaron choques, pues á fines del año 1874 sólo ocurrieron tres insignificantes: el 11 de Noviembre, en el ayuntamiento de Aller; el 7 de Diciembre, en los montes de Priego (zona oriental); y el 15 del mismo mes no lejos de Gijón, sufriendo en todas pérdidas los carlistas.

***

Al comenzar el año de 1875 existían únicamente tres grupos enemigos: uno en León, por Riaño, y dos en Asturias, por el concejo de Aller. Los dos últimos fueron batidos con bajas el 14 de Enero, en los campos de Pelúgano uno, y el otro, el 25, en las inmediaciones de Casonera. A consecuencia de esto terminó la insurrección en el distrito; pues sólo quedaron en él algunas cuadrillas de latrofacciosos, que fueron exterminadas en breve, como sucedió en Oviedo á la de Freijo, cuyo jefe fué muerto el 22 de Febrero, y á otra de 11 individuos que fueron capturados con armas el 30 de Abril en el campo de Caso; y en Palencia, á la de Benedicto, alcanzada el 3 de Marzo por la guardia civil, que le causó varios muertos y la avistó nuevamente el 22, dando muerte esta vez al cabecilla.

La mayor parte de las tropas se reconcentró en las capitales, quedando sólo en el campo algunos destacamentos convenientemente situados para recorrer el país y dar confianza á los habitantes de las zonas que habían sido más castigadas por el enemigo. Sin embargo, á mediados de Agosto tuvieron que emplearse en la persecución de unos cuantos individuos que,

siguiendo á Trapelo y Osorio por los confines de Leon y Oviedo con Galicia, trataron de turbar el orden, los cuales, batidos á los pocos días, abandonaron el territorio, desapareciendo con ellos la bandera que desde 1869 había mantenido enhiesta el partido de D. Carlos, con más ó menos vigor, en Castilla la Vieja.

CAPITULO IX

—

SUMARIO.—Distrito de Galicia.—Años de 1869 á 1871.—Conspiración carlista.—Pequeñas columnas recorren el territorio.—Motines.—Año 1872.—Temores de trastornos.—Destacamentos establecidos.—Facciones en Orense.—Provincias de La Coruña, Pontevedra y Lugo.—Año 1873.—Proyectos de alzamiento.—Provincia de Lugo.—Partidas y columnas; sus movimientos y encuentros.—Nuevo levantamiento en el mes de Abril.—Grupos de Sasvedra, Ostendi y Osorio.—Son batidos por las tropas.—Provincia de Orense.—Medidas preventivas.—Facción de Sabariegos.—Choques.—Se amotinan 3.000 hombres instigados por los partidarios del Pretendiente.—Acción del monte de Sordos.—Año 1874.—Partidas carlistas y latrofacciosas.—Batidas y encuentros.—Alzamiento en el mes de Julio.—Nuevas facciones.—Situación de las tropas.—Partida de Mergeliza.—Acción del monte Guzpelleira.—Pequeños encuentros.—Marcha de los batallones provinciales.—Se acrecientan las partidas.—Nueva distribución de destacamentos.—Movimientos y desmanes de las facciones.—Ventajas obtenidas por las tropas.—Año 1875.—Cuadrillas de latrofacciosos.—Fin de la insurrección.

Al mediar el año 1869 se empezó á notar en el distrito de Galicia la agitación del partido carlista para provocar un alzamiento en aquellas provincias. Súpose confidencialmente qne el titulado brigadier Muñiz, nombrado por D. Carlos jefe militar de dicha comarca, había salido de París con instrucciones para D. Ramón Posada y Villespul, que se titulaba comisario regio, y se adquirió el convencimiento de que trabajaban en favor de la causa varias personas, contra algunas de las cuales se adoptaron desde luego medidas gubernativas, quedando otras sujetas á la acción de los tribunales.

Conociendo que los carlistas habían elegido los pueblos de Rivadeo y Mondoñedo para inaugurar la campaña, porque en ellos esperaban hallar protección y dinero, el Capitán general concentró en 22 de Julio, en dichos puntos, alguna fuerza de carabineros, disponiendo que recorriese las inmediaciones, se cerciorase del estado del país y cayera rápidamente sobre los que pretendiesen alterar el orden. Además, como era de

temer un desembarco de armas, se mandó redoblar la vigilancia á los carabineros de la costa.

La efervescencia se hizo patente sobre todo en Mondoñedo, donde los partidarios de D. Carlos se manifestaban muy animosos, y hacían activa propaganda, extendiéndola á bastante distancia; y la superior autoridad militar del distrito ordenó el 28 que cuatro compañías del primer batallón del regimiento de infantería de Guadalajara, que guarnecían la plaza de El Ferrol, marchasen á Lugo, por ser esta ciudad un punto céntrico desde el cual se podía acudir fácilmente á cualquier otro del distrito, y que se armaran en ella 100 voluntarios con fusiles de la disuelta guardia rural.

Pocos días después, el 10 de Agosto, salió de La Coruña una columna, compuesta del batallón cazadores de Santander y una sección del escuadrón de Galicia, á las órdenes del primer jefe de aquél, teniente coronel D. Cándido Carretero, con objeto de recorrer varios pueblos, para calmar en éllos los ánimos, arrebatados por las predicaciones de alguna parte del clero y la presencia en la raya portuguesa del titulado brigadier Muñiz y de otros cabecillas que se disponían, al parecer, á entrar en campaña.

Tales medidas, y la gran vigilancia ejercida en la frontera, dió por resultado que el día 19 se retiraran á Braga los jefes carlistas, y que no se llevara á cabo el levantamiento.

Por entonces la estancia en Santiago del canónigo y diputado carlista Sr. Manterola, originó allí una manifestación de su partido, seguida de otra que hicieron los liberales en contra, y de los trastornos consiguientes á tales sucesos, lo que obligó á Carretero á ir á dicha población para reprimir el motín.

Cuando cesaron las noticias alarmantes, en el mes de Septiembre, se retiraron los destacamentos á las capitales, y hasta Febrero del año siguiente quedó el distrito en calma. Pero en esta época reanudaron sus tentativas los carlistas, obede-

ciendo órdenes de los emigrados de Portugal, y de nuevo salieron algunas columnas, formadas con fuerza del regimiento infantería de Córdoba, para recorrer las cercanías de Santiago, los pueblos inmediatos á Lugo, y parte de la provincia de Orense. Aunque no prosperaron tampoco los proyectos de los rebeldes, hubo varios motines y algaradas. El principal ocurrió en Santiago, á causa de la inauguración de un casino carlista, en la noche del 24 de Abril, y recrudecido en las dos siguientes, terminó por una colisión entre los paisanos amotinados y una compañía de carabineros, en la cual resultaron heridos de ambas partes, y fueron aprehendidos muchos de aquéllos, que quedaron sujetos á la acción de los tribunales.

Con temores más ó menos acentuados transcurrió el resto del año 1870, y en este tiempo los gobernadores civiles de las provincias de Lugo, Orense y Pontevedra, de acuerdo con las autoridades militares, y cumpliendo órdenes del Ministro de la Gobernación, reconcentraban la guardia civil, y los carabineros de sus provincias, cuando lo exigían las circunstancias; pues los adversarios no dejaban de trabajar en favor de su causa, especialmente los que estaban en Portugal.

En 1871 el carlismo no dió señales de vida, y los motines que hubo en el distrito no fueron promovidos por los partidarios del Pretendiente.

***

Al empezar el mes de Abril del año 1872, redoblaron su actividad los absolutistas para preparar un levantamiento de importancia, por lo que el Capitán general del distrito, Don José Sánchez Bregua, recomendó á los gobernadores y comandantes militares la mayor vigilancia, reforzó las guarniciones de Lugo, Santiago y Orense, distribuyó repuestos de municiones, é hizo salir de La Coruña una columna móvil,

compuesta de una compañía del regimiento de Murcia y una sección del escuadrón cazadores de Galicia, para que recorriera los términos de Arzúa y Mellid, donde la causa rebelde tenía muchos secuaces, como había sucedido también en la anterior guerra civil. Posteriormente, confidencias y noticias, recibidas por diferentes conductos, patentizaron á dicha autoridad la continuación de aquellos manejos, y juzgó conveniente dar más amplitud á las medidas previsoras, fraccionando las fuerzas con que contaba, de modo que pudiesen oponerse á cualquier intentona de los carlistas, sin desatender, por supuesto, las plazas de La Coruña, El Ferrol, Vigo y Orense, en donde el partido republicano era numeroso y podía en caso dado complicar el estado de las cosas.

Los siguientes cuadros indican la distribución dada á las tropas, y el fin á que debía atender cada destacamento:

PROVINCIA DE ORENSE

FUERZA					Total	SITUACIÓN	OBJETO
Infantería....	*Artillería....*	*Caballería....*	*Guardia civil.*	*Carabineros..*			
50	»	»	»	»	50	Valdeorras.....	Vigilar el valle del mismo nombre y el límite de la provincia con la de León, por la parte del Vierzo.
»	»	»	»	58	58	La Gudiña.....	Idem parte de la frontera de Portugal, y el límite con la provincia de Zamora, y servir de puesto avanzado sobre el puerto de las Portillas.
50	»	»	»	»	50	Viana.....	Entre la de Valdeorras y la de La Gudiña, á mitad de distancia próximamente, para vigilar las estribaciones de la sierra Cabrera la Alta.
»	»	»	54	»	54	Puebla de Trives...	En el enlace de dos caminos principales que unen á esta provincia con las de León y Zamora, recorrer el partido judicial del mismo nombre y servir de reserva de las columnas de Valdeorras, La Gudiña y Viana, que se hallan más avanzadas hacia Castilla.
»	»	»	»	68	68	Verín.....	Vigilar parte de la frontera de Portugal, y recorrer el partido judicial hasta la sierra de Larouco, en combinación con la columna de La Gudiña.
»	»	»	54	»	54	Ginzo de Limia....	Recorrer todo el valle de La Limia.
»	«	»	»	50	50	Bande.....	Idem el partido judicial, ejerciendo una exquisita vigilancia sobre la frontera, desde la sierra de Larouco hasta la de Castro Laboreyro, ambas del vecino reino.
»	»	»	»	50	50	Gomesende.....	Vigilar la frontera entre la sierra de Castro Laboreyro y la entrada del río Miño en Portugal.

FUERZA					Total	SITUACIÓN	OBJETO
Infantería....	*Artillería....*	*Caballería....*	*Guardia civil.*	*Carabineros..*			
50	»	»	»	»	50	Ribadavia.....	Vigilar la comarca de que es centro.
»	»	»	»	70	70	Celanova.....	A retaguardia de las columnas de Bande, Gomesende y Ribadavia, recorrer el partido judicial.
80	»	»	»	»	80	Orense.....	Tener dos columnas organizadas y dispuestas á salir á los puntos en que se necesitase su presencia.
80	»	»	»	»	80		
293	»	»	18	»	311	Orense.....	Prestar el servicio de guarnición.
						PROVINCIA DE LUGO	
»	»	»	»	30	30	Ferreira.....	Recorrer el valle de Oro en el que abundaba el elemento carlista.
»	»	»	20	20	40	Meira.....	Idem el valle de Burón y vigilar al propio tiempo el río Eo, límite de esta provincia con Asturias.
80	»	»	»	»	80	Fonsagrada.....	Formar dos columnas de 40 hombres cada una para recorrer el partido judicial y vigilar las estribaciones de la sierra de los Aucares, que separa esta provincia de la de León.
60	»	»	»	»	60	Nogales.....	Servir de puesto avanzado sobre el puerto de Piedrafita, que comunica con el Vierzo en la carretera general, y estar pronta á entrar en la provincia de León si fuese preciso.
55	»	»	15	»	70	Sarria.....	Recorrer los partidos judiciales de Sarria y Chantada en el centro de la provincia.
»	»	»	25	»	25	Monforte.....	Idem el de este nombre.
»	»	»	»	26	26	Rivadeo.....	Vigilar la costa y la desembocadura del río Eo.
»	»	»	»	25	25	Vivero.....	Idem la costa.
»	»	»	20	»	20	Guitiriz.....	En un punto intermedio de la carretera entre Lugo y Betanzos, vigilarla en combinación con la fuerza de guardia civil estacionada en estas dos ciudades.
»	»	»	7	82	89	Mondoñedo.....	Prestar el servicio de guarnición.
80	»	»	»	»	80	Lugo.....	Tener dos columnas organizadas y dispuestas á salir á operaciones.
80	»	»	»	»	80		

PROVINCIA DE PONTEVEDRA

»	»	»	»	118	118	En el Miño.....	Vigilar con dos columnas de 50 hombres cada una todo el curso del río Miño, que separa la provincia de Pontevedra y Portugal, y guardar con 18 hombres las barcas de La Guardia y Tuy.
50	»	»	»	»	50	Puenteáreas.....	En situación central á retaguardia de las dos columnas anteriores, estar pronta á acudir al punto del río donde fuera necesario.
79	»	»	»	102	181	Vigo.....	Prestar el servicio de guarnición.
»	»	»	40	»	40	La Cañiza.....	Estar en situación ventajosa en los límites de las provincias de Pontevedra y Orense y reino de Portugal, para acudir instantáneamente á cualquier punto.
»	»	»	30	»	30	Lalín.....	Recorrer el territorio conocido por La Estrada hacia los confines de las provincias de la Coruña, Pontevedra y Orense, pudiendo correrse adonde fuera preciso.
50	»	»	»	»	50	Forcarey.....	Vigilar la sierra de Abión que separa las provincias de Orense y Pontevedra, y asegurar la carretera que las une.
»	»	»	»	80	80	Pontevedra...	Estar disponible para salir adonde pudiera hacer falta.
74	»	»	58	»	132	Idem.....	Prestar el servicio de guarnición.

PROVINCIA DE LA CORUÑA

50	»	»	16	74	140	Santiago.....	Prestar el servicio de guarnición.
69	»	20	»	»	89	Arzúa.....	Recorrer los ayuntamientos del partido judicial del mismo nombre.
»	»	»	25	»	25	Mellid.....	Obrar en combinación con la anterior.
»	»	»	15	25	40	Betanzos.....	Vigilar desde Betanzos á Monte Salgueiro y Puentedeume.
»	»	»	15	»	15	Ordenes.....	Idem la carretera entre Santiago y La Coruña.
»	»	»	25	»	25	Puentedeume.....	Idem desde El Ferrol hasta Puentedeume.
160	200	»	»	20	380	El Ferrol.....	Prestar el servicio de guarnición.
»	100	»	»	50	150	Coruña.....	Dos columnas disponibles para salir adonde pudiera ser necesaria su presencia.
»	100	»	»	50	150		
160	501	25	55	53	794	Coruña.....	Prestar el servicio de guarnición.

Sabiendo después el Capitán general que se habían presentado algunas partidas en Castilla la Vieja y que el territorio de El Vierzo estaba grandemente alarmado, ordenó á las columnas de Lugo y Orense más próximas á Oviedo y León que hiciesen un movimiento de avance hacia Castilla, y que una compañía del 4.° regimiento de artillería á pie, que iba á La Coruña, se detuviese en Villafranca de El Vierzo y cooperase á la persecución de los carlistas de León.

Indudablemente, la incesante vigilancia ejercida en el distrito, especialmente en la frontera portuguesa, evitó que el número de las partidas que aparecieron correspondiese á los valiosos elementos con que desde el primer momento contaron los conspiradores.

La provincia de Orense, por su inmediación al reino de Portugal, por lo quebrado de su suelo y por las ideas absolutistas de muchos de sus habitantes, era considerada como comarca muy favorable para reunirse y organizarse los rebeldes del país, auxiliados por los emigrados que en ocasión oportuna atravesaran la frontera. Comprendiolo así el General Sánchez Bregua, y por ello cuidó de que batieran constantemente el terreno las 12 columnas indicadas, merced á lo cual, á pesar de tenerlo todo bien preparado los agentes de la propaganda, y del ofrecimiento que hicieron de dar 25 pesetas de entrada y dos diarias al que se alistase, lograron escaso resultado.

En efecto, Sabariegos y otros seis cabecillas, que pasaron la frontera para ponerse al frente del movimiento, se vieron tan acosados por la columna de Bande, mandada por el teniente de carabineros D. Juan Vázquez, que en precipitada fuga repasaron el confín y cayeron con armas y caballos en poder de las autoridades portuguesas.

Una partida de 60 hombres, mandaba el cabecilla Suárez, que se alzó el 16 de Junio en el partido de Verín, desde donde intentó correrse á la provincia de Lugo para proteger allí el

levantamiento, acosada por los detacamentos de Orense, por el de La Cañiza (Pontevedra), por algunos de los de Lugo, que avanzaron á cerrarle el paso, y por otras dos columnas que se organizaron entonces, retrocedió hacia el vecino Reino, perseguida por 25 hombres de la columna de Celanova, á las órdenes del capitán de carabineros D. Pablo Pascual, quien noticioso en Bangueses de que la facción se hallaba en Sierra Gesteira, la atacó el día 24 de dicho mes, desalojándola sucesivamente de varias posiciones, y tiroteándola hasta que se guareció en Portugal.

Pocos días después trató también de organizarse en el término municipal de Boborás otra facción de unos 27 hombres mandada por el sargento licenciado Vicente Fuentes, pero tan rápidamente cayó sobre ella el destacamento de Gomesende, que acobardados los sediciosos, se dispersaron á la aproximación de aquél, presentándose á indulto la mayoría.

El 16 de Julio el cabecilla Bernardino de Ambasaguas, con 50 individuos, pasó desde Zamora á Orense, por las Portillas de Sanabria; pero apercibidas ya para hacerle frente las columnas de esta provincia, por avisos del Capitán general de Castilla la Vieja, le salieron al encuentro, precisándole á correrse por las vertientes de Sierra Cabrera Alta y á volver sobre sus pasos.

Siete días más tarde aparecieron cerca de Portugal 40 hombres armados, al mando de un tal Suárez, y puestos en movimiento para obrar combinadamente los destacamentos de Ginzo de Limia y Bande, consiguió el segundo encontrarlos el 26 en Salgueiros, cayendo sobre ellos con tal acierto, que al cabo de dos horas de fuego los dispersó y les hizo varios muertos, heridos y prisioneros. El destacamento de Ginzo de Limia, que se hallaba próximo, contribuyó al buen éxito de la operación y evitó que los fugitivos ganasen la frontera.

En la provincia de La Coruña, la acción inmediata, cons-

tante y enérgica de las tropas, distribuidas como queda dicho, bastó para frustrar todos los planes de la junta carlista, que radicaba en Santiago, haciendo imposible la concentración y organización de insurrectos, á pesar del reparto de armas que se efectuó y de que en varios pueblos recibieron clandestinamente instrucción militar algunos individuos. Un solo grupo de 30 hombres se alzó en armas, en la noche del 20 al 21 de Julio, en el partido de Arzúa, siendo hostilizado desde luego por las columnas de Mellid, Ordenes y Arzúa, y otras tres que salieron de La Coruña, Santiago y Betanzos, las cuales le obligaron á dispersarse para evitar el combate. Los que la componían regresaron aisladamente á Santiago, de donde habían salido. En esta ciudad hubo alguna agitación al levantarse la partida, más se calmó en breve.

Pontevedra era la provincia en que menos elementos tenía la causa del Pretendiente. Sin embargo, se mantuvieron estacionadas allí las columnas dichas, mientras en Orense y La Coruña ocurrieron los sucesos indicados. Unicamente un pelotón, mas bien de latrofacciosos que de carlistas, merodeó unos días por el término de Mós, el cual desapareció en cuanto advirtió que era perseguido.

En la de Lugo existían focos de insurrección en la capital, Mondoñedo, Fronsagrada y el valle de Burón, y esto hizo que la autoridad militar de la provincia tomase todo género de precauciones y encargara gran vigilancia y movilidad á los detacamentos establecidos, previniendo á los de Fonsagrada y Mondoñedo que sostuvieran constante comunicación por el N. con los carabineros de Rivadeo y Vivero, por el E. con las tropas de Asturias, y por el S. con la infantería y guardia civil de Nogales, la que á su vez debía avistarse con la de Monforte. Al presentarse algunas partidas en León y Oviedo, é intentar correrse á Lugo, las tropas del límite avanzaron á cerrarles el paso y las obligaron á retroceder.

Posteriormente, y por exigirlo las circunstancias, fué una columna á Sarria y otra á Monterroso, en cuyas zonas impusieron estas fuerzas respeto á los revoltosos.

A fines de Septiembre los detacamentos de las avenidas de Asturias persiguieron á un grupo de 30 hombres, que se organizó en Mondoñedo, recogió fondos y cortó el telégrafo, y que al fin el día 11 de Octubre fué hecho prisionero en el término de Abadín.

Concluyó sin otros sucesos el año de 1872, en el que, según vemos, si bien hubo temores en casi todo el distrito, los hechos resultaron insignificantes y aislados, efecto sin duda de la acertada y rápida ocupación militar dispuesta por el Capitán general, quien desde fines de Octubre había reconcentrado las tropas en sus habituales guarniciones.

***

Al empezar el año de 1873 llegaron á las autoridades avisos de un próximo alzamiento carlista. En la provincia de Orense, donde parecía entonces más inmediato, los alcaldes de Ribadavia y otros pueblos pidieron fuerzas para contrarrestarle, y el Comandante general participó que Sabariegos había estado en la Ermita de los Milagros para concertar la salida al campo de alguna partida. En vista de estas noticias y otras semejantes, el Capitán general dispuso la concentración de la guardia civil en Ribadavia, Puebla de Trives, La Gudiña y y Orense, así como la de los carabineros en Verín, Ginzo de Limia, Celanova y Gomesende, enviando además una columna de 50 hombres del regimiento infantería de Cuenca á El Barco, otra de igual fuerza á Viana del Bollo y otra á Puebla de Trives, y haciendo salir de La Coruña para Orense á una sección del escuadrón cazadores de Galicia. En la de Lugo, por análogos motivos, se reunió la guardia civil de varias líneas

No se realizó por el pronto el movimiento anunciado; pero la renuncia á la corona que hizo entonces el Rey Don Amadeo alentó al partido carlista á continuar sus manejos.

Se supo entonces que el titulado Comandante general de la provincia de Lugo, D. Ramón R. Valcárcel, había publicado alocuciones dirigidas á los paisanos y al ejército; que en Poveda se repartían armas; que en Nogales trataban algunos de apoderarse de los fondos de la recaudación de contribuciones, y que se intentaba introducir fusiles por la frontera de Portugal; por lo cual se envió alguna fuerza á los primeros puntos y dos columnas, de 60 hombres cada una, á vigilar la cuenca del Miño.

En 24 de Febrero aparecieron en la provincia de Lugo varias partidas: una, mandada por el juez de paz de Nogales, Don Manuel Núñez Saavedra, en el partido de Sarria; otra, á las órdenes de D. Francisco Fernández Cordero, en Manán, que se reunió con la anterior en Puebla, cortó el telégrafo entre Sarria y Monforte y se incautó en Becerreá de 42.600 reales; y otras dos, la primera entre Guntín y Palas de Rey, y entre Monterroso y Taboada la segunda, dirigida por Feijo de Prado. Inmediatamente se pusieron en movimiento diferentes tropas: los carabineros de Lugo se establecieron en Fonsagrada, Meira y Mondoñedo; con la guardia civil se formaron dos columnas móviles; de La Coruña salieron para la provincia indicada tres compañías del regimiento infantería de Murcia y una sección del escuadrón cazadores de Galicia; de Orense marchó también hacía Monforte una compañía del regimiento de Cuenca, y desde Betanzos avanzó á Guitiriz una sección de carabineros concentrada en aquel punto. Se dispuso, además, que de Santiago fueran á Arzúa y Ordenes otros dos destacamentos organizados con guardia civil y carabineros, por si allí se secundaba el alzamiento ó se corría á dicha zona alguna de las facciones.

Aunque ninguna de ellas era de gran importancia, pues no pasaban de 60 hombres, no por eso dejaban de causar grandes daños al país, recogiendo en todos los pueblos en que podían entrar los fondos de contribuciones, los municipales y los de rentas estancadas, y quemando los libros del registro civil. La gente de Feijo, perseguida por la compañía de Cuenca, al mando del capitán D. Manuel Tapias y Contrera, fué alcanzada, al mediodía del 3 de Marzo, en las alturas de Gurmean, siendo batida y dispersada, y quedando prisionero el primer jefe y muerto el segundo. Este hecho tuvo transcendencia, porque evitó la incorporación á dicho grupo de uno de 60 hombres, formado en Camba (Pontevedra), que marchaba á reunírsele, así como la de otro de 30 carlistas recientemente alzados para engrosarle, los cuales fueron batidos. En el mismo día 3, Núñez Saavedra sufrió el tiroteo, en los altos de Pando al Turco, de un destacamento; pero dividida la facción en dos partes, pudo ocultarse en las sierras sin más baja que un prisionero. La formada entre Guntín y Palas de Rey, capitaneada, según se decía, por el alcalde de aquel pueblo D. Jerónimo López, se presentó en Aireje, recaudó dinero, igualmente que en Guimaray, y desapareció por unos días.

El cabecilla Sabariegos, que fué nombrado por D. Carlos Comandante general de Galicia, trató, por medio de proclamas, de alentar á los paisanos á la lucha, é incitó á los soldados del ejército á que abandonasen las filas prometiéndoles grandes ventajas. No transcurrieron muchos días sin que aparecieran en Lugo otras partidas, nuevas unas, y consecuencia de la subdivisión de las antiguas, otras. Del 4 al 10 de Marzo se supo la presentación de una en el valle de Montouto de Cornas, partido de Fonsagrada, y de otra en Bacurín, cerca de Otero de Rey; que existían los restos de la de Feijóo y las regidas por Ostendi, D. Ramón Vega y D. Pedro Camero; que una de 70 individuos, que era la de Fernández Cordero, se

había llevado fondos de Navia de Suarna; y finalmente, que los curas de Seijas y Baos y el estudiante Rodil se habían lanzado á la lucha.

Tal crecimiento no fué de larga duración, pues en poco tiempo fueron avistadas y batidas varias facciones, lo cual, infundiendo el temor entre las demás, originó un rápido fraccionamiento. El jefe del batallón reserva de Monforte, con el cuadro del mismo y algunos voluntarios, tiroteó y cogió un prisionero á la gente de Ostendi, que seguida después por una columna del regimiento de Murcia, mandada por el capitán D. José Sánchez Conejero, fué encontrada en la noche del 12 de Marzo en Villamor, donde intentó resistir; mas atacado el pueblo por tres sitios á la vez, hicieron los carlistas una ligera defensa, y se retiraron, quedando en poder de la tropa un herido, seis prisioneros, caballos y armas. Un destacamento de carabineros hizo sufrir análoga suerte, en Castelo, á la facción Fernández Cordero; y reorganizada ésta por Núñez Saavedra, tornó á ser alcanzada el 14 en Santalla, en el límite de Oviedo con Lugo, por otra fuerza del mismo instituto, al mando del teniente D. Pascual López Izquierdo, la cual tomó el pueblo atacando á la bayoneta y cogió siete prisioneros, entre ellos un cabecilla herido, llamado Cobos, apoderándose de cuatro caballos y varias armas, á costa de dos carabineros contusos. Poco después una columna de infantería de Murcia, mandada por el capitán Carballido, que se encaminó al encuentro de los de Núñez Saavedra y les siguió la pista, los avistó y desalojó de unas alturas cerca de Seijón, haciéndoles tres heridos, que retiraron, y cogiendo municiones, víveres y efectos. La columna continuó tras los fugitivos, y éstos se dispersaron en grupos, de los que apenas se volvió á tener noticias.

Los mencionados encuentros dieron por resultado que pidieran indulto muchos facciosos, gracia que concedió el Gobierno en 20 de Marzo; y las partidas quedaron reducidas á

dos de escasa significación, que se sostuvieron hasta el 26, en que se vieron obligadas á disolverse.

A pesar del mal éxito que había tenido el movimiento en la provincia de Lugo, y de que el Capitán general juzgó oportuno enviar á ella otras dos columnas del regimiento de Cuenca, en previsión de lo que pudiera ocurrir, no cesaron las intentonas. El 1.° de Abril, averiguó el comandante de la guardia civil D. José Alvizúa que se había presentado en el término de Láncara un grupo de 15 sediciosos, capitaneado por José Rodríguez, é inmediatamente marchó en su busca, dividiendo la fuerza con que contaba en cuatro fracciones, las cuales en la noche del 6 al 7 cercaron la casa del párroco, del pueblo de San Pedro, en la que pernoctaban los rebeldes, y al cabo de una hora de fuego, cogieron prisioneros á todos con sus armas y caballos. En los mismos días, una partida de Asturias se internó en Lugo, y hostilizada por las tropas, tuvo que volver á la provincia de donde procedía. Posteriormente, y sin embargo de la enérgica resistencia que opusieron en una casa de Nogueira, fueron capturados los cabecillas Manuel Pardo y Dionisio Bedos, que iban á organizar un núcleo carlista. El 25 se lanzó Núñez Saavedra de nuevo al campo, pero en el acto fué dispersada la gente que le acompañaba, como lo fué un grupo de 20 latrofacciosos que empezó á cometer desmanes en 20 de Mayo.

En fin de este mes, el último cabecilla mencionado y Ostendi, que eran los más tenaces, tornaron á arrastrar á varios prosélitos. Núñez Saavedra, después de ser batido el 2 de Junio por unos cuantos carabineros, vagó por varios pueblos huyendo de las tropas; acrecentó su partida hasta llegar á tener 150 hombres, con los cuales sufrió el 9 de Julio, cerca de la venta de Fumbiadoira, al S. de Fonsagrada, el choque de una columna de carabineros y guardia civil, que le derrotó, haciéndole un muerto y nueve heridos; entró el 13 en dicha villa,

donde se incautó de fondos; se encaminó á Castropol (Asturias), y el 19 se internó en las montañas de Boal, para librarse de las tropas. Ostendi, contando ya con 100 partidarios, se presentó el 9 de Junio á las puertas de Monforte, con ánimo de entrar en la población; mas la resistencia que opusieron los voluntarios dió tiempo á que llegaran cuatro columnas que, combinadamente, seguían á la facción, la cual huyo en seguida, permaneció oculta hasta el 25, hizo una ligera reaparición en busca de recursos, y tornó á desaparecer hasta mediados de Julio, en que se dividió en varios grupos, que cometieron desmanes en algunos pueblos.

Además de estas facciones, otras de menor entidad seguían esquivando la acción de las columnas, que con sus batidas combinadas, haber alcanzado á Ostendi, causándole ocho bajas, y poco después al cabecilla Friol, ocasionándole mayor número de ellas, obligaron á abandonar el campo, tanto á las partidas grandes como á las pequeñas.

Se creía completamente pacificada la provincia de Lugo, cuando, el 26 de Septiembre, tuvo noticia el capitán del regimiento infantería de Murcia D. José Sánchez Conejero, de que un grupo carlista de 150 hombres, capitaneado por Osorio, se hallaba en Logares; y hacia allí se dirigió el expresado oficial con su columna, siendo recibido á tiros por la partida, que había tomado posiciones; pero iniciado por la tropa un ataque á la bayoneta, después de un rato de fuego, los sediciosos huyeron en completa dispersión y se ocultaron en los bosques próximos, quedando prisioneros varios. Osorio no cejó en su empeño á pesar de este descalabro, y se propuso reorganizar la facción, llegando á reunir bastante gente. Entonces salió de Fonsagrada, en busca de ella, el capitán del regimiento de Murcia D. Antonio Millán, y encontrándola el día de 11 de Octubre, cerca del Rodil, la atacó con su columna dividida en tres fracciones, y la arrojó de las alturas en que

se defendió, persiguiéndola y dispersándola al vadear dicho río Rodil. Dos muertos, siete heridos, 15 prisioneros, armas, municiones y pertrechos perdieron los carlistas, á costa de un herido y cuatro contusos que tuvo Millán.

La partida Núñez Saavedra que, como ya hemos dicho, se internó en Asturias, pasó á la provincia de León, y aunque con menos fuerza de la que antes tuvo, volvió á la de Lugo á fines de Septiembre. Hostilizada desde luego por las tropas, fué batida, en la dehesa de Rugueira, por algunos guardias civiles, que la causaron tres muertos y bastantes heridos, y le cogieron algunos prisioneros y varios caballos.

Para terminar el relato de los sucesos ocurridos en este año en el territorio de Lugo, resta sólo referir que en las primeras horas de la noche del 19 de Noviembre entró en el distrito municipal de Ribas de Sil una facción levantada por Estebán Rodríguez, que aprisionó al recaudador de contribuciones y se apoderó, en Quiroga, de la existencia de las rentas estancadas. Inmediatamente marchó á perseguirla el comandante militar de Monforte, con el cuadro de la reserva, guardias civiles y voluntarios, en unión de un destacamento de infantería que se hallaba protegiendo la recaudación de impuestos, dispersándola á los pocos días, después de causarle algunas pérdidas. La partida arrastró desde entonces una existencia penosa, y el 8 de Diciembre fué de nuevo alcanzada y batida en el partido de Monforte, con lo que desapareció.

En la provincia de Orense también se notó desde el principio del año gran agitación en sentido carlista, por lo cual el Capitán general del distrito dispuso que se situaran tres columnas en Viana del Bollo, El Barco y Puebla de Trives. A pesar de las medidas adoptadas no pudo evitarse que el 5 de Marzo se levantara á una jornada de la capital una facción de 25 hombres, capitaneada por Ortega. Tras élla salieron la columna de Puebla de Trives y otras formadas entonces, cu-

yos movimientos dieron por resultado que se internara aquélla en Portugal.

Pocos días más tarde el titulado Capitán general de Galicia D. Vicente Sabariegos, organizó una partida de 40 á 50 hombres, que el 23 fué avistada por la guardia civil, en la sierra de San Mamed. Después de un rato de fuego, la columna empezó un movimiento envolvente y un ataque de frente, y se retiraron casi todos los carlistas, quedando sólo 16 ó 20 protegiendo la huída de los demás. El enemigo tuvo varios heridos, cuatro de los cuales cayeron prisioneros, siendo uno de ellos el cabecilla Ortega, que murió al día siguiente. Una de las columnas recogió á los pocos días el armamento abandonado por los fugitivos al guarecerse en Portugal.

Don Francisco Carballo, cuyo intento de formar una partida en 1.° de Marzo había sido desbaratado por la columna de El Barco, que mandaba el capitán D. Juan Martínez, consiguió al fin lanzarse al campo el día 30, pernoctando en una casa deshabitada de los montes del Retorno, circunstancia que proporcionó á Martínez ocasión de disponer un movimiento combinado para sorprender á los 15 carlistas que componían este grupo, quienes al verse completamente cercados, depusieron las armas sin intentar defenderse.

El mes de Abril transcurrió en calma; pero el 5 de Mayo tornó Sabariegos á presentarse inesperadamente en Ginzo de Limia, al frente de 60 carlistas, quemó los libros de registro de la propiedad, atacó al puesto de la guardia civil y siguió por el valle de Laza á la sierra de San Mamed, donde aumentó hasta 112 el número de sus secuaces, encaminándose seguidamente hacia la provincia de Lugo, á fin de recoger dispersos de los que pululaban por el campo. Mas cubiertos con fuerzas los pasos de los ríos Sil y Miño, y batida la facción, primero en Torneiros por infantería de Cuenca, y posteriormente por una fuerza de carabineros, debió comprender el cabecilla la imposibi-

lidad de pasar á dicho territorio y aun de sostenerse en el que estaba, por lo cual retrocedió, declarándose en huída abandonado de muchos, y pasando la frontera con los más constantes.

A principios de Junio llegaron nuevas al Gobernador militar de Orense de la efervescencia provocada por los carlistas en algunos pueblos del partido de Ginzo de Limia, valiéndose de que entonces se había mandado proceder á la tasación de las alhajas de las iglesias, por lo que dispuso que se reconcentraran en la cabecera algunos puestos de la guardia civil y que se encaminaran allí pequeñas columnas de carabineros y de infantería del regimiento de Murcia. El movimiento fué creciendo, y al fin se amotinaron los vecinos de los pueblos de Boado, Sarreaus, Villa de Rey y otros, presentándose al anochecer del día 12 en número de 2.000 en los montes inmediatos á la villa de Ginzo de Limia, donde tomaron posiciones con ánimo, al parecer, de caer sobre élla. Las fuerzas que allí había salieron desde luego á batirlos, consiguiendo que huyeran precipitadamente en diversas direcciones, y persiguiéndolos hasta cerrar la noche. Reconocido el campo, se encontraron cuatro muertos, y se supo que habían sido retirados varios heridos.

En seguida tornaron á reunirse los sediciosos con el plan de asolar la comarca al grito de «viva la religión y viva Carlos VII»; entraron en Bande, aumentados hasta 3.000, y armados de carabinas, fusiles, escopetas, chuzos, horquillas é instrumentos de labranza; robaron 6.000 reales; rompieron las puertas, ventanas y todo el mobiliario del ayuntamiento; quemaron el archivo, registro de la propiedad, y talones de contribuciones, é hicieron otra porción de excesos, retirándose después á las sierras.

Viendo que el movimiento se generalizaba, presentándose imponente, el Gobernador militar de la provincia, coronel D. Ramón Erlé, salió de la capital hacia los pueblos ame-

nazados, con las compañías 5.ª y 6.ª del regimiento infantería de Murcia, algunos voluntarios del batallón de francos de Orense, fuerza de carabineros y 20 caballos del escuadrón de Galicia. En la mañana del 15 llegó á Ginzo de Limia, y supo que los insurrectos se proponían entrar de nuevo en Bande, por lo cual emprendió la marcha para este punto, á las dos de la madrugada, previniendo antes que avanzase hacia allí una compañía de Murcia que estaba en Celanova, para ayudarle si llegaba el caso de combatir. La circunstancia de ver los pueblos del tránsito casi desiertos, le hizo acelerar la marcha de la columna; y al llegar al monte de Sordos destacó la 6.ª compañía de Murcia á reconocer los bosques y aldeas de los alrededores, y él con el resto de la tropa se alojó en Bande, para racionarla. Al comenzar la tarde avisaron las avanzadas que los sediciosos empezaban á coronar los montes, principalmente el mencionado de Sordos y su prolongación hasta las salinas de Villar de Rivero, observando Erlé que se presentaban en cuatro grupos, como de 500 hombres cada uno, con intervalos ocupados por guerrillas. El coronel aprestó sigilosamente sus fuerzas, disponiendo que la 5.ª compañía de Murcia, unida á 20 carabineros y 15 caballos, avanzase con una sección en guerrilla por el camino de Sordos á pasar el bosque de Bande, en el que á poca distancia se encontraba el enemigo; que 20 carabineros se colocaran detrás de la iglesia y otros 20 en las primeras casas del camino de Calvos, guardando la retaguardia, por si la compañía de Murcia de Celanova no llegaba á tiempo, como sucedió; y él, con la 6.ª compañía del mismo cuerpo, que ya estaba de vuelta de su reconocimiento, y el resto de la fuerza se dirigió por la vereda de Lueda para batir á los insurrectos posesionados de las colinas de la derecha. A las tres de la tar de el alférez D. Ramón Domínguez, que mandaba la extrem vanguardia de los que fueron por el camino de Sordos, desple

gó á su gente y avanzó solo á intimar la rendición á los insurrectos, que le recibieron con disparos y se adelantaron para envolver la guerrilla, lo que hubieran conseguido, á no ser por el avance de la tropa que la seguía que con su fuego contuvo al enemigo. Observado todo esto por el coronel, se corrió hacia el monte de Sordos, donde se había reconcentrado la acción, tomó el mando de la caballería, y cargó sobre el adversario, quien desde este momento se declaró en fuga en todas direcciones. Las bajas de éste fueron 31 muertos, además de 4 individuos que se ahogaron al pasar el río; muchos heridos, de los que 3 fueron cogidos; y 43 prisioneros. En seis heridos consistieron las de la columna, que se retiró por la noche á Bande, y al día siguiente ejecutó un reconocimiento, encontrándose casi desiertas las aldeas por el terror que los carlistas habían infundido entre los paisanos con las noticias que esparcieron de las represalias que tomaría la tropa. Pero cuando ésta se encaminó á la capital, fueron regresando aquéllos, paulatinamente, á sus casas.

Después de este hecho sólo ocurrió la presentación, el 3 de Septiembre, en Calvos de Randín, de una partida mandada por un tal Rodríguez, que se llevó los fondos de la recaudación, y que acosada por las columnas de carabineros, se disolvió pronto; la de otras que desaparecieron al ser hostilizadas; y, finalmente, la alarma del mes de Diciembre, producida por las noticias que el partido carlista hacía circular de grandes trastornos, los cuales no llegaron á realizarse. Algunos fugitivos vagaban todavía por el campo, pero bastó conminarlos con todo el vigor de las leyes, si eran aprehendidos, para que se restituyeran á sus hogares.

En las provincias de La Coruña y Pontevedra no prosperaron los manejos de los agitadores, y se disfrutó de tranquilidad.

***

Al empezar el año de 1874, ésta sólo se vió turbada, de vez en cuando, en la provincia de Orense principalmente, por pequeñas partidas de latrofacciosos, que cometían tropelías en los pueblos y obligaban á poner en movimiento á los destacamentos que continuaban ocupando el país. Los trabajos de conspiración no cesaban; y á fines de Marzo consiguió Núñez Saavedra reunir 30 hombres, con los que apareció en Samos, provincia de Lugo, siendo secundado, á los pocos días, por otras facciones de menor número de individuos todavía, todas las cuales fueron perseguidas por las siete columnas en que se fraccionaron las escasas fuerzas de la provincia. En el mes de Abril, las partidas aumentaron, tanto en Orense como en Lugo. Las tropas, que recibieron orden de perseguirlas aunque tuvieran que pasar á Castilla la Vieja, redoblaron su actividad, y ocurrieron varios encuentros, en que los carlistas llevaron la peor parte, como sucedió á la facción Núñez Saavedra, que se deseminó; á otra de 30 individuos capitaneados por un cura de Orense llamado Calixto, que atravesó la frontera, después de ser hostilizada por un destacamento de infantería de Murcia; á otra de 50 que seguían al cabecilla Salinas, que alcanzada por una columna en los montes de Corvelle, tuvo varios heridos y se fraccionó, pasando á Portugal parte de ella, y quedando batido el resto á los pocos días en Golpellás, donde murieron algunos facciosos. La de más entidad fué la que dirigía Osorio, que llegó á tener 200 hombres, con los que andaba por los límites de Galicia y Asturias, hostigado por cuatro pequeños destacamentos, siendo avistado, á fines de Abril, por el que mandaba el capitán de artillería D. Ricardo Munaiz, quien le causó un muerto y varios heridos. Pocos días después los vecinos de Meira le rechazaron, cogiéndole varios prisioneros, á consecuencia de lo cual se internó en Asturias con su gente.

A la sombra de las partidas, algunos grupos de latrofaccio-

sos merodearon por los pueblos. En la provincia de Lugo, en tró en Lobios uno, que cometió muchos desmanes; en Seone quemó otro la casa de ayuntamiento y exigió grandes cantidades; en San Pedro, algunos de esos malhechores robaron á los habitantes, y á los pocos días los vecinos de Puebla del Brollón capturaron á varios.

En los primeros días de Mayo, la partida que poco antes había conseguido reunir Salinas fué derrotada, con pérdidas, en los montes de Peñas de Colmes (Orense), y muchos de los carlistas que vagaban aislados cerca de la frontera portuguesa fueron aprehendidos en una batida organizada con todas las tropas en combinación, mientras las fuerzas del vecino reino estaban vigilando la raya.

Pero como sucedía que apenas quedaba disuelta una partida se formaba otra, aunque todas de escasa fuerza y significación, en el citado mes siguieron ocurriendo encuentros en Orense y Lugo. El 14, con el cabecilla Pichel, que quedó prisionero con dos más; el mismo día, con Núñez Saavedra, que resultó herido; el 18 en los montes de Cejo y Peñagacha, con un grupo de facciosos de Orense, sin jefe conocido, que se internó en Portugal; el 22 otro con los de Pichel, de los cuales fueron aprehendidos cuatro; el 24 con un grupo organizado por los oficiales carlistas Costa, Puga y Ledo, al que alcanzaron algunos caballos del escuadrón de Galicia, en la sierra del Caurel (Lugo), y le empujaron hacia la columna del capitán Munaiz, la cual le hizo tres muertos, dos heridos y ocho prisioneros, entre ellos Ledo, siendo después aprehendidos por la misma sus colegas Costa y Puga; y el 2 de Junio con otro que apareció en la provincia de Pontevedra, cometió algunos desmanes y pasó á la de Lugo, donde se disolvió para eludir el activo seguimiento que le hicieron las tropas. El 6 los vecinos de Espinosa (Orense), cogieron á seis individuos de una partida que intentó asaltar el pueblo.

Después de lo indicado pasaron unos días en calma, que no fué duradera por tener preparado los carlistas un nuevo levantamiento para últimos de Julio, fraguado, principalmente, para estorbar la recluta. Pero conocidos sus planes, el Capitán general adoptó medidas que los hicieron abortar; pues aunque el 23 se lanzó al campo una facción de 350 hombres, en la provincia de Orense, cerca de Portugal, en la que iban los cabecillas Mergeliza, Suárez, Baleiro, y Pito de Coba; aunque en el mismo día y el siguiente aparecieron una de 80 y otra de 26 en la de Pontevedra, dos de escaso número en la de La Coruña, y otra en la de Lugo, la situación que se había dado á las tropas era tan conveniente, y sus movimientos, dirigidos personalmente por el general San Martín, segundo cabo del distrito, fueron tan rápidos y acertados, que al concluir el mes la mayoría de los rebeldes habían evacuado el distrito y entrado en el vecino reino, no sin que antes pusiesen en grave aprieto á un destacamento de guardia civil, que tuvo que parapetarse en San Lorenzo, de donde salió merced á la intervención de una columna de 130 hombres, mandada por el Gobernador militar de Orense, y sin que en esta provincia, una de las facciones, capitaneada por Ramos, fuese batida el 25 en La Grova por varios guardias civiles, que se apoderaron de un convoy del enemigo.

A mediados de Agosto, los carlistas trataron, sin duda, de reparar el anterior fracaso; pues la facción de Núñez Saavedra reapareció con fuerza de 40 hombres en los confines de Galicia y Castilla la Vieja, en los que se mantuvo algún tiempo pasando y repasando de un distrito á otro; salió al campo otra formada por Ramos, con gente muy conocedora del terreno; de Portugal entró en Galicia, por Orense, un núcleo de unos 160 hombres, mandado por Mergeliza y otros cabecillas de significación, el cual se dividió, en el monte de Pitos, en dos partes, que marcharon por distintos caminos á reunirse en la

sierra de San Mamed; y en la provincia de Lugo aparecieron los jefes carlistas Osorio y Bedos, con 30 sediciosos cada uno.

Las tropas estaban entonces distribuídas del siguiente modo: en la provincia de Orense, 700 hombres entre artilleros, soldados de la reserva de Palencia, del escuadrón de Galicia, guardias civiles y carabineros, fuerzas de las cuales el General segundo Cabo había destacado cuatro columnas de 100 individuos cada una para batir las asperezas de la sierra de San Mamed; en la de Pontevedra, un destacamento de 60 hombres para vigilar la orilla del Miño entre Tuy y La Cañiza; otro de igual número en Puente Caldelas, y otro de 75 en Lalín; en la de Lugo, 70 individuos en Monforte, 60 en Chantada para observar los pasos del Miño, 30 en Caurel, 30 en Nogales, 40 guardias en Fonsagrada, 60 artilleros en Meira, además de otros destacamentos encargados de proteger las operaciones de la quinta; y, finalmente, en la de La Coruña, en Arzúa 75 guardias civiles, y en Santiago 25 de éstos y 40 soldados de la reserva de Palencia. Con tal distribución se prometía el Capitán general dominar el movimiento, y así lo hizo, efectivamente.

El 19 del citado mes de Agosto fué batida la partida Ramos, en el puente de San Justo, en la raya de La Coruña y Pontevedra, por parte de la columna de Arzúa, que mató al cabecilla y á otros varios individuos de ella.

La de Mergeliza, quien se titulaba Comandante general de Galicia, tuvo un choque en el partido de Verín con una columna mandada por el coronel de la guardia civil D. José Cases Sánchez, jefe que relató el encuentro el día 21 desde Alberguería del siguiente modo: «Sobre las nueve de la noche de ayer tuve aviso en el pueblo de Toro de que la facción Mergeliza había pasado por el de Carrichouco á las seis de la tarde, con dirección, al parecer, á la sierra de San Mamed; y suponiendo que este movimiento tendía á llamar la atención de las columnas

á la montaña, para poder correrse de noche á La Limia, creí conveniente trasladarme á Alberguería, punto importante para cortar el paso á los enemigos ó continuar en su persecución si á mi llegada le hubiesen ya rebasado; plan que llevé á cabo saliendo de Toro al amanecer de hoy, dirigiéndome con la columna del capitán D. Juan Luaces Casas por Laza y Castro de Laza á este pueblo, adonde llegué á las once y media de la mañana. En el camino tuve ya confidencia de que sobre las siete habían penentrado en el monte, entre Carrajó y Alberguería, con rumbo á la cañada y montes de Guzpelleira algunos grupos de carlistas. Cuando entré en el pueblo hacía un calor sofocante, y fué preciso dar una hora de descanso á la tropa, mientras yo me penetraba de la situación del expresado monte, me proporcionaba guías prácticos en él y dictaba disposiciones convenientes á fin de que, si los facciosos se ocultaban allí, fuesen batidos inmediatamente. Con este objeto dispuse que el teniente de caballería D. Ramiro Bermúdez, con 11 caballos, apoyado por una sección de artillería del 4.° regimiento á pie, á las órdenes del teniente del mismo D. Rafael Pirla, se situase á la derecha en terreno en que aquéllos pudiesen maniobrar, para cortar al adversario la retirada á La Limia, y que el capitán Luaces con la demás fuerza de su columna se dirigiese al expresado monte de la Guzpelleira y le reconociese convenientemente. Dadas dichas instrucciones á los mencionados oficiales, salieron éstos á cumplimentarlas á la una del día. Los carlistas tenían situados en las alturas sus correspondientes centinelas, y cuando la columna apenas se había alejado de aquí un kilómetro, ya dos grupos de enemigos, de á caballo y de á pie, se encaminaban á la carrera á ganar el monte en dirección á Vilaseca y Escornabois, al propio tiempo que Luaces rompía el fuego sobre otros grupos que trataban de huir por la izquierda hacia Carrajó y Castro de Laza, generalizándose entonces el fuego en la extensa línea que

ocupaba la columna, la cual seguía á la carrera á los facciosos por los bosques de las vertientes del barranco que desemboca, por bajo de Carrajó, en el arroyo que corre hacia Soutelo Verde. La primera intención del contrario fué correrse á la derecha hacia La Limia, y aun cuando los cabecillas Salinas y el cura D. Calixto, con algunos más, lograron huir en dicha dirección á causa de la mucha delantera que llevaban, los caballos y la sección de artillería que atacaban por la derecha hicieron retroceder á otros grupos, estrechándolos hacia el barranco y bosques de la izquierda, por donde atacaba Luaces, quien, comprendiendo entonces que la intención del enemigo era correrse por el arroyo hacia Soutelo Verde, marchó con alguna fuerza á la carrera, á cortarle la retirada, llegando al arroyo al mismo tiempo que lo hacia el titulado Comandante general de esta provincia de Orense, D. Juan Suárez de Ribera con 20 hombres escogidos de la partida, trabándose entonces un reñido combate que dió por resultado la muerte de dicho cabecilla y tres carlistas más, y tres prisioneros, uno de ellos herido. Mientras esto sucedía, otros grupos eran atacados también por los tenientes Bermúdez y Pirla, que les cogieron tres prisioneros, huyendo los demás facciosos en completa dispersión á ampararse en los bosques. Eran ya las seis de la tarde; la tropa se hallaba muy sofocada por el excesivo calor que hacía, fatigada y sin comer en todo el día; y no habiendo carlistas á la vista á quienes perseguir, fué preciso dar por terminada la acción y concentrar la fuerza. La de los rebeldes se componía de las partidas de Suárez y el cura Calixto, reunidas la noche anterior según noticias, y pasaba de 100 hombres, no encontrándose entre ellos el titulado general Mergeliza, porque, según declaración de los prisioneros, había marchado á Portugal...»

Disuelta la facción más importante, sólo quedaron en armas en todo el distrito las que había en Lugo, capitaneadas

por Osorio, Núñez Saavedra y un tal Balbino González; y batido el segundo el 25 en Seoane de Caurel, el último el 30 en Villaesteva, y oculto el primero al empezar el mes de Septiembre, desaparecieron los rebeldes de Galicia. Entonces se supo que este movimiento tuvo extensas ramificaciones; que de él esperaron mucho los carlistas, y que Mergeliza había sido el encargado de dirigirlo.

Las columnas se dedicaron después á auxiliar el reclutamiento, operación lenta por la gran extensión de terreno que cada una de ellas había de recorrer y la dificultad de capturar á los rezagados y prófugos que estaban en el país, pues muchos se hallaban emigrados en la América del Sur. Además tenían que proteger el cobro de contribuciones, difícil de realizar por la resistencia que presentaban los pueblos, inducidos por los agentes carlistas. También distrajo á las fuerzas la necesidad de aplacar algún motín, como el ocurrido en Chantada el 9 de Septiembre, del que resultaron tres muertos y algunos heridos de los amotinados, y la de perseguir á los grupos que, con el título de carlistas, se dedicaban al robo y al pillaje.

Algunos días antes se tuvo noticias de un próximo desembarque de armas y de que en Portugal se agitaban los conspiradores, y al mediar el indicado mes, se acrecentó el número de las pequeñas partidas, principalmente en la provincia de Orense, donde se formaron ocho capitaneadas por los cabecillas Fortes, Rodríguez, Prol, Cruz, Peral, Caiño, Castro y Saldiñeiro, compuestas cada una de 40 á 50 hombres próximamente, las cuales, aunque eran perseguidas por las tropas, en su afán de hacer prosélitos, fomentaban algaradas como la del 23 en Oimbra, cerca de la frontera, calmada por la columna de Verín, que acudió á aquel punto, sostuvo fuego con los sublevados y les hizo tres muertos y 31 prisioneros.

En los últimos días de Octubre ordenó el Ministro de la

Guerra que marchasen á Castilla la Vieja los batallones provinciales de Lugo, Orense, Pontevedra y Mondoñedo, de reciente creación; y como los reclutas del primero de ellos habían dado poco antes inequívocas muestras de disgusto al presumir su salida del distrito, el Capitán general previno que los de Orense y Pontevedra fueran conducidos por los brigadieres Gobernadores militares de las respectivas provincias; que al de Lugo lo acompañara el General segundo Cabo, y al de Mondoñedo el Gobernador militar de la provincia. Además, estando tales cuerpos desarmados á excepción de las clases, se ordenó que fueran escoltados por columnas de 200 hombres, organizadas con fuerza de la reserva de Palencia, del 4.° regimiento de artillería á pie, de caballería, de guardia civil y de carabineros, según las facilidades que hubiera para reunirlas en los puntos en que se hallaban los provinciales; escoltas que á más de evitar cualquier contratiempo que pudieran ocasionar las partidas enemigas, debían tener á raya á los reclutas que intentaran oponerse á la marcha.

El tiempo que duró tal operación fué aprovechado por los carlistas para aumentar el número de partidas y cometer vejámenes en los pueblos. En la provincia de Orense, unos 20 hombres entraron el 1.° de Noviembre en La Mezquita, y después de quemar el registro civil, robarón al recaudador de contribuciones, volviendo á entrar en el pueblo el día 11; en Junquera de Espadañedo y Sandianes otros grupos ejecutaron hechos análogos los días 4 y 5; en Junquera de Ambía una partida de 11 hombres armados y muchos sin armas cometió toda clase de excesos, siendo alcanzada por una pequeña columna que salió de Orense, la cual le cogió 13 prisioneros; en La Merca robó otra facción las contribuciones recaudadas, y en su busca se encaminaron los destacamentos de Bande y Celanova; en el ayuntamiento de Padrenda, 25 hombres prendieron á varios funcionarios públicos; en Barja arrebataron los

enemigos los documentos del archivo y quemaron el cuartel de carabineros; y, por último, en otros puntos cometieron depredaciones análogas.

Por entonces apareció en la provincia de Lugo una partida de 24 hombres, mandada por D. Joaquín Redondo, el cual, después de hechos como los últimamente indicados, tomó la dirección de Pontevedra, provincia en la que se titulaba jefe de las columnas de operaciones; aumentó en ella su gente, y de regreso en la de Lugo, se presentó el 17 de Noviembre á las puertas de Chantada pretendiendo en vano entrar en la población, y costándole dos heridos su intento; dividiéndo en seguida la fuerza en dos partes, que tomaron distintas direcciones, para continuar en su tarea de vejar á los pueblos.

En la provincia de La Coruña los grupos de latrofacciosos que existían aumentaron algo. La de Pontevedra era la única que estaba en calma.

Al regresar el Gobernador militar de Orense de conducir hasta Brañuelas al batallón provincial, dispuso que la escolta que le acompañaba se disgregase en pequeñas fracciones para que diesen una batida, obrando en combinación; y una de ellas avistó á una partida de 50 hombres y la obligó á retirarse á la sierra de San Mamed, donde, viéndose hostilizada también por las tropas, tuvo que dispersarse. La guardia civil que había en operaciones redobló su actividad, y un destacamento de ella tuvo un encuentro el día 21 con la facción Rodríguez, del que resultó la muerte de éste y tres rebeldes más, quedando prisioneros nueve carlistas, entre los que estaba el capellán de la partida.

Mientras que ocurrían estos sucesos, y á consecuencia de telegramas dirigidos por el embajador de España en Lisboa, el Ministro de la Guerra decía á la autoridad militar del distrito, que se redoblase la vigilancia en la frontera; que el Gobierno portugués daba mucha importancia á una conspiración que

tenía por objeto encender la guerra en Galicia, y que pronto llegarían á sus provincias 80 jefes y oficiales carlistas para ponerse al frente del levantamiento. En vista de tan alarmantes nuevas, el Capitán general ordenó al Gobernador militar de Orense que concentrase la guardia civil en Celanova y Ginzo de Limia, y que en tanto se le mandaban refuerzos (pues precisamente el batallón reserva de Palencia había evacuado el distrito el día 11), replegase las pequeñas columnas. Al de Lugo le advirtió también lo que se temía, previniéndole que ninguna de las columnas de operaciones fuese menor de 100 hombres.

Como Orense era la provincia en que debía iniciarse el movimiento, salieron hacia allí tres compañías del batallón provincial de La Coruña; parte de la guardia civil de Pontevedra y Lugo, y dos compañías del 4.° regimiento de artillería á pie. Otra compañía del provincial de La Coruña fué por mar á Vigo, para que, unida á algunos guardias civiles, formara una columna que debía operar cerca de la desembocadura del río Miño. Las fuerzas quedaron distribuidas en la forma siguiente:

En Celanova.....	79 artilleros, 20 carabineros, 51 soldados del provincial de la Coruña y 10 caballos.
» Bande.....	50 guardias civiles, 20 carabineros y 60 soldados del provincial de la Coruña.
» Calvos de Randín..	120 artilleros y 20 soldados del provincial de la Coruña.
» Ginzo de Limia...	70 guardias civiles, 50 soldados del provincial de la Coruña y 15 caballos.
» Verín.....	10 guardias civiles, 50 soldados del provincial de la Coruña y 15 caballos.
» Maceda.....	38 guardias civiles y 22 soldados del provincial de la Coruña.
» Puebla de Trives..	20 guardias civiles y 50 soldados del provincial de la Coruña.
» Orense.....	23 guardias civiles, 63 soldados del provincial de la Coruña y 15 caballos.

En la de Lugo, en lugar de las columnas de 100 hombres, se organizaron los destacamentos que siguen:

En Rivadeo.....	31 soldados.	
» Mondoñedo.....	76 íd.	y 20 carabineros.
» Fonsagrada.....	21 artilleros y 4 caballos.	
» Becerreá.....	20 íd.	
» Nogales.....	11 íd.	
» Monforte.....	21 íd.	y 7 íd.
» Chantada.....	13 íd.	
» Taboada.....	12 íd.	
» Palas de Rey.....	12 íd.	
» Guntín.....	11 íd.	
» Samos.....	26 íd.	y 4 íd.
» Lugo.....	4.ª y 5.ª compañías del batallón sedentario, 31 guardias civiles y 15 caballos.	

En la de Pontevedra se establecieron:

En Tuy.....	26 carabineros.
» la Cañiza.....	30 soldados del provincial de la Coruña.
» Lalín.....	25 guardias civiles.

En la de La Coruña era donde menos había que temer, y por tanto, no se establecieron columnas en ella.

Tal distribución no quedó terminada hasta primeros de Diciembre, y hasta entonces los principales movimientos y desmanes de los carlistas, en la provincia de Orense, fueron los siguientes. El 22 de Noviembre entraron en ella dos partidas, la de Cruz, de 50 hombres, y otra de 20, que recorrieron varios pueblos. El mismo día, una facción de 60 individuos, mandada por Prol, llegó á media legua de Verín, y al siguiente se corrió á Prado, en la sierra de San Mamed, perseguida por las columnas de Bande, Maceda y Ginzo de Limia; luego se dividió en dos partes, una á las órdenes de dicho cabecilla y otra á las de Sixto, recién llegado del territorio del Norte. Otra que dirigía Fortes, apareció en Villarino. La de Castro, de 60 rebeldes, entró en La Merca, donde quemó el registro civil, y lo mismo hicieron en Montederramo 20 insurrectos. En los montes del Val, se reunieron el 23 tres partidas, con un total

de 150 hombres, pero al día siguiente se faccionaron de nuevo para reclutar gente. El 26 vejaron dos facciones á Arnoya y Amoeiro. En Gomesende, que era el foco más importante de insurrección, se juntaron frecuentemente varias. El 29 unos 40 hombres, que seguían á Peral, robaron al recaudador de contribuciones de Olás de Vilariño, ayuntamiento de La Merca. Y finalmente, una parte del grupo de Fortes, mandada por éste, entró en un lugar del término de Verea, asesinó al alcalde, y se llevó presos al secretario de la corporación municipal y al depositario de los fondos.

En el mes de Diciembre ocurrieron varios encuentros en la mencionada provincia. El día 3 hubo uno en las cercanías de Carracedo, entre la columna de Celanova y la facción Fortes, en el que aquélla causó al enemigo varios heridos y le cogió 5 prisioneros, y otro en el que el destacamento de Calvos de Randín atacó y desbandó á un grupo de rebeldes. El día 4 del propio mes, esta tropa dispersó á los carlistas que vagaban por los alrededores. El 8, en otra batida que dió el mismo destacamento, disolvió á dos partidas y les cogió algunos prisioneros, á consecuencia de lo cual los cabecillas de ellas abandonaron el distrito y la mayor parte de sus secuaces se acogieron á indulto. El 22, la misma columna avistó á la gente de Fortes, en la raya de Portugal, le causó varios heridos, aprehendió al cabecilla y dispersó á la partida, que no pudo guarecerse en el vecino reino, por oponerse á ello un destacamento de tropas del mismo. Dos días después, en una batida general dispuesta por el Gobernador militar, la tropa de Celanova cogió 28 prisioneros, con armas y caballos, en el monte de San Cibrao, y otra sostuvo en Arnoya un tiroteo, en el cual quedaron heridos algunos sediciosos, y varios cayeron prisioneros. De resultas de estos encuentros y de la activa persecución que sufrieron, las partidas tuvieron que disolverse, y todas las columnas aprisionaron fugitivos y acogieron

los presentados que en gran número demandaban indulto.

En las provincias de Lugo, La Coruña y Pontevedra, los sucesos en esta época no tuvieron la importancia que en la de Orense; pues aunque había partidas, no eran tan numerosas ni tan audaces, y se componían de gente que pasaba de la última y se deseminaba después de haber dado algún golpe en cualquier pueblo. Sólo las de Fernández Rodríguez y de Cernados, en La Coruña, y la de Redondo, en Pontevedra, se sostuvieron algún tiempo, aunque sufrieron encuentros y pérdidas.

Al concluir el año, la insurrección finalizaba también: los pocos carlistas que existían estaban reunidos en grupos insignificantes, y, á fin de substraerse más fácilmente á la acción de sus perseguidores, habían adoptado el sistema de separarse de día, ocultando sus boinas y armamento, para reunirse de noche y llevar á cabo alguna depredación; las presentaciones menudeaban cada día más, y los que se sometían eran indultados, siempre que no fuesen cabecillas ni se les imputasen delitos comunes; pero los aprehendidos eran desde luego embarcados para la isla de Cuba, donde debían servir como soldados, cumpliendo lo dispuesto por el Ministro de la Guerra, en orden telegráfica de 6 de Diciembre.

Las últimas operaciones habían dado por resultado un cabecilla y otros cinco carlistas, muertos; dos jefes de los rebel- y 12 individuos más heridos; dos de aquéllos y 65 de éstos prisioneros; 23 criminales presos; la presentación de un cabecilla y 65 individuos, y el apoderarse de bastantes caballos, armas, municiones y afectos pertenecientes á las partidas.

***

A poco de empezar el año de 1875, la situación de Galicia era tal, que los carabineros se dedicaron á su servicio peculiar de reprimir el contrabando; la guardia civil al de su instituto;

la artillería á pie se reconcentró en la ciudad de La Coruña; las compañías de provinciales quedaron guarneciendo las otras capitales de provincia, y sólo se mantuvieron columnas en Nogales, Fonsagrada, y en la frontera portuguesa.

Los únicos grupos de carlistas que existían entonces eran: el de Cernados, en La Coruña, de 20 hombres; los de Osorio y Ostendi, en Lugo; el de otro cabecilla, en Orense, que preso al fin de Enero, fué muerto en un encuentro entre los guardia civiles que lo custodiaban y algunos partidarios que trataron de libertarle; y, finalmente, en Pontevedra, otro de unos 20 hombres, que se disolvió al terminar el mes de Enero.

En el de Marzo, los partidarios del Pretendiente intentaron hacer renacer la insurrección; mas descubiertos los manejos de algunos conspiradores en Arzúa (Coruña), los de 6 jefes carlistas, procedentes del Norte, en el partido judicial de Becerreá (Lugo), y los de otras en la frontera portuguesa, las autoridades adoptaron medidas coercitivas, y aunque se notó algún movimiento, ni tuvo importancia ni duró muchos días.

Hasta el mes de Agosto, algunas cuadrillas de latrofaccios siguieron cometiendo atropellos, principalmente robos á los recaudadores de contribuciones; pero para concluir con éllos bastó la guardia civil, ayudada por los habitantes de los pueblos, que estuvieron siempre solícitos á coadyuvar á la extinción de aquellos malhechores.

Al hablar de Castilla la Vieja, dijimos que Osorio y Trapelo aparecieron, á mediados de Agosto, al frente de varios partidarios, en el confín con Galicia. Aquí como allí éstos fueron los últimos defensores del carlismo; y después de las pocas operaciones á que dió lugar su persecución, y de ser batidos en las peñas de Noride (Lugo), se restableció el orden por completo, renaciendo el bienestar en el territorio gallego.

CAPITULO X

SUMARIO.—Distritos de Andalucía, Extremadura y Granada.—Años de 1869 á 1871.—Temores en las provincias de Badajoz y Cáceres.—Trabajos carlistas en la de Granada.—Año 1872.—Pequeñas facciones en Cáceres, Córdoba y Sevilla.—Cantón de Despeñaperros.—Partida de Arquillos (Jaén).—Año 1873.—Conspiración en Granada.—Grupos de enemigos en Jaén, Granada y Málaga.—Facción Aznar en Almería.—Crisanto Gómez en Córdoba.—Persecución de Sabariegos en Cáceres y Badajoz.—Encuentro en la sierra de Pela.—Se estacionan tres destacamentos en Trujillo, Mérida y Llerena.—Nueva excursión de Sabariegos al territorio de Cáceres.—Encuentros con este cabecilla en Retamosa y Villar del Pedroso.—Año 1874.—Situación de Cáceres y Badajoz.—Correrías de Crisanto Gómez y Amador Villar.—Persecución de pequeñas partidas y encuentros.—Otras excursiones de Amador Villar por Badajoz y Córdoba.—Nuevas é insignificantes facciones en Badajoz y Cáceres.—Formación de dos distritos del de Andalucía y Extremadura.—Agitación y pequeñas partidas en Huelva y otras provincias.—Grupos de carlistas en las de Málaga y Jaén.—Correría de Aznar á Almería.—Año 1875.—Ultimos esfuerzos del cabecilla Hurtado para mantener la rebelión en Extremadura.

De escaso interés fueron los sucesos acaecidos en estos distritos. En el mes de Abril del año de 1869, se empezó á hablar en las provincias de Cáceres y Badajoz, que formaban parte de la Capitanía general llamada de Andalucía y Extremadura, de manejos carlistas en la raya portuguesa, apoyados por el partido miguelista del vecino reino, lo que hizo tomar medidas extraordinarias de vigilancia en la frontera. Se llegó á decir que ya había aparecido una partida de 50 hombres en Alburquerque y marcharon hacia aquel punto varios destacamentos, pero nadie vió á tal facción. Sin embargo, se adoptaron en el país toda clase de disposiciones preventivas, y se estacionaron algunas fuerzas en Trujillo, Villanueva de la Serena y Mérida, á la expectativa de lo que suceder pudiera. Entonces ocurrió lo indicado en el capítulo I de este tomo, referente al movimiento de una brigada de Extremadura hacia el confín con Toledo y Ciudad Real, para oponerse al

paso de los carlistas que pululaban por el territorio de La Mancha. Los anuncios de cercanos trastornos continuaron durante todo el año y el siguiente, señalándose alguna vez nombres de personas comprometidas, é indicándose que se hacían gestiones cerca de algunos individuos del ejército, no sólo de Cáceres y Badajoz, sino también de Córdoba, Sevilla y Cádiz; y se formaron algunos exiguos grupos de carlistas, como los de Lucena y Adamuz en Córdoba, que al poco tiempo de ser hostilizados se disolvieron siempre. En Agosto de 1870 donde más afiliados contaba la causa carlista era en Coria, Plasencia, Garrobillas y Guadalupe, pero no llegaron á alzarse en armas.

En el distrito de Granada las novedades que hubo, desde mediados de 1869 á fin de 1870, fueron las gestiones hechas para atraer á la guarnición de la capital, las cuales quedaron descubiertas y no dieron resultado alguno; la aparición de una pequeña partida en Nerja (Málaga) que marchó hacia Alhama (Granada) y se disolvió en seguida; la de otra, que corrió igual suerte, en las inmediaciones de Linares (Jaen); y posteriormente, los anuncios de que los carlistas intentaban hacer un desembarque de armas en la costas de Granada y Almería, para llevar la insurrección á aquellas provincias, lo que no se realizó, tal vez, por la presencia de dos compañías del batallón cazadores de Alba de Tormes y una sección del regimiento lanceros de España, que estuvieron vigilando los sitios más indicados para aquella operación. Un pequeño grupo de insurrectos que se formó en la sierra de Gador fué batido por los voluntarios.

El año 1871, como sucedió en el resto de la Península, no hubo temores de alzamiento, y se pasó en calma en ambos distritos.

***

Al concluir el mes de Abril de 1872, los carlistas de Villanueva de la Serena (Badajoz) se agitaban bastante, afiliaban gente y hacían compras de caballos, instigados por Sabariegos, que, con algunos partidarios, estaba en la frontera portuguesa esperando ocasión propicia para atravesarla y encaminarse á La Mancha; en San Fernando (Cádiz) se hacían trabajos cerca de los obreros del arsenal para incitarlos á la insurrección; y en vista de todo esto, el Capitán general ordenó que se reconcentrase la guardia civil para que estuviera pronta á sofocar cualquier intentona. Además dispuso que de Córdoba salieran para Villa del Río, remontando el Guadalquivir, dos compañías del primer batallón del regimiento infantería de Valencia y una sección de húsares, á fin de que se opusieran á la entrada en el distrito de una partida aparecida en los contornos de Vilches (Jaén).

Cuando mediaba Mayo se alzó en armas en Miajadas (Cáceres) una facción de 20 hombres, mandada por Antonio Chiscano y Carlos Contreras, la cual, perseguida activamente por dos compañías de Asturias, guardia civil y carabineros que salieron de Badajoz, se internó en la sierra de Hornachos hacia el partido judicial de Castuera, dispersándose sin choque y siendo aprehendidos algunos de su individuos, entre ellos el primer cabecilla, que lo fué el 27 en Magacela.

El día antes formó otra partida de 70 hombres, en las inmediaciones de la ciudad de Córdoba, el titulado brigadier y Comandante general de la provincia del mismo nombre, D. Manuel López Caracuel, que atravesó la sierra de Córdoba encaminándose á Villaharta, hostilizado por varios destacamentos de la guardia civil y una columna de dos compañías del regimiento de Valencia y una sección de húsares; columna que el 30 por la noche avistó á los carlistas cerca de Adamuz, sostuvo una hora de fuego con ellos, cogió prisioneros al jefe y á 35 más y se apoderó del armamento y bagajes. Tal

facción produjo bastante alarma, y para calmarla, las indicadas tropas estuvieron recorriendo unos días las poblaciones de Bujalance, Baena, Lucena, Priego de Córdoba, Rute, La Carlota y Posadas.

El 31 se organizó en la provincia de Cádiz, en el término de Jerez de la Frontera, una partida con bandera desconocida, capitaneada por un sujeto apodado *Cabochico*; encaminándose, en seguida á batirla cinco pequeñas columnas, que obraron combinadamente bajo la dirección del coronel, capitán de carabineros, D. Emilio Gurrea, y la estrecharon hacia Grazalema, donde el día 4 de Junio fué batida por los vecinos del pueblo, que se armaron al efecto.

Ya dijimos, al narrar las operaciones de Castilla la Nueva, que la facción Bermúdez, de La Mancha, quedó derrotada el día 5 en la provincia de Badajoz por una sección de la guardia civil, y que el cabecilla volvió al poco tiempo á la de Ciudad Real; pero en este año los carlistas de Castilla apenas se corrieron á Extremadura, y si alguna vez lo hicieron, siempre fué por poco tiempo.

Unos cuantos carabineros que, olvidando sus deberes y en unión de varios paisanos se pronunciaron en favor de Don Carlos en Zarza la Mayor (Cáceres), el 17 del citado mes de Junio, al mando de un oficial del mismo instituto, no pudieron sostenerse más que unos días, guarecidos en las asperezas de la sierra de Gata, en las que fueron hostilizados por una columna de carabineros, otra de guardia civil y una compañía de Asturias, que les obligaron á pasar la frontera por Navasfrías y á internarse en Portugal.

Por entonces se hicieron algunos trabajos para atraer á la guarnición de Badajoz á la causa carlista; mas conocidos con oportunidad por el coronel del regimiento infantería de Asturias, fueron entregados á los tribunales los instigadores.

En la provincia de Cáceres y en la misma época, se lan-

zaron al campo el cura Hernández y un tal Corcho, el primero en Guijo de Granadilla, y el segundo en Deleitosa, seguidos cada uno de 30 hombres, con los cuales cometieron algunos desmanes, cortados oportunamente por una treintena de guardias civiles y una compañía de infantería de Asturias, que alcanzaron y batieron al último, el 25, en Retamosa, y el 2 del siguiente mes de Julio en Llano Robles, cogiendo 14 prisioneros en este encuentro, y siendo esto causa de que se presentaran á indulto los demás del grupo. El del cura Hernández se diseminó al ver la suerte que le cupo al de Corcho.

Si de escasa importancia habían sido hasta estos días, según hemos visto, los acontecimientos carlistas en el distrito de Andalucía y Extremadura, menor la tuvieron en el resto del año. Las gestiones para ganar á la guarnición de Badajoz continuaron; pero infructuosamente, pues tanto estos trabajos como los hechos en algún pueblo entre los paisanos, fueron descubiertos y sus autores quedaron sujetos á los fallos de los tribunales. Algunas columnas volantes recorrieron los confines de Ciudad Real, en donde andaban partidas que alguna vez entraban en Extremadura, así como los puntos señalados por las ideas levantiscas del vecindario, particularmente los pueblos comarcanos á Jerez de los Caballeros, en los que se creía iba á levantarse una partida carlista. Como en todas las provincias, la recaudación de contribuciones exigió el auxilio de los tropas, que tuvieron también que atender á contrarrestar el movimiento republicano ocurrido en la zona meridional del distrito.

En el de Granada, al finalizar el mes de Marzo de 1872, el elemento minero de la provincia de Jaén, excitado por las predicaciones de los agitadores, llegó á inspirar algún recelo, y entonces se estableció en el puerto de Despeñaperros, en Sierra Morena, un cantón militar cuyo mando se encargó al coronel D. Juan Teruel, quien se vió obligado á hacer algunas

marchas para evitar el alzamiento, dar apoyo á las autoridades y perseguir á los pocos que se colocaron en actitud hostil. Cuando llegó el mes de Junio se lanzó al campo, cerca de Arquillos, una partida de 80 hombres, que se titulaba carlofederal, la que hostilizada desde luego por una columna de dos compañías de cazadores de Béjar, á las órdenes del comandante Hernández Chaparro, fué batida y dispersada con pérdida de cuatro muertos, 11 heridos, y cuatro prisioneros. En el resto del distrito hubo alguna que otra insignificante alarma, y se adoptó la medida preventiva de enviar destacamentos á determinados sitios, y la represiva de encarcelar á varias personas pertenecientes á las juntas carlistas, que descaradamente hacían todo lo posible para fomentar el espíritu de rebelión.

***

Aunque poco, algo más que los años anteriores hay que decir de sucesos carlistas ocurridos en estos distritos en 1873.

En el mes de Enero la atención de los conspiradores se había fijado especialmente en las tropas que guarnecían á Granada; más sólo consiguieron comprometer á algunos sargentos de diversos cuerpos, que fueron descubiertos, con lo cual se ahuyentó á los agitadores, entre ellos al brigadier Arjona, que era el encargado de dirigir la conjuración.

Por el resto del territorio de la Capitanía General de Granada se habían extendido algunos propagandistas, que también tuvieron escaso éxito en sus trabajos, por ser éstos conocidos de las autoridades. Pero en los meses de Marzo y Abril, ocurrieron los siguientes trastornos. En la provincia de Jaén, la aparición, en Baños de la Encina, de una exigua partida que se disolvió en seguida; en Vilches, un conato de levantamiento; entre Andújar y Marmolejo, la presentación de 60 carlistas armados, los cuales, perseguidos por la guardia civil y alguno caballos del regimiento de Farnesio, se encaminaron á las ori-

llas del Jándula, diseminándose allí en varios grupos, de los que no se volvió á tener noticia. En la provincia de Granada, la aparición por Alhendín, Viznar y Salar, de varias pequeñas facciones, algunas de las cuales se internaron inmediatamente en la sierra de Alhama, hostilizadas por algunos carabineros y guardias civiles y una compañía del regimiento infantería de Africa, y llegaron hasta Vélez Málaga, donde intentaron entrar, siendo rechazados por los voluntarios republicanos de la población; y otras que quedaron vagando por las Alpujarras, fueron dispersadas, en pocos días, por varios destacamentos á las órdenes del brigadier Eguía, quien en varios encuentros causó á los sediciosos bastantes bajas y les cogió 17 prisioneros. Por último, se alzaron en armas, cerca de la estación de Bobadilla, provincia de Málaga, algunos hombres; pero bastaron las batidas que dieron los voluntarios de Antequera, para hacerlos desaparecer.

Más adelante, en el mes de Septiembre, la facción del Centro, de 400 hombres, del cabecilla Aznar, amenazó desde la provincia de Murcia, durante varios días, á la de Almería, entrando, por fin, en el partido de Vélez Rubio, en algunos de cuyos pueblos estuvo cometiendo depredaciones, hasta que una columna, compuesta de dos compañías de carabineros y 50 guardias civiles, la obligó á internarse en el territorio de que había salido.

Aunque tales trastornos eran de escasa significación, patentizaban, sin embargo, que los partidarios de D. Carlos no estaban ociosos en el distrito de Granada, razón por la cual el Capitán general organizó, á fines de Septiembre, cuatro columnas móviles, para que recorriesen los sitios en que pudiera alterarse más fácilmente el orden.

En el distrito de Andalucía y Extremadura, que al parecer estaba tranquilo, fué donde el cabecilla Crisanto Gómez, á quien ya conocemos por la narración de las operaciones de La

Mancha, se lanzó al campo á primeros de Enero con 25 hombres que reclutó en Garlitos, provincia de Badajoz, con los que anduvo unos días requisando caballos por los confines de Extremadura y Ciudad Real, hasta que batido este terreno por la guardia civil de Villanueva de Córdoba y Pozoblanco, se corrió la partida á La Mancha, á reunirse con las que por allí pululaban. Un mes después hizo una pequeña excursión el cabecilla Mulita, seguido de 100 hombres, encaminándose por Castilblanco á la comarca de La Serena (Badajoz), excursión que cortó una compañía de infantería de Asturias acantonada en Mérida, que marchó, en combinación con la guardia civil de Cabeza de Buey, al sitió amenazado. En los mismos días, un reducido grupo de facciosos que pretendió afiliar gente en el partido de Lucena (Córdoba), fué disuelto inmediatamente.

Hechos como éstos, aislados y sin importancia, siguieron ocurriendo de vez en cuando, y los temores de acontecimientos más graves, menudearon bastante. En previsión de éllos se ordenaron algunos movimientos de fuerzas; mas los planes de rebelión no llegaron á prosperar, por tener los absolutistas poco apoyo en el país. Esto por lo que se refiere á sucesos carlistas; pues los republicanos exigieron gran cuidado y hasta la creación de un ejército de operaciones, llamado de Andalucía, Granada y Extremadura, que operó durante algún tiempo á las órdenes del mariscal de campo D. Manuel Pavía.

La entrada en el distrito de alguna partida de Ciudad Real ó Toledo, al huir de las tropas de estas provincias, fué causa de la intranquilidad que reinó en algunos pueblos. El 1.° de Septiembre, la motivó Sabariegos, que con Chiscano, Rote, Contreras y 15 ó 20 facciosos atravesó el confín, al ver la dificultad de sostenerse en La Mancha; se presentó en la provincia de Cáceres; estuvo en Logrosán; y después de aumentar su gente con 30 hombres más, marchó á Herguijuela y

otros pueblos, donde quemó el registro civil y ordenó la incorporación á su partida de los mozos de la reserva, internándose luego en la sierra de Guadalupe, desde la que se corrió por Berzocana á la provincia de Badajoz.

Las fuerzas que se pusieron en movimiento en contra de Sabariegos, fueron cuatro columnas de guardia civil y carabineros: una desde Trujillo, dos que partieron de Navalmoral de la Mata, y otra que estaba estacionada en Guadalupe. Huyendo de éllas, el cabecilla pasó varias veces de Cáceres á Badajoz y viceversa, refugiándose en los montes al verse acosado, y dándose buena maña en sus correrías para afiliar prosélitos; pero al fin el 24 fué alcanzado en la sierra de Pela, por una de aquéllas, mandada por el comandante Tuco, que obraba en combinación con un escuadrón del regimiento de Montesa, recién salido á operaciones. El choque ocurrió en la vertiente al Guadiana, al cabo de una marcha de la columna desde Orellana la Vieja, y del escuadrón desde Navalvillar de Pela; y en él, después de un nutrido fuego, la primera inició un ataque á la bayoneta, que puso en completa dispersión á los enemigos, á quienes causó tres muertos, 12 heridos y cogió algunos prisioneros, caballos y armas; completando la derrota la persecución de la caballería de Montesa. Este acontecimiento decidió á Sabariegos, á abandonar el territorio y á pasar de nuevo á La Mancha, por Herrera del Duque y Villarta, donde cometió los consabidos excesos, y se llevó en rehenes al alcalde y secretario de la corporación municipal y á varios contribuyentes.

La estancia de Sabariegos en Extremadura excitó grandemente á los carlistas del país, que se movieron de acuerdo con los agitadores de la frontera; y hubo necesidad de vigilar ésta, formando pequeñas columnas de guardia civil, que recorrieron incesantemente sus avenidas, y de establecer tres destacamentos fijos en Trujillo, Mérida y Llerena, que se orga-

nizaron con 450 infantes y 50 caballos el primero, y 180 y 20, respectivamente, cada uno de los otros dos, prontos á acudir, tanto á una invasión de los carlistas de Castilla, como á sofocar un alzamiento en el interior del país.

A la vez que dicho cabecilla realizaba esta correría, ejecutaba Merendón la que ya conocemos por el capítulo III, á la provincia de Córdoba, donde fué batido en Torrecampo, por tropas de Castilla, razón por la cual se da cuenta allí del encuentro y de las operaciones que le precedieron.

En el mes de Octubre se alzaron en armas dos pequeñas partidas: la primera, de 20 hombres, capitaneada por Rosendo García, en Hoyos (Cáceres), que hostilizada desde el primer momento, anduvo por cerca de la raya de Portugal, y concluyó por disolverse sin combatir; y otra de menor número que seguía á D. José Cortina y Serrate, en Marchena (Sevilla), que aun se sostuvo menos tiempo.

Otra excursión hizo en Noviembre Sabariegos, con 500 hombres, á la provincia de Cáceres; y ya dijimos en el expresado capítulo, que le costó la vida en la derrota que sufrió en Retamosa. Dicha expedición terminó con la marcha que el día 10 verificó la partida, capitaneada por Infante, desde Deleitosa hacia Belvís de la Jara; pero en élla, al pasar el confín de Extremadura y Castilla, en Villar del Pedroso, volvió á tener un encuentro con la columna del capitán de la guardia civil D. Antonio González, la misma que les había batido en Retamosa, en el cual, después de cinco horas de fuego, que causaron bajas en ambas partes, la tropa se vió completamente cercada, por sus numerosos adversarios, en un terreno en el que no podía maniobrar, y agotadas sus municiones, le fué imposible continuar la defensa, quedando prisionera de la facción, que se apoderó de sus armas y efectos, y la dejó en libertad, no sin invitarla antes, infructuosamente, á abrazar la causa carlista. En este desgraciado hecho, los solda-

dos tuvieron cuatro muertos, dos heridos y dos contusos, y seis muertos y 15 heridos la partida, la cual, batida á los pocos días en Castilla por la columna Pastor, no sacó ventaja alguna de su victoria.

Tal fué la última correría de alguna importancia de los facciosos de La Mancha al distrito, en el año 1873. En el resto de éste, las alarmas menudearon, no sólo por los anuncios de trastornos, sino por lo muy escasas que eran las fuerzas que existían para oponerse á ellos; mas no hubo otras novedades que la aparición en la provincia de Cáceres de una exigua partida mandada por el cabecilla Luengo; la permanencia en la de Córdoba, durante poco tiempo, de otra de 100 hombres de los que vagaban por Ciudad Real; y, finalmente, que en la de Badajoz, los cabecillas Priego, Telaraña y Feo de Cariño anduvieron unos días con 100 caballos por Herrera del Duque y Siruela; pero ni hicieron prosélitos ni consiguieron ningún otro resultado favorable.

***

La primera facción que apareció en el año 1874, en el distrito de Andalucía y Extremadura, fué la que ya conocemos del conde Cortina, que lo evacuó al poco tiempo y pasó á Castilla, después de haber vejado algunos pueblos de Badajoz; y aunque al marcharse no quedaron carlistas en armas, no dejaba de experimentar algún recelo el Comandante general de Extremadura, porque con las escasas fuerzas con que contaba tenía que atender á la frontera portuguesa, según se le había prevenido, y vigilar á la vez las avenidas de Ciudad Real, donde por entonces andaban algunas partidas. Para esto último estableció una pequeña columna de guardia civil en Villanueva de la Serena, y otra en Logrosán, que no pudieron impedir que, en fin de Enero, la gente de Crisanto Gómez, en-

trase en Herrera del Duque, y recaudase fondos, y que días después la misma facción, mandada por Amador Villar, tornase á Extremadura por Garbayuela, y se encaminase por Talarrubias á Casas de D. Pedro. Los guardias civiles de Villanueva de La Serena y Logrosán, la hostilizaron, consiguiendo batir el día 5 de Febrero, en Cañamero, á un grupo de carlistas de élla, capitaneado por Luengo, dando muerte á este cabecilla y capturando á alguno de los que le acompañaban y logrando que la partida se fraccionase, pasando una parte con Riego á la provincia de Ciudad Real, por Agudo, seguida al poco tiempo por la otra con Amador Villar.

Un escuadrón del regimiento de caballería de Montesa que había entrado en Extremadura en pos de este jefe enemigo quedó en la provincia de Badajoz, y además el Ministro envió 70 caballos para aumentar las fuerzas y poder hacer frente en lo sucesivo á las excursiones de los carlistas castellanos.

En otra correría posterior de Amador Villar, sufrió un escarmiento la facción, el día 24 de Febrero en Talarrubias, como ya dijimos al tratar de Castilla la Nueva, en el encuentro que con ella sostuvo el comandante Melguizo, á lo que no contribuyeron poco con sus movimientos dos columnas que salieron de Cabeza de Buey y Siruela, principalmente la última, mandada por el teniente coronel Laredo, la cual tomó parte en la acción.

Días antes, en la provincia de Badajoz, cerca de Fregenal de la Sierra, se formó una partida capitaneada por Felipe Hidalgo, disuelta al poco tiempo por los vecinos de dicho pueblo, que capturaron al cabecilla; y en la de Cáceres, en el partido de Navamoral de la Mata, otra dirigida por los cabecillas Fuentes y Pujalot, contra la que se puso desde luego en movimiento alguna guardia civil y parte del escuadrón de Montesa; fuerzas que la obligaron á guarecerse en la sierra de Guadalupe, y la batieron y dispersaron el 17 de Febrero,

causándole varias bajas. A los pocos días, reunida otra vez esta facción bajo el mando del cabecilla Hurtado, anduvo por la zona meridional de la provincia de Cáceres, huyendo de la activa persecución que le hacían las escasas tropas de Extremadura, igualmente que otra capitaneada por el cabecilla Naranjo, que apareció por los mismos días y vagó también por aquellos sitios. El 11 de Marzo fueron alcanzadas ambas: la primera por una columna de guardia civil mandada por el teniente coronel Laredo, en el pueblo de Logrosán, sufriendo bajas y perdiendo caballos; y la segunda no lejos de allí, por fuerza de caballería de Montesa á las órdenes del teniente Sierra, que causó también pérdidas á la facción. Sin embargo de esto, no abandonaron el campo dichas partidas, pensando que mientras existiese la insurrección en La Mancha sería hacedero fomentarla en Cáceres y Badajoz, y persistieron en su actitud por las orillas del Tajo.

El Comandante general de Extremadura, brigadier Don José Gragera, informaba al Capitán general del distrito por estos días, desde Badajoz, diciendo: «Los repetidos telegramas que he tenido el honor de dirigir á V. E. sobre aparición y persecución de facciones, que pudieran llegar á ser de verdadera importancia, deben indudablemente haber llamado su superior atención.=La marcha á Zamora y Aranjuez de la única fuerza de carabineros que quedaba en esta provincia, así como la del batallón reserva núm. 2 á Madrid (marchas que acababan de ser ordenadas), pudieran tal vez influir desfavorablemente en la tranquilidad de Extremadura, puesto que reducidas las fuerzas con que cuento para operar contra las partidas y guarnecer esta plaza, de verdadera importancia por su situación é inmediación á la frontera portuguesa, únicamente á la guardia civil y destacamento de artillería, no sería difícil que las facciones de La Mancha, engrosadas con las de estas provincias, pudieran ha-

cer en ellas excursiones, en la confianza de que su persecución no llegaría á ser tan eficaz como debiera, por las razones que he tenido el honor de indicar á V. E.=No es mi ánimo, de ningún modo, bosquejar en cuadro aflictivo la situación de este territorio, ni menos reclamar como de urgentísima necesidad el envío de fuerzas con que V. E. no cuenta tal vez por las muchas atenciones militares que pesan sobre su superior autoridad; pero sí me creo en el deber de someter á su consideración estas observaciones, por si, apreciándolas de algún valor, cree oportuno reforzar esta guarnición tan luego como sea posible.» El Capitán general estaba conforme con lo que decía Gragera; y no teniendo tropas con que aumentar las de Extremadura, consiguió que permaneciesen en el distrito las que entonces debían salir de él.

El cabecilla Hurtado estuvo con 50 caballos en la orilla derecha del Tajo, hasta que, derrotado entre Coria y Plasencia por una columna de carabineros, pasó á la izquierda de dicho río; Pujalot con 32 infantes permaneció en la sierra de Guadalupe, hostilizado por la guardia civil; y Naranjo con 25 caballos vagó por el partido de Trujillo, seguido por unos 100 hombres, entre carabineros y guardias civiles.

Además, la numerosa facción de Amador Villar, cuya existencia en Castilla se hizo difícil por la persecución de que estaba siendo objeto, atravesó el 20 de Marzo el confin con Extremadura, y al día siguiente se presentó en Talarrubias, donde cometió excesos y se apoderó de una fuerte cantidad de metálico; de allí se encaminó á la provincia de Córdoba y por Belalcazar se internó en Los Pedroches. Desde el primer momento, se reforzó la columna de guardia civil que había en Cabeza de Buey con un escuadrón de Montesa que estaba empleado en la protección de la vía ferrea y con otro de guardia civil estacionado en Villanueva de la Serena, encaminándola á cortar el paso de la facción, y se aumentó la fuerza de un

destacamento que existía en Logrosán, á fin de que obrase en combinación con la tropa de Cabeza de Buey; más á pesar de esto y de que salió de Córdoba al encuentro de la partida alguna fuerza de la guarnición, el cabecilla y sus secuaces regresaron á La Mancha por Pozoblanco y Conquista, á los ocho días de haberse internado en el distrito, llevándose los fondos que encontraron recaudados en los pueblos de paso.

Hurtado, Pujalot y Naranjo se dieron buena maña para evitar los encuentros con sus perseguidores, merced á lo habituados que estaban á recorrer la zona de Cáceres en que se movían. Sin embargo, el segundo tuvo que sostener un choque, el día 30, en el término de Alía, con una columna de carabineros, que le causó cuatro muertos y algunos heridos y le cogió varios prisioneros con armas.

Nuevamente intentó Amador Villar sostenerse en Extremadura, cuyo confín atravesó presentándose el día 2 de Abril en Siruela; pero ya se había reforzado la guarnición de Badajoz con el batallón reserva del mismo nombre, y aunque estaba compuesto de quintos en instrucción, se pudieron entresacar de las compañías los que se hallaban más adelantados, y con ellos y un escuadrón de Montesa se organizó una columna mandada por el comandante San Juan, que se opuso á los designios del cabecilla, el cual, según sabemos por el relato de Castilla la Nueva, pasó á los pocos días á Toledo y luego á Ciudad Real, donde encontró, en Piedrabuena, su derrota definitiva. Al marcharse de Extremadura se llevó consigo las facciones de la zona sur de Cáceres, quedando en el distrito otra capitaneada por el cabecilla Chiscano, quien entró en varios pueblos, en los que cometió los habituales excesos.

Al ser batido Amardor Villar en La Mancha, se fraccionó su numerosa partida, y varios de sus grupos, el más importante de los cuales era uno en el que iban aquel cabecilla,

Acuña, dos hijos del Conde Cortina, dos exoficiales del ejército y un abogado de Ciudad Real que ejerció las funciones de Auditor, entraron en el distrito, atravesándole alguno por las escabrosidades de las sierras de Guadalupe, Montánchez y San Pedro para internarse en Portugal, cuyo Gobierno dispuso fuera desarmado, y le obligó á evacuar el territorio. Otros, como el de Hurtado, de 55 caballos, el de Pujalot, de 25 hombres, y el de un tal Borrallo, de unos 30 jinetes, vagaron errantes por Extremadura, tratando de substraerse á las batidas que dieron las columnas, sin conseguirlo siempre; pues una de ellas alcanzó el día 1.° de Mayo á los de Pujalot, poniéndoles en dispersión y cogiéndoles seis caballos; otra, en la sierra de Montánchez, batió y causó bajas á un pequeño grupo; el día 3 volvió á ser avistada la facción Pujalot, sufriendo en esta ocasión la baja de diez prisioneros y varios heridos; y por último, el cabecilla Telaraña, que con 11 individuos trataba de ganar la frontera portuguesa, fué derrotado por una sección de Montesa, que le hizo tres heridos y le obligó á disgregar la gente. Algunas cuadrillas de latrofacciosos que existían fueron también disueltas por las tropas.

A mediados de Mayo, aquellos núcleos habían desaparecido y no quedaba ya ningún carlista en armas. Tal resultado lo consiguieron: en la provincia de Cáceres, algunos guardias civiles, unos cuantos caballos de Montesa y 200 carabineros, de los cuales fueron destinados 50 á la capital, para cubrir el servicio, 30 á proteger la cobranza de contribuciones, y el resto á Trujillo, para recorrer las sierras de Montánchez y Guadalupe; y en la de Badajoz, la columna San Juan, compuesta de dos escuadrones de Montesa, 70 infantes de la reserva de Castellón y 100 guardias civiles, la que pasó á cubrir la vía férrea, prestó auxilio á los delegados del Banco para cobro de impuestos, y estuvo recorriendo el país, á fin de que no hubiera nuevas intentonas.

Por decreto de 20 de Mayo se restableció la Capitanía General de Extremadura, segregando del distrito de que venimos tratando las provincias de Cáceres y Badajoz, y formando el de Andalucía con las de Córdoba, Huelva, Sevilla y Cádiz. Sin embargo, seguiremos refiriendo á la par los escasos acontecimientos carlistas que ocurrieron en ambos territorios.

En la provincia de Huelva, cuya tranquilidad no había sido turbada hasta entonces, empezaron en el mes de Julio las manifestaciones de que en ella se habían hecho también trabajos de propaganda. Tales fueron el alzamiento en Cala de una pequeña partida que se disolvió á los pocos días; la reunión cerca de Encinasola, sitio inmediato á la frontera de Portugal, de 200 hombres que se decían carlistas, dispuestos á lanzarse á la lucha, los que al fin se diseminaron sin ejecutar ningún acto de fuerza; y por último, la aparición en Buitrón, de 70 rebeldes que recorrieron durante unos días varios pueblos, haciendo desmanes y recogiendo fondos. Todo esto combinado con una nueva intentona proyectada por los elementos perturbadores de Coria (Cáceres), que por entonces se agitaban mucho. Contrarrestaron dichos movimientos las columnas de guardia civil y carabineros, que constantemente estaban recorriendo la frontera portuguesa; alguna otra que salió hacia los sitios en que la agitación fué mayor, y los vecinos de Tharsis y Alosno, que al sólo anuncio de la salida de los de Buitrón, se unieron á una columna, con la que consiguieron que parte de aquéllos se internaran en Portugal, y aprehendieron á otros que no pudieron efectuarlo.

Las novedades ocurridas en el resto del año en ambos distritos, fueron insignificantes; pues se redujeron, en el mes de Julio, á ligeros desmanes de algunos grupos, más bien de malhechores que de carlistas, en la provincia de Huelva, y á temores de alzamiento en Priego de Córdoba, que no tuvieron confirmación, y en los meses siguientes, á la formación de

una partida de 30 hombres en el partido de Alcántara (Cáceres), que pasó en seguida á guarecerse en la sierra de Gata, donde fué disuelta, internándose en Portugal la mayoría de los que la formaban, y á la aparición en la provincia de Badajoz de otra de menor número, que tuvo que salvar también la frontera.

En el distrito de Granada, la situación al empezar el año 1874, era la misma que al concluir el anterior. Partidillas sin importancia que tuvieron efímera existencia; intentos de desembarque de armas en las costas de Granada y Málaga, que conocidos previamente por las autoridades, no se llevaron á efecto. En la segunda de dichas provincias fué donde los trabajos de los carlistas dieron mayor resultado; pues á fines de Febrero apareció una facción de 20 hombres en Vélez Málaga, á la que dispersó la guardia civil; á mediados del mes siguiente, otra cuyos individuos fueron hechos prisioneros en el expresado sitio; y en los mismos días se lanzó al campo en el término de Viñuela un grupo de 20 hombres que se disolvió antes de ser hostilizado. El Gobernador militar, aunque tales sucesos no llegaron á alarmar siquiera la opinión pública, organizó seis pequeñas columnas que situó en Vélez Málaga, Colmenar, Antequera, Campillos, Ronda y Estepona, á fin de que vigilasen los pueblos, recogiesen armas y protegiesen á las autoridades; y esto bastó para que no se volviera á verificar ninguna intentona en tal territorio.

A causa de su proximidad al de Ciudad Real, donde la rebelión tomó mayores vuelos, entraron de vez en cuando en el de Jaén, durante los meses de Marzo y Abril, algunos exiguos restos de las facciones de La Mancha, los cuales no encontraron ningún apoyo en el país. Buena prueba de ello fué la actitud de los vecinos de Beas de Segura, que al saber qu el cabecilla Aznar andaba por las inmediaciones con alguna gente, se armaron en somatén con intento de batirle.

Los carlistas de la capital del distrito fraguaron en el mes de Junio una conspiración, y tenían el proyecto de apoderarse del parque de artillería á fin de repartir las armas entre los afiliados; pero descubiertos á tiempo, sus planes fracasaron como los anteriores. En el mes siguiente tramaron otra que tenía ramificaciones en las provincias de Málaga, Córdoba y Jaén, consiguiendo solamente que se presentaran en esta última, en el partido de Alcalá la Real, dos exíguos grupos que se diseminaron en cuanto la guardia civil les fué á los alcances.

Con ligeras alarmas, que siempre resultaron infundadas, transcurrió el mes de Agosto y casi todo el de Septiembre, y en los últimos días de éste y en los primeros de Octubre la facción Lozano, del Centro, entró en las provincias de Granada y Almería, y recorrió los pueblos de Santiago de Espada, Huéscar, Orce, Galera, María, Vélez Blanco y Vélez Rubio, donde recaudó fondos y vejó á los habitantes, lo cual hizo organizar una columna en Almería, otra en Jaén y otra en Guadix, para oponerse al paso del cabecilla; mas éste retrocedió en seguida, volviendo al territorio de que procedía.

***

La insurrección de Castilla la Nueva quedó dominada por completo en el año 1875; y como ella era la que alentaba á los carlistas de Andalucía, Extremadura y Granada, al punto se extinguió también en estos distritos. Sin embargo, los titulados brigadier Hurtado y teniente coronel Oña, procedentes del Ejército del Norte, intentaron todavía, en el mes de Julio, un alzamiento en la provincia de Cáceres, del que se prometían muy felices resultados. Hurtado, después de circular una enérgica proclama en la que conminaba con penas graves á los que no auxiliasen la rebelión, se lanzó al campo en la sierra de Guadalupe, al frente de 33 hombres, de los cuales

fueron aprehendidos algunos y los otros se guarecieron en el vecino reino con el cabecilla, á los dos días de su aparición. Oña fué preso en Campanario, antes de que llegase á organizar facción alguna. De los comprometidos en este movimiento unos fueron cogidos y enviados á las Islas Canarias, y otros se refugiaron en Portugal cuyo Gobierno los internó en su territorio.

Los emigrados trataron con sus manejos de alterar el orden, y esto obligó á mantener tropas en algunos sitios, principalmente de la frontera; pero á principios de 1876 desapareció todo germen de insurrección en estos distritos.

Poco después terminó, como sabemos, la guerra en el territorio del Norte, único teatro en que existía ya, y los españoles entraron de lleno á disfrutar de los beneficios de la paz, en la que lamentan los fatales resultados de esta lucha fraticida, y hacen fervientes votos á fin de que no se reproduzcan jamás acontecimientos tan dolorosos para la Patria.

FIN DE LA NARRACIÓN

INDICE DEL TOMO XIV.

Páginas

CAPÍTULO PRIMERO.—Año 1869.—Temores de trastornos.—Guarnición del distrito de Castilla la Nueva.—Varias columnas recorren las provincias del mismo.—Aparecen en la de Ciudad Real algunas partidas.—Tropas que salieron á operar.—Encuentro con Sabariegos en Piedrabuena.—Persecución de las facciones.—Es batido en El Hoyo el cabecilla Tercero.—Encuentros con Rapa, Castells y Bruno.—Las partidas se guarecen en los montes de Toledo.—Derrota del cura de Alcabón en La Iglesuela.—Decrece la insurrección.—Movimientos de fuerzas.—Partidas de Polo y Sabariegos, encuentros y captura del primero de dichos cabecillas.—Disposiciones de las autoridades en las provincias de Madrid, Cuenca, Guadalajara y Segovia.—Sólo quedan en armas Sabariegos y algunos grupos de dispersos que son sucesivamente batidos.—Desaparición de la partida de Sabariegos.—Regreso de las tropas á sus guarniciones.—Indulto concedido por el Regente del Reino.—Batida á los bandoleros.—Año 1870.—Reaparece la agitación en sentido carlista.—Las columnas recorren el distrito.—Vuelve á restablecerse la tranquilidad en el país.—Decreto de amnistía del Regente del Reino..... 5

CAPÍTULO II.—Año 1872.—Temores de trastornos.—Guarnición del distrito.—Principio de la insurrección en las seis provincias.—Fuerzas destacadas á las mismas.—Partidas en Guadalajara.—Encuentros en la Venta de Selas y en el Escalerón del Valls.—Madrazo y Pinchas entran en Guadalajara procedentes de Aragón.—Son batidos por Rodríguez y Catalá.—Decrece la rebelión en esta provincia.—Encuentros con Somolinos.—Presentaciones á indulto.—Regreso de las columnas á sus guarniciones.—Provincia de Segovia.—Idem de Madrid.—Idem de Cuenca.—Partidas en Toledo y Ciudad Real.—Columnas de operaciones.—Encuentros con las facciones de Mulita, cura de Alcabón y otra.—Aumenta algo la insurrección en ambas provincias.—Plan de operaciones del Gobernador militar de Toledo.—Encuentro en el puerto de Albarda.—El cura de Alcabón pasa á Ciudad Real.—Ocúltanse las partidas.—Nueva conspiración de Marconell.—Dos encuentros con Bermúdez

Páginas

y Mulita.—Partidas de la ribera del Guadiana.—Trillo en Sierra Morena.—Es nombrado para dirigir las operaciones el brigadier Soria Santa Cruz.—Situación de las columnas.—Excursión de Bermúdez por la orilla derecha del Tajo.—Partida del titulado general Marconell.—Es batida por Lafuente.—Decadencia de la insurrección.—Alcanza Cortijo á Bermúdez en el valle de Calancha.—Regresa á Madrid el brigadier Soria Santa Cruz.—Distribución de tropas.—Presentaciones á indulto.—Término de la insurrección en Toledo y Ciudad Real.—Reaparece la agitación en el distrito.—Intentona para salvar al cura de Alcabón.—Síntomas de nuevo alzamiento en la provincia de Guadalajara. 41

CAPÍTULO III.—Año 1873.—Consideraciones.—Provincia de Madrid.—Pequeñas partidas y su seguimiento.—Facción Castillo.—Otras partidas de poca importancia, que se disuelven en breve.—Agitación en el confín con Toledo.—Reaparecen algunos grupos de rebeldes.—Segovia.—Trastornos.—Medidas represivas.—Partida Mochón.—Sus desmanes.—Persecución de este cabecilla.—Es batido en los valles de Fuentidueña.—Caen prisioneros sus partidarios en Villacastín.—Fracasa un proyecto de alzamiento.—Guadalajara.—Partidas Madrazo, Floria, Arciniaga y otras.—Se forman dos columnas de operaciones.—El grupo del Arciniaga se disuelve y el de Madrazo evacua la provincia.—Excursiones de Villalaín.—Le bate una sección de húsares.—Santés y Marco de Bello entran en la provincia, abandonándola al poco tiempo.—Cuenca.—Temores.—Facción Castillo.—Proclama de éste.—Sus movimientos, persecución y batida.—Los confines con Guadalajara y Valencia están constantemente amenazados.—Santés y Cucala invaden la provincia.—Expedición del primero.—Su entrada en la capital de Cuenca.—Acta de la capitulación.—Parte que dió Santés de su correría.—Sale de Madrid en socorro de aquella ciudad la brigada López Pinto.—Partida Aznar.—Segunda excursión de Santés.—La columna Moltó marcha contra éste.—El cabecilla elude el combate y se guarece en Chelva.—Regresa Moltó á Albacete.—Toledo y Ciudad Real.—Pequeñas partidas.—Encuentros.—Alocución de Castells.—Operaciones y hechos de armas.—Facción Parrondo.—Brigada Soria Santa Cruz.—Encuentros del capitán Melquizo con el cabecilla Merendón, y del teniente coronel Jiménez con Feo de Cariño.—Dispersión de las partidas.—Soria Santa Cruz regresa á Madrid.—Nuevo alzamiento en mediados de Junio.—Choques con el cabecilla Merendón.—Mergeliza organiza otra facción.—Se refuerza la guarnición de la provincia de Ciudad Real.—Partidas que existían.—Movimientos y en-

Páginas

cuentros.—Expedición de Castells á Aranjuez.—Es batido por Rodríguez Mangas.—Los carlistas de Toledo pasan á Ciudad Real.—Combate de Majada Alta.—Bando de Merendón.—El teniente coronel Jiménez vence á este partidario.—Sabariegos y Contreras recorren el campo para hacer prosélitos.—Excursión de Merendón á la provincia de Córdoba.—Operaciones de la columna Bernabeu.—Acción de Torrecampo.—Feo de Cariño ataca á Almadén.—Encuentro de La Atalaya.—Se organizan guerrillas de voluntarios para proteger á los pueblos.—Sabariegos forma una numerosa partida y marcha á Cáceres huyendo de las columnas.—Muerte de Sabariegos en Retamosa.—Infante le substituye.—Vuelve la facción á Toledo y Ciudad Real, y es sucesivamente batida por Pastor y Villas Gutiérrez.—Unas partidas se diseminan y otras se unen á Aznar, que marcha en busca de Santés..... 75

Capítulo IV.—Año 1874.—Provincias de Madrid y Segovia.—Temores en la última, y partida Mochón.—Trastornos en la de Madrid.—Medidas adoptadas para impedir la entrada de una numerosa facción en Segovia.—Destacamentos de Riaza y Cuéllar.—Pequeñas partidas en la provincia de Madrid.—Proclamación de D. Alfonso XII.—Provincias de Toledo y Ciudad Real.—Continúan las partidas del año anterior y aparecen algunas nuevas.—Facción del Conde Cortina.—Sus movimientos.—Columnas perseguidoras.—Destrozos en la vía férrea.—Amador Villar substituye al Conde Cortina.—Operaciones.—Fuerzas de dichas provincias.—Encuentro del comandante Vargas con el cabecilla Riego.—El teniente Gil Barberá dispersa á una partida.—Los columnas de Toledo se reconcentran en la capital.—Amador Villar pasa á Extremadura.—Es batido en Talarrubias.—Vuelve en el mes de Marzo á Castilla la Nueva.—Las facciones continúan cometiendo excesos.—Tiroteo en Luciana.—Otro en la vía férrea.—Persecución de Amador Villar y su marcha á Extremadura.—Encuentros con otras partidas.—Amador Villar amaga á Puente del Arzobispo.—Movimientos de tropas.—Su distribución.—Regresa Amador Villar á Ciudad Real.—Combate de Piedrabuena entre éste y la columna del comandante Melguizo.—Derrota y fraccionamiento de la facción.—Batidas dadas á los restos de las partidas.—Reacción del país.—Cuadrillas de latrofacciosos y su persecución.—Es declarado el distrito en estado de sitio.—Los cabecillas Telaraña y Feo de Cariño se lanzan al campo y son muertos en dos encuentros.—Distribución de tropas á fin de concluir con los latrofacciosos.—Los gobernadores militares recorren el país para afianzar la tranquilidad..... 133

Páginas

CAPÍTULO V.—Año 1874.—Provincias de Cuenca y Guadalajara. —Villalaín entra en Sigüenza.—Santés atraviesa el territorio de Cuenca.—Marco de Bello pasa por el partido de Molina.—Le alcanza en Checa la columna Navarro.—Nueva expedición de Santés á la provincia de Cuenca.—Brigadas Carondolet y Calleja.—Movimientos de la facción y de las tropas.—Brigada Soria Santa Cruz.—Sus operaciones en seguimiento de Santés. —Llega á Cuenca y se le ordena que regrese á Madrid, dejando parte de sus tropas al brigadier Calleja.—Marchas de éste desde Quintanar de la Orden.—Santés evacua la provincia.—Alarma en el partido de Molina.—Movimientos de Calleja hacia la ribera del Júcar y acción de Minglanilla.—Otras partidas en Cuenca y Guadalajara.—Calleja cubre las avenidas de Valencia.—Proyectan los carlistas reconstruir el castillo de Beteta.—Facción Villalaín.—Tropas de ambas provincias.—Marco de Bello y Madrazo entran en Molina.—El brigadier Garbayo marcha á batir el territorio de Cañete.—Partida de D. José Valiente.—Sus movimientos y los de Calleja persiguiéndole. —Salen tropas de la capital al encuentro de los rebeldes.—Operaciones.—Acción de Monsaete y derrota de la partida Valiente.—Marco de Bello amaga á Cuenca.—La Iglesia toma posesión del Gobierno Militar, y Calleja marcha á Albacete.—Movimientos de las partidas y de las tropas.—Columna Pons.—Operaciones de La Iglesia sobre Beteta.—Correría de Marco Bello por Guadalajara.—Se reconcentran fuerzas en la capital de esta provincia.—Los carlistas entran en Molina.—Destrozos en la vía férrea de Zaragoza.—Parten tropas de Madrid hacia Sigüenza con el brigadier Verdú.—Concurren de Aragón y Cuenca á la persecución de Marco la brigada López Pinto y el brigadier La Iglesia.—Marco contramarcha y se interna en Teruel.—Regresa López Pinto á Aragón.—Vuelve La Iglesia á la capital de su provincia y Verdú á Madrid.—Partidas de Cuenca.—Expedición de La Iglesia al territorio de Cañete. —Concentración de enemigos en el Rincón de Ademuz.— Entran éstos en la provincia de Cuenca capitaneados por D. Alfonso.—Su organización y marcha.—Situación topográfica de la capital.—Guarnición con que contaba.—Comunicación del brigadier La Iglesia relativa al ataque de Cuenca.—Bajas de ambos ejércitos.—Parte carlista de este hecho de armas.—Informe del general Moltó.—Parecer fiscal de la sumaria formada para esclarecer los hechos.—Atropellos cometidos en la ciudad.—Los carlistas la evacuan, enviando antes á Chelva los prisioneros escoltados por el segundo batallón de Guías del Maestrazgo.—López Pinto rescata en Salvacañete á los defensores de Cuenca. 163

Páginas

CAPÍTULO VI.—Año 1874.—Provincias de Cuenca y Guadalajara. —Acuden en socorro de la capital de aquélla las brigadas Araoz, Fajardo y López Pinto.—Se encarga del mando de las dos primeras columnas el general Soria Santa Cruz.—Sus movimientos hasta que regresa á Madrid.—El general Moltó marcha á Cuenca con una columna.—Disposiciones que adoptó.—Sus informes sobre fortificación y defensa de la capital.—Facción Villalaín en Guadalajara.—Operaciones de la brigada Golfín contra esta partida.—Marchas de Moltó para perseguir á la misma.—Acude con sus tropas á Guadalajara el brigadier García Reina.—Movimientos de la columna Moltó en la zona N. de Cuenca.—Amenaza Villalaín á la capital de Guadalajara y sale á ampararla la brigada de González Manglano.—Rechaza ésta á Villalaín, que se guarece en Beteta.—Avance de Moltó sobre esta villa.—Vuelve dicho General á Madrid y queda encargado el brigadier Gamarra del mando de la columna.—Informe de Moltó sobre el estado de la provincia de Cuenca.—Brigada García Reina.—Disposiciones para activar la quinta en Guadalajara. —Fortificación de Molina.—Se encamina Villalaín á la línea férrea de Zaragoza.—Le sale al encuentro García Reina.—Acción de Taravilla.—La facción se reconcentra en Beteta.—Operaciones de la brigada Gamarra.—Se presenta á las puertas de Cuenca un grupo de la partida Villalaín.—Marcha de Gamarra hacia Pastrana y Trillo.—Encuentro de Alcocer.—Madrazo en la provincia de Guadalajara.—Acción de Campillo de Dueñas.—Variaciones introducidas en las brigadas.—El general Salazar es nombrado Comandante general de las tropas de Cuenca y Guadalajara.—Nuevos movimientos de la brigada Gamarra.—Situación de las partidas.—Marcha combinada de las brigadas García Reina y Gamarra sobre Beteta, y operaciones posteriores.—Plan de campaña del general Salazar.—Cesa éste en el mando.—Substituye á Gamarra el brigadier Santos Sagasta.—Modificaciones introducidas en la organización de las tropas. —Persecución de Villalaín. — El brigadier Cassola releva á García Reina.—Persecución del cabecilla Sopena y de las pequeñas partidas.—Se encarga á Cassola la dirección de las fuerzas en ambas provincias.— Nueva distribución de las tropas... 225

CAPÍTULO VII.—Año 1875.—El Cura de Alcabón intenta organizar una partida en La Mancha y es cogido prisionero.—Provincias de Cuenca y Guadalajara.—Distribución de fuerzas.—Operaciones de Cassola para proteger el paso del tren real.—Encuentro ocurrido entre Campillo y Enguidamos.—La brigada carlista de Castilla se apodera de Molina.—Fuerzas que acuden en socorro de esta ciudad.—Columna Gámir.—Sus ope-

Páginas

raciones y la de los carlistas.—Columna Contreras.—Encuentro de la de Moya con la facción Rosas en el barranco del Abanico.—Movimientos de la brigada Cassola y del enemigo.—Indicaciones del Ministro á dicho brigadier y observaciones de éste.—Entran en Cifuentes 200 facciosos.—Situación de los carlistas y de las tropas.—La brigada Goyeneche y la columna del Giloca se acercan á Molina y ésta bate á Vallés en los montes del Picazo.—Acción de Huélamo.—Nuevas operaciones de Cassola.—Tiroteo en Nuestra Señora de la Consolación.—Desmanes de las partidas en la vía férrea de Zaragoza.—Un destacamento de Contreras bate á la facción Bosco.—La brigada Cassola recorre el partido de Molina y se sitúa después en Priego.—Bosco se corre á Segovia y es batido.—Varios encuentros con una facción de la provincia de Madrid.—Estado de las provincias de Toledo y Ciudad Real.—El brigadier Golfín substituye á Cassola.—Movimientos de la brigada sobre Beteta y operaciones posteriores.—D. Manuel Salvador Palacios reemplaza á Villalaín.—Variaciones introducidas en la organización de las tropas.—Marchas y pequeños encuentros.—Es batido en Arroyo Cerezo un escuadrón enemigo.—Acción de Ademuz.—Relevos de cuerpos.—La brigada carlista de Castilla entra en la provincia de Cuenca al mando de Albarrán.—Acción de Checa.—Los carlistas evacuan el distrito.—Situación de las tropas.—Encuentros con pequeñas partidas.—Golfín cubre el límite con el territorio del Centro y marcha después á Aragón para ponerse á las órdenes del Capitan general de aquel distrito.—Los destacamentos de Guadalajara y Cuenca exterminan á las pocas é insignificantes partidas que restan.—Se afianza la tranquilidad en Castilla la Nueva..... 279

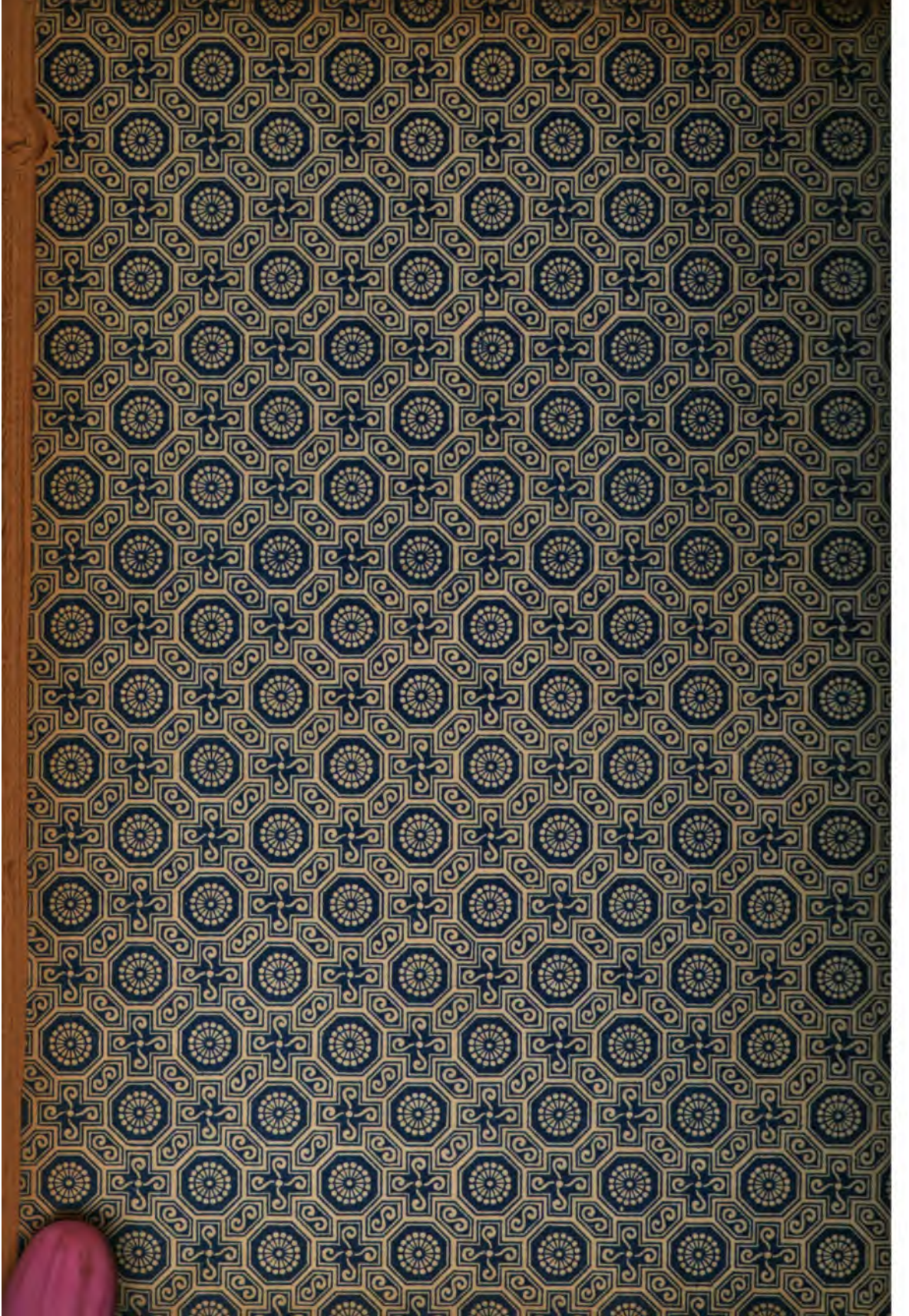
CAPÍTULO VIII.—Distrito de Castilla la Vieja.—Año 1869.—Pequeñas partidas.—Disposiciones adoptadas.—Facciones en León.—Movimientos de las columnas.—Muerte de Balanzátegui.—Captura de Milla.—Trastornos.—Alzamiento en Soria.—Año 1870.—Alteraciones del orden público.—Partidas en Logroño.—Columnas.—Derrota de la facción Sáenz de Tejada.—Alzamiento en Burgos.—Encuentros.—Las columnas dan una batida general y termina la insurrección.—Año 1872.—Reducción del distrito.—Nuevas facciones.—Organización de columnas.—Provincia de León.—Movimientos y encuentros.—Provincia de Oviedo.—Primeras operaciones y hechos de armas.—Facciones de Faes y Valdés.—Idem de Rosas.—Idem de El Gordito.—Tropas que operaron contra ellas.—Provincia de Palencia.—Choques.—Partidas de Hierro y El Pastor.—Trastornos en las demás provincias.—Año de 1873.—Asturias.—Partidas, co-

Páginas

lumnas, movimientos y encuentros.—León, Salamanca, Avila y Valladolid.—Pequeñas facciones en Palencia.—Movimientos y choques.—Termina la insurrección en el distrito.—Nuevo alzamiento en Asturias.—Pastidas de Faes, Saavedra, Rosas, Santa Clara y El Gordito.—Columnas.—Operaciones y encuentros.—Instrucciones para un nuevo levantamiento.—Movimientos y pequeños combates en la provincia de Oviedo.—Año 1874.—Oviedo.—Operaciones.—Encuentro en la altura de Pandecuérigo.—Marchas y choques.—Partidas en otras provincias.—Aumento de tropas en Asturias.—Hecho de armas de Lena.—Nueva organización de las columnas.—Acción de Tineo.—Encuentro del collado de Selamices.—Los carlistas se guarecen en la cuenca del río Aller.—La columna Redondo les hostiliza y marchan al Norte.—Salen tropas para estacionarse en la vía férrea de Santander.—Facciones.—Operaciones y encuentros.—Provincia de León.—Idem de Oviedo.—Faes y Valdés.-Encuentros en la provincia de Palencia.—El Capitán general informa sobre el estado del distrito.—Disposiciones que adoptó.—Batidas.—Acción de Mieres.—Muerte de Faes.—Decrece la insurrección.—Hechos de armas durante el mes de Agosto.—Los carlistas se proponen dar mayor incremento á las facciones.—Se concentran al efecto entre Collanzo y Aller.—Amagan la Fábrica de Trubia.—Llegan refuerzos á Asturias y se da un gran impulso á las operaciones.—Hechos de armas.—Provincia de Palencia.—Proyectan los carlistas del Norte una expedición á Asturias.—Medidas adoptadas para evitarla.—Pequeños encuentros.—Término de la insurrección.—Año 1875.—Latrofacciosos.—Se reconcentran las tropas en las capitales. 325

CAPÍTULO IX.—Distrito de Galicia.—Años de 1869 á 1871.—Conspiración carlista.—Pequeñas columnas recorren el territorio.—Motines.—Año 1872.—Temores de trastornos.—Destacamentos establecidos.—Facciones en Orense.—Provincias de la Coruña, Pontevedra y Lugo.—Año 1873.—Proyectos de alzamiento.—Provincia de Lugo.—Partidas y columnas; sus movimientos y encuentros.—Nuevo levantamiento en el mes de Abril.—Grupos de Saavedra, Ostendí y Osorio.—Son batidos por las tropas.—Provincia de Orense.—Medidas preventivas.—Facción de Sabariegos.—Choques.—Se amotinan 3.000 hombres instigados por los partidarios del pretendiente.—Acción del monte de Sordos.—Año 1874.—Partidas carlistas y latrofacciosas.—Batidas y encuentros.—Alzamiento en el mes de Julio.—Nuevas facciones.—Situación de las tropas.—Partida de Mergeliza.—Acción del monte Guzpelleira.—Pequeños encuentros.—Marcha de los batallones provinciales.—Se acrecientan las parti-

Páginas

das.—Nueva distribución de destacamentos.—Movimientos y desmanes de las facciones.—Ventajas obtenidas por las tropas.—Año de 1875.—Cuadrillas de latrofacciosos.—Fin de la insurrección..... 401

CAPÍTULO X.—Distritos de Andalucía, Extremadura y Granada.—Años de 1869 á 1871.—Temores en las provincias de Badajoz y Cáceres.—Trabajos carlistas en la de Granada.—Año 1872.—Pequeñas facciones en Cáceres, Córdoba y Sevilla.—Cantón de Despeñaperros.—Partida de Arquillos (Jaén).—Año 1873.—Conspiración en Granada.—Grupos de enemigos en Jaén, Granada y Málaga.—Facción Aznar en Almería.—Crisanto Gómez en Córdoba.—Persecución de Sabariegos en Cáceres y Badajoz.—Encuentro en la sierra de Pela.—Se estacionan tres destacamentos en Trujillo, Mérida y Llerena.—Nueva excursión de Sabariegos al territorio de Cáceres.—Encuentros con este cabecilla en Retamosa y Villar del Pedroso.—Año 1874.—Situación de Cáceres y Badajoz.—Correrías de Crisanto Gómez y Amador Villar.—Persecución de pequeñas partidas y encuentros.—Otras excursiones de Amador Villar por Badajoz y Córdoba.—Nuevas é insignificantes facciones en Badajoz y Cáceres.—Formación de dos distritos del de Andalucía y Extremadura.—Agitación y pequeñas partidas en Huelva y otras provincias.—Grupos de carlistas en las de Málaga y Jaén.—Correría de Aznar á Almería.—Año 1875.—Ultimos esfuerzos del cabecilla Hurtado para mantener la rebelión en Extremadura..... 437